

# LA SANTA MISA

Sección especial dedicada al Santo Sacrificio de la Misa y en defensa de la Misa de San Pío V o Misa Tridentina



## Liturgia del Santo Sacrificio de la Misa:

**La Santa Misa (Tratado Litúrgico)** Nociones preliminares. 1). Noción del Sacrificio. 2). Antigüedad y universalidad del Sacrificio. 3). Los Sacrificios bíblicos. 4). El Sacrificio de la Misa. 5). Los fines de la Misa. 6). Valor y frutos de la Misa. 7). Aplicación de los frutos de la Misa. 8) El estipendio. 9) Las intenciones. 10). Los nombres de la Misa. 11). Diversas clases de Misas. 12). Su número. 13). La participación de los fieles en la Santa Misa. 14). Tres medios principales de participación. 15). Otros medios legítimos de participación.

### **Primera parte de la Misa: la "Misa de los Catecúmenos"**

**Segunda parte: la "Misa de los Fieles" o el Sacrificio propiamente dicho.** 1). Un vacío misterioso. 2). El Ofertorio. 3). Ofrecimiento de la Hostia y del Cáliz. 4). Ofrecimiento de los fieles. 5). La segunda incensación y el "lavabo". 6). Últimas oraciones del Ofertorio. 7). La oración "Secreta".

**La Oblación de la Víctima** 8). El "Prefacio". 9). El "Sanctus" o Trisagio. 10). EL CANON. 11). Plan general del Canon. 12). El "Te igitur". 13). El "Memento" de los vivos. 14). El "Communicantes". 15). Prosigue la Oblación. 16). El rito de la CONSAGRACIÓN. 17). La Elevación. 18). Preces que siguen a la Elevación. 19). El "Memento" de los Difuntos. 20). Un rito caído en desuso. 21). La "Doxología" final y la "Elevación" menor.

### **El CANON de la Misa**

### **Participación del Sacrificio, o COMUNIÓN.**

### **¿Por qué la Misa en Latín?**

**Ordinario de La Misa.** Latín-Castellano.

**Reglas para ayudar en la Misa.** Misa con uno y dos acólitos.

**Reglas para ayudar a la Misa. Misa cantada.**

**15 consejos de oro para los Acólitos.**

**Del ministro que ayuda a Misa.** San Leonardo de Porto-Mauritzio.



### **Teología y espiritualidad de la Santa Misa:**

**La asistencia a la Santa Misa, fuente de santificación.** La oblación siempre viviente en el Corazón de Cristo. Efectos del Santo Sacrificio de la Misa y cómo debemos oírla. Cómo debemos unirnos al Santo Sacrificio de la Misa. R. Garrigou-Lagrange O.P.

**Si la Santa Misa es verdadero sacrificio.** El nombre. La realidad. Definiciones y errores. Doctrina Católica: la santa misa se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio. El sacrificio de la cruz y el sacrificio del altar son uno solo e idéntico sacrificio, sin más diferencia que el modo de ofrecerse: cruento en la cruz e incruento en el altar. R. P. Antonio Royo Marín O. P.

**La Santa Misa como medio de Santificación.** Fines y efectos de la santa misa. Disposiciones para el santo sacrificio de la misa. Antonio Royo Marín O.P.

**El Sacrificio Eucarístico.** R. P. Dr. Jaun R. Sepich.

**División de los sacrificios.** El Sacrificio propio de la nueva Ley. Unidad de la cena y la Misa. Doble Sacrificio de Jesús. La Misa Sacrificio de la nueva Ley.

**La profecía de Malaquías.**

**Las palabras de la institución.**

**La esencia del Sacrificio de la Misa.**

**Caracteres de la Santa Misa.**

**Condiciones referidas en los efectos de la Misa.**

**Celebración de la Misa en honor de los Santos.**

**Los límites de la eficacia de la Santa Misa.**

**El lugar y tiempo de la celebración.** La rectitud y la conveniencia de lo que se dice y hace en la Santa Misa.

**El Sacrificio Eucarístico.** Dom Columba Marmión. La Eucaristía, fuente de vida divina. La Eucaristía considerada como sacrificio; trascendencia del sacerdocio de Cristo. Naturaleza del sacrificio; cómo los sacrificios antiguos no eran más que figuras; la inmolación del Calvario, única realidad; valor infinito de esta oblación. Se reproduce y renueva por el sacrificio de la Misa. Frutos inagotables del sacrificio del altar; homenaje de perfecta adoración, sacrificio de propiciación plenaria; única acción de gracias digna de Dios; sacrificio de poderosa impetración. Intima participación en la oblación del altar por nuestra unión con Cristo, Pontífice y víctima.

**más sobre la Santa Misa en San Francisco de Sales.** Sección: Doctores de la Iglesia.

**EL Padre Pío y la Misa.** Sección: Escritos de Santos.

**San Vicente Ferrer: Opúsculo "Las propiedades de la Misa"**

**El Sacrificio de la Misa según los santos.**

**Magisterio sobre la Santa Misa.** Sección: Magisterio de la Iglesia.

**Sobre el Sacrificio de la Misa y su Rito contra los Luteranos.** Cardenal Cayetano. Sección: Apologética.

**La Santa Eucaristía.** Catecismo Romano comentado por el padre Alfonso María Gubianas O. S. B.

Monje de Montserrat, según los santos Padres.

**El Tesoro escondido de la Santa Misa. San Leonardo de Porto-Maurizio: Breve perfil del santo autor.**



Misa milagrosa. Simone Martini (1284-1344)

**El Tesoro escondido de la Santa Misa.** San Leonardo de Porto-Maurizio. Excelencia, necesidad y utilidades de la Santa Misa. Excelencia del Santo Sacrificio de la Misa. El Sacrificio de la Misa es igual al Sacrificio de la Cruz. El santo sacrificio de la Misa tiene por principal sacerdote al mismo Jesucristo. Funciones del celebrante y de los asistentes. El sacrificio de la Misa es el prodigio más asombroso de cuantos ha hecho la Omnipotencia divina.

**Artículo II: Necesidad del Santo Sacrificio de la Misa para aplacar la ira de Dios.**

**Artículo III: Utilidades que nos proporciona el Santo Sacrificio de la Misa.** Nos hace capaces de pagar todas las deudas que tenemos contraídas con Dios. Primera obligación: alabar y adorar a Dios. Segunda obligación: satisfacer a la Justicia divina por los pecados cometidos. Tercera obligación: Acción de gracias a Dios por los beneficios recibidos. Cuarta obligación: Implorar nuevas gracias. Por la Santa Misa alcanzamos aun aquellas gracias que no pedimos. La Santa Misa proporciona un gran alivio a las almas del purgatorio.

**Método para oír con fruto la Santa Misa de San Leonardo de Porto-Maurizio.** Sección: Escritos de Santos.

**Modo de hacer la Comunión espiritual.**

**Capítulo III: Ejemplos oportunos para inclinar a las personas de todos los estados y condiciones a oír todos los días la Santa Misa.** Ejemplos de varios príncipes, reyes y emperadores. Ejemplos de grandes damas y señoras del mundo. Ejemplos de mujeres de humilde condición. Ejemplos de negociantes y artesanos. Ejemplos de jornaleros y sirvientes. Ejemplo formidable para los que no aprecian el inmenso tesoro de la Santa Misa.

**Notas y artículos:**

**¿Porqué los fieles se sienten atraídos por la liturgia tradicional?** boletín trimestral francés La Lettre d'Oremus, 6 de abril de 1998, reproducido por "Misa Latina" año 1, N°2, abril de 1999).



[Atractivo de la Misa Tridentina.](#) por el Cardenal Alfons M. Stickler.

#### **Estudios Litúrgicos:**



Cardenal Alfredo Ottaviani.

[Alfredo Cardenal Ottaviani Antonio Cardenal Bacci "Breve examen crítico del Novus Ordo Missae.](#) Texto Completo.

[Romano Amerio: La Reforma Litúrgica](#)

[Síntesis del análisis del Novus Ordo Missae de Paulo VI.](#) Augusto del Río.

[Notas y comentarios.](#) Desde el comienzo hasta el ofertorio.

[Notas y comentarios.](#) Desde el Canon hasta el final.

[La protestantización litúrgica avanzada.](#) SI SI NO NO.

 [El problema de la reforma litúrgica. La Misa de Pablo VI y de Vaticano II.](#) Estudio teológico y litúrgico. (Formato **.rtf**)

[El problema de la reforma litúrgica.](#) P. Arnaud Séléigny.

## **Sobre el tiempo litúrgico :**

### **Sobre el Tiempo litúrgico del Adviento y la Navidad.**

**Práctica del Adviento.** Dom Gueranger.

### **El Miércoles de Ceniza y días siguientes.**

**Tiempo de Cuaresma.** Explicación sobre el tiempo litúrgico de la Cuaresma del Misal Romano por Dom Gaspar Lefebvre.

### **Tiempo de Cuaresma. Preparación próxima Redención.**

**Dom Guéranger: Tiempo de Cuaresma.** Historia de la cuaresma. La oración. Mística de la Cuaresma. El número cuarenta y su significación. Temor saludable. Ánimo y confianza.

### **El Tiempo de Pasión.**

**El Tiempo de Pasión.** Exposición Dogmática y notas litúrgicas según el Misal Romano Tradicional.

### **Domingo de Ramos.**

**LA SEMANA SANTA.** (Celebración de la Redención)

1. El Domingo de Ramos: a) Bendición de los ramos; b) La procesión; c) La Misa. - 2. Lunes Santo. 3. Martes Santo. 4. Miércoles Santo (Oficio de Tinieblas). 5. Jueves Santo: a) La Misa; b) La procesión al Monumento; c) El despojo de los altares; d) El lavatorio de los pies. 6. Viernes Santo: a) Lecturas y oraciones; b) Descubrimiento y adoración de la Cruz; c) La Misa de "presantificados". 7. Sábado Santo: a) Anuncio de la Pascua; b) Vestigios del bautismo de los catecúmenos; e) La Misa de "gloria".

**La Pascua de Resurrección.** Celebración festiva de la Resurrección.

**Pentecostés.** Dom Geranger.

**Reflexiones de Pentecostés.**

**Reflexiones de Pentecostés.** Segunda parte.

## **DESCARGAS: Algunos textos sobre liturgia.**



**Reglas para ayudar a Misa.** Breve explicación de las funciones de los acólitos en la Misa, Misa con dos acólitos y Misa cantada, con algunas imágenes.



**The Mass of Western rites.** Dom Fernand Cabrol (texto en inglés).

# LA SANTA MISA





De todos los temas de Liturgia, el de la Misa es el más importante y el que requiere un estudio más detenido y amoroso. La Misa háse de comprender y vivir íntimamente, y quien mejor la comprenda y mejor la viva, será, indiscutiblemente, el que vivirá más intensa y plenamente la vida cristiana. De ahí que, dentro de la brevedad que exige la índole de este Manual, le dediquemos aquí a la Misa un estudio lo más completo posible, utilizando los mejores tratados publicados hasta la fecha sobre la materia **(1)**.

**(1)**. Recomendamos, en castellano: *La Santo Misa explicada*, por Dom P. Guéranger, Abad de Solesmes, trad. por L. Acosta. - *La Misa y su Liturgia*, por el R. P. Agustín Rojo del Pozo, benedictino de Silos. - Y en francés: *La Sainte Messe, Notes sur sa liturgie*, por Dom. E. Vandeur, O. S. B. - *La Messe, étude doctrinale*, por E. P. Bourceau. - *Leçons sur la Messe*, por Mons. Batiffol. - *La Sainte Messe, sens véritable des prières et des cérémonies*, por Decrouille. - *La liturgie de la Messe*, por Dom Jean de Puniet, O.S.B.-*Le Saint Sacri f ice de la Messe*, por N. Gihl, 2 vols. - *Liber Sacramentorum*, IX vol., por el Card. Schuster, O.S.B., y los libros de Dom Léfèbvre y de Pius Parh. - Para la explicación de la Misa del pueblo, puede ser útil nuestra *Guía Litúrgica del Catequista* (Buenos Aires).

## NOCIONES PRELIMINARES

**1. Notión del Sacrificio.** El Sacrificio, estrictamente considerado, suelen definirlo así los teólogos: Es la ofrenda que se hace a solo Dios, por medio de un ministro legítimo, de una cosa sensible, destruyéndola o transformándola en otra, para, reconocer y dar testimonio del suprema dominio de Dios sobre todas las cosas, y expresar nuestro acatamiento.

Dícese ofrenda de una cosa sensible, porque el Sacrificio pertenece al culto externo de Dios, pudiendo ser materia de él tanto una cosa animada como inanimada.

Por legítimo ministro se entiende una persona especial legítimamente delegada para ello.

Se dice a sólo Dios, porque el sacrificio es propiamente un acto de latría, que a Él solo se dirige.

Añádese destruyéndola o transformándola, porque no solamente se le debe a Dios el uso de la cosa, sino la sustancia misma de ella, de suerte que la cosa misma debe dejar de existir física o moralmente, y, por lo tanto, inutilizarse para sus usos naturales...

Con las palabras reconocer y dar testimonio del supremo dominio de Dios, etcétera, se expresa el fin del sacrificio, que es confesar que todo viene de Dios y a Él se le debe todo, incluso la vida humana, la cual debiera ser, en realidad, la materia propia del Sacrificio; pero como de ordinario no es lícito sacrificar la vida, sustitúyese ésta por la sustancia de otra cosa de su pertenencia.

**2. Antigüedad y universalidad del Sacrificio.** El Sacrificio, en una o en otra forma, ha existido desde el principio del mundo y en todos los pueblos, en donde, en alguna manera, se han practicado actos de religión. La existencia del hombre, de la religión y del sacrificio, son, puede decirse, simultáneas e inseparables; ya que no puede darse un

hombre que no reconozca algún ser superior a sí, y al cual no exprese, de alguna manera, su acatamiento, que es, en último término, a lo que tiende el sacrificio.

Es un hecho demostrado que todos los pueblos, civilizados y no civilizados, han practicado el sacrificio. Los hindúes, toda su religión la practican a base de sacrificios, a tal punto que sus libros sagrados, los "Vedas", definan el hombre: "el primero de los sacrificadores". Los griegos, de civilización refinada, en todo hallaban pretexto para sacrificar: en las calamidades públicas, en las enfermedades individuales, en las bodas, en los nacimientos, en las expediciones, etcétera. Los romanos todavía eran más pródigos en sacrificar, hasta el extremo de constituir, entre ellos, el comercio de las víctimas un verdadero tráfico, y de no poder sustraerse de ellos ni siquiera los hombres más cultos. De Juliano el Apóstata, por ejemplo, se cuenta que más de una vez inmoló en el altar del sacrificio a más de cien toros, carneros, ovejas y cabritos en cantidad fabulosa, y un sinnúmero de pájaros de blanco plumaje, de mar y de tierra (1).

**3. Los sacrificios bíblicos.** La Biblia, desde los sacrificios de Caín y Abel, no cesa de hablar de numerosos sacrificios ofrecidos a Dios por los Patriarcas, Profetas, Reyes y gente del pueblo. Moisés consagra todo un libro, el Levítico, para regular minuciosamente todo el ritual relativo a los sacrificios. Son celeberrimos, los sacrificios de Abel, de Noé recién salido del Arca, de Abrahán y de Melquisedech, y asimismo lo son todos los de la Ley mosaica, los principales' de los cuales clasificábanse en cruentos e incruentos.

Estos sacrificios cruentos consistían en inmolarse animales. Ofrecíanse, unos en calidad de holocausto, y eran los más excelentes; otros por el pecado, con carácter expiatorio; otros por el delito, con carácter expiatorio también, pero privado; y otros, finalmente, en calidad de hostia pacífica, con carácter eucarístico e impetratorio a la vez y como fruto de algún voto personal.

Los sacrificios incruentos consistían en ofrecer, no animales, sino materias sólidas o líquidas. Ofrecíanse, ora en privado y por razones personales, ora en público y por motivos generales.

Todos estos sacrificios del Antiguo Testamento agradaron y aplacaron a Dios hasta que, en el Nuevo, apareció Jesucristo y aboliólos con su Sacrificio, sucediendo la realidad a las figuras.

**4. El Sacrificio de la Misa.** En la Nueva Ley sólo hay un sacrificio, del cual eran figuras todos los de la Antigua, y él sólo cumple todos los fines de aquéllos: es el Sacrificio cruento de Cristo en la Cruz e incruento en el altar; es decir, el Santo Sacrificio de la Misa. La Misa, por lo tanto, es el Sacrificio de la Nueva Ley, en el cual se ofrece Jesucristo y se inmola incruentamente por toda la Iglesia, bajo las especies del pan y del vino, por ministerio del Sacerdote, para reconocer el supremo dominio de Dios y aplicarnos a nosotros las satisfacciones y méritos de su Pasión. Representa, pues, la Misa, renueva y continúa, sin disminuirlo ni aumentarlo, el sacrificio del Calvario, cuyos frutos nos está continuamente aplicando. "Es, dice Pío XII, como el compendio y centro de la religión cristiana y el punto más alto de la Sagrada Liturgia (2).

Entre el sacrificio de la Misa y el de la Cruz, sólo hay estas diferencias: que Jesucristo se inmoló allí de un modo real, visible, con derramamientos de sangre, y personalmente, mientras que aquí lo hace en forma invisible e incruenta, bajo las especies sacramentales, y por ministerio del Sacerdote; allí Jesucristo nos mereció la Redención, y aquí nos aplica sus frutos.

En la Misa Jesucristo es la Víctima y el principal oferente; el segundo oferente es la Iglesia católica, con todos los fieles no excomulgados; y su tercer oferente y el ministro propiamente dicho es el Sacerdote legítimamente ordenado. Ofrécese la Misa, primeramente, por toda la Iglesia militante, pero secundariamente también por toda la Iglesia purgante, y para honra de los Santos de la Iglesia triunfante.

**5. Los fines de la Misa.** Toda la Liturgia, según dejamos dicho, y principalmente la Misa, se propone cuatro grandes fines a) dar a Dios el culto superior de adoración, para reconocer su infinita excelencia y majestad, y a este título la Misa es un sacrificio latréutico; b) agradecer a Dios todos sus inmensos beneficios, por lo que la Misa es también un sacrificio eucarístico; c) pedir a Dios todos los bienes espirituales y temporales, y a este respecto es la Misa, además, un sacrificio impetratorio; y d) satisfacer a Dios por todos los pecados y por las penas merecidas por los pecados, así propios como ajenos, de los vivos y de los difuntos, por cuya razón es la Misa, finalmente, un sacrificio propiciatorio y expiatorio.

Todos estos cuatro fines -advierde el Papa Pío XII- los cumplió Cristo Redentor durante toda su vida y de un modo especial en su muerte de Cruz, y los sigue cumpliendo ininterrumpidamente en el altar con el Sacrificio Eucarístico. Cuando se asiste, pues, a la Misa, débense tener siempre en cuenta estos cuatro fines, entre los cuales se puede repartir toda su liturgia, pues toda ella ha sido compuesta en vista de esas grandes y generales intenciones. Por eso la Misa llena todas las necesidades y satisface todas las aspiraciones del alma y resume en sí toda la esencia de la Religión. En ella es Jesucristo mismo el que actúa: Él es el que adora a su Padre por nosotros. Él el que le agradece sus beneficios, Él el que le pide gracias, Él el que le aplaca. De ahí que sea la Misa la mejor adoración, la mejor acción de gracias, la mejor oración impetratoria y el mejor acto de expiación. Ninguna práctica de piedad puede igualar a la Misa, y ningún acto de religión, público ni privado, puede ser más grato a Dios y útil al hombre; de ahí que

deba ser ella la devoción por excelencia del cristiano.

**6. Valor y frutos de la Misa.** El valor de la Misa, tomado en sí mismo, considerando la Víctima ofrecida y el Oferente principal, que es Jesucristo mismo, es infinito, tanto en la extensión como en la intensidad; si bien, en cuanto a la aplicación de sus frutos, tiene siempre un valor limitado o finito.

La razón de esta limitación es, porque nosotros no .somos capaces de recibir una gracia infinita, y, además porque la Misa no es de mayor eficacia práctica que el Sacrificio de la Cruz, el cual, aunque de un valor infinito en sí mismo considerado, fue y sigue siendo, en su aplicación, limitado. Así lo dispuso Jesucristo, para que de ésta suerte se pudiese repetir frecuentemente este Sacrificio que es indispensable a la Religión, y también para guardar el orden de la Providencia, que suele distribuir las gracias sucesiva y paulatinamente, no de una vez. De ahí el poder, y aun la conveniencia, de ofrecer repetidas veces por una misma persona el Santo Sacrificio.

Los frutos de la Misa son los bienes que procura el Sacrificio, y son, con respecto al valor, lo que los efectos con respecto a la causa. Tres son los frutos que emanan de la Misa

- a) el fruto general, de que participan todos los fieles no excomulgados, vivos y difuntos, y especialmente los que asisten a la Misa y toman en ella parte más activa;
- b) el fruto especial, de que dispone el Sacerdote en favor de determinadas personas e intenciones, en pago de un cierto "estipendio"; y
- c) el fruto especialísimo, que le corresponde al Sacerdote como cosa propia y lo enriquece infaliblemente, siempre que celebre dignamente.

Los frutos general y especialísimo se perciben sin especial aplicación, con sólo tener intención de celebrar la Misa o asistir a ella, según la mente de la Iglesia; pero, para más interesarse en la Misa e interesar más a Dios en nuestro favor, es muy conveniente proponerse cada vez algún fin determinado, en beneficio propio o del prójimo, o de la Iglesia en general.

Para poder alcanzar el fruto especial es necesaria la aplicación expresa del celebrante, ya que él, como ministro de Cristo, puede disponer libremente de ese fruto en favor de quien quisiere.

**7. Aplicación de los frutos de la Misa.** Los méritos infinitos e inmensos del Sacrificio Eucarístico no tienen límite y se extienden a todos los hombres de cualquier lugar y tiempo, ya, que por él se nos aplica a todos la virtud salvadora de la Cruz. Sin embargo, el rescate del mundo por Jesucristo no tuvo inmediatamente todo su efecto; éste se logrará cuando Cristo entre en la posesión real y efectiva de las almas por Él rescatadas, lo que no sucederá mientras no tomen todas contacto vital con el Sacrificio de la Cruz y les sean así transmitidos y aplicados los méritos que de él se derivan. Tal es, precisamente, la virtud del Sacrificio de la Misa: aplicar y transmitir a todos y cada uno los méritos salvadores de Cristo, sumergirlos en las aguas purificadoras de la Redención, que manan desde el Calvario y llegan hasta el altar y hasta cada cristiano.

"Puede decirse -continúa Pío XII- que Cristo ha construido en el Calvario una piscina de purificación y de salvación, que llenó con la sangre por Él vertida; pero, si los hombres no se bañan en sus aguas y no lavan en ellos las manchas de su iniquidad, no serán ciertamente purificados y salvados" (3). Por eso es necesaria la colaboración personal de todos los hombres en el tiempo y en el espacio, la que se efectúa por medio de la Misa y de los Sacramentos, por los cuales hace la Iglesia la distribución individual del tesoro de la Redención a ella confiado por su Divino Fundador. Por eso no puede faltar en el mundo la renovación del Sacrificio Eucarístico, que actualiza e individualiza el de la Cruz.

**8. El estipendio.** Los fieles que desean que: el Sacerdote aplique la Misa, o mejor dicho el fruto especial de la Misa a su intención particular, dánle en pago una limosna o "estipendio", cuyo monto varía según las diócesis episcopales y sus correspondientes tasas o aranceles. Es ésta una práctica católica fundada en la razón y en la tradición y aprobada por la Iglesia.

Es justo y racional que quien sirve al altar viva del altar, y que quien a él está totalmente consagrado, perciba de él lo necesario para su honesto sostenimiento. Lo mismo que el sacerdote de la antigua Alianza recibía para su mesa una ración de carne de la víctima inmolada, así es justo que los fieles, que tienen para su servicio espiritual al Sacerdote y desean que éste les ceda el fruto especial de la Misa, contribuyan con algo para su mantenimiento. Este algo, tratándose de la Misa, es el "estipendio", y con respecto a algunos ministerios sacerdotales, son los llamados honorarios o, mejor, "derechos de estola".

El "estipendio" ha sucedido a la vieja y hermosa costumbre de los fieles de ofrecer pan y vino para el 'Sacrificio; pan y vino que, en los primeros tiempos, no se destinaba a sola la Consagración y Comunión, sino también a constituir un depósito o fondo sagrado para la sustentación del clero y de los pobres. Al pan y al vino fueron agregando los fieles, en el andar de los siglos, el aceite, la leche, la miel, los frutos de la tierra, etcétera, y por fin, el dinero, depositado ora en el gazofilacio, ora en el mismo altar o en las propias manos de los sacerdotes. Mas cuando el uso de estas oblationes voluntarias y de los diezmos y primicias fue decayendo, la Iglesia hubo de proveer a las necesidades más



apremiantes de sus ministros, creando, muy a pesar suyo, los derechos parroquiales e introduciendo, hacia el siglo VIII, el "estipendio" de la Misa, en la misma forma casi que ahora se practica.

**9. Las intenciones.** Los fieles, al encargar una Misa y dar por ella el correspondiente "estipendio", señálanle al Sacerdote una intención, la cual tiene él en cuenta al celebrar. Esta intención puede ser una o varias, según la voluntad del donante.

Al encargar una Misa, conviene sepan los fieles que puede ofrecerse el Santo Sacrificio por los vivos. y por los difuntos. De los vivos a 'nadie excluye el Derecho Canónico (4), ni siquiera a los infieles y acatólicos; si bien por los excomulgados sólo permite aplicar la Misa en forma privada, es decir, sin público anuncio y sin nombrar para nada al interesado, y precaviendo el escándalo.

También pueden celebrarse misas por los privados de sepultura eclesiástica, como son, entre otros, los suicidas y los duelistas; pero no la Misa exequial ni la de aniversario ni otro cualquier funeral (5).

Tratándose de los Santos y Bienaventurados, la Misa se aplica, no "por ellos", ya que ellos nada necesitan, sino "en su honor", para dar a Dios gracias por sus victorias y para interponer su intercesión.

Hay no pocas ni pequeñas ventajas en hacer celebrar misas por uno mismo, o por otros, durante la vida, sin esperar a que se le apliquen después de la muerte. Así lo enseña el Breve "Sodalitatem" del 31 de mayo de 1921, del Papa Benedicto XV, que dice: "Los frutos de la Misa son de mayor eficacia durante la vida que después de la muerte, porque la aplicación hecha en vida a los fieles bien intencionados y bien dispuestos, es más directa, más cierta y más abundante. En consecuencia: la Misa, además de la virtud de asegurarnos la gracia de la perseverancia final, tiene la de ofrecernos, ya en vida, el medio eficaz de aplacar la justicia de Dios y de cancelar enteramente, o a lo menos de abreviar notablemente, la expiación de las penas del Purgatorio. Gran número de fieles ignora, con perjuicio de sus intereses espirituales, que el Sacrificio de la Misa les sería de mayor provecho, si en vida lo hiciesen ofrecer por sí, en lugar de dejar a sus herederos el cuidado de hacerlo celebrar, después de la muerte, para alivio de sus almas."

Las misas aplicadas a un alma después de la muerte ya no contribuyen, como antes, a ayudarle a la salvación; ni le acarrear la plenitud de los frutos: adoración de Dios, acción de gracias e impetración, y sí sólo la expiación o sufragio; ni le aumentan los méritos para la vida eterna y la ayuda actual para ésta; ni implican sacrificio o desprendimiento, puesto que se pagan con dinero que ya no es propio, sino de los herederos.

**10. Los nombres de la Misa.** El -nombre clásico del Santo Sacrificio es "Misa", palabra latina que viene a significar "envío", licencia para retirarse, "despedida". Proviene de que primeramente, durante su celebración, hacía el diácono dos solemnes despedidas: una a los Catecúmenos y penitentes, después del Evangelio, y otra a todos los Fieles, al fin del Sacrificio. En ambos casos decía el diácono: *Ite, dimissio est*, "idos, que ha llegado la despedida"; frase que se transformó en el actual *"Ite, Missa est"*.

San Gregorio Magno y Santo Tomás dánle otra interpretación mística. Según ellos, la Misa llevaría ese nombre por efectuarse en ella una como transmisión de votos y de súplicas del pueblo a Dios, por mediación del Sacerdote; o también, porque en ella se remite o envía a Dios una víctima, que es Jesucristo.

En el transcurso de los siglos la Misa ha sido designada con los nombres siguientes: Los griegos llamábanla "Sagrada Liturgia" o simplemente "Liturgia", o sea, función o ministerio público; "Synáxis" o reunión de personas de unas mismas creencias y sentimientos, para participar de un mismo banquete espiritual; "Anáfora" o sacrificio que eleva hasta Dios los `corazones del sacerdote y de los asistentes, etcétera.

Los latinos usaban las expresiones de "Colecta" o asamblea solemne y fraternal; "Acción" y "Agenda", para significar que era la Acción por excelencia de la Religión; "Oblación" o acto por el cual Jesucristo, el Cordero inmaculado, se ofrece y se inmola a. Dios en el altar; "Comunión", para significar la íntima unión del alma con Jesucristo mediante la recepción de su Cuerpo santísimo; "Fracción del pan" o elaboración y reparto del manjar eucarístico, etcétera.

**11. Diversas clases de Misas.** La Misa es, y siempre ha sido, esencialmente una. Ninguna diferencia esencial hay entre la Misa dicha por el Papa y, por el último sacerdote católico; por un sacerdote santo, y por un apóstata; en la basílica Vaticana con pomposas ceremonias, o en la ermita más solitaria de las montañas; en el siglo 1 del cristianismo, o en el siglo XX. Todas tienen el mismo valor, y siempre es el mismo Jesucristo el que celebra, se inmola y se ofrece a los fieles. La diversidad de misas proviene de la mayor o menor solemnidad con-que se celebran, del ministro que oficia y de otras circunstancias.

Por razón de la solemnidad del rito, la Misa se clasifica en solemne, simplemente cantada, y rezada; o bien en pública y privada.

La solemne pide ministros, canto e incienso; la simplemente cantada, sólo requiere uno o dos monaguillos, y cantos; y la rezada, un ayudante, como *mínimum*.

Si el que oficia en la Misa solemne es un abad, la Misa se llama "abacial"; si un obispo o un prelado, la Misa se llamada "pontifical"; y si el Papa, "papal". La nota distintiva más principal de esta última es que en ella hay dos diáconos y dos subdiáconos de oficio, representando el rito griego y latino y cantando la Epístola y el Evangelio en

ambos idiomas.

De ordinario, la Misa diaria corresponde al Santo o Misterio que se celebra en el día, y cuando no. la Misa toma el nombre de votiva. Hay misas votivas que tienen por fin honrar un Santo, o Misterio, o una Advocación; otras, pedir, gracias especiales, alejar calamidades públicas, etcétera; otras, finalmente, aliviar a las almas del Purgatorio. Las misas votivas en honor de la Santísima -Virgen suelen llamarse, a veces, misas de., Beata; las que se dicen por necesidades públicas, misas de rogativas; las de las bodas, misas nupciales o de esponsales; las por los muertos, misas de difuntos o de réquiem. La característica de todas estas misas es que se suprime el "Gloria" y el "Credo". El color de los ornamentos es el correspondiente al Santo o Misterio que se honra, o el que demanda el carácter peculiar de la misa que se celebra.

Otra división clásica de la Misa es en conventual y parroquial. La conventual es la que se celebra todos los días, conforme al Oficio del Breviario, en las iglesias catedrales, colegiadas, monasterios y conventos de Regulares, con asistencia de los canónigos, del clero o de los religiosos adscritos a dichas iglesias. Tratándose de catedrales y colegiadas, la misa conventual recibe también el nombre de capitular, por llamarse a la reunión de los canónigos cabildo o capítulo. La misa parroquial es la que están obligados a aplicar por su grey, los días de precepto y las fiestas suprimidas, todos los que tienen cura de almas: obispos, párrocos, administradores, vicarios. Llámase también misa pro pópulo, y es a la que con preferencia deben asistirlos feligreses.

**12. Su número.** Son innumerables las Misas que cada día se celebran en el mundo, hasta el punto de que no hay instante del día ni de la noche en que no se esté diciendo alguna. Cada sacerdote no impedido celebra una todos los días. Donde el clero escasea, los domingos y fiestas muchos sacerdotes, con la competente autorización, dicen dos y aun tres misas, para facilitar el cumplimiento del precepto.

Antiguamente sólo había misa los domingos. En seguida se añadió los miércoles, los viernes y los sábados; y finalmente todos los días. Actualmente las hay todos los días .del año, a, excepción del Viernes Santo, que la substituye la ceremonia llamada "Misa de presantificados". Hubo tiempo en que fue permitido celebrar varias veces al día; y se sabe del Papa León II, en el siglo VIII, que celebraba hasta siete y ocho misas diarias. Solamente la escasez de sacerdotes y la extraordinaria devoción de algún particular podían justificar entonces esta práctica. Ahora tan sólo el día de Difuntos y el de Navidad pueden celebrar tres misas todos los sacerdotes, sin especial licencia.

En Europa y África se dice Misa desde las 12 de la noche del reloj de Buenos Aires, hasta las 6 de la mañana.

En América, desde las 5 de la mañana del reloj de Buenos Aires hasta las 2 de la tarde.

En Oceanía, desde las 11 de la mañana del reloj de Buenos Aires, hasta las 9 de la noche. En Asia, desde las 6 de la tarde del reloj de Buenos Aires, hasta las 3 de la madrugada. Desde el Oriente hasta el Occidente mi nombre es grande entre las naciones y en todo lugar se sacrifica y ofrece en mi nombre una oblación pura. (Malach., I, 11.)

**13. La participación de los fieles en la Santa Misa.** Es un deber y a la vez una dignidad -dice el Papa Pío XII- la participación del fiel cristiano en la Santa Misa. Esta participación no debe ser pasiva y negligente, sino activa y atenta. Aún sin ser los fieles, sacerdotes -pues de ninguna manera lo son-, ellos también ofrecen la Hostia divina de dos modos: primero, uniéndose íntimamente con el sacerdote en ese Sacrificio común, por medio de las ofrendas, por el rezo de las oraciones oficiales, por el cumplimiento de los ritos y por la Comunión sacramental; y segundo, inmolándose a sí mismos como víctimas. A ello nos conduce toda la Liturgia de la Misa y a ello tiende la participación activa en la celebración de la misma.

**14. Tres medios principales de participación.** El Papa Pío XII señala tres medios principales, que podríamos llamar clásicos, de participación activa en el Sacrificio de la Misa: 1º, el uso del Misal, con el cual los fieles siguen al celebrante rezando sus mismas oraciones y abundando en los mismos sentimientos; 2º, el canto de la Misa solemne, "la cual goza de una particular dignidad por la majestad de sus ritos y el aparato de sus ceremonias, y reviste el máximum de esplendor cuando asiste a ella, como la Iglesia lo desea, un pueblo numeroso y devoto"; y 3º, la práctica legítima de la "Misa dialogada", sea en su forma normal respondiendo todos ordenadamente a las palabras del celebrante, sea combinando ambas cosas, rezo y canto.

Todos estos modos de participar activamente en la Misa son dignos de loa y de recomendación, cuando se acomodan estrictamente a las prescripciones de la Iglesia y a las normas de los sagrados ritos y se encaminan a unir y no a separar a los fieles con Cristo y su ministro visible, que es el sacerdote. Cualquiera de estas formas de participación en la Misa, en unión con el celebrante, es eficaz para fomentar la solidaridad cristiana en el pueblo; pero, como muy bien advierte el Papa, ninguna de ellas puede reemplazar a la Misa cantada, que es en la que el Sacrificio del altar campea con toda su majestad. Es, por lo tanto, deber de todos restablecer la Misa dominical cantada por el pueblo, sobre todo la .Misa parroquial, que es la de la familia, de la feligresía.

**15. Otros medios legítimos de participación.** Más como quiera que esos tres medios clásicos de participación señalados por el documento pontificio no son siempre ni para todos posibles ni ventajosos, se puede recurrir

legítimamente a otras maneras más sencillas, por ejemplo: al rezo del Santo Rosario, a la meditación de los divinos Misterios, o al uso de otras oraciones. Todo esto -dice el Pontífice-, aunque diferente de los sagrados ritos en la forma, concuerda sin embargo con ello por su misma naturaleza.

Es un error, tratándose de la participación de los fieles en la Liturgia, hacer tanto caso de las circunstancias externas de la misma que se crea que si ellas se descuidan la acción sagrada no puede alcanzar su propio fin. En realidad, lo que importa sobre todo es que los asistentes a la Misa se unan del modo más íntimo posible con el Divino Redentor, que crezca cada día en ellos su grado de santidad y se aumente la gloria del Padre Celestial.

**16. La Misa "entera".** El precepto eclesiástico de "oír Misa entera los domingos y días de obligación", se cumple hoy estando presente a ella, por lo menos desde el Introito hasta el último Evangelio; si bien nos parece a nosotros que también deben incluirse, aunque no pertenezcan a la integridad de la Misa ni obliguen en rigor, las oraciones finales, añadidas a ella por voluntad expresa de la Iglesia. El que no puede asistir a toda la Misa "entera", está obligado, si puede, a asistir por lo menos a la parte esencial e integral, es decir, a la Consagración y a la Comunión, por lo menos del celebrante; mas el que no puede asistir a esto, está dispensado del precepto, aunque pudiera asistir a las otras partes accidentales.

Omitir voluntariamente alguna parte de la Misa, en los días de precepto, es pecado, grave o leve, según sea más o menos notable lo que se omite.

No satisface al precepto el que no llega hasta pasado el Ofertorio; o el que llega al empezar el Evangelio, y sale en seguida de la Comunión; o el que omite la Consagración y la Comunión, aunque asista a todo lo demás; ni tampoco el que simultáneamente oye la primera mitad de una Misa y la segunda de otra.

En cambio, satisface al precepto quien completa la Misa con las partes de dos Misas sucesivas, siempre que en una de ellas no se separe la Consagración de la Comunión.

El que llega hecha ya la Consagración, debe asistir a lo que sigue, por cuanto está obligado, pudiendo, a asistir a una parte notable del culto público cual es éste.

**17. Dos "medias" Misas.** En rigor, de verdad: ¿pueden dos "medias" misas hacer "una" Misa "entera"? Ciertamente no, porque la Misa no es una cosa material, resultante de la yuxtaposición de varias partes, sino un acto espiritual, una unidad mística moralmente indivisible. Aunque, es cierto, que la Misa se compone de actos sucesivos, no constituye su esencia la sucesión de esos actos, sino la oblación de Cristo que los acopla, los vivifica y los unifica y hace de ellos un solo Sacrificio, cuyas dos partes principales son la Consagración y la Comunión., Ambas son necesarias para la integridad del Sacrificio, y ninguna de las dos es la Misa propiamente dicha. Por eso, dividir la Misa es destruirla, y no basta juntar de nuevo los fragmentos para reconstruirla en su integridad:

Desde el punto de vista del Sacrificio, el principio de una Misa trunca, es cero, y lo mismo el final: y cero más cero es cero, y no una unidad. Dos "medias" misas no forman, pues, una Misa "entera"; luego el que las oye, no oye ni la una ni la otra,: no oye propiamente Misa; aunque la Iglesia, que obliga al cristiano a honrar a Dios, los domingos y fiestas, por lo menos con una parte notable del culto público, considere cumplido su precepto con dos "medias" misas, en la forma antedicha.

Dos ejemplos aclararán y probarán esta doctrina: Una unidad puramente material, que resulta de la unión de partes homogéneas, puede dividirse, y luego reconstruirse un kilómetro puede dividirse en metros; un decálitro en litros; un montón de tierra en montoncitos, etc. Una unidad orgánica, formada por partes heterogéneas, no puede dividirse sin destruirse : un árbol dividido en dos, ya no es árbol; un hombre decapitado, ya no es hombre; porque ni el árbol ni el hombre son un simple compuesto de moléculas, sino organismos vivos, cuya división produce su muerte. Una unidad espiritual tampoco puede dividirse sin destruirse: dos medias verdades no constituyen una verdad, sino dos errores; dos medios dogmas, dos herejías; dos medias virtudes no equivalen a una virtud.

Todo esto, aunque sólo sean comparaciones, prueba que las cosas espirituales no se rigen por la aritmética ni por la geometría, y que el Sacrificio y los Sacramentos no se miden con regla ni con metro. Dos mitades, pues, no siempre constituyen un entero. Luego no es extraño que dos medias misas no formen una Misa entera.

## NOTAS

(1) P. Allard: Julien L Ápostat, t. II, p. 54.

(2) Enc. "Mediator Dei", 2ª parte, I.

(3) Enc. "Mediator Dei", 3ª parte, 1.

(4) Canon 809.

(5) Canon 1241.

(6) Id., íd., II.

Por el R.P. Andrés Azcárate. "La flor de la liturgia".

## Primera parte de la Misa (Parte catequística)

### LA "MISA DE LOS CATECÚMENOS"

En esta primera parte de la Misa que, como queda dicho, es la parte didáctica y catequística de la misma, se pueden establecer dos divisiones una que llega hasta el Intróito, y es la Introducción, y otra hasta el Ofertorio; formando entrambas la Ante-Misa o MISA DE LOS CATECÚMENOS.

**1. El "Asperges me".** Un rito, que no figura en el "Ordinario de la Misa", porque no pertenece al Santo Sacrificio, pero que suele preceder en las catedrales, monasterios y parroquias a la Misamayor de los domingos, es la Aspersión del agua bendita, que consiste en rociar con ella el altar, los ministros y todos los asistentes, entre tanto que el Coro canta la antífona "Asperges me" (en Tiempo Pascual "Vidi aquam"), el principio del salmo "Miserere", varios versículos y una Oración al Ángel de la Guarda. El objeto de este hermoso rito es extremar la purificación del altar y de los fieles antes de comenzar el gran acto del Sacrificio e invocar sobre ellos la asistencia del Santo Ángel, "para que los guarde a todos, los enfervorice, los proteja y los visite" en este momento solemne.

El agua que se usa para la Aspersión ha de haber sido bendecida el mismo domingo, cosa que exige la Iglesia no solamente para evitar la corrupción del líquido, sino también para indicar a los fieles que la semana religiosa ha de iniciarse con una renovación espiritual.

Este rito de la Aspersión es obligatorio en las catedrales y colegiadas; suele practicarse en las iglesias de los regulares, y puede realizarse -y es muy digno de lo hacerlo- en las parroquias, donde el acto purificador asume una importancia mayor, por beneficiar a toda la familia parroquial.

En los monasterios (por lo menos en los benedictinos), de donde probablemente proviene este rito, la "aspersión" se extiende a todas las dependencias conventuales.

**2. Introducción.** La Introducción a la Misa, que tiene un carácter bien marcado de purificación, consta

- a) de la señal de la Cruz,
- b) de una Antífona y del Salmo 42.
- c) del Acto de Contrición seguido de la Absolución, y
- d) de una serie de Versículos con varias oraciones.

Aconseja San Pablo que todo lo que hacen los fieles, sea de palabra o de obra, todo lo hagan en nombre del Señor, cual es la Misa, comience por la señal de la Cruz.

b) La Antífona y el Salmo "Júdica", son a propósito para excitar en el sacerdote y en los fieles la devoción y una confiada alegría tan necesaria para realizar cumplidamente la gran Acción. El Salmo se suprime en las Misas de Difuntos y en las del Tiempo de Pasión, quizá por invitar a la alegría, o mejor, tal vez, porque estas misas han conservado su factura primitiva, en la que faltaba esta Introducción.

c) La compunción del corazón es otra de las buenas disposiciones para celebrar o asistir a la Santa Misa; por eso desde tiempos muy remotos se practicó en las asambleas religiosas la confesión de los pecados. Por lo que se refiere a la Misa, dice el antiquísimo libro de la "Doctrina de los Apóstoles": "Cuando estéis reunidos el día del Señor, haced la fracción del pan y dad gracias, habiendo antes confesado vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro". Actualmente esta confesión pública se hace mediante el rezo del "Confíteor" y la Absolución del sacerdote. La confesión se hace a Dios y a todos los Santos del cielo y nominalmente a algunos (la Santísima Virgen, San Miguel, etc.); a quienes a la vez se pone por intercesores y abogados ante Dios. Esta confesión y absolución borra, por lo menos, los pecados veniales.

La actual fórmula del "Confíteor" parece de origen irlandés, y se encuentra sobre todo en los escritos de Alcuino, unas veces más corto, otras más largo (1). La Iglesia romana lo adoptó en el siglo XIII y San Pío V lo hizo definitivamente obligatorio.

d) Con los Versículos que siguen a la Absolución, que son como un eco de la misma, termina el diálogo entre el celebrante y el monaguillo, al pie del altar. Mientras el celebrante sube las gradas del altar, recita dos Oraciones pidiendo nuevamente por sí y por todo el pueblo el perdón hasta de las menores ofensas, para desempeñarse dignamente en el tremendo Sacrificio. Al mencionar y poner por intercesores a los Santos, cuyas reliquias están depositadas en el ara, el sacerdote besa ésta en señal de respeto y para más interesarlas en su favor.

Aquí termina en las misas rezadas la Introducción o preparación. En las solemnes se cierra con la incensación del altar y del celebrante. Antes del siglo IX no existía esta preparación oficial. Cada sacerdote preparábase para celebrar con preces más o menos equivalentes a las actuales, pero dichas

en privado, ora en la sacristía, ora en una capilla lateral, o bien yendo de la sacristía al altar.

**3. La Incensación.** En las misas solemnes, el celebrante pone incienso en el turíbulo, lo bendice e incienso con él: a) el Crucifijo, que preside el altar y el augusto Sacrificio; b) las Reliquias de los Santos, si están expuestas, para honrar sus virtudes heroicas y a asociarlos al Sacrificio; c) el altar, por sus cuatro costados y por sobre la mesa; y por fin, d) el celebrante, para que por este primer homenaje advierta bien el pueblo, desde el principio, que en su persona está representado el gran Pontífice, Jesucristo.

Como dijimos en su lugar, el incienso tardó bastante en ser admitido en la Liturgia, a causa de su origen pagano y del uso que de él les obligaban a hacer a los cristianos, en los altares de sus ídolos, al inducirlos a apostatar. El Ordo Romanus N° 1, del siglo VIII, o como si dijéramos el primer Ceremonial Romano, habla, el primero, de un subdiácono que precede al Pontífice y a su cortejo agitando un incensario mientras se dirige de la sacristía al altar, para celebrar. Pero, a la sazón, era éste un simple homenaje al Pontífice, pues no se usaba todavía el incienso para el altar. Esto empezó más tarde en la época carolingia, y desde entonces ha quedado ya como un rito característico de la Misa solemne.

Al principio; el celebrante sólo incensaba el Crucifijo, dejando para el diácono la incensación del altar, alrededor del cual daba la vuelta completa, para santificarlo en toda su extensión. Hoy es el celebrante quien realiza toda la incensación, y ya que no hace el recorrido en torno del altar, aunque éste esté despegado del muro, los golpes de incensario van enderezados a la mesa y a los cuatro costados.

Al bendecir el incienso, el celebrante posa la mano izquierda sobre el altar para indicar que de él -que representa a Jesucristo- recibe el sacerdote la virtud para bendecir y para hacer todo lo perteneciente al Santo Sacrificio, en el que él es ministro de Cristo, nada más.

**4. El Intróito.** El Intróito es una palabra latina que significa "entrada", y cuyo texto actualmente lo componen una Antífona o estribillo (que se repite al fin), un versículo de Salmo y la doxología breve "Gloria Patri", etc. Es el primer texto variable de la Misa, y suele ser una como enunciación del misterio o fiesta que se celebra cada día, o un pensamiento capital de los mismos. Su objeto es, por decirlo así, poner a tono a los fieles con el espíritu de la solemnidad.

El Intróito probablemente lo introdujo en la Misa el Papa San Celestino (422-432), de modo que debe pertenecer al siglo, V. Al principio, además de la Antífona decíase un Salmo entero. Cantábalo, lo mismo que hoy, el Coro, mientras el celebrante y sus ministros entraban (de ahí el nombre de "Intróito") ' en el templo y se dirigían al altar.

Al empezar a leerlo el celebrante se hace la señal de la Cruz, indicando, con eso que la Misa, propiamente dicha comienza en este momento. En las misas de Difuntos la señal de la Cruz la hace sobre el Misal, con el gesto de bendecir, significando que, en vez de beneficiarse él mismo, como en las demás misas, en éstas les cede a los difuntos todos los bienes.

**5. Los Kyries.** Son nueve invocaciones, en lengua griega, para implorar el perdón y la asistencia de la Santísima Trinidad. Kyrie significa "Señor"; elíson, "ten piedad de nosotros". Se repiten tres veces para cada una de las tres divinas 'Personas. Los canta el Coro a continuación del Intróito, y es la primera composición musical de la Misa, en cuyo canto debe alternar el pueblo fiel. Bien cantados y bien sentidos, hincen el alma de humildad y de santa compunción.

Los Kyries, en realidad, son las últimas invocaciones de las Letanías de los Santos, las-cuales solían cantarse en Roma al dirigirse el pueblo de la iglesia de reunión a la "estacional", para celebrar la Misa. Es lo que sucede todavía hoy en la Misa del Sábado Santo y en la de la Vigilia de Pentecostés.

También eran las aclamaciones con que el pueblo respondía a las preces que, en los primeros siglos, formulaban los diáconos, en nombre de todos, al comenzar la Misa, como para señalar las intenciones por las cuales se debía ofrecerla; preces que por su estilo letánico, se fijó hacia el siglo IX, repitiéndose hasta entonces esas invocaciones, tres, seis, doce, cuarenta, y más veces.

Fue costumbre durante la Edad Media, desfigurar el texto de los Kyries con frases interpuestas llamadas tropos, cada una de cuyas sílabas se adaptaba a una nota de los largos neumas gregorianos que adornaban estas invocaciones. Los títulos "fons bonitatis", "cum júbilo", etc., con que todavía son conocidos por el vulgo ciertos Kyries, y que se conservan todavía en los libros oficiales de canto, son las primeras palabras de los correspondientes "tropos" primitivos (2).



**6. El "Gloria".** Se llama también "Himno angélico", porque lo empezaron a entonar los Ángeles en la noche de Navidad, y es una bastante detallada doxología o elogio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a quienes

se alaba,

se da gracias,

se pide perdón, y se dirigen súplicas, expresando así los cuatro fines de la Misa.

El "Gloria" es de origen griego, y antiquísimo, siendo del siglo II la primera versión conocida. Era uno de esos himnos o "cánticos espirituales" de que habla San Pablo, con que los primeros cristianos desahogaban su devoción en sus asambleas. Hasta el siglo VI, no empezó a figurar en la liturgia oficial, y entonces se le colocó en el oficio de Laudes, entre el "Benedícite" y los "Laudates". Por fin la Iglesia romana lo introdujo en la Misa, en el lugar en que está ahora; pero hasta el siglo XI estuvo reservado a los obispos, no pudiendo rezarlo los simples sacerdotes más que el día de Pascua.

Sobre su belleza, todo cuanto digamos será poco. "Es una perla litúrgica; preciosa reliquia de los tesoros de un siglo en que la oración debió ser tan elocuente. Es verdaderamente el himno antiguo, tal como nos lo imaginamos en las primeras asambleas. Es una oración, un grito del alma.

Literariamente es una obra maestra en miniatura; es la poesía sobria y apacible de aquella sociedad, cuyos pintores representaban sobre los muros de las Catacumbas una orante en pie con las manos extendidas, y los ojos fijos en el Cielo, en la paz de la contemplación" (Dom Cabrol).

Es un himno que se adapta admirablemente para la devoción privada, sobre todo para acción de gracias después de la Comunión.

Omítese en las misas "feriales" de todo el año, en las "votivas" y en las de "difuntos", y por regla general, siempre que se usan ornamentos negros o morados. La razón de la omisión es por ser un himno de júbilo.

**7. El saludo litúrgico.** Terminado el "Gloria" (y si no lo hay, después de los "Kyries"), el celebrante besa el altar, y, vuelto hacia el pueblo y abriendo y cerrando los brazos, salúdalo diciendo: "Dóminus vobiscum" ("el Señor sea con vosotros"), al que los fieles le contestan: "Et cum spíritu tuo" ("y con tu espíritu"). Los obispos saludan en este momento con la fórmula: "Pax vobis" ("la paz sea con vosotros"), que tiene la misma respuesta.

El "Dóminus vobiscum" es la traducción de la palabra hebrea Enmanuel, "Dios con nosotros". Es la fórmula con que Booz saludó a los segadores (3), y el Ángel a la Sma. Virgen (4), y la que usaban de ordinario los primeros cristianos al encontrarse unos con otros y sobre todo al reunirse en las asambleas religiosas.

**8. La Oración "Colecta".** Al saludo litúrgico, sigue la palabra de orden: Oremus, "oremos", y una oración breve, llamada "Colecta"; así denominada, ora porque se decía antiguamente luego de reunida la asamblea para dirigirse a la iglesia "estacional", ora porque en ella están resumidos o como coleccionados los votos y deseos de la Iglesia y de todos los fieles. El celebrante la reza o la canta con los brazos abiertos y alzados, imitando la actitud de los primitivos "orantes", que era casi la de Cristo en la Cruz.

La palabra de orden: "Oremus", a la vez que una invitación a orar, es un toque de atención para la oración que va a seguir. Antiguamente se empleaban también otras fórmulas, tales como "silentium fácite" (guardad silencio), "aures ad Dóminum" (aplicad los oídos al Señor), etc.

La Colecta suele indicar a los fieles el objeto de la fiesta que se celebra, el espíritu que la anima y hasta las disposiciones para bien celebrarla, y por estas razones se repite en todos los Oficios del día. Aunque breves, muy breves, son oraciones bellísimas y están henchidas de doctrina y de piedad. Sencillas en apariencia, poseen un ritmo bien estudiado, que difícilmente aciertan a imitar los modernos compositores de misas y oficios nuevos. Los fieles deben tener a esta oración de cada día una devoción especial, ya que es la verdadera oración "universal" de toda la Iglesia.

A menudo la "Colecta" del día va seguida de otra u otras, correspondientes a las fiestas o feria que ocurren el mismo día y que, aunque en segunda línea, celebra la Iglesia, haciendo de ellas memoria o conmemoración en la Misa y en el Oficio. Otras veces estas colectas secundarias están tomadas de la colección de "oraciones varias" que trae el Misal.

A esta segunda categoría pertenece la oración "imperata", que el obispo "manda" rezar por tal o cual intención general, y las que el celebrante puede, en ciertos días, añadir "ad líbitum" o por devoción particular. Todas estas colectas tienen al medio y al fin de la Misa, sus correspondientes "Secretas" y "Postcomuniones", como veremos en sus lugares.

Estas oraciones en un principio fueron improvisadas por el celebrante, pero luego se compusieron colecciones para uso oficial de la Liturgia. Las hay para todas las necesidades y circunstancias de la vida: para pedir la lluvia y la serenidad, para tiempos de hambres y de pestes, para tiempo de guerra; para pedir la humildad, la continencia, el don de lágrimas, etc. ; para los enfermos, para los tentados, etc.; por los caminantes, por los presos, etcétera.

**9. La Epístola.** Hasta ahora, el celebrante y el pueblo fiel no han hecho otra cosa en la Misa que orar y cantar, como para preparar los corazones para la gran Acción; más, en adelante la Iglesia va a dirigirse especialmente a la inteligencia, a la que va a suministrar el alimento sólido y necesario de la palabra de Dios, en forma de lecturas y de instrucción. La primera de estas lecturas es la Epístola, sacada del A. o del N. Testamento, y alusiva, en alguna forma, a la fiesta o misterio del día. Los pasajes bíblicos más leídos son las "Epístolas de San Pablo", por lo cual se ha quedado esta lectura con el nombre común de Epístola.

El canto o lectura de la "Epístola" le corresponde, en las misas solemnes, al subdiácono, que suele tener para eso en sus manos el Epistolario. Para imitarle a él, el celebrante, mientras la lee, hace como que toma el Misal con ambas manos.

Hay días, como los miércoles y sábados de las IV Témperas y otras, en que, en lugar de una sola, se leen varias lecciones, la última de las cuales es propiamente la "Epístola".

**10. La Salmodia.** Es una ley litúrgica universal que a esta primera lectura le siga una Salmodia, para mezclar la lección con la oración. Dicha salmodia toma aquí las formas y los nombres de Gradual, Aleluya y Tracto, que son siempre textos variables que tienen relación directa con la fiesta o el misterio del día.

a) El primitivo Gradual era un salmo entero. Lo cantaba todo él el diácono, quien, por lo mismo, necesitaba ser un buen cantor. San Gregorio ordenó que lo hiciera un cantor de oficio. Éste se subía para cantarlo, a las gradas del púlpito o "ambón", de donde la pieza musical tomó su nombre. Lo entonaba él, seguía el Coro, cantaba él solo, y terminaban todos. Es lo que se llamaba un Responsorio. Hoy consta de una antífona y de un versículo. Durante el Tiempo Pascual cede su lugar a un doble "Aleluya".

b) Aleluya es una palabra hebrea que significa "alabad a Dios". Es voz celestial y de suma alegría, y propia sobre todo del Tiempo Pascual, en que se cuadruplica. A la palabra "Aleluya", que va adornada con neumas musicales, a veces interminables y siempre de una melodía deliciosa, síguese un V., que por eso se llama "aleluyático".

c) El Tracto era un salmo que cantaba de un tirón (de ahí el nombre) un solo cantor, desde el ambón, sin interpolaciones de versículos ni antífonas. Reemplaza al "Aleluya" durante la Septuagésima y la Cuaresma. Es un género de salmodia muy típico de la antigüedad y ha sido amoldado a una melodía muy característica. Hoy consta tan sólo de algunos versículos.

**11. La Secuencia.** Los interminables "Júbilus" o neumas de la vocalización del Aleluya, que tan del agrado eran de los cristianos, porque les recordaban la alegría interminable del Cielo, donde no serán necesarias las palabras para alabar a Dios ni para entenderse unos con otros; dieron origen, en el siglo X, a un nuevo género de composición, hecha expresamente para llenar con palabras alusivas a la fiesta las notas de los neumas. Esta nueva composición, medio prosa, medió verso, tomó el nombre de Secuencia, por llamarse así también los "júbilus" y por ser ella como una continuación o prolongación del eco melódico del "Aleluya". Su inventor fué el abad Notkero (f 912), de la famosa abadía suiza de San Galo, quien compuso numerosas y muy exquisitas, tanto por su texto como por su música. Este invento acrecentó el esplendor de la misa de ciertas festividades, ya que, mientras se cantaban las Secuencias, en muchas iglesias acompañábanlas con el órgano y con continuados repiques de campanas.

Del siglo X al XV, las Secuencias se extendieron y multiplicaron tanto por todas las iglesias, que algunas llegaron a tener hasta una para cada día. Muchas de ellas tomaron un tono y una forma dramática, dando origen a los dramas litúrgicos tan gustados en la Edad Media. La Secuencia del día de Pascua: "Victimae paschali", es una de las dialogadas que se usaban en esos dramas. Las ediciones gregorianas de los monjes de Solesmes y el "Año Litúrgico" de Dom Guéranger han reproducido y puesto al alcance de los fieles muchas de estas piezas, que son todavía el encanto de las personas cultas.

En el Misal general sólo se han admitido, desde la reforma de San Pío V: la ya mencionada de Pascua,

la de Pentecostés, la del Corpus y la de Difuntos; a las cuales háse agregado después el "Stabat Mater" para las fiestas de los Dolores. Algunas órdenes e iglesias particulares tienen secuencias propias para fiestas patronales y para otras solemnidades. Los benedictinos utilizan como motetes, para las bendiciones con el Santísimo, muchas de las más antiguas y más sabrosas.

**12. El Evangelio.** Mientras el celebrante, profundamente inclinado sobre el altar, reza las oraciones preparatorias para dignamente leer el Evangelio, el subdiácono (y en las misas rezadas el monaguillo) pasa el Misal a la esquina derecha del altar.

Es éste un detalle que no tiene otro objeto que dejar libre la parte izquierda del altar, para las ceremonias que van a seguirse (5). Son, por lo tanto, arbitrarias y de ninguna autoridad las explicaciones que algunos devocionarios inventan sobre el particular. La única razón que podría satisfacer, sería la que luego apuntamos al hablar de la orientación del diácono al cantar el Evangelio. Leído por el celebrante el Santo Evangelio, organízase en el presbiterio una procesión, compuesta de los dos ceroferarios, del turiferario, del maestro de ceremonias, del subdiácono y del diácono. El celebrante pone incienso en el turíbulo. El diácono reza, de rodillas en la grada del altar, las mismas oraciones preparatorias que acaba de rezar para sí el celebrante; toma del altar el libro Evangeliario, y le pide al celebrante su bendición para poder "anunciar digna y competentemente el Santo Evangelio". Acto seguido, la procesión se dirige hacia el púlpito, atril o ambón, llevando el diácono en sus manos el Evangeliario, como si fuese una reliquia. Entre tanto, todos se ponen de pie.

Todos éstos son preludios que anuncian la solemnidad e importancia del acto que va a realizarse.

Antiguamente los militares deponían, en señal de acatamiento, sus espadas, y los señores los bastones en que solían apoyarse. Hoy nos ponemos de pie para rendir acatamiento a la palabra de Dios y para indicar que estamos dispuestos a practicarla y a defenderla contra los ataques de los enemigos.

El diácono empieza por trazar sobre el Evangeliario y sobre sí la señal de la Cruz; luego lo inciensa con tres golpes, y, por fin, canta con solemnidad el Evangelio, escuchándolo todos con reverente atención. Al fin, el subdiácono presenta el Evangeliario al celebrante, para que lo bese, y el diácono, a su vez lo honra con tres golpes de incensario.

La señal de la Cruz y la incensación sobre el Evangelio, así como el beso del celebrante, son otras tantas muestras de respeto y de veneración al libro que contiene la palabra de Dios.

Es de advertir que, tanto el celebrante, cuando lo lee para sí como el diácono, cuando lo canta solemnemente, están vueltos hacia el Norte, si el altar está litúrgicamente orientado. Es una costumbre que se introdujo en la liturgia romana en el siglo XI. Probablemente se hizo así para que lo oyesen mejor los hombres, que ocupaban esa parte del templo. Tiene la Iglesia especial interés en inculcarles a ellos la doctrina evangélica, ya que su influencia es decisiva en la familia y en la sociedad. Los simbolistas medioevales vieron en esta orientación hacia el Norte, una marcada intención del Evangelio, ese punto cardinal del universo, donde creían ellos tenía mayor influencia el demonio, espíritu de las tinieblas.

Al final del Evangelio, responde ahora el ayudante *Laus tibi Christe* ("Looor a ti, oh Cristo").

Antiguamente respondía todo el pueblo: *Amen* o *Deo gracias*, o bien usaba otra exclamación por el estilo, y además besaban todos el Evangeliario, después del celebrante, para honrar así al libro y a la palabra de Dios que acababan de escuchar. También solían santiguarse, como para sellar con la Cruz la lección del Evangelio. Todavía existe en España, por lo menos en algunos pueblos, esta piadosa costumbre, que no es ya de ritual.

Los fieles deben tener especial devoción al Evangelio de cada día, el cual habrían siempre de leer, aunque no asistieran diariamente a Misa, para así vivir mejor en el espíritu de la Iglesia y a la vez familiarizarse con la lectura de este libro, el más divino de cuantos se han escrito. Deben saber quiénes son los Evangelistas y bajo qué símbolos se representan, y cuál es la característica de cada Evangelio. Sin conocer los Evangelios, no puede conocerse a Jesucristo, ni se puede, por ende, amarlo debidamente.

**13. La homilía.** Fué costumbre; desde muy antiguo, después de cantado el Evangelio explicárselo a los fieles, mediante una breve plática, que los griegos llamaban "homilía", y que propiamente significa entretenimiento o charla sobre lo leído. Ésta le correspondía, por 'su cargo, al obispo, quien a veces delegaba a uno o más sacerdotes para que lo reemplazaran. Tras la explicación del Evangelio, solían hacerse algunos avisos o recomendaciones de utilidad general, y en Roma, hasta estuvo en uso dar, como fruto de la predicación, la absolución general.

Hoy rige la misma costumbre de predicar y amonestar a los fieles en este momento de la Misa. La predicación deseada por la Iglesia, en este lugar, es la homilética, como más popular, más catequística y tradicional. El Párroco aprovecha la ocasión para las proclamas matrimoniales, para recomendar los difuntos de la semana o del mes y rezar en común por ellos, etcétera, y, en algunas partes, hasta para dar, como antiguamente en Roma, la absolución general. Todo esto hace que sea éste el momento más íntimo de la familia parroquial.

**14. El Credo.** Todos los domingos, y días de precepto y muchos otros días no festivos, cántase después del Evangelio, el Credo o "Símbolo de la fe", por el Coro alternando con los fieles, mientras el celebrante lo recita con sus ministros. Es como una afirmación rotunda, hecha por toda la asamblea, de la fe que le ha sido anunciada en el Evangelio por el diácono. Al "incarnatus est", doblan todos ambas rodillas (en las misas rezadas solamente la rodilla derecha), para evocar y adorar el gran acto de humildad del Verbo, al encarnarse en el seno de María. ¡Qué elocuente y confortador es este Credo, cantado en gregoriano, al unísono, por toda la multitud!

Se dice Credo en la Misa: 1º, por razón del misterio que se celebra: en las fiestas del Señor, de la Virgen, de San José, de los Ángeles; 2º, por razón de la intervención de algunos Santos en la predicación ó dilucidación de la doctrina católica: en las de los Apóstoles, Evangelistas, Doctores, Santa María Magdalena, Todos Santos; 3º, por razón de la solemnidad o concurrencia de todo el pueblo: en las fiestas patronales, domingos, etcétera.

El texto de este Credo no es el compuesto por los Apóstoles, que todos aprendemos en el Catecismo, sino otro más largo y más explícito, redactado en el concilio de Nicea (a. 325) y completado en el de Constantinopla (a. 381), para refutar ciertas herejías entonces incipientes en Oriente (6).

Los orientales empezaron a cantarlo en la Misa en el siglo V. En el siglo VI lo introdujo en España el concilio de Toledo (a. 589), pero no se decía en este momento, sino a la Elevación, en que el celebrante, teniendo la sagrada Hostia en sus manos, lo entonaba y lo proseguía el clero y el pueblo (7). En Francia entró en el siglo VII, y en el IX en Alemania. En Roma lo introdujo Benedicto VIII, en el siglo XI, por indicación de San Enrique Emperador; no habiéndolo usado antes por no haber tenido la Iglesia romana hasta entonces ninguna herejía que combatir. Ella lo reservaba para el Bautismo. La señal de reservaba cruz final se usa desde el siglo IV, por lo menos.

A la sazón el Credo terminaba así: "*la resurrección de la carne*"; o mejor: "*la resurrección de esta carne*", que se señalaba; tocándose la frente, de donde quizá provino el gesto de la cruz (8).

Entre los primitivos cristianos, el "*símbolo*" era como la contraseña para reconocerse entre ellos. Al acudir a las reuniones, decíaseles: "*Da signum*", "*da symbolum*" ("muestra que eres cristiano"), y 'recitaban el Credo, que todos debían saber de memoria. Si se les exigiese hoy a todos los bautizados que entran en el templo esta señal, ¿sabrían, todos acreditarse de verdaderos cristianos?

**15. Despedida de los catecúmenos.** Después del Evangelio y de la homilía (a los que después, como acabamos de decir, se agregó el "Credo"), un diácono o el arcediácono despedía cortésmente a los catecúmenos, a los penitentes y a todos los demás que no tenían derecho a asistir a la verdadera Misa, que iba a empezar. Las fórmulas de despedida solían ser éstas: *Catechúmeni recedant* ("retírense los catecúmenos"), *omnes catechúmeni éxeant foras* ("salgan afuera todos los catecúmenos"); *si quis judaeus procedat* ("el que sea judío que salga"), *si quis paganus procedat* ("el que sea pagano, que salga"), etc. De esta forma el templo entero quedaba para sólo cristianos a quienes el sólo hecho de ser considerados por la Iglesia como dignos de participar de los sagrados misterios, servía de recomendación para redoblar su atención y devoción.

Así termina la primera parte de la Misa, o la AnteMisa. Todo en ella, como hemos visto, tiene por objeto la instrucción y edificación de los asistentes. Las lecturas y la homilía los ilustra en la doctrina católica, mientras los cantos y las oraciones los mueven a devoción y los enfervorizan para asistir piadosamente a la gran Acción. Es la catequesis ideal, con doctrina, con cánticos y con oraciones, acompañado todo con gestos y ceremonias simbólicas.

El cristiano que, los domingos y días de obligación, falta a esta parte de la Misa, *cumple con el precepto*, pero, si es por su culpa, peca por lo menos venialmente, y, pudiendo, debe suplirla.

¿No es menospreciable culpable el de muchos, que casi siempre, y por sistema, llegan tarde a la Misa dominical, sobre todo a las últimas, aunque sean a horas tardías? Es éste un defecto demasiado general, que urge enmendar.

(1) Pueden verse en el P. Ferreres: "Hist. del Misal Romano", págs. 63 y sigs. (Barc., 1929), algunas versiones antiguas del "Confiteor". Ver también la Patr. Lat., LXXVIII, fol. 440.

(2) El primer Kyrie, del nº 11 de la edición Vaticana del Kyriale, intitulado "Fons bonitatis", rezaba así: "Kyrie, fons bonitatis, Pater ingénite, a quo bona cuncta procedunt elíson": ("Oh, Señor, fuente de bondad, Padre no engendrado, de quien proceden todos los bienes, ten piedad de nosotros!"). El de los Domingos empezaba así: "Kyrie, orbis factor, rex aeternae, elíson": ("Oh, Señor, hacedor del orbe, rey eterno, ten piedad de nosotros!"). Así por el estilo eran los demás.

(3) Ruth, 11, 4. 4 Luc., 1, 28.

(4) Luc., I, 28.

(5) Cf. "Micrologium", Migne, Patr. Lat., t. 151, col. 982.

(6) Explicación de algunos términos:

**In unum Deum:** La palabra in (en) indica que, además de creer en Dios, confiamos en El y lo amamos. Unum (uno) afirma la unidad de Dios.

**Visibilium:** Era necesario confesar entonces, contra los gnósticos, que Dios era Creador también de la materia y de los seres visibles.

**Deum de Deo:** Dios es Dios verdadero, no criatura de Dios. Consubstantialem: Jesucristo es de la misma esencia divina que el Padre.

**In Spiritum Sanctum:** Se amplía la doctrina sobre el Espíritu Santo, contra Macedonio, que negaba su divinidad.

**Filióque:** Estas palabras se añadieron en España en el siglo V. Los griegos las han rechazado siempre y se separaron de Roma por este punto de doctrina, y siguen ensañando ellos que el Espíritu Santo procede sólo del Padre, no del Hijo.

**Expecto:** No solamente creemos en la resurrección de la carne, sino que la esperamos.

(7) Cf. Ferreres: "Hist. del Misal R.", p. 113 (Barc., 1929). 8 Dom Vandeur: ob. cit.

(8) Dom Vandeur: ob. cit.

## SEGUNDA PARTE DE LA MISA (Parte sacrificial)

# LA "MISA DE LOS FIELES" O EL SACRIFICIO PROPIAMENTE DICHO

La primera parte de la Misa, con sus cantos, sus actos de contrición, sus instrucciones, sus himnos de alabanza, etc., ha preparado las inteligencias y los corazones de los fieles para la Misa de los Fieles, que es la celebración del Sacrificio propiamente dicho:

A la perfección del Sacrificio concurren tres cosas:

- a) la bendición o separación de la materia (que se efectúa en el Ofertorio);
- b) la oblación de la Víctima (que se realiza en la Consagración), y
- c) la participación del Sacrificio (que tiene lugar en la Comuni3n).

De aquí la triple división de esta segunda parte de la Misa, división que nace del mismo relato evangélico de la Cena y que estudiaremos aquí en tres artículos.

Dícese allí que Jesucristo la víspera de su Pasión (he aquí mencionado el Sacrificio de la Misa, que es el mismo del Calvario), tomó pan en sus santas y venerables manos (he aquí la bendición o separación de la materia)... y dió gracias a Dios, lo bendijo (he aquí la oblación de la Víctima), lo partió y lo dió a sus discípulos (he aquí la comuni3n o participación). En torno a este breve relato del Evangelio se ha ido formando la liturgia de la Misa, que vamos ahora a estudiar.

Conviene volver a insistir, que, el Sacrificio que ahora se va a empezar a ofrecer sobré el altar,, nos es común a todos; que es el sacrificio de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, en su triple estado: militante, purgante y triunfante; y que todos lo ofrecemos a Dios en unión con el Sacerdote, en virtud de un cierto poder sacerdotal que se nos confirió con el Bautismo. De-donde resulta, que los fieles, en la Misa, son oferentes y ofrendas a un mismo tiempo: ofrecen a Dios el Sacrificio de Cristo, y se ofrecen con Cristo; de modo que es el Sacrificio de Cristo y de todos.

### LA BENDICIÓN O SEPARACIÓN DE LA MATERIA, O SEA, EL "OFERTORIO"





Esta primera división abarca desde el Ofertorio hasta el Prefacio.

En realidad, el Ofertorio es, con respecto a toda la Misa, un sacrificio preparatorio y secundario, cuyo objeto es separar o retirar la materia (el pan y el vino) del uso ordinario y vulgar, para ponerla al servicio especial de Dios.

La manera de participar los fieles en este sacrificio preparatorio, será despegándose de las cosas y afectos de la tierra, para dedicarse, siquiera durante el Santo Sacrificio, totalmente a Dios.

**1. Un vacío misterioso.** Terminado el "Evangelio" (o el "Credo" cuando lo hay), el celebrante vuélvese de cara al pueblo, para saludarlo con el consabido *Dóminus vobíscum*, y en seguida de recibir la respuesta, añade: *Oremus*, como quien empieza una oración pública, pero se calla en seco, y en cambio reza la antífona del "Ofertorio". ¿Cómo se explica este silencio brusco? ¿Cómo se ha producido este vacío

Los liturgistas dan tres explicaciones hipotéticas: Creen unos (y es la explicación que prefiere la mayoría de los liturgistas, con Duchesne), que en la Misa primitiva venía aquí la oración llamada de los fieles, que era una especie de letanía cantada por un diácono o por el mismo celebrante y respondida por los asistentes, y de la cual han quedado, como único rastro en el Misal, las oraciones por la Iglesia, por el Papa, por los caminantes, etcétera, de la Misa de Presantificados del Viernes Santo.

Otros, como Dom Cabrol, creen que se trata de una breve oración o colecta llamada "super síndonem" (sobre el "mantel" o el corporal) que ha desaparecido del rito romano; pero que conserva todavía el milanés.,

Y algún otro, finalmente, cree que no existe en realidad el tal vacío, sino sólo una breve interrupción de las preces del Ofertorio, a las cuales ha de referirse la invitación a orar: *Oremus*, que hace el celebrante.

A nosotros se nos ocurre que el "*Oremus*" podría referirse, sencillamente" a la oración "*Secreta*", la cual, en la primitiva liturgia, venía inmediatamente después de esta invitación a orar y del Ofertorio, pues las oraciones ahora interpuestas se añadieron mucho después.

**2. El Ofertorio.** Llámase "Ofertorio" al texto que reza el celebrante y canta el Coro, a continuación de la invitación "*Oremus*", sin respuesta, de que acabamos de hablar. Este texto es hoy un versículo de la Biblia, paralelo al del intróito, al del gradual y al de la comunión. Antiguamente, en cambio, era todo un salmo o por lo menos varios versículos de salmo, cantado por un solista, y una antífona repetida por el pueblo a modo de estribillo, mientras se realizaba el rito de la oblación. El actual "Ofertorio" de las misas de Difuntos, con su versículo y estribillo, es el único modelo de los antiguos conservado en el Misal.

En silencio, al principio, y desde el siglo V cantando esta pieza, acercábanse el clero y los fieles al presbiterio, para ofrecer (de ahí la palabra "Ofertorio") cada cual una porción de pan y de vino para el Sacrificio y juntamente con otros presentes, en especie o en dinero, para los pobres, las viudas, el clero, el culto y otras necesidades de la Iglesia. Acercábanse todos en ordenada procesión: precedían los hombres, seguían las mujeres, y al fin venía el clero: ministros inferiores; sacerdotes, obispos y hasta el Papa. El clero ofrecía pan solamente. Los panes eran generalmente redondos y estaban

marcados con la señal de la cruz, por lo que solía llamárseles "coronas". Para la Consagración se usaba el pan ofrecido por el clero y el vino del pueblo. Parte de los panes no consagrados era bendecida y repartida por el sacerdote o por el diácono, después de la Comunión, entre los no comulgantes, como prenda de unión espiritual. Era lo que llamaban eulogias.

Esta hermosa costumbre de ofrecer los fieles el pan y el vino para el Sacrificio, duró hasta el siglo XI. Desapareciendo al disminuir sensiblemente el número de los comulgantes y al empezar las iglesias a tener sus rentas y a vivir por sí mismas.

Recuerdos de estas ofrendas voluntarias son hoy las que hacen los obispos (dos panes, dos barrilitos de vino y dos cirios) en su Consagración; los sacerdotes (un cirio) en su Ordenación, y, en algunas partes, los niños de primera Comunión (un cirio); y asimismo lo son las que hacen, en algunas regiones, en las misas de difuntos, los deudos interesados y, en ciertas fiestas principales, los ayuntamientos. De ahí han nacido también las colectas eclesiásticas, y sobre todo las limosnas por las misas o "estipendios".

**3. Ofrecimiento de la Hostia y del Cáliz.** En el ritual actual, el pan del Sacrificio es llevado al altar, en las misas rezadas, por el mismo celebrante, y en las cantadas le es presentado, lo mismo que el vino, por el diácono y él subdiácono. El ofrecimiento de la Hostia se hace en la patena, el del vino en el Cáliz, levantando ambos con las dos manos y dirigiéndolos hacia el Crucifijo.

La Hostia es, simplemente, una fina masa de harina de trigo, pasada por dos planchas de hierro rugiente y cortada en forma redonda. Al ofrecérsela a Dios, dice el sacerdote que lo hace "por sus innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los presentes a la Misa, así como por todos los fieles, vivos y difuntos; para que a él y a todos nos sea provechosa para la salvación y para la vida eterna". No puede expresarse mejor la universalidad del Sacrificio y su trascendencia para la salvación. Al terminar la oración, hace con la patena la señal de la cruz sobre el corporal, para significar que la víctima de la Misa será la misma del Calvario, y deposita en él la Hostia. La patena, en las misas rezadas, la coloca bajo el corporal para que no le estorbe, y en las cantadas la entrega, para guardarla, al subdiácono, quien la oculta hasta el fin del Pater noster bajo el velo humeral. Antiguamente la patena estaba siempre sobre el altar, al alcance y vista del celebrante, ya que en ella se depositaban los panes ofrecidos, en ella se efectuaba la "fracción" y con ella se distribuía la Comunión; pero cuando, más tarde, se reemplazaron los panes por las hostias y éstas se depositaron sobre el corporal, el uso de la patena quedó reducido al Ofertorio y a la Comunión. En vista de ello, y para dejar libre la mesa del altar (pues las patenas eran de gran tamaño), se la dió a guardar a un acólito, y -como él no podía tocar los vasos sagrados, se le puso en el hombro una banda de seda, con la cual la cubría y a la vez aligeraba su peso. Andando el tiempo, con el fin de reducir el personal del altar y de darle al subdiácono una ocupación entre el Ofertorio y la Comunión, confiósele a él la custodia de la patena, en la forma actual. He aquí el origen de un rito que muchos no se saben explicar (1).

Antes de ofrecer el Cáliz, el diácono deposita en él un poco de vino puro y el subdiácono unas gotas de agua, que el celebrante, a petición suya, bendice. No consta en ninguno de los evangelios ni en San Pablo que Jesucristo hiciese esta mezcla en la Cena, pero sí lo afirma una tradición casi contemporánea de Jesucristo, y la Iglesia hizo -de ese rito, desde el principio, una ley formal.

La tradición que atribuye la mezcla del agua y del vino al mismo Jesucristo, se apoya en que tal era la práctica de los judíos en sus banquetes cotidianos.

En esta mezcla vió en seguida la Iglesia un memorial del agua y de la sangre que brotó del costado abierto de Jesús, y, también una representación simbólica de la unión, en la persona del Verbo, de la naturaleza divina (el vino) con la humana (el agua) ; y más aún un símbolo de la unión mística e inseparable entre Cristo (el vino) y los fieles (el agua). Esta última interpretación ha adoptado y, expresado la Iglesia en la oración que reza el sacerdote mientras hace la mezcla, en que pide a Dios nos haga por ella participantes de la divinidad de Jesucristo, ya que Él participó de nuestra humanidad. ¡Cómo se pierde la pequeñez de nuestra humanidad en la inmensidad de la divinidad! Todos los hombres juntos somos para Dios menos que una gota de agua para el mar. ¡Y por una participación nuestra tan mínima en el Sacrificio eucarístico, otórganos Dios bienes incalculables!

**4. Ofrecimiento de los fieles.** Ofrecidos el pan y el vino, el celebrante, profundamente inclinado sobre el altar, se ofrece a sí y nos ofrece a todos a Dios, en unión con Jesucristo, con palabras que expresan bien la concelebración del sacerdote y de los fieles.

Este triple ofrecimiento: el del pan, el del vino y el de los fieles, es sellado con una breve invocación al Espíritu Santo, como confiando a su poder santificador toda la acción del Sacrificio. Esta invocación, a

su vez, es sellada con la señal de la cruz, trazada sobre las ofrendas en forma de bendición. No hay que confundir ni dar excesivo alcance a esta concelebración de los fieles con el sacerdote. El sacerdote o, mejor, Cristo por él, es el que ofrece y el que consagra y realiza la inmolación, no los fieles; si bien éstos, en virtud de su sacerdocio participado como miembros del Cuerpo místico de Cristo, Sumo Sacerdote, ofrecen con el ministro sagrado la Víctima inmolada, que también les pertenece. "El pueblo -cómo escribe Pío XII- no representa en la Misa en manera alguna a la persona del Divino Redentor, y no siendo mediador entre él mismo y Dios, no puede en modo alguno gozar de poderes sacerdotales. Todo esto, en verdad, consta de fe cierta; pero también hay que afirmar que también los fieles ofrecen a la Víctima, divina, aunque bajo un aspecto distinto" (2).

El Papa explica las varias formas extrínsecas que tienen los fieles de participar en el Sacrificio, o sea: alternando con el celebrante en las plegarias; ofreciendo el pan y el vino que han de ser consagrados, y haciendo limosnas o entregando el estipendio para que el sacerdote ofrezca por ellos la Víctima divina. Pero todavía participan los fieles en la ofrenda eucarística de otra manera más efectiva y profunda, o sea: ofreciendo el Sacrificio "no sólo por las manos del sacerdote, sino también, en cierto modo, conjuntamente con él y haciendo que su oblación pertenezca también al culto litúrgico, en cuanto que une sus votos de alabanza, de impetración y de expiación, así como su acción de gracias, en concordancia con los del sacerdote y del mismo Sumo Sacerdote, a fin de que sean presentados a Dios con la misma oblación de la Víctima y con el rito externo del sacerdote" (3).

**5. La segunda incensación y el "lavabo".** Ofrecidas y dispuestas las ofrendas sobre el altar, el celebrante procede a una solemne incensación del Cáliz y la Hostia, trazando sobre ellos con el turíbulo tres cruces y tres círculos, y de todo el altar. Después el diácono incienso al celebrante y al clero, y el turiferario al pueblo.

Esta segunda incensación general inicia la "Misa de los Fieles", como la primera inició la de los "Catecúmenos". Ésta es más solemne y general que aquélla. La liturgia oriental la usó desde el principio; la romana, en cambio, la fué introduciendo, gradualmente y por partes, del siglo IX al XI. Primero introdujo la incensación del altar, en la misma forma que al "Introito"; después, la del celebrante, la del clero y la del pueblo, y, finalmente, en el siglo XI, la de las ofrendas, tal como hoy se "practica". "La incensación del altar es una oblación simbólica de las oraciones de la Iglesia, un recuerdo del Ángel del Apocalipsis ofreciendo sobre el altar del Cielo y con áureo incensario las oraciones de los Santos. La incensación del obispo (o celebrante), del clero y del pueblo, es el símbolo de su participación en la susodicha oblación, en el sentido de que esta oblación es una bendición, una eulogia que se les distribuye al incensarlos" (4).

A la preparación y ofrecimiento de la materia del Sacrificio y a las incensaciones a que acabamos de referirnos, síguese el lavatorio de las manos del celebrante, acompañado, desde el siglo X, del rezo de varios versículos del salmo 25, cuya primera palabra, "lavabo", ha dado el nombre a este rito.

Esta purificación de los dedos y manos del celebrante era sobre todo necesaria, antiguamente, cuando tenía que recibir y tocar las ofrendas de los fieles. Luego se hizo nuevamente necesaria por razón de la incensación. Hoy, en realidad, sólo lo sería en las misas solemnes, en que se maneja el incensario; pero la Liturgia la ha conservado para todas las misas, así por espíritu de conservadorismo, como porque es una exhortación a la purificación interior del celebrante y de los fieles.

En la Misa pontifical se han conservado tres purificaciones de las manos: una en seguida de rezar el Ofertorio, y es recuerdo de la que hacía antiguamente después de imponer las manos a los catecúmenos y penitentes, para despedirlos; otra, después de recibir las ofrendas y de incensarlas, que es de la que aquí tratamos; y la tercera al final de la Misa, como complemento de las abluciones.

**6. últimas oraciones del Ofertorio.** El celebrante, inclinado sobre el altar, reza la oración Súscipe, Sancta Trínitas, que reúne todos los ruegos precedentes y resume toda la doctrina del sacrificio. Efectivamente, esta oración señala el término a quien se ofrece este Sacrificio (la Santísima Trinidad); su naturaleza (ser memorial de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo); los participantes del Sacrificio: primeramente la Santísima Virgen y todos los Santos (para aumento de su gloria y de su honra), y en segundo lugar todos nosotros (para nuestra salvación). Se menciona nominalmente a la Santísima Virgen, a San Juan Bautista y a los Apóstoles Pedro y Pablo, y antiguamente añadíanse aquí los nombres de los "díptycos" o "mementos" de vivos y de difuntos, que ahora se hallan en el Canon.

Terminada esa oración, el celebrante besa el altar y, vuelto de cara al pueblo; en vez de saludarlo con la fórmula litúrgica, como otras veces, lo invita a orar, diciendo en voz alta: Oráte, fratres, y él

continúa, en secreto y vuelto ya hacia el altar, el texto restante en que se expresa el objeto de esa oración. El subdiácono, en las misas solemnes y el monaguillo, en las rezadas, le contestan cortésmente solidarizándose una vez más con él y reafirmando la concelebración de toda la asamblea. Después del movimiento, y hasta distracción de los sentidos, que supone y sobre todo suponía, antiguamente, la presentación de las ofrendas, la incensación, etcétera, el "Orate fratres" es una invitación a un mayor recogimiento y atención al acto esencial de la Misa, que se acerca por momentos. Primitivamente sólo decía el celebrante esas primeras palabras, pero en el siglo IX se añadieron las demás, que explican el objeto de esa oración, a saber: conseguir que el Sacrificio común (meum et vestrum) sea agradable a Dios.

A esta invitación del celebrante, el pueblo respondía, antiguamente, de diferentes maneras; pero la liturgia romana adoptó en el siglo XIII la fórmula actual, que enuncia y resume los fines de la Misa, a saber: la gloria de Dios y la utilidad de cada uno de nosotros y de toda la Iglesia.

**7. La oración "Secreta".** La oración llamada "Secreta" es la que cierra, como broche de oro, el "Ofertorio". Responde, en el estilo y en el número, a la "Colecta" del principio de la Misa, y son unas y otras de la misma época. La "Secreta" se refiere siempre a las ofrendas que están presentes en el altar, por lo que en los misales antiguos se la llama oración "super oblata", es decir, "sobre las ofrendas". -En ella el celebrante le pide a Dios que reciba esas ofrendas y el sacrificio \*, de nuestras oraciones y buenos deseos, y que, en cambio, nos conceda una gracia o una bendición especial sugerida por el espíritu de la fiesta o misterio que se celebra. Este es el tema general de todas las "Secretas", aunque los términos varíen siempre.

Es corriente entre los liturgistas decir que esta oración se llama "Secreta" porque se reza en secreto; pero no parece que sea ésta la interpretación verdadera, ya que hubo tiempo en que se dijo en voz alta, como continuación natural de la invitación "Oremos" con que principia el Ofertorio. La palabra latina "secretata" nace del verbo *secernere*, que significa "separar", y seguramente se le dió ese nombre a esta oración porque se la rezaba luego de haber separado a los catecúmenos de los fieles, despidiéndolos al fin de su Misa; o también, porque se rezaba a continuación de haber separado o retirado las ofrendas de pan y vino del uso ordinario y dedicándoselas a Dios, que es lo que se efectúa en el Ofertorio.

Literaria y doctrinalmente, las "Secretas", lo mismo que las "Colectas", son modelo de oraciones. Como se ha dicho, en la "Secreta" hay dos partes: en la primera se presentan a Dios las ofrendas, y en la segunda se le pide en retorno alguna gracia. Sirva de ejemplo la siguiente del IV Domingo de Adviento: *"Te pedimos, Señor, que aceptes favorablemente estas ofrendas (1ª parte), a fin de que sirvan para aumentar nuestra devoción y alcanzarnos la salvación eterna" (2ª parte).*

Antiguamente, en las iglesias cuyo altar estaba debajo de un cimborrio o baldaquino, al llegar a este momento de la Misa corríanse unas cortinas, con las cuales se ocultaban el altar y el celebrante durante todo el Canon. Con esto queríase rodear de mayor misterio y respeto el acto principal de la Misa e imitar, en cierto modo, a Moisés conversando con el Señor a través de una nube. De esta costumbre sólo queda hoy en la liturgia latina el silencio que se observa en el rezo de todo el Canon. En las iglesias orientales desempeña este papel la *"iconástasis"*, o especie de mampara divisoria entre la nave del templo y el altar.

(1) Algún liturgista, como Batiffol, apunta la posibilidad de que lo que guardaba el subdiácono en este momento fuese el "fermentum", no la patena.

(2) Enc. "Mediator Dei", 3ª parte, II, a). 3 Id., id.

(3) Id., id.

(4) Batiffol: *Leçons sur la Messe*, p. 156

## LA OBLACIÓN DE LA VÍCTIMA

Esta segunda división de la "Misa de los Fieles", abarca desde el Prefacio hasta el Paternoster. Es la parte más importante y más esencial, de la Misa, en la cual tiene lugar la gran Acción del Sacrificio, la Oblación de la Víctima, la Consagración. Por lo mismo, es éste el corazón de la Misa. En los antiguos misales empezaba aquí el Canon. En el actual comienza después del "Prefacio" y del "Sanctus". Nosotros nos atendremos, para estudiarlo, a la disposición del Misal actual.

**8. El "Prefacio".** La conclusión *Per ómnia saecula saeculorum* de la última "Secreta", sirve de lazo de unión de ésta con el "Prefacio", el cual es un magnífico himno de acción de gracias y de triunfo, que sirve de introducción (de ahí su nombre actual) a la gran Plegaria Eucarística, o sea al CANON. El

celebrante lo canta con los brazos extendidos, para expresar más vivamente su emoción y emocionar a los demás, y lo prepara cambiando con el pueblo un breve diálogo, a fin de excitarlo a la gratitud. Se cree que el "Prefacio" es anterior al cristianismo, en el sentido -dice Dom Cabrol- de no ser él más que la oración, algo modificada, que decía el jefe de familia en el banquete pascual de los judíos, a quien ha sustituido, en la Cena eucarística, el Pontífice cristiano (5).

Al principio, el Prefacio, como todas las oraciones colectivas, era improvisado por el Pontífice, razón por la cual existe en los antiguos misales o "Sacramentarios" una variedad casi infinita de fórmulas distintas. Sólo en el Sacramentario leonino se cuentan más de 267, los que se aumentaron todavía más en la época carolingia, llegando a haber fiestas con dos, tres y hasta cuatro prefacios propios. Desde el siglo XI, empero, se redujeron a doce, siendo ahora quince los existentes en el Misal romano universal, a saber: el de Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pasión, Pascua, Ascensión, Pentecostés, Trinidad (que se usa todos los domingos libres), Cristo Rey, Sagrado Corazón, Sma. Virgen, San José, Apóstoles, Difuntos, y uno común.

Cada Prefacio consta como de tres partes: el dialoguillo de introducción; el cuerpo del texto, donde antiguamente se enumeraban, para agradecerse los grandes beneficios de Dios (Creación, Encarnación, Redención, etcétera) y hoy se alude al misterio o fiesta a que cada uno se refiere; y una invitación a la corte del Cielo a unir su voz a la del pueblo.

**9. El "Sanctus" o "Trisagio".** Respondiendo a la invitación que acaba de hacerles el celebrante, y con él toda la Iglesia militante, los Ángeles y toda la Iglesia triunfante entonan el himno del Cielo: "Santo, Santo, Santo, etcétera"; al que, por proclamar el poder y majestad de Dios, se le ha llamado "himno de la victoria", y por referirse al Dios "tres veces santo", los griegos denominan "Trisagio", y por ser el canto de los Ángeles lo denominan muchos "Hymnus seráphicus".

El "Sanctus" se usaba ya en las reuniones de la Sinagoga, en los oficios matutinos, y de él hablan claramente los Padres Apostólicos. En la Misa, no obstante, no debió entrar hasta el siglo II. Aunque cae muy bien a continuación del Prefacio, como un eco celestial del mismo, rompe la perfecta unidad de la Plegaria Eucarística, que empieza con el Prefacio y continúa en el "Te igitur". Para relacionarlo con el prefacio, hubo necesidad de aludir en éste a los Ángeles, en la forma que se estilaba hoy.

La primera parte del "Sanctus" es un extracto de Isaías (c. VI, 3), quien cuenta que lo oyó cantar en el Cielo a dos serafines; y la segunda está formada con frases del Salmo 117 y del Evangelio de San Mateo (c. XXI, 9). En la Edad Media se le adornó, lo mismo que a los Kyries, al Gloria, etc., con tropos (6).

Al rezarlo, el celebrante se inclina profundamente en honor de la Sma. Trinidad, a quien aclama. El monaguillo toca la campanilla para advertir a la asamblea que el momento solemne se va acercando y que debe esperarlo de rodillas y en el más respetuoso silencio. En las misas cantadas, el "Benedictus" se deja para después de la Consagración, habiéndose visto obligada la Iglesia a esta tolerancia por la excesiva exuberancia de los compositores músicos, que han sacrificado la unidad y santidad del Canon a los caprichos de su fantasía (7).

#### NOTAS

(5) Cf. La Or. de la Igl., c. IV.

(6) Explicación de algunos términos:

Sábaoth: Palabra hebrea que significa "Dios de los Ejércitos"; de los Ejércitos, se entiende, celestiales.

Hosanna: Otra palabra hebrea; es el "viva" de los judíos, v nuestro.

(7) Sin duda han olvidado los compositores músicos que el "Sanctus" primitivamente se cantaba en el mismo tono que el "Prefacio", es decir, con melodía silábica

# EL CANON DE LA MISA





**10. A continuación de los Prefacios,** los Misales actuales traen un gran grabado, de Jesús Crucificado y, al comienzo de la siguiente página, una viñeta con un título en caracteres gruesos, que dice: "CANON MISSÆ", o sea: "CANON DE LA MISA". Contiénense, efectivamente, en este cuaderno los cánones o reglas, juntamente con los textos, prefijados por la Iglesia desde la más remota antigüedad, para la inmolación y consumación de la sagrada Víctima. Es éste como el cuaderno central, y más venerable del Misal, donde se encierra como el Sancta Sanctorum del augusto Sacrificio de la Misa. Por eso hay que entrar a estudiarlo con suma devoción y reverencia.

El grabado de Jesús Crucificado es un elemento puramente decorativo. Recuerda las escenas con que los monjes miniaturistas e iluminadores solían adornar la T inicial de la primera palabra ("Te igitur") del Canon, aprovechando la forma crucífera de, esa letra. En los viejos manuscritos, solamente se ve unas veces la imagen del Santo Cristo, y otras el cuadro, más o menos completo, de la 'Crucifixión. Lo propio ocurre hoy en los Misales impresos.

La viñeta que encabeza la página es también puramente decorativa y trae el mismo origen que el grabado.

La palabra "Canon" significa, en griego, la regla de madera que usa el carpintero, y, por metáfora, norma legítima y segura, "regla disciplinaria": de ahí que a las leyes de la Iglesia se les llame "cánones", y "canónicos", a los libros que tiene ella por inspirados.

El texto del Canon es antiquísimo; a principios del siglo VII existía ya íntegro. Es lo más primitivo, apostólico y patrístico de la Misa. Gira todo él en torno del relato evangélico de la Cena. Su estilo es casi bíblico. Alienta en todas sus líneas el soplo del Espíritu Santo. Es que todo en él es santo y misterioso, y el mismo silencio que, por prescripción, se observa ahora al recitarlo, acrecienta la unción y el misterio.

Después de la Biblia, nada inspira tanto respeto a la Iglesia como el Canon. Ni un vocablo, ni una tilde ha innovado desde los días de S. Gregorio Magno. Al recitarlo hoy, secretamente y con los brazos en alto, parécenos estar suspendidos entre la tierra y el cielo, escuchando plegarias de Catacumba o ecos del paraíso.

**11. Plan general del Canon.** Para que mejor se comprenda el CANON, comenzaremos por trazar un plan general del mismo, señalando la concatenación de sus partes.

Antes de la Consagración:

1. Oración "Te igitur", ofreciendo la Oblación por intenciones generales; seguido del "Memento" de vivos y del "Communicantes" o mención de los Santos, y terminando estas tres plegarias, como si sólo fueran una, con una misma conclusión.
2. "Hanc igitur" y "Quam oblationem", recomendando la Oblación, a Dios Padre para que la acepte de buen grado.
3. "Qui pridie" o relato de la institución y rito de la **CONSAGRACIÓN**.

Después de la Consagración:

1. "Unde et memores", o "anamnesia", que dicen los griegos, o conmemoración de la muerte y resurrección del Señor; "Supra quae", o evocación de los sacrificios bíblicos más famosos, y "Súplices te rogámus", confiando el sacrificio al Ángel del Señor. También terminan estas tres oraciones con una misma conclusión.
2. "Memento" de difuntos, que corresponde al de "vivos" antes de la Consagración, y "Nobis quoque", que continúa la mención de los Santos comenzada en el "Communicantes".
3. "Per quem", o doxología solemne, acompañada de ocho cruces, terminando el CANON.

No todas estas oraciones han ocupado siempre el lugar que hoy en la Misa; algunas, como los

"mementos", ni siquiera pertenecieron, en cierta época, al CANON. Eso no obstante, hoy forman todo un conjunto armónico.

**12. El "Te igitur".** Es la oración que hoy abre el CANON, en el Misal romano. Al empezarla, el celebrante levanta los ojos al cielo, dirigiéndolos hacia el Crucifijo, se inclina profundamente, besa el altar y bendice tres veces el Cáliz y la Hostia; significando con todos estos gestos el profundo respeto y devoción que le inspira esta nueva fase de la Misa.

La expresión "Te igitur" ("A Ti, pues") sirve para salvar la interrupción establecida por el "Sanctus" entre el "Prefacio" y el CANON actual, unidos primitivamente.

Esta primera oración tiene por objeto recomendar a Dios los dones presentes en el altar y pedirle los bendiga y acepte, como ofrecidos que son por la Iglesia Católica, por el Papa reinante, por el Obispo diocesano y por todos los ortodoxos y fieles católicos. Esta es la primera aplicación del fruto general de la Misa. Adviértase, de paso, que la Iglesia y el Papa son los primeros mencionados, y que la devoción a ellos debe ser de las primeras del cristiano.

Las tres cruces (sobre los dones, lbs presentes y sacrificios) probablemente se repartían antiguamente entre las tres divisiones que se hacía, en el Ofertorio, de las ofrendas, y que se colocaban a ambos lados del altar y en medio. Este mismo triple gesto repite la Iglesia en otras bendiciones, como para repartir sobre todo lo presente la única bendición.

**13. El "Memento de los vivos".** Hecha en la anterior oración la aplicación del fruto general de la Misa, hácese ahora la aplicación del fruto especial de la Misa por determinadas personas de la Iglesia militante. El celebrante enmudece y se recoge un momento para recapacitar y nombrar mentalmente, en primer lugar, a la persona o personas que han encargado la Misa, y después a otras de su particular devoción. A estos nombres privilegiados sigue la mención global de todos los asistentes a la Misa y de aquellos por quienes tanto el sacerdote como los asistentes (que son sus concelebrantes) ofrecen a Dios este Sacrificio de alabanza.

Este recuerdo íntimo de determinadas personas vivas, o "memento de vivos" como se llama ordinariamente, reemplaza a la pública lectura que el diácono o el mismo celebrante hacían antiguamente de los nombres de ciertos personájes y de los bienhechores más acreedores a la gratitud de la Iglesia, escritos en dos tablillas plegadizas llamadas "díptycos". Cuando no se leían en voz alta, como sucedió por lo menos desde el siglo XI al empezar a desaparecer la costumbre de hacer las ofrendas, se colocaban los "díptycos" sobre el altar, lo que equivalía a una buena recomendación de aquellos nombres a Dios.

**14. El "Communicantes".** A continuación de los "díptycos" de los vivos, léanse antiguamente los de los difuntos, y después una lista de los Santos Mártires más ilustres y recientes, interponiéndolos como intercesores. Así entraban en juego las tres iglesias: militante, purgante y triunfante. En el CANON actual la memoria de los difuntos se ha dejado para después de la Consagración, pero en cambio viene ahora el "Communicantes", que es como si dijéramos el "Memento de los Santos". En él se hace mención particular de la Santísima Virgen, Madre de Dios; de los doce Apóstoles, substituyendo a San Matías por San Pablo; de doce Mártires muy célebres en Roma en los siglos III y IV, y termina con una conmemoración global de Todos los Santos.

El "Communicantes" es un texto variable y movable. Primitivamente emplazábase fuera del CANON, de ahí el título, que todavía conserva, de "infra Actionem", para indicar que se debía decir "dentro del CANON". Hoy el texto ordinario entra ya en el Canon y forma parte del mismo. La fórmula sólo varía en las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés y Jueves Santo.

El hecho de no figurar más que santos Mártires indica que el "Communicantes" es anterior al siglo V; pues hasta el IV la Iglesia no celebraba otros santos que los Mártires: Posteriormente se empezó a inscribir a otros Santos, los que, por el hecho de admitirlos en el CANON, eran considerados entonces por la Iglesia como canonizados. De ese modo cada iglesia particular y cada nación fué añadiendo sus Santos, hasta que, por fin, volvióse a la lista primitiva, que es la que subsiste en el Misal.

**15. Prosigue la Oblación.** Interrumpida unos momentos la Oblación, para dar lugar a las anteriores recomendaciones, el celebrante vuelve de nuevo sobre ella, pidiendo 'a Dios la acepte propicio y la bendiga, convirtiéndola finalmente en el Cuerpo y Sangre del Señor. Este es el sentido de las dos últimas oraciones: "Hanc igitur" y "Quam oblationem", que preceden a la Consagración.

En el "Hanc igitur" se pide que acepte Dios la Oblación que se le ofrece a título de servidumbre del celebrante y sus ministros (servitutis nostrae) y de todo el pueblo cristiano (cunctae, f amiliae tuae)

para conseguir la paz de cada día.

Al rezarla, el celebrante tiene ambas manos extendidas sobre el Cáliz de la Hostia, imitando el gesto del sacerdote judío de la antigua alianza, que imponía sus manos sobre la víctima antes de sacrificarla, para significar que la inmolaba en sustitución suya y del pueblo y para expiación de los pecados de todos. Esto mismo expresa el rito cristiano, introducido en el siglo XV. Al extender el celebrante sus manos sobre la oblata, es como si la colocase sobre la cabeza misma de Jesucristo, en cuyo Cuerpo se va a convertir enseguida, para hacer recaer, sobre Él los pecados de todo el mundo y sacrificarlo a Él solo, como único culpable, en sustitución de los pecadores, que debiéramos ser las verdaderas víctimas.

La oración "Quam oblationem" tiene, por objeto pedir la gracia sacramental de la transubstanciación de las especies eucarísticas, por lo cual muchos liturgistas la consideran como la epiclisis latina.

Pasma considerar la sencillez con que aquí se pide un milagro tan estupendo como el de la transubstanciación.

Hablando con toda propiedad, no puede decirse que esta oración sea realmente una epiclisis, ya que ni siquiera se invoca al Espíritu Santo, cosa esencial para ello. Para los efectos, no obstante, es como si en realidad lo fuera.

Las cinco cruces que hace el celebrante mientras reza esta oración, tres sobre la Hostia y el Cáliz a la vez y dos por separado, sirven para indicar que el milagro de la transubstanciación se va a operar en virtud de los méritos de la Cruz de J. C.

**16. El rito de la CONSAGRACION.** La Misa llega a su punto culminante. Todo está ya preparado para la gran Acción. Cielos y tierra están pendientes de ella. ¿Cómo proceder en esta obra tan divina y tan trascendental? La Iglesia no ha creído poder hacerlo más dignamente que reproduciendo casi literal y mímicamente el mismo rito practicado por Nuestro Señor en la última Cena. Veámosla.

El celebrante límpiase delicadamente en el corporal las yemas de los dedos pulgar e índice de ambas manos, y procede a la Consagración de la Hostia, diciendo y haciendo lo siguiente

**"JESUCRISTO, LA VÍSPERA DE SU PASIÓN, TOMÓ EL PAN (y toma la hostia) EN SUS VENERABLES Y SANTAS MANOS, Y LEVANTANDO LOS OJOS (y los levanta) AL CIELO HACIA TI, OH DIOS, SU PADRE OMNIPOTENTE, DÁNDOTE GRACIAS, LO BENDIJO (y lo bendice), LO PARTIÓ Y DIÓLO A SUS DISCÍPULOS (lo partirá y lo dará después, al llegar la Comunión), DICIENDO: TOMAD Y COMED TODOS DE ÉL, PORQUE ESTE ES MI CUERPO."**

El sacerdote, al pronunciar las palabras e imitar los gestos del Señor, realiza también lo que ellos significan. Habla y obra en primera persona, porque realmente personifica aquí a Jesucristo. Así es cómo, en virtud de sus palabras y de sus poderes, la Hostia que antes tenía en sus manos se convierte en el verdadero CUERPO de Jesucristo.

Consagrada la Hostia y hecha la elevación de la misma, el celebrante procede a la **CONSAGRACIÓN DEL CÁLIZ**, diciendo y haciendo lo siguiente

"Del mismo modo, TOMANDO también este- precioso Cáliz (y lo toma) en sus santas y venerables manos, dándote de nuevo gracias, lo **BENDIJO** (y lo bendice) y lo dió a sus discípulos, diciendo Tomad y bebed de él; **PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO, MISTERIO DE FE, LA CUAL SERÁ DERRAMADA POR VOSOTROS Y POR MUCHOS EN REMISIÓN DE LOS PECADOS" (8).**

Ipsa facto, el vino conviértese en la verdadera SANGRE de Jesucristo; de modo que, desde este instante, ya no hay en el altar pan ni vino, sino el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, juntamente con su Alma y su Divinidad. Los ojos creen ver todavía pan y vino, pero se engañan, puesto que sólo subsisten de ellos los accidentes y apariencias.

**17. La Elevación.** Después de cada una de las dos consagraciones, el celebrante hace una genuflexión, muestra al pueblo la Hostia y el Cáliz, separadamente, elevándolos a la altura de la cabeza, y vuelve a repetir la genuflexión. Entretanto, un acólito tañe la campanilla, el turiferario incienso el Cáliz y la Hostia y el pueblo, de rodillas, los adora y los mira con fe viva. En esto consiste el rito de la elevación, que en algunos países también se llama el alzar y también ver a Dios. Háse dicho comúnmente por los liturgistas que el rito de la Elevación nació como una reacción piadosa, contra los errores de Berengario (s. XI), que negaba la "transubstanciación", sin negar por eso abiertamente la presencia real en la Eucaristía. Esta teoría, en realidad, carece de fundamento histórico. En primer lugar, porque los textos en que primero se habla de este rito no aluden siquiera al error de Berengario, y además porque los documentos con él relacionados son un siglo posteriores a

la famosa controversia. Lo más probable es que la Elevación nació, principalmente, del ansia de ver a Dios en la Hostia, que, propagada por los escritores místicos del siglo XII, adquirió forma práctica por primera vez, en un decreto de Eudes de Sully, obispo de París (1196-1208), mandando que el celebrante elevara la Hostia, no al "qui prídíe", como hasta entonces se hacía con peligro de hacer creer al pueblo que había lo que no había todavía, sino en seguida de la Consagración del pan, en que ya se podía mirar realmente a N. Señor. Así se empezó a practicar, en efecto, en París, y de ahí cundió la costumbre por doquier (9).

Este afán de ver la Hostia, recomendado por Santa Gertrudis como muy grato al Señor, fué el que obligó a colocar en la mesa del altar la vela suplementaria, que todavía se usa; a poner detrás del altar en algunos sitios, un paño oscuro, para que mejor resaltara la blancura de la masa; a prohibir levantar demasiado humo en el incensario, etcétera.

Eso por lo que se se refiere a la elevación de la Hostia. La elevación del Cáliz es posterior, pues empezó en algunas partes en el siglo XV, y no se generalizó hasta el XVI.

Ello se debió a que las ansias del pueblo sólo se dirigían a ver la Hostia, no el Cáliz, y además a que los herejes tan sólo asestaban sus golpes contra aquélla, no contra éste. Quizá también fué debido a la forma de los cálices antiguos, cuya copa ancha y poco profunda ponía el líquido en peligro de derramarse.

De todo esto deben sacar los fieles, como conclusión, „ la devoción de mirar la Hostia, tanto en el momento de la Elevación como en las Bendiciones con el Santísimo.



Momento de la Elevación del Cáliz

**18. Preces que siguen a la Elevación.** Entre la Consagración y el Memento se encuentran en el Canon tres oraciones sublimes, aunque muy breves, independientes entre sí, pero bajo una conclusión común. Estas oraciones son, lo mismo que las que preceden a la Consagración, oraciones de presentación, pero presentación no ya como aquéllas de la ofrenda material del pan y del vino, sino del Cuerpo y Sangre del Señor. Hacen resaltar con toda claridad el acto sacerdotal de Jesucristo ofreciéndose a Dios por nosotros y apropiándonos su sacrificio. Dichas tres oraciones son: "Unde et mémoires", "Supra quae" y "Súplices te rogamus".

La oración "Unde et mémoires" responde al mandato del Señor: "Haced esto en memoria de Mí", que acaba de repetir el celebrante al hacer la elevación del Cáliz. Es una "conmemoración" de la Pasión, Resurrección y Ascensión del Señor, que los griegos llaman "anamnesis", en recuerdo de cuyos misterios ofrece a Dios "la Hostia pura, santa e inmaculada, el Pan sagrado de la vida eterna y el Cáliz de la perpetua salvación". Estas palabras las subraya el celebrante con cinco bendiciones, tanto para acompañar -según es de práctica. en la Misa- las expresiones "hostia", "pan", "cáliz", etc., con ese gesto, como para recalcar bien, por medio de las cruces, la identidad del Sacrificio del Altar con el del Calvario..

La segunda oración "Supra quae" pide a Dios que mire propicio y acepte el Sacrificio de Cristo y nuestro, como miró y aceptó los sacrificios del niño Abel, de Abrahán y de Melchisedec. Alude a los corderillos ofrecidos por Abel (Gén., IV, 4), al sacrificio de su hijo Isaac por Abrahán (íd., XXII), padre de los creyentes, y al pan y al vino ofrecidos por el Sumo Sacerdote Melchisedec (íd., XIV, 18). Son éstos los tres más famosos sacrificios del A. Testamento y los más figurativos del Sacrificio de la Cruz



y del Altar.

La tercera oración "Súplices te rogamus", es de las más misteriosas del Canon. Para rezarla, el celebrante se inclina profundamente sobre el altar, como movido por su mismo contenido. Pide a Dios que "ratifique" en el Cielo (que es su "sublime altar") este Sacrificio de la tierra, en cuanto al fruto personal y a la eficacia subjetiva del sacramento; y para expresar esta idea de una manera sugestiva, pide le, sea transportado y presentado por manos de "su Ángel". Este "Ángel" han creído algunos que es el mismo Jesucristo, otros que el Espíritu Santo, otros que un Ángel especial de Dios que presidiría el Santo Sacrificio. Lo más probable es que recuerda al Ángel del Apocalipsis (VIII, 3-5) que vio San Juan ofreciendo incienso y perfumes en el altar del cielo, y al que se le apareció a Zacarías mientras ejercía su ministerio (Luc., I, II). En realidad no se hace aquí más que imitar a la Escritura, en la que se estila confiar a los Ángeles, como mensajeros de Dios, la misión de presentarle las oraciones y los méritos de los santos. Lo que de ninguna manera puede considerarse esta oración es cómo una "epiclesis" o fórmula sacramental de la transubstanciación, equivalente a la de la anáphora griega, puesto que la transubstanciación ya se ha realizado.

**19. El "Memento de los difuntos".** Así como antes de la Consagración se hizo memoria de los "vivos" y llamó en su socorro a los Santos del Cielo en el Communicantes (nº 14), del mismo modo se hace ahora una conmemoración especial de los "difuntos", interponiendo, en el Nobis quoque, una nueva intercesión de los Santos en favor de los pecadores. Aquí el paralelismo es patente. Aunque ambos Mementos, el de los vivos y el de los difuntos, interrumpen la unidad del Canon -como ya hemos advertido-, hay que reconocer que están discretísimamente insertados y que forman con el conjunto una sabia armonía.

En los "dípticos" primitivos figuraban los nombres de los difuntos más esclarecidos, los cuales se escribían en las gradillas del altar. La liturgia romana, con su habitual discreción, fue suprimiendo los nombres de unos y otras, y tan sólo conservó una mención general, que es la actual. Reza así: "Acuérdate también, Señor, de tus siervos y tus siervas "N. y N. (se nombra mentalmente a algunos) que nos " han precedido con la señal de la f e y duermen el sueño "de la paz. A ellos, Señor, y a todos los que descansan "en Cristo, te rogamos les concedas el lugar del refrigerio, " de la luz y de la paz. Por el mismo J. C. N. S. Así sea."

La oración Nobis quoque peccatōribus, que el celebrante recita a continuación del Memento, dándose al principio un golpe de pecho y elevando (por primera y única vez en el Canon) la voz, es para pedir a Dios, por intercesión de los Santos, una participación para todos en el reino de los Cielos. Así es como se reafirma en el Canon el dogma consolador de la Comunión de los Santos.

Se hace mención especial aquí, de S. Juan Bautista y de otros 14 Mártires, 7 varones y 7 mujeres, a saber: 1 diácono (S. Esteban), 2 Apóstoles (S. Matías y S. Bernabé), 1 Obispo (S. Ignacio de Antioquía), 1 Papa (S. Alejandro), 1 Sacerdote (S. Marcelino), 1 Exorcista (S. Pedro), 2 mujeres casadas (Sta. Perpetua y Sta. Felicitas), 5 Vírgenes (las Santas Agueda, Lucía, Inés, Cecilia y Anastasia).

**20. Un rito caído en desuso.** Al "Memento" de los difuntos y a la invocación de los Santos, que acabamos de explicar, síguese esta breve fórmula, que el celebrante acompaña con tres cruces sobre el Cáliz y la Hostia

"Por quién, oh Señor siempre creas estos bienes, los santi + ficas, los viví + ficas, los bendi + ces, y nos los otorgas."

Dom Cagin, que ha estudiado a fondo el CANON, cree que esta fórmula ha de enlazarse con la conclusión de la oración "Súplices te rogamus" que precede al Memento de los difuntos y con la cual primitivamente iba unida. Su opinión tiene muchos visos de verosimilitud, según se desprende de sus pruebas (10); pero hoy no es ya compartida por la mayoría de los liturgistas:

Los mejores liturgistas creen que esta fórmula es el final de una oración que antiguamente se decía, en este momento, para bendecir, en ciertos días señalados, los nuevos frutos de la tierra; el trigo, el vino, el aceite, las habas, etc., el óleo de los enfermos, y las primicias que los fieles presentaban a la bendición del sacerdote; a todos los cuales bienes han de referirse las palabras "estos bienes" de dicha fórmula, palabras que, de lo contrario, quedarían incomprensibles (11). Al desaparecer de aquí esta rito, desapareció con él la oración correspondiente, de la que solamente quedó esta breve conclusión, la cual, lo mismo que las cruces que la acompañan, hánse referida después a la Hostia y al Cáliz.

Recuerdo de esta antigua bendición es la Bendición y Consagración de los Santos óleos, reservada



ahora al Jueves Santo, y también lo es la nupcial de la Misa de esponsales, si bien esta última tiene hoy su lugar después del "Paternoster".

Adviértase, de paso, "que este lugar, reservado antiguamente, en el CANON eucarístico, a las diversas bendiciones incluso a la nupcial, estaba muy bien elegido, y servía para poner mejor en evidencia este carácter íntimo de unidad que dominaba antaño toda la liturgia, cuando el Sacrificio del altar era el centro del culto cristiano, al cual estaban asociados todos los demás ritos, y del cual brotaban todos como de un manantial desbordante de gracia" (12).

**21. La "Doxología" final y la "Elevación" menor.** El CANON propiamente dicho termina hoy aquí, con una solemne "Doxología", durante la cual el celebrante bendice cinco veces el Cáliz con la sagrada Hostia, elevándolos, al fin, a ambos unos centímetros sobre los corporales.

La "Doxología" reza así:

"Por Quién † y con Quién † y en Quién † te pertenece a Ti, oh Dios Padre † Omnipotente, en la unidad del Espíritu † Santo, todo honor y gloria. Por los siglos de los siglos. Así sea."

"Esta famosa Doxología, con sus señales de la cruz multiplicadas, con la elevación del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, que fué durante mucho tiempo la principal y única elevación de la Misa, y, en fin, con sus términos sacados de San Pablo (Rom., XI, 36), es la más solemne de todas las doxologías, distinguiéndose por su majestad y sublimidad sobre todas las demás conocidas y terminando dignamente el CANON romano" (13).

El "Amén" final con que, en las misas cantadas, responde el pueblo y, en las rezadas, el monaguillo, es una ratificación solemne y un asentimiento general de la asamblea a todo lo que acaba de realizar, en nombre de todos y en secreto, el celebrante, en todo el transcurso del CANON.

Este "Amén" final es muy célebre, por ser él la única intervención que tenía el pueblo en todo el CANON. Se encuentra ya en el siglo II, y señala la conclusión del CANON y el principio del "Paternoster", o preparación para el Banquete eucarístico, que es lo que ahora sigue.

#### NOTAS

(8) Explicación de algunos términos:

**Hoc:** "Esto" que tengo en mis manos y que ahora todavía es pan, es lo que pasa a ser el Cuerpo de Cristo, desapareciendo su substancia de pan.

**Est:** "Esto es mi Cuerpo", es decir, lo es de verdad, no en imagen o símbolo.

**Mysterium fidei:** "Misterio de fe". Primitivamente, cuando se usó el tender un velo, durante el Canon entre el altar y el pueblo, en las misas solemnes el diácono decía esas palabras en voz alta, en el momento de la Consagración, para llamar la atención. En las rezadas decíalas el mismo celebrante con las demás de la Consagración, de donde vino la costumbre de incluirlas en la fórmula, aunque poniéndolas entre paréntesis.

**Pro multis:** "Por muchos" quiere decir, por un gran número de personas, si bien en el griego la expresión "oi polloi" significa todo el género humano.

(9) Quest. paroís. et liturg. (Mont-César, junio 1931, p. 129).

(10) Cf. Batiffol: ob. cit., p. 274.

(11) Cf. Card. Schuster: Liber Sacr. t. II, c. III

(12) Cf. Card. Schuster: Liber Sacr. t. II, c. III.

(13) Dom Cabrol: Liturgia (Encicl. pop.), Bloud et Gay (París, 1930), p. 549.

## LA PARTICIPACIÓN DEL SACRIFICIO, O COMUNIÓN

Esta tercera división de la "Misa de los Fieles" comprende desde el "Paternoster" inclusive, hasta el fin de la Misa. Realiza aquello de la Cena del Señor: "Lo partió (la fracción del pan), y lo dió a sus discípulos (la Comunión), diciendo: "Tomad y comed de él todos". La Iglesia ha añadido por su cuenta la Postcomunión o acción de gracias después de la Comunión.

Con la "Inmolación de la Víctima" ha quedado realizado el Sacrificio eucarístico, y ahora, con la "Participación" de la misma, se efectuará el Sacramento; pues no ha de olvidarse que la Misa es a la vez Sacrificio y Sacramento.

**22. Una advertencia importante de Pío XII.** Al empezar a tratar, en la encíclica "Mediator Dei" (14), el punto de la Comunión eucarística, el Papa Pío XII advierte con gran encarecimiento: que, aun cuando el augusto Sacrificio se termina con la Comunión del divino banquete, sólo se requiere, para su integridad, que comulgue el sacerdote sacrificador, y no el pueblo, aunque esto sea muy recomendable y sumamente deseable. Es un error -añade- querer hacer de la Comunión general o en común, como la cima de la celebración, y afirmar que no vale la pena celebrar cuando no hay fieles que comulguen.

Por más recomendables y deseables, en efecto, que sean las numerosas comuniones de los fieles, las

misas privadas, aún sin otra Comunión que la del celebrante, conservan igual todo el valor del verdadero, perfecto e íntegro Sacrificio instituido por Jesucristo, y jamás deben menospreciarse, y menos suprimirse, por ese motivo. Esto sería dar más importancia a la Comunión que a la Misa misma, lo que a menudo por desgracia sucede entre los fieles, pero jamás puede admitirse en un sacerdote teólogo.

**23. El "Pater noster".** La oración "dominical" es la primera que comienza la preparación para la Comunión. Primitivamente decíase después de la "fracción"; pero como ésta 'podía alguna vez no efectuarse, v. gr., cuando, en días de peligro de persecución, se tenía que celebrar nada más que lo puramente esencial del rito de la Misa, San Gregorio Magno púsole aquí para que no se diera el caso de tenerla que omitir. El mismo santo Pontífice hízola acompañar del breve prólogo o introducción que le precede, y del epílogo o "embolismo" que la sigue.

El prólogo o "introducción": "Amonestados por los saludables mandatos, y aleccionados por la instrucción del mismo Dios, nos atrevemos a decir: Paternoster, etc."; tiene por objeto explicarla razón por la cual osamos hacer, uso de la oración "dominical", que es el haber sido animados y hasta obligados a ello por el mismo Jesús.

Entre los griegos y los galicanos, el "Paternoster" era cantado al unísono por todo el pueblo. Entre nosotros, le está reservado al celebrante, y el pueblo responde: "Mas líbranos de mal". Así lo dispuso S. Gregorio, inspirado quizá en la prescripción de la Regla de S. Benito (c. XIII) que él profesó. Lo canta con los brazos alzados como para indicar que la repetición de las palabras mismas de Jesucristo, en este momento augusto, lo transporta de entusiasmo y lo saca como fuera de sí.

Dicho el "Paternoster" y tomando pie el celebrante de la última petición que dice: "Mas líbranos del mal", desarrolla y como parafrasea esa idea, rogando a Dios "nos libre de los males pasados (las reliquias de los pecados) presentes (pecados actuales, tentaciones, males corporales, etc. ) y futuros (o males posibles), y nos dé la paz en esta vida y el vivir siempre libres de pecado y de toda inquietud", poniendo como intercesores a la Santísima Virgen y a los Santos.

Esta prolongación del "Padre nuestro", que los liturgistas llaman "embolismo", interpretación o desarrollo, cantábase antiguamente en el mismo tono que el "Pater", como todavía se practica el Viernes Santo en la Misa de Presantificados. Al terminar esta plegaria, el celebrante se signa con la patena, besándola al fin. Este gesto probablemente es debido a que antiguamente se usaba la patena como instrumento para transmitir la paz a la asamblea. Hoy es simplemente un signo de respeto, por cuanto va a servir para contener el Cuerpo del Señor.

**24. La "Fracción del pan".** Siendo como es la Misa, a la vez que un Sacrificio, un divino banquete, no podía faltar en ella la partición o la Comunión. Este rito consiste hoy en dividir la Hostia grande en tres partes, reservando las dos mayores para la Comunión del celebrante, y echando la partícula menor en el Cáliz consagrado, mezclándola con el vino.

La "fracción" es uno de los ritos esenciales del santo "Sacrificio". En una u otra forma existe, como indispensable, en todas las liturgias. Primitivamente, cuando en vez de hostia se usaba pan ordinario, el celebrante dividíalo en tres porciones: la primera para su comunión, la segunda para la comunión de los fieles asistentes, de los enfermos, encarcelados, etc., y de la tercera reservábase un pedacito como "fermentum" para la Misa del día siguiente o subsiguientes, para indicar que el Sacrificio de la Misa es uno y que el siguiente no es sino la continuación del anterior, y así sucesivamente, y otros pedacitos remitía el Papa a las Iglesias o "títulos" de la ciudad y los Obispos de otras partes a las parroquias suburbanas, para indicar que debían mantenerse unidos y sumisos con su Superior.

Ahora los fieles comulgan con hostias distintas de la del celebrante y preparadas de: antemano, y por eso la "fracción" actual no es tan expresiva como la antigua. Así y todo, ambos ritos, el antiguo y el actual, significan la estrecha unión que debe reinar siempre entre los cristianos alimentados por el mismo pan.

La mezcla de la hostia, con el vino del cáliz tiene dos explicaciones: una histórica y otra simbólica; pues, por una parte, se usó como necesaria para ablandar el pedacito de pan, "fermentum", de que acabamos de hablar y que debía sumirse en la Comunión, y por otra, sirve para significar que la separación del cuerpo y del alma de Jesucristo, efectuada en el Calvario y renovada en la Consagración, fue cosa pasajera, pues se volvieron luego a unir en la Resurrección, de que es imagen esta "conmixión" de ambas especies.

Antes de dejar caer la partícula en el Cáliz, hace con ella tres veces la señal de la cruz sobre el mismo, cantando: Pax Dómini sit semper vobíscum; paz que, antiguamente se daba al clero y a los fieles en este momento, omitiendo los "Agnus".

**25. Los "Agnus Dei".** Hecha la "mezcla", el celebrante tapa el cáliz, hace una genuflexión e, inclinado profundamente sobre el altar, reza tres veces, mientras el coro y el pueblo lo cantan, el "Agnus Dei", dándose tres golpes de pecho. Esta triple jaculatoria, con su triple golpe de pecho, es una buena manifestación de humildad y de compunción, en vista de la Comunión.

La invocación "Agnus Dei" pasó de las Letanías a la Misa. El Papa Sergio (687-701) ordenó la cantasen el clero y el pueblo mientras el Papa efectuaba la "fracción". Probablemente se repetía entonces un número ilimitado de veces, conforme a la duración de ese rito. Desde el siglo XI empezó a decirlo solamente tres veces. Hasta esa época terminaba siempre igual, pero entonces se reemplazó la tercera conclusión por "dona nobis pacem". En las misas de Difuntos, por lo mismo que no había ósculo de paz, y que todo el interés estaba concentrado en la liberación de sus almas, púsose por conclusión: "dona eis requiem".

El título de "Cordero de Dios", que aquí se usa, fué empleado ya por S. Juan Bautista (Joan, 1, 36) y por los Apóstoles. En efecto, Jesucristo es "Cordero" por la dulzura e inocencia de su vida, y lo es más todavía por haberse hecho víctima y sacrificándose por nuestros pecados. Los sacrificios de corderos de la antigüedad eran sólo figura de este verdadero Cordero de Dios. Él cargó sobre sí y lavó y borró (todos estos significados tiene la palabra latina "tollis") los pecados del mundo.

**26. El "ósculo de paz".** Al triple "Agnus Dei" síguese la oración "Ad pacem" (o preparatoria para la paz), la cual reza en silencio el celebrante, profundamente inclinado sobre el altar y con los ojos fijos en la sagrada forma, mientras el diácono la reza arrodillado a su derecha. Al fin, el celebrante y el diácono besan el altar, y aquél da a éste el "ósculo de paz" rozándole levemente la mejilla y diciéndole al oído: "Pax tecum" (La paz sea contigo), y contestándole él: "Et cum spíritu tuo" (Y con tu espíritu). Después el diácono se la transmite, en la misma forma, al subdiácono, y éste se la lleva al coro de clérigos, si lo hay, y a los demás ministros del altar. De esta manera, la paz de Cristo circulaba antiguamente por toda la asamblea, y el rito tenía el significado y el valor de un acto de reconciliación mutua de todos los comulgantes antes de acercarse al altar.

El beso litúrgico, como expresión de confraternidad y de unión de fe y de sentimientos, estuvo en uso entre los cristianos desde los primeros tiempos. A partir del siglo II, abundan los testimonios patrísticos y arqueológicos. Al principio no era privativo de ningún acto litúrgico, sino una práctica común a todas las asambleas. Donde el rito, empero, encuadra como en su propio marco y adquiere todo su valor, es en la Santa Misa, y en ella figuró muy de antiguo, ora en el Ofertorio, ora antes del Paternoster, ora, como actualmente, inmediatamente antes de la Comunión.

Primitivamente, el "ósculo de paz" transmitíanselo unos á otros todos los asistentes, sin distinción de sexo ni edad. El acto conmovía profundamente a los paganos, quienes solían exclamar: "¡He ahí cómo se aman los cristianos y cómo están dispuestos a morir unos por otros!" Andando el tiempo, se estableció la separación de sexos y, por fin, el ósculo se fué transmitiendo, no ya personalmente, sino mediante el "portapaz", que circulaba de mano en mano, como todavía se estila hoy en muchos países.

El "ósculo de paz" se omite en las misas de Difuntos y en el último tríduo de Semana Santa. En las misas de Difuntos, porque primitivamente no se daba en ellas la Comunión; el Jueves y el Viernes Santo, para protestar contra el beso del traidor Judas, y el Sábado Santo -dice Dom Guéranger- porque la Misa se celebraba por la noche, y el gran número de neófitos que asistía hubiera podido dar lugar a alguna confusión, y además porque Jesucristo no saludó a sus discípulos con el "Pax vobis" hasta el día de la Resurrección.



Ósculo de Paz.

**27. La comunión del celebrante.** Dicha por el celebrante la oración "Ad pacem" y transmitido al diácono, en la forma descrita, el "ósculo de paz", continúa inclinado sobre el altar y con los ojos fijos en la sagrada forma, rezando dos oraciones preparatorias a la Comunión.

Estas dos oraciones no entraron definitivamente en el Misal hasta el siglo XIV, si bien se usaron antes. Por su estilo y por expresarse en singular, se ve que fueron compuestas para el uso privado de los fieles. Son preciosas. Piden las acostumbradas disposiciones de pureza, humildad y buena voluntad, para comulgar con provecho del alma y del cuerpo (tutamentum mentis et cörperis). En la primera se alude a la Comunión bajo las dos especies; en la segunda sólo a la del Pan, lo que indicaría ser ésta más reciente.

Luego toma la hostia y la patena en la mano izquierda, y repitiendo tres veces la humilde confesión del centurión: "Señor, yo no soy digno, etcétera", y subrayándolas con un triple golpe de pecho, comulga BAJO LA ESPECIE DEL PAN, haciendo con él la señal de la cruz y diciendo: "El CUERPO de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea." Descubre luego el cáliz, lo adora con una genuflexión, recoge las partículas del corporal, y tomando el cáliz con la mano derecha y la patena con la izquierda y haciendo con aquél la señal de la cruz, comulga BAJO LA ESPECIE DEL VINO, diciendo: "La SANGRE de Nuestro Señor Jesucristo, etcétera".

Esta Comunión del celebrante, como queda dicho, es parte integrante del santo Sacrificio, hasta tal punto que, si por cualquier motivo no pudiera él continuar la Misa después de la Consagración, otro sacerdote tendría que continuarla y comulgar por él, aunque hubiese ya celebrado y no estuviese en ayunas. La razón es porque el Sacrificio se completa con la Comunión, al menos del sacerdote sacrificador.

La razón de hacer la señal de la cruz con la Hostia y con el Cáliz antes de comulgar, es porque antiguamente -según lo atestiguan varios Misales- las dos fórmulas de la Comunión terminaban así: "En el nombre del Padre, y del Hijo, etc.", y esta conclusión siempre la subraya la liturgia con ese signo. Además se hace así un acto de fe en la identidad de la Víctima inmolada en la Cruz y en el Altar.

**28. La Comunión de los fieles.** Unidos íntimamente los fieles con el celebrante desde el principio de la Misa, habiendo ofrecido con él la materia del Sacrificio y ofreciéndose a sí mismos en el Ofertorio e inmolado juntos, en la Consagración, la divina Víctima; es justo que participen también ellos del sagrado banquete a continuación del sacerdote. Todo, en la Liturgia de la Misa, está dispuesto en vista de esta común participación, y la Misa que con mayor número de comuniones cuenta, y comuniones en éste preciso momento, es la que mejor responde a su institución y a la tradición eclesiástica.

En la primitiva Iglesia, y por lo menos hasta principios del siglo IV, comulgaban todos los que asistían a la Misa, y los que no, debían retirarse al aviso del diácono. A partir de entonces, decayó la frecuencia de la comunión, por diversos motivos; hasta el punto de que, durante toda la Edad Media, es un continuo exhortar de los obispos y sacerdotes a la comunión, siquiera en las principales festividades.

Hasta el siglo. XII comulgaban los fieles, lo mismo que los sacerdotes, bajo las dos especies. Esta

práctica universal se hizo local en los siglos sucesivos, hasta que el concilio de Trento (1547) la suprimió definitivamente. Razones de precaución, al principio, y más tarde la práctica de la comunión al final de la Misa, que en algunas iglesias empezaban a introducirse, fueron las que motivaron esta supresión.

En la Comunión del pueblo seguía este orden: Comulgaban, después del celebrante, los sacerdotes asistentes y los concelebrantes; seguían los diáconos (recibiendo el pan de manos del celebrante y el vino de los sacerdotes), los subdiáconos y el clero inferior (que recibían el pan del celebrante y el vino de los diáconos), y por fin el pueblo (al que para ganar tiempo, administraban el celebrante, los diáconos y los subdiáconos). Los hombres recibían el pan en la mano desnuda, las mujeres en la mano cubierta con un velo llamado "dominical" o con la punta del velo de la cabeza. Para la comunión del vino circulaban los cálices "ministeriales", de los que cada cual bebía mediante un "sifoncito" o canutillo de metal. A veces se les daba pan mojado en el "sanguis", y las migajas sobrantes se las repartía a los niños inocentes. Generalmente comulgaban de pie, cerca del altar. Cuando todavía estaban humedecidos los labios de los comulgantes con la preciosa Sangre, aconsejábales mojasen con ella sus dedos y se tocasen con ellos los ojos, la frente, etc., para santificar su cuerpo con el divino contacto (15).

Hoy son deseos de la Iglesia que los fieles comulguen frecuente y aun a diariamente, y que lo hagan, de no existir alguna causa razonable -dice el Ritual- (16), dentro de la Misa, a continuación del celebrante, para que la Comunión no pierda el carácter de banquete y aparezca como complemento natural del Santo Sacrificio.

La tradición antigua es comulgar siempre dentro de la Misa. Únicamente a los enfermos, a los encarcelados, a los ermitaños y a los que, por razón de las persecuciones, no podían salir de sus casas se les permitía comulgar fuera del templo. Según el Card. Bona (17) fueron los Padres Mendicantes los que empezaron a guardar hostias en el Sagrario para la comunión de los fieles. Su ejemplo fue poco imitado en lo sucesivo, pues por una protesta elevada contra la Compañía de Jesús (18), se ve que, a fines del siglo XVI, era poco frecuente, al menos en España, el comulgar fuera de la Misa.

Es lástima que, en nuestros días, la frecuente comunión (que es una de las causas razonables que se invocan para comulgar fuera de la Misa): no llegue a persuadir a los cristianos de que la Comunión dentro de la Misa es la regla, no la excepción. El ideal debería ser: comulgar más (es decir, más frecuentemente) y mejor (o sea, cuando la Comunión tiene toda su eficacia y significado, que es cuando va unida al sacrificio). Aquí sería el repetir: Quod Deus conjunxit, homo non séparet, "lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre". Y lo que Dios unió, desde el primer momento, en la Institución misma de la Eucaristía, fué el Sacrificio con el Sacramento. ¿Por qué, pues, han de separarlo, sin causa razonable, los fieles?

**29. La Comunión dentro de la Misa,** según el Papa Pío XII.-En su encíclica tan citada "Mediator Dei", el Papa Pío XII exhorta vehementemente a los fieles a comulgar, a ser posible, siempre que se asiste a la Misa, sino sacramentalmente, que es el ideal, por lo menos "espiritualmente", y a que "los altares se vean rodeados de niños y de jóvenes, de cónyuges y de padres de familia, de obreros y de toda clase de hombres de cualquier condición". En cualquier momento en que comulguen, la Comunión es verdadera, y lícita, y en ella los fieles participan realmente del Sacrificio eucarístico; pero "es ley de la Iglesia -añade- que el pueblo se acerque á la santa Comunión después que el sacerdote haya comulgado, y son de alabar aquellos que, asistiendo a la Misa, reciben las hostias en ella misma consagradas" (19).

Es muy de notar que en un documento pontificio tan solemne, como es una Encíclica, se trate de intento el punto de la Comunión dentro de la Misa, a continuación del celebrante, y más notable es todavía el alabar -como lo hace aquí Pío XII citando a Benedicto XIV- la devoción de aquellos que gustan comulgar con hostias consagradas en la Misa a que asisten, para hacer así más manifiesta su participación en el Sacrificio. No es, por cierto, de desear esta tan solemne invitación de la Iglesia. Sería de desear, por consiguiente -y nosotros nos atrevemos a proponerlo-, el que se introdujera la práctica de comulgar con hostias consagradas en la misma Misa en circunstancias como éstas: cuando sólo comulga el monaguillo, en las profesiones religiosas y de renovación de Votos (circunstancias en que jamás debiera comulgarse antes de la Misa), en las primeras comuniones, en las bodas, en los jubileos religiosos o matrimoniales, en los Jueves eucarísticos y sacerdotales, etc., y también en otras circunstancias solemnes de los Seminarios y Comunidades religiosas. De ese modo dejaríase más firmemente sentada en el pueblo cristiano la unidad del Sacrificio y la identificación con Cristo y Su ministro.



**30. Acción de gracias.** Terminada la Comunión, toda la preocupación del sacerdote es dar por ello gracias a Dios, y así, mientras recoge meticulosamente las partículas que han podido desprenderse de la hostia y hace las abluciones de los dedos y del cáliz, deja caer, sin "cesar, de sus labios, breves pero muy expresivas frases de gratitud, con que comienza la acción de gracias oficial. Pero esta acción de gracias se formaliza, como quien dice, en la antífona "Communio" y con la oración "Postcommunio", que son las preces finales de la Misa propiamente dicha.

El "Communio", que está reducido hoy a una antífona (excepto en la Misa de Difuntos que conserva todavía el V. y el estribillo), consistía principalmente en una antífona y un Salmo, que hasta el siglo VI fué siempre el 33, con la antífona "Gustate et vidéte". Hasta el siglo XI cantóse siempre durante la Comunión de los fieles, y se ortaba y terminaba con el "Gloria Patri", cuando, al concluir, la distribución, les daba el subdiácono la señal haciéndose una cruz en la frente.

La "Postcommunio" u oración ad compléndum (como la llaman los misales antiguos, porque terminaba el rito eucarístico propiamente tal), corresponde, por su estilo y corte, a la "Colecta" y a la "Secreta" del principio y mitad de la Misa.

Suelen ser oraciones preciosas y están henchidas de doctrina y de piedad. Su tema general es dar gracias por el Sacramento recibido, y pedir perduren en el alma sus saludables efectos y se trasluzcan al exterior por una vida mejor. A la "Post-comunión", o post-comuniones, les sigue, en las misas de Cuaresma, la oración llamada "super pópulum" que antiguamente se decía también en otras muchas misas, y que equivalía a una especie de solemne bendición final. "

**31. Despedida y Bendición final.** La santa Misa no es un espectáculo o una reunión social, de la cual cada asistente pueda retirarse a su gusto, cuando le viene en deseo. Es un rito oficial presidido por el sacerdote y determinado por la Iglesia. hasta en sus menores detalles, con intención de que se sujeten a él los fieles y los ministros. Ella es la que determina cómo se ha de empezar, cómo se ha de continuar y como y cuándo se ha de terminar. De ahí que, como lo hizo con los catecúmenos al final de "su" Misa, despida ahora a los fieles por intermedio del diácono, con la fórmula: "Ite missa est" o "Benedicámus Dómino", respondiendo el pueblo: "Deo grabas".

El "Ite missa est" marcó, hasta el siglo IX, el punto final de la Misa. Significa: "Marchaos, ésta es la despedida"; o bien: "es hora de irse", o "podéis ir". Con el tiempo, esta voz de mando vino a convertirse en un grito de júbilo y quizá por eso se lo hizo depender del "Gloria in excelsis", omitiéndolo cuando éste se omite y sustituyéndolo por el "Benedicámus Dómino". Al cantarlo, el diácono se vuelve de cara al pueblo, para dar más imperio a su orden de despedida, y el celebrante para dar bien a entender que el diácono es su portavoz.

El "Benedicámus Dómino", que suple al "Ite missa est", en las misas feriales y votivas y cuando se celebra de color morado, no es una fórmula de despedida, sino una invitación a perseverar en la oración y adoración de Dios; por eso se usa en los días y épocas litúrgicas en que el espíritu de la Iglesia es que los cristianos perseveren en mayor recogimiento y oración. Por lo mismo lo canta el diácono mirando hacia el altar.

En las misas de Difuntos, en el afán santo de convertirlo todo en sufragios para los mismos, se usa la fórmula: "Requiescant in pace", con la respuesta: "Amén".

Al final de los Divinos Oficios y especialmente de la Misa, el obispo, y, desde el siglo XI también los sacerdotes, daba al pueblo la Bendición, sea desde el altar, sea yendo hacia la sacristía. Este que, en un principio, era un mero acto de benevolencia de los ministros sagrados, tornóse con el tiempo en un rito complementario de la Misa, con preces y gestos bien determinados, como se estila hoy.

El rito de la Bendición actual de la Misa consiste en rezar la oración "Pláceat" (que resume los fines y frutos de la Misa) profundamente inclinado sobre el altar, en besar 'el altar, levantar los brazos, y los ojos hacia el Crucifijo, y bendecir al pueblo con el gesto acostumbrado, y diciendo: "Bendígaos Dios Todopoderoso, en el Nombre del Padre, etc.". Los fieles se arrodillan y santiguan para recibirla.

El beso del altar, el abrir y cerrar los brazos, el elevar la vista y el mirar el Crucifijo se entiende que es para indicar que el Sacerdote recibe del mismo Cristo la bendición y que en su nombre la transmite él a los demás.

En las misas de Difuntos se omite la Bendición porque han conservado mejor su factura antigua en que no existía este rito.

**32. El último Evangelio.** El último Evangelio es otra adición que la Edad Media hizo a la Misa primitiva, tan sobria y mesurada. Es la primera página del Evangelio de San Juan, al cual tenían los antiguos mucha devoción. Cuando concurren dos fiestas en un mismo día y la menos solemne y de la

que no se dice la Misa tiene Evangelio propio, se lee éste en lugar del de San Juan.

Fué tan grande la devoción de los fieles a este pasaje del Evangelio de San Juan, que llegaron a honrarlo como a una reliquia y a llevarlo consigo y valerse de él como un sagrado talismán. Hacia el siglo XII empezaron a recitar algunos sacerdotes, por mera devoción, mientras volvían a la sacristía y se desvestían de los ornamentos. Luego, rogados por los fieles y principalmente por las mujeres devotas, consintieron en recitarlo en el altar, primero en secreto y- después en voz alta, hasta que, por fin, la reforma litúrgica de Pío V lo incorporó definitivamente a la Misa. Ciertas cartas de fundaciones de misas lo exigían como condición, al igual que ahora ordenan rezar responsos. El Pontifical lo considera todavía como oración privada y de paso hacia la sacristía, y la prueba es que manda recitarlo a los obispos, en las misas pontificales, mientras se dirigen al trono para despojarse de los ornamentos.

A las palabras "Et Verbum caro factum est" arrodillense todos, lo mismo que al "Incarnátus est" del Credo, en reverencia al gran misterio de la Encarnación.

**33. Preces adicionales.** Hasta el pontificado de León XIII, la Misa terminaba con el último Evangelio, como sucede aún con las cantadas y conventuales; pero este Papa mandó se rezaran de rodillas tres Avemarías, una Salve, una Oración a la Santísima Virgen y otra al Arcángel San Miguel, las que Pío X redondeó con la triple invocación al Sagrado Corazón. León XIII prescribió estas preces adicionales por la libertad de la Iglesia, y al conseguirla Pío XI, en 1929, con el tratado de Letrán, mandó él que se siguiera rezándolas en adelante por el pueblo ruso y por las iglesias separadas. Se ve bien la intención de la Iglesia al acudir a la Madre de Dios, después de haber sacrificado a su Hijo, y al reclamar juntamente el valeroso auxilio del Príncipe de la milicia celestial, contra las sectas tenebrosas cada día más empeñadas en combatir la Religión. Lo que no se comprende tan bien, litúrgicamente hablando, es que el celebrante tenga que arrodillarse, con todos los ornamentos de sacrificador, al pie del mismo altar donde acaba de ejercer poderes tan sublimes.

**34. Resumiendo.** Cerraremos este breve estudio sobre la Liturgia de la Misa y especialmente sobre su parte más importante, el CANON traduciendo la siguiente conclusión del Card. Schuster al final de su magistral disquisición sobre el "Origen y desarrollo del Ordinarium Missae"

«Una tradición romana que comprobamos estar, ya en el siglo V, plenamente establecida, indiscutida, respetuosamente acogida en toda la extensión del patriarcado papal, atribuye al CANON un origen apostólico. Conforme a esta creencia, los historiadores romanos estimaban poder dar cuenta, en el "Liber Pontificalis", de las menores modificaciones introducidas en el texto de esta Eucaristía tradicional de los antiguos Pontífices; y por otro lado, los Papas y los escritores que hablaban de ella, hácenlo como si se tratara de una plegaria inalterada e intangible, que se impone a la aceptación de todas las Iglesias. La documentación de cada una de las partes de nuestro CANON remonta al menos al siglo V, y nos obliga a identificarlo, en sus grandes líneas, con el que los antiguos reputaban de tradición apostólica. El examen directo e íntimo del documento, lejos de debilitar nuestra argumentación, la robustece, dando a nuestra Eucaristía romana la aureola de una redacción tan arcaica que, al repetir hoy, en el transcurso de la Misa, al cabo de tantos siglos, la plegaria consagratória, podemos estar seguros de que rezamos, no sólo con la f e de Dámaso, de Inocencio, de León el Grande, sino hasta con las mismas fórmulas que repitieron ellos en el altar, antes que nosotros, y que habían ya santificado, en la época primitiva muchos doctores, confesores y mártires.»  
(20).

**35. Acción de gracias, después de la Misa.** La Sagrada Liturgia exhorta y quiere que todo el que, comulgando, hubiere participado del divino manjar, rinda a Dios por ello las debidas gracias. Ella señala al sacerdote y a los fieles, dentro de la Misa misma, un mínimo de acción de gracias; pero también provee, para continuarla, de otras oraciones indulgenciadas y exhorta a hacer de la vida cristiana un ininterrumpido himno de gratitud. Y el Papa Pío XII añade: "Es muy conveniente que, después de haber recibido la Comunión y terminado los ritos públicos, se recoja el comulgante, e íntimamente unido al Divino Maestro, se entretenga con Él en dulcísimo y saludable coloquio, durante todo el tiempo que le permitan las circunstancias" (21). Y el Papa fustiga a los que omiten esta acción de gracias privada de después de la Misa, so pretexto necio de que la Misa misma es, por su naturaleza, una acción de gracias, y demuestra cómo es absolutamente necesaria para mejor asimilarse los frutos de la Comunión y para comunicarlos con mayor eficacia a los demás, y cómo es la voluntad de la Iglesia que se haga con toda diligencia, uniendo a la acción de gracias la alabanza,

la adoración y la impetración.

Llenos están los libros devotos de oraciones y ejercicios complementarios del Misal, y llenos también los autores ascéticos de argumentos encarecedores de la necesidad de esta acción de gracias, a fin de que la Misa y la Comunión penetren y arraiguen en el alma cristiana como una fuerza vital, y no se esfume su gracia, como suele suceder, en vaporosa vulgaridad. En ocasiones, la acción de gracias colectiva y en voz alta, por toda una asamblea de fieles comulgantes, puede ser un caritativo reproche y una elocuente invitación para tantos asistentes tibios que, aunque no faltan a Misa, no comulgan jamás o rarísima vez y, que, por lo mismo, no saben lo que es sumergirse en esos saludables baños de cristiana fraternidad. Mucho son de reprender, por lo tanto, los que salen del templo con la sagrada hostia todavía en la boca, o antes que el sacerdote haya terminado la Misa o enseguida que desaparece del altar. Por eso la frecuente comunión no remedia en mucho la rutina y la tibieza de vida, ni corrige sus defectos tan desedificantes.

(14) 2ª parte, II.

(15) Cf. S. Cir. de Jer.: Catequesis mist., V.

(16) Tít. IV, c. 2, n9'11.

(17) Rev. lit., 1, II, c. 17, n4 6.

(18) Cr. P. Ferreres: Hist. del Misal Rom., p. 196 (Barc., 1929).

(19) Id., íd.

(20) Liber Sacr., t. II, c. III

(21) Enc. "Mediator Dei", 21 parte, III.

## La Misa en Latín

### **1. ¿Por qué razón en la Santa Misa se emplea el latín?**

La Misa en latín con frecuencia se denomina "Misa Tridentina", en referencia al hecho de que fue codificada por San Pío V poco después del Concilio de Trento (1545-1563), de donde proviene el término "Tridentino." Contrario a lo que algunas personas piensan, San Pío V no creó una nueva Misa, sino unificó toda la Liturgia existente: Ordenando y estructurándola bajo un "Ordo," de tal manera; que toda la Liturgia de la Iglesia permaneciera sin mutación con el correr de los Siglos. Su Bula "**Quo Primum Tempore**" no solamente declaró que había que mantener la Misa permanentemente inalterable, sino también prohibió la introducción de nuevas Liturgias en la Misa. La Misa en Latín puede de hecho llamarse Misa de los Apóstoles, porque data del tiempo de Nuestro Señor y de los Apóstoles. Los pormenores de las primeras Liturgias se asemejan a la Misa en Latín en sus detalles esenciales.

### **2. ¿Originalmente en qué idioma se decía la Santa Misa en la Iglesia?**

La Misa se decía originalmente en Arameo o Hebreo, puesto que estas eran las lenguas que hablaban Cristo y los Apóstoles; las expresiones: "Amen, Alleluia, Hosanna y Sabbaoth" son palabras Arameas que se mantuvieron y aun permanecen actualmente en la Santa Misa en Latín. Cuando la Iglesia se extendió por todo el mundo gentil en el Siglo I; adoptó el Griego en su Liturgia porque este era el Idioma común del Imperio Romano. El uso del Griego continuó hasta el siglo II y parte del siglo III. El Kyrie eléison, y el Símbolo Litúrgico IHS (deriva de la palabra Jesús en Griego) son una prueba viva del uso de este Idioma en la Liturgia de la Iglesia; pues permanecen aun en la Santa Misa en Latín. Las Misas Romanas iniciales se encuentran en los escritos de San Justo "que datan del año 150 del Cristianismo" y también en los de San Hipólito del "año 215." El Latín finalmente remplazó al griego como lengua oficial del Imperio.

### **3. ¿Desde cuándo se usa el latín en la Iglesia?**

Hacia el año 250 de la fundación de la Iglesia, la Misa se decía en Latín en la mayor parte del mundo Romano. Incluyendo las ciudades del Norte de África y de Italia, como Milán. La Iglesia en el Imperio Occidental adoptó el latín en la Misa al rededor del año 380 del Cristianismo. El Canon de la Santa Misa en latín, como lo conocemos actualmente, ya estaba completo para el año 399 del Cristianismo. El Latín dejó de ser lengua vernácula hacia los Siglos VII y IX; sin embargo, la Misa siguió ofreciéndose en Latín porque mucha de su Liturgia ya había sido creada en esa lengua. Los Santos Padres de la Iglesia, por entonces, no vieron razón alguna para adoptar las nuevas lenguas vernáculas que estaban en desarrollo al rededor del mundo conocido. Este fue un medio providencial; por que el latín, aunque lengua muerta, sirvió como medio de comunicación en la Iglesia y a través de los Siglos. Sin duda era este el medio por el cual, Dios prometiera en el santo Evangelio, que estaría con nosotros hasta el fin de los tiempos; esto es parte del Plan de Dios para preservar a su Iglesia hasta el final.

### **4. ¿Qué razones tuvo la Santa Iglesia para mandar que se oficiara la Misa en Latín?**

El único objetivo de San Pío V al mandar codificar la Misa, no fue sino el de la unidad de la Iglesia, la única de las razones de peso; por la que se asegura la unidad en el culto católico y se evita la disparidad de rito, el único medio era la uniformidad en el idioma, y así se preservaría no solo de cisma sino también de los errores que pudieran ser introducidos. Mandó San Pío V fuese dicha, la Misa en lo que sería en adelante el idioma oficial de la Santa Iglesia: "El Latín."

### **5. ¿Cómo asegurar la perpetuidad de los ritos católicos, a través de tanta diversidad de idiomas, naciones, costumbres y que además esas mismas diferencias cambiarían a través del correr de los años?**

Las razones son evidentes, había que asegurarse de que el idioma que la Iglesia tomara como oficial, no fuera modificando a través de los tiempos y los lugares; pues

# ORDINARIO DE LA MISA

## PRIMERA PARTE DE LA MISA

La primera parte de la Misa va del comienzo al Ofertorio. Es la **Misa de los Catecúmenos**; Sirve de preparación al Santo Sacrificio propiamente dicho.

Nos preparamos por medio de la **Oración**, la **Alabanza** y la **Instrucción**.

**Oraciones:** Oraciones al pie del altar. - Kirye. - Oraciones.

**Alabanza:** Introito. - Gloria. - Gradual. - Aleluya.

**Instrucción:** Epístola. - Evangelio. - (Sermón). - Credo

El Sacerdote recita alternadamente con el monaguillo, el salmo **Judica me**, que expresa la tristeza, la confianza y la alegría:

Tristeza por vivir en la tierra del exilio, en medio de un mundo corrupto y enemigo de Dios, expuestos al pecado.

Confianza en la misericordia Dios Padre, cuyo Hijo Jesús ha muerto para expiar nuestros pecados, y que nuevamente sobre el altar nuevamente va a pedir perdón por nosotros.

Finalmente alegría, al pensar en subir al altar, después de haber obtenido la paz de una buena conciencia.

Este es el sentimiento de alegría que debe dominar en nosotros cada vez que asistimos a Misa. La asistencia a Misa debe ser para nosotros una dulce obligación, sobre todo los domingos.

### (MISA DE LOS CATECÚMENOS)

#### 1. - Ejercicio preparatorio

De rodillas

Una vez que el Celebrante ha preparado el Cáliz en el altar y ha registrado el Misal, baja las gradas, hace la genuflexión al Santísimo Sacramento encerrado en el Sagrario y empieza con la señal de la Cruz, diciendo (*y todos los asistentes con él*):

**In nomine Patris et Filii  
et Spiritus Sanctis  
Amen**

Y luego prosigue, alternando con el Monaguillo:

**Sacerdote: Introibo ad altare Dei.**

**Monaguillo: Ad Deum qui laetificat juventutem meam.**

**Sacerdote: Entraré al altar de Dios**

**Monaguillo: Hasta Dios, que alegra mi juventud.**

### SALMO 42

Se omite en las Misas de Difuntos y en las feriales



**Sacerdote:** **J**údica, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo, et doloso erue me.

**Monaguillo:** **Q**uia tue es, Deus, fortitudo mea: quare me repulisti et quare tristis incedo dum affligit me inimicus?

**Sacerdote:** **E**mitte lucem tuam, et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt, et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua

**Monaguillo:** **E**t introibo ad altare Dei: ad Deum qui laetificat juventutem meam.

**Sacerdote:** **C**onfitebor tibi in cithara Deus, Deus meus: quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?

**Monaguillo:** **S**pera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi : salutare vultus mei, et Deus meus.

**Sacerdote:** **G**loria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.

**Monaguillo:** **S**icut erat in principio, et nunc, et semper; et in saecula saeculorum. Amen.

**Sacerdote:** **I**ntroibo ad altare Dei.

**Monaguillo:** **A**d Deum qui laetificat juventutem meam.

**Sacerdote:** **A**djectorium nostrum in nomine Domini.

**Monaguillo:** **Q**ui fecit caelum et terram.

**Sacerdote:** **J**uzgame oh Dios y defiende mi causa contra la gente malvada: del hombre perverso y engañador librame.

**Monaguillo:** **S**iendo tu, oh Dios mi fortaleza como me siento yo desamparado, y porque ando triste al verme molestado por mi enemigo? -

**Sacerdote:** **E**nvíame tu luz y tu verdad: ellas me han de guiar y conducir a tu santo monte, y a tu morada del Cielo

**Monaguillo:** **Y** entrare al altar de Dios: hasta Dios que es la alegría de mi juventud.

**Sacerdote:** **Y** te alabare con la cítara, oh Dios, Dios mío: por que estas triste, alma mía, ¿por que me turbas?

**Monaguillo:** **E**spera en Dios; pues aun he de celebrarte como a mi Dios y Salvador.

**Sacerdote:** **G**loria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo

**Monaguillo:** **C**omo era en un principio y ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amen

**Sacerdote:** **E**ntrearé al altar de Dios

**Monaguillo:** **H**asta Dios, que alegra mi juventud.

**Sacerdote:** **N**uestro socorro esta en el Señor,

**Monaguillo:** **Q**ue hizo el cielo y la tierra.

#### Acto de Contrición y Absolución

Para acercarnos a Dios debemos humillarnos y reconocernos públicamente pecadores, rezando, después del Celebrante, el Acto de contrición, y recibiendo de él la absolución de las faltas veniales:

Sacerdote: Confiteor Deo...

Sacerdote: Yo pecador, etc.

**TODOS:**

**M**isereatur tui omnipotens Deus, et dimissis peccatis tuis, perducat te ad vitam aeternam.

**Sacerdote:** **A**men...

**D**ios todopoderoso tenga misericordia de ti, y perdonados tus pecados, te lleve a la vida eterna.

**Sacerdote:** **A**sí sea

**TODOS:**

**Confiteor Deo omnipotenti, beatæ Mariæ semper Virgini, beato Michaeli Archangelo, beato Joanni Baptistæ, Sanctis Apostolis Petro et Paulo, omnibus Sanctis, et tibi Pater; quia peccavi nimis cogitatione, verbo et opere, (dándose tres golpes de pecho) mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa; Ideo precor beatam Mariam semper Virginem, beatum Michaelem Archangelum, beatum Joannem baptistam, sanctis Apostolos, Petrum et Paulum, omnes Sanctos, et te Pater, orare pro me ad Dominum Deum nostrum.**

**Sacerdote: Misereatur vestri Omnipotens Deus, et dimissis peccatis vestris, perducat vos ad vitam æternam.**

**Monaguillo: Amen.**

**Sacerdote: Indulgentiam, absolutionem ? et remissionem peccatorum nostrorum, tribut nobis omnipotens, et misericors Dominus.**

**Monaguillo: Amen.**

**Sacerdote: Deus, tu conversus vivificabis nos.**

**Monaguillo: Et plebs tua laebitur in te.**

**Sacerdote: Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam.**

**Monaguillo: Et salutare tuum da nobis.**

**Sacerdote: Domine, exaudi orationem meam.**

**Monaguillo: Et clamor meus ad te veniat.**

**Sacerdote: Dominus vobiscum.**

**Monaguillo: Et cum spiritu tuo.**

**Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos y a vos, Padre; que pequé gravemente con el pensamiento, palabra, y obra, (dándose tres golpes de pecho) por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos, y a vos, Padre, que roguéis por mí a Dios nuestro Señor.**

**Sacerdote: Dios todopoderoso tenga misericordia de vosotros, y, perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna.**

**Monaguillo: Así sea.**

**Sacerdote: El Señor todopoderoso y misericordioso nos conceda la absolución ? y el perdón de nuestros pecados.**

**Monaguillo: Así sea.**

**Sacerdote: Oh Dios, vuélvete a nosotros y nos darás la vida.**

**Monaguillo: Y tu pueblo se alegrará en Ti.**

**Sacerdote: Muéstranos, oh Señor, tu misericordia.**

**Monaguillo: Y sálvanos.**

**Sacerdote: Señor, escucha mi oración.**

**Monaguillo: Y mi clamor llegue hasta Ti.**

**Sacerdote: El Señor sea con vosotros.**

**Monaguillo: Y con tu espíritu.**

## EL CELEBRANTE SUBE AL ALTAR

Obtenido con todo esto el beneplácito del Señor, el sacerdote junta las manos, y, subiendo las gradas del altar, besa la piedra del mismo (*la piedra del Sacrificio o piedra sagrada*).

Este beso al altar, significa el respeto, la veneración, el amor del Sacerdote por Jesucristo, representado por el altar.

La piedra del altar, siempre contiene las reliquias de Santos Mártires.. Besando el altar, el Sacerdote muestra su unión con todos los Santos glorificados, reunidos en Cristo, su Señor, y nos recuerda la obligación de ofrecernos, de inmolarnos como los Santos, si es que verdaderamente queremos participar del Sacrificio de Jesucristo.

**Sacerdote:** **Aufer a nobis, quaesumus, Domine, iniquitates nostras: ut ad Sancta Sanctorum puris mereamur mentibus introire. Per Christum Dominum nostrum. Amen**

**Sacerdote:** **Borra, oh Señor, nuestras iniquidades, para que merezcamos entrar con pureza de corazón al Santo de los Santos, por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.**

E inclinado sobre el altar, continúa diciendo:

**Sacerdote:** **Oramus te, Domine, per merita Sanctorum tuorum, quorum, reliquiae hic sunt, et omnium Sanctorum: ut indulgeris omnia peccata mea. amen**

**Sacerdote:** **Rogámoste, Señor, que por los méritos de tus Santos, cuyas Reliquias están aquí (y besa el altar), y por los de todos los Santos, te dignes perdonarme todos mis pecados. así sea.**

### PRIMERA INCENSACIÓN

*(Se omite en las misas rezadas y en las cantadas de Difuntos)*

El diácono presenta al Celebrante la naveta con el incienso y le pide que lo bendiga, diciendo:

**Diácono:** **Benedicite, Pater reverende.**

**Sacerdote:** **Ab illo bene ? dicaris, in cuius honore cremaberis. amen.**

**Diácono:** **Y mi clamor llegue hasta Ti.**

**Sacerdote:** **Bende ? cido seas por Aquél en cuyo honor vas a ser quemado. Así sea.**

El humo del incienso simboliza la oración de los Santos, y la nuestra, que sobre todo durante la Misa debe dirigirse hacia Dios igual que el incienso que se eleva al cielo.

La incensación del altar es un homenaje de adoración a la Majestad divina, y una señal de reverencia a las reliquias de los Santos y al mismo altar.

Antes de incensar, el Sacerdote, en honor de la Santísima Trinidad, pone en tres veces el incienso en el fuego del incensario, y lo bendice haciendo el signo de la Cruz. Después, incienso primero la Cruz del altar, después las reliquias del mismo, y después al altar.

Seguidamente, es incensado tres veces el Sacerdote, porque él representa a Jesucristo y es el Ministro de Dios.

El Celebrante se dirige al Misal para rezar el *Introito*.

## ORDINARIO DE LA MISA

### PRIMERA PARTE DE LA MISA

#### 2. - Introito

(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)

Los fieles siguen de rodillas

#### 3. - Kyries y Gloria

El Celebrante va al centro del altar, y dice:

**Kyrie, eleison** (3 veces)

**Christe eleison** (3 veces)

**Kyrie, eleison** (3 veces)

**iSeñor, ten piedad de nosotros!** (3 veces)

**iJesucristo, ten piedad de nosotros!** (3 veces)

**iSeñor, ten piedad de nosotros!** (3 veces)

Se unen todos al Celebrante diciendo:

**Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Laudamuste. Benedicimus te. Adoramuste te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam. Domine Deus, Rex coelestis, Deus Pater omnipotens. Domine Filii unigenite Jesu Christe, Domine Deus, agnus Dei, Filius Patris, Qui tollis peccata mundi, miserere nobis. Qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram. Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis. Quoniam tu solus sanctus. tu solus altissimus Jesu Christe. Cum Sancto Spiritu ? in gloria Dei Patris. Amen.**

**Sacerdote: Dominus vobiscum.**

**Monaguillo: Et cum spiritu tuo.**

#### **4. - Oración-Colecta**

*(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)*

Puede haber dos, tres o más "Colectas", según el rito y la categoría de la fiesta. Los fieles pueden contentarse con la primera, que es la principal.

#### **5. - 1ª Lectura bíblica: La Epístola**

*(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)  
Terminada la epístola responde el Diácono: Deo Gratias.)*

#### **6. - Salmodia: Gradual - Aleluya -Tracto**

*(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)*

#### **7. - 2ª Lectura bíblica: El Evangelio**

*(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)*

No atreviéndose a poner en sus labios la palabra de Dios sin antes purificarlos convenientemente, el Celebrante (y en las misas cantadas el Diácono), reza esta breve oración preparatoria, con la que también los fieles se han de disponer para leer el Evangelio:

**Munda cor meum, ac labia mea, omnipotens Deus, qui labia Isaiae Prophetae calculo mundasti ignito, ita me tua grata miseratione dignare mudare, ut sanctum Evangelium tuum digne valeam nuntiare. Per Christum Dominum nostrum. Amen.**

**Jube, Domine, benedicere**

**Dominus sit in corde meo et in labiis meis ut digne et competenter annuntiem Evangelium suum. Amen.**

**Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombre de buena voluntad. Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias por tu grande gloria. Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre Omnipotente. Señor, Hijo unigénito Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros. Tú, que quitas los pecados del mundo, recibe nuestra suplica. Tú, que estás sentado a la diestra de Dios Padre, ten piedad de nosotros. Porque Tú sólo eres santo. Tú el sólo Señor. Tú el sólo Altísimo, Jesucristo. Con el Espíritu Santo (hacen la señal de la cruz) ? en la gloria de Dios Padre. Así sea. - El Señor sea con vosotros. - Y con tu espíritu.**

**Sacerdote: El Señor sea con vosotros.**

**Monaguillo: Y con tu espíritu.**

**Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios todopoderoso, Tú que purificaste con una brasa los labios del Profeta Isaías, y dignate por tu misericordia purificarme a mí de tal modo que pueda anunciar dignamente tu santo Evangelio. Por Jesucristo N. S. Así sea.**

**Dignate, Señor, bendecirme.**

**El señor esté en mi corazón y en mis labios,**

para que pueda anunciar digna y competentemente su Evangelio. Así sea.

### De pie

**Sacerdote:** Dominus vobiscum.

**Monaguillo:** Et cum spiritu tuo.

**Sacerdote:** +Sequentia sancti Evangelii secundum N...

**Monaguillo:** Gloria tibi, Domine.

**Sacerdote:** El Señor sea con vosotros.

**Monaguillo:** Y con tu espíritu.

**Sacerdote:** +Continuación del santo Evangelio según N...

**Monaguillo:** Glorificado seas, oh Señor.

Sigue la lectura o canto del Evangelio del día. Todos lo escuchan de pie. al terminar de leerlo, el Sacerdote besa el Misal en señal de respeto. Terminado el Evangelio, se responde: **Laus tibi Christi**

### 8. - Credo

(Se dice todos los domingos, fiestas de precepto, fiestas de Nuestro Señor, de la Virgen, de los Apóstoles, de los Doctores, etc.)

Ahora rezan todos los asistentes, con el Celebrante, la siguiente solemne profesión de fe:

**C**redo in unum Deum Patrem omnipotentem, factorem coeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium. Et in unum Dominum Jesum Christum, Filium Dei unigenitum. Et ex Patre natum, ante omnia saecula. Deum de Deo lumen de lumine, Deo verum de Deo vero. Genitum non factum, consubstantialem Patri; per quem omnia facta sunt. Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelis.

**C**reo en un solo Dios Padre todopoderoso. Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un solo Señor, Jesucristo. Hijo unigénito de Dios. Y nacido del Padre, antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Engendrado, no formado; consubstancial al Padre, y por quien todo ha sido creado. El mismo que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos.

Se arrodillan todos.

**ET INCARNATUS EST DE SPIRITU SANCTO EX MARIA VIRGINE: ET HOMO FACTUS EST.** Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato passus, et sepultus est. et resurrexit tertia die, secundum Scripturas. Et ascendit in coelum; sedet ad dexteram Patris. Et iterum venturus est cum gloria judicare vivos et mortuos; cujus regni non erit finis. Et in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem: qui ex Patris Filioque procedit. Qui cum Patre et Filio simul adoratur, et conglorificatur; qui locutus est per Prophetas. Et unam sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam. Confiteor unum baptisma in remissionem peccatorum. Et expecto resurrectionem mortuorum. Et vitam venturi+ saeculi. Amen.

**Y SE ENCARNÓ POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO, EN LAS ENTRAÑAS DE LA VIRGEN MARÍA Y SE HIZO HOMBRE.** Fue también crucificado por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras. Y subió al cielo y está sentado a la diestra del Padre. Y otra vez vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos, y su reino no tendrá fin. Creo también en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, el cual procede del Padre...



mismo tiempo adorado y glorificado, el cual habló por boca de los profetas. Creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados. Y espero la resurrección de los muertos y la vida (hacen la señal de la cruz) +del siglo venidero. Así sea.

**Sacerdote:** Dominus vobiscum.  
**Monaguillo:** Et cum spiritu tuo.

**Sacerdote:** El Señor sea con vosotros.  
**Monaguillo:** Y con tu espíritu.

## ORDINARIO DE LA MISA SEGUNDA PARTE DE LA MISA

### (MISA DE LOS FIELES) 1ª DIVISIÓN - EL OFERTORIO

#### 9. - El Ofertorio

*(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)*

#### 10. - Ofrecimiento de la Hostia

El Sacerdote ofrece la Hostia grande (y también las pequeñas si las ubiere), Levantando la patena con la Hostia, dice:

**Sacerdote:** Suscipe, sancte Pater, omnipotens aeternae Deus, hanc immaculatam Hostiam, quam ego indignus famulus tuus offero tibi, Deo meo vivo, et vero, pro innumerabilibus peccatis, et offensionibus, et negligentibus meis, et pro omnibus circumstantibus, sed et pro omnibus, fidelibus christianis: ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam aeternam. Amen

**Sacerdote:** Recibe, oh Padre Santo, omnipotente y eterno Dios, esta que va a ser Hostia inmaculada y que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco a Ti, mi Dios vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los circunstancias, así como también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos; a fin de que a mí y a ellos nos aproveche para la salvación y vida eterna. Así sea.

El Sacerdote echa en el Cáliz un poco de vino con unas gotas de agua, símbolo el vino de la Divinidad y el agua de la Humanidad. Jesús, Hijo de Dios, Dios y Hombre, va a ofrecerse sobre el altar, y, con Él, se ofrecerán, unidos al Celebrante, todos los asistentes. Todos los fieles, junto con Jesucristo, formamos un cuerpo misterioso, un cuerpo místico: Jesucristo es la cabeza y nosotros los miembros.

**Sacerdote:** Deus, +qui humanae substantiae dignatam mirabiliter condisti, et mirabilis reformasti: da nobis per hujus aquae et vini mysterium, ejus Divinitatis esse consortes, qui

**Sacerdote:** Oh Dios, +que maravillosamente

humanitatis nostrae fieri dignatus est particeps, Jesus Christus, Filius tuus, Dominus noster. Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus: per omnia saecula saeculorum. amen.

formaste la naturaleza humana y mas maravillosamente la reformaste: haznos, por el misterio de esta agua y vino, participar de la divinidad de Aquel que se digno hacerse participante de nuestra humanidad, Jesucristo, tu Hijo Señor nuestro, que, Dios como es, contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Así sea.

#### 11. - Ofrecimiento del Cáliz

**Sacerdote:** **O**ferimus tibi, Domine, calicem salutaris, tuam deprecantes clamentiam: ut in conspectu divinae Majestatis tuae, pro nostra et totius mundi salute cum odore suavitatis ascendat. amen.

**Sacerdote:** **T**e ofrecemos, Señor, el Cáliz de salvación, implorando de tu clemencia que llegue en olor de suavidad hasta el acatamiento de tu Divina Majestad, para nuestra salvación y la de todo el mundo. así sea.

#### 12. - Ofrecimiento del Sacerdote y de los fieles

**Sacerdote:** **I**n spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine: et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus.

**Sacerdote:** **R**ecíbenos, Señor, animados de un espíritu humilde y de un corazón arrepentido: y tal efecto produzca hoy nuestro sacrificio en tu presencia, que del todo te agrade, oh Señor y Dios nuestro!

Y bendiciendo las ofrendas, el Celebrante continúa:

**Sacerdote:** **V**eni sanctificator omnipotens aeterne Deus: et bene ? dic hoc sacrificium tuo sacto nomini praeparatm.

**Sacerdote:** **V**en, oh Dios santificador, omnipotente y eterno, y ben ? dice este sacrificio preparado para gloria de tu santo nombre!

#### SEGUNDA INCENSACIÓN

(Se omite en las misas rezadas)

Esta nueva incensación tiene por objeto honrar el Cáliz y la Hostia ofrecidos, el altar, el Celebrante, los Ministros sagrados, y todos los fieles asistentes, envolviéndolo todo en una misma oleada de fervorosa oración.

Antes de hacer uso del incienso, el Celebrante lo bendice diciendo:

**Per** intercessionem beati Michaelis Archangeli, statis a dextris altaris incensi, et omnium electorum suorum, incensum istud dignetur Dominus bene +dicere, et in odorem suavitatis accipere. Per Christum dominum nostrum. Amen

**P**or la intercesión de San Miguel Arcángel, que asiste a la diestra del altar de los perfumes, y de todos sus elegidos, dignese el Señor ben +decir este incienso y recibirlo en olor de suavidad. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

Empieza por incensar las ofrendas, diciendo:

**I**ncensum istud a te benedictum, ascendat ad te, Domine, et descendat super nos misericordia tua.

Ahora incienso el Crucifijo y el altar, diciendo:  
**SALMO 140**

**Dirigatur, Domine, oratio mea sicut incensum in conspectu tuo: elevatio manuum mearum sacrificium vespertinum. Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis; ut non declinet cor meum in verba malitiae, ad excusandas excusationes in peccatis.**

Y al entregar el incienso al Diácono, le dice:

**Ascendat in nobis Dominus ignem sui amoris, et flamman aeternae caritatis. Amen.**

Y el Diácono incienso al Celebrante y a los Ministros, y si hay Coro, al clero, y el turiferario incienso con tres golpes al pueblo en general.

### **13. - Lavatorio de las manos**

El Celebrante, aunque tiene las manos limpias, se las lava para expresar el deseo que tiene de la pureza interior, tan necesaria para tratar con Dios. Entre tanto reza el Salmo 25.

#### **SALMO 25**

**Lavabo inter innocentes manus meas: et circumdabo altare tuum, Domine**

**Ut audiam vocem laudis: et enarrem universa mirabilia tua.**

**Domine, dilexi decorem domus tuae: et locum habitationis gloriae tuae.**

**No perdas cum impiis, Deus animam meam: et cum viris sanguinum vitam meam.**

**In quorum manibus iniquitates sunt: dextera eorum repleta est muneribus.**

**Ego autem in innocentia mea ingressus sum: redime me, et miserere mei.**

**Pes meus stetit in directo: in ecclesiis benedicam te, Domine.**

**Gloria Patri ...**

**Sicut erat ...**

**Suba, oh Señor, hasta Ti este incienso que Tú has bendecido, y descienda sobre nosotros tu misericordia.**

**Suba mi oración, oh Señor, como sube este incienso; valga la elevación de mis manos como el sacrificio vespertino. Pon, oh Señor, guarda a mi boca y un candado a mis labios, para que mi corazón no se desahogue con expresiones maliciosas, buscando cómo excusar mis pecados.**

**Encienda el Señor en nosotros el fuego de su amor y la llama de su eterna caridad. Así sea.**

**Lavaré mis manos entre los inocentes; y me pondré oh Señor, al servicio de tu altar. Para hacerme eco de los cánticos de alabanza, y proclamar todas tus maravillas.**

**Para hacerme eco de los cánticos de alabanza, y proclamar todas tus maravillas. Yo he amado, oh Señor, el decoro de tu casa, y la mansión de tu gloria.**

**No pierdas, Dios mío, mi alma con los impíos, ni mi vida con los hombres sanguinarios.**

**Cuyas manos están manchadas de maldad, y su diestra cargada de sobornos.**

**Yo, en cambio, he procedido con inocencia; librame Tú y ten piedad de mí.**

**Mi pie ha andado por el camino recto: por lo que podré alabarte, oh Señor en las asambleas de los fieles.**

**Gloria al Padre ...**

Como era ...

#### 14. - Recomendación de la Hostia y del Cáliz

Volviendo al medio del altar e inclinado, el sacerdote recomienda a la Sma. trinidad el Sacrificio que está celebrando para gloria de Dios, honra de los Santos y provecho de los hombres, diciendo:

**S**uscipe sancta Trinitas, hanc oblationem, quam tibi offerimus ob memoriam passionis, resurrectionis, et ascensionis Jesu Christi Domini nostri: et in honorem beatae Mariae semper virginis, et beati Joannis Baptistae, et sanctorum Apostolorum Petri et Pauli, et istorum, et omnium Sanctorum: ut illis proficiat ad honorem, nobis autem ad salutem, et illi pro nobis intercedere dignentur in coelis, quorum memoriam agimus in terris. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen

**R**ecibe, oh Trinidad Santa, esta oblación que te ofrecemos en memoria de la Pasión, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo y en honor de la bienaventurada siempre Virgen Maria, del bienaventurado San Juan Bautista y de los Santos A[postóles San Pedro y San Pablo, y de éstos y de todos los Santos; para que a ellos les sirva de honor y a nosotros nos aproveche para la salvación, y se dignen interceder por nosotros en el cielo aquellos de quienes hacemos memoria en la tierra. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. así sea..

#### 15. - Intercambio de oraciones

El sacerdote besa el altar, se vuelve hacia el pueblo y, abriendo y cerrando los brazos como para abrazar a todos en nombre de Cristo, cuyas veces está haciendo, se encomienda a sus oraciones diciendo:

**O**rate fratres: ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotens.

**O**rad, hermanos, a fin de que mi sacrificio y el vuestro, sea aceptado en el acatamiento de Dios, Padre omnipotente

Y el pueblo le responde, orando por él, en estos términos:  
Todos:

**S**uscipiat Dominus sacrificium de manibus tuis ad laudem et gloriam nominis sui, ad utilitatem quoque nostram, totiusque Ecclesiae tuae sanctae.

**E**l Señor reciba de tus manos este Sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, y para nuestro provecho y el de toda su Santa Iglesia. Amen.

#### 16. - Oración-Secreta

*(Cambia cada día y se encuentra en el Propio del Misal)*

La Oración-Secreta puede ser una, dos, tres, o más, según haya sido el número de las "Colectas

# ORDINARIO DE LA MISA

## SEGUNDA PARTE DE LA MISA

### 2ª DIVISIÓN. - LA CONSAGRACIÓN

#### 17. - Prefacio

*(El prefacio cambia en algunas festividades)*

A modo de introducción, entre Celebrante y monaguillo (o el coro en las Misas cantadas), se entabla el siguiente diálogo:

**Sacerdote:** **P**er omnia saecula saeculorum

**Monaguillo:** **A**men.

**Sacerdote:** **D**ominus vobiscum.

**Sacerdote:** **S**ursum corda.

**Monaguillo:** **A**bemus ad Dominum.

**Sacerdote:** **G**ratias agamus Domino Deo nostro.

**Monaguillo:** **D**ignum et justum est.

**Sacerdote:** **P**or todos los siglos de los siglos

**Monaguillo:** **A**sí sea.

**Sacerdote:** **E**l Señor sea con vosotros.

**Sacerdote:** **¡**Arriba los corazones!

**Monaguillo:** **Y**a los tenemos unidos al Señor

**Sacerdote:** **D**emos gracias al Señor Dios nuestro.

**Monaguillo:** **D**igno y justo es.

#### Prefacio de los domingos ordinarios

**V**ere dignum et justum ets aequum et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeternae Deus. Qui cum unigenito Filio tuo, et Spiritu Sancto, unus es Deus, unus es Dominus: non in unius singularitate personae, sed in unius Trinitate substantiae. Quod enim de tua gloria, revelante te, credimus, hoc de Filio tuo, hoc de Spiritu Sancto, sine differentia discretionis sentimus. Ut in confessione verae, sempiternaeque Deitatis, et in personis Proprietatis, et in essentia unitas, et in maiestate adoretur aequalitas. Quam laudat Angeli atque Arcangeli, Cherubim quoque ac Sraphim: qui non cessant clamare quotidie, una voce dicentes:

**V**erdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, que te demos gracias en todo tiempo y lugar oh Señor Santo, Padre todopoderoso y eterno Dios! Quien, con tu Hijo unigénito y el Espíritu Santo, eres un solo Dios, eres un solo Señor: no en la unidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola sustancia. Porque cuanto creemos, por habérselo Tu revelado, acerca de tu gloria, creémoslo igualmente de tu Hijo, y del Espíritu Santo, sin haber diferencia ni separación. De modo que, al reconocer una sola verdadera y eterna Divinidad, sea también adorada la propiedad en las personas, la unidad en la esencia y la igualdad en la majestad. A la cual alaban los Ángeles y



los Arcángeles, los Querubines y los Serafines, que no cesan de cantar diariamente, diciendo a coro:

Y dicen todos de rodillas

**Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt caeli, et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.**

**Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Ejércitos. Llenos están los cielos y la Tierra de tu gloria. Hosanna en las alturas: Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.**

#### CANON DE LA MISA

##### 18. - Plegaria por la Iglesia

El Celebrante, levantando los brazos y los ojos hacia el Crucifijo, como para acercárselo más a Cristo y mejor identificar el Calvario con el Altar, reza profundamente inclinado y en silencio:

**Te igitur, clementissime Pater, per Jesum Christum Filium tuum Dominum nostrum, supplices rogamus ac petimus, uti accepta habeas, et benedicas, haec +dona, haec +munera, haec +sancta sacrificia illibata, in primis, quae tibi offerimus pro Ecclesia tua sancta catholica: quam pacificare, custodire, adunare, et regere digneris toto orbe terrarum: unacum famulo tuo Papa nostro N. et Antistite nostro N. et omnibus orthodoxis, atque catholicae et Apostolicae fidei cultoribus.**

**Te pedimos, pues, y humildemente te rogamus, oh Padre clementísimo, por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que recibas y bendigas estos +dones, estas +ofrendas y estos + santos y puros sacrificios; que te ofrecemos, en primer lugar, por tu Santa Iglesia católica, para que te dignes darle la paz, guardarla, unificarla, y gobernarla en toda la redondez de la tierra, juntamente con tu ciervo el Papa N., nuestro Prelado N., y todos los que profesan la verdadera fe católica y apostólica.**

##### 19. - "Memento" de los vivos

El Celebrante extiende y junta las manos mirando al Crucifijo, reza las primeras palabras de la siguiente oración (hasta N., N.), y, después de una breve pausa, para encomendar a algunas personas en particular y nominalmente, prosigue lo demás:

**Memento Domine famulorum, famularumque tuarum N. et N. et omnium circumstantium, quorum tibi fides cognita est, et nota devotio, pro quibus tibi offerimus: vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis pro se, suisque omnibus: pro redemptione animarum suarum, pro spe salutis et incolumitatis suae : tibi que reddunt vota sua aeterno Deo vivo et vero.**

**Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. y N...., y de todos los circunstantes, cuya fe y devoción te son conocidos; por los que te ofrecemos, o que ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por el rescate de sus almas, y por su salud y bienestar corporal; y que también te tributan sus homenajes a Ti, Dios eterno, vivo y verdadero.**

### **20. - Conmemoración de los Santos**

Para que la oración de la Iglesia militante sea mejor atendida por Dios Padre, invoca ahora el Celebrante la intercesión de la Sma. Virgen y de los Santos de la Iglesia triunfante, en cuyo honor se ofrece también este Sacrificio:

**Communicantes, et memoriam venerantes, in primis gloriosae semper virginis Mariae genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi: sed et beati Joseph, ejusdem virginis sponsi et beatorum Apostolorum ac martyrum tuorum, Petri et Pauli, Andreae, Jacobi, Joannis, Thomae, Jacobi, Philippi, Bartholomaei, Matthaei, Simonis et Thaddaei: Lini, Cleti, Clementis, Xysti, Cornelii, Cypriani, Laurentii, Chrysogoni, Joannis et Pauli, Cosmae et Damiani, et omnium sanctorum tuorum: quorum meritis precibusque concedas, ut in omnibus protectionis tuae muniamur auxilio. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.**

**Unidos por la comunión de los Santos\*\*\* y honrando , primeramente, la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, Señor y Dios nuestro, y la de tus bienaventurados Apóstoles y Mártires: Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisogono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y de todos tus Santos; te pedimos, por sus meritos e intercesión, nos concedas ser fortalecidos en todo con el auxilio de tu protección. Por el mismo Jesucristo N. S. Así sea**

### **21. - Jesucristo, nuestra Víctima**

Cumplido el deber de caridad de encomendar a Dios a la Iglesia militante y triunfante, el Celebrante concentra toda la atención sobre el Cáliz y la Hostia, y extiende sobre ellos ambas manos como para descargar sobre Jesucristo todos nuestros pecados y responsabilidades y constituirlo nuestra Víctima.

**Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae, quaesumus, Domine, ut placatus accipias : diesque nostros in tua pace disponas, atque ab aeterna damnatione nos eripi, et in electorum tuorum jubeas grege numerari. Per Christum Dominum nostrum. Amen.**

**Por lo mismo, Señor, te rogamos te dignes admitir favorablemente esta ofrenda en testimonio de nuestra dependencia y de toda tu familia: y hacer que**

**pasemos, en paz contigo, los días de nuestra vida, que nos veamos libres de la condenación eterna y seamos por Ti incluidos en el número de tus escogidos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.**

El Celebrante hace algunas señales de la cruz sobre el pan y el vino. El monaguillo toca la campanilla y, en las Misas rezadas, sube a la grada para levantar la casulla del sacerdote, facilitándole así sus movimientos.

**Quam oblationem tu, Deus, in omnibus, quaesumus benedictam + adscriptam + , ratam + rationabilem, acceptabilemque facere digneris: ut nobis Corpus + et Sanguis + fiat dilectissimi Filii tui Domini nostri Jesu Christi.**

**La cual ofrenda, suplicamoste, oh Dios, te dignes ordenar sea ben + dita, adscri + ta, ratifi + cada, racional y agradable: de suerte que se convierta, para nuestro provecho, en el Cuer + po y San + gre de tu muy amado Hijo Jesucristo, Nuestro Señor.**

\*\*\*

- **1. El día de Navidad y durante su Octava**, en el lugar señalado por los tres asteriscos, se añade: \*\*\* y celebrando el día sacratísimo en que la inmaculada virginidad de María Santísima dio a luz al mundo al Salvador; y honrando, primeramente, etc. (sigue arriba)
- **2. El día de Epifanía y durante su Octava**, se añade: \*\*\* y celebrando el día sacratísimo en que tu Hijo Unigénito, coeterno contigo en tu gloria, apareció visiblemente en la realidad de nuestra carne corporal; y honrando, primeramente, etc. (sigue arriba)
- **3. El día de Pascua y durante su Octava**, se añade: \*\*\* y celebrando el día sacratísimo de la Resurrección de N. Señor Jesucristo, según la carne; y honrando, primeramente, etc. (sigue arriba)
- **4. El día de la Ascensión y durante su Octava**, se añade: \*\*\* y celebrando el día sacratísimo en que Nuestro Señor, tu Hijo Unigénito, colocó a la diestra de tu gloria a nuestra frágil naturaleza unida en Él a su Divinidad; y honrando, primeramente, etc. (sigue arriba)
- **5. El día de Pentecostés y durante su Octava**, se añade: \*\*\* y celebrando el día sacratísimo de Pentecostés, en que el Espíritu Santo se apareció a los Apóstoles en forma de innumerables lenguas; y honrando, primeramente, etc. (sigue arriba)

## **ORDINARIO DE LA MISA**

### **SEGUNDA PARTE DE LA MISA**

#### **3ª DIVISIÓN. - LA COMUNIÓN**

##### **29. - 1ª Oración preparatoria para la Comunión:** La Oración Dominical

**Sacerdote:** Oremus. Praeceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati, audemus dicere :

Pater noster, qui es in coelis ; sanctificetur nomen tuum ; adveniat regnum tuum: fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra. Panem nostrum quotidianum da nobis hodie ; et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris. Et ne nos inducas in tentationem.

**Monaguillo:** Sed libera nos a malo.

**Sacerdote:** Amen.

Libera nos, quaesumus Domine, ab omnibus malis praeteritis, praesentibus, et futuris: et intercedente beata et gloriosa semper Virgine Dei Genitrice Maria, cum beatis Apostolis tuis Petro at Paulo, atque Andrea, et omnibus sanctis, da propitius pacem in diebus nostris: ut ope misericordiae tuae adjuti, et a peccato simus semper liberi, et ab omni perturbatione securi. Per eumdem Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum. Qui tecum vivit et regnat in unitate Spiritus Sancti Deus. Per omnia saecula saeculorum.

**Monaguillo:** Amen

**Sacerdote:**

**O**remos. -  
Teniendo en cuenta la orden del Señor y aleccionados por el divino Maestro, nos ateevemos a exclamar:  
Padre nuestro, que estás en los cielos.

Santificado sea el tu nombre.  
Venga a nos el tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación.

**Monaguillo:** Mas líbranos del mal

**Sacerdote:** Así sea.

**L**íbranos, si, Señor, de todos los males pasados, presentes y futuros; y por la intercesión de la gloriosa siempre Virgen Maria, Madre de Dios, y de tus bienaventurados Apóstoles San Pedro, San Pablo y San Andrés, y todos los demás Santos danos bondadosamente la paz en nuestros días; a fin de que, asistidos con el auxilio de Tu misericordia, estemos siempre libres de pecado y al abrigo de cualquier perturbación.  
Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro e Hijo tuyo, que, Dios como es, contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo. Por los siglos de los

**Monaguillo:** Así

sea.

### 30. - Fracción de la Hostia

Jwaucristo lo pacifica todo por medio de su Sangre. Por eso es Sacerdote, con la partícula de la Hostia que acaba de dividir en tres partes, hace tres veces la señal de la cruz sobre el Cáliz diciendo:

**Sacerdote:** Pax + Domini sit + semper vobiscum+ .

**Monaguillo:** Et cum spiritu tuo.

**Sacerdote:** La paz+ del Señor+ sea siempre con + vosotros.

**Monaguillo:** Y con tu espíritu

El Sacerdote deja caer en el Cáliz la partícula de la Hostia.

**Sacerdote:** Haec commixtio et consecratio Corporis et Sanguinis Domini nostri Jesu Christi fiat accipientibus nobis in vitam aeternam. Amen.

**Sacerdote:** Que esta mezcla de los elementos consagrados del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo, nos aproveche a quienes la recibimos, para la vida eterna. Así sea

El Sacerdote dice por tres veces golpeándose el pecho, lo que dijo S. Juan Bautista señalando a los judíos al Mesías que los debía salvar.

### 31. - 2ª Oración preparatoria para la Comunión: Los "Agnus Dei"

**Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.  
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.  
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem**

**Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo iten misericordia de nosotros!  
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo iten misericordia de nosotros!  
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo idanos la paz!**

### 32. - Oración por la paz

**Domine Jesu Christe, qui dixisti Apostolis tuis: pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis: ne respicias peccata mea, sed fidem Ecclesiae tuae; eamque secundum voluntatem tuam pacificare et coadunare digneris. Qui vivis et regnas Deus, per omnia saecula saeculorum. Amen. .**

**Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: Mi paz os dejo, mi paz os doy; no te fijes en mis**

pecados, sino en la fe de tu Iglesia, a la cual dignate pacificarla y unirla conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Así sea.

### 33. - Últimas oraciones preparatorias para la Comunión

Y siguen estas dos últimas oraciones, rebosante la primera de confianza, y llena la segunda de humildad.

**D**omine Jesu Christe, Fili Dei vivi, qui ex voluntate Patris cooperante Spiritu Sancto, per mortem tuam mundum vivificasti: libera me per hoc sacrosanctum Corpus et Sanguinem tuum ab omnibus iniquitatibus meis et universis malis: et fac me tuis semper inhaerere mandatis: et a te nunquam separari permittas : qui cum eodem Deo Patre et Spiritu Sancto vivis et regnas Deus in saecula saeculorum. Amen.

**P**erceptio Corporis tui, Domine Jesu Christe, quod ego indignus sumere praesumo, non mihi proveniat in iudicium et condemnationem : sed pro tua pietate prosit mihi ad tutamentum mentis et corporis, et ad medelam percipiendam. Qui vivis et regnas cum Deo Patre in unitate Spiritus Sancti Deus, per omnia saecula saeculorum. Amen.

**Oh Señor**  
Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que, por voluntad del Padre y con la cooperación del Espíritu Santo, diste la vida al mundo por tu muerte: líbrame, por tu sagrado Cuerpo y Sangre de todas mis iniquidades y de todos los demás males, y haz que cumpla siempre tus mandamientos y no permitas que jamás me aparte de Ti, quien siendo Dios, vives y reinas con el mismo Dios Padre y con el Espíritu Santo, Por los siglos de los siglos. así sea.

**La comunión de tu Cuerpo, Señor Jesucristo, que yo indigno me atrevo a recibir ahora, no se me convierta en motivo de juicio y condenación; sino que, por tu misericordia, me sirva de protección para alma y para cuerpo y de medicina saludable. Tú, que siendo Dios, vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Así sea.**

### 34. - Comunión del Celebrante

El Sacerdote junta las dos partes de la Hostia, preparándose para consumirla, y dice:

**Panem coelestem accipiam et nomen Domini invocabo.**

**Recibiré el Pan**



celestial, e  
invocare el  
Nombre del  
Señor.

Con la Hostia en la mano izquierda y sobre la patena, y dándose golpes de pecho, el Sacerdote dice tres veces, confesando su indignidad:

**Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea** (tres veces)

**Señor, yo no soy digno de que entres en mi pobre morada, mas di una sola palabra y mi alma será salva.**  
(tres veces)

Y comulga bajo la especie de PAN, diciendo:

**Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam aeternam. Amen.**

**El Cuerpo de Nuestro Señor ? Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.**

Y mientras recoge sobre el corporal las partículas que han podido desprenderse de la Hostia grande, se prepara a consumir el Cáliz, diciendo:

**Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero.**

**¿Con que corresponderé yo al Señor por todo cuanto El me ha dado? Sumiré el Cáliz de salvación e invocaré al Señor con cánticos de alabanza, y me pondré a salvo de mis enemigos**

Y comulga bajo la especie de vino, diciendo:

**Sanguis Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam aeternam. Amen.**

**La Sangre de Nuestro Señor ? Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna.**

## ORDINARIO DE LA MISA

### SEGUNDA PARTE DE LA MISA

#### 35. - Comunión de los fieles

Mientras el Celebrante comulga con el Cáliz, el Monaguillo y los fieles rezan el acto de contricción, preparándose para la comunión:

**C**onfiteor Deo omnipotenti, beatæ Mariæ semper Virgini, beato Michaeli Archangelo, beato Joanni Baptistæ, Sanctis Apostolis Petro et Paulo, omnibus Sanctis, et tibi Pater; quia peccavi nimis cogitatione, verbo et opere, (dándose tres golpes de pecho) mea culpa, mea maxima culpa; Ideo precor beatam Mariam semper Virginem, beatum Michaellem Archangelum, beatum Joannem baptistam, sanctis Apostolos, Petrum et Paulum, omnes Sanctos, et te Pater, orare pro me ad Dominum Deum nostrum.

**Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos y a vos, Padre; que pequé gravemente con el pensamiento, palabra, y obra, (dándose tres golpes de pecho) por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los Santos, y a vos, Padre, que roguéis por mí a Dios nuestro Señor.**

Y el Celebrante, vuelto hacia el pueblo, absuelve a los comulgantes diciendo:

**Sacerdote: Dios Todopoderoso tenga misericordia de vosotros, y perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna.**

**Monaguillo: Amen.**

**Sacerdote: Indulgentiam, ? absolutionem et remissionem peccatorum vestrorum, tribuat vobis omnipotens et misericors Dominus.**

**Sacerdote: Dios Todopoderoso tenga misericordia de vosotros, y perdonados vuestros pecados, os lleve a la vida eterna**

**Monaguillo: Así sea.**

**Sacerdote: El Señor todopoderoso y misericordioso os conceda la absolución ? y el perdón de vuestros pecados. Monaguillo: Así**

sea.

Y mostrando la sagrada Hostia, para que al mirarla hagan un acto de fe en la real presencia de Jesús Sacramentado, a quien van a recibir como manjar, dice:

**Sacerdote:** **Ecce Agnus Dei, ecce qui tolli peccata mundi**

**Sacerdote:** **Ved aquí el Cordero de Dios, ved aquí al que quita los pecados del mundo.**

Y repite tres veces y los fieles con él, dándose golpes de pecho:

**Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea. (tres veces)**

**Señor, yo no soy digno de que entres en mi pobre morada, mas di una sola palabra y mi alma será salva. (tres veces)**

Al administrar la comunión, el Sacerdote dice cada vez:

**Corpus Domini nostri Jesu +Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam. Amen.**

**El Cuerpo de Nuestro Señor + Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna. Así sea**

### 36. - Acción de gracias

**Quod ore sumpsimus Domine, pura mente capiamus: et de munere temporali fiat nobis remedium sempiternum.**

**Corpus tuum, Domine, quod sumpsi, et Sanguis, quem potavi, adhaereat visceribus meis: et praesta, ut in me non remaneat scelerum macula, quem pura et sancta refecerunt sacramenta. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen.**

**Lo que hemos recibido, oh Señor, con la boca, acojamoslo con alma pura; y este don temporal se convierta para nosotros en remedio sempiterno.**

**Tu Cuerpo Señor, que he comido, y tu sangre que he bebido, se adhieran a mis entrañas; y haz que ni mancha de pecado quede ya en mi, despues de haber sido alimentado con un tan santo y tan puro Sacramento: Tu que vives y reinas por los siglos de los siglos. Así sea.**

### 37. - Comunión y Postcomunión

*(Cambian cada día y se encuentran en el Propio del Misal)*

El Sacerdote, dirigiéndose al Misal, reza la antífona llamada "Comunión" y antes de rezar la "Oración Postcomunión", se vuelve al pueblo y dice:

**Sacerdote:** Dominus vobiscum.  
**Monaguillo:** Et cum spiritu tuo.

Y después de la Postcomunión, repite el mismo saludo:

**Sacerdote:** Dominus vobiscum.  
**Monaguillo:** Et cum spiritu tuo.

**Sacerdote:** El Señor sea con vosotros.  
**Monaguillo:** Y con tu espíritu.

**Sacerdote:** El Señor sea con vosotros.  
**Monaguillo:** Y con tu espíritu.

### 38. - Despedida

Y nos despide diciendo:

**Sacerdote:** Ite missa est.  
**Monaguillo:** Deo gratias.

**Sacerdote:** Idos la Misa ha concluido.  
**Monaguillo:** Gracias sean dadas a Dios.

### 39. - Bendición final

El Sacerdote ora inclinado, y resume el fin por el cual ha ofrecido a Dios la Víctima del Calvario, mediante el santo Sacrificio de la misa.

**P**laceat tibi sancta Trinitas, obsequium servitutis meae; et praesta, ut sacrificium, quod oculis tuae majestatis indignus obtuli, tibi sit acceptabile, mihi que et omnibus, pro quibus illud obtuli, sit, te miserante, propitiabile. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

**S**éate agradable, Trinidad Santa, el homenaje de mi ministerio, y ten a bien aceptar el Sacrificio que yo, indigno, acabo de ofrecer en presencia de tu Majestad, y haz, que, a mi y a todos aquellos por quienes lo he ofrecido, nos granjee el perdón, por efecto de tu misericordia. Por J. N. S. Así sea.

Y levantando la mano derecha y haciendo con ella una cruz en el aire, bendice a los fieles (*que deben estar de rodillas*), diciendo:

**Sacerdote:** Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius +et Spiritus Sanctus.  
**Monaguillo:** Amen

**Sacerdote:** Bendígaos Dios todopoderoso, Padre +e Hijo y Espíritu Santo.  
**Monaguillo:** Así sea.

### 40. - Último Evangelio

**Sacerdote:** Dominus vobiscum.

**Monaguillo:** Et cum spiritu tuo.

**Sacerdote:** Initium sancti Evangelii secundum Joannem.

**Monaguillo:** Gloria tibi Domine.

**Sacerdote:** In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est. In ipso vita erat, et vita erat lux hominum: et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt. Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum. Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine. Erat lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. In propria venit, et sui eum non receperunt. Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus. Qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt. ET VERBUM CARO FACTUM EST, et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus, gloriam quasi unigeniti a Patre, plenum gratiae et veritatis.

**Monaguillo:** Deo gratias.

**Sacerdote:** El Señor sea con vosotros.

**Monaguillo:** Y con tu espíritu.

**Sacerdote:** Principio de santo Evangelio según San Juan.

**Monaguillo:**

Gloria a Ti, Señor

**Sacerdote:** En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas: y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En el estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres: y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, mas las tinieblas no la recibieron. Hubo un Hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. este vino como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que por el todos creyesen. No era el la luz, sino el que debía dar testimonio de la Luz. (El Verbo) era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no le conoció. vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios: los cuales nacen no de la sangre, ni de la

voluntad de la  
carne, ni del  
querer del  
hombre, sino de  
Dios. Y EL  
VERBO SE HIZO  
CARNE  
(genuflexión) y  
habitó en medio  
de nosotros: y  
nosotros hemos  
visto su gloria,  
gloria como de  
Unigénito del  
Padre, lleno de  
gracia y de  
verdad.  
**Monaguillo:**  
**G**racias sean  
dadas a Dios.

**Oraciones Adicionales**

*(Indulgencia de 10 años)*

Se dicen en las misas rezadas, y fueron impuestas por [León XIII](#).



**Sacerdote:** Ave Maria, gratia plena, Dominus tecum. Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui, Jesus.

**Pueblo:** Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amen. (tres veces)

**Salve Regina, Mater misericordiae. Vita, dulcedo, et spes nostra, salve. Ad te clamamus exsules filii Hevae. Ad te suspiramus, gementes et flentes in hac lacrimarum valle. Eia ergo, Advocata nostra, illos tuos misericordes oculos ad nos converte. Et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exsilium ostende. O clemens, O pia, dulcis Virgo Maria.**

**S.:** Ora pro nobis, sancta Dei Genitrix.

**P.:** Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

**S.:** Amen

**S.:** Oremus. - Deus refugium nostrum et virtus, populum ad te clamantem propitius respice; et intercedente gloriosa et immaculata Virgine Dei Genitrice Maria, cum beato Josepho ejus Sponso, ac beatis Apostolis tuis Petro et Paulo, et omnibus Sanctis, quas pro conversione peccatorum, pro libertate et exaltatione sanctae Matris Ecclesiae, preces effundimus, misericors et benignus exaudi. Per eundem Christum Dominum nostrum.

**P.:** Amen.

**Sacerdote:** Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

**Pueblo.:** Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen. (tres veces)

**Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve, a ti clamamos los desterrados hijos de Eva. A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto**

la gloriosa e  
inmaculada  
siempre Virgen  
María, Madre de  
Dios, de San  
José, su esposo,  
y de tus santos  
Apóstoles Pedro  
y Pablo, y de  
todos los  
Santos; Escucha  
misericordioso  
y benigno las  
suplicas que te  
dirigimos  
pidiéndote la  
conversión de  
los pecadores,  
la exaltación y  
libertad de ;a  
Santa Madre  
Iglesia. Por J.  
N. S.

**P.:** Así sea.

**S.:** Sancte Michael Archangele, defende nos in praelio. Contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur. Tuque princeps militiae caelestis, Satanam aliosque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo divina virtute in infernum detrude.

**S.:** Amen

**S.:** Cor Jesu sacratissimum

**M.:** Amen.

**S.:** San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla, sed nuestro amparo contra la maldad y acechanzas del demonio. reprímale Dios, pedimos suplicantes, y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el divino poder, a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas.

**M.:** Así sea.

**S.:** Corazón Sacratísimo de Jesus.

**M.:** Así sea.

# **REGLAS PARA AYUDAR EN LA MISA**

## **MISA CON UN SOLO ACÓLITO**



- 1.** El acólito de la Misa debe revestir sotana y sobrepelliz los domingos y días de fiesta.
  - 2.** En la sacristía, cuando el sacerdote comienza a revestirse debe colocarse a su izquierda y ofrecerle sucesivamente: el cíngulo, el manípulo, la estola y la casulla.
  - 3.** Luego de que el sacerdote se pone el cíngulo, el acólito le ayuda a acomodárselo.
  - 4.** Antes de salir de la sacristía hace la reverencia a la cruz junto al sacerdote y, saliendo, le ofrece agua bendita, luego se santigua.
  - 5.** Llegando al altar hace genuflexión junto al sacerdote, del lado del Evangelio.
- \*\*El acólito siempre hace genuflexión durante la Misa al cruzar frente al Sagrario, desde la llegada hasta la salida, incluso si no hay Santísimo en el Sagrario.\*\***
- 6.** Después de la genuflexión, se arrodilla al lado del celebrante. Responderá al sacerdote con voz clara, conservando siempre las manos juntas y mirando hacia el altar.
  - 7.** Cada vez que el sacerdote se inclina o se golpea el pecho el acólito hará lo mismo (excepto en el Confíteor que el acólito también reza después de haberlo hecho el sacerdote).
  - 8.** El Confíteor se reza manteniendo inclinación profunda; a las palabras "tibi pater" y "te pater" el acólito se vuelve hacia el sacerdote; al "Indulgéntiam" vuelve a erguirse.
  - 9.** Cuando el sacerdote sube al altar, el acólito levantará, con la mano derecha la extremidad delantera del alba para que suba con mayor facilidad, y luego se arrodillará sobre la primera grada en el extremo del escalón del mismo lado Epístola.
  - 10.** Terminada la Epístola, responderá "Deo grátias "y, levantándose, irá a buscar el misal (esperará a que el sacerdote se aparte del libro), y lo pasará al lado Evangelio, permanecerá junto al misal y esperará al sacerdote.
  - 11.** Al principio del Evangelio hará la señal de la cruz junto al celebrante y al oír la palabra

"Iesus "hará reverencia y volverá al lado Epístola, previa genuflexión, donde permanecerá hasta el final del Evangelio de pie y con las manos juntas, mirando hacia el celebrante.

**12.** Terminado el Evangelio se arrodilla en el extremo de la primera grada en el mismo lugar en que está.

**13.** Terminado el Credo (si se lo reza) y dicho el "Oremus "subirá al altar para doblar el velo del Cáliz, lo recibe del sacerdote y lo coloca doblado sobre el extremo del altar (con la cruz para arriba), y se dirigirá hacia la credencia, trae las vinajeras y se coloca paralelo al lado Epístola del altar, tomando la del vino con la mano derecha y la del agua en la mano izquierda. Ofrecerá al sacerdote primero la vinajera del vino, b e s ándola antes de darla y después de recibirla, y después la del agua (algunos Padres utilizan la cucharita, el acólito se la ofrece).

**14.** Enseguida llevará las vinajeras hacia la credencia y volverá para el "Lavabo "con la vinajera del agua en la mano derecha y el recipiente para el Lavabo en la mano izquierda; se colocará en el brazo izquierdo el manutergio, que penderá de su brazo en la dirección del sacerdote. Después del Lavabo el acólito hace una pequeña reverencia al sacerdote, y luego vuelve a la credencia.

**15.** Terminado el "*Lavabo*" tomará la campanilla de la credencia e irá a arrodillarse en el extremo de la primera grada del lado Epístola.

**16.** Al "*Orate fratres*" esperará que el sacerdote termine de dar la vuelta para comenzar a responder el "Suscripiat"

**17.** Al "*Sanctus*" tocará tres veces la campanilla y al "*Benedíctus*" se santiguará al mismo tiempo que el sacerdote.

**18.** Antes de la elevación, cuando el sacerdote extiende las manos sobre el Cáliz, tocará una vez la campanilla e inmediatamente se levantará y subirá la tarima para arrodillarse cerca del celebrante, a su lado, pero un poco más atrás. Durante la elevación (tanto de la Hostia como del Cáliz) tocará tres veces la campanilla, sosteniendo con la mano izquierda la punta de la casulla; también tocará una vez la campanilla en las genuflexiones que el sacerdote hace después de consagrar y de elevar Hostia y Cáliz.

**19.** Terminada la elevación, hará una genuflexión abajo y volverá a arrodillarse donde estaba; al "*Agnus Dei*" se golpeará tres veces el pecho con el sacerdote, y al "*Dómine non sum dignus*" tocará una vez la campanilla al primero; dos veces al segundo; y tres, al tercero.

**20.** Luego de que el sacerdote comulga, el acólito se levanta y va en busca de la bandeja de comunión, va hacia el medio, hace genuflexión, sube y se arrodilla sobre la tarima detrás del sacerdote. Cuando el sacerdote comulga la Preciosísima Sangre el acólito inclinado reza el "*Confiteor*". "*Indulgentiam*" se incorpora y luego del último "*Dómine non sum drgnus*" de los fieles se levanta y acompaña al celebrante con la bandeja mientras éste administra la comunión. Se coloca del lado derecho del sacerdote y pone la bandeja debajo del mentón de cada fiel. Terminada la comunión regresa con el sacerdote al altar, hace genuflexión y le levanta levemente el alba mientras el Padre sube y luego se arrodilla en la primera grada. Cerrado el Sagrario, va a buscar las vinajeras para las abluciones.

**21.** Si no hay comunión, el acólito va a buscar las vinajeras inmediatamente después de la comunión del Cuerpo de Nuestro Señor por el celebrante. Cuando el Padre le inclina el Cáliz (el acólito espera este movimiento), se acerca con el vino y derrama (cuanto el sacerdote le indique) un poco en el Cáliz. Luego va al extremo del altar donde espera al celebrante, y cuando éste se acerca, derrama en el Cáliz, sobre los dedos del celebrante un poco de vino, y un poco de agua para que se purifique. No debe olvidarse de retirar la bandeja de comunión del altar y llevarla a la credencia.

**22.** Dejadas las vinajeras en la credencia, va nuevamente al altar a buscar el atril con el misal,

que está en el lado Evangelio y, previa genuflexión, lo pasa al lado Epístola (colocándolo en el extremo del altar). Toma luego el velo del Cáliz y, previa genuflexión, lo pasa al lado Epístola. Allí permanece y ayuda al sacerdote con la bolsa y el velo; inmediatamente después baja y se arrodilla en el extremo de la primera grada del lado Evangelio.

**23.** Dada la bendición por el sacerdote y hecha la señal de la cruz se pondrá de pie para escuchar el último Evangelio (pasa al lado Epístola, luego de signarse, y se coloca en diagonal hacia el sacerdote). Al "Et Verbum caro factum est" hará genuflexión y, terminado el Evangelio, se acercará al sacerdote para rezar de rodillas con él (el acólito en el suelo, el celebrante en la primera grada) las últimas oraciones.

**24.** Terminada las oraciones volverá con el celebrante (el acólito le precede encabezando la marcha), a la sacristía.

**25.** En la sacristía, hará reverencia a la cruz junto al sacerdote y se arrodillará para recibir la bendición. Ayuda al sacerdote a quitarse los ornamentos. Si comulgó, hará la acción de gracias. Si es necesario, ayudará a arreglar el altar, apagar las velas y guardar los ornamentos.

### **MISA CON 2 ACÓLITOS (PARTICULARIDADES)**

Se colocarán al pie del altar, uno de cada lado. Antes y después de los diversos movimientos ellos harán juntos la genuflexión en el medio. Siempre es el primer acólito (el de la derecha) quien toca la campana.

#### **Salida de la sacristía:**

El segundo va delante, toca la campana a la entrada y se coloca del lado Evangelio, el primer acólito se abre para dejar pasar al celebrante.

Después de la Epístola:

El primer acólito cambia de lado el misal; el segundo acólito se levanta para oír el Evangelio.

#### **Al Ofertorio:**

Después de la genuflexión el segundo sube al altar para plegar el velo del Cáliz, mientras el primero va a la credencia a tomar las vinajeras, toma el vino y da la del agua al segundo acólito; ambos se colocan en el lado derecho del altar.

#### **En el Lavabo:**

El primero echa agua sobre los dedos del padre y sostiene el recipiente. El segundo le presenta, el manutergio.

#### **En la elevación:**

Ambos suben y se colocan a ambos lados del sacerdote, un poco atrás, levantan levemente la casulla sólo en la elevación.

#### **Después de la, comunión de los fieles:**

Ambos ayudan al sacerdote en las abluciones. Luego, el primero, sube y cambia de lado el misal, al mismo tiempo que el segundo cambia de lado el velo del Cáliz. El segundo le presenta al celebrante la bolsa abierta, el velo y luego le pasa la bolsa cerrada, mientras el primero espera del lado Epístola al lado del altar. Ambos bajan y el primero se arrodilla del lado Epístola y el segundo del lado Evangelio.

Traducción del Portugués: R. P. Héctor Lázaro Romero.

# MISA CANTADA

A- Todos los ministros deben estar en la Sacristía diez minutos antes del comienzo de la ceremonia.

B- El Ceremoniario ayuda al Celebrante a revestirse (y verifica el misal).

## 1- Orden de entrada:

Abre la marcha el Turiferario, llevando el turíbulo en la mano derecha, abierto y balanceándolo; siguen los Acólitos 1 y 2, llevando los cirios encendidos; detrás viene el Ceremoniario con las manos juntas y por último el Celebrante.

## 2- Del comienzo hasta el Ofertorio:

**a)** El Turiferario hace la genuflexión sólo y va a su lugar (deja la naveta en la credencia). Los Acólitos hacen la genuflexión juntos, giran hacia el interior (el candelabro siempre del lado exterior), dejan los candelabros sobre la credencia, en el rincón posterior y van a sus banquetas.

**b)** El Ceremoniario espera ligeramente del lado Epístola la llegada del Celebrante y los dos juntos hacen la genuflexión.

**c)** El Ceremoniario y los Acólitos se ponen de rodillas y responden a las oraciones al pie del altar.

**d)** Cuando el Celebrante sube al altar, el Ceremoniario llama (inclinación de cabeza) al Turiferario y ambos suben por el lado Epístola hasta donde está el Celebrante (centro del altar).

**e)** El Ceremoniario presenta al Celebrante la naveta y la cucharilla y pide la bendición: "Benedícite Pater Reverende". El Turiferario presenta el turíbulo abierto y una vez trazada la señal de la cruz, lo cierra y lo da al Ceremoniario, quien a su vez le da la naveta. El Ceremoniario con la mano derecha en el extremo superior lo entrega al Celebrante. El Turiferario deja la naveta en la credencia y vuelve a la izquierda del Celebrante.

**f)** El 1er. Acólito mientras el Celebrante incienso la Cruz, quita, el misal con las dos manos y de frente, gira, va hacia el lado Epístola (medio metro del altar), gira sobre sí mismo (gira siempre, hacia el Santísimo = izquierda) y espera allí Cuando el Celebrante incienso el lado Evangelic 1o vuelve a depositar allí donde lo tomó y vuelve a su lugar. Cuando el Celebrante genuflecta, Ceremoniario y Turiferario le sostienen los codos con sus manos (la mano más cercana al Celebrante) y ponen la otra extendida sobre el pecho y con los dedos juntos.

**g)** Terminada la incensación, el Ceremoniario toma el turíbulo y con el Turiferario a su izquierda, incienso al Celebrante con tres golpes dobles Devuelve el turíbulo al Turiferario quién se va a su lugar.

**h)** El Ceremoniario a un costado del misal responde a los Kyries. Cuando el Celebrante se dirige al medio del altar para entonar el Gloria, el Ceremoniario baja y permanece en el lado Epístola frente al misal. Terminado el Gloria hace la genuflexión al mismo tiempo que el Celebrante y lo acompaña a la silla; allí lo ayuda con la casulla y se queda de pie, de cara a los fieles.

**i)** El Ceremoniario gira y se inclina hacia la Cruz en los siguientes momentos del Gloria:

**-Gloria in excelsis Deo - Jesu Christe**

**-Adramus te - Súscipe deprecationem nostram**

**-Grátias ágimustibi - Jesu Christe**

**j)** Hecho el signo de la cruz, hace una señal al Celebrante y va con éste al centro del altar,



genuflexión, le ayuda con el alba y va hacia el libro. Le muestra la oración y da vuelta las páginas (si es necesario).

**k)** Epístola: Las mismas posiciones.

**i)** Cuando el Celebrante comienza el Gradual, el Ceremoniario llama al Turiferario, imposición del incienso (igual que al comienzo de la Misa).

**m)** Durante la imposición, los Acólitos toman sus cirios y se preparan para la procesión.

**n)** El Turiferario con el turíbulo y la naveta va a la credencia, deja esta última y encabeza la procesión hacia el centro del altar.

**o)** El Ceremoniario toma el misal, desciende y hace la genuflexión con el Turiferario y los Acólitos.

**p)** El Ceremoniario sube, deposita el misal en el lado Evangelio y retrocede un poco; el Turiferario se pone a la izquierda del Ceremoniario detrás del Misal; los Acólitos se colocan perpendicularmente al libro.

**q)** En cuanto el Celebrante comienza: "*Sequentia...*"; el Ceremoniario toma el turíbulo y lo pasa al Celebrante, permaneciendo a la diestra de éste. Hace las inclinaciones con el Celebrante y luego recupera el turíbulo y lo pasa al Turiferario, quedando nuevamente a su derecha.

**r)** Terminado el Evangelio, bajan, primero el Ceremoniario y el Turiferario, luego los Acólitos que se colocan detrás de éstos (como al venir), genuflexión y mientras el Turiferario y los Acólitos se van a sus lugares, el Ceremoniario se coloca en el lado Epístola (su lugar habitual).

**s) Si hay Credo:** los Acólitos y el Ceremoniario hacen genuflexión simple junto al Celebrante para el Credo recitado y también la hacen en el Credo cantado (pero en este último caso la genuflexión es doble). Terminado el Credo recitado el Celebrante baja y se va a sentar, previa genuflexión. Una vez que se ha sentado, el Ceremoniario va a poner el Cáliz sobre el altar. Inclinaciones durante el Credo: "*Et in unum Dóminum Jesum Christum*" y "*simul adorátur*". El Celebrante vuelve al altar como en el Gloria, pero el Ceremoniario se queda esta vez al pie del altar hasta después del "*Oremus*"; luego sube, pliega el velo del Cáliz y vuelve (si hay copones los trae antes de tomar el velo) a su posición habitual.

### **3- Del Ofertorio a la Comunión: Incensación:**

**a)** Los Acólitos traen las vinajeras y vuelven a sus lugares.

**b)** Mientras el Celebrante ofrece el Cáliz, el Ceremoniario llama al Turiferario y ambos suben por el costado. Ídem primera incensación.

**c)** Cuando el Celebrante toma el turíbulo, el 2do Acólito va a buscar el libro (previa genuflexión en el centro).

**d)** Mientras el Celebrante incienso el lado Evangelio, el 1er Acólito prepara el Lavabo.

**e)** En cuanto el Celebrante vuelve a? lado Epístola, el 2do. Acólito deja el misal y va a reunirse con el 1er Acólito, del cual recibe la vinajera y el recipiente.

**f)** Incensación del Celebrante; luego el Ceremoniario da el turíbulo al Turiferario, ambos se retiran, hacen genuflexión en el medio (el Turiferario detrás del Ceremoniario); el Ceremoniario va al misal (prepara la Secreta y el Prefacio) y el Turiferario incienso a los sacerdotes o clérigos (si los hay), al Ceremoniario con un golpe doble y luego a los fieles con un golpe simple al medio, uno a la izquierda, y uno a la derecha. Luego vuelve a su lugar (cada vez que pasa delante del Santísimo hace genuflexión).

**g)** Los Acólitos ayudan con el Lavabo, vuelven a sus lugares, dejan vinajera y manutergio, y el 1er. Acólito toma las campanillas. Ambos van hacia el centro, hacen genuflexión y se dirigen hacia los extremos de la primera grada, donde se ponen de rodillas.

**h)** El Ceremoniario pasa las hojas del misal (señala el comienzo de la Secreta). Recita el Sanctus con el Celebrante.

**i)** Al Memento el Ceremoniario va un paso hacia atrás mientras el Celebrante hace una pausa. Cuando el Celebrante retoma el Canon, él vuelve a su lugar.

**j)** En ese momento el Turiferario se acerca al 1er Acólito. Este carga incienso (3 cucharaditas).

**k)** Al "*Quam oblationem*" el Ceremoniario se pone de rodillas. Sostiene la casulla durante las 2 elevaciones.

**l)** El Turiferario incienso el Santísimo con 3 golpes triples a cada elevación. Después de la última genuflexión del Celebrante va a colgar el turíbulo y vuelve junto al 1er. Acólito.

**m)** Luego que el Celebrante se levanta, después de la última genuflexión, el Ceremoniario también se pone de pie y da vuelta la página del misal. Cada vez que el Celebrante se hinca, él lo acompaña sosteniéndole el codo con la mano.

**n)** El Ceremoniario recita el "Agnus Dei" con el Celebrante. Al tercer "Domine non sum dignus " el Ceremoniario baja a la izquierda del 2do. Acólito. Luego de la comunión del Celebrante, a una señal del Ceremoniario, los ministros se ponen de pie, el Turiferario va a buscar la bandeja de comunión. Los cuatro se dirigen hacia el centro, hacen genuflexión y suben a la tarima del altar donde se arrodillan. Cuando el Celebrante consume la Preciosísima Sangre, los cuatro se inclinan y el Ceremoniario comienza el Confiteor.

#### **4- Comunión:**

**a)** El Turiferario comulga y pasa la bandeja a los Acólitos y éstos al Ceremoniario, quien acompaña al Celebrante. Acólitos y Turiferario se retiran a sus lugares, previa genuflexión (los Acólitos hacen de Ceroferarios durante la Comunión).

**b)** Al terminar, el Ceremoniario devuelve la bandeja y se queda de rodillas del lado Epístola.

**c)** Cuando el Tabernáculo se cierra, todos se ponen de pie. Los Acólitos traen las vinajeras y ayudan con las abluciones, se retiran a sus lugares, dejan las vinajeras y van juntos a cambiar el misal y el velo.

**d)** El Ceremoniario lleva la bandeja a la credencia y luego prepara la antífona de comunión en el misal. Los Acólitos hacen genuflexión ante el Santísimo y se retiran a sus lugares, donde permanecen de pie.

**e)** El Ceremoniario indica la Comunión y luego la Poscomunión. Luego cierra el libro y, si es necesario, presenta el pequeño libro para el canto del "*Ite, missa est*".

**f)** Cantado el "*Ite...*"; deja el libro y cruza a lado Evangelio.

**g)** Cantado el "*Deo grátias*" todos se ponen de rodillas.

**h)** Durante el último Evangelio, el Ceremoniario sostiene la sacra (no hace la genuflexión) Los Acólitos toman los cirios y se dirigen precedidos por el Turiferario (con el turíbulo) a centro del altar.

**i)** El Ceremoniario desciende y pasa al lado Epístola.

j) Genuflexión final y salida.

### **INCLINACIONES LITÚRGICAS**

**1- PROFUNDA:** la que hace el Sacerdote en el Confíteor de la Misa.

**2- MEDIA:** toda la cabeza y un poquito de los hombros. Es la inclinación que se hace al nombre de Jesús, cuando se reza el Confíteor arrodillado, al "Veneremur cernai" del Tantum ergo etc.

**3- MÍNIMA:** sea toda la cabeza (como al nombre de María); o un leve movimiento de la cabeza (al nombre de cualquier otro santo).

### **ALGUNAS REGLAS**

#### **Comunión fuera de la Misa:**

El acólito prepara el altar descubriéndolo, colocando la bolsa con el corporal y la llave del Sagrario y luego enciende dos velas. Entra delante del sacerdote. Apenas llega se dirige a la credencia para tomar la bandeja y reza inmediatamente el "Confíteor". Lo demás, es como la Comunión dentro de la Misa. Cuando termina la Comunión se arrodilla y luego toma la patena cuando acaba de purificarla, y la lleva a la credencia respondiendo a las oraciones del sacerdote.

#### **Observaciones para cuando el Obispo celebra la Misa:**

Al Lavabo, cuando el Obispo se acerca para lavarse las manos, los acólitos se arrodillan y le ayudan arrodillados. Cfr. en este mismo libro las respuestas para la bendición del Obispo.

Traducción del Portugués: R. P. Héctor Lázaro Romero.

## **15 CONSEJOS DE ORO PARA LOS ACÓLITOS**

- 1)** Considerar UN GRAN HONOR el hecho de ser acólito. Esforzarse por honrar este cargo y ser fiel a esta gracia.
- 2)** HACER BIEN CADA MOVIMIENTO y con EXACTITUD. Por ejemplo: preparar el altar, ayudar la Misa, encender el turíbulo, las entradas y salidas de las ceremonias. Dar lo mejor de sí.
- 3)** PIEDAD. Gran amor a JESÚS EUCARISTÍA. Hacer una visita al Ssmo. cada vez que se vaya a la Iglesia. Acción de Gracias después de la Comunión. Rosario diario a Nuestra Señora.
- 4)** ESTADO DE GRACIA Permanecer siempre en la amistad de Dios. Si se cae en pecado confesarse cuanto antes. Huir de las ocasiones de pecado (TV, malas compañías, malos ambientes, etc.).
- 5)** CONOCERSE Y CORREGIRSE UNO MISMO. Tenemos defectos y debilidades. Aceptar las correcciones con humildad. Pedir la Gracia de Dios.
- 6)** SERIEDAD Y RESPONSABILIDAD en el cumplimiento del deber. Tomar con seriedad las órdenes, los avisos, las ceremonias, los deberes propios del acólito.

**7)** NO MIRAR hacia los fieles o para cualquier parte durante las ceremonias.

**8)** PERMANECER ERGUIDO en posición recta:

**ARRODILLADO:** erguido, las manos juntas sin cruzar ni mover los pies.

**DE PIE:** los pies derechos, las manos juntas.

**SENTADO:** el cuerpo erguido, las rodillas juntas, las manos sobre las piernas.

**CAMINANDO:** despacio. Los ojos bajos. No caminar hacia atrás.

**9)** REALIZAR CADA ACCIÓN SOLAMENTE DESPUÉS DE HABER TERMINADO LA ANTERIOR Sentarse, arrodillarse y ponerse de pie (no apoyarse cuando se está de pie).

**10)** ATENCIÓN en las ceremonias. Hacer las cosas bien y DESPACIO, pero con prontitud y desenvoltura. ENSAYAR Aprender bien.

**11)** SIMETRÍA Y SINCRONIZACIÓN en las ceremonias. Realizar las acciones junto a otros al mismo tiempo; por ejemplo, las inclinaciones y las respuestas de la Misa. Guardar siempre la misma distancia con relación al otro acólito.

**12)** SILENCIO: en la Iglesia, en la sacristía. No hablar en la Iglesia, no reírse, no hacerse gestos.

**13)** PRONUNCIAR bien las palabras en latín.

**14)** RESPETO Y OBEDIENCIA a los sacerdotes, superiores, ceremoniarios más antiguos.

**15)** BUEN EJEMPLO: en el catecismo, en la escuela, en la calle, en la Iglesia. Observar un comportamiento ejemplar (que motive a ser imitado). Hacer las cosas con dedicación, piedad y celo.

Traducción del Portugués: R. P. Héctor Lázaro Romero.

## *Del ministro que ayuda a Misa* *San Leonardo de Porto-Maurizio*



Creo conveniente decir algunas palabras acerca del ministro que ayuda a Misa. En estos días desempeñan este oficio los niños o personas sencillas, mientras que ni aún las testas coronadas serían dignas de un honor tan singular. SAN BUENAVENTURA dice que el ayudar a Misa es un ministerio angélico, puesto que los muchos Ángeles que asisten al Santo Sacrificio sirven a Dios durante la celebración de este augusto misterio. SANTA MATILDE Vio el alma de un fraile lego más resplandeciente que el sol, porque había tenido la devoción de ayudar a todas las Misas que podía. SANTO TOMÁS DE AQUINO, brillante antorcha de las escuelas, no apreciaba menos la dicha del que sirve al sacerdote en el altar, puesto que, después de celebrar, nada deseaba tanto como ayudar a Misa. El ilustre canciller de Inglaterra, TOMÁS MORO, tenía sus delicias en el desempeño de tan santo ministerio. Habiéndole reprendido cierto día uno de los grandes del reino, diciéndole que el Rey vería con disgusto que se rebajase hasta el punto de convertirse en monaguillo, Tomás Moro respondió: "No, no, al Rey mi señor no pueden disgustarle los servicios que yo hago al que es Rey de los reyes y Señor de los señores". ¡Qué motivo de confusión para aquellos cristianos que, aun haciendo alguna vez profesión de piedad, se hacen rogar para ayudar a Misa, mientras que debieran disputar a otros este honor, que envidian los Ángeles del cielo!

Por otra parte, es preciso tener cuidado de que el que ayuda a Misa sea capaz de cumplir con su ministerio de una manera conveniente. Debe tener la vista mortificada y manifestar un exterior grave, modesto y piadoso: debe pronunciar las palabras claramente, sin apresurarse y a media voz; no en tono tan bajo que no le oiga el sacerdote, ni tan alto que incomode a los que celebran en otros altares. Por consiguiente, no deben ser admitidos ciertos niños desvergonzados, que están burlándose unos de otros durante la Misa y distraen al celebrante.

Yo suplico al Señor se digne iluminar a los hombres sabios, e inspirarles la resolución de ocuparse en un ministerio tan santo y meritorio. A las personas más distinguidas corresponde dar el ejemplo.

SAN LEONARDO DE PORTO-MAURITZIO  
Tomado de "El tesoro escondido de la Santa Misa"

### **LA ASISTENCIA A LA SANTA MISA, FUENTE DE SANTIFICACIÓN**

La santificación de nuestra alma está en la unión con Dios, unión de fe, de confianza y de amor. De ahí que uno de los principales medios de santificación sea el más excelso de los actos de la virtud de religión y del culto cristiano: la participación en el sacrificio de la Misa. La Santa Misa debe ser, cada mañana, para todas las almas interiores, la *fuentes eminente* de la que desciendan y manen las gracias de que tanta necesidad tenemos durante el día; fuente de luz y calor, que, en el orden espiritual, sea para el alma lo

que es la aurora para la naturaleza. Después de la noche y del sueño, que es imagen de la muerte, al levantarse el sol sobre el horizonte, la luz inunda la tierra, y todas las cosas vuelven a la vida. Si comprendiéramos a fondo el valor infinito de la misa cotidiana, veríamos que es a modo del nacimiento de un sol espiritual, que renueva, conserva y aumenta en nosotros la vida de la gracia, que es la vida eterna comenzada. Mas con frecuencia la costumbre de asistir a Misa, por falta de espíritu, degenera en rutina, y por eso no sacamos del santo sacrificio el provecho que deberíamos sacar.

La misa debe ser, pues, *el acto principal de cada día*, y en la vida de un cristiano, y, más, de un religioso, todos los demás actos no deberían ser sino el acompañamiento de aquél, sobre todo los actos de piedad y los pequeños sacrificios que hemos de ofrecer a Dios, a lo largo de la jornada.

Trataremos aquí de estos tres puntos: 1º, de dónde nace el valor del sacrificio de la Misa; 2º, que sus efectos dependen de nuestras disposiciones interiores; 3º, cómo hemos de unirnos al sacrificio eucarístico.

### **LA OBLACIÓN SIEMPRE VIVIENTE EN EL CORAZÓN DE CRISTO**

La excelencia del sacrificio de la Misa proviene, dice el Concilio de Trento (1), de que en sustancia es el mismo sacrificio de la Cruz, porque es *el mismo sacerdote* el que continúa ofreciéndose por sus ministros; y es la misma *víctima*, realmente presente en el altar, la que realmente se ofrece. Sólo es distinto el modo de ofrecerse: mientras que en la Cruz fué una inmolación cruenta, en la misa *la inmolación es sacramental* por la separación, no física, sino sacramental del cuerpo y la sangre del Salvador, en virtud de la doble consagración. Así la sangre de Jesús, sin ser físicamente derramada, lo es sacramentalmente (2).

Esta sacramental inmolación es un *signo*(3) de la oblación interna de Jesús, a la cual nos debemos unir; es asimismo el recuerdo de la inmolación cruenta del Calvario. Aunque sólo sea sacramental, esta inmolación del Verbo de Dios hecho carne es más *expresiva* que la inmolación cruenta del cordero pascual y de todas las víctimas del Antiguo Testamento. Un signo o símbolo, en efecto, saca todo su valor de la grandeza de la cosa significada; la bandera que nos recuerda la patria, aunque sea de vulgarísimo lienzo, tiene a nuestros ojos más valor que el banderín de una compañía o la insignia de un oficial. Del mismo modo la cruenta inmolación de las víctimas del Antiguo Testamento, remota figura del sacrificio de la Cruz, sólo daba a entender los sentimientos interiores de los sacerdotes y fieles de la antigua Ley; mientras que la inmolación sacramental del Salvador en nuestros altares expresa sobre todo la *oblación interior* perenne y siempre renovada en el corazón de "*Cristo que no cesa de interceder por nosotros*" (Hebr. VII, 25).

Mas esta oblación, que es como el alma del sacrificio de la Misa, tiene *infinito* valor, porque trae su virtud de la persona divina del Verbo encarnado, principal sacerdote y víctima, cuya inmolación se perpetúa bajo la forma sacramental. San Juan Crisóstomo escribió: "Cuando veáis en el altar al ministro sagrado elevando hacia el cielo la hostia santa, no vayáis a creer que ese hombre es el (principal) verdadero sacerdote; antes, elevando vuestros pensamientos por encima de lo que los sentidos ven, considerad la mano de Jesús invisiblemente extendida". (4) El sacerdote que con nuestros ojos de carne contemplamos no es capaz de comprender toda la profundidad de este misterio, pero más arriba está la inteligencia y la voluntad de Jesús, sacerdote principal. Aunque el ministro no siempre sea lo que debiera ser, el sacerdote principal es infinitamente santo; aunque el ministro, por bueno que sea, pueda estar ligeramente distraído u ocupado en las exteriores ceremonias del sacrificio, sin llegar a su más íntimo sentido, hay alguien sobre él que nunca se distrae, y ofrece a Dios, con pleno y total conocimiento, una adoración reparadora de infinito valor, una súplica y una acción` de gracias de alcance ilimitado.

Esta interior oblación siempre viviente en el corazón de Jesucristo es, pues, en verdad, como el alma del sacrificio de la Misa. Es *la continuación* de aquella otra oblación por la cual Jesús se ofreció como víctima al venir a este mundo y a lo largo de su existencia sobre la tierra, sobre todo en la Cruz. Mientras el Salvador vivía en la tierra, esta oblación era meritoria; ahora continúa, pero sin esta modalidad del mérito. Continúa en forma de *adoración reparadora* y de *súplica*, a fin de aplicarnos los méritos que nos ganó en la Cruz. Aun después que sea dicha la última misa al fin del mundo, y cuando ya no haya sacrificio propiamente dicho, su consumación, la oblación interior de Cristo a su Padre, continuará, no en forma de reparación y súplica, sino de *adoración y acción de gracias*. Eso será el *Sanctus, Sanctus, Sanctus*, que da alguna idea del culto de los bienaventurados en la eternidad.

Si nos fuera dado ver directamente el amor que inspira esta interna oblación que continúa sin cesar en el corazón de Cristo, "*siempre viva para interceder por nosotros*", ¡cuál no sería nuestra admiración!



La Beata Angela de Foligno dice (5): "No es que lo crea, sino que tengo la certeza absoluta de que, si un alma viera y contemplara alguno de los íntimos esplendores del sacramento del altar, luego ardería en llamas, porque habría visto el amor divino. Parece que los que ofrecen el sacrificio y los que a él asisten, deberían meditar profundamente en la profunda verdad del misterio tres veces santo, en cuya contemplación habríamos de permanecer inmóviles y absortos."

### **EFFECTOS DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA Y CÓMO DEBEMOS OÍRLA**

La oblación interior de Cristo Jesús, que es el alma del sacrificio eucarístico, tiene *los mismos fines* e idénticos efectos que el sacrificio de la Cruz; mas importa que de entre tales efectos, nos fijemos en los que se refieren a Dios y en los que nos conciernen a nosotros mismos.

Los efectos de la Misa que inmediatamente *se refieren a Dios*, como la adoración reparadora y la acción de gracias, producen siempre *infalible y plenamente* con su infinito valor, aun sin nuestro concurso, aunque la Misa fuera celebrada por un sacerdote indigno, con tal que sea válida. Así, de cada Misa elévase a Dios una adoración y acción de gracias de ilimitado valor, en razón de la dignidad del Sacerdote principal que la ofrece y del valor de la víctima ofrecida. Esta oblación "agrada a Dios más que lo que son capaces de desagradarle todos los pecados juntos"; en eso está, en cuanto a la satisfacción, la esencia misma del misterio de la Redención (6).

Los efectos de la Misa, *en cuanto dependen de nosotros*, no se nos aplican sino *en la medida de nuestras disposiciones interiores*.

Por eso, la Santa Misa, como sacrificio *propiciatorio*, les merece, *ex opere operato*, a los pecadores que no le oponen resistencia, la gracia actual que les inclina a arrepentirse y les mueve a confesar sus culpas (7), Las palabras *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Domine*, hacen nacer en esos pecadores sentimientos de contrición, como en el Calvario le aconteció al buen ladrón. Esto se entiende, principalmente, de los pecadores que asisten a la Misa .y de aquellos por quienes se aplica.

El sacrificio de la Misa, como sacrificio *satisfactorio*, perdona también -infaliblemente a los pecadores arrepentidos parte al menos de la *pena temporal* debida por los pecados, y esto según las disposiciones con que a ella asisten, Por eso dice el Concilio de Trento que el sacrificio eucarístico puede también ser ofrecido para aliviar de sus penas a las almas del purgatorio (8).

En fin, como sacrificio *impetratorio* o de súplica, la Misa nos obtiene *ex opere operato* todas las gracias de que tenemos necesidad para nuestra santificación. Es que la oración de Jesucristo, que vive eternamente, sigue intercediendo en nuestro favor, junto con las súplicas de la Iglesia, Esposa de nuestro divino Salvador. El efecto de esta doble oración es proporcionado a nuestro propio fervor, y aquel que con buenas disposiciones se une a ellas, puede tener la seguridad de obtener para sí y para las almas a quienes encomienda, las gracias más abundantes.

Santo Tomás y otros muchos teólogos enseñan que estos efectos de la Misa, en cuanto de nosotros dependen, se nos hacen efectivos en la medida de nuestro fervor (9). La razón es que la influencia de una *causa universal* no tiene más límites que la capacidad del sujeto que la recibe. Así el sol ilumina y da calor lo mismo a una persona que a mil que estén en una plaza. Ahora bien, el sacrificio de la Misa, por ser sustancialmente el mismo que el de la Cruz, es, en cuanto a reparación y súplica, causa universal de las gracias de iluminación, atracción y fortaleza. Su influencia sobre nos otros no está, pues, limitada sino por las disposiciones y e fervor de quienes la reciben. Así una sola Misa puede aprovechar tanto a un gran número de personas, como a un sola; de la misma manera que el sacrificio de la Cruz aprovechó al buen ladrón lo mismo que si por él solo se hubiera realizado. Si el sol ilumina lo mismo a una que a mil personas, la influencia de esta fuente de calor y fervor espiritual, como es la Misa, no es menos eficaz en el orden de la gracia. Cuanto es mayor la fe, confianza, religión y amor con que se asiste a ella, mayores son los frutos que en las almas produce.

Esto nos da a entender por qué los santos, ilustrados por el Espíritu Santo, tuvieron en tanta estima el Santo Sacrificio. Algunos, estando enfermos y baldados, se hacían llevar para asistir a la Misa, porque sabían que vale más que todos los tesoros, Santa Juana de Arco, camino de Chinon, importunaba a sus compañeros de armas a que cada día asistiesen a misa; y, a fuerza de rogárselo, lo consiguió. Santa Germana Cousin, tan fuertemente atraída se sentía hacia la iglesia, cuando oía la campana anunciando el Santo Sacrificio, que dejaba sus ovejas al cuidado de los ángeles y corría a oír la Misa; y jamás su rebaño estuvo tan bien guardado. El santo Cura de Ars hablaba del valor de la Misa con una convicción tal que

llegó a conseguir que todos o casi todos sus feligreses asistiesen a ella diariamente. Otros muchos santos derramaban lágrimas de amor o caían en éxtasis durante el Santo Sacrificio; y algunos llegaron a ver en lugar del celebrante a Nuestro Señor. Algunos, en el momento de la elevación del cáliz, vieron desbordarse la preciosa sangre, como si fuera a extenderse por los brazos del sacerdote y aun por el santuario, y venir los ángeles con cálices de oro a recogerla, como para llevarla a todos los lugares donde hay hombres que salvar. San Felipe de Neri recibió no pocas gracias de esta naturaleza y se ocultaba para celebrar, por los éxtasis que tenía en el altar.

### **CÓMO DEBEMOS UNIRNOS AL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA**

Puede aplicarse a esta materia lo que Santo Tomás(10) dice de la atención en la oración vocal: "Puede la atención referirse a las palabras, para pronunciarlas bien; al sentido de esas palabras, o bien al fin mismo de la oración, es decir a Dios y a la cosa por la cual se ruega... Esta última clase de atención que aun los más simples e incultos pueden tener, es tan intensa a veces que el espíritu está como arrobado en Dios y olvidado de todo lo demás."

Asimismo para oír bien la Misa, con fe, confianza, verdadera piedad y amor, se la puede seguir de diferentes maneras. Puédese escuchar prestando atención a las oraciones litúrgicas, tan bellas y llenas de unción, elevación y sencillez. O meditando en la Pasión y muerte del Salvador, y considerarse al pie de la Cruz con María, Juan y las santas mujeres. O cumpliendo, en unión con Jesús, los cuatro deberes que tenemos para con Dios, y que son los fines mismos del sacrificio: adoración, reparación, petición y acción de gracias. Con tal de ocuparse de algún modo en la oración, por ejemplo, rezando el rosario, la asistencia a la Misa es provechosa. También se puede, y con, mucho provecho, como lo hacía Santa Juana de Chantal y otros muchos santos, continuar en la Misa la meditación, sobre todo si despierta en nosotros intenso amor de Dios, algo así como San Juan estuvo en la Cena, cuando reposaba sobre el corazón del divino Maestro.

Sea cualquiera la manera como oigamos la Santa Misa, hase de insistir en una cosa importante. Y es que sobre todo hemos- de *unirnos íntimamente a la oblación del Salvador*, sacerdote principal del sacrificio; y *ofrecer*, con él, *a él mismo* a su eterno Padre, acordándonos que esta oblación agrada más a Dios que lo que pudieran desagradarle todos los pecados del mundo. También hemos de *ofrecernos a nosotros mismos*, y cada día con mayor afecto, y presentar al Señor nuestras penas y contrariedades, pasadas, presentes y futuras. Así dice el sacerdote en el ofertorio: "*In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine: Con espíritu humillado y contrito corazón te suplicamos, Señor, que nos quieras recibir en ti.*"

El autor de la *Imitación*, I. IV, c. VIII, insiste sobre esta materia: "*Voz de Cristo: Así como Yo me ofrecí a mí mismo por tus pecados a Dios Padre con voluntad y extendí las las manos en la Cruz, desnudo el cuerpo de modo que no me quedaba cosa alguna que no fuese sacrificada para aplacar a Dios, así debes tú, cuanto más entrañablemente puedas, ofrecerte a ti mismo, de toda voluntad, a mí, en sacrificio puro y santo cada día en la Misa, con todas tus fuerzas y deseos... No quiero tu don, sino a ti mismo. . . Mas si tú estás en ti mismo y no te ofreces de muy buena gana a mi voluntad, no es cumplida ofrenda la que haces, ni será entre nosotros entera la unión.*"

Y en el capítulo siguiente: "*Voz del discípulo: Yo deseo ofrecerte a Ti de voluntad, por siervo perpetuo, en servicio y sacrificio de eterna alabanza, Recíbeme con este Santo Sacrificio de tu precioso Cuerpo... También te ofrezco, Señor, todas mis buenas obras, aunque son imperfectas y pocas, para qué tú las enmiendes y santifiques, para que las hagas agradables y aceptas a ti. También te ofrezco todos los santos deseos de las almas devotas, y la oración por todos aquellos que me son caros, También te ofrezco estas oraciones y sacrificios agradables, por los que en algo me han enojado o vituperado... por todos los que yo alguna vez enojé, turbé, agravíe y escandalicé, por ignorancia o advertidamente, para que tú nos perdones las ofensas que nos hemos hecho unos a otros... y haznos tales que seamos dignos de gozar de tu gracia y de que aprovechemos para la vida eterna.*"

La Misa así comprendida es fecundísima fuente de santificación, y de gracias siempre renovadas; por ella puede ser realidad en nosotros, cada día, la súplica de Nuestro Señor: "Yo les he dado de la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros, yo en ellos y tú en mí, a fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado y amádoles a ellos como a mí me amaste" (Joan., xvii, 2 3).

La visita al Santísimo Sacramento ha de recordarnos la Misa de la mañana, y hemos de meditar que en el tabernáculo, aunque propiamente no hay sacrificio, Jesús sin embargo, que está realmente presente,

continúa adorando, pidiendo y dando gracias. En cualquier momento, a lo largo del día, deberíamos unirnos a esta oblación del Salvador. Como lo expresa la oración al Corazón Eucarístico: "Es paciente para esperarnos y dispuesto siempre a escucharnos; es centro de gracias siempre renovadas, refugio de la vida escondida, maestro de los secretos de la unión divina." Junto al tabernáculo, hemos de "callar para escucharle, y huir de nosotros para perdernos en él" (11).

R. Garrigou-Lagrange. *Las tres edades de la vida interior*.

### **NOTAS:**

**(1)** Sesión XXII, c. I y II.

**(2)** Del mismo modo la humanidad del Salvador permanece numéricamente la misma, pero después de la resurrección es *impasible*, mientras que antes estaba sujeta al dolor y a la muerte.

**(3)** "Sacrificium externum est *in genere signi, ut signum interioris sacrificii*."

**(4)** *Homilía LX* al pueblo de Antioquía.

**(5)** *Libro de las visiones e instrucciones, c. LXVII*

**(6)** Santo Tomás, III, q. 48, a. 2: "Ille proprie satisfacit pro offensa, qui exhibet offenso id quod aeque vel magis diligit quam oderit offensam."

**(7)** Concilio de Trento, ses. XXII, c. n: "*Hujus quippe oblatione placatus Dominus, gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit.*"

**(8)** *Ibidem*.

**(9)** SANTO TOMÁS, III, q. 79, a. 5 y 7, ad 2, donde no se indica otro límite que el de la medida de nuestra devoción: "secundum quantitatem seu modum devotionis eorum" (id est: fidelium). Cayetano, *in III, q. 79, a. 5*. Juan de Santo Tomás, *in III, dise. 32, a. 3*. Gonet, *Clypeus... De Eucharistia*, disp. II, a. 5, n. 100. Salmanticenses, *de Eucharistia*, disp. XIII, dub. VI. Disentimos en absoluto de lo que sobre esta materia ha escrito el P. de la Taille, *Esquisse du mystère de la f os*, París, 1924, p. 22.

**(10)** II II, q. 82, a. 13.

**(11)** Recomendamos como lectura durante la visita al Santísimo Sacramento o para la meditación, *Les Élévations sur la Prière au Coeur Eucharistique de Jésus*, compuestas por una alma interior muy piadosa, que han sido publicadas por primera vez en 1926, ed. de "La Vie Spirituelle." También recomendamos un excelente libro escrito por una persona muerta recientemente en Méjico en olor de santidad: *Ante el altar (Cien visitas a Jesús sacramentado)*.

## **Si la santa misa es verdadero sacrificio**

Rogamos al lector tenga presente, como introducción a este importante asunto, lo que dijimos en el primer volumen de esta obra acerca del sacrificio en general (cf. n.353-55).

Antes de exponer la doctrina católica sobre el sacrificio de la misa, vamos a dar unas nociones sobre su nombre, definición y errores en torno a ella.

**95. 1. El nombre.** El sacrificio eucarístico ha recibido diversos nombres en el transcurso de los siglos. Y así

a) EN LA SAGRADA ESCRITURA se la designa con los nombres de «fracción del pan» (Act. 2,42; 1 Cor. 10, 16) y «cena del Señor» (I Cor. 11,20)

b) ENTRE LOS GRIEGOS se emplearon las expresiones "celebración del misterio"; "culto latréutico"; "operación de lo sagrado"; "colecta o reunión", etc. El nombre más frecuente y común después del siglo IV es el de "liturgia", "sacro ministerio", derivado de "ministrar".

c) ENTRE LOS LATINOS recibió los nombres de «colecta» o «congregación» del pueblo; «acción», por antonomasia; «sacrificio», «oblación», etc. Pero a partir del siglo IV el nombre más frecuente y común es el de *misa*.

La palabra *misa* proviene del verbo latino *mittere*, que significa *enviar*. Es una forma derivada y vulgar de la palabra *misión*, del mismo modo que las expresiones, corrientes en la Edad Media, de «colecta, confesa, accesa se toman por «colección, confesión, accesión».

La expresión *misa* la derivan algunos de las preces dirigidas o *enviadas* a Dios (*a precibus missis*); otros, de la *dimisión o despedida de los catecúmenos*, que no podían asistir a la celebración del misterio eucarístico, sino sólo a la introducción preparatoria (hasta el credo). Según parece, al principio designaba únicamente la ceremonia de despedir a los catecúmenos; después significó las ceremonias e instrucciones que la precedían (misa de catecúmenos); más tarde, la celebración del misterio eucarístico (misa de los fieles), que venía a continuación de la de los catecúmenos; finalmente se designó con la palabra *misa* toda la celebración del sacrificio eucarístico, desde el principio hasta el fin. Este es el sentido que tiene en la actualidad.

**96. 2. La realidad.** Puede darse una triple definición de la misa: metafísica, física y descriptiva. La primera se limita a señalar el género y la diferencia específica; la segunda expresa, además, la materia y la forma del sacrificio del altar; la tercera describe con detalle el santo sacrificio.

a) **Definición metafísica:** *es el sacrificio que renueva el mismo de la cruz en su ser objetivo.*

En esta definición, la palabra *sacrificio* expresa el *género*; y el resto de la fórmula, la *diferencia específica*.

b) **Definición física:** *es el sacrificio inmolativo del cuerpo de Cristo realizado en la cruz y renovado en su ser objetivo bajo las especies sacramentales de pan y vino.*

En esta definición, la *materia* es el cuerpo de Cristo presente bajo las especies sacramentales; la *forma* es el sacrificio inmolativo realizado en la cruz en cuanto renovado en su ser objetivo. En esta misma forma puede distinguirse la razón genérica (sacrificio) y la razón específica (inmolado en la cruz y renovado en el altar).

c) **Definición descriptiva:** *es el sacrificio incruento de la Nueva Ley que conmemora y renueva el del Calvario, en el cual se ofrece a Dios, en mística inmolación, el cuerpo y la sangre de Cristo bajo las especies sacramentales de pan y vino, realizado por el mismo Cristo, a través de su legítimo ministro, para reconocer el supremo dominio de Dios y aplicarnos los méritos del sacrificio de la cruz.*

En sus lugares correspondientes iremos examinando cada uno de los elementos de esta definición

**97. 3. Errores.** En torno al sacrificio de la misa se han registrado en el transcurso de los siglos muchos errores y herejías. He aquí los principales a) Los petrobrusianos, valdenses, cátaros y albigenses (siglos XII y XIII) negaron por diversos motivos que en la santa misa se ofrezca a Dios un verdadero y propio sacrificio.

b) Los falsos reformadores (Wicleff, Lutero, Calvino, Melancton, etcétera) niegan también el carácter sacrificial de la santa misa.

c) Muchos racionalistas modernos y la mayor parte de las sectas protestantes hacen eco a estos viejos errores y herejías.

**98. 4. Doctrina católica.** Vamos a precisarla en dos conclusiones

**Conclusión I.<sup>a</sup> En la santa misa se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio.** (De fe divina, expresamente definida.)

He aquí las pruebas:

1º. LA SAGRADA ESCRITURA. El sacrificio del altar fue anunciado o prefigurado en el Antiguo Testamento y tuvo su realización en el Nuevo. Recogemos algunos textos

a) El *sacrificio de Melquisedec*: «Y Melquisedec, rey de Salem, *sacando pan y vino*, como era sacerdote del Dios Altísimo, bendijo a Abrahán, diciendo...» (Gen. 14, 18-19).

Ahora bien: según se nos dice en la misma Escritura, Cristo es *sacerdote eterno según el orden de Melquisedec* (Ps. 109,4; Hebr. 5,5 - 9). Luego debe ofrecer un sacrificio *eterno* a base de *pan y vino*, como el del antiguo profeta. He ahí la santa misa, prefigurada en el sacrificio de Melquisedec.

b) El *vaticinio de Malaquías*: «No tengo en vosotros complacencia alguna, dice Yavé Sebaot; no me son gratas las ofrendas de vuestras manos. Porque desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes *y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura*, pues grande es mi nombre entre las gentes, dice Yavé Sebaot» (Mal. I, 10-11).

Estas palabras, según la interpretación de los Santos Padres y de la moderna exégesis bíblica, se refieren al tiempo mesiánico, anuncian el verdadero sacrificio postmesiánico y responden de lleno y en absoluto al santo sacrificio de la misa.

c) *La institución de la eucaristía*. Cristo alude claramente al carácter *sacrificial* de la eucaristía cuando dice

«Esto es mi cuerpo, *que será entregado por vosotros. Haced esto* en memoria mía... Este cáliz es la nueva alianza *en mi sangre*, que es derramada por vosotros» (Lc. 22,19-20).

2º. Los SANTOS PADRES. La tradición cristiana interpretó siempre en este sentido los datos de la Escritura que acabamos de citar. Son innumerables los testimonios.

3º. EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Lo enseñó repetidamente en todas las épocas de la historia y lo definió expresamente en el concilio de Trento contra los errores protestantes. He aquí el texto de la definición dogmática:

«Si alguno dijere que en la misa no se ofrece a Dios un *verdadero y propio sacrificio* o que el ofrecerlo no es otra cosa que dársenos a comer Cristo, sea anatema» (D 948).

4º. LA RAZÓN TEOLÓGICA ofrece varios argumentos de conveniencia. He aquí algunos.

a) No hay religión alguna sin sacrificio, que es de derecho natural (1)

Ahora bien: la religión más perfecta del mundo como única revelada por Dios-es la cristiana. Luego tiene que tener su sacrificio verdadero y propio, que no es otro que la santa misa.

b) La santa misa reúne en grado eminente todas las condiciones que requiere el sacrificio. Luego lo es. Más adelante veremos cómo se cumplen, efectivamente, en la santa misa todas las condiciones del sacrificio.

c) El Nuevo Testamento es mucho más perfecto que el Antiguo. Ahora bien: en la Antigua Ley se ofrecían a Dios verdaderos sacrificios -entre los que destaca el del cordero pascual, figura emocionante de la inmolación de Cristo (cf I Cor. 5,7)-; luego la Nueva Ley ha de tener también su sacrificio propio, que no puede ser otro que la renovación del sacrificio del Calvario, o sea, la santa misa.

**Conclusión 2.ª El sacrificio de la cruz y el sacrificio del altar son uno solo e idéntico sacrificio, sin más diferencia que el modo de ofrecerse: cruento en la cruz e incruento en el altar.**  
(Doctrina católica.)

Consta por los siguientes lugares teológicos:

1º. EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Lo enseña expresamente -aunque sin definirlo de una manera directa- el concilio de Trento con las siguientes palabras

«Una y la misma es la víctima, uno mismo el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes y el que se ofreció entonces en la cruz; sólo *es distinto el modo de ofrecerse*» (D 940).

Esto mismo ha repetido y explicado en nuestros días S. S. Pío XII en su admirable encíclica *Mediator Dei*:

«Idéntico, pues, es el sacerdote, Jesucristo, cuya sagrada persona está representada por su ministro...

Igualmente idéntica es la víctima; es decir, el mismo divino Redentor, según su humana naturaleza y en la realidad de su cuerpo y de su sangre. Es diferente, sin embargo, el modo como Cristo es ofrecido. Pues en la cruz se ofreció a sí mismo y sus dolores a Dios, y la inmolación de la víctima fue llevada a cabo por medio de su muerte cruenta, sufrida voluntariamente. Sobre el altar, en cambio, a causa del estado glorioso de su humana naturaleza, *la muerte no tiene ya dominio sobre El* (Rom. 6,9) y, por tanto, no es posible la efusión de sangre. Mas la divina sabiduría ha encontrado un medio admirable de hacer patente con signos exteriores, que son símbolos de muerte, el sacrificio de nuestro Redentor» (2).

2º. Los SANTOS PADRES. Lo repiten unánimemente. Por vía de ejemplo, he aquí un texto muy expresivo de San Juan Crisóstomo:

«¿Acaso no ofrecemos todos los días?... Ofrecemos siempre el mismo (sacrificio); no ahora una oveja y mañana otra, sino siempre la misma. Por esta razón *es uno el sacrificio*; ¿acaso por el hecho de ofrecerse en muchos lugares son muchos Cristos? De ninguna manera, sino un solo Cristo en todas partes; aquí íntegro y allí también, un solo cuerpo. Luego así como ofrecido en muchos lugares es un solo cuerpo y no muchos cuerpos, así también *es un solo sacrificio*» (3).

3º. LA RAZÓN TEOLÓGICA. He aquí cómo se expresa Santo Tomás: «Este sacramento se llama *sacrificio* por representar la pasión de Cristo, y *hostia* en cuanto que contiene al mismo Cristo, que es «hostia de suavidad», en frase del Apóstol» (III, 73, 4 ad 3).

«Como la celebración de este sacramento es imagen representativa de la pasión de Cristo, *el altar es representación de la cruz*, en la que Cristo se inmoló en propia figura» (83,2 ad 2).

«No ofrecemos nosotros otra oblación distinta de la que Cristo ofreció por nosotros, es a saber, su sangre preciosa. Por lo que *no es otra oblación*, sino conmemoración *de aquella hostia que Cristo ofreció*» (*In ep. ad Hebr. 10, 1*).

Recogiendo todos estos elementos, escribe con acierto un teólogo contemporáneo

«Este sacrificio eucarístico es idéntico el de la cruz, no solamente porque es idéntico el principal oferente, Cristo, y la hostia ofrecida, Cristo paciente, sino, además, *porque es una misma la oblación u ofrecimiento de Cristo en la cruz, sacramentalmente renovada en el altar*. Esta oblación constituye el elemento formal de todo sacrificio. Sin esta unidad de oblación no se da verdadera unidad e identidad del sacrificio de la cruz y del altar» (4).

No hay, pues-como quieren algunos teólogos-, diferencia *específica* entre el sacrificio de la cruz y el del altar, sino sólo diferencia *numérica*; a no ser que la diferencia específica se coloque únicamente en el *modo de ofrecerlo*, porque es evidente que el modo cruento y el incruento son específicamente distintos entre sí. Pero esta diferencia puramente *modal* no establece diferenciación alguna en el sacrificio en sí mismo, que es específicamente idéntico en el Calvario y en el altar.

**Corolarios.** 1º. El sacrificio de la *cena* fue también en sí mismo verdadero y propio sacrificio, aunque por orden al sacrificio de la cruz que había de realizarse al día siguiente. La razón es porque hubo en él todos los elementos esenciales del sacrificio: sacerdote oferente, víctima e inmolación mística o sacramental, significada por la separación de las dos especies.

2º. Luego el sacrificio de la *cena*, el de la *cruc* y el del *altar* son específicamente idénticos, aunque haya entre ellos un conjunto de diferencias accidentales, que en nada comprometen aquella identidad específica esencial. El de la *cena* *anunció* el de la cruz, cuyos méritos nos *aplica* el del altar.



3º. El sacrificio del altar recoge, elevándolas al infinito, las tres formas de sacrificio que se ofrecían a Dios en el Antiguo Testamento: a) el *holocausto*, porque la mística oblación de la Víctima divina significa el reconocimiento de nuestra servidumbre ante Dios mucho más perfectamente que la total combustión del animal que inmolaban los sacerdotes de la Antigua Ley; b) la *hostia pacífica*, porque el sacrificio eucarístico es incruento y carece, por lo mismo, del horror de la sangre; y c) del *sacrificio por el pecado*, porque representa la muerte expiatoria de Cristo y nos la aplica a nosotros. Un tesoro, en fin, de valor rigurosamente infinito.

R.P. Antonio Royo Marín O.P. *Teología Moral para seculares*. Tomo II. *Los Sacramentos*.

#### NOTAS:

(1) Cf II-II,85,I.

(2) Pío XII, encíclica *Mediator Dei*: AAS 39 (1947) P. 548. 3

(3) *Hom. in ep. ad Eph.* 21, 2.

(4) RVDMO. P. BARBADO, O. P., obispo de Salamanca: Prólogo al *Tratado de la Santísima Eucaristía*, del Dr. Alastruey, 2.ª ed. (BAC, 1952) p.XX

## LA SANTA MISA COMO MEDIO DE SANTIFICACIÓN

### Nociones previas

Recordemos en primer lugar algunas nociones dogmáticas.

1ª. La santa misa es sustancialmente el mismo sacrificio de la cruz, con todo su valor infinito: la misma Víctima, la misma oblación, el mismo Sacerdote principal. No hay entre ellos más que una diferencia accidental: el modo de realizarse (cruento en la cruz, incruento en el altar). Así lo declaró la Iglesia en el concilio Tridentino. (1)

2ª La santa misa, como verdadero sacrificio que es, realiza propísimamente las cuatro finalidades del mismo: adoración, reparación, petición y acción de gracias (D 948 y 950).

3ª El valor de la misa es en sí mismo rigurosamente infinito. Pero sus efectos, en cuanto dependen de nosotros, no se nos aplican sino en la medida de nuestras disposiciones interiores.

### Fines y efectos de la santa misa

La santa misa, como reproducción que es del sacrificio redentor, tiene los mismos fines y produce los mismos efectos que el sacrificio de la cruz. Son los mismos que los del sacrificio en general como acto supremo de religión, pero en grado incomparablemente superior. Helos aquí:

1º ADORACIÓN. -El sacrificio de la misa rinde a Dios una adoración absolutamente digna de El, rigurosamente infinita. Este efecto lo produce siempre, infaliblemente, *ex opere operato*, aunque celebre la misa un sacerdote indigno y en pecado mortal. La razón es porque este valor latréutico o de adoración depende de la dignidad infinita del Sacerdote principal que lo ofrece y del valor de la Víctima ofrecida.

Recuérdese el ansia atormentadora de glorificar a Dios que experimentaban los santos. Con una sola misa podían apagar para siempre su sed. Con ella le damos a Dios *todo el honor que se le debe* en reconocimiento de su soberana grandeza y supremo dominio; y esto del modo *más perfecto posible*, en grado rigurosamente infinito. *Por razón del Sacerdote principal y de la Víctima ofrecida, una sola misa glorifica más a Dios que le glorificarán en el cielo por toda la eternidad todos los ángeles y santos y bienaventurados juntos, incluyendo a la misma Santísima Virgen María, Madre de Dios.* La razón es muy sencilla: la gloria que proporcionarán a Dios durante toda la eternidad *todas las criaturas juntas* será todo lo grande que se quiera, pero *no infinita*, porque no puede serlo. Ahora bien: la gloria que Dios recibe a través del sacrificio de la misa es absoluta y rigurosamente *infinita*.

En retorno de esta incomparable glorificación, Dios se inclina amorosamente a sus criaturas. De ahí procede el inmenso valor de santificación que encierra para nosotros el santo sacrificio del altar.

Consecuencia. -¡Qué tesoro el de la santa misa! ¡Y pensar que muchos cristianos-la mayor parte de las personas devotas no han caído todavía en la cuenta de ello, y prefieren sus prácticas rutinarias de devoción a su incorporación a este sublime sacrificio, que constituye el acto principal de la religión y del culto católico!

2º REPARACIÓN. -Después de la adoración, ningún otro deber más apremiante para con el Creador que el de *reparar* las ofensas que de nosotros ha recibido. Y también en este sentido el valor de la santa misa es absolutamente incomparable, ya que con ella ofrecemos al Padre la *reparación infinita de Cristo* con toda su eficacia redentora.

«En el día, está la tierra inundada por el pecado; la impiedad e inmoralidad no perdonan cosa alguna. ¿Por qué no nos castiga Dios? Porque cada día, cada hora, el Hijo de Dios, inmolado en el altar, aplaca la ira de su Padre y desarma su brazo pronto a castigar.

Innumerables son las chispas que brotan de las chimeneas de los buques; sin embargo, no causan incendios, porque caen al mar y son apagadas por el agua. Sin cuento son también los crímenes que a diario suben de la tierra y claman venganza ante el trono de Dios; esto no obstante, merced a la virtud reconciliadora de la misa, se anegan en el mar de la misericordia divina...» (2)

Claro que este efecto no se nos aplica en toda su plenitud infinita (bastaría una sola misa para reparar, con gran sobreabundancia, todos los pecados del mundo y liberar de sus penas a todas las almas del purgatorio), sino en grado limitado y finito según nuestras disposiciones. Pero con todo:

a) Nos alcanza de *suyo ex opere operato*, si no le ponemos obstáculos-la *gracia actual*, necesaria para el arrepentimiento de nuestros pecados (3). Lo enseña expresamente el concilio de Trento: «*Huius quippe oblatione placatus Dominus, gratiam et donum paenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit*» (D 940).

Consecuencia. -Nada puede hacerse más eficaz para obtener de Dios la *conversión* de un pecador como ofrecer por esa intención el santo sacrificio de la misa, rogando al mismo tiempo al Señor quite del corazón del pecador los obstáculos para la obtención infalible de esa gracia.

b) Remite siempre, infaliblemente si no se le pone obstáculo, parte al menos de la pena temporal que había que pagar por los pecados en este mundo o en el otro. De ahí que la santa misa aproveche también (D 940 Y 950). El grado y medida de esta remisión depende de nuestras disposiciones. (4)

Consecuencias.-Ningún sufragio aprovecha tan eficazmente a las almas del purgatorio como la aplicación del santo sacrificio de la misa. Y ninguna otra penitencia sacramental pueden imponer los confesores a sus penitentes cuyo valor satisfactorio pueda compararse de suyo al de una sola misa ofrecida a Dios. ¡Qué dulce purgatorio puede ser para el alma la santa misa!

3º PETICIÓN. -«Nuestra indigencia es inmensa; necesitamos continuamente luz, fortaleza, consuelo. Todo esto lo encontramos en la misa. Allí está, en efecto, Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo, yo soy el camino, yo soy la verdad, yo soy la vida. Venid a mí los que sufrís, y yo os aliviaré. Si alguno viene a mí, no lo rechazaré» (5).

Y Cristo se ofrece en la santa misa al Padre para obtenernos, por el mérito infinito de su oblación, todas las gracias de vida divina que necesitamos. Allí está «siempre vivo intercediendo por nosotros» (Hebr 7, 25), apoyando con sus méritos infinitos nuestras súplicas y peticiones. Por eso, la fuerza impetratoria de la santa misa es incomparable. De suyo *ex opere operato*, infalible e inmediatamente mueve a Dios a conceder a los hombres todas cuantas gracias necesiten, sin ninguna excepción; si bien la colación efectiva de esas gracias se mide por el grado de nuestras disposiciones, y hasta puede frustrarse totalmente por el obstáculo voluntario que le pongan las criaturas.

«La razón es que la influencia de una causa universal no tiene más límites que la capacidad del sujeto que la recibe. Así, el sol alumina y da calor lo mismo a una persona que a mil que estén en una plaza. Ahora bien: el sacrificio de la misa, por ser sustancialmente el mismo que el de la cruz, es, en cuanto a

reparación y súplica, causa universal de las gracias de iluminación, atracción y fortaleza. Su influencia sobre nosotros no está, pues, limitada sino por las disposiciones y el fervor de quienes las reciben. Así, una sola misa puede aprovechar tanto a un gran número de personas como a una sola; de la misma manera que el sacrificio de la cruz aprovechó al buen ladrón lo mismo que si por él solo se hubiese realizado. Si el sol ilumina lo mismo a una que a mil personas, la influencia de esta fuente de calor y fervor espiritual como es la misa, no es menos eficaz en el orden de la gracia. Cuanto es mayor la fe, confianza, religión y amor con que se asiste a ella, mayores son los frutos que en las almas produce».

Al incorporarla a la santa misa, nuestra oración no solamente entra en el río caudaloso de las oraciones litúrgicas -que ya le daría una dignidad y eficacia especial *ex opere operantis Ecclesiae*-, sino que se confunde con la oración infinita de Cristo. El Padre le escucha siempre: «yo sé que siempre me escuchas» (Io 11, 42), y en atención a El nos concederá a nosotros todo cuanto necesitemos.

Consecuencia. -No hay novena ni triduo que se pueda comparar a la eficacia impetratoria de una sola misa. ¡Cuánta desorientación entre los fieles en torno al valor objetivo de las cosas! Lo que no obtengamos con la santa misa, jamás lo obtendremos con ningún otro procedimiento. Está muy bien el empleo de esos otros procedimientos bendecidos y aprobados por la Iglesia; es indudable que Dios concede muchas gracias a través de ellos; pero coloquemos cada cosa en su lugar. La misa por encima de todo.

4º ACCIÓN DE GRACIAS. -Los inmensos beneficios de orden natural y sobrenatural que hemos recibido de Dios nos han hecho contraer para con El una deuda infinita de gratitud. La eternidad entera resultaría impotente para saldar esa deuda si no contáramos con otros medios que los que por nuestra cuenta pudiéramos ofrecerle. Pero está a nuestra disposición un procedimiento para liquidarla totalmente con infinito saldo a nuestro favor: el santo sacrificio de la misa. Por, ella ofrecemos al Padre un sacrificio *eucarístico*, o de acción de gracias, que supera nuestra deuda, rebasándola infinitamente; porque es el mismo Cristo quien se inmola por nosotros y en nuestro lugar da gracias a Dios por sus inmensos beneficios. Y, a la vez, es una fuente de nuevas gracias, porque al bienhechor le gusta ser correspondido.

Este efecto *eucarístico*, o de acción de gracias, lo produce la santa misa por sí misma: siempre, infaliblemente, *ex opere operato*, independientemente de nuestras disposiciones.

\*\*\*

Tales son, a grandes rasgos, las riquezas infinitas encerradas en la santa misa. Por eso, los santos, iluminados por Dios, la tenían en grandísimo aprecio. Era el centro de su vida, la fuente de su espiritualidad, el sol resplandeciente alrededor del cual giraban todas sus actividades. El santo Cura de Ars hablaba con tal fervor y convicción de la excelencia de la santa misa, que llegó a conseguir que casi todos sus feligreses la oyeran diariamente.

Pero para obtener de, su celebración o participación el máximo rendimiento santificador es preciso insistir en las disposiciones necesarias por parte del sacerdote que la celebra o del simple fiel que la sigue en compañía de toda la asamblea.

### **Disposiciones para el santo sacrificio de la misa.**

Alguien ha dicho que para celebrar o participar dignamente en una sola misa harían falta *tres eternidades*: una para prepararse, otra para celebrarla o participar en ella y otra para dar gracias. Sin llegar a tanto como esto, es cierto que toda preparación será poca por diligente y fervorosa que sea.

Las principales disposiciones son de dos clases: externas e internas.

a) *Externas*.-Para el sacerdote consistirán en el perfecto cumplimiento de las rúbricas y ceremonias que la Iglesia le señala. Para el simple fiel, en el respeto, modestia y atención con que debe participar activamente en ella.

b) *Internas*.-La mejor de todas es *identificarse* con Jesucristo, que se inmola en el altar. Ofrecerle al Padre y ofrecerse a sí mismo en El, con El y por El. Esta es la hora de pedirle que nos convierta en pan, para ser comidos por nuestros hermanos con nuestra entrega total por la caridad. Unión íntima con María al pie de la cruz; con San Juan, el discípulo amado; con el sacerdote celebrante, nuevo Cristo en la tierra («Cristo

otra vez», gusta decir un alma iluminada por Dios). Unión a todas las misas que se celebran en el mundo entero. No pidamos nunca nada a Dios sin añadir como precio infinito de la gracia que anhelamos: «Señor, por la sangre adorable de Jesús, que en este momento está elevando en su cáliz un sacerdote católico en algún rincón del mundo». (7)

La santa misa celebrada o participada con estas disposiciones es un instrumento de santificación de primerísima categoría, sin duda alguna el más importante de todos.

Antonio Royo Marín O.P. *Teología de la Perfección Cristiana*

#### NOTAS:

(1) Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens sacerdotum ministerio, qui se in cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa (D 940)

(2) ARAMi, Vive tu vida c.21.

(3) Nótese bien que nos referimos a la gracia actual, no a la habitual, que es fruto del arrepentimiento perfecto y de la absolución sacramental.

(4) Al menos en lo relativo a las penas debidas por los pecados *proprios*. Porque, en lo relativo al grado de descuento a las almas del purgatorio, es lo más probable que *ex opere operato* dependa únicamente de la voluntad de Dios, aunque *ex opere operantis* ayude también mucho la devoción. del que dice la misa o del que la encargó (cf. 111,79,5; Suppl. 71,9 ad 3 et 5).

(5) Dom COLUMBA MARMION, *Jesucristo, vida del alma* c.7 n.4.

(6) GARRIGOU-LAGRANGE, *Tres edades* 11,14.

(7) Siendo más de cuatrocientos mil los sacerdotes católicos existentes actualmente en el mundo, y celebrando una sola misa diaria cada uno de ellos, resulta un total de cinco *elevaciones* por segundo aproximadamente. Claro que la distribución del clero católico no es uniforme en todo el mundo, y regiones habrá donde las misas sean muchas más y en otras muchas menos en igualdad de tiempo

## EL SACRIFICIO EUCARISTICO



En todas las edades, dice Santo Tomás, -y en todas las naciones es posible encontrar la oblación del sacrificio, característica que nos indica su origen en el derecho natural. Pues como la razón natural indica la conveniencia de la sujeción al superior que nos ayuda y dirige, y en lo natural es dado ver cómo lo inferior se somete a lo superior, así también la razón natural dicta al hombre la sujeción y honor que debe rendir según su modalidad propia a Dios, su Señor Supremo.

Propio es del hombre valerse de los medios sensibles para expresarse, puesto que de ellos deriva el principio de su conocimiento; así es natural y conforme a razón, que utilice los objetos sensibles para ofrecerlos a Dios en señal de la sumisión debida y del honor que le corresponde como Dueño supremo del mundo y del hombre. **(1)**

I) Fácil es concebir la necesidad que el derecho natural impone al hombre de tributar un culto público, que simbolice el honor debido a sólo Dios, culto que por su naturaleza le esté reservado exclusivamente a El, de modo que no pueda atribuirse a ningún otro ser, cualquiera fuere la intención del que lo ejecuta. Este acto de adoración a la divinidad, exclusivo y reservado a ella, lo constituye en la religión, el acto del sacrificio.

Sí atendiendo a la diferencia de valor que atribuimos a las personas, dedicamos también proporcionalmente nuestros respetos y acatamientos a las mismas, lógico es que reconociendo en Dios al Ser Supremo, Señor y Creador de todos los seres, reservemos exclusivamente para El nuestro acto también supremo de respeto y acatamiento. Pues el culto externo consiste en colocar a Dios en el sumo grado de la perfección y del Ser, por el reconocimiento externo de la reverencia que le tributamos como tal.

Es natural que siendo Dios, nuestro supremo Señor, las demostraciones del reconocimiento de su absoluto y supremo dominio y dignidad, no puedan transferirse a otros seres, siendo el culto público a Dios, exclusivo y reservado a la divinidad, distinto a todo acatamiento y honra que tributemos a otras criaturas.

Observamos, añade Santo Tomás, que en toda Organización societaria bien constituida, la autoridad suprema tiene su señal particular de honra, que le es exclusiva, y sería atentar contra su dignidad, tributarla a otra persona que no sea ella misma. **(2)**

Otro motivo, es la finalidad propia del culto externo y público que el hombre rinde a Dios. El culto público va encaminado a fortalecer en el ser humano la verdadera estimación de Dios e impulsarle al debido acatamiento. Esta doble finalidad, para ser eficazmente conseguida, exige que el culto público de Dios, sea exclusivamente singular y peculiar a sólo la Divinidad.

En primer término, no contribuiría a establecer el verdadero concepto de Dios como Ser supremo, sobre todas las cosas, inefablemente excelso y perfecto, si este culto no manifestase con la singularidad y reserva exclusiva de sus actos cultuales, la posición enteramente singular de Dios, Ser Supremo. Y en segundo lugar, solo se ve impulsado el hombre a acatar y honrar a Dios como corresponde, mediante un culto externo que no pueda ni deba, de modo alguno, rendirse a otro sino sólo a El. Tal es lo que llamamos Sacrificio.

Esto nos evidencia, contra el protestantismo, la imposibilidad de una verdadera religión carente de este culto externo, que la ley natural prescribe. Pues debe tenerse presente que la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona; y la revelación no abroga sino completa y levanta la ley natural. Por otra parte debe evitarse la confusión en que los mismos incurren, al no distinguir el sacrificio como tal, del sacrificio expiatorio. Alegando que Cristo murió una vez por los pecados y por ellos satisfizo plenamente a la justicia de Dios creen poder demostrar la inutilidad e inconveniencia de la Iglesia Católica, que mantiene el Sacrificio Eucarístico perpetuo.

En lo cual cometen dos graves errores de concepto. Y es el primero, no distinguir entre la satisfacción que Cristo dió por sus méritos a Dios, y la aplicación de los mismos a nos-otros. El segundo es que el Sacrificio, primero y esencialmente, no es un acto satisfactorio, sino un acto latréutico o de adoración, exigido en virtud de aquel culto que siempre debe rendirse al Señor en reconocimiento de su dominio y testimonio de reverencia a su Divinidad. De modo que suponiendo completamente extinguida y cancelada toda deuda por el pecado, aun debe existir el sacrificio de adoración debido por la sumisión que tenemos que guardar con respecto al Señor de todos los seres.

II) Este sacrificio es una señal o signo externo; que requiere una positiva institución de parte de aquél a quien corresponde regular el culto divino: sin embargo no es una señal o signo puramente arbitrario; sino que a la manera que los sacramentos, en sus constitutivos, tienen una semejanza simbólica con la santificación que producen, también el sacrificio.

Debe mantener un simbolismo semejante con aquel acto interno de honor, reverencia y sumisión que el hombre rinde a la divinidad mediante sus externas manifestaciones.

Todo el valor religioso del sacrificio, deriva del principio que lo rige; a saber: en cuanto es un acto externo realizado en reverencia y honor a la divinidad. Es pues una señal, un signo o símbolo exterior, del honor y reverencia internos que el hombre tributa a Dios. El sacrificio como acto .supremo del culto es el símbolo del sacrificio interior espiritual por el que el alma se ofrece a Dios, según el salmo 50 v. 19: " *El espíritu compungido es el sacrificio a Dios*". Los actos exteriores de la religión se ordenan según los interiores; el alma se ofrece a Dios en sacrificio para reconocerle como a su Creador, y como a fin de su felicidad. **(3)**

Esto se expresa en el canon de la misa cuando, del Sacrificio interno, se dice: " Seamos recibidos por ti, Señor, en espíritu de humildad y ánimo arrepenido, y así nuestro sacrificio, Señor Dios, sea hecho hoy en tu presencia, de modo que te sea agradable " . Y la señal o signo de este acto interno de sumisión y reverencia es el sacrificio exterior del que se dice a continuación: " Ven, eterno Dios, Omnipotente, Santificador y bendice este sacrificio preparado a tu Santo Nombre". (Canon de la Misa)

Siendo un signo , el sacrificio externo, acto de culto, re-quiére ser instituido y constituido como señal exterior del honor de Dios.

Basta considerar que entre las acciones , exteriores que el hombre puede ejecutar, y de las cuales puede valerse para significar su adoración a Dios, ninguna, por sí misma, por su valor propio, significan con la suficiente determinación el honor debido a Dios. La oblación u ofrecimiento del Sacrificio en general es derivado de la ley natural; pero la determinación concreta del Sacrificio, lo que debe constituirlo, requiere una determinación proveniente de la autoridad divina o humana a quien corresponde. **(4)**

Sin embargo, esta señal no debe ser puramente arbitraria sin relación alguna al objeto que significa, (sacrificio interno) antes al contrario es menester que guarde analogía con aquello que es objeto de su significación.



Porque así como el hombre conoce por intermedio de los seres sensibles las perfecciones invisibles de Dios, corresponde, que la excelencia de Dios y la sumisión que le es debida, sean significadas por señales externas que simbólicamente digan el afecto interior con que el hombre se somete y venera a Dios.

III) El culto singular externo, reservado a Dios, de una manera muy propia consistió desde el principio, en la oblación u ofrecimiento de un ser corporal y sensible por medio de la inmolación o destrucción del mismo. Y esta manera de ofrecimiento, en cuanto expresa la suprema adoración debida a Dios, es la nota característica del Sacrificio. Inmolación o destrucción que según la diversidad de los sacrificios, y del estado de la religión, asumió distintas modalidades.

De hecho, desde el comienzo de la revelación, el Sacrificio consistió en la oblación de un objeto exterior. Y es menester acudir a lo que realmente aconteció, pues que no podemos elaborar a priori, el concepto de Sacrificio; ya que no es una simple construcción de nuestro espíritu, sino un concepto elaborado por el reconocimiento de aquellos ritos que la tradición y la Revelación nos enseñan ser verdaderamente sacrificios.

San Pablo enseña (Hebraeos. V - 1) que " *Todo Pontífice (Sacerdote) sacado de entre los hombres, es constituido (tal) para ofrecer los dones* Ofrecimiento de los dones que en realidad significa, sacrificio; pues en la Sagrada Escritura, cuando se hace mención de los sacrificios ofrecidos por los primeros Patriarcas, se dice simplemente, que ofrecieron sus dones como Abel (Génesis IV - 3 - 4) y Noé. (Gén. VIII - 20 - 21) Siempre fueron estas oblações realizadas mediante la destrucción o inmolación del objeto ofrecido.

El mismo tenor de las expresiones Escriturísticas lo indica con suficiente claridad. La palabra hebrea para designar el sacrificio significa matar, o degollar (mactare, en latín = honrar con sacrificios = sacrificar) E igualmente en el término griego la palabra sacrificio (Zysía) deriva del verbo matar, o degollar (Zyeín); por lo cual se diferencian los simples ofrecimientos hechos a Dios, de los sacrificios, aun en los términos que para designarlos se emplean; reservando el término que implica destrucción o inmolación para designar el sacrificio propiamente tal. La Escritura Sagrada confirma este concepto al decir que Isaac, debía ser sacrificado por su padre cuando era conducido para ser muerto y quemado sobre el altar; (Génesis XXII) ; por el contrario, los levitas que son ofrecidos a Dios, para el servicio del templo, no se dice que por esto sean sacrificados, sino simplemente ofrecidos.

Y todo cuanto se dispone en la ley, pertinente a los sacrificios, implica claramente, que era necesario para ello, la destrucción o inmolación de lo ofrecido o bien mediante la muerte, si eran seres vivos, o por la cremación, si eran objetos sólidos inanimados, como el incienso; o por derramamiento, si eran objetos líquidos, según el ritual prescrito en el Levítico.

Esta nota característica del sacrificio, tiene naturalmente una aptitud simbólica muy expresiva y conveniente para significar el acto del Sacrificio interno. Porque, dado que el hombre usa de señales exteriores para manifestar sus afectos internos y sus pensamientos, es natural que exprese su acatamiento y adoración interior a Dios, mediante el ofrecimiento de dones sensibles, para reconocer con esta oblación el dominio de Dios. Y el sometimiento interno, con que se entrega a Dios y le presenta su reverencia, se expresa de un modo práctico, en la destrucción inmolación de los dones, por lo cual externamente simboliza, cuán digno es el Señor que merece que toda vida y todo ser se consuma en su honor sin que tales objetos puedan añadir absolutamente nada a la felicidad divina, según dice David en el Salmo: " *Dije al Señor, tú eres mi Dios, puesto que de mis bienes no tienes necesidad* " .

Esta inmolación de los dones ofrecidos a Dios, tuvo distintas modalidades. Pues aun en los antiguos, no sólo fué utilizada la inmolación sangrienta, por la muerte a cuchillo de las víctimas; sino también la destrucción equivalente, como se hacía en las libaciones, mediante el derramamiento de los líquidos ofrecidos; efusión que los destruía, al menos inutilizándolos para el uso humano.

En la ley evangélica, abrogados todos los sacrificios antiguos, fuera de la inmolación cruenta de Jesucristo en la cruz, ofrecida y aceptada para siempre por Dios, sucedió a ellos, la inmolación mística, que sin alterar o deteriorar para nada a la víctima ofrecida, se realiza bajo las especies sacramentales.

IV) Es necesario al sacrificio, ser ofrecido por una persona que ostente una función pública, según la cual es el delegado ante Dios, de aquellos a quienes representa en la acción del sacrificio. De donde sacerdocio y sacrificio son conceptos correlativos. Pues sí el sacrificio es el acto de adoración pública tributado por la sociedad a Dios, es menester que lo ofrezca una persona pública constituida en el cargo

para ésto. No a todos corresponde ofrecer el sacrificio, acto público y externo de adoración, sino a aquellos que representan a los demás y en su nombre lo ofrecen. En la época anterior a la ley de Moisés, eran los patriarcas, jefes de la familia, los sacerdotes; en la ley escrita, solo eran los hijos descendientes de Aarón; en la ley de gracia los obispos y sacerdotes debidamente ordenados. Por eso dice el Concilio de Trento: (Ses. XXIII cp. I) "El sacrificio y el sacerdocio están tan unidos por la ordenación de Dios, que ambos han existido en toda ley. Y pues en el Nuevo Testamento la Iglesia Católica ha recibido por institución del Señor, el sacrificio visible de la Santísima Eucaristía, es necesario también confesar que en ella existe un nuevo, visible y externo sacerdocio en el cual fué cambiado el antiguo ". **(5)**

De modo que así como es necesaria la determinación del sacrificio mediante la autoridad correspondiente, de igual modo lo es la determinación del sacerdocio.

En la ley Nueva, Dios se reservó la Institución del único sacrificio y de modo igual la investidura del sacerdocio. Así enseña San Pablo: "*Ni nadie se apropia esta dignidad (del sacerdocio) sino es llamado de Dios, como Aarón* ". (Hebreos V. 4) Nadie, por su autoridad privada, puede constituirse sacerdote en la Ley Evangélica. Pero no se significa, al compararlo al Sacerdocio Aarónico, que la investidura se dé por ley de sucesión, como entonces, sino la designación de Dios, que entonces se hizo por la descendencia y ahora se realiza por el Sacramento del orden y la impresión del carácter sagrado; entonces mediante la generación de la carne; ahora por la virtud del Espíritu Santo.

V) El sacrificio y el Sacramento concuerdan en su categoría de signos y difieren en su significado. Mientras el Sacramento es señal eficaz de nuestra santificación interior, el sacrificio lo es del culto interno. De esto se desprende que los Sacramentos no pertenecen a la ley natural ni están bajo el dominio de la autoridad humana en su institución, como tampoco producen su significado a modo de impetración como el sacrificio, sino a modo de causas eficientes.

Como los ministros del Sacramento, son instrumentos en las manos de Dios, no es necesario que el instrumento sea una persona pública, que representa la sociedad. Y así el bautismo, puede ser administrado en circunstancias dadas, por cualquier hombre, cristiano o infiel. Con todo al sacerdocio corresponde la administración de los mismos, para que se advierta y conserve el maravilloso orden de la Providencia. Pues como el sacerdocio es la delegación oficial para la oblación del sacrificio, era convenientísimo que los dones de Dios lleguen a los hombres por el mismo medio por el que llegan a El los votos de los hombres; así se verifica en el sacerdocio la visión de Jacob: la escala mística por donde los ángeles subían y bajaban. (Génesis XXVIII - 12)

Finalmente una es la eficacia sacramental, que tiene por término la santificación del hombre. A ésta no se llega sin que algo se produzca en el alma, mediante el sacramento, que actúa como instrumento eficaz.

Por su parte el sacrificio tiene como objeto, la adoración de Dios; y Dios no es adorado mediante algo que en El se produzca (como era en la santificación del hombre) ; por lo que el sacrificio no puede efectuar su fin de un modo eficiente sino de un modo impetratorio. " Pues por la oblación de este (sacrificio) aplacado el Señor, perdona .. concediendo la gracia. . ." (Trident: Ses. XXII - cp. 2). **(6)**

El sacrificio nos santifica como oración. Así se dice en el ofertorio del cáliz: " Te ofrecemos Señor, el cáliz de la salud, implorando tu clemencia, para que en presencia de tu majestad divina, suba con olor de suavidad " . (Canon de la Misa).

Podemos; pues, compendiar la noción de sacrificio: "una oblación hecha a Dios por el sacerdote a modo de inmolación, en señal, legítimamente instituida, del honor y reverencia que el hombre debe a su creador " . **(7)**

#### **Notas:**

**(1)** (II - Ilae. 85 - a 1).

**(2)** (II - Ilae. 85 - a 2).

**(3)** (St. Th. II - Ilae. 85 - a 2).

**(4)** (S. Th. II - Ilae. 85a 1).

(5) (D. B. N° 957).

(6) (D. B. N° 940).

## DIVISIÓN DE LOS SACRIFICIOS

En razón de la finalidad del Sacrificio, que es la significación esencial de la adoración a Dios, todo sacrificio es siempre l a t r é u t í c o. Pero en la providencia presente del hombre pecador y deudor ante la divina justicia, el honor y adoración del sacrificio tiene el carácter de un testimonio que presenta las excusas y penitencia del pecador a Dios ofendido; así es necesario que el sacrificio, al presente, sea también p r o - p i c í a t o r i o. Por otra parte, la honra debida al Señor dice de parte nuestra, agradecimiento por los dones y beneficios recibidos, y el sacrificio es también eucarístico; en razón de nuestra necesidad, honramos a Dios pidiendo la s gracias que habemos menester; y así el sacrificio es además i m p e t r a t o r í o.

En la Ley, " eran tres, dice Santo Tomás, los géneros de sacrificios. Uno, que todo él era quemado, llamábase h o l o c a u s t o, a saber: todo encendido; tales sacrificios se ofrecían

Dios especialmente para reverenciar su majestad; así, era todo quemado, para que de la manera que toda la víctima hecha va-por (de humo) subía hacia arriba, así se significase que el hombre todo y sus cosas, están sometidas al dominio de Dios y deben serle ofrecidas. Otro era el sacrificio por el p e c a d o que se ofrecía a Dios por la necesidad de (obtener) la remisión del pecado ... El tercero era llamado h o s t i a p a c í f i c a que se ofrecía a Dios o en acción de gracias o por la salud y prosperidad de los oferentes, como deuda del beneficio recibido, o por recibir ". (1)

A todas estas maneras de sacrificio, que eran figuras de la oblación del Nuevo Testamento, sucedió "esta... oblación pura .. puesto que abraza todos los bienes prefigurados por aquellos (sacrificios) como la consumación y perfección de todos ellos " . (Trident: Ses. XXII - cp. I). (2)

En razón del modo como eran ofrecidos, había sacrificios c r u e n t o s e i n c r u e n t o s . Además los sacrificios incruentos pueden ofrecerse e n s u p r o p i a especie, cuando la víctima ofrecida no admite en sí una inmolación cruenta, como eran las oblationes del pan del incienso y la sal; y puede ofrecerse el sacrificio incruento en e s p e c i e s a c r a m e n t a l o simbólica, lo cual acontece solamente en la Divina Eucaristía, donde la inmolación consiste en cierta separación del cuerpo y de la sangre de la víctima ofrecida, separación que sólo tiene lugar en las especies sacramentales externas, que representan la pasión cruenta y bajo las cuales se ofrece al Señor el Cordero de Dios.

En razón de la eficacia propia de los sacrificios, debe atenderse al valor que tienen en virtud del afecto- y reverencia del que lo ofrece, y el valor que tienen en virtud de la Institución que lo establece como acto de culto público.

Los sacrificios del antiguo Testamento, eran eficaces para quitar las irregularidades legales, para cuyo fin fueron establecidos. El sacrificio de la cruz, es infinito en su valor, en virtud de la persona que lo ofrece, Cristo.

En la misa, además del valor proveniente de la virtud y devoción del celebrante, existe el valor eficaz proveniente de la obra misma realizada, a saber, de la oblación de Cristo en el sacrificio Eucarístico.

### EL SACRIFICIO PROPIO DE LA NUEVA LEY

Habiendo sucedido al sacerdocio antiguo, el sacerdocio de Cristo, es menester que un nuevo sacrificio llene la función sacerdotal de Jesucristo. El sacrificio de la Cruz es el principio de donde deriva toda la Nueva Ley. Pues " el fin de la ley antigua era la justificación de los hombres, la cual no podía hacer la ley... y cuanto a esto la ley nueva la completa justificando por la virtud de la pasión de Cristo; esto dice el Apóstol a los Romanos: (c. VIII) " *Lo que era imposible a la ley, Dios enviando a su Hijo con la semejanza de la carne pecadora, con*

*denó al pecado en la carne, para que en nosotros se cumpliera la justificación de la ley" (3)* . La virtud del sacrificio de la Nueva Ley se cumple perfectamente en nosotros y se extiende hasta la *ley* antigua, que era toda ella una figura de la Nueva, y en tanto valía, cuanto era un testimonio de fe en la futura consumación realizada por Cristo. En este sentido la Ley Nueva tiene su propio sacrificio. Pero de otro modo debe aun tenerlo; a saber, en cuanto ella lo manda celebrar perpetuamente, y constituye lo fundamental del culto de la Iglesia de la Nueva Ley. En este sentido es propiamente el sacrificio de la Nueva Ley, porque con él los hombres deben adorar y honrar a Dios.

Además del sacrificio de la Cruz, principio y raíz de la religión cristiana, tiene esta su sacrificio propio, como toda religión tiene el suyo.

El sacrificio de la Cruz, la inmolación cruenta de Cristo en el Calvario, no es el acto de culto público de la Iglesia, no es su sacrificio visible, externo, perpetuamente ofrecido, para que por él adoren los fieles la Excelencia y Majestad de Dios.

Pues la inmolación cruenta de Jesús, una vez consumada, dejó de ser y sólo permanece su efecto y virtud: pero el sacrificio de la religión debe acompañarla perpetuamente.

Para nosotros el sacrificio de la Cruz es invisible; sola-mente con la fe lo vemos; no podemos asistir a él; ni los sacerdotes pueden realizarlo, pues sería un crimen que los cristianos inmolasen cruentamente cada día a Jesucristo. Como la religión exige un sacrificio que todos puedan ver y ofrecer mediante el sacerdocio constituido, solamente el sacrificio de la misa es, en este sentido, el propio y singular sacrificio de la Nueva Ley (4). Comparado con el de la Cruz. presenta una di f erencias que declaran su índole propia.

En todo sacrificio debe considerarse, según enseña San Agustín a q u i e n se ofrece — q u i e n lo ofrece --q u é se ofrece —por quienes se ofrece. En cuanto a lo primero, no puede haber, según lo dicho, ninguna diferencia. Con respecto al segundo y tercer punto (quién — qué se ofrece) atendiendo a Cristo víctima y sacerdote, no hay diferencia entre la Cruz y la Eucaristía como enseña el Concilio de Trento: " una y la misma es la hostia, el mismo oferente por ministerio de los sacerdotes, el que se ofreció en la Cruz, diferenciándose en el modo de ofrecer " . (Ses. XXII - cp. 2) (5).

Pero atendiendo a los que en la misa ofrecen y son ofrecidos en sacrificio a Dios, existe una diferencia notable.

Primero por respecto a Cristo (quien ofrece) ; en la Cruz fué El, único oferente; pues se ofreció, no como cabeza de la Iglesia constituida, sino más bien para adquirirla, como enseña el Apóstol a los Efesios: (V - 25 - 27) *Se sacrificó por ella... para santificarla... a fin de hacerla comparecer delante de él, llena de gloria, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada.*

La unión actual de los hombres con Cristo es lo que constituye la Iglesia. El vino al mundo para constituirnos junta-mente consigo mismo, perfectos adoradores en espíritu y en ver-dad. La misa es el sacrificio cuya oblación realiza el cuerpo místico unido a su cabeza. Esta es la nota característica y su índole propia, a saber, que es ofrecida por Cristo, por los ministros. por la Iglesia de los fieles , íntegra, de diversa manera por cada uno de ellos.

La ofrece Cristo como sacerdote principal, autor del sacrificio y del sacerdocio que debe continuar en la tierra lo que El celebró por vez primera antes de padecer.

La ofrecen los ministros, como sacerdotes verdaderos, subordinados como instrumentos, a Cristo.

La ofrece toda la Iglesia por medio del Ministro como dice el Canon: " Te rogamos Señor que recibas aplacado esta oblación de nuestra servidumbre y también de toda tu familia " .

Los unos ofrecen solamente por la comunión de fe, y son todos los cristianos; otros lo ofrecen por la comunión del rito, y son los que asisten, los que ayudan al sacerdote, y los que procuran la celebración de la Misa.

En cuanto a lo tercero (qué se ofrece) hay una diferencia entre la Cruz y la Misa.

Pues el cuerpo místico de la Iglesia pertenece, con el afecto y la significación, a aquello que se ofrece. Quien ofrece una víctima en sacrificio, la ofrece como substituto suyo, queriendo con ella expresar la sumisión y acatamiento interiores con que desea espiritualmente consumirse en sacrificio a honor de Dios.

Así como la Iglesia, juntamente con Cristo su cabeza, ofrece el sacrificio, así también es ofrecida con Cristo, como cuerpo místico de El, en la oblación del altar.

"De lo cual — dice San Agustín — quiso que fuese un signo cotidiano, el sacrificio de la Iglesia, que siendo el cuerpo de la cabeza misma, aprende a ofrecerse a sí misma por El" (6). Y la Iglesia pide que por la oblación del cuerpo y sangre de Cristo, se perfeccione cada vez más la oblación de sí misma. "Santifica Señor, propicio, estos dones, te lo rogamos: y, recibida la oblación de la hostia espiritual, a nosotros mismos perfeccionanos como eterno don". (Oración secreta del 2º día de Pentecostés) .

Esta misma oblación de la Iglesia se significa en los símbolos bajo los cuales Cristo se inmola; pues el pan y el vino, formado de granos y racimos, son figura de la Iglesia formada por muchos.

Finalmente, hay una diferencia, con respecto al cuarto punto (por quienes se ofrece) entre la Cruz y el altar.

Cristo murió en la cruz por todos; pero en la misa, a lo menos directamente, se ofrece sólo por aquellos que pertenecen al cuerpo visible de la Iglesia y no han sido separados de él. Lo cual evidencia la índole propia del sacrificio de la Misa.

### **UNIDAD DE LA CENA Y LA MISA**

Según el Concilio de Trento, uno y el mismo es el sacrificio realizado en la última cena de Jesús y el ofrecido en la Misa; de modo que no sólo debe referirse la institución de ésta a la última cena, sino que en la cena debe verse la primera y típica celebración de la Misa.

Pues el Concilio (Ses. XXII - cp. I) (7) distingue lo que Cristo hizo en la cena y lo que mandó repetir a sus discípulos, siendo lo primero y lo segundo una misma cosa.

"El mismo Dios, pues, y Señor Nuestro, aunque se había de ofrecer a sí mismo a Dios Padre, una vez... para d e - j a r en la última cena de la noche misma en que era entregado, a su amada esposa la Iglesia, u n sacrificio visible .en que se representase el sacrificio cruento al mismo tiempo que se declaró sacerdote según el rito (orden) de Melquisedec ..ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino ". Esto es lo que Cristo hizo en la última cena. Lo que debían hacer los apóstoles lo indica diciendo: " y lo dió a sus apóstoles, a quienes entonces constituyó sacerdotes del Nuevo Testamento... mandándoles, e igualmente a sus sucesores en el sacerdocio, que lo ofrecieran por estas palabras: "*Haced está en memoria mía* ". Pues lo que Cristo mandó, fué repetir lo que El había hecho en la cena, es claro que la Misa, por la que cumplimos el mandato de Cristo, es el mismo sacrificio que El ofreció en la última cena, que debe ser considerado, como institución, prototipo y primera celebración de nuestro sacrificio del altar.

### **DOBLE SACRIFICIO DE JESÚS**

La oblación de la última cena, no es una parte esencial integral del sacrificio de la cruz. Es por sí misma una oblación representativa de ella; es una oblación que debe perpetuarse a través de los tiempos en su Iglesia, mientras que el sacrificio cruento solo una vez se realizó, haciendo para siempre con él la redención; la oblación de la cena es un memorial que ha de recordar perennemente la oblación de la Cruz. Es una conclusión de lo que enseña el Concilio de Trento. (Ses. XXII cp. I) " El mismo Dios, pues, y Señor Nuestro, a u n q u e se había de ofrecer a sí mismo a Dios Padre, u n a v e z , por medio de la muerte en el altar de la cruz, para obrar desde ella la eterna Redención; con t o - d o , como su sacerdocio no había de acabarse con su muerte, p a r a d e j a r en su última cena ... a su amada esposa la Iglesia un sacrificio visible... en que se representare el Sacrificio cruento .. y permaneciese su memoria

hasta el fin del mundo ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino... mandándoles que lo ofreciesen por estas palabras: *Haced esto en memoria mía*". (8)

Palabras que claramente señalan el doble sacrificio de Jesús; uno cruento, ofrecido una sola vez; otro, incruento, bajo las especies sacramentales, ofrecido entonces y mandado perpetuar en la Iglesia, como representación y memorial del sacrificio de la cruz.

Por esto mismo constata el Concilio la doble inmolación que Cristo realiza, una cruenta en la cruz, incruenta otra sobre el altar. " Porque habiendo celebrado la Pascua antigua, que la muchedumbre de Israel sacrificaba en memoria de su salida de Egipto, se constituyó a sí mismo nueva Pascua, para ser sacrificado bajo signos visibles por la Iglesia, mediante el ministerio de los Sacerdotes, en memoria de su tránsito de este mundo al Padre, cuando derramando su sangre nos redimió y nos transfirió a su reino ". (Ses. XXII, cp. I) (9) Y en el capítulo II (10) dice: " Y puesto que en este divino sacrificio, que se ofrece en la misa, se contiene y se inmola de modo incruento aquel mismo Cristo, que una sola vez en el ara de la cruz se ofreció a sí mismo en modo cruento ... "

Existe, pues, una inmolación (cruenta) distinta para el sacrificio de la cruz; y otra inmolación (incruenta) para el sacrificio del altar. Siendo, según se dijo, la inmolación la nota que diversifica los sacrificios, tenemos dos sacrificios específicamente diversos de Cristo, el de la Cruz, y el del altar.

Si bien se dice en el Catecismo Romano del Concilio de Trento, que " confesamos, y así debe creerse, que es uno y el mismo sacrificio el que se ofrece en la misa y el que se ofreció en la cruz, así como es una y la misma ofrenda, es a saber Cristo nuestro Señor, el cual solo una vez vertiendo su sangre se ofreció a sí mismo en el ara de la Cruz " , fácilmente se entiende que aquí se habla del sacrificio, entendiendo la víctima, o cosa sacrificada, que ciertamente es la misma. Lo cual se deja entender por lo que el mismo Catecismo añade a continuación: " Porque la hostia cruenta e incruenta no son dos, sino una misma, cuyo sacrificio se renueva cada día en la Eucaristía después que mandó así el Señor: *"Haced esto en memoria mía "* ; en lo cual se atiende a la unidad de la víctima, sin dejar de re-conocer la diversa manera, cruenta e incruenta, de ofrecerla. (11)

Existe una gran unidad entre la Cruz y el altar; unidad de orden, consistente en que la misa esencialmente supone el sacrificio de la cruz; ofrece la misma víctima, Cristo, pero de diversa manera, bajo los signos visibles del pan y del vino: que por consiguiente, en todo se refiere a la cruz como su re-presentación y perpetuo memorial y finalmente como el acto perenne del culto, mediante cuya celebración diaria, se nos aplican los abundantes frutos de la oblación de la Cruz. (12)

### LA MISA SACRIFICIO DE LA NUEVA LEY

En las Sagradas Escrituras, se halla profetizada y anunciada la oblación perpetua de la Nueva Ley, aquella que, reprobados todos los sacrificios antiguos, había de ser la única hostia que ofreciese a Dios el honor y la reverencia que es debida a su Majestad y Excelencia; hostia de adoración por la cual los hombres unidos al Redentor adoran y rinden culto por medio del único sacerdote que permanece eternamente como tal, a saber: Jesucristo.

Acerca del sacerdocio de Cristo se dice en Salmo (CIX-4 ) que ha de ser *eternamente según el orden de Melquisedec*. El sacerdocio, está ordenado primero y principalmente para el ofrecimiento del sacrificio, como acto externo de culto, debido a Dios en razón de su divina Excelencia y Majestad. Sí pues Cristo, es Sacerdote según el orden , de Melquisedec, menester es que ambos sacerdocios convengan en su función principal para que pueda decirse de uno de ellos, ser (sacerdocio) según el orden del otro (sacerdocio) . El rito del sacrificio, además de otras características antes apuntadas, es la nota distintiva que reúne los sacrificios de Melquisedec y Cristo, como pueden unirse la figura con lo figurado, la sombra con la realidad.

Melquisedec, sacerdote del Altísimo (Génesis XIV - 18 - 20) ofreció en sacrificio pan y vino después de la victoria de Abraham, sacrificio de adoración a Dios y reconocimiento por la victoria obtenida. Melquisedec es el único sacerdote que en la Escritura se lee haber ofrecido sacrificio con este rito. Cristo, ordenado por Dios sacerdote eterno según el r i t o de Melquisedec, debió también ofrecer su sacrificio, del cual era figura el anterior, bajo los mismos signos; lo cual hizo, según enseña el Concilio de Trento; " declarándose sacerdote según el rito de Melquisedec, para siempre, ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las



especies del pan y del vino, y la dió a sus apóstoles a quienes constituyó sacerdotes del Nuevo Testamento. . mandándoles que lo ofreciesen por estas palabras: *Haced esto en memoria mía* ". (Ses. XXII - cp. I). **(13)**

Y lo define en el Cánón I de la Sesión XXII: " Si alguno dijere que no se ofrece a Dios en la misa verdadero y propio sacrificio; o que el ofrecerse éste no es otra cosa, que darnos a Cristo para que le comamos; sea anatematizado " **(14)**. Así lo ha entendido siempre la Sagrada Tradición de los Padres, como San Juan Crisóstomo que dice: "Cuando vieres al Señor in-molado, y reclinado al sumo Sacerdote dedicado al sacrificio y orando, y a todos enrojados con aquella sangre , ¿por ventura piensas que estás en la tierra con los hombres y no mejor dicho en el cielo? " (De Sacerdotio. L. III). **(15)** San Cipriano aplica a Cristo la figura de Melquisedec. " Vemos prefigurado el sacramento [signo] del sacrificio del Señor en el sacerdote Melquisedec, según atestigua la Escritura divina y dice: *y Melquisedec rey de Salem, ofreció pan y vino, pues fué sacerdote del Dios sumo y bendijo a Abraham;* que Melquisedec llevara la representación de Cristo, lo declara en los Salmos el Espíritu Santo en la Persona del Padre diciendo al Hijo: *Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.* El( cual orden ciertamente está aquí, derivando de aquel sacrificio, en que Melquisedec, fué sacerdote del Dios sumo, que ofreció pan y vino, y bendijo a Abraham. Pues ¿quién más sacerdote que el Señor Nuestro Jesucristo que ofreció eso mismo o que había ofrecido Melquisedec, esto es, pan y vino, su cuerpo, a saber, y su sangre? " . (Epist. 63 - ad Cecíl: 4) . **(16)**

El sacerdocio de Cristo, según el rito de Melquisedec ha de ser eterno. Por el contrario los de la ley antigua, según dice el Apóstol a los Hebreos (c VII - 23 - 24)  *fueron muchos por que la muerte les impedía que durasen siempre; mas éste [Cristo] como siempre permanece posee eternamente el sacerdocio.* Sí siempre es Cristo sacerdote, y permanece siéndolo hasta el fin de los siglos, también hasta entonces debe continuar ofreciendo entre los hombres el sacrificio de alabanza a Dios. Pues Dios ha abrogado todo sacrificio y sacerdocio de la ley para constituir a Cristo eterno en el sacerdocio. El debe, pues, seguir ofreciendo el sacrificio, no por sí mismo, pues ya no está visible en la tierra, sino por sus ministros. Por lo cual la Misa, único sacrificio que en su nombre se ofrece a Dios, es el perenne holocausto de adoración de la Ley Nueva.

Cristo, según su humanidad constituido sacerdote entre los hombres, no puede faltar a su oficio sacerdotal mientras haya hombres en este mundo que tengan la obligación de adorar a Dios por el acto supremo del culto divino, el sacrificio.

La perpetuación de este sacrificio de Cristo, no implica disminución alguna en el valor del sacrificio Redentor de la Cruz. Así el Concilio de Trento anatematiza a quienes dijeren " que por el sacrificio de la misa se comete una blasfemia contra el Santísimo Sacrificio de Cristo ofrecido en la Cruz, o que se deroga a éste por la santa misa " . (Cánón IV - Ses. XXII). **(17)**

El sacrificio del altar no se repite o añade como si aún no se hubiere satisfecho a la divina justicia por el pecado, en el sacrificio de la cruz; se ofrece, como enseña el mismo Concilio de Trento, para aplicar a los hombres en particular, los ubérrimos frutos de la pasión, y como sacrificio ordenado a la adoración que, aun por derecho natural, debe el hombre rendir a Dios su Señor absoluto. Porque si bien Cristo consumó la Redención, (Hebreos X - 14) esto es, la obra que de su parte correspondía en la santificación del hombre; la Redención de Cristo no dice ya por sí misma la aplicación directa y personal de sus méritos a cada individuo. En ese caso los hombres debieran nacer justificados, mientras que todos necesitan la regeneración del bautismo, como aplicación de la santificación de la Cruz.

#### **Notas:**

**(1)** (I - II ae CII - a 3 - ad 8 um).

**(2)** (D. B. Nº 939)

**(3)** (St.Thom:I-IIaeCVII-a-2- in corp.).

**(4)** (C. Belarmino. De Missa. L. I. cp. 20).

**(5)** (D. B. Nº 940).

(6) (R. J. 1745).

(7) (D. B. N° 938).

(8) (D. B. N° 938).

(9) (D. B. N° 939).

(10) (D. B. N° 940).

(11) (Cat. Rom. Ila. cp. IV. N° 488).

(12) (C. Billot De Ecles. Sacramentis 1924 - T. I - pág. 601 - 604).

(13) (D. B. N° 938).

(14) (R. J. N° 948).

(15) ( R. J.N°1118).

(16) (R. J. N° 581)

(17) (D. B. N° 951).

## LA PROFECIA DE MALAQUIAS

Dice el profeta: (Cp. I - 10 - 1 1) *El afecto mío no es hacia vosotros, dice el Señor de los ejércitos, ni aceptaré de, vuestra mano ofrenda ninguna. Porque desde Levante a Poniente es grande mi nombre entre las naciones y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre mío una ofrenda pura; pues grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.*

El Espíritu Santo atestigua en las palabras del Profeta. *que* en la Ley Nueva, ha de suceder un nuevo sacrificio visible en substitución de todas las antiguas ofrendas de la ley antigua. Todas las características asignadas a ese futuro , sacrificio designan con exclusividad el sacrificio del altar, la Eucaristía.

El nombre de la ofrenda que debe substituir las del pueblo repudiado, (se sacrifica —se ofrece— una ofrenda pura) designa un verdadero sacrificio visible. Principalmente teniendo en cuenta el valor de la palabra hebrea *m i n c h a* (oblación) que indica un verdadero sacrificio.

El Señor repudia los verdaderos sacrificios de la ley antigua, por impuros y defectuosos, prometiendo otro sacrificio que substituyéndolos a todos, - honre su nombre.

Finalmente, el anuncio profético designa a los nuevos sacerdotes que realizarán el nuevo culto *y ofrecerán a Dios los sacrificios en justicia.* (Cap. III - v - 3).

Sí se consideran las características del nuevo sacrificio preanunciado, sólo corresponden a nuestro sacrificio de la misa. La catolicidad o universalidad del sacrificio: *desde Levante a Poniente... en todo lugar se sacrifica y se ofrece... una ofrenda pura.* se aplica a la letra a nuestra Eucaristía, ofrecida en todas las latitudes del mundo, en contraposición a los sacrificios gentílicos reducidos a pocos continentes, y diversos unos de otros; en oposición a los sacrificios judaicos ofrecidos solo en Jerusalen. Porque el sacrificio debe ser, además, de la misma condición del culto que constituye. La Iglesia de Cristo es católica, universal y su sacrificio lo es igualmente, pues corresponde a la dignidad del acto cultural único que rinde a Dios el honor de adoración digno de El.

Predice el Profeta un sacrificio incruento, (oblación) . La palabra hebrea *m i n c h a*, traducida oblación, designa una oblación incruenta [como se expone en el Libro del Levítico cp. II] consistente en una ofrenda de flor de harina, aceite e incienso, ofrecida al Señor en olor suavísimo. Esta oblación incruenta, ha de ser

el sacrificio único de la Nueva Ley, su sacrificio característico, ya que debe ofrendarse en todas partes como hostia agradable al Señor. No es otra esta ofrenda, que la oblación de la misa, sacrificio incruento, sin espectáculo de muerte, que por su suavidad y delicadeza, significa la diversa condición espiritual de los hombres del Evangelio; en contraposición a la de los hombres anteriores a Cristo, cuyos altares redundaban en sangre, para que se evidenciase a sus ojos, que aun tenían sin pagar toda la deuda de sus pecados.

La tercera característica enunciada es la *p u r e z a* de la ofrenda (ofrenda pura). Esta nota distintiva no puede referirse principalmente a los oferentes, puesto que los hombres siempre pueden mancharse y contaminarse con el pecado.

Pero nuestra oblación de la Eucaristía, es siempre por sí misma pura y agradable a Dios, pues Cristo es el que se ofrece "*inmaculado a Dios*" por manos de los hombres. "Esta es aquella oblación pura, que no se puede manchar por indignos y malos que sean los que la ofrezcan; la misma que predijo Dios por Malaquías, que se había de ofrecer limpia en todo lugar a su nombre, que había de ser grande entre todas las gentes ". (Concilio de Trento. (Ses. XXII - cp , I). **(1)**

Profecía maravillosamente clara, confirmada por la realidad de nuestra Eucaristía. Pues cuando fué anunciada, la religión universal superaba aun los cálculos de toda sospecha humana; la división y fraccionamiento de las falsas religiones poblaban la redondez del orbe.

No predice el profeta la extensión de su religión judía, antes al contrario, de parte de Dios declara la abolición del judaísmo para dar paso al nuevo culto del Mesías. La universalidad de la Nueva Era se caracteriza por el misterio principal que la glorifica, misterio lejano de todos los conceptos e ideas existentes entonces entre los hombres. Tal ha sido siempre la persuasión de la Iglesia católica "*columna y fundamento de la verdad*" ya desde sus primeros comienzos. La Didaché (del año 80), San Justino en su diálogo con el judío Trifón (R. J. N º 135) apoyan la realidad del sacrificio Eucarístico, entendiendo la admirable predicción del profeta Malaquías.

"*Desde el Oriente al Ocaso*; dice San Agustín. ¿Qué res-ponderéis a esto? Abrid los ojos finalmente y mirad desde el Oriente al Occidente, no en un lugar, como os había sido ordenado, sino en todo lugar es ofrecido el sacrificio de los cristianos, no a cualquier Dios, sino al que lo predijo, al Dios de Israel. Ni en un lugar, como había sido mandado a vosotros en la terrena Jerusalén, sino en todo lugar, hasta en la misma Jerusalén ". (Tratado contra los judíos - N º 9). **(2)**

#### **Notas:**

**(1)** (D. B. N' 939).

**(2)** (R. J. N º 1977).

## **LAS PALABRAS DE LA INSTITUCIÓN**

[San Mateo XXVI - 26 - 28; San Lucas XXII - 19 20; 1 - Cor. - XI - 24 - 261

Las expresiones usadas por Jesucristo en la Institución de la Eucaristía, revelan su carácter de sacrificio.

El Señor celebraba en ella un rito religioso, la Nueva Pascua de la inmolación de su cuerpo y sangre. Cuerpo y sangre que [según la redacción original] es entregado y es derramada por aquellos a quienes dió a comer su carne y beber su sangre. Estas expresiones son las mismas que usa la Sagrada Escritura, cuando quiere indicar la realidad de los sacrificios de la antigua alianza; son las mismas que emplean San Pedro y San Pablo en sus cartas, para significar el verdadero sacrificio de Cristo en el Calvario.

Este mismo valor tienen en boca de Jesús, cuando ofreció a Dios su cuerpo y sangre bajo los signos sacramentales. Si bien [en la traducción latina] se dice del cuerpo y de la sangre que será dado y será derramada, esto no indica que la entrega y derramamiento del cuerpo y la sangre del Señor, a que alude, sean los que se verificaron en la Cruz, sino a la entrega y derramamiento místicos, pero reales, que se realizaban de presente, , como indica la expresión original del texto griego: " que es dado y que se derrama por vosotros ".

Se derrama en realidad de un modo místico, por cuanto la sangre solamente está bajo las especies manifestada, -sí bien por la unión inseparable de su alma, cuerpo y divinidad, está todo Cristo. **(1)**

Nada más expresivo que el sacrificio de la Misa con respecto a la obra redentora de Cristo. Pues la cruz, fuente única de donde han venido todos los bienes sobrenaturales de la Redención, es el término a que se han dirigido siempre todos los cultos tributados a Dios, según las varias leyes, de la naturaleza y de la antigua alianza. Por muchas figuras e imágenes, los Sacerdotes y Patriarcas antiguos simbolizaron a Cristo en la muchedumbre de las hostias inmoladas a Dios, con la fe en la Redención futura. Ahora, abolidas por Dios las instituciones antiguas que miraban a la cruz futura, es establecido el sacrificio de adoración que no sólo se refiere a ella, sino que re-presenta real y místicamente el sacrificio único del Calvario.

Como hubo muchos para mantener la fe en el Redentor futuro, así hubo de haber uno que perpetuase la memoria del Redentor inmolado ya; sacrificio verdadero, para que no falte entre los hombres el acto adorador por excelencia; sacrificio representativo para que se perpetúe la memoria de la Redención: sacrificio eficaz para que nos partícipe los frutos del Redentor; sacrificio suave que nos indique el "*suave yugo*" de la ley de gracia: la Santa Misa.

**Nota:**

**(1)** No debe, por otra parte, tacharse de errónea la traducción latina en tiempo futuro — (será derramada) pues en la santa misa hay una relación esencial e íntima con la Cruz, donde fué derramada en modo cruento y real la sangre de Cristo. Y así explícitamente en la versión de la Vulgata sólo se designa el término a que dice relación el sacrificio Eucarístico, a saber la pasión y por eso se traduce en futuro

("será derramada").

## **LA ESENCIA DEL SACRIFICIO DE LA MISA**



La esencia de la Misa consiste en la consagración de ambas especies, a lo cual se añade la comunión del sacerdote, no como lo que constituye el Sacrificio, sino como algo unido naturalmente al Sacrificio, ya que la consagración coloca a Cristo víctima bajo los signos de manjar y bebida y así significa la recepción de la víctima como complemento natural de ese trato santo que establecemos con Dios al sacrificar en su honor y alabanza.

La misa por ser un verdadero sacrificio cuyo principal sacerdote es Cristo, no es un acto librado, en su determinación esencial, a los hombres, sino a Dios su autor. De consiguiente, sólo será la esencia del sacrificio, aquello que Dios, por Cristo, ha señalado como la verdadera inmolación de su cuerpo y sangre. El sacerdote en el altar, obra en nombre de Cristo, hace lo que Cristo hizo, en virtud del poder de Cristo mismo. Lo que en el altar se hace en nombre de Cristo y su poder, es la sola consagración de las especies sacramentales, por la cual Cristo es inmolado de manera incruenta, y ofrece a Dios el sacrificio de adoración perfecta.

La comunión del sacerdote, en la Misa, no se hace en nombre de Cristo, antes bien es la participación del sacrificio ya realizado, a cuya víctima se acerca para recibirla, como señal de unión con la inmolación ya hecha a Dios. El carácter representativo de la Pasión de Cristo, que la Misa tiene en sí, según el cual "se representa aquél [sacrificio] cruento realizado una vez en la cruz" (Conc. Trident), nos indica que ella es verdadero sacrificio en aquello mismo en que es la viva imagen del único sacrificio cuya memoria perpetúa entre J os hombres.

Es precisamente la consagración quien representa de un modo incruento la separación del cuerpo y sangre de Cristo, derramada en su Pasión, al dividir bajo especies sacramentales distintas, la sangre y el cuerpo de Jesús.

Esto nos enseñan los Santos Padres, como G r e g o r i o de N y s a cuando dice: " Quien con su poder dispone todas las cosas. . . no espera la inicua sentencia de Pilato, para que su malicia sea la causa y principio común de la salvación de los hombres ;sino que con su resolución se adelanta y con un modo misterioso de sacrificio. que no podía ver el hombre, se ofrece como hostia por nosotros e inmola la víctima... ¿Cuándo hizo esto? Cuando dió a sus discípulos congregados, a comer su cuerpo y beber su sangre, entonces claramente manifestó que el sacrificio del Cordero ya estaba realizado. ya de un modo invisible y misterioso su cuerpo había sido inmolado, como plugo al poder del que operaba el misterio " . (In Chiti: Resurrect). **(1)**

Y San Cirilo de Jerusalén luego de exponer como se invoca al Espíritu Santo para que realice la Consagración, añade: " Luego que ha sido realizado el Sacrificio espiritual , el culto incruento sobre aquella hostia de propiciación rogamos a Dios. . ." (Catech: Myst: V). 20: V). **(2)**

¿En qué forma realiza la consagración la inmolación in-cruenta de modo que constituya la Misa en su ser de Sacrificio? La Teología Católica ha orientado su especulación en diversas maneras de explicación sobre este adorable misterio de la fe.

"i Qué simplicidad —dice Bossuet— la del Sacrificio cristiano! No veo sobre el altar sino un pan, algunos panes a lo sumo, y un poco de vino en el cáliz; no se necesita más para hacer el más santo sacrificio, el más augusto... ¿Pero no habrá carne, no habrá sangre en este sacrificio? Habrá carne, pero no la de animales degollados; habrá sangre, pero la sangre de Jesucristo, y esta carne y esta sangre serán místicamente separada. ¿De donde vendrá esta carne? ¿de donde vendrá ésta sangre

Se hará de ese pan y de ese vino: vendrá una palabra omnipotente que hará de este pan la carne del Salvador y de este vino hará su sangre; todo lo que esta palabra profiere, será tal como lo dice en el momento en que haya sido pronunciada; pues es la misma palabra que hizo el cielo y la tierra... esta palabra pronunciada primeramente por el Hijo de Dios ha hecho de este pan su cuerpo y de este vino su sangre. Pero ha dicho a sus apóstoles: Haced esto; y los apóstoles nos han enseñado que se haría hasta que El volviese . . . El dice: Este es mí cuerpo; ya no es más pan, es lo que El ha dicho. El *dice*: Esta es mí sangre: ya no hay más vino en el cáliz; es lo que el Señor ha proferido; es su cuerpo, es la sangre. La palabra ha sido la espada, el cuchillo cortante que ha hecho esta separación mística. En virtud de la palabra allí no estaría más que el cuerpo, nada más que la sangre; sí el uno se encuentra con el otro, es porque son inseparables desde que Jesús ha resucitado. Porque de entonces acá, El va no muere. Pero para imprimir sobre este Jesús que no muere, el carácter de la muerte que verdaderamente sufrió, viene la palabra , que pone de una parte el cuerpo y del otro la sangre, y cada uno bajo signos diferentes. Helo ahí revestido del carácter de la muerte, a ese Jesús otrora nuestra víctima por la efusión de su Sangre, y aún hoy día nuestra víctima de una manera nueva por la separación mística de la sangre y del cuerpo " .**(3)** Así se expresa San Gregorio Nazianceno: "No tardes en orar y ejercer por nosotros tu legación, cuando con tu verbo hayas atraído al Verbo, cuando con un corte incruento hayas dividido el cuerpo y la sangre del Señor, usando la palabra por espada " . (Epíst: ad. Amphílochium). **(4)**

Esta inmolación misteriosa, es lo que se opera bajo los signos sacramentales, en cuanto el cuerpo de Cristo y su sangre, en la Eucaristía, se ofrecen a Dios sacramentalmente separados; el cuerpo bajo el

signo del pan, la sangre bajo el signo del vino y de esta manera se coloca a Cristo en el altar, se lo presenta a Dios revestido de los caracteres de la Pasión que una vez por todos sufrió en la Cruz. **(5)**

" Bajo la especie de pan —dice Santo Tomás— está el cuerpo de Cristo en virtud de la consagración; la sangre bajo la especie de vino; pero ahora por cierto, cuando realmente la sangre de Cristo no está separada de su cuerpo, por la concomitancia real también la sangre de Cristo está bajo la especie de pan juntamente con el cuerpo, y el cuerpo bajo la especie del vi-no juntamente con la sangre. Pero si en tiempo de la Pasión de Cristo, cuando realmente su sangre estaba separada de su cuerpo, hubiese sido consagrado este Sacramento, bajo la especie del pan estaría solo el cuerpo y bajo la especie del vino solamente la sangre ". Igualmente. . . " no hubiese estado el alma de Cristo bajo este sacramento, no por defecto de poder en las palabras sino por la disposición distinta de la cosa". **(6)**

#### **Notas:**

**(1)** (R. J. 1063).

**(2)** (R. J. 850-51).

**(3)** (Meditatioos sur l'Evangile. La Céne. LVII journée. Ed. Vives - vol: VI).

**(4)** (R. J. Nº 1019).

**(5)** (C. Billot. De Eccl: Sacramentis - T. I - 1924 - pág. 632-637).

**(6)** (III - 81- 4).

## **CARACTERES DE LA SANTA MISA**

El sacrificio es un acto de culto externo, un acto **l a t r é u t í c o**; es la acción de gracias por los favores recibidos del Señor; y así es Eucarístico. Finalmente, dada la existencia del pecado, el sacrificio aplaca a Dios ofendido y por eso mismo lo hace propicio a nuestras súplicas las cuales atiende y despacha favorablemente; y así es el sacrificio, propiciatorio.

El de la Cruz fué satisfacción cumplida y causa universal de nuestra redención. La Misa no realiza satisfacción y mérito, sino que impetra la aplicación particular de la satisfacción y mérito de la cruz, para aquellos por quienes se ofrece; y en este sentido se dice sacrificio propiciatorio. Es la enseñanza del Concilio de Trento: "cuyo fruto de la oblación cruenta, [de la cruz] por esta oblación incruenta se percibe abundantemente". (Ses. XXII - cp. 2) **(1)**

La aplicación de los frutos es algo que pertenece exclusivamente a la Iglesia, como bien suyo. De la manera que los sacramentos no pueden administrarse sino a los que son de la Iglesia, así el fruto de la Misa no puede aplicarse directamente a los que están fuera de ella. Este motivo hace de ella un sacrificio propiciatorio por los vivos. Entendiendo por éstos, a los que son miembros de la Iglesia visible. " Por esta razón — dice Santo Tomás — en el canon de la misa no se ora por los que están fuera de la Iglesia". **(2)** Sin embargo no cabe dudar que indirectamente, aun aquellos que no están en la Iglesia, se benefician por la impetración que se hace a favor de ella.

Pidiendo por la paz, prosperidad y propagación de la Iglesia, manifiestamente los frutos de la misa derivan indirectamente sobre aquellos que quitan la paz, la prosperidad y limitan la extensión de la Iglesia, como los perseguidores, *herejes*, excomulgados e infieles. De modo que con toda verdad dice el oficiante al rezar el ofertorio del cáliz: " Te lo ofrecemos Señor ... por nuestra salud y la de todo el mundo".

En cuanto a los difuntos, les corresponde la aplicación directa del fruto propiciatorio de la misa, a todos aquellos que partieron de este mundo con la fe viva, es decir, en gracia de Dios. Igualmente deben contarse aquellos, que bautizados pertenecían, por error y sin culpa, a alguna secta separada de la verdadera Iglesia. Las demás almas que se hallan en el purgatorio, aunque no tengan el carácter sacramental, perteneciendo a la Iglesia paciente, participan también de esa aplicación, pues simplemente son parte del cuerpo místico de Cristo.



La propiciación se ejerce con respecto a los pecados y a las penas. Los pecados : son las culpas tanto mortales como veniales. A este respecto dice Santo Tomás: "La Eucaristía en cuanto es sacrificio, tiene su efecto en aquellos por quienes se ofrece, en los cuales no requiere la vida espiritual actual, si no sólo en principio; y así, si los encuentra dispuestos, les obtiene la gracia en virtud de aquel verdadero sacrificio del cual desciende a nosotros toda ella; y por consiguiente borra en ellos los pecados mortales, no como causa próxima sino en cuanto implora para ellos la gracia de la contrición ". (3)

Las penas, no son ciertamente, las eternas, unidas inseparablemente al pecado grave, sino las penas temporales que deben pagarse después de la condonación de la culpa en el purgatorio. Estas penas se pagan directamente con el sacrificio, por cuanto la impetración da a Dios la solución justa correspondiente a la pena debida, la cual es perdonada por Dios al aceptar la compensación ofrecida por el sacrificio.

La satisfacción por el pecado, se entiende la obra de penitencia con que los justos en esta vida redimen las penas de sus pecados. Y en lugar de estas satisfacciones puede ofrecerse el sacrificio como sustituto de ellas.

Las demás necesidades que ocurren a los hombres, son los bienes temporales y espirituales que desean obtener en orden a la vida eterna.. Por estas necesidades, obra el sacrificio como impetración para obtener su remedio y satisfacción.

La santa Misa es pues, no sólo el sacrificio latréutico y eucarístico, sino que además, en cuanto impetra la aplicación del sacrificio satisfactorio de la cruz es también por sí mismo propiciatorio. Se ofrece a Dios, por los pecados de los vivos, por sus penas debidas, satisfacciones y necesidades, y por los fieles difuntos en Cristo, que aun no han cumplido plenamente sus deudas en el purgatorio, según ha sido siempre la enseñanza de la Iglesia y la Tradición.

Fácil es reconocer el carácter l a t r é u t i c o de la Misa, pues es verdadero sacrificio que ante todo es un acto externo significativo de la interna adoración o latría del que lo ofrece.

Es al mismo tiempo el sacrificio Eucarístico , o de acción de gracias, por todos los beneficios recibidos de Dios, la Redención en particular. Se colige con cuanta rectitud se celebra a honor de los santos, para dar gracias por la victoria obtenida por ellos. Como ya están totalmente unidos al Señor, su honor y grandeza se aprecian en Dios, a quien se agradece el triunfo de ellos, y con esto mismo se los glorifica. De modo que nada mejor se puede ofrecer por ellos en acción de gracias, que la víctima divina que fué con su oblación el principio de su santificación y triunfo. Por eso dice el canon: "Recibe, oh Santa Trinidad, esta oblación que te ofrecemos a honor de la Santísima siempre Virgen María, de San Juan Bautista, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y de estos y de todos los Santos..." La intención no es otra que agradecer y bendecir a Dios en sus Santos como se indica en la oración Secreta de los Santos Basíldes, Cirino y Nabor: " Te inmolamos, Señor, solemnemente estas hostias, para honrar la sangre derramada de tus mártires y celebrando las mara-villas de tu poder por el cual ellos han reportado una tan gran victoria". Y en otra oración Secreta, se dice: " Te ofrecemos Señor en la muerte preciosa de tus mártires, este Santo Sacrificio de donde ha tomado su fuente el martirio mismo". (Feria Vª p. Dom. III - Quadrag.).

Es EL SACRIFICIO PROPICIATORIO. — Indicado en las mismas palabras de Cristo al instituirlo; pues que la sangre se ofrece " *en remisión de los pecados*". San Cirilo, la llama " hostia de propiciación " y el Canon expresa: " Acuérdate Señor de tus siervos y siervas... por quienes te ofrecemos o ellos mismos te ofrecen este sacrificio de alabanza... por la redención de sus almas...

PROPICIATORIA POR LOS VIVOS. — Las palabras de la Institución declaran que el sacrificio se ofrece " *en remisión de los pecados*". Remisión que implica la condonación de la pena y el valor supletorio de la satisfacción (en el sentido arriba ex-puesto) por cuanto la remisión completa de la culpa dice también la remisión de la pena. Por otra parte, si satisface por los fieles difuntos, como diremos de igual modo puede compensar las satisfacciones (obras de penitencia) de los vivos, que están, por lo menos, en igualdad de condiciones respecto a la capacidad de recibir esta compensación por sus deudas con Dios.

Con relación a las demás necesidades, temporales y espirituales, alcanza la impetración de la santa Misa, puesto que si logra la remisión del pecado, cuánto más puede obtener la solución de las necesidades que de él se originan. Si Dios, con sus enemigos (pecadores) se aplaca por la hostia ofrecida en la Misa, con mayor razón abrirá sus manos generosas, con los amigos que le ofrecen la misma víctima divina. Por eso dice San Ambrosio: " Todas las demás cosas dice el sacerdote se da alabanza a Dios, pide la oración por el pueblo, por los reyes, por los demás " . (De Sacramentis L. IV-4). (4)

Y si aún en la ley de las figuras sin realidad y eficacia, hubo siempre sacrificios de propiciación, en la ley de gracia, al sustituirse todas las oblaiones figurales por esta hostia que encierra en sí la perfección anunciada en todos ellos, no debe faltar el remedio a los que una vez han sido redimidos por la ofrenda cruenta de Jesús.

PROPICIATORIA POR LOS FIELES DIFUNTOS. En la ley antigua los sacrificios ofrecidos aprovechaban a los difuntos como leemos en el IIº Libro de los Macabeos que encontrando " *debajo de las ropas de los que habían sido muertos algunas ofrendas de las consagradas a los ídolos. . cosas prohibidas por la ley de los judíos, ... en seguida poniéndose en oración rogaron [a Dios] que echase en olvido el delito que se había cometido... y habiendo recogido en una colecta que mandó hacer [Judas Macabeo] ... envió a Jerusalén a fin de que se ofreciese un sacrificio por los pecados de estos difuntos. . . porque consideraba que a los que habían muerto después de una vida piadosa, les estaba reservada una grande misericordia*". (IIº Macabeos. c. XII - 40-45) Con mayor razón el sacrificio de la Ley Nueva ha de ser provechoso a aquellos que han muerto en Cristo, y por quienes Cristo inmolido, se ofrece de nuevo en la Misa. Lo cual se hace en la santa Iglesia desde el comienzo de sus días como abundantemente lo de-muestra la unánime tradición de los Santos Padres.

" Hacemos, dice Tertuliano, oblaiones por los difuntos. cada año". (De Corona - III). **(5)**

San Cirilo de Jerusalén dice: " Sobre esa hostia de propiciación, rogamos a Dios por la paz común de la Iglesia ... por los que sufren enfermedad, por los angustiados en la tribulación y universalmente por todos aquellos que tienen necesidad, rogamos todos nosotros y ofrecemos esta víctima. Luego nos acordamos también de aquellos que murieron: primero de los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, para que Dios por sus ruegos e intercesiones reciba nuestra oración; después por los difuntos santos padres y obispos y en general todos aquellos que vivieron entre nosotros, creyendo que ha de ser-les éste el mayor auxilio para aquellas almas, por quienes se ora, mientras yace aquí [en el altar] la santa y tremenda víctima " . (Catechesis Mystagogica - V 8 9) **(6)**

Y luego añade esta hermosa consideración sobre la fe perpetua de la Iglesia en la propiciación de su sacrificio: " Por medio de un ejemplo quiero demostraron eso: [lo anterior-mente dicho] pues conocí que muchos hablan así: ¿Qué aprovecha al alma que sale con pecados o sin ellos de este mundo, que se haga mención de ella en la oración? ¿Por ventura si el rey mandare a destierro a algunos por quienes había sido ofendido y después los parientes de éstos haciendo una corona" se la ofreciesen para conseguir la remisión de la pena infligida por el rey, no conseguirían la remisión de los suplicios?- Del mismo modo, nosotros ofrecemos preces a Dios, por los difuntos, aunque sean pecadores; no hacemos una corona, sino que ofrecemos a Cristo sacrificado por nuestros pecados, procuran-do aplacar a Dios así para ellos como para nosotros ". **(7)**

San Juan Crisóstomo recordando a los que murieron, hace remontar la costumbre del sufragio a la tradición a p ostólica. "No en vano ha sido esto establecido por los Apóstoles, que en los venerandos y grandes misterios se haga memoria de los que murieron. Conocían que de esto podían reportar mucha utilidad, mucha ganancia. En aquel tiempo en que todo el pueblo está con los brazos extendidos y está presente la multitud de sacerdotes y se está celebrando aquel tremendo sacrificio ¿cómo no aplacaremos a Dios rogando por esto? Mas esto en favor de los que muriendo profesaban la fe " . (In Epist: ad Philippenses. III - 4)

#### **Notas:**

**(1)** (D. B. N° 940). 35. (III - 79 - 7).

**(2)** (III - 79 - 7)

**(3)** (In. IV - Distínt: 12 - q. 2 - a 2).

**(4)** (R. J. 1339).

**(5)** (R. J. 367).

**(6)** (R. J. 851 - 852).

## CONDICIONES REQUERIDAS EN LOS EFECTOS DE LA MISA



—A pesar de que por sí mismo el sacrificio del altar es propiciatorio, no obtiene infaliblemente cualesquiera efectos en cualesquiera personas; de parte de lo que se pide, como de parte de quienes lo piden son necesarias condiciones. Considerando la causa de la impetración, el efecto de la Misa es absolutamente infalible, puesto que en ella, la impetración es la del mismo Cristo en cuyo nombre y por cuya institución se ofrece, Por la reverencia que le es debida, su impetración es siempre oída, ya que mereció sobreabundantemente en su pasión todos los frutos necesarios para la salvación de los hombres.

En cuanto al objeto que se pide por la impetración deben tenerse en cuenta dos cosas. Si se solicita la remisión de los pecados, sea en cuanto a la culpa o la pena, en esto su efecto es también infalible, pues para eso ha sido instituida la oblación. Debe *esto* entenderse, conforme a lo dicho antes, que el fruto inmediato del sacrificio es el auxilio sobrenatural actual, me delante el cual el hombre se dispone a la gracia de la justificación, por medio de la penitencia sacramental, recibida a lo menos con el deseo.

Sí se trata de otros beneficios que se piden por medio de la oblación de la Misa, siempre se sobrentienden dos condiciones: que lo pedido sea proficuo para la salvación y que sea algo según las leyes ordinarias de la Providencia. Puesto que Jesucristo, causa impetratoria del sacrificio, no puede pudir lo que debe dañar nuestra salvación, y es inconcebible que hubiese dejado en su Iglesia un medio infalible para obtener milagros, fuera del curso ordinario de la Providencia.

De parte de aquellos que piden por la oblación de la Misa, debe atenderse igualmente una doble condición. Si se solicita la remisión de la pena, se exige que estén en gracia y tengan ya perdonadas las culpas de cuyas penas solicitan remisión. Es absurdo pensar que se le pueda perdonar la pena temporal a aquél que por el pecado grave actual en que está, merece la pena eterna, o que se le absuelva de la pena, a quien aun no le haya sido remitida la culpa.

Se deduce de lo expuesto que el fruto de la Misa es infalible con respecto a las almas del purgatorio, en cuanto éstas no pueden sino tener todas las condiciones requeridas y ya que por ellas no se pide sino aquello a que por institución está ordenada la oblación de la Misa, a saber la remisión del pecado en cuanto a la pena.

Esta doctrina es la que expresa el Concilio de Trento al decir: " Por tanto [esta oblación] se ofrece rectamente según la tradición de los Apóstoles no sólo por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los muertos en [la paz de] Cristo que aun no han satisfecho plenamente " . (Ses. XXII - cp. II). (1)

(1) (D. B. N° 940).

## **LA CELEBRACION DE LA MISA EN HONOR DE LOS SANTOS**

— "Y aunque la Iglesia — enseña el Concilio de Trento —. haya tenido la costumbre de celebrar en varias ocasiones algunas Misas en honor y memoria de los santos; enseña no obstante que no se ofrece a éstos el sacrificio, sino sólo a Dios que les dió la corona; de donde es que no dice el sacerdote: Yo te ofrezco a tí, Pedro o Pablo, sacrificio: sino que dando gracias a Dios por las victorias que estos alcanzaron, implora su patrocinio, para que los mismos santos de quienes hacemos memoria en la tierra, se dignen interceder por nosotros en el cielo". (Ses. XXII - cp. III) (1)

Son invocados los santos, para que nuestra oblación sea recibida de Dios, como colaboradores que deben hacerla agradable a sus ojos, no porque la oblación de Cristo lo necesite, sino porque de nuestra parte, los que ofrecemos, nunca será bastante la dignidad y preparación con que nos acercamos al altar de Dios. " El espíritu de este sacrificio, dice Bossuet, es de unir a Dios todas las creaturas, y sobre todo las más santas, para rendirle en común el reconocimiento de su servidumbre". (2)

Son invocados los santos para que intercedan por nosotros. "Nuestro regreso a Dios — explica Santo Tomás — debe responder al proceso de su bondad para con nosotros; y así como mediante el sufragio de los santos nos llegan los beneficios de Dios, así conviene que nosotros volvamos a El" (3). Y esto no es en desdoro de la suficiencia de Cristo como mediador, antes al contrario es " para complemento del orden del universo, que su bondad [de Dios] se difunda multiplicada en las cosas". (S. Th. ibidem) " A fin de que comprendáis de una vez — expone Bossuet — cual es el espíritu de la Iglesia en esta intercesión de los ángeles y de los santos, oíd este prefacio de una misa que se encuentra en un volumen que tiene más de mil años: Oh Señor, este bienaventurado confesor re-posa ahora en vuestra paz; inspírale pues, oh Dios misericordioso, interceder por nosotros delante de tí, a fin de que habiéndole asegurado Tú su propia felicidad, le hagas solícito de la nuestra, por Jesucristo Nuestro Señor. Notad que es por Jesucristo que se pide a Dios, no solamente el efecto de las oraciones que hacen los santos, sino aun la inspiración y el deseo de hacerlas" .

" Los que os han hecho tan necios reparos sobre el canon, son tan ignorantes y atrevidos para hacerlos más grandes aún, sobre este circuito en que se nos hace dirigir a Dios, a fin de que El inspire a los santos que rueguen por nosotros, como si no fuese más rápido pedir directamente a Dios lo que nosotros queremos que El se haga pedir por los santos. Pero según estos razonamientos profanos sería necesario suprimir todas las plegarias, tanto las que directamente se dirige a Dios, como las restantes; pues ¿no conoce Dios nuestras necesidades? ¿No sabe El lo que queremos cuando le rogamos? ¿No es El mismo quien nos inspira la oración? Sobre todo: ¿por qué se le pide algo para los demás? Y ¿por qué pedir a nuestros hermanos que rueguen por nosotros? ¿Lo harán ellos en forma conveniente si Dios no les inspira la voluntad de hacerlo? ¿Para qué este círculo con Dios? ¿No es acaso más expeditivo dejarlo obrar a El? Si se responde no obstante que Dios quiere la oración, que se ore por los otros, y que se pida a los demás que rueguen por nosotros; aunque Dios no necesita de nuestra plegaria ni para satisfacer nuestras necesidades, ni para saberlas; pues , nos es cosa útil hacerlo de esta manera para hacernos mejores al hacerlo; no se diga que todo esto es un círculo inútil, sino un sincero ejercicio de la caridad que Dios honra constantemente cuando inspira o escucha tales plegarias " .

" Y puesto que El quiere establecer una perfecta fraternidad entre todos aquellos que El quiere hacer felices o en el cielo o en la tierra, inspira no solamente a los fieles, sino aun a los santos ángeles y santos hombres que están en el cielo, el deseo de rogar por nosotros; pues es una perfección para los santos que son nuestros semejantes, interesarse por nuestra salvación y otra perfección para los ángeles, que no lo son, amar y reverenciar en nosotros la naturaleza que el Hijo de Dios ha buscado, hasta unirse con ella en una persona. Podemos pues pedir a Dios que les inspire estas plegarias que lo honran porque le podemos pedir todos los medios que a El le plugo utilizar para manifestar su gloria; pero es menester pedirlo por Jesucristo, por quien únicamente nos debe llegar todo bien " .

### **Notas:**

(1) (D. B. N° 941).

(2) (Explication de quelques difficultés - N° 38).

(3) (Supplementum - q. 72 - a 2 - in corp.).

## LOS LÍMITES DE LA EFICACIA DE LA SANTA MISA

En sí la Santa Misa no tiene límites en su eficacia, pero la medida del fruto que produce debe computarse según el modo de aplicación a las diversas personas y la devoción de las mismas.

Esto significa simplemente que la eficacia propiciatoria del Sacrificio no se agota al ser aplicada a distintas y numerosas personas, puesto que siempre tiende a producir mayores frutos y en mayor cantidad de personas. En lo cual existe una gran diferencia con el sacramento que no se aplica sino a una persona; al paso que la Misa es en remisión " *por muchos* " .

Sin embargo, los frutos son limitados, en su percepción por las personas. Santo Tomás dice que " aun cuando esta oblación por su cantidad baste para satisfacer por toda pena, sin embargo, es satisfactoria a aquellos por quienes se ofrece o que la ofrecen según la cantidad de su devoción " (1) y además, se sobreentiende, según la medida en que la Misa es aplicada a los mismos. El fruto de la Santa Misa depende pues, de estas dos condiciones juntamente; la forma de aplicación a las personas, y la devoción de las mismas. De suerte que en igualdad de condiciones en la devoción, aquella persona recibirá más provechosa eficacia de la Misa, por quien fuere más perfectamente aplicada; y en igualdad de aplicación, percibe más provecho quien tiene más devoción.

La aplicación de la Misa es tanto más perfecta, cuanto más concreta y particular se hace a cierta y determinada persona. La medida de la devoción, según la cual se miden los frutos espirituales de la Misa, en los fieles difuntos, es la mayor caridad que actualmente poseen, o la medida de devoción con que procuraron mientras vivían, la aplicación de la Misa por sus almas.

En los vivos, debe atenderse . la mayor devoción en la cooperación al sacrificio, procurando su celebración, asistiendo o concurriendo a él de alguna otra manera; igualmente la mayor fe, y esperanza de resurrección espiritual en virtud del sacrificio, y demás afectos que disponen el alma a mayor unión con Dios.

Fácil es entender que la eficacia propia de la Misa no tiene de su parte límites, en razón de la víctima que en ella se ofrece, no siendo otra que Cristo mismo.

Los Sacramentos, como medios de aplicación de los méritos de Jesús, no tienen de suyo límite en su eficacia. sino que su efecto es limitado por la menor disposición del que los recibe. De igual manera, pues, no debe ni puede coartarse la eficacia de la Misa, en cuanto de ella dependa, sino solamente por las condiciones de aplicación y devoción de las personas por quienes se ofrece.

Atendida esta condición debe sin embargo atenderse a la manera de los frutos espirituales que en la Misa se perciben.

Uno es, el provecho general proveniente de la aplicación a toda la Iglesia militante y paciente, según los fines del sacrificio mismo.

Otro es el fruto especialísimo proveniente de la aplicación al celebrante mismo, según aquello de San Pablo que, " *primero debe ofrecer las hostias por sus propios pecados y después por los del pueblo* ".  
(Hebreos - VII - 27)

Finalmente el fruto especial proveniente de la aplicación que el sacerdote hace a determinada persona.

" Si se considera — dice Santo Tomás — el valor de los sufragios en cuanto son ciertas satisfacciones aplicadas a los difuntos [y también a los vivos] por medio de la intención del que los hace [del que celebra el sacrificio] entonces vale más el sufragio para alguien en cuanto por él singularmente se hace, que si solamente se le aplica en general, o por muchos a la vez ". (2)

Pues si para Dios es lo mismo condonar la deuda de uno que de muchos, como el perdón se hace mediante la aceptación del sufragio ofrecido por la deuda, es claro que la aplicación de uno hecha por muchos, no puede valer igual que si toda se aplica por uno solo. Porque, como antes se dijo, no sólo debe atenderse al valor infinito de la víctima ofrecida, sino a la aplicación que de ella se hace, Y así es que la Iglesia ha establecido los sufragios para todos y para cada uno singularmente.



### **Notas:**

**(1)** (III-79 -a.5).

**(2)** (Supplementum - 71 a. - 1 3) .

## **DEL LUGAR Y TIEMPO DE LA CELEBRACIÓN**



En las circunstancias que rodean este Sacramento debe atenderse por una parte a la representación de aquello que se refiere a la pasión de Cristo y por otra a la reverenda debida al Sacramento en que está Cristo realmente presente. Así es que se ' consagran los vasos, ornamentos y templos en que se celebra, para honor del misterio y significación del efecto de santidad proveniente de la pasión de Jesucristo.

Regularmente el sacrificio se celebra en el templo, por el cual se simboliza la Iglesia según compara San Pablo al decir a i Timoteo cp. III. " *Para que sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo*".

Pues fuera de la Iglesia no está el lugar propio para el sacrificio. Como la religión de Cristo no debía circunscribirse a los límites del judaísmo, Cristo no padeció su muerte en la ciudad sino fuera de ella, para que todo el mundo fuese el templo de la pasión. Por esto prescribe el Código de Derecho Canónico que " la misa debe celebrarse sobre altar consagrado y en Iglesia u oratorio consagrado o bendecido". (Canon 822) Convenientemente se consagra l a Iglesia donde debe celebrarse el sacrificio, para simbolizar la santidad que ha conseguido con la Pasión del Señor e indicar la consagración interior de la gracia con que deben acercarse a recibir el Sacramento. Por el altar se simboliza a Cristo pues *por El ofrecemos la hostia de alabanza a Dios* (Hebreos - XIII 15) ; por la consagración del altar, la santidad de Cristo. Ya que Cristo es la fuente de la santidad de la Iglesia, por eso no se consagra ésta sin consagrar el altar; pero muchas veces puede consagrarse el altar sin la Iglesia. Porque primero es Cristo cuyo símbolo es el altar.

Esta consagración no se hace en las cosas inanimadas como ;si ellas recibiesen la gracia, sino porque adquieren una cierta virtud espiritual, que las hace aptas para el culto, moviendo la piedad de los hombres y su devoción. Esto hace da impetración de la Iglesia pidiendo la expulsión del poder diabólico.

Los vasos sagrados son elegidos de metal precioso por la reverencia y cuidado que debe ponerse en la administración del Sacramento. La sangre de Cristo debe ponerse en el cáliz que es más seguro, y el cuerpo sobre los corporales de lino, porque Cristo fué envuelto en su sepultura con un lienzo tal; para significar la pureza del alma que lo recibe; y puesto que el lienzo debe elaborarse con trabajo, se simboliza la pasión del Señor.

En la celebración del misterio se atiende a la representación de la pasión de Cristo y a los frutos que de ella derivan para las almas; el tiempo de su celebración debe determinarse por los mismos motivos. Así como todos los días necesitamos del provecho espiritual de la muerte de Cristo por nuestros pecados de cada día, cada día se celebra en la Iglesia la oblación del misterio Eucarístico. " Si es pan cotidiano — dice San Agustín — ¿por qué lo has de recibir al cabo de un año? Recíbelo cada día, lo que cada día te aprovecha " .

Se celebra la Pasión de Cristo, en cuanto deriva sus frutos a los fieles. En tiempo de Pasión, se hace memoria de ella en cuanto fué realizada en la cabeza; lo cual se cumplió una sola vez perfectamente. Por eso es que una vez al año se recuerda la pasión del Señor. Pero los fieles reciben cada día los frutos de la muerte de Cristo; y así cada día se celebra su memoria, y para perpetuo re-cuerdo.

Siendo este Sacramento una representación de la pasión, el día en que la Pasión de Jesús se conmemora como realizada, el Viernes Santo, ese día no se ofrece el Sacrificio de la Misa, porque viniendo la realidad, debe cesar la figura o representación. Pero para que la Iglesia no quede ese día sin percibir los frutos de la Pasión, el día anterior se consagra y se reserva para la comunión del siguiente.

El día de la Navidad del Señor se celebran tres misas en representación de la triple Natividad del mismo.

- n a su eterna natividad, que para nosotros es oculta; y por eso se celebra en la noche, en la cual dice el Introito: "El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado " . t r a es la natividad temporal, pero espiritual de Cristo en nuestras almas, porque Cristo nace " *como el lucero en nuestros corazones* " (2. Petri - cp. I) ; y por eso se celebra en la aurora en la cual dice el Introito "Hoy brillará la luz sobre nosotros porque nos ha nacido el Señor " .
- a t e r c e r a natividad de Cristo es la tem p oral y corporal, según la cual se hizo visible saliendo del seno de su madre virgen; y por eso se celebra en el día, cuyo Introito dice: " Ha nacido para nosotros el niño y se nos ha dado al Hijo " .

Pero como la pasión de Cristo fué hecha entre la hora tercia y nona, regularmente se celebra en la Iglesia, con solemnidad, en esa parte del día. Y celebra el sacerdote una sola vez al día pues, según dice el decreto de Alejandro II, " basta al sacerdote celebrar una misa al día, porque Cristo padeció una sola vez y redimió a todo el mundo; y muy feliz es quien puede celebrar una "dignamente " . Pero en virtud de una necesidad, dice Inocencio III, puede más veces hacerlo.

## LA RECTITUD Y CONVENIENCIA DE LO QUE SE DICE Y HACE EN LA SANTA MISA

En este sacramento, se encierra todo el misterio de nuestra salud, razón por la cual se celebra con mayor solemnidad: Pues se dice en la Sagrada Escritura: " *Guarda tu pie al entrar en la casa del Señor* (Ecles. \_ IV) *y Prepara tu alma antes de la oración* .(Ecli. XVIII) ; por eso antes de la celebración del misterio primero se hace una preparación para realizar dignamente lo que se debe celebrar; y esto es el Introito que se toma *de los salmos* o al menos .se dice con el Salmo. Pues " los salmos encierran a modo de alabanza todo lo que se contiene en la Escritura". (Dionisio - Ecclesiast. Hierarch:) Luego se hace conmemoración de la miseria presente, cuando se pide misericordia rezando tres veces *K y r' í e l e i -son* a la persona del Padre; tres veces *Chríste eleison* a la persona del Hijo, y tres veces *K y r i e eleison* al Espíritu Santo, en remedio a la triple miseria de la ignorancia, de la culpa y de la pena y para significar que las tres personas están uní-das en la Divinidad.

Se recuerda después la gloria eterna a la cual vamos, diciendo: " Gloria a Dios en las alturas " . Se dice en los días festivos que recuerdan la gloria, y se omite en los días de llanto que se hacen para recordar nuestra miseria.

Finalmente el sacerdote hace una oración por el pueblo para que sea encontrado digno de tan gran misterio.



Segundo: se hace una instrucción al pueblo fiel, porque este sacramento es misterio de fe. Instrucción que sirve de preparación, por la doctrina de los profetas y de los Apóstoles, la cual leen los lectores y subdiáconos; canta luego el coro el gradual que significa el adelantamiento y provecho de la vida del espíritu; el Aleluia que dice alegría espiritual o el Tracto significativo del gemido espiritual; todo eso debe conseguir el fiel de la anterior enseñanza.

Se instruye a continuación con perfección al pueblo, por el Evangelio de Jesucristo que lo leen los ministros superiores, los diáconos; y puesto que creemos a Cristo, como a verdad divina, luego se recita el Credo como testimonio de nuestro asentimiento a la fe de Cristo.

Así preparado el pueblo e instruido, se procede a la celebración del misterio que se ofrece como sacrificio, se consagra y se recibe como sacramento. Por eso primero se hace la oblación, luego la consagración y finalmente la comunión.

En la oblación se realiza la alabanza del pueblo, al cantar el ofertorio, como señal de alegría en los que ofrecen: además la oración del sacerdote que pide la aceptación de la oblación del pueblo.

Al llegar a la consagración, primero se despierta la devoción del pueblo en el prefacio, advirtiéndole que "debe tener levantado al Señor el corazón". Acabado el prefacio todo el pueblo alaba con los ángeles la divinidad de Cristo diciendo: "Santo, Santo, Santo", y la humanidad de El, con los niños que le acompañaron en Jerusalén, diciendo: "Bendito el que viene en el nombre del Señor".

Luego el sacerdote en secreto recuerda a aquellos por quienes se ofrece el sacrificio, a saber por la Iglesia universal, *por aquellos que están* colocados [constituidos] en la *sublimidad*" (I - Timot. cp. II) el Papa, el Obispo; especialmente otros por, quienes se ofrece o ellos mismos ofrecen el Sacrificio.

Conmemora a los santos cuyo patrocinio implora por los antes recordados al decir, "Uniéndonos y venerando la memoria en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, etc."

Así se prepara a la consagración, pidiendo el efecto de la misma: "La cual oblación, Dios, te rogamos... " Luego consagra por las palabras del Salvador diciendo: "Quien el día antes de padecer, tomó el pan . "

Se disculpa ante Dios de su atrevimiento, alegando la obediencia al mandato de Cristo, y dice: "Por lo que acordándonos, Señor... "

Pide además la aceptación del sacrificio realizado diciendo: "Sobre los cuales [dones] dignate mirar.."

Luego pide el efecto del sacrificio y del sacramento primero para aquellos que lo han de recibir realmente cuando dice: "Suplicantes, te rogamos, etc..." segundo para los que ya no lo pueden recibir, los difuntos: y así dice: "Acuérdate Señor también ... " tercero especialmente por los sacerdotes oferentes diciendo: "A nosotros pecadores tus siervos. . ."

Llega finalmente la Comunión. Se prepara al pueblo por la oración común que es el "Padre Nuestro... " en la que se pide el "pan de cada día ". Y luego por la oración privada del sacerdote al decir: "Líbranos, te rogamos, Señor, de todos los males..."

Se prepara también al pueblo por la paz que se da diciendo: "Cordero de Dios que quitas los pecados... danos la paz "; pues es el Sacramento de la unidad y de la paz. En las misas de difuntos. en que se ofrece el sacrificio, no por la paz *presente*, sino por el descanso de los muertos, se omite esta petición.

Luego sigue la recepción del Sacramento, recibéndolo primero el sacerdote y administrándolo después.

Por último se termina con una acción de gracias, alegrándose todo el pueblo por la recepción del misterio, lo cual se hace en la *Postcomunión* y en la oración de gracias recitada por el sacerdote, como hizo Cristo, que celebrada la cena, dijo el Himno, según está en el Evangelio. (Mat. 26).

Las demás cosas que se hacen en la celebración del misterio por palabras u obras sirven por representar algo de la Pasión de Cristo, como las bendiciones en forma de cruz, o las signaciones en la misma forma, la extensión de los brazos, la fracción de la hostia, etc...; o bien algo que se refiere al cuerpo místico de Cristo, la ablución de las manos, significando pureza de alma; la incensación, el buen olor de Cristo, la

elevación de las manos, orando por el pueblo, volviéndose al pueblo para darle el saludo del Señor, etc...; o bien por la reverencia del Sacramento, como nuevamente la incensación, la unión de los dedos del celebrante, para que no caigan las partículas adheridas, la ablución de los dedos, etc. Tal es la costumbre y uso de la Iglesia que no puede equivocarse, pues es dirigida por el Espíritu Santo **(1)**. Por eso define el Concilio de Trento: "Si alguien dijere que las ceremonias, vestiduras y signos externos que usa la Iglesia Católica en la celebración de la Misa, son estímulos de la impiedad más que oficios de piedad, sea anatematizado " . (Ses. XXII Canon 7). **(2)**

#### **Notas:**

**(1)** (S.Tomás - Ill - 82-aa-2-3-4-5).

**(2)** (D. 13. 954).

## **El sacrificio eucarístico**



### **La Eucaristía, fuente de vida divina**

En todas las páginas que preceden he procurado demostraros cómo Dios quiere hacernos partícipes de su vida y cómo la gracia de Cristo, elevándonos a la categoría de hijos de Dios, es el principio de la vida divina en nosotros. El Bautismo nos confiere esa gracia, que es el germen de la vida sobrenatural y como el río divino en su hontanar. Hay obstáculos que se oponen al desarrollo de esa vida y al crecimiento de ese río; ya os he dicho de qué modo debemos eliminarlos. Finalmente, en las dos últimas conferencias os he expuesto cuáles son las leyes generales que determinan la permanencia de esa vida en nuestras almas, y los medios de que disponemos para acrecentarla; cómo es preciso permanecer unidos a Cristo por la gracia santificante, y hacer todas y cada una de nuestras acciones por la gloria de su Padre, con intención recta y movidos de una ardiente caridad. Esta ley se extiende a toda nuestra actividad, y abarca todas nuestras obras, de cualquier naturaleza que sean.

Cuando un alma se peca de la grandeza de esta vida sobrenatural y se convence de que el fundamento de ella no es otro que nuestra unión con Cristo por la fe y por la caridad, aspira a la perfección de esa unión; anhela la plenitud de esa vida, que debe, según el pensamiento eterno de Dios, poseer en sí misma. Esta perfección ¿no será una utopía, una quimera?, se

pregunta el alma. No, no es pura entelequia; aunque parezca una cosa sublime e inasequible, puede y debe convertirse en realidad. «Esto es imposible para los hombres; para Dios todas las cosas son posibles» (Mt 19,26).

Es cierto, en efecto, que todos los esfuerzos de la naturaleza humana abandonada a sí misma, sin Cristo, no pueden hacernos avanzar un paso en la realización de esa unión, ni provocar el nacimiento y desarrollo de la vida que la unión engendra. Dios sólo es el dispensador del germen y crecimiento; es necesario, indispensable, como dice San Pablo (1Cor 3,6), que nosotros plantemos y reguemos; pero los frutos de vida no se producen sino por la savia de la gracia divina que Dios hace correr por nosotros.

Dios Nuestro Señor pone a nuestra disposición medios incomparables para mantener esa savia, pues si en cuanto es Bondad infinita y soberanamente eficaz, quiere hacernos participantes de su naturaleza y felicidad, como Sabiduría eterna, proporciona también los medios para el fin; de una virtualidad y eficacia a las que nada iguala si no es la dulzura con que esa sabiduría eterna obra: «Alcanza poderoso del uno al otro extremo y todo lo gobierna suavemente» (Sab 8,1).

Ahora bien, si después de haber considerado cómo Dios nos infunde en el Bautismo el germen de esta vida y las primicias de esta unión, y la ley general que rige su desarrollo, deseamos conocer, en concreto, los medios que Dios pone a nuestra disposición, veremos que se reducen principalmente a la oración y a la recepción del Sacramento de la Eucaristía.

Dios se ha comprometido con el alma que se dirige a El: «Si pedís alguna cosa a mi Padre en mi nombre, dice Jesús, os la concederá»; y añade: «Pedid y recibiréis, a fin de que vuestra alegría sea perfecta»; y esta alegría es la alegría de Cristo -«para que posean en toda su plenitud mi gozo» (Jn 16, 23-24)-, la alegría de su gracia, la alegría de su vida la cual, como río divino, nace de El y fluye hasta nosotros para regocijarnos (Sal 45,5).

La Eucaristía es el otro medio, mucho más poderoso aún. En la oración, Dios comunica sus dones con ciertas condiciones; en el sacramento de la Eucaristía, es el mismo Cristo quien se da a nosotros, la Eucaristía es propiamente el sacramento de la unión que alimenta y mantiene la vida divina en nosotros. A ella se refiere particularmente lo que dijo Nuestro Señor: «Yo he venido para dar a las almas la abundancia de la vida» (Jn 10,10). Al recibir a Cristo en la comunión, nos unimos a la vida misma.

Pero antes de darse al alma en alimento, Cristo se inmola, puesto que no se hace presente bajo las especies sacramentales sino en el sacrificio de la Misa. Por esta razón, debo, en primer lugar, tratar de la oblación del altar, aplazando para la próxima conferencia el hablaros de la comunión eucarística.

Digamos, pues, lo que es el sacrificio de la Misa y cómo hay en él virtualidad para irnos transformando en Jesús.

Este tema es inefable; el mismo sacerdote, para quien el sacrificio eucarístico es como el centro y el sol de su existencia, es incapaz de dar a comprender con su palabra las maravillas que el amor de Cristo ha acumulado en él. Todo lo que el hombre, simple criatura, puede decir de ese misterio, salido del corazón de un Dios, queda tan por debajo de la realidad, que después de decir todo cuanto se sabe de él, parece que no se ha dicho nada. Este misterio es tan santo y elevado que no hay tema que el sacerdote ame y a la vez tema tanto tratar.

Pidamos a la fe que nos ilumine, pues el sacrificio eucarístico es por excelencia un misterio de fe, *mysterium fidei*, y así, para comprender algo de él, es preciso recurrir a Cristo, repitiéndole las palabras de San Pedro, cuando Jesús anunció este misterio a los judíos, y varios de sus discípulos le abandonaron escandalizados: «¿A quién iremos, Señor, únicamente tú tienes palabras de vida eterna» (ib. 6,69), y sobre todo, creamos al amor, como dice San Juan (ib. 4,16). Nuestro Señor quiso instituir este sacramento en el instante en que iba a darnos, por su

Pasión, el testimonio más grande de su amor para con nosotros, y quiso que se perpetuase entre nosotros, «en memoria de El»; es como su último pensamiento y el testamento de su sagrado corazón: «Haced esto en memoria mía» (1Cor 11,24).

## **1. La Eucaristía considerada como sacrificio; trascendencia del sacerdocio de Cristo**

El Concilio de Trento, como sabéis, definió que la Misa es «un verdadero sacrificio», que recuerda y renueva la inmolación de Cristo en el Calvario. La Misa es ofrecida como «un verdadero sacrificio» (Sess 22, can.1). En «ese divino sacrificio», que se realiza en la Misa, se inmola de una manera incruenta el mismo Cristo que sobre el altar de la Cruz se ofreció de un modo cruento. No hay, por consiguiente, más que una sola víctima; el mismo Cristo que se ofreció sobre la Cruz es ofrecido ahora por ministerio de los sacerdotes; la diferencia, pues, consiste únicamente en el modo de ofrecerse e inmolarse (ib. cap.2).

El sacrificio del altar, según acabáis de ver por el Concilio de Trento, renueva esencialmente el del Gólgota, y no hay más diferencia que la del modo de oblación. Pues si queremos comprender la grandeza del sacrificio que se ofrece en el altar, debemos considerar un instante de dónde proviene el valor de la inmolación de la Cruz. El valor de un sacrificio depende de la dignidad del pontífice y de la calidad de la víctima por eso vamos a decir unas palabras del sacerdocio y del sacrificio de Cristo.

Todo sacrificio verdadero supone un sacerdocio, es decir, la institución de un ministro encargado de ofrecerlo en nombre de todos.- En la ley judía, el sacerdote era elegido por Dios de la tribu de Aarón y consagrado al servicio del Templo por una unción especial. Pero en Cristo el sacerdocio es trascendental; la unción que le consagra pontífice máximo es única: consiste en la gracia de unión que, en el momento de la Encarnación, une a la persona del Verbo la humanidad que ha escogido. El Verbo encarnado es «Cristo», que significa «ungido» no con una unción externa, como la que servía para consagrar a los reyes, profetas y sacerdotes del Antiguo Testamento, sino ungido por la divinidad, que se extiende sobre la humanidad, según dice el Salmista, «como aceite delicioso»; «Has amado la justicia y odiado la iniquidad; por eso te ungió el Señor, tu Dios, anteponiéndote a tus compañeros, con aceite de alegría» (Sal 44,8).

Jesucristo es «ungido», consagrado y constituido sacerdote y pontífice, es decir, mediador entre Dios y los hombres, por la gracia que le hace Hombre-Dios, Hijo de Dios, y en el momento mismo de esa unión. Y de esta suerte quien le constituye pontífice máximo es su Padre. Escuchemos lo que dice San Pablo: «Cristo no se glorificó a sí mismo para llegar a ser pontífice, sino que Aquel que le dijo (en el día de la Encarnación): «Tú eres mi Hijo; Te he engendrado hoy», le llamó para constituirle sacerdote del Altísimo» (Heb 5,5; +6, y 7,1).

De ahí, pues, que, por ser el Hijo único de Dios, Cristo podrá ofrecer el único sacrificio digno de Dios. Y nosotros oímos al Padre Eterno ratificar por un juramento esta condición y dignidad de pontífice: «El Señor lo juró, y no se arrepentirá de ello: Tú eres sacerdote por siempre, según el orden de Melquisedec» (Sal 109,4). ¿Por qué es Cristo sacerdote eterno? -Porque la unión de la divinidad y de la humanidad en la Encarnación, unión que le consagra pontífice, es indisoluble: «Cristo, dice San Pablo, posee un sacerdocio eterno porque El permanece siempre» (Heb 7,3).

Y ese sacerdocio es según «el orden», es decir, la semejanza «del de Melquisedec». San Pablo recuerda ese personaje misterioso del Antiguo Testamento, que representa, por su nombre y por su ofrenda de pan y vino, el sacerdocio y el sacrificio de Cristo. Melquisedec significa «Rey de justicia», y la Sagrada Escritura nos dice que era «Rey de Salem» (Gén 14,18; Heb 7,1), que quiere decir «Rey de paz». Jesucristo es Rey; El afirmó, en el momento de su Pasión, ante Pilato, su realeza: «Tú lo has dicho» (Jn 18,37). Es rey de justicia porque cumplirá toda justicia. Es rey de paz (Is 9,6) y vino para restablecerla en el mundo entre Dios y los hombres, y precisamente en su sacrificio fue donde la justicia, al fin satisfecha, y la paz, ya recobrada, pactaron, con un beso, su alianza (Sal 84,11).

Lo veis bien: Jesús, Hijo de Dios desde el momento de su Encarnación, es por esta razón el pontífice máximo y eterno y el mediador soberano entre los hombres y su Padre; Cristo es el pontífice por excelencia. Así, pues, su sacrificio posee, como su sacerdocio, un carácter de perfección única y de valor infinito.

## **2. Naturaleza del sacrificio; cómo los sacrificios antiguos no eran más que figuras; la inmolación del Calvario, única realidad; valor infinito de esta oblación**

Jesucristo comienza el ejercicio de su sacerdocio desde la Encarnación. «Todo pontífice ha sido, en efecto, instituido para ofrecer dones y sacrificios» (Heb 5,1); por eso convenía, o mejor dicho, era necesario que Cristo, pontífice supremo, tuviera también alguna cosa que ofrecer. ¿Qué es lo que va a ofrecer? ¿Cuál es la materia de su sacrificio? Veamos y consideremos lo que se ofrecía antes de El.

El sacrificio pertenece a la esencia misma de la religión; es tan antiguo como ella.

Desde que hay criaturas, parece justo y equitativo que reconozcan la soberanía divina, en eso consiste uno de los elementos de la virtud de religión, que es, a su vez, una manifestación de la virtud de justicia. Dios es el ser subsistente por sí mismo y contiene en sí toda la razón de ser de su existencia, es el ser necesario, independiente de todo otro ser, mientras que la esencia de la criatura consiste en depender de Dios. Para que la criatura exista, salga de la nada y se conserve en la existencia, para que luego pueda desplegar su actividad, necesita el concurso de Dios. Para conformarse, pues, con la verdad de su naturaleza, la criatura debe confesar y reconocer esta dependencia; y esta confesión y reconocimiento es la adoración. Adorar es reconocer con humildad la soberanía de Dios: «Venid, adoremos al Señor y postrémonos ante El... Porque El nos ha formado y no nosotros a nosotros mismos» (Sal 94,6, y Sal 99,3).

A decir verdad, en presencia de Dios, nuestra humillación debería llegar al anonadamiento, lo cual constituiría el homenaje supremo, aunque ni siquiera este anonadamiento sería bastante para expresar convenientemente nuestra condición de simples criaturas y la trascendencia infinita del Ser divino. Mas como Dios nos ha dado la existencia, no tenemos derecho a destruirnos por la inmolación de nosotros mismos, por el sacrificio de nuestra vida. El hombre se hace sustituir por otras criaturas, principalmente por las que sirven al sostenimiento de su existencia, como el pan, el vino, los frutos, los animales (Secreta del Jueves después del Domingo de Pasión). Por la ofrenda, la inmolación o la destrucción de esas cosas, el hombre reconoce la infinita majestad del Ser supremo, y eso es el sacrificio. Después del pecado, el sacrificio, a sus otros caracteres, une el de ser expiatorio.

Los primeros hombres ofrecían frutos, e inmolaban lo mejor que tenían en sus rebaños, para testimoniar así que Dios era dueño soberano de todas las cosas.

Más tarde, Dios mismo determinó las formas del sacrificio en la ley mosaica. Existían, en primer lugar, los holocaustos, sacrificios de adoración; la víctima era enteramente consumida; había los sacrificios pacíficos, de acción de gracias o de petición: una parte de la víctima era quemada, otra reservada a los sacerdotes, y la tercera se daba a aquellos por quienes se ofrecía el sacrificio. Se ofrecían finalmente -y éstos eran los más importantes de todos- sacrificios expiatorios por el pecado.

Todos estos sacrificios, dice San Pablo, no eran más que figuras (1Cor 10,11); «imperfectos y pobres rudimentos» (Gál 4,9); no agradaban a Dios sino en cuanto representaban el sacrificio futuro, el único que pudo ser digno de El: el sacrificio del Hombre-Dios sobre la Cruz. [Deus... legalium differentiam hostiarum unius sacrificii perfectione sanxisti. Secreta del 7º Domingo después de Pentecostés].

De todos los símbolos, el más expresivo era el sacrificio de expiación, ofrecido una vez al año por el gran sacerdote en nombre de todo el pueblo de Israel, y en el cual la víctima sustituía al

pueblo (Lev 15,9 y 16). ¿Qué vemos, en efecto? -Una víctima presentada a Dios por el sumo sacerdote. Este, revestido de los ornamentos sacerdotales, impone primero las manos sobre la víctima, mientras la muchedumbre del pueblo permanece postrada en actitud de adoración. ¿Qué significaba este rito simbólico? -Que la víctima sustituía a los fieles; representábalos delante de Dios, cargada, por decirlo así, con todos los pecados del pueblo. [Dios mismo, en el Levítico, había declarado que era El el autor de esta sustitución. Lev 17, 11]. Luego la víctima es inmolada por el sumo sacerdote, y este golpe, esta inmolación hiere moralmente a la multitud, que reconoce y deplora sus crímenes delante de Dios, dueño soberano de la vida y de la muerte. Después, la víctima puesta sobre la pira, es quemada y sube ante el trono de Dios, in odorem suavitatis símbolo de la ofrenda que el pueblo debía hacer de sí mismo a Aquel que es, no sólo su primer principio, sino también su último fin. El sumo sacerdote, habiendo rociado los ángulos del altar con la sangre de la víctima, penetra en el santo de los santos para derramarla también delante del arca de la Alianza, y a continuación de este sacrificio, Dios renovaba el pacto de amistad que había concertado con su pueblo.

Todo esto, ya os lo he dicho, no era más que alegoría. ¿En qué consiste la realidad? -En la inmolación sangrienta de Cristo en el Calvario, Jesús, dice San Pablo, se ha ofrecido El mismo a Dios por nosotros como una oblación y un sacrificio de agradable olor (Ef 5,2). Cristo ha sido propuesto por Dios a los hombres como la víctima propiciatoria en virtud de su sangre, por medio de la fe (Rom 3,25).

Pero notad bien que Cristo Jesús consumió su sacrificio en la cruz. Lo inauguró desde su Encarnación, aceptando el ofrecerse a sí mismo por todos los hombres.- Ya sabéis que el más mínimo padecimiento de Cristo, considerado en sí mismo, hubiera bastado para salvar al género humano; siendo Dios, sus acciones tenían, a causa de la dignidad de la persona divina, un valor infinito. Pero el Padre Eterno ha querido, en su sabiduría incomprensible, que Cristo nos rescatase con una muerte sangrienta en la Cruz. Ahora bien, nos dice expresamente San Pablo que este decreto de la adorable voluntad de su Padre, Cristo lo aceptó desde su entrada en el mundo. Jesucristo, en el momento de la Encarnación, vio con una sola mirada todo cuanto había de padecer por la salvación del género humano, desde el pesebre hasta la cruz, y entonces se consagró a cumplir enteramente el decreto eterno, e hizo la ofrenda voluntaria de su propio cuerpo para ser inmolado. Oigamos a San Pablo: «Cristo, entrando en el mundo, dice a su Padre: No quisiste ni víctimas ni ofrendas, pero me adaptaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces dije: Heme aquí... Vengo, oh Dios mío, a hacer tu voluntad» (Heb 10,5 y 8-9). Y habiendo comenzado así la obra de su sacerdocio por la perfecta aceptación de la voluntad de su Padre y la oblación de sí mismo, Jesucristo consumió el sacrificio sobre la Cruz con una muerte sangrienta. Inauguró su Pasión renovando la oblación total que había hecho de sí mismo en el momento de la Encarnación. «Padre, dijo al ver el cáliz de dolores que se le presentaba, no lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres»; y su última palabra antes de expirar será: «Todo está cumplido» (Jn 19,30).

Considerad por algunos instantes este sacrificio y veréis que Jesucristo realizó el acto más sublime y rindió a Dios su Padre el homenaje más perfecto.- El pontífice es El, Dios-Hombre, Hijo muy amado. Es verdad que ofreció el sacrificio de su naturaleza humana, puesto que sólo el hombre puede morir; es verdad también que esta oblación fue limitada en su duración histórica; pero el pontífice que la ofrece es una persona divina, y esta dignidad confiere a la inmolación un valor infinito.- La víctima es santa, pura, inmaculada, pues es el mismo Jesucristo; El, cordero sin mancha, que con su propia sangre, derramada hasta la última gota como en los holocaustos, borra los pecados del mundo. Jesucristo ha sido inmolado en vez de nosotros; nos ha sustituido; cargado de todas nuestras iniquidades, se hizo víctima por nuestros pecados. «Dios cargó sobre El las iniquidades de todos nosotros» (Is 53,6).- Jesucristo, en fin, ha aceptado y ofrecido este sacrificio con una libertad llena de amor: «No se le ha quitado la vida sino porque El ha querido» (Jn 5,18); y El lo ha querido únicamente «porque ama a su Padre». «Obro así para que conozca el mundo que amo al Padre» (Jn 14,31).

De esta inmolación de un Dios, inmolación voluntaria y amorosa, ha resultado la salvación del género humano: la muerte de Jesús nos rescata, nos reconcilia con Dios, restablece la alianza

de donde se derivan para nosotros todos los bienes, nos abre las puertas del cielo, nos hace herederos de la vida eterna. Este sacrificio basta ya para todo; por eso, cuando Jesucristo muere, el velo del templo de Israel se rasga por medio, para mostrar que los sacrificios antiguos quedaban abolidos para siempre, y reemplazados por el único sacrificio digno de Dios. En adelante, no habrá salvación, no habrá santidad, sino participando del sacrificio de la Cruz, cuyos frutos son inagotables: «Por esta oblación única, dice San Pablo, Cristo ha procurado para siempre la perfección a los que han de ser santificados» (Heb 10,14).

### **3. Se reproduce y renueva por el sacrificio de la Misa**

No os extrañéis que me haya extendido tratando del sacrificio del Calvario; esta inmolación se reproduce en el altar: el sacrificio de la Misa es el mismo que el de la Cruz. No puede haber, en efecto, otro sacrificio, sino el del Calvario; esta oblación es única, dice San Pablo; es suficientísima, pero Nuestro Señor ha querido que se continúe en la tierra para que sus méritos sean aplicados a todas las almas.

¿Cómo ha provisto Jesús a la realización de este su deseo, puesto que ya subió a los cielos? Es verdad que sigue siendo eternamente el Pontífice por excelencia; pero, por el sacramento del Orden, ha escogido a ciertos hombres, a quienes hace participantes de su sacerdocio. Cuando el obispo extiende, en la ordenación, las manos para consagrar a los sacerdotes, la voz de los ángeles repite sobre cada uno: «Tú eres sacerdote para siempre; el carácter sacerdotal que recibes, nunca te será quitado; ese carácter lo recibes de manos de Jesucristo, y su Espíritu es quien toma posesión de ti para convertirte en ministro de Jesucristo». Jesús va a renovar su sacrificio por medio de los hombres.

Veamos lo que se verifica en el altar. ¿Qué es lo que vemos? -Después de algunas oraciones preparatorias y algunas lecturas, el sacerdote ofrece el pan y el vino: es la «ofrenda» u «ofertorio»; esos elementos serán muy pronto transformados en el cuerpo y en la sangre de Nuestro Señor. El sacerdote invita luego a los fieles y a los espíritus celestiales a rodear el altar, que va a convertirse en un nuevo Calvario, a acompañar con alabanzas y homenajes la acción santa. Después de lo cual, entra silenciosamente en comunicación más íntima con Dios, llega el momento de la consagración: extiende las manos sobre las ofrendas como el sumo sacerdote lo hacía en otro tiempo sobre la víctima que iba a inmolar, recuerda todos los gestos y todas las palabras de Jesucristo en la última cena, en el momento de instituir este sacrificio: «En el día antes de padecer»; después, identificándose con Jesucristo, pronuncia las palabras rituales: «Este es mi cuerpo», «Esta es mi sangre»... Estas palabras verifican el cambio del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo. Por su voluntad expresa y su institución formal, Jesucristo se hace presente, real y sustancialmente, con su divinidad y su humanidad, bajo las especies, que permanecen y le ocultan a nuestra vista.

Pero, como sabéis, la eficacia de esta fórmula es más extensa: por estas palabras, se realiza el sacrificio. En virtud de las palabras: «Este es mi cuerpo», Jesucristo, por mediación del sacerdote, pone su carne bajo las especies del pan; por las palabras: «Esta es mi sangre», pone su sangre bajo las especies del vino. Separa de ese modo, místicamente, su carne y su sangre, que, en la Cruz, fueron físicamente separadas; separación que le produjo la muerte. Después de su resurrección, Jesucristo no puede ya morir, «la muerte no hará presa en El ya nunca más» (Rom 6,9); la separación del cuerpo y de la sangre, que se verifica en el altar, es mística. «El mismo Cristo que fue inmolado sobre la Cruz es inmolado en, el altar, aunque de un modo diferente»; y esta inmolación, acompañada de la ofrenda, constituye un verdadero sacrificio. [In hoc divino sacrificio quod in Missa peragitur, idem ille Christus continetur et immolatur, qui in ara crucis seipsum cruentum obtulit. Conc. Trid., Sess. XXII, cap.2].

La comunión consume el sacrificio; es el último acto importante de la Misa.- El rito de la manducación de la víctima acaba de expresar la idea de sustitución, y sobre todo, de alianza, que se encuentra en todo sacrificio. Uniéndose tan íntimamente a la víctima que le ha sustituido, el hombre se inmola a su vez, si así puede decirse; siendo la hostia una cosa santa y



sagrada, al comerla, uno se apropia, en cierto modo, la virtud divina que resulta de su consagración.

En la Misa, la víctima es el mismo Jesucristo, Dios y Hombre; por eso la comunión es por excelencia el acto de unión a la divinidad; es la mejor y más íntima participación en los frutos de alianza y de vida divina que nos ha procurado la inmolación de Cristo.

Así, pues, la Misa no es sólo una simple representación del sacrificio de la Cruz; no tiene únicamente el valor de un simple recuerdo, sino que es un verdadero sacrificio, el mismo del Calvario, el cual reproduce y prolonga, y cuyos frutos aplica.

#### **4. Frutos inagotables del sacrificio del altar; homenaje de perfecta adoración, sacrificio de propiciación plenaria; única acción de gracias digna de Dios; sacrificio de poderosa impetración**

Los frutos de la Misa son inagotables, porque son los frutos mismos del sacrificio de la Cruz. El mismo Jesucristo es quien se ofrece por nosotros a su Padre. Es verdad que después de la Resurrección no puede ya merecer; pero ofrece los méritos infinitos adquiridos en la Pasión; y los méritos y las satisfacciones de Jesucristo conservan siempre su valor, al modo como El mismo conserva siempre, juntamente con el carácter de pontífice supremo y de mediador universal, la realidad divina de su sacerdocio. Ahora bien, después de los sacramentos, en la Misa es donde, según el Santo Concilio de Trento, tales méritos nos son particularmente aplicados con mayor plenitud. [Oblationis cruentæ fructus per hanc incruentam uberrime percipiuntur. Sess. XXII, cap.2]. Y por eso, todo sacerdote ofrece cada Misa no sólo por sí mismo, sino «por todos los que a ella asisten, por todos los fieles, vivos y difuntos» [Suscipe, sancte Pater omnipotens... hanc immaculatam hostiam... pro omnibus circumstantibus, sed et pro omnibus fidelibus christianis vivis atque defunctis: ut mihi et illis proficiat ad salutem in vitam æternam]. ¡Tan extensos e inmensos son los frutos de este sacrificio, tan sublime es la gloria que procura a Dios!

Así, pues, cuando sintamos el deseo de reconocer la infinita grandeza de Dios y de ofrecerle, a pesar de nuestra indigencia de criaturas, un homenaje que sea, con seguridad aceptado, ofrezcamos el santo sacrificio, o asistamos a él, y presentemos a Dios la divina víctima el Padre Eterno recibe de ella, como en el Calvario, un homenaje de valor infinito, un homenaje perfectamente digno de sus inefables perfecciones.

Por Jesucristo, Dios y Hombre, inmolado en el altar, se da al Padre todo honor y toda gloria. [Per ipsum et cum ipso et in ipso et tibi Deo Patri omnipotenti... omnis honor et gloria per omnia sæcula sæculorum. Ordinario de la Misa]. No hay, en la religión, acción que calme tanto al alma convencida de su nada, y ávida, no obstante esto, de rendir a Dios homenajes dignos de la grandeza divina. Todos los homenajes reunidos de la creación y del mundo de los escogidos no dan al Padre Eterno tanta gloria como la que recibe de la ofrenda de su Hijo. Para llegar a comprender el valor de la Misa, es necesaria la fe, esa fe que es a modo de participación del conocimiento que Dios tiene de sí mismo y de las cosas divinas. A la luz de la fe, podemos considerar el altar, tal como lo considera el Padre celestial. ¿Qué es lo que ve el Eterno Padre sobre el altar en que se ofrece el santo sacrificio? Ve «al Hijo de su amor» [Filius dilectionis suæ. Sess XXII, cap.2], al Hijo de sus complacencias, presente, con toda verdad y realidad, y renovando el sacrificio de la Cruz. El precio y valor de las cosas lo tasa Dios en proporción de la gloria que éstas le tributan; pues bien, en este sacrificio, como en el Calvario, recibe una gloria infinita por mediación de su amado Hijo; de suerte que no pueden ofrecerse a Dios homenajes más perfectos que éste, que los contiene y excede a todos.

El santo sacrificio es también fuente de confianza y de perdón.

Cuando nos abate el recuerdo de nuestras faltas y procuramos reparar nuestras ofensas y satisfacer más ampliamente a la justicia divina, para que nos absuelva de las penas del pecado,

no hallamos medio más eficaz ni más consolador que la Misa. Oíd lo que a este propósito dice el Concilio de Trento: «Mediante esta oblación de la Misa Dios, aplacado, otorga la gracia y el don de la penitencia perdona los crímenes y los pecados, aun los más horrendos». [Si así podemos expresarnos, la Eucaristía como Sacramento procura (o, si se quiere, tiene por fin primario) la gracia in recto (directa o formalmente), y la gloria de Dios in obliquo (indirectamente), en tanto que el santo sacrificio procura in recto la gloria de Dios, e in obliquo la gracia de la penitencia y de la contrición por los sentimientos de compunción que excita en el alma]. ¿Quiere esto decir que la Misa perdona directamente los pecados? -No, ése es privilegio reservado únicamente al sacramento de la Penitencia y a la perfecta contrición; pero la Misa contiene abundantes y eficaces gracias, que iluminan al pecador y le mueven a hacer actos de arrepentimiento y de contrición, que le llevarán a la penitencia y por ella le devolverán la amistad con Dios (Conc. Trid. XXII, c. 1). Si esto puede decirse con verdad del pecador a quien aun no ha absuelto la mano del sacerdote, con sobrada razón podrá decirse de las almas justificadas, que anhelan una satisfacción tan completa como sea posible de sus faltas y que llegue a colmar el deseo que tienen de repararlas. ¿Por qué así? -Porque la Misa no es solamente un sacrificio laudatorio o un mero recuerdo del de la Cruz es verdadero sacrificio de propiciación, instituido por Jesucristo opara aplicarnos cada día la virtud redentora de la inmolación de la Cruz» (Secreta del Domingo IX después de Pentecostés). De ahí que veamos al sacerdote, aun cuando ya disfruta de la gracia y amistad de Dios, ofrecer este sacrificio «por sus pecados, sus ofensas y sus negligencias sin número». La divina víctima aplaca a Dios y nos le vuelve propicio. Por tanto, cuando la memoria de nuestras faltas nos acongoja, ofrezcamos este sacrificio: en él se inmola por nosotros Jesucristo: «Cordero de Dios que quita los pecados del mundo» y que «renueva, cuantas veces se sacrifica, la obra de nuestra redención» (Sal 83,10). ¡Qué confianza, pues, no debemos tener en este sacrificio expiatorio! Por grandes que sean nuestras ofensas y nuestra ingratitud, una sola Misa da más gloria a Dios que deshonra le han inferido, digámoslo así, todas nuestras injurias. «¡Oh Padre Eterno, dignaos echar una mirada sobre este altar, sobre vuestro Hijo, que me ama y se entregó por mí en la cima del Calvario, y que ahora os presenta en favor mío sus satisfacciones de valor infinito: "mirad al rostro de vuestro Hijo" (+Rom 5, 8-9), y dad al olvido las faltas que yo cometí contra vuestra soberana bondad! Os ofrezco esta oblación, en la que encontráis vuestras complacencias, como reparación de todas las injurias inflingidas a vuestra divina majestad». Semejante oración indudablemente será atendida por Dios, por cuanto se apoya en los méritos de su Hijo, que por su Pasión todo lo ha expiado.

Otras veces lo que nos embarga es la memoria de las misericordias del Señor: el beneficio de la fe cristiana que nos ha abierto el camino de la salvación y hecho participantes de todos los misterios de Cristo, en espera de la herencia de la eterna bienaventuranza; una infinidad de gracias que desde el Bautismo se van escalonando en el camino de toda nuestra vida. Al echar una mirada retrospectiva, el alma siéntese como abrumada a la vista de las gracias innumerables de que Dios, a manos llenas, la ha colmado; y entonces, fuera de sí por verse objeto de la divina complacencia, exclama: «Señor, ¿qué podré daros yo, miserable criatura, a cambio de tantos beneficios? ¿Qué os daré que no sea indigno de Vos?» Aunque Vos «no tengáis necesidad de mis bienes» (Sal 15,2), sin embargo, es justo que os muestre gratitud por vuestra infinita liberalidad para conmigo; siento esta necesidad en lo íntimo de mi ser «¿cómo, pues, satisfacerla, Señor y Dios mío, de una manera digna a la vez de vuestra grandeza y de vuestros beneficios?» (ib. 115,12). «¿Con qué corresponderé al Señor por todos los beneficios que de El he recibido?» Tal es la exclamación del sacerdote después de la sunción de la Hostia. Y, ¿cual es la respuesta que en sus labios pone la Iglesia? «Tomaré el cáliz de la salud»... La Misa es la acción de gracias por excelencia, la más perfecta y la más grata que podemos ofrecer a Dios. Leemos en el Evangelio que, antes de instituir este sacrificio, Nuestro Señor «dio gracias» a su Padre: eujaristesas. San Pablo usa de la misma expresión, y la Iglesia ha conservado este vocablo con preferencia a cualquier otro, sin querer con esto excluir los otros caracteres de la Misa, para significar la oblación del altar: sacrificio eucarístico, esto es, sacrificio de acción de gracias. Ved cómo, en todas las misas, después del ofertorio y antes de proceder a la consagración, el sacerdote, a ejemplo de Jesucristo, entona un cántico de acción de gracias: «Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, Señor santo Dios omnipotente, el tributaros siempre y en todo lugar acciones de gracias... Por Jesucristo Señor

nuestro» (Prefacio de la Misa). Tras esto, inmola la Víctima Sacrosanta: Ella es quien rinde las debidas gracias por nosotros y quien agradece en su justo valor, pues Jesús es Dios, los beneficios todos que desde el cielo, y del seno del Padre de las luces descienden sobre nosotros (Sant 1,17). Por mediación de Jesucristo, nos han sido otorgados, y por El asimismo, toda la gratitud del alma se remonta hasta el trono divino. Finalmente, la Misa es sacrificio de impetración.

Nuestra indigencia no tiene límites: necesidad tenemos incesantemente de luz, de fortaleza y de consuelo: pues en la Misa es donde hallaremos todos estos auxilios.- Porque, en efecto, en este sacramento está realmente Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; Yo soy el camino; Yo soy la verdad, Yo soy la vida. Venid a Mí todos los que andáis trabajados, que Yo os aliviare. Si alguien viniere a Mí, no lo rechazaré» (Jn 7,37). Es el mismo Jesús, que «pasó por doquier haciendo bien» (Hch 10,38); que perdonó a la Samaritana, a Magdalena y al Buen Ladrón, pendiente ya en la Cruz; que libraba a los posesos, sanaba a los enfermos, restituía la vista a los ciegos y el movimiento a los paralíticos; el mismo Jesús que permitió a San Juan reclinar su cabeza sobre su sagrado corazón. Con todo, es de advertir, que en el altar se halla de modo y a título especial, a saber, como víctima sacrosanta que se está ofreciendo a su Padre por nosotros; inmolado y, con todo, vivo y rogando por nosotros. «Siempre vivo para interceder por nosotros» (Heb 7,25). Ofrenda también sus infinitas satisfacciones a fin de obtenernos las gracias que nos son necesarias para conservar la vida espiritual en nuestras almas; apoya nuestras peticiones y nuestras súplicas con sus valiosos méritos; así que nunca estaremos más ciertos que en este momento propicio de alcanzar las gracias que necesitamos. San Pablo, al hablar precisamente del «Pontífice soberano que penetró por nosotros en los cielos y que está lleno de piedad para con aquellos a quienes se digna llamar hermanos suyos, dice refiriéndose al altar donde Cristo se inmola que es el trono de la gracia, al que debemos acercarnos con plena confianza, a fin de alcanzar la gracia y ser socorridos en la hora oportuna» (Heb 4,16).

Notad estas palabras de San Pablo: Cum fiducia: «confianza», es la condición imprescindible para ser atendido. Hemos, pues, de ofrecer el santo sacrificio, o asistir a él con fe y confianza. No obra en nosotros este sacrificio a la manera de los sacramentos, ex opere operato; sus frutos son inagotables, pero, en general, son proporcionados a nuestras disposiciones interiores. Cada Misa contiene un infinito potencial de perfección y santidad; pero según sea nuestra fe y nuestro amor, así serán las gracias que en ella obtengamos. Habréis reparado en que cuando el celebrante hace memoria, antes de la consagración, de aquellos que quiere recomendar a Dios, termina mencionando «a todos los asistentes», pero con la particularidad de que indica las disposiciones propias de cada uno. «Acordaos, Señor... de todos los fieles aquí presentes, cuya fe y devoción os son conocidas» [Et omnium circumstantium quorum tibi fides cognita est et nota devotio. Canon de la Misa]. Estas palabras nos dicen que las gracias que fluyen de la Misa nos son otorgadas en la medida de la intensidad de nuestra fe y de la sinceridad de nuestra devoción. Tocante a la fe, ya os he dicho lo que es; mas esa nota devotio, ¿qué puede ser? -No es otra cosa que la entrega pronta y completa de todo nuestro ser a Dios, a su voluntad y a su servicio; Dios, que es el único que escudriña el fondo de nuestros corazones, ve si nuestro deseo y nuestra voluntad de serle fieles y de ser todo para El son sinceros. Caso de que así sea, formaremos parte de aquellos «cuya fe y devoción os son conocidas», por quienes el sacerdote ora especialmente y que harán abundante acopio en el tesoro inagotable de los méritos de Jesucristo, que, a través de la santa Misa, se pone de nuevo a su disposición.

Si, pues, tenemos la convicción profunda de que todo nos viene del Padre celestial por mediación de Jesucristo; que Dios ha depositado en El todos los tesoros de santidad a que los hombres pueden aspirar; que este mismo Jesús está sobre el altar, con todos estos tesoros, no sólo presente, sino también ofreciéndose por nosotros a la gloria de su Padre, tributándole de este modo el homenaje en que más se complace y perpetuando la renovación del sacrificio de la Cruz, a fin de que así podamos aprovecharnos de su soberana eficacia; si tenemos, repito, esta convicción profunda, estad ciertos de que podremos solicitar y conseguir cualquier género de gracia. Porque, en estos solemnes momentos, es lo mismo que si nos halláramos en compañía de la Santísima Virgen, de San Juan y de la Magdalena, al pie de la Cruz, y junto a la

fuente misma de donde mana toda salud y toda redención. ¡Ah, si conociésemos el don de Dios!... ¡Si supiéramos de qué tesoros disponemos, tesoros que podríamos utilizar en favor nuestro y de la Iglesia universal!...

### **5. Intima participación en la oblación del altar por nuestra unión con Cristo, Pontífice y víctima**

Sin embargo, no debemos detenernos aquí, si ansiamos investigar cumplidamente las intenciones que tuvo Jesucristo al instituir el santo sacrificio, las mismas que expresa la Iglesia, Esposa suya, en las ceremonias y palabras que acompañan a la oblación. Valiéndonos de este divino sacrificio, podemos, ya os lo he dicho, ofrecer a Dios un acto de adoración perfecto, solicitar la remisión completa de nuestras faltas, tributarle dignas acciones de gracias, y obtener la luz y fortaleza que necesitamos. Pero, con todo, estas disposiciones del alma, por excelentes que sean, es posible que no pasen de actos y disposiciones de un mero espectador que asiste con devoción, mas sin tomar parte activa en la acción santa.

Hay una participación más íntima y debemos esforzarnos por lograrla. ¿Qué participación es ésta? -No otra que la de identificarnos, lo más completamente que sea posible, con Jesucristo en su doble calidad de pontífice y de víctima a fin de transformarnos en El. ¿Es esto hacedero? -Ya os dije que en el instante mismo de la Encarnación, Jesucristo quedó consagrado pontífice, y que sólo en cuanto hombre pudo ofrecerse a Dios en holocausto. Así, pues, en su Encarnación, el Verbo asoció a sus misterios y a su Persona, por mística unión, a la humanidad entera; es ésta una verdad de la que os he hablado largamente y que deseo tengáis siempre presente. Toda la humanidad está llamada a constituir un cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, una sociedad de la que El es Jefe y cuyos miembros somos nosotros. Por ley natural, los miembros no pueden separarse de la cabeza ni ser ajenos a su acción. La acción por excelencia de Jesucristo, que resume toda su vida y le confiere todo su valor, es su sacrificio. Al modo que asumió en sí nuestra naturaleza humana, excepto el pecado, de igual manera quiere hacernos participar del misterio capital de su vida. Sin duda que no estábamos corporalmente en el Calvario cuando El se inmoló por nosotros, ocupando el lugar que debíamos ocupar nosotros, mas quiso -son palabras del Concilio de Trento- que su sacrificio se perpetuase, con su inagotable virtud, por la acción de su Iglesia y de sus ministros [Seipsum ab Ecclesia, per sacerdotes sub signis sensibilibus immolandum. Sess XXII, cap.1].

Verdad es que sólo los presbíteros que son admitidos, por el sacramento del Orden, a participar del sacerdocio de Cristo, tienen el derecho de ofrecer oficialmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo.- Sin embargo, todos los fieles pueden, claro está que a título inferior, pero verdadero, ofrecer la sagrada hostia. Por el Bautismo, participamos en algún modo del sacerdocio de Cristo, por lo mismo que participamos de la vida divina de Jesucristo, con sus cualidades y diferentes estados. El es Rey, reyes somos con El; es Sacerdote, sacerdotes somos con El. Oíd lo que a este propósito dice San Pedro a los recién bautizados: «Sois un pueblo escogido, una familia regia y sacerdotal, una nación santa, un pueblo que Dios ha adquirido» (1Pe 2,9) [+Ap 1,5-6. «A Aquel que nos amó, que nos purificó de nuestros pecados con su sangre y que nos hizo reyes y sacerdotes de Dios, su Padre, a El sea la gloria y poderío»]. Así, pues, los fieles pueden ofrecer, en unión con el sacerdote, la hostia sacrosanta.

Las oraciones con que la Iglesia acompaña este divino sacrificio nos dan a conocer con evidencia que los asistentes tienen también su parte en la oblación.- Así, ¿cuáles son las palabras que el sacerdote profiere, terminado el ofertorio, al volverse por última vez hacia el pueblo, antes del canto del Prefacio? «Orad, hermanos, para que mi sacrificio, también vuestro, sea aceptado por Dios Padre omnipotente» [Orate, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem]. De igual manera, en la oración que antecede a la consagración, el celebrante pide a Dios que tenga a bien acordarse de los fieles presentes, de «aquellos, dice, por quienes te ofrecemos este sacrificio, o que ellos mismos te lo ofrecen por sí y por sus allegados» [Memento, Domine, famulorum tuorum... pro quibus tibi offerimus vel qui tibi offerunt hoc sacrificium laudis, pro se suisque omnibus]. Y al punto, extendiendo las manos sobre la oblata, ruega a Dios se digne aceptarla «como sacrificio de

toda la familia espiritual» congregada en torno del altar [Hanc igitur oblationem servitutis nostræ sed et cunctæ familiæ tuæ quæsumus, Domine, ut placatus accipias]. Bien se echa de ver, por lo dicho, que los fieles, en unión con el sacerdote, y, por él, con Jesucristo, ofrecen este sacrificio. Cristo es el Pontífice supremo y principal, el sacerdote es el ministro por El elegido, y los fieles, en su grado, participan de este divino sacerdocio y de todos los actos de Jesucristo.

«Asistamos, pues, con atención; sigamos al sacerdote, que actúa en nombre nuestro y por nosotros habla, acordémonos de la antigua costumbre de ofrecer cada uno el pan y el vino para suministrar la materia de este celestial sacrificio. Si la ceremonia ha cambiado, el espíritu, esto no obstante, es el mismo; todos ofrecemos con el sacerdote; nos solidarizamos con todo lo que él hace, con todo lo que él dice... Ofrezcamos, sí, pero ofrezcamos con él, ofrezcamos a Jesucristo, y ofrezcámonos a nosotros mismos con toda la Iglesia católica, diseminada por todo el orbe» (Bossuet, Meditaciones sobre el Evangelio).

No es el único punto de semejanza que tenemos con Jesucristo el que acabamos de enunciar. Cristo es pontífice, pero también es víctima, y es deseo de su divino corazón el que compartamos con El esta cualidad. Precisamente esta disposición de víctimas es lo que principalmente nos capacita para llegar a la santidad.

Detengamos por un momento nuestra consideración en la materia del sacrificio, a saber, en el pan y en el vino que han de ser transmutados en el cuerpo y la sangre del Señor. Los Padres de la Iglesia han insistido sobre el significado simbólico de ambos elementos. El pan está formado por granos de trigo molidos y unidos para formar una sola masa; el vino, por las uvas reunidas y prensadas para fabricar un solo líquido: ved ahí la imagen de la unión de los fieles con Cristo y de los fieles todos entre sí.

En el rito griego, esta unión de los fieles con Jesucristo en su sacrificio, se patentiza con toda la viveza de las figuras orientales. Al comienzo de la Misa el celebrante, con una lanceta de oro, divide el pan en diferentes fragmentos y asigna a cada uno de éstos, con una oración especial, la misión de representar a las personas o a las distintas categorías de personas en cuyo honor, o en cuyo beneficio, se ofrecerá el sacrificio augusto. La primera porción representa a Jesucristo; la segunda a la Santísima Virgen como corredentora; otras a los Apóstoles, Mártires, Vírgenes, al Santo del día y a toda la corte de la Iglesia triunfante. Siguen los fragmentos reservados a la Iglesia purgante y a la Iglesia militante; al Soberano Pontífice, a los Obispos y a los fieles asistentes. Acabada esta ceremonia, el sacerdote deposita todas las porciones sobre la patena y las ofrece a Dios, ya que todas serán luego transformadas en el cuerpo de Jesucristo. Esta ceremonia simboliza lo íntima que debe ser nuestra unión con Cristo en este sacrificio. Si la liturgia latina es más sobria en este particular, no es menos expresiva. Así, conserva una ceremonia de origen muy antiguo, que el celebrante no puede omitir so pena de falta grave, y que muestra a las claras que debemos ser inseparables de Jesucristo en su inmolación. Me refiero a lo que hace, al tiempo del ofertorio, mezclando un poco de agua con el vino que puso en el cáliz. ¿Cuál es el significado de esta ceremonia? La oración de que va acompañada nos proporciona la clave para comprender su significado: «Oh Dios, que formaste al hombre en un estado tan noble y, por la obra de la Encarnación, lo restableciste de un modo aun más admirable, haz, te suplicamos, que por el misterio de esta agua y de este vino seamos participantes de la divinidad de Aquel que se dignó formar parte de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro que, siendo Dios, vive y reina contigo en unidad con el Espíritu Santo, por todos los siglos». Al punto, el celebrante ofrece el cáliz para que Dios lo reciba in odorem suavitatis: «como suave aroma». Así, pues, el misterio que simboliza esta mezcla del agua con el vino es, en primer lugar, la unión verificada, en la persona de Cristo, de la divinidad con la humanidad; misterio del que resulta otro que señala también esta oración, a saber, nuestra unión con Cristo en su sacrificio. El vino representa a Cristo, y el agua figura al pueblo, como ya lo decía San Juan en el Apocalipsis, y confirmó el Concilio de Trento [Aquæ populi sunt. (Ap 17,15). Hac mixtionem, ipsius populi fidelis cum capite Christo unio representatur. Sess XXII, c. 7].

Debemos, pues, asociarnos a Jesucristo en su inmolación y ofrecernos con El, para que nos tome consigo, e inmolándonos, en unión suya, nos presente a su Padre, en olor agradable; la ofrenda que, unida con la de Jesucristo, hemos de donar, no es otra que la de nosotros mismos. Si los fieles participan, por el Bautismo, del sacerdocio de Cristo, es, dice San Pedro, «para ofrecer sacrificios espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo» (1Pe 2,15). Tan cierto es esto, que repetidas veces en la oración que sigue a la ofrenda dirigida a Dios, antes del solemne momento de la consagración, la Iglesia atestigua esta unión de nuestro sacrificio con el de su divino Esposo. «Dígnate, Señor -son sus palabras-, santificar estos dones, y aceptando el ofrecimiento que te hacemos de esta hostia espiritual, haz de nosotros una oblación eterna para gloria tuya por Jesucristo Nuestro Señor» [Propitius, Domine, quæsumus, hæc dona sanctifica, et hostiæ spiritualis oblatione suscepta, nosmetipsos tibi perface munus æternum. Misa del lunes de Pentecostés. Esta oración (secreta) está también en la Misa de la fiesta de la Santísima Trinidad].

Mas, para que así seamos aceptos a los ojos de Dios, preciso es que nuestra oblación vaya unida a la que Jesucristo hizo de su persona sobre la Cruz y que renueva sobre el altar; porque Nuestro Señor, al inmolarse, ocupó nuestro lugar, nos reemplazó; y por esta razón, el mismo golpe mortal que lo hizo sucumbir, nos dio mística muerte a nosotros. «Si murió uno por todos, luego todos murieron» (2Cor 5,14). Por lo que a nosotros toea, sólo moriremos con El si nos asociamos a su sacrificio en el altar. ¿Y cómo nos uniremos a Jesucristo en esta condición suya de víctima? Muy sencillo: imitándolo en ese total rendimiento al beneplácito, divino.

Dios debe disponer con entera libertad de la víctima que se le inmola; y por lo mismo, nuestra disposición de ánimo debe ser la de abandonar todas las cosas en las manos de Dios, debemos realizar actos de renunciamiento y mortificación, y aceptar los padecimientos, las pruebas y las cruces cotidianas por amor de El, de tal suerte que podamos decir, como dijo Jesucristo momentos antes de su Pasión: «Obro de este modo para que conozca el mundo que amo al Padre» (Jn 14,31). Esto será ofrecerse verdaderamente con Jesucristo. Así, pues, cuando ofrecemos al Eterno Padre su divino Hijo y realizamos al mismo tiempo la oblación de nosotros mismos con la de la «sagrada hostia» en disposiciones semejantes a las que animaban al deífico Corazón de Jesús sobre el ara de la Cruz, como son: amor intenso a su Padre y a nuestros prójimos, ardiente deseo de la salvación de las almas, total abandono a la voluntad y decisiones del Todopoderoso, en particular si son penosas y contrarían a nuestra naturaleza; en tal caso, podemos estar seguros de que tributamos a Dios el homenaje más grato que está a nuestro alcance rendirle.

Disponemos con este sacrificio del medio más poderoso para transformarnos en Jesucristo, particularmente si nos unimos a El por la Comunión, que es el modo más eficaz de participar en el sacrificio del altar. Porque Jesucristo, al vernos incorporados a su Persona, nos inmola consigo y nos hace agradables a los ojos de su Padre, y de este modo, por la virtud de su gracia, nos hace cada día más semejantes a El.

Es lo que quiere dar a entender esta oración misteriosa que el celebrante recita después de la consagración: «Te suplicamos, Dios omnipotente, ordenes que estas nuestras ofrendas sean presentadas por mano de tu santo Mensajero, sobre el altar de la gloria, ante el acatamiento de tu divina Majestad, para que todos cuantos participamos de este sacrificio por la recepción del sacratísimo cuerpo y sangre de tu Hijo, seamos colmados de toda suerte de bendiciones y de gracias».

Por tanto, excelente manera de asistir al santo sacrificio será la de seguir con los ojos, con la mente y con el corazón, todo lo que se hace en el altar, asociándose a las oraciones que en momento tan solemne pone la Santa Iglesia en boca de sus ministros. Si así nos asociamos, por una profunda reverencia, una fe viva, un amor vehemente y un sincero arrepentimiento de nuestras culpas, a Jesucristo, que hace de Pontífice y de víctima en este sacrificio, El, que mora en nosotros, hace suyas todas nuestras aspiraciones, y ofrece en lugar y en favor nuestro a su divino Padre una adoración perfecta y una cumplida satisfacción. Tribútale también dignos sacrificios de gracias, y las peticiones que formula siempre son atendidas. Todos estos actos

del Pontífice eterno, cuando sobre el ara reitera la inmolación del Gólgota, vienen a ser propios nuestros. [Docet sancta synodus per istud sacrificium fieri ut si cum vero corde et recta fide, cum metu et reverentia, contriti ac pœnitentes, ad Deum accedamus, misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. Conc. Trid., Sess. XXII, cap.2]

Y en tanto que rendimos a Dios, por intervención de Jesucristo, todo honor y toda gloria [Omnis honor et gloria, Canon de la Misa], un copioso raudal de luz y de vida desciende a nuestra alma e inunda a la Iglesia entera [Fructus uberrime percipiuntur. Conc. Trid., Sess. XXII, cap.2], porque, en efecto, cada Misa contiene en sí todos los merecimientos del sacrificio de la Cruz.

Mas para entrar en posesión de ello es preciso que nuestra alma se encuentre penetrada de aquellas disposiciones que animaron a la de Cristo al realizar su inmolación cruenta. Si compartimos así los sentimientos del corazón de Jesús (Fil 2,5), el eterno Pontífice nos introducirá consigo hasta el Santo de los Santos, ante el trono de la divina Majestad, al borde mismo de la fuente de donde brota toda gracia, toda vida y toda bienaventuranza.

¡Si conocieseis el don de Dios!...

Dom COLUMBA MARMIÓN *"Jesucristo, vida del alma"*

San Francisco de Sales

## La santa Misa y cómo participar

1. Todavía no te he hablado del sol de las prácticas espirituales, que es el santísimo y muy excelso sacrificio y sacramento de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina, y por el cual Dios, uniéndose realmente a nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores.
2. La oración, hecha en unión de este divino sacrificio, tiene una fuerza indecible, de suerte, Filotea, que, por él, el alma abunda en celestiales favores, porque se apoya en su Amado, el cual la llena tanto de perfumes y suavidades espirituales, que la hace semejante a una columna de humo de leña aromática, de mirra, de incienso y de todas las esencias olorosas, como se dice en el Cantar de los cantares.
3. Haz, pues, todos los esfuerzos posibles para asistir todos los días a la santa Misa, con el fin de ofrecer, con el sacerdote, el sacrificio de tu Redentor a Dios, su Padre, por ti y por toda la Iglesia. Los ángeles, como dice san Juan Crisóstomo, siempre están allí presentes, en gran número, para honrar este santo misterio; y nosotros, juntándonos a ellos y con la misma intención, forzosamente hemos de recibir muchas influencias favorables de esta compañía. Los coros de la Iglesia militante, se unen y se juntan con Nuestro Señor, en este divino acto, para cautivar en Él, con Él y por Él, el corazón de Dios Padre, y para hacer enteramente nuestra su misericordia. ¡Qué dicha experimenta el alma al unir sus afectos a un bien tan precioso y deseable!
4. Si por fuerza no puedes asistir a la celebración de este santo sacrificio, con una presencia real, es necesario que, a lo menos lleves allí tu corazón, para asistir de una manera espiritual. A cualquiera hora de la mañana ve a la iglesia en espíritu, si no puedes ir de otra manera; une tu intención a la de todos los cristianos, y, en el lugar donde te encuentres, haz los mismos actos interiores que harías si estuvieses realmente presente a la celebración de la santa Misa en alguna iglesia.
5. Ahora bien, para oír, real o mentalmente, la santa Misa, cual conviene:
  - 1) Desde que llegas, hasta que el sacerdote ha subido al altar, haz la preparación juntamente con él, la cual consiste en ponerte en la presencia de Dios, en reconocer tu indignidad y en pedir perdón por tus pecados.
  - 2) Desde que el sacerdote sube al altar hasta el Evangelio, considera la venida y la vida de Nuestro Señor en este mundo, con una sencilla y general consideración.
  - 3) Desde el Evangelio hasta después del Credo, considera la predicación de nuestro Salvador,



promete querer vivir y morir en la fe y en la obediencia de su santa palabra y en la unión de la santa Iglesia católica.

4) Desde el Credo hasta el Padrenuestro, aplica tu corazón a los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que están actual y esencialmente representados en este sacrificio, el cual, juntamente con el sacerdote y el pueblo, ofrecerás a Dios Padre, por su honor y por tu salvación.

5) Desde el Padrenuestro hasta la comunión, esfuérzate en hacer brotar de tu corazón mil deseos, anhelando ardientemente por estar para siempre abrazada y unida a nuestro Salvador con un amor eterno.

6) Desde la comunión hasta el fin, da gracias a su divina Majestad por su pasión y por el amor que te manifiesta en este santo sacrificio, conjurándole por éste, que siempre te sea propicio, lo mismo a ti que a tus padres, a tus amigos y a toda la Iglesia, y, humillándote con todo tu corazón recibe devotamente la bendición divina que Nuestro Señor te da por conducto del celebrante.

Pero si, durante la Misa, quieres meditar los misterios que hayas escogido para considerar cada día, no será necesario que te distraigas en hacer actos particulares, sino que bastará que, al comienzo, dirijas tu intención a querer adorar a Dios y ofrecerle este sacrificio por el ejercicio de tu meditación u oración, pues en toda meditación se encuentran estos mismos actos o expresa, o tácita o virtualmente.

Extracto del libro *"Introducción a la vida Devota -Flotea-"* Grupo editorial Lumen, Buenos Aires-México

## El Padre Pío y la Misa



En 1974 se publicó una obra en italiano, titulada «Così parlò Padre Pio»: «Así habló el Padre Pio» (San Giovanni Rotondo, Foggia, Italia), con el imprimatur de Mons. Fanton, obispo auxiliar de Vincencia.

En este presente trabajo sacamos algunos pasajes en los que el Padre Pío hablaba de la Santa Misa:

### **Padre, ¿ama el Señor el Sacrificio?**

Sí, porque con él regenera el mundo.

### **¿Cuánta gloria le da la Misa a Dios?**

Una gloria infinita.

**¿Qué debemos hacer durante la Santa Misa?**

Compadecernos y amar.

**Padre, ¿cómo debemos asistir a la Santa Misa?**

Como asistieron la Santísima Virgen y las piadosas mujeres. Como asistió San Juan al Sacrificio Eucarístico y al Sacrificio cruento de la Cruz.

**Padre, ¿qué beneficios recibimos al asistir a la Santa Misa?**

No se pueden contar. Los veréis en el Paraíso. Cuando asistas a la Santa Misa, renueva tu fe y medita en la Víctima que se inmola por ti a la Divina Justicia, para aplacarla y hacerla propicia. No te alejes del altar sin derramar lágrimas de dolor y de amor a Jesús, crucificado por tu salvación. La Virgen Dolorosa te acompañará y será tu dulce inspiración.

**Padre, ¿qué es su Misa?**

Una unión sagrada con la Pasión de Jesús. Mi responsabilidad es única en el mundo -decía llorando.

**¿Qué tengo que descubrir en su Santa Misa?**

Todo el Calvario.

**Padre, dígame todo lo que sufre Vd. durante la Santa Misa.**

Sufro todo lo que Jesús sufrió en su Pasión, aunque sin proporción, sólo en cuanto lo puede hacer una criatura humana. Y esto, a pesar de cada uno de mis faltas y por su sola bondad.

**Padre, durante el Sacrificio Divino, ¿carga Vd. nuestros pecados?**

No puedo dejar de hacerlo, puesto que es una parte del Santo Sacrificio.

**¿El Señor le considera a Vd. como un pecador?**

No lo sé, pero me temo que así es.

**Yo lo he visto temblar a Vd. cuando sube las gradas del Altar. ¿Por qué? ¿Por lo que tiene que sufrir?**

No por lo que tengo que sufrir, sino por lo que tengo que ofrecer.

**¿En qué momento de la Misa sufre Vd. más?**

En la Consagración y en la Comunión.

**Padre, esta mañana en la Misa, al leer la historia de Esaú, que vendió su primogenitura, sus ojos se llenaron de lágrimas.**

¡Te parece poco, despreciar los dones de Dios!

**¿Por qué, al leer el Evangelio, lloró cuando leyó esas palabras: «Quien come mi carne y bebe mi sangre»...?**

Llora conmigo de ternura.

**Padre, ¿por qué llora Vd. casi siempre cuando lee el Evangelio en la Misa?**

Nos parece que no tiene importancia el que un Dios le hable a sus criaturas y que ellas lo contradigan y que continuamente lo ofendan con su ingratitud e incredulidad.

**Su Misa, Padre, ¿es un sacrificio cruento?**

¡Hereje!

**Perdón, Padre, quise decir que en la Misa el Sacrificio de Jesús no es cruento, pero que la participación de Vd. a toda la Pasión si lo es. ¿Me equivoco?**

Pues no, en eso no te equivocas. Creo que seguramente tienes razón.

**¿Quién le limpia la sangre durante la Santa Misa?**

Nadie.

**Padre, ¿por qué llora en el Ofertorio?**

¿Quieres saber el secreto? Pues bien: porque es el momento en que el alma se separa de las cosas profanas.

**Durante su Misa, Padre, la gente hace un poco de ruido.**

Si estuvieses en el Calvario, ¿no escucharías gritos, blasfemias, ruidos y amenazas? Había un alboroto enorme.

**¿No le distraen los ruidos?**

Para nada.

**Padre, ¿por qué sufre tanto en la Consagración?**

No seas malo... (no quiero que me preguntes eso...).

**Padre, ¡dígamelo! ¿Por qué sufre tanto en la Consagración?**

Porque en ese momento se produce realmente una nueva y admirable destrucción y creación.

**Padre, ¿por qué llora en el Altar y qué significan las palabras que dice Vd. en la Elevación? Se lo pregunto por curiosidad, pero también porque quiero repetirlas con Vd.**

Los secretos de Rey supremo no pueden revelarse sin profanarlos. Me preguntas por qué lloro, pero yo no quisiera derramar esas pobres lagrimitas sino torrentes de ellas. ¿No meditas en este grandioso misterio?

**Padre, ¿sufre Vd. durante la Misa la amargura de la hiel?**

Sí, muy a menudo...

**Padre, ¿cómo puede estarse de pie en el Altar?**

Como estaba Jesús en la Cruz.

**En el Altar, ¿está Vd. clavado en la Cruz como Jesús en el Calvario?**

¿Y aún me lo preguntas?

**¿Como se halla Vd.?**

Como Jesús en el Calvario.

**Padre, los verdugos acostaron la Cruz de Jesús para hundirle los clavos?**

Evidentemente.

**¿A Vd. también se los clavan?**

¡Y de qué manera!

**¿También acuestan la Cruz para Vd.?**

Sí, pero no hay que tener miedo.

**Padre, durante la Misa, ¿dice Vd. las siete palabras que Jesús dijo en la Cruz?**

Sí, indignamente, pero también yo las digo.

**Y ¿a quién le dice: «Mujer, he aquí a tu hijo»?**

Se lo digo a Ella: He aquí a los hijos de Tu Hijo.

**¿Sufre Vd. la sed y el abandono de Jesús?**

Sí.

**¿En qué momento?**

Después de la Consagración.

**¿Hasta qué momento?**

Suele ser hasta la Comunión.

**Vd. ha dicho que le avergüenza decir: «Busqué quien me consolase y no lo hallé».**

**¿Por qué?**

Porque nuestro sufrimiento, de verdaderos culpables, no es nada en comparación del de Jesús.

**¿Ante quién siente vergüenza?**

Ante Dios y mi conciencia.

**Los Angeles del Señor ¿lo reconfortan en el Altar en el que se inmola Vd.?**

Pues... no lo siento.

**Si el consuelo no llega hasta su alma durante el Santo Sacrificio y Vd. sufre, como Jesús, el abandono total, nuestra presencia no sirve de nada.**

La utilidad es para vosotros. ¿Acaso fue inútil la presencia de la Virgen Dolorosa, de San Juan y de las piadosas mujeres a los pies de Jesús agonizante?

**¿Qué es la sagrada Comunión?**

Es toda una misericordia interior y exterior, todo un abrazo. Pídele a Jesús que se deje sentir sensiblemente.

**Cuando viene Jesús, ¿visita solamente el alma?**

El ser entero.

**¿Qué hace Jesús en la Comunión?**

Se deleita en su creatura.

**Cuando se une a Jesús en la Santa Comunión, ¿que quiere que le pidamos al Señor por Vd.?**

Que sea otro Jesús, todo Jesús y siempre Jesús.

**¿Sufrir Vd. también en la Comunión?**

Es el punto culminante.

**Después de la Comunión, ¿continúan sus sufrimientos?**

Sí, pero son sufrimientos de amor.

**¿A quién se dirigió la última mirada de Jesús agonizante?**

A su Madre.

**Y Vd., ¿a quién mira?**

A mis hermanos de exilio.

**¿Muere Vd. en la Santa Misa?**

Místicamente, en la Sagrada Comunión.

**¿Es por exceso de amor o de dolor?**

Por ambas cosas, pero más por amor.

**Si Vd. muere en la Comunión ¿ya no está en el Altar? ¿Por qué?**

Jesús muerto, seguía estando en el Calvario.

**Padre, Vd. a dicho que la víctima muere en la Comunión. ¿Lo ponen a Vd. en los brazos de Nuestra Señora?**

En los de San Francisco.

**Padre, ¿Jesús desclava los brazos de la Cruz para descansar en Vd.?**

¡Soy yo quien descansa en El!

**¿Cuánto ama a Jesús?**

Mi deseo es infinito, pero la verdad es que, por desgracia, tengo que decir que nada, y me da mucha pena.

**Padre, ¿por qué llora Vd. al pronunciar la última frase del Evangelio de San Juan: «Y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad»?**

¿Te parece poco? Si los Apóstoles, con sus ojos de carne, han visto esa gloria, ¿cómo será la que veremos en el Hijo de Dios, en Jesús, cuando se manifieste en el Cielo?

**¿Qué unión tendremos entonces con Jesús?**

La Eucaristía nos da una idea.

**¿Asiste la Santísima Virgen a su Misa?**

¿Crees que la Mamá no se interesa por su hijo?

**¿Y los ángeles?**

En multitudes.

**¿Qué hacen?**

Adoran y aman.

**Padre, ¿quién está más cerca de su Altar?**

Todo el Paraíso.

**¿Le gustaría decir más de una Misa cada día?**

Si yo pudiese, no querría bajar nunca del Altar.

**Me ha dicho que Vd. trae consigo su propio Altar...**

Sí, porque se realizan estas palabras del Apóstol: «Llevo en mi cuerpo las señales del Señor Jesús» (Gal. 6, 17), «estoy crucificado con Cristo» (Gal. 2, 19) y «castigo mi cuerpo y lo esclavizo» (I Cor. 9, 27).

**¡En ese caso, no me equivoco cuando digo que estoy viendo a Jesús Crucificado!**

(No contesta).

**Padre, ¿se acuerda Vd. de mí durante la Santa Misa?**

Durante toda la Misa, desde el principio al fin, me acuerdo de tí.

La Misa del Padre Pío en sus primeros años duraba más de dos horas. Siempre fue un éxtasis de amor y de dolor. Su rostro se veía enteramente concentrado en Dios y lleno de lágrimas. Un día, al confesarme, le pregunté sobre este gran misterio:

**Padre, quiero hacerle una pregunta.**

Dime, hijo.

**Padre, quisiera preguntarle qué es la Misa.**

¿Por qué me preguntas eso?

**Para oírla mejor, Padre.**

Hijo, te puedo decir lo que es mi Misa.

**Pues eso es lo que quiero saber, Padre.**

Hijo mío, estamos siempre en la cruz y la Misa es una continua agonía.

Opúsculo:  
**LAS PROPIEDADES DE LA MISA**



Las gracias que alcanza la persona que oye misa devotamente son estas:

Primera: Quien celebra la misa ora especialmente por quien la oye.

Segunda: Oyendo la misa se goza de maravillosa compañía, porque en la misa está Jesucristo, tan grande como en el árbol de la cruz, y por concomitancia está también la divinidad, la Trinidad santa. Además, está en compañía de los ángeles santos. Y, según escribe un doctor, en el lugar en donde se celebra el santo sacrificio de la misa hay muchos santos y santas, especialmente por aquello: *Son vírgenes que siguen al Cordero doquiera que va* (Apoc., 14, 4.).

Tercera gracia que alcanza la persona que oye devotamente la misa: Que le ayuda en los trabajos y negocios. Se lee de un caballero, que tenía costumbre de oír misa sumido en gran devoción, que cierta vez salió del mar con sus compañeros y estaba preparándose en una capilla para oír misa. Los compañeros le anunciaron que la nave iba a darse a la vela y que se diese prisa. El caballero contestó que primero quería oír misa. Por lo cual le dejaron en tierra y partió la nave) Después de haber oído la misa, el caballero se durmió, y cuando despertó se halló en su propia tierra. Después de muchos días llegaron los de la nave, y se maravillaron al verlo.

Y de otros casos se leen cosas maravillosas. Además, la persona que oye misa disgusta mucho al diablo; pues interrogado cierta vez qué era lo que más le desagradaba contestó que tres cosas: los sermones, es decir, la palabra de Dios, la misa y la penitencia.

Cuarta gracia que alcanza la persona que oye misa devotamente: Que será iluminada en las cosas que ha de discernir y determinar por su inteligencia. Se dice de San Buenaventura, de la Orden de frailes menores, que ayudaba las misas frecuentemente y con harta devoción. Y un día, sirviendo la misa, Santo Tomás de Aquino vio una lengua de fuego sobre la cabeza del dicho fray Buenaventura, el cual, de entonces en adelante tuvo ciencia infusa.

Quinta gracia: Que la persona que oye misa devota y benignamente, no morirá ese día de desgracia ni sin confesión. Sexta gracia: Que en su muerte estarán presentes tantos santos cuántas misas haya oído devotamente. Dice San Jerónimo que a las almas por las que está obligado a orar el que oye la misa -su padre, su madre, sus parientes y bienhechores-, durante el espacio de tiempo en que oye la misa, les serán atenuadas las penas del purgatorio. Dice San Ambrosio que después que la persona haya oído la



misa, todo lo que coma en aquel día hará más provecho a su naturaleza que si no hubiese oído la misa. Si la mujer en estado oye la misa, dará a luz sin gran trabajo, si lo hiciera en aquel día.

San Agustín escribe en el libro *De civitate Dei* que a la persona que oye misa devotamente nuestro Señor le dará en ese día las cosas necesarias. La segunda gracia que tendrá es que sus palabras vanas le serán perdonadas. Tercera, que aquel día no perderá ningún pleito. Cuarta, que mientras oye la misa no envejece ni se debilita su cuerpo. Quinta, que si muere en ese día la misa le valdrá tanto como si hubiese comulgado. Sexta, que los pasos que da yendo y viniendo a la misa, son contados por los santos ángeles y remunerados por Dios nuestro Señor. Además, más vale una misa que se oye en vida devotamente, que si después de la muerte oyera otro mil. Se lee que oír misa con devoción aprovecha para remisión de los pecados y crecimiento de gracia más que otras oraciones que el hombre pueda decir o hacer, pues toda la misa es oración de nuestro Señor y Redentor Jesucristo, infinitamente dulce y piadoso, que es cabeza nuestra y todos los fieles sus miembros. Dice San Gregorio que mientras se celebra la misa se perdonan los pecados de los muertos y de los vivos. Y San Crisóstomo escribe que vale tanto la celebración de la misa como la muerte de Jesucristo, por la que nos redimió de todos nuestros pecados. Finalmente, la salvación de la humanidad está cifrada en la celebración del santo sacrificio de la misa, porque todo el esfuerzo del malvado anticristo se orientará a quitar de la santa Madre Iglesia este santo misterio, en el que se maneja el precioso cuerpo de Jesucristo, en memoria de su santa pasión, por medio de la cual los fieles cristianos de buena vida, aunque sean ignorantes y sin ciencia, podrán ver las astucias y malicias del malvado anticristo y de sus seguidores.

**San VICENTE FERRER**

Extracto de "San Vicente Ferrer" Ed. B.A.C.

## El Sacrificio de la Misa según los santos



El santo cura de Ars, San Juan María Vianney: "Si conociéramos el valor de La Santa Misa nos moriríamos de alegría".

San Anselmo: "Una sola misa ofrecida y oída en vida con devoción, por el bien propio, puede valer más que mil misas celebradas por la misma intención, después de la muerte."

"La celebración de la Santa Misa tiene tanto valor como la muerte de Jesús en la Cruz". (Santo Tomás de Aquino)

"El hombre debería temblar, el mundo debería vibrar, el Cielo entero debería conmoverse profundamente cuando el Hijo de Dios aparece sobre el altar en las manos del sacerdote". (San Francisco de Asís)



"Sin la Santa Misa, ¿que sería de nosotros? Todos aquí abajo pereceríamos ya que únicamente eso puede detener el brazo de Dios. Sin ella, ciertamente que la Iglesia no duraría y el mundo estaría perdido sin remedio". (Santa Teresa de Jesús)

En cierta ocasión, Santa Teresa se sentía inundada de la bondad de Dios. Entonces le hizo esta pregunta a Nuestro Señor: "Señor mío, "¿cómo Os podré agradecer?" Nuestro Señor le contestó: "ASISTID A UNA MISA".

"El mismo Dios no puede hacer una acción más sagrada y más grande que la celebración de una Santa Misa". (San Alfonso de Ligorio)

"Sería más fácil que el mundo sobreviviera sin el sol, que sin la Santa misa", (Padre Pío de Pietrecina)

La Misa es infinita como Jesús... pregúntenle a un Angel lo que es la misa, y El les contestará, en verdad yo entiendo lo que es y por qué se ofrece, mas sin embargo, no puedo entender cuánto valor tiene. Un Angel, mil Angeles, todo el Cielo, saben esto y piensan así". (Padre Pío de Pietrecina)

"Nunca lengua humana puede enumerar los favores que se correlacionan al Sacrificio de la Misa. El pecador se reconcilia con Dios; el hombre justo se hace aún más recto; los pecados son borrados; los vicios eliminados; la virtud y el mérito crecen, y las estratagemas del demonio son frustradas. (San Lorenzo Justino)

"Oh gente engañada, qué están haciendo? Por qué no se apresuran a las Iglesias a oír tantas Misas como puedan? Por qué no imitan a los ángeles, quienes cuando se celebra una Misa, bajan en escuadrones desde el Paraíso y se estacionan alrededor de nuestros altares en adoración, para interceder por nosotros?". (San Leonardo de Port Maurice)

"Yo creo que sí no existiera la Misa, el mundo ya se hubiera hundido en el abismo, por el peso de su iniquidad. La Misa es el soporte poderoso que lo sostiene ". (San Leonardo de Port Maurice)

San Leonardo de Port Maurice: "una misa antes de la muerte puede ser más provechosa que muchas después de ella...

"Con oraciones pedimos gracia a Dios; en la Santa Misa comprometemos a Dios a que nos las conceda ". (San Felipe Neri)

"Sí supiéramos el valor del Santo Sacrificio de la Misa, qué esfuerzo tan grande haríamos por asistir a ella". (Santo Cura de Ars)

"Sepan, oh Cristianos, que la Misa es el acto de religión más sagrado. No pueden hacer otra cosa para glorificar más a Dios, ni para mayor provecho de su alma, que asistir a Misa devotamente, y tan a menudo como sea posible ". (San Pedro Julián Eymard)

"Uno obtiene más mérito asistiendo a una Santa Misa con devoción, que repartiendo todo lo suyo a los pobres y viajando por todo el mundo en peregrinación ". (San Bernardo)

"Qué feliz es ese Ángel de la Guarda que acompaña al alma cuando va a Misa". (Santo Cura de Ars)

"La Misa es la devoción de los Santos". (Santo Cura de Ars)

"Cuando oigan que yo no puedo ya celebrar la Misa, cuéntenme como muerto". (San Francisco Javier Bianchi)

"La Santa Misa es una obra de Dios en la que presenta a nuestra vista todo el amor que nos tiene; en cierto modo es la síntesis, la suma de todos los beneficios con que nos ha favorecido". (San Buenaventura)

"El sacrificio del altar será a nuestro favor verdaderamente aceptable como nuestro sacrificio a Dios, cuando nos presentamos como víctimas". (San Gregorio el Grande)

Cuando Santa Margarita María Alacoque asistía a la Santa Misa, al voltear hacia el altar, nunca dejaba de mirar al Crucifijo y las velas encendidas. Por qué? Lo hacía para imprimir en su mente y su corazón, dos cosas: El Crucifijo le recordaba lo que Jesús había hecho por ella; las velas encendidas le recordaban lo que ella debía hacer por Jesús, es decir, sacrificarse consumirse por El y por las almas.

## MAGISTERIO SOBRE EL SANTÍSIMO SACRIFICIO DE LA MISA

**Doctrina sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa.** Pío IV, 1559-1565. - Concilio de Trento, 1545-1563 SESIÓN XXII (17 de septiembre de 1562)

**Cánones sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa.** Pío IV, 1559-1565. - Concilio de Trento, 1545-1563 SESIÓN XXII (17 de septiembre de 1562)

### Doctrina sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa

Pío IV, 1559-1565. - Concilio de Trento, 1545-1563

SESIÓN XXII (17 de septiembre de 1562)

#### **Doctrina... acerca del santísimo sacrificio de la Misa**

El sacrosanto, ecuménico y universal Concilio de Trento, legítimamente reunido en el Espíritu Santo, presidiendo en él los mismos legados de la Sede Apostólica, a fin de que la antigua, absoluta y de todo punto perfecta fe y doctrina acerca del grande misterio de la Eucaristía, se mantenga en la santa Iglesia Católica y, rechazados los errores y herejías, se conserve en su pureza ; enseñado por la ilustración del Espíritu Santo, enseña, declara y manda que sea predicado a los pueblos acerca de aquélla, en cuanto es verdadero y singular sacrificio, lo que sigue

#### **Cap. 1. [De la institución del sacrosanto sacrificio de la Misa]**

Como quiera que en el primer Testamento, según testimonio del 938 Apóstol Pablo, a causa de la impotencia del sacerdocio levítico no se daba la consumación, fué necesario, por disponerlo así Dios, Padre de las misericordias, que surgiera otro sacerdote según el orden de Melquisedec [Gen. 14, 18; Ps. 109, 4; Hebr. 7, 11], nuestro Señor Jesucristo, que pudiera consumir y, llevar a perfección a todos los que habían de ser santificados [Hebr. 10, 14]. Así, pues, el Dios y Señor nuestro, aunque había de ofrecerse una sola vez a sí mismo a Dios Padre en el altar de la cruz, con la interposición de la muerte, a fin de realizar para ellos [v. l.: allí] la eterna redención ; como, sin embargo, no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte [Hebr. 7, 24 y 27], en la última Cena, la noche que era entregado, para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres [Can. 1], por el que se representara aquel suyo sangriento que había una sola vez de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos [1 Cor. 11, 23 ss], y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos, declarándose a sí mismo constituido para siempre sacerdote según el orden de Melquisedec [Ps. 109, 4], ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino y bajo los símbolos de esas mismas cosas, los entregó, para que los tomaran, a sus Apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio, les mandó con estas palabras : Haced esto en memoria mía, etc. [Le. 22, 19; 1 Cor. 11, 24] que los ofrecieran. Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia [Can. 2]. Porque celebrada la antigua Pascua, que la muchedumbre de los hijos de Israel inolaba en memoria de la salida de Egipto [Ex. 12, 1 ss], instituyó una Pascua nueva, que era Él mismo, que había de ser inolado por la Iglesia por ministerio de los sacerdotes bajo signos visibles, en memoria de su tránsito de este mundo al Padre, cuando nos redimió por el derramamiento de su sangre, y nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó a su reino [Col. 1, 13].

Y esta es ciertamente aquella oblación pura, que no puede mancharse por indignidad o malicia alguna de los oferentes, que el Señor predijo por Malaquías [1, 11] había de ofrecerse en todo "lugar, pura, a su nombre, que había de ser grande entre las naciones, y a la que no oscuramente alude el Apóstol Pablo escribiendo a los corintios, cuando dice, que no es posible que aquellos que están manchados por la participación de la mesa de los demonios, entren a la parte en la mesa del Señor [1 Cor. 10, 21], entendiendo en ambos pasos por mesa el altar. Esta es, en fin, aquella que estaba figurada por las varias semejanzas de los sacrificios, en el tiempo de la naturaleza y de la ley [Gen. 4, 4 ; 8, 20; 12, 8 ; 22 ; Ex. passim], pues abraza los bienes todos por aquéllos significados, como la consumación y perfección de todos.

### **Cap. 2. [El sacrificio visible es propiciatorio por los vivos y por los difuntos]**

Y porque en este divino sacrificio, que en la Misa se realiza, se contiene e incruentamente se inmola aquel mismo Cristo que una sola vez se ofreció Él mismo cruentamente en el altar de la cruz [Hebr. 9, 27] ; enseña el santo Concilio que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio [Can. 3], y que por él se cumple que, si con corazón verdadero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes nos acercamos a Dios, conseguimos misericordia y hallamos gracia en el auxilio oportuno [Hebr. 4, 16]. Pues aplacado el Señor por la oblación de este sacrificio, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los crímenes y pecados, por grandes que sean. Una sola y la misma es, en efecto, la víctima, y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes, es el mismo que entonces se ofreció a sí mismo en la cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse. Los frutos de esta oblación suya (de la cruenta, decimos), ubérrimamente se perciben por medio de esta incruenta: tan lejos está que a aquélla se menoscabe por ésta en manera alguna [Can. 4]. Por eso, no sólo se ofrece legítimamente, conforme a la tradición de los Apóstoles, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades de los fieles vivos, sino también por los difuntos en Cristo, no purgados todavía plenamente [Can. 3].

### **Cap. 3. [De las Misas en honor de los Santos]**

Y si bien es cierto que la Iglesia a veces acostumbra celebrar algunas Misas en honor y memoria de los Santos; sin embargo, no enseña que a ellos se ofrezca el sacrificio, sino a Dios solo que los ha coronado [Can. 5]. De ahí que «tampoco el sacerdote suele decir: Te ofrezco a ti el sacrificio, Pedro y Pablo» 1, sino que, dando gracias a Dios por las victorias de ellos, implora su patrocinio, para que aquellos se dignen interceder por nosotros en el cielo, cuya memoria celebramos en la tierra [Misal].

### **Cap. 4. [Del Canon de la Misa]**

Y puesto que las cosas santas santamente conviene que sean 942 administradas, y este sacrificio es la más santa de todas; a fin de que digna y reverentemente fuera ofrecido y recibido, la Iglesia Católica instituyó muchos siglos antes el sagrado Canon, de tal suerte puro de todo error [Can. 6], que nada se contiene en él que no sepa sobremanera a cierta santidad y piedad y no levante a Dios la mente de los que ofrecen. Consta él, en efecto, ora de las palabras mismas del Señor, ora de tradiciones de los Apóstoles, y también de piadosas instituciones de santos Pontífices.

### **Cap. 5. [De las ceremonias solemnes del sacrificio de la Misa]**

Y como la naturaleza humana es tal que sin los apoyos externos no puede fácilmente levantarse a la meditación de las cosas divinas, por eso la piadosa madre Iglesia instituyó determinados ritos, como, por ejemplo, que unos pasos se pronuncien en la Misa en voz baja [Can. 9], y otros en voz algo más elevada; e igualmente empleó ceremonias [Can. 7], como misteriosas bendiciones, luces, inciensos, vestiduras y muchas otras cosas a este tenor, tomadas de la disciplina y tradición apostólica, con el fin de encarecer la majestad de tan grande sacrificio y excitar las mentes de los fieles, por estos signos visibles de religión y piedad, a la contemplación de las altísimas realidades que en este sacrificio están ocultas.

### **Cap. 6. [De la misa en que sólo comulga el sacerdote]**

Desearía ciertamente el sacrosanto Concilio que en cada una de las Misas comulgaran los fieles asistentes, no sólo por espiritual afecto, sino también por la recepción sacramental de la Eucaristía, a fin de que llegara más abundante a ellos el fruto de este sacrificio; sin embargo, si no siempre eso sucede, tampoco condena como privadas e ilícitas las Misas en que sólo el sacerdote comulga

sacramentalmente [Can. 8], sino que las aprueba y hasta las recomienda, como quiera que también esas Misas deben ser consideradas como verdaderamente públicas, parte porque en ellas comulga el pueblo espiritualmente, y parte porque se celebran por público ministro de la Iglesia, no sólo para sí, sino para todos los fieles que pertenecen al Cuerpo de Cristo.

#### **Cap. 7. [Del agua que ha de mezclarse al vino en el cáliz que debe ser ofrecido]**

Avisa seguidamente el santo Concilio que la Iglesia ha preceptuado a sus sacerdotes que mezclen agua en el vino en el cáliz que debe ser ofrecido [Can. 9], ora porque así se cree haberlo hecho Cristo Señor, ora también porque de su costado salió agua juntamente con sangre [Ioh. 19, 34], misterio que se recuerda con esta mixtión. Y como en el Apocalipsis del bienaventurado Juan los pueblos son llamados aguas [Apoc. 17, 1 y 15], [así] se representa la unión del mismo pueblo fiel con su cabeza Cristo.

Cap. 8. [Que de ordinario no debe celebrarse la Misa en lengua vulgar y que sus misterios han de explicarse al pueblo]

Aún cuando la Misa contiene una grande instrucción del pueblo fiel; no ha parecido, sin embargo, a los Padres que conviniera celebrarla de ordinario en lengua vulgar [Can. 9]. Por eso, mantenido en todas partes el rito antiguo de cada Iglesia y aprobado por la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las Iglesias, a fin de que las ovejas de Cristo no sufran hambre ni los pequeñuelos pidan pan y no haya quien se lo parta [cf. Thr. 4, 4], manda el santo Concilio a los pastores y a cada uno de los que tienen cura de almas, que frecuentemente, durante la celebración de las Misas, por sí o por otro, expongan algo de lo que en la Misa se lee, y entre otras cosas, declaren algún misterio de este santísimo sacrificio, señaladamente los domingos y días festivos.

#### **Cap. 9. [Prolegómeno de los cánones siguientes]**

Mas, porque contra esta antigua fe, fundada en el sacrosanto Evangelio, en las tradiciones de los Apóstoles y en la doctrina de los Santos Padres, se han diseminado en este tiempo muchos errores, y muchas cosas por muchos se enseñan y disputan, el sacrosanto Concilio, después de muchas y graves deliberaciones habidas maduramente sobre estas materias, por unánime consentimiento de todos los Padres, determinó condenar y eliminar de la santa Iglesia, por medio de los cánones que siguen, cuanto se opone a esta fe purísima y sagrada doctrina.

#### **Cánones sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa.**

## **Cánones sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa**

**Can. 1.** Si alguno dijere que en el sacrificio de la Misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio, o que el ofrecerlo no es otra cosa que dársenos a comer Cristo, sea anatema [cf. 938].

**Can. 2.** Si alguno dijere que con las palabras: Haced esto en 949 memoria mía [Le. 22; 19; 1 Cor. 11, 24], Cristo no instituyó sacerdotes a sus Apóstoles, o que no les ordenó que ellos y los otros sacerdotes ofrecieran su cuerpo y su sangre, sea anatema [cf. 938].

**Can. 3.** Si alguno dijere que el sacrificio de la Misa sólo 950 es de alabanza y de acción de gracias, o mera conmemoración del sacrificio cumplido en la cruz, pero no propiciatorio; o que sólo aprovecha al que lo recibe; y que no debe ser ofrecido por los vivos y los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades, sea anatema [cf. 940].

**Can. 4.** Si alguno dijere que por el sacrificio de la Misa se infiere una blasfemia al santísimo sacrificio de Cristo cumplido en la cruz, o que éste sufre menoscabo por aquél, sea anatema [cf. 940].

**Can. 5.** Si alguno dijere ser una impostura que las Misas se 952 celebren en honor de los santos y para obtener su intervención delante de Dios, como es intención de la Iglesia, sea anatema [cf. 941].

**Can. 6.** Si alguno dijere que el canon de la Misa contiene error 953 y que, por tanto, debe ser abrogado, sea anatema [cf. 942].

**Can. 7.** Si alguno dijere que las ceremonias, vestiduras y signos externos de que usa la Iglesia Católica son más bien provocaciones a la impiedad que no oficios de piedad, sea anatema [cf. 943].

**Can. 8.** Si alguno dijere que las Misas en que sólo el sacerdote comulga sacramentalmente son ilícitas y deben ser abolidas, sea anatema [cf. 944].

**Can. 9.** Si alguno dijere que el rito de la Iglesia Romana por 956 el que parte del canon y las palabras de la consagración se pronuncian en voz baja, debe ser condenado; o que sólo debe celebrarse la Misa en lengua vulgar, o que no debe mezclarse agua con el vino en el cáliz que ha de ofrecerse, por razón de ser contra la institución de Cristo, sea anatema [cf. 943 y 945 s].

## **Sobre el Sacrificio de la Misa y su Rito contra los Luteranos**

### *De Missae Sacrificio et Ritu, aduersus Lutheranos*

#### **Capítulo Primero**

### **De qué trata esta obra**

#### *Quae sit intentio operis*

El único Maestro de todos, Nuestro Señor Jesucristo, al refutar a los saduceos sólo argüía a partir de los libros de Moisés, que eran los únicos que éstos aceptaban. Así nos mostró que contra los herejes no empleemos pruebas que ellos no admiten, sino sólo los testimonios sagrados que ellos no niegan.

Por esto, al escribir sobre el sacrificio de la Misa contra los herejes denominados luteranos que se apoyan únicamente en los testimonios de la Sagrada Escritura, pretendo llevar a cabo toda la discusión y la explicación apoyándome sólo en las [mismas] Sagradas Escrituras. No sólo para que no se gloríen diciendo que al negar el sacrificio de la Misa se basan en el sólido fundamento de las Sagradas Escrituras, sino también para que los que tienen menos instrucción no vayan a pensar que el Sacrificio de la Misa no se funda en la autoridad de la Escritura sino sólo en la institución de la Iglesia; y también para que los luteranos que yerran por ignorancia puedan recapacitar.

Para que todos puedan conocer claramente la verdad, se va a explicar primero en qué están de acuerdo y en qué se diferencian los luteranos de los católicos; luego, qué se encuentra en las Sagradas Escrituras acerca del sacrificio de la Misa; y finalmente, se van a resolver las objeciones luteranas.

#### **Capítulo Segundo**

### **Coincidencias y diferencias entre católicos y luteranos sobre el sacrificio de la Misa**

#### *Conuenientia et differentia Lutheranorum cum Catholicis circa sacrificium Missae*

Los luteranos están de acuerdo en que la Misa se puede llamar 'sacrificio memorial', porque el verdadero Cuerpo de Cristo, con su verdadera Sangre, se consagra, venera y recibe en memoria del sacrificio ofrecido en la cruz; pues dice el Señor: Haced esto en memoria de Mí [Luc. 22, 19; 1 Cor. 11, 24-25].

Pero niegan dos cosas. La primera: que el cuerpo y la sangre de Cristo se ofrezcan a Dios. De

modo que aunque admiten que en el altar está el verdadero cuerpo de Cristo, niegan sin embargo que se ofrezca a Dios este verdadero Cuerpo.  
La segunda: que en el altar haya una hostia o sacrificio para la expiación de los pecados, tanto de los vivos como de los difuntos.  
Ambas cosas las fundan en la doctrina de la Epístola a los Hebreos, donde aparece claramente que para los pecados de todo el mundo basta el ofrecimiento del Cuerpo de Cristo hecho una sola vez en la Cruz. De ahí concluyen que, aunque el culto al Cuerpo de Cristo en memoria de su pasión y muerte fue instituido por Cristo mismo, sin embargo el ofrecimiento de su Cuerpo como hostia por el pecado es un invento humano, contrario a los textos de la Sagrada Escritura.

#### **La Santa Eucaristía. Comentarios del Catecismo Romano.**

P. Alfonso María Gubianas O. S. B. Monje de Montserrat.



#### **Catecismo Romano:**

#### **XXVII. En la Eucaristía está ciertamente el Cuerpo de Cristo que nació de Santa María Virgen.**

Pues para tratar en primer lugar de la primera de estas tres cosas, han de procurar los Pastores explicar cuán claras y expresas son las palabras con que Nuestro Salvador mostró su real presencia en este Sacramento. Porque cuando dice: *"Éste es mi cuerpo; ésta es Mi Sangre"*, ningún hombre de recto juicio puede ignorar lo que debemos entender por éstas palabras, mayormente tratándose de la naturaleza humana, la cual a ninguno permite la fe católica dudar que verdaderamente la tubo Cristo. Y por esto aquel santísimo y doctísimo varón Hilario esclarecidamente: "de la verdad de la carne y sangre de Cristo ya no cabe duda alguna, pues por testimonio del mismo Señor y conforme a nuestra fe, su carne es verdaderamente comida".

#### **Comentario:**

"En primer lugar, enseña el santo Concilio, y clara y sencillamente confiesa, que después de la



consagración del pan y del vino, se contiene en el saludable Sacramento de la santa Eucaristía, verdadera, real y substancialmente nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, bajo las especies de aquellas cosas sensibles; pues no hay en efecto pugna alguna en que el mismo Cristo nuestro Salvador esté siempre sentado en el cielo a la diestra del Padre según el modo natural de existir, y que al mismo tiempo asista sacramentalmente con su presencia, y en su propia substancia en otros muchos lugares con tal modo de existir, que si bien apenas lo podemos declarar con palabras, podemos no obstante alcanzar con nuestro pensamiento ilustrado por la fe, que es posible a Dios y debemos firmísimamente creerlo. Así, pues, han profesado clarísimamente todos nuestros ante-pasados, cuantos han vivido en la verdadera Iglesia de Cristo, y han tratado de este santísimo y admirable Sacramento; es a saber, que nuestro Redentor lo instituyó en la última cena, cuando después de haber bendecido el pan y el vino, testifico a sus Apóstoles con claras y enérgicas palabras, que les daba su propio cuerpo y su propia sangre. Y siendo constante que dichas palabras, mencionadas por los santos Evangelistas, y repetidas después por el Apóstol San Pablo, incluyen en sí mismas aquella propia y patentísima significación, según las han entendido los santos Padres; es sin duda execrable maldad, que ciertos hombres contenciosos y corrompidos las tuerzan, violenten y expliquen en sentido figurado, ficticio e imaginario, por el que niegan la realidad de la carne y sangre de Jesucristo, contra la inteligencia unánime de la Iglesia, que siendo columna y apoyo de ver dad, ha detestado siempre como diabólicas estas ficciones excogitadas por hombres impíos, y conservado indeble la memoria y gratitud de este tan excelso beneficio que Jesucristo nos hizo." (Cap. I, ses. XIII, Con. Trident. Celebrada el 11 octubre de 1551).

"Una es en verdad la universal Iglesia de los fieles, fuera de la cual, ninguno de ningún modo se salva, en la cual uno mismo es sacerdote y sacrificio Jesucristo, cuyo cuerpo y sangre verdaderamente se contienen en el sacramento del altar bajo las especies de pan y vino." (Definitio contra Albigen. aliosq. haeret. in Conc. Lateran. IV, 1215). "Firmísimamente se ha de creer y de ningún modo dudar, que el íntegro Cuerpo de Cristo y la sangre, así bajo la especie del pan, como de la del vino, verdaderamente están contenidos." (Ex. ses. XIII, Con. Const. 1415).

"Dando consejo a sus discípulos de ofrecer las primicias a Dios de sus criaturas, no como si él estuviese necesitado, sino para que ellos no sean ingratos ni estériles, tomó pan, y dió gracias, diciendo: Este es mi cuerpo. Asimismo el cáliz, confesó que era su sangre, y enseñó una nueva oblación del nuevo testamento." (Ex S. Ireneo. Adversus haereses. n. 5.) "Este pan, que Dios Verbo confiesa ser su sangre, es palabra que sacia y embriaga de mas, palabra que procede de Dios Verbo, y pan del pan celestial, el cual ha sido puesto sobre la mesa, de "la cuál está escrito: Preparaste en mi presencia una mesa contra los que me atribulan. Y esta bebida que Dios Verbo confiesa ser su sangre, es palabra que nacia y embriaga de un modo excelente los corazones de los que beben, el cual está en el cáliz de quien está escrito: Y tu cáliz que embriaga cuánto es excelente! (Ex Origene. In Matthaeum commen, 85).

"Después que Judas dejó a los apóstoles, el Salvador tomó el pan y le bendijo y le dió a sus discípulos y les dijo: *Este es mi cuerpo tomadle, comed de él todos*. También sobre el vino, así le bendijo y les dijo: *"Esta es mi sangre, nuevo testamento, qué por muchos será derramada para perdón de los pecados."* Asimismo hacedlo en memoria mía cuando os reunieris. Así que aún no había sido prendido el Señor. Habiendo dicho estas cosas, se levantó del lugar en donde había celebrado la pascua y había dado su Cuerpo en comida y su sangre en bebida, y salió con sus discípulos para el lugar donde fué prendido. Más aquel que comió su Cuerpo y bebió su sangre se tiene como muerto. El Señor con sus mismas manos dió su Cuerpo para ser comido, y antes de ser crucificado dió su sangre para ser bebida" (Aphraates. Demonstrationes. n. 16. Fueron escritas por los años 337-345).

"Esta sola institución del bienaventurado Paulo, es suficientemente abundante para proporcionaron una fe cierta de los divinos misterios, mediante los cuales recibidos dignamente, habéis sido hechos corcorpóreos y consaguíneos de Cristo. El poco ha clamaba: Que en aquella noche en la cual era entregado, etc. Habiendo él por lo tanto pronunciado y dicho del pan: Este es mi cuerpo, ¿quién se atreverá después a dudar? Y habiendo él asegurado y dicho: *Este es mi cuerpo y mi sangre*, enseñándonos a no atender a la naturaleza de la cosa propuesta sino que se transmuta por la acción de gracias en carne y sangre." (Ex Theodoro Mopsuesteno. Fragm in Matth. Murió en el año 428).

"Honremos a Dios en todas partes, ni le contradigamos, aun cuando lo que dice, parezca contrario a nuestra razón e inteligencia. Obremos así en los misterios, no atendiendo solamente a lo que está sujeto a los sentidos, sino conservemos sus palabras; su palabra no puede faltar, mas nuestro sentido fácilmente es engañado; su palabra nunca deja de realizarse, mas los sentidos muchas veces son engañados. Y ya que él dijo: *Este es mi cuerpo*, obedezcamos, creamos, y contemplémosle con ojos espirituales; nada sensible nos dió Cristo, mas aun en las cosas sensibles todo es espiritual. Así en el bautismo por medio de una cosa sensible, se concede el don del agua: pero lo que se realiza es espiritual: la generación y renovación. Pues, si fueses incorpóreo, te hubiera dado dones incorpóreos y puros; mas porque el alma



está unida al cuerpo, mediante las cosas sensibles te concede los bienes espirituales." (Ex S. Joann. Chryson. Hom. in Matth. 84. Fué escrita por el año 390).

"Y se llevaba en sus manos. Esto en verdad, hermanos, cómo puede realizarse en el hombre, ¿quién lo entenderá? Pues, ¿quién se lleva en sus manos? Con las manos de los otros puede ser llevado el hombre, con sus manos, nadie se lleva. Como se entienda esto en David, según lo que indican las palabras, no lo hallamos; mas en Cristo lo hallamos. Se llevaba Cristo en sus manos, cuando recomendándonos su mismo cuerpo, dijo: *"Este es mi cuerpo."* Pues llevaba aquel cuerpo en sus manos." (Ex S. August. Enarratio in Psalm. XXX, 110).

"De un modo demostrativo dijo: *"Este es mi cuerpo y Esta es mi sangre"*; no pensaras era figura lo que se ve, sino que por una razón oculta, era transformado por el omnipotente Dios en cuerpo y sangre de Cristo verdaderamente ofrecida, de lo cual hechos participantes, recibimos la vivificante y santificante virtud de Cristo." (Ex S. Cyrillo Alexan. In Matth. comment. n. 26).

"El Cuerpo está verdaderamente unido a la divinidad, el cual tuvo principio de la santa virgen; no porque descienda el cuerpo que fué recibido del cielo, sino porque el mismo pan y vino se transmutan en cuerpo y sangre. Si quieres saber de qué modo se haga esto, sea para ti suficiente saber que se hace por el Espíritu Santo. Así como de la Santa Madre de Dios, el Señor tomó para sí la carne, la cual subsistiese en el mismo, ni sabemos o entendemos nada más, sino que la palabra de Dios es verdadera y eficaz y que todo lo puede, pero el modo cómo se realizó no podemos investigarle. No es ajeno a esto decir, que así como naturalmente el pan por la digestión, y el vino y agua con la bebida se transforman en cuerpo y sangre del que come y bebe, ni se hacen otro cuerpo diferente del que antes existía, así el pan que estaba preparado, el vino y el agua, mediante la invocación del Espíritu Santo y su existencia, sobre lo que puede la naturaleza se convierten en cuerpo y sangre de Cristo de tal manera que de ningún modo sean dos cosas, sino una misma. Ni el pan y el vino son figura del cuerpo y sangre de Cristo, lo cual no permita Dios lo creamos, sino el mismo cuerpo del Señor dotado de la divinidad, habiendo dicho el mismo Señor: *Este es, no figura del cuerpo, sino mi cuerpo, ni figura de la sangre, sino mi sangre.* Por lo cual si algunos llamaron al pan y vino antitipo del cuerpo y sangre del Señor, como lo hizo el divino Basilio, esto no lo dijeron después de la consagración, sino que dieron este nombre a las oblações antes que fuesen consagradas. Se llaman antitipos de las cosas futuras, no porque no sean verdaderamente cuerpo y sangre de Cristo, sino porque ahora por ellos nos hacemos participantes de la divinidad de Cristo, y después intelectivamente por la sola visión." (Ex S. Joanne Damas. De fide orthodoxa, n. 13).

"Los herejes docetas se abstienen de la Eucaristía y oración, porque no creen que la Eucaristía sea la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la cual padeció por nuestros pecados, la cual el Padre por su benignidad resucitó. Por lo mismo los que disputando contradicen el don de Dios, mueren." (S. Ignat. Antioch. Epist. ad Smyrneos, n. 7).

"¿Cómo constara a los mismos herejes que aquel pan con el cual se han celebrado gracias, sea el cuerpo de su Señor, y el cáliz de su sangre, si no confiesan que él mismo que fabricó el mundo es el Hijo, esto es su Verbo, por el cual el árbol fructifica, manan las fuentes, y la tierra primeramente da el heno, después la espiga, y finalmente el trigo que llena la espiga?" (Ex S. Irenaeo. Adver. haereses. 18).

"Os quiero instruir con los ejemplos de vuestra religión. Sabéis, vosotros que acostumbráis asistir a los divinos misterios, de qué modo, cuando recibís el cuerpo del Señor, con toda cautela y veneración le guardáis, no se caiga de él un poco, no se resbale algo del don consagrado; pues os creéis reos, y rectamente creéis, si algo cae por negligencia. Por lo cual si para conservar su cuerpo usáis de tanta cautela, y con razón la usáis, ¿cómo pensáis que es menor culpa despreciar la palabra de Dios que despreciar su cuerpo?" (Ex Origene. In Exod. Hom. n. 13).

"Después que comieron los discípulos el pan nuevo y santo, y con la fe entendieron que ellos por medio de él comían el Cuerpo de Cristo, continuó Cristo explicando y entregando todo el sacramento. Tomó y mezcló el cáliz del vino; después le bendijo, signó y santificó asegurando que era su sangre que había de ser derramada. Cristo les mandó que bebiesen y les explicó que aquel cáliz que bebían era su sangre: *"Esta es verdaderamente mi sangre que por todos vosotros se derrama; tomadle, bebed todos de él, porque es el nuevo testamento en mi sangre."* Así como habéis visto que yo he hecho, así lo haréis en conmemoración mía. Cuando os congregareis en mi nombre en la Iglesia en todos lugares, haced lo que hice, en memoria mía; comed mi cuerpo, y bebed mi sangre, testamento nuevo y antiguo. (Ex Ephraem. Sermo 4 in heb. Sane).

"Por lo cual con toda persuasión comamos como cuerpo y sangre de Cristo. Pues en figura de vino se te da la sangre, para que cuando hayas tomado el cuerpo y sangre de Cristo, te hagas de un mismo cuerpo y sangre con él. Si distribuído en nuestros miembros su cuerpo y sangre somos hechos Cristíferos, así, según el Bienaventurado Pedro, nos hacemos consortes de la naturaleza divina." (Ex S. Cyrillo Hierosol. myst., 4).

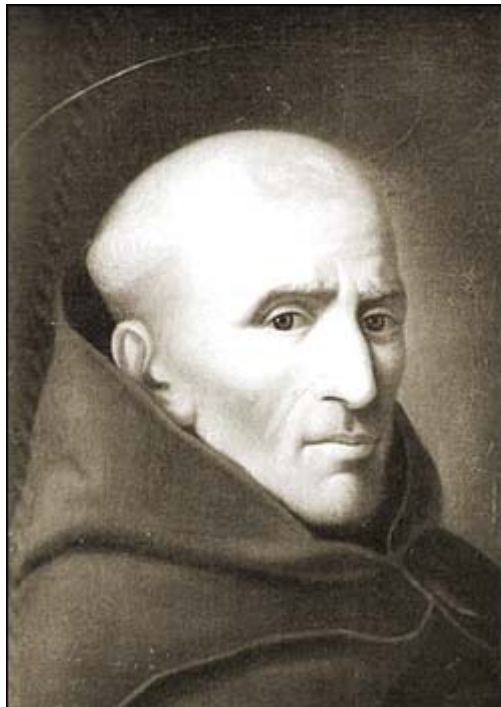
"El cáliz de bendición que bendecimos ¿acaso no es la comunicación de la sangre de Cristo? Muy fielmente lo dijo, y terriblemente; con esto quiere significar: esto que está en el cáliz, es lo mismo que manó del costado, y somos participantes del mismo. Le llamó cáliz de bendición, porque teniéndole en nuestras manos así celebramos al mismo, admirándonos, sobrecogidos de terror por el don inefable, bendiciendo por haberle derramado, para que no permaneciéramos en el error, y no sólo derramó sino que él mismo ha dado a cada uno de nosotros. Por lo tanto si deseas sangre, dijo, vete no al ara de los ídolos ensangrentada con los brutos, sino a mi altar rojo con mi sangre. ¿Qué cosa más horrible que ésta? ¿Qué, pregunto, más amable? Otra cosa veo, ¿cómo tú me dices que reciba el cuerpo de Cristo? Esto aún nos falta que la misma naturaleza se muda." (Ex S. Ambrosio. De mysteriis, n. 50).

"Asimismo Cristo tomando el pan y el cáliz, dijo: *"Este es mi cuerpo y mi sangre."* Pues no es tipo del cuerpo ni tipo de la sangre, como algunos soñaron obcecados, sino según la verdad, cuerpo y sangre de Cristo." (Ex Mario Magnes.)

"Diciendo el Señor: *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros,* así debéis comulgar en la sagrada mesa, que nada absolutamente dudéis de la verdad del cuerpo y sangre de Cristo. Con la boca tomamos lo que por la fe se cree; y teniendo bien entendido que en vano responden *amen* aquellos que disputan de lo que reciben." (Ex S. Leone I, Papa, Serm. 91).

"Catecismo Romano comentado" por el P. Alfonso M<sup>a</sup> Pubianas, O. S. B. monje de Montserrat. Editorial Litúrgica Española S. A., Barcelona, 1926.

## **SAN LEONARDO DE PORTO-MAURIZIO (1676-1751)**



Franciscano genovés, nacido en Porto Maurizio (hoy Imperia), gran misionero popular, propagador del Via Crucis y predicador incansable de Jesús Crucificado.

Celebraba siempre la Santa Misa con cilicio y en memoria de los siete dolores de la Santísima Virgen llevó por toda la vida una cruz con siete puntas sobre el pecho.

Su apostolado fueron las misiones populares, a las que llamaba "campañas contra el infierno": en 44 años de misionero recorrió con los pies descalzos, sin sandalias, todos los caminos de la Italia del Norte y Central, predicando 339 misiones y erigiendo 576 viacrucis o "baterías contra el infierno".

Este "gran cazador del paraíso" —como le llamaba su amigo el papa Benedicto XIV—murió al clausurar una misión, como anhelaba en uno de sus propósitos: "Deseo morir en misión con la espada en la mano contra el infierno".

Beatificado en 1796 por Pío VI y canonizado en 1867 por Pío IX, Pío XI lo nombró en 1923 patrono de los sacerdotes dedicados a las misiones populares.

Festividad: 26 de noviembre.



**San Leonardo predicando el Vía Crucis.**



**Capilla dónde celebraba el Santo Sacrificio de la Misa.**

## EL TESORO ESCONDIDO DE LA SANTA MISA



### CAPÍTULO I

#### EXCELENCIA, NECESIDAD Y UTILIDADES DE LA SANTA MISA

Antes de principiar te diré que este Santo Sacrificio se llama *Misa*, esto es, *enviada*, porque representa la legación que media entre Dios y el hombre; pues Dios envía a su Hijo al altar, y de aquí la Iglesia le envía a su Eterno Padre para que interceda por los pecadores. (SAN BUENAVENTURA. *In exp. Miss.*)

**1.** Mucha paciencia se necesita para tolerar el contagioso lenguaje de algunos libertinos que con frecuencia se atreven a difundir proposiciones escandalosas, que tienen sabor de muy pronunciado ateísmo, y son un veneno para la piedad cristiana.

"Una Misa más o menos, dicen, poco importa".

"Ya no es tan poca cosa oír la Misa los días de obligación".

"La Misa de tal sacerdote es una Misa de Semana Santa: y cuando lo veo acercarse al altar escapo de la iglesia".

Los que así se expresan dan bien a entender que en poco, mejor dicho, que en nada aprecian el adorable sacrificio de la Misa. ¿Sabes, querido lector, lo que es en realidad la Santa Misa? Es el sol del mundo cristiano, el alma de la fe, el centro de la Religión católica, hacia el cual convergen todos los ritos, todas las ceremonias y todos los Sacramentos; en una palabra, es el compendio de todo lo bueno, de todo lo bello que hay en la Iglesia de Dios. Medita, pues, atentamente, piadoso lector, lo que voy a decirte en estas páginas para tu instrucción.

#### Artículo I

#### EXCELENCIA DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

**2.** Es una verdad incontestable, que todas las religiones que existieron desde el principio del mundo establecieron algún sacrificio que constituyó la parte esencial del culto debido a Dios: empero, como sus leyes eran o viciosas o imperfectas, también los sacrificios que prescribían participaban de sus vicios o de sus imperfecciones. Nada más vano que los sacrificios de los idólatras, y por consiguiente no hay necesidad de mencionarlos. En cuanto a los de los hebreos, aun cuando profesaban entonces la verdadera Religión, eran también pobres e imperfectos, pues sólo consistían en figuras: *Infirmi et egeni elementa*

(1), según expresión del Apóstol San Pablo, porque no podían borrar los pecados ni conferir la divina gracia.

El sacrificio, pues, que poseemos en nuestra Santa Religión es el de la Santa Misa, el único sacrificio santo y de todo punto perfecto. Por medio de él todos los fieles pueden honrar dignamente a Dios, reconociendo su dominio soberano sobre nosotros, y protestando al mismo tiempo su propia nada. Por esta razón el santo rey David le llama *Sacrificium iustitiae*(2), sacrificio de justicia, no sólo porque contiene al Justo por excelencia y al Santo de los Santos, o mejor dicho, a la Justicia y Santidad por esencia, sino porque santifica las almas por la infusión de la gracia y por la abundancia de dones celestiales que les comunica. Siendo, pues, este augusto Sacrificio el más venerable y excelente de todos, y a fin de que te formes la sublime idea que debes tener de un tesoro tan precioso, vamos a explicar sucintamente algunas de sus divinas excelencias, porque para explicarlas todas se necesitaba otra inteligencia superior a la nuestra.

### § 1. El sacrificio de la Misa es igual al sacrificio de la Cruz

3. La principal excelencia del santo sacrificio de la Misa es que debe ser considerado como esencial y absolutamente el mismo que se ofreció sobre la cruz en la cima del Calvario, con esta sola diferencia: que el sacrificio de la cruz fue sangriento, y no se ofreció más que una vez, satisfaciendo plenamente el Hijo de Dios, con esta única oblación, por todos los pecados del mundo; mientras que el sacrificio del altar es un sacrificio incruento, que puede ser renovado infinitas veces, y que fue instituido para aplicar a cada uno en particular el precio universal que Jesucristo pagó sobre el Calvario por el rescate de todo el mundo. De esta manera, el sacrificio sangriento fue el medio de nuestra redención, y el sacrificio incruento nos da su posesión: el primero nos franquea el inagotable tesoro de los méritos infinitos de nuestro divino Salvador; el segundo nos facilita el uso de ellos poniéndolos en nuestras manos. La Misa, pues, no es una simple representación o la memoria únicamente de la Pasión y muerte del Redentor, sino la reproducción real y verdadera del sacrificio que se hizo en el Calvario; y así con toda verdad puede decirse que nuestro divino Salvador, en cada Misa que se celebra, renueva místicamente su muerte sin morir en realidad, pues está en ella vivo y al mismo tiempo sacrificado e inmolado: "*Vidi (...) agnum stantem tamquam occisum*" (3).

En el día de Navidad la Iglesia nos representa el Nacimiento del Salvador; sin embargo, no es cierto que nazca en este día cada año. En el día de la Ascensión y Pentecostés, la misma Iglesia nos representa a Jesucristo subiendo a los cielos y al Espíritu Santo bajando a la tierra; sin embargo, no es verdad que en todos los años y en igual día se re-nueva la Ascensión de Jesucristo al cielo, ni la venida visible del Espíritu Santo sobre la tierra. Todo esto es enteramente distinto del misterio que se verifica sobre el altar, en donde se renueva realmente, aunque de una manera incruenta, el mismo sacrificio que se realizó sobre la cruz con efusión de sangre. El mismo Cuerpo, la misma Sangre, el mismo Jesús que se ofreció en el Calvario, el mismo es el que al presente se ofrece en la Misa.

Ésta es la obra de nuestra Redención, que continúa en su ejecución, como dice la Iglesia: *Opus nostrae redemptionis exercetur* (4). Sí, *exercetur*; se ofrece hoy sobre los altares el mismo sacrificio que se consumió sobre la cruz.

¡Oh, qué maravilla! Pues dime por favor. Si cuando te diriges a la iglesia para oír la Santa Misa reflexionaras bien que vas al Calvario para asistir a la muerte del Redentor, ¿irías a ella con tan poca modestia y con un porte exterior tan arrogante? Si la Magdalena al dirigir sus pasos al Calvario se hubiese prosternado al pie de la cruz, estando engalanada y llena de perfumes, como cuando deseaba brillar a los ojos de sus amantes, ¿qué se hubiera pensado de ella? Pues bien; ¿qué se dirá de ti que vas a la Santa Misa adornado como para un baile? ¿Y qué será si vas a profanar un acto tan santo con miradas y señas indecentes, con palabras inútiles y encuentros culpables y sacrílegos? Yo digo que la iniquidad es un mal en todo tiempo y lugar; pero los pecados que se cometen durante la celebración del santo sacrificio de la Misa y en presencia de los altares, son pecados que atraen sobre sus autores la maldición del Señor: *Maledictus qui facit opus Domini fraudulenter* (5). Medítalo atentamente mientras que te manifiesto otras maravillas y excelencias de tan precioso tesoro.

## § 2. El santo sacrificio de la Misa tiene por principal sacerdote al mismo Jesucristo. Funciones del celebrante y de los asistentes

4. Imposible parece poderse hallar una prerrogativa más excelente del sacrificio de la Misa, que el poderse decir de él que es, no sólo la copia, sino también el verdadero y exacto original del sacrificio de la cruz; y, sin embargo, lo que lo realza más todavía, es que tiene por sacerdote un Dios hecho hombre. Es indudable que en un sacrificio hay tres cosas que considerar: el sacerdote que lo ofrece, la Víctima que ofrece, y la majestad de Aquél a quien se ofrece. He aquí, pues, el maravilloso conjunto que nos presenta el santo sacrificio de la Misa bajo estos tres puntos de vista. El sacerdote que lo ofrece es un Hombre-Dios, Jesucristo; la víctima ofrecida es la vida de un Dios, y aquél a quien se ofrece no es otro que Dios. Aviva, pues, tu fe, y reconoce en el sacerdote celebrante la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo. Él es el primer sacrificador, no solamente por haber instituido este sacrificio y por que le comunica toda su eficacia en virtud de sus méritos infinitos, sino también por que, en cada Misa, Él mismo se digna convertir el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre preciosísima. Ve, pues, cómo el privilegio más augusto de la Santa Misa es el tener por sacerdote a un Dios hecho hombre. Cuando consideres al sacerdote en el altar, ten presente que su dignidad principal consiste en ser el ministro de este Sacerdote invisible y eterno, nuestro Redentor. De aquí resulta que el sacrificio de la Misa no deja de ser agradable a Dios, cualquiera que sea la indignidad del sacerdote que celebra, puesto que el principal sacrificador es Jesucristo Nuestro Señor, y el sacerdote visible no es más que su humilde ministro. Así como el que da limosna por mano de uno de sus servidores es considerado justamente como el donante principal; y aun cuando el servidor sea un péfido y un mal-vado, siendo el señor un hombre justo, su limosna no deja de ser meritoria y santa.

¡Bendita sea eternamente la misericordia de nuestro Dios por habernos dado un sacerdote santo, santísimo, que ofrece al Eterno Padre este Divino Sacrificio en todos los países, puesto que la luz de la fe ilumina hoy al mundo entero! Sí, en todo tiempo, todos los días y a todas horas; porque el sol no se oculta a nuestra vista sino para alumbrar a otros puntos del globo; a todas horas, por consiguiente, este Sacerdote santo ofrece a su Eterno Padre su Cuerpo, su Sangre, su Alma, a sí mismo, todo por nosotros, y tantas veces como Misas se celebren en todo el universo. ¡Oh, qué inmenso y precioso tesoro! ¡Qué mina de riquezas inestimables poseemos en la Iglesia de Dios! ¡Qué dicha la nuestra si pudiéramos asistir a todas esas Misas! ¡Qué capital de méritos adquiriríamos! ¡Qué cosecha de gracias recogeríamos durante nuestra vida, y qué inmensidad de gloria para la eternidad, asistiendo con fervor a tantos y tan Santos Sacrificios!

5. Pero ¿qué digo, asistiendo? Los que oyen la Santa Misa, no solamente desempeñan el oficio de asistentes, sino también el de oferentes; así que con razón se les puede llamar sacerdotes: *Fecisti nos Deo nostro regnum, et sacerdotes* (6). El celebrante es, en cierto modo, el ministro público de la Iglesia, pues obra en nombre de todos: es el mediador de los fieles, y particularmente de los que asisten a la Santa Misa, para con el Sacerdote invisible, que es Jesucristo Nuestro Señor; y juntamente con Él, ofrece al Padre Eterno, en nombre de todos y en el suyo, el precio infinito de la redención del género humano. Sin embargo, no está solo en el ejercicio de este augusto misterio; con él concurren a ofrecer el sacrificio todos los que asisten a la Santa Misa. Por eso el celebrante al dirigirse a los asistentes, les dice: *Orate, fratres*: "Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que también es el vuestro, sea agradable a Dios Padre todopoderoso". Por estas palabras nos da a entender que, aun cuando él desempeña en el altar el principal papel de ministro visible, no obstante todos los presentes hacen con él la ofrenda de la Víctima Santa.

Así, pues, cuando asistes a la Misa, desempeñas en cierto sentido las funciones de sacerdote. ¿Qué dices ahora? ¿Te atreverás todavía de aquí en adelante a oír la Santa Misa sentado desde el principio hasta el fin, charlando, mirando a todas partes, o quizás medio dormido, satisfecho con pronunciar bien o mal algunas oraciones vocales, sin fijar la atención en que desempeñas el tremendo ministerio de sacerdote? ¡Ah! Yo no puedo menos de exclamar: ¡Oh, mundo ignorante, que nada comprendes de misterios tan sublimes! ¡Cómo es posible estar al pie de los altares con el espíritu distraído y el corazón disipado, cuando los Ángeles están allí temblando de respeto y poseídos de un santo temor a vista de los efectos de una obra tan asombrosa!

## § 3. El sacrificio de la Misa es el prodigio más asombroso de cuantos ha hecho la Omnipotencia divina

6. ¿Te admirarás acaso al oírme decir que la Santa Misa es una obra asombrosa? ¡Ah! ¿Tan poca cosa es a tus ojos la maravilla que se verifica a la palabra de un simple sacerdote? ¿Qué lengua de hombres, ni aun



de ángeles, podrá explicar jamás un poder tan ilimitado? ¿Quién hubiera podido concebir que la voz de un hombre, que ni aun puede sin algún esfuerzo levantar una paja, debería estar por gracia, dotada de una fuerza tan prodigiosa que obligase al Hijo de Dios a bajar del cielo a la tierra? Éste es un poder mucho mayor que el de trasladar los montes de un lugar a otro, secar el Océano, o detener el curso de los astros. Éste es un poder que de algún modo rivaliza con aquel primer *Fiat*, por medio del cual sacó Dios el mundo de la nada y que parece aventajar, en cierto sentido, al otro *Fiat*, por el cual la Santísima Virgen recibió en su seno al Verbo Eterno. Con efecto, la Santísima Virgen no hizo más que suministrar la materia para el Cuerpo del Salvador, que fue formado de su substancia, es decir, de su preciosísima sangre, pero no por medio de Ella, ni de su operación; mientras que la voz del sacerdote, en cuanto obra como instrumento de Nuestro Señor Jesucristo, en el acto de la consagración re-produce de una manera admirable al Hombre-Dios, bajo las especies sacramentales, y esto tantas cuantas veces consagra.

El Beato Juan el Bueno de Mantua con un milagro hizo conocer en cierto día esta ver-dad a un ermitaño, compañero suyo. No podía éste comprender que la palabra del sacerdote fuese bastante poderosa para convertir la substancia del pan y del vino, en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; y, lo que aún es más lamentable, cedió a las sugerencias del demonio. Tan pronto el venerable Siervo de Dios se aperció del gravísimo error de su compañero, lo condujo cerca de una fuente, de la que sacó un poco de agua, que le hizo tomar. El ermitaño, después de haberla bebido, declaró que jamás había gustado un vino tan delicado. Pues bien, le dijo entonces el Siervo de Dios, ¿veis lo que significa este prodigio? Si por mi mediación, y eso que no soy más que un miserable mortal, la virtud divina ha mudado el agua en vino, ¿con cuánta mayor razón debéis creer que por medio de las palabras del sacerdote, que son las palabras del mismo Dios, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Quién, pues, se atreverá a fijar límites a la omnipotencia de Dios? *Esto* bastó para ilustrar a aquel afligido solitario, quien, alejando de repente todas las dudas que atormentaban su alma, hizo una austera penitencia de su pecado.

Tengamos fe, pero fe viva, y confesaremos que son innumerables las maravillosas excelencias contenidas en este adorable Sacrificio. Entonces no nos asombraremos viendo renovarse a cada instante, y en mil y mil lugares diversos, el prodigio de la multiplicación de la Humanidad sacratísima del Salvador, por la cual goza de una especie de inmensidad no concedida a ningún otro cuerpo, y reservada a ella sola en recompensa de una vida inolada al Altísimo. Esto es lo que el demonio, hablando por boca de una obsesa o endemoniada, hizo comprender a un judío incrédulo, valiéndose de una comparación material y ordinaria. Encontrábase este judío en una plaza pública con otras muchas personas entre las cuales estaba la obsesa, cuando vio pasar un sacerdote que, seguido de una numerosa comitiva, llevaba a un enfermo el Sagrado Viático. Todos se arrodillaron al instante para adorar al Santísimo Sacramento; pero el judío permaneció inmóvil y no dio la menor señal de respeto. Aperciéndose de ello la obsesa, se levantó con ira, y dando al judío un fuerte bofetón, le quitó con violencia su sombrero. "Desgraciado, le dice, ¿por qué no rindes homenaje al verdadero Dios, que está presente en este Divino Sacramento? — ¿Qué verdadero Dios? replicó el judío; si así fuese, pudiera decirse que había muchos dioses, puesto que cuando se celebra la Misa hay uno en cada altar". Al oír estas palabras tomó la obsesa una criba, y poniéndola en frente del sol, le dijo al judío que mirase los rayos que pasaban por medio de los agujeros, y en seguida añadió: "Dime, judío, ¿son muchos los soles que atraviesan esta criba, o no hay más que uno?" El judío contestó que sólo había uno, no obstante la multiplicación de rayos. "¿Por qué te asombras, pues, repuso la obsesa, de que un Dios hecho hombre, aun-que uno, indivisible e inmutable, se ponga por un exceso de amor, real y verdadera-mente presente bajo los velos del Sacramento y sobre muchos altares a la vez?" Esta reflexión fue bastante para confundir la perfidia del judío, que se vio obligado a confesar la verdad de la fe.

¡Oh fe santa! Necesitamos un rayo de tu luz para repetir con fervor: ¿Quién se atreverá jamás a fijar límites a la omnipotencia de Dios? La sublime idea que Santa Teresa de Jesús había concebido de esta omnipotencia, le hacía decir a menudo, que cuanto más profundos e inaccesibles a nuestro entendimiento eran los misterios de nuestra Religión, más se adhería a ellos, con más firmeza y devoción, sabiendo muy bien que el Todo-poderoso puede hacer, si es de su divino agrado, prodigios infinitamente más admirables que todo cuanto vemos. Aviva, pues, mucho tu fe, y confesarás que este Divino Sacrificio es el milagro de los milagros, la maravilla de las maravillas, y que su principal excelencia consiste en ser incomprendible a nuestra débil inteligencia, y lleno de asombro de una y mil veces: ¡Ah qué gran tesoro! ¡Cuán inmenso es! Pero si su prodigiosa excelencia no basta a conmoverte, te conmovrás, sin duda, en vista de la suprema necesidad que tenemos de este Santísimo Sacrificio.

Notas:



(1) "Débiles y pobres elementos". (Gal. 4, 9). (N.del E.).

(2) S. 4, 6. (N. del E.)

(3) "Vi (...) un cordero de pie como degollado".

(4) "Se realiza la obra de nuestra redención" (Oración de la Secreta del 99 Domingo después de Pentecostés). (N. del E.).

(5) "Maldito el que ejecuta de mala fe la obra del Señor". (Jer. 48,10). (N. del E.).

(6) "Nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes" (Ap. 5,10). (N. del E.).

## Artículo II

### NECESIDAD DEL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA PARA APLACAR LA IRA DE DIOS

7. ¿Qué sería del mundo si llegase a verse privado del sol? ¡Ay! No habría en él más que tinieblas, espanto, esterilidad, miseria horrible. Y ¿qué sería de nosotros faltando del mundo la Misa? ¡Ah! idesventurados de nosotros! Estaríamos privados de todos los bienes, oprimidos con el peso de todos los males; estaríamos expuestos a ser el blanco de todos los rayos de la ira de Dios. Admiráanse algunos al ver el cambio que, en cierta manera, se ha verificado en la conducta de la providencia de Dios con respecto al gobierno de este mundo. Antiguamente se hacía llamar: *El Dios de los ejércitos*. Hablaba a su pueblo en medio de nubes y armado de rayos, y de hecho lo castigaba con todo el rigor de su divina justicia. Por un solo adulterio hizo pasar a cuchillo veinticinco mil personas de la tribu de Benjamín. Por un ligero sentimiento de orgullo que dominó al rey David, por contar su pueblo, Dios le envió una peste tan terrible, que en muy pocas horas perecieron setenta mil personas (1). Por haber mirado los betsamitas el Arca Santa con mucha curiosidad y poco respeto, Dios quitó la vida a más de cincuenta mil (2). Y ahora, he aquí que este mismo Dios sufre con paciencia, no sólo la vanidad y las ligerezas de la inconstancia, sino también los adulterios más asquerosos, los escándalos más repugnantes y las blasfemias más horribles, que un gran número de cristianos vomitan continuamente contra su santo nombre. ¿Cómo, pues, se concibe esto? ¿Por qué tal diversidad de conducta? ¿Nuestras ingratitudes serán hoy más excusables que lo eran en otros tiempos? No, por cierto; antes al contrario, son mucho más criminales en razón de los inmensos beneficios de que hemos sido colmados. La verdadera causa de esa clemencia admirable por parte de Dios es la Santa Misa, en la que el Cordero sin mancha se ofrece sin cesar al Eterno Padre como víctima expiatoria de los pecados del mundo. He ahí el sol que llena de regocijo a la Santa Iglesia, que disipa las nubes y deja el cielo sereno. He ahí el arco iris que apacigua las tempestades de la justicia de Dios. Yo estoy firmemente persuadido de que sin la Santa Misa, el mundo a la hora presente estaría ya abismado y hubiera desaparecido bajo el inmenso peso de tantas iniquidades. El adorable Sacrificio del altar es la columna poderosa que lo sostiene.

De lo dicho, pues, hasta aquí, bien puedes deducir cuán necesario nos es este divino Sacrificio; mas no basta el que así sea, si no nos aprovechamos de él en las ocasiones. Cuando asistimos, pues, a la Santa Misa, debemos imitar el ejemplo del célebre ALFONSO DE ALBUQUERQUE. Viéndose este famoso conquistador de las Indias orientales en inminente peligro de naufragar con todo su ejército, tomo en sus brazos un niño que se hallaba en la nave, y elevándolo hacia el cielo, dijo: "Si nosotros somos pecadores, al menos esta tierna criatura libre está ciertamente de pecado. ¡Ah, Señor! por amor de este inocente, perdona a los culpables". ¿Lo creerías? Agradó tanto al Señor la vista de aquel niño inocente, que, tranquilizado el mar, se trocó en alegría el temor a una muerte inminente. Ahora bien; ¿qué piensas que hace el Eterno Padre cuando el sacerdote, elevando la Sagrada Hostia entre el cielo y la tierra, le hace presente la inocencia de su divino Hijo? ¡Ah! Ciertamente su compasión no puede resistir el espectáculo de este Cordero sin mancha, y se siente como obligado a calmar las tempestades que nos agitan y socorrer todas nuestras necesidades. No lo dudemos; sin esta Víctima adorable, sacrificada por nosotros primeramente sobre la cruz, y después todos los días sobre nuestros altares, ya estaría decretada nuestra reprobación y cada cual hubiera podido decir a su compañero: ¡Hasta la vista en el infierno! ¡Si, sí, hasta volver a vernos en el infierno!... Pero, gracias al tesoro de la Santa Misa que poseemos, nuestra esperanza se reanima, y nos asegura de que el paraíso será nuestra herencia. Debemos, pues, besar nuestros altares

con res-peto, perfumarlos con incienso por gratitud, y sobre todo honrarlos con la más perfecta modestia, puesto que de allí recibimos todos los bienes. No cesemos de dar gracias al Eterno Padre por habernos colocado en la dichosa necesidad de ofrecerle a menudo es-ta Víctima celestial, y todavía más por las utilidades inmensas que podemos reportar si somos fieles, no solamente en ofrecerla, sino en ofrecerla según los fines para que se nos ha concedido tan precioso don.

### **Notas:**

(1) Par. 21, 1-17. (*N. del E.*)

(2) 1 Sam 6, 19. Sobre este pasaje, véase:

"Sin duda los betsamitas miraron el Arca con curiosidad registrando su contenido y tocándolo todo lo cual estaba prohibido hasta a los levitas (Núm. 4, 5 y 20).

El número elevado de cincuenta mil muertos en una pequeña ciudad se debe a un error del copista. Flavio Josefo habla de setenta muertos". (*Nota de Straubinger*).

"El texto masorético y la Vulgata ponen aquí un 'estrago de setenta varones por un lado y cincuenta mil por otro, muertos por mirar el arca. Se impone la corrección del texto según la versión de los LXX, que reduce los muertos a setenta". (*Nota de Nácar-Colunga*). (*N. del E.*).

### **Artículo III**

## **UTILIDADES QUE NOS PROPORCIONA EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA**

### **§ 1. Nos hace capaces de pagar todas las deudas que tenemos contraídas con Dios**

**8.** Lo magnífico y lo bello son dos alicientes que ejercen un poderoso imperio sobre los corazones; pero la utilidad hace más que conmovernos, pues triunfa de ellos casi siempre, aún a despecho de las más fuertes repugnancias. Prescinde, por un momento si quieres, de la excelencia y necesidad de la Santa Misa; ¿podrás, sin embargo, prescindir de apreciar la suma utilidad que ella proporciona a los vivos y a los muertos, a los justos y a los pecadores, durante la vida, en la hora de la muerte y aún más allá de la tumba?

Figúrate que eres aquel deudor del Evangelio que, cargado con la enorme deuda de diez mil talentos y llamado a rendir cuentas, se humilla en presencia de su acreedor, implora su indulgencia, y pide un plazo para satisfacer cumplidamente sus obligaciones: *Patientiam habe in me, et omnia reddam tibi* (1). Y he ahí lo que en realidad debes hacer que tienes, no una, sino mil deudas que satisfacer a la Justicia divina.

Humiliate y pide de plazo para pagarlas el tiempo que necesitas para oír la Santa Misa, y puedes estar seguro de *que por* este *medio* satisfacerás cumplidamente todas tus deudas. (SANTO TOMÁS, 1.2., q. 102, a. 3, ad 10).

El Angélico doctor SANTO TOMÁS explica cuáles son nuestras deudas u obligaciones para con Dios, y entre ellas cita especialmente cuatro, y todas son infinitas.

La primera, alabar y honrar la infinita majestad de Dios, que es digna de honores y alabanzas infinitas.

La segunda, satisfacer por los innumerables pecados que hemos cometido.

La tercera, darle gracias por los beneficios recibidos.

La cuarta, en fin, dirigirle súplicas, como autor y dispensador de todas las gracias.

Ahora bien: ¿cómo se concibe que nosotros, criaturas miserables que nada poseemos en propiedad, ni aún el aire que respiramos, podamos, sin embargo, satisfacer deudas de tanto peso? He ahí el medio más fácil y el más a propósito para consolarnos y consolar al mundo. Procuremos asistir con la mayor atención al mayor número de Misas que nos sea posible; hagamos celebrar muchas, y por exorbitantes que sean nuestras deudas, por más que sean sin número, no hay duda que podremos satisfacerlas completamente por medio del inagotable tesoro de la Santa Misa.

A fin de que estés *mejor* instruido acerca de estas deudas, y que tengas de ellas el conocimiento más perfecto posible, voy a explicarlas una por una, y seguramente te llenarás de inefable consuelo al ver las preciosas utilidades y las riquezas inagotables que puedes sacar de la mina que te descubro, para satisfacerlas todas.

## **§ 2. Primera obligación: alabar y adorar a Dios**

**9.** La primera obligación que tenemos para con Dios, es la de honrarle. La misma ley natural nos dicta que todo inferior debe homenaje a su superior; y cuanto más elevada sea su dignidad, mayores y más profundos deben ser los homenajes que se le tributen.

Resulta, pues, de aquí que, siendo la majestad de Dios infinita, le debemos un honor infinito. Pero ¡pobres de nosotros! ¿en dónde encontraremos una ofrenda que sea digna de nuestro Soberano Creador? Dirige una mirada a todas las criaturas del universo, y nada verás que sea digno de Dios. ¡Ah! ¿Qué ofrenda podrá ser jamás digna de Dios, sino el mismo Dios? Es preciso, pues, que Aquél que está sentado sobre su trono en lo más alto de los cielos, baje a la tierra y se coloque como víctima sobre sus propios altares, para que los homenajes tributados a su infinita majestad estén en perfecta relación con lo que ella merece. He aquí lo que se verifica en la Misa: en ella Dios es tan honrado como lo exige su dignidad, puesto que Dios se honra a sí mismo. Jesucristo se pone sobre el altar en calidad de víctima, y por este acto de humillación inefable adora a la Santísima Trinidad tanto como es adorable: y de tal manera, que todas las adoraciones y homenajes que le tributan las puras criaturas desaparecen ante este acto de humillación del Hombre-Dios, coma las estrellas ante la presencia de los rayos del sol.

Cuéntase que un alma santa, abrasada por el fuego del amor de Dios y llena del deseo de su gloria, exclamaba con frecuencia: "¡Dios mío, Dios mío! ¡Yo quisiera tener tantos corazones y lenguas como hojas hay en los árboles, átomos en los aires y gotas de agua en el mar, para amaros y alabaros tanto como merecéis! ¡Ah! ¡Quién me diera que yo pudiera disponer de todas las criaturas para ponerlas a vuestros pies, a fin de que todas se inflamasen de amor por Vos, con tal que yo os amase más que todas ellas juntas, más aún que los Ángeles, más que los Santos, más que todo el paraíso!" Un día que ella se entregaba a estos dulcísimos transportes, oyó la voz del Señor que le decía: "Consuélate, hija mía; con asistir a una sola Misa con devoción me darás toda esa gloria que deseas, e infinitamente más todavía".

¿Te admiras quizás de esta proposición? En este caso tu admiración no sería razonable. En efecto, como nuestro buen Salvador no es solamente hombre, sino también Dios verdadero y todopoderoso, al dignarse bajar sobre el altar tributa a la Santísima y adorable Trinidad, por esta humillación divina, una gloria y honor infinito, y por consiguiente nosotros, que concurrimos con Él a ofrecer el augusto Sacrificio, contribuimos también, por su mediación, a tributar a Dios homenajes y gloria de un precio infinito.

¡Oh qué acto tan grandioso! Repitémoslo una vez más, porque importa mucho el saberlo. Oyendo con devoción la Santa Misa, damos a Dios una gloria y honor infinitos. Confiesa, pues, en medio de tu admiración, que es una verdad incontestable la proposición arriba enunciada, a saber: que un alma que asiste a la Santa Misa con devoción, tributa a Dios más gloria que todos los Angeles y Santos con las adoraciones que le dirigen en el cielo. Como éstos no son más que puras criaturas, sus homenajes son limitados y finitos; mientras que en la Santa Misa Jesús es quien se humilla, Jesús cuyas humillaciones son de un mérito y precio infinito: de lo cual se deduce que la gloria y el honor que por su medio damos a Dios, ofreciéndole el santo sacrificio de la Misa, es una gloria y honor infinitos. Y siendo esto así, ¡ah! ¡cuán dignamente satisfacernos nuestra primera obligación para con Dios asistiendo a la Santa Misa! ¡Oh mundo ciego e insensato! ¡Cuándo abrirás los ojos para comprender verdades tan importantes! Y habrá todavía quien tenga valor para decir: "Una Misa más o menos ¿qué importa?" ¡Qué ceguedad tan deplorable!

## **§ 3. Segunda obligación: satisfacer a la Justicia divina por los pecados cometidos**

**10.** La segunda obligación que tenemos para con Dios es la de satisfacer a su divina Justicia por tantos pecados como hemos cometido. ¡Ah, qué deuda ésta tan inmensa! Un solo pecado mortal pesa de tal manera en la balanza de la Justicia divina, que para expiarlo no bastan todas las obras buenas de los justos, de los Mártires y de todos los Santos que existieron, existen y han de existir hasta el fin del mundo. Sin embargo, por medio del santo sacrificio de la Misa, si se considera su mérito y su valor intrínseco, se puede satisfacer plenamente por todos los pecados cometidos. Fija bien aquí tu atención, y comprenderás

una vez más lo que debes a Nuestro Señor Jesucristo. Él es el ofendido, y a pesar de esto, no contento con haber satisfecho a la Justicia divina sobre el Calvario, nos dio y nos da continuamente en el santo sacrificio de la Misa el medio de aplacarla. Y a la verdad, en la Misa se renueva la ofrenda que Jesucristo hizo de sí mismo a su Eterno Padre sobre la cruz por todos los pecados del mundo; y la misma sangre que ha sido derramada por la redención del humano linaje es aplicada y se ofrece, especialmente en la Santa Misa, por los pecados del que celebra o hace celebrar este tremendo Sacrificio, y por los de todos cuantos asisten a él con devoción.

No es esto decir que el sacrificio de la Misa borre por sí mismo inmediatamente nuestros pecados en cuanto a la culpa, como lo hace el sacramento de la Penitencia; sin embargo, los borra *mediatamente*, esto es, por medio de movimientos interiores, de santas inspiraciones, de gracias actuales y de todos los auxilios necesarios que nos alcanzan para arrepentirnos de nuestros pecados, ya en el momento mismo en que asistimos a la Misa, ya en otro tiempo oportuno. Además, Dios sabe cuántas almas se han apartado del cieno de sus desórdenes en virtud de los auxilios extraordinarios debidos a este Divino Sacrificio.

Advierte aquí que si el sacrificio, en cuanto es propiciatorio, no aprovecha al que se halla en pecado mortal, siempre le vale como impetratorio, y por consiguiente todos los pecadores debían oír muchas Misas, a fin de alcanzar más fácilmente la gracia de su con-versión y perdón.

En cuanto a las almas que viven en estado de gracia, la Santa Misa les comunica una fortaleza admirable para perseverar en tan dichoso estado, y borra inmediatamente, según la opinión más común, todos los pecados veniales, con tal que se tenga dolor general de ellos. Así lo enseña clara y terminante mente SAN AGUSTÍN. "El que asista con devoción a la Misa, dice este Santo Padre, será fortalecido para no caer en pecado mortal, y alcanzará el perdón de todas las faltas leves cometidas anteriormente". Nada hay en esto que deba admirarse. Refiere SAN GREGORIO EL GRANDE (4 *Dial.* c. que una pobre mujer mandaba celebrar una Misa todos los lunes por el eterno descanso del alma de su marido, que había sido reducido a esclavitud por los bárbaros (y a quien creía muerto), y que las Misas le hacían caer las cadenas de sus manos y pies, de manera que durante el tiempo de la celebración del Santo Sacrificio el esclavo permanecía libre y desembarazado de sus hierros, según él mismo confesó a su mujer después de haber conseguido la libertad. Ahora bien: ¿Con cuánta mayor razón debemos creer en la eficacia del Divino Sacrificio, para romper los lazos espirituales, esto es, los pecados veniales, que tienen cautiva nuestra alma y la privan de aquella libertad y de aquel fervor con que obraría si estuviese libre de todo embarazo? ¡Oh Misa preciosa, que nos proporciona la libertad de los hijos de Dios y satisface todas las penas debidas por nuestros pecados!

**11.** Según eso, me dirás acaso, bastará oír o hacer celebrar una sola Misa para pagar las enormes deudas contraídas con Dios por tantos pecados como hemos cometido, y satisfacer todas las penas por ellos merecidas, toda vez que la Misa es de un precio infinito, y por ella se ofrece a Dios una satisfacción infinita. Poco a poco, si te place. — Aunque la *mina et peccata etiam ingentia dimittit*". (Sess. 22, c. II) (2).

Sin embargo, como no tenéis conocimiento cierto, ni de las disposiciones interiores con que oís la Santa Misa, ni del grado de satisfacción que le corresponde, debéis tomar el partido más seguro de asistir a muchas Misas, y asistir con la mayor devoción posible. ¡Dichosos vosotros, sí, una y mil veces dichosos, si tenéis una gran confianza en la misericordia de Dios y en este Divino Sacrificio, en donde brilla admirablemente! ¡Dichosos si asistís siempre a la Santa Misa con fe viva y con gran recogimiento! ¡Ah! en este caso os digo que podéis alimentar en el fondo de vuestro corazón la dulcísima esperanza de ir derechamente al Paraíso sin parar un instante en las penas del purgatorio. ¡A Misa, pues, a Misa! y sobre todo que vuestros labios no pronuncien jamás esta proposición escandalosa: "Una Misa más o menos poco importa".

#### **§ 4. Tercera obligación: Acción de gracias a Dios por los beneficios recibidos**

**12.** La tercera obligación que tenemos para con Dios es la de darle gracias por los inmensos beneficios que debemos a su amor y a su liberalidad. Repasa con tu entendimiento todos los favores que has recibido de Dios, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia: el cuerpo y sus sentidos, el alma y sus potencias, la salud y la vida, que todo lo debemos a su infinita bondad. Añade a éstos la misma vida de Jesús, su Hijo, su misma muerte sufrida por nosotros, y conocerás no tener límites nuestra deuda por sus innumerables beneficios.

Ahora bien; ¿cómo podremos jamás corresponder debidamente a tantos beneficios? Si la ley de la gratitud es observada hasta por las fieras, cuya ferocidad natural se cambia alguna vez en un generoso obsequio a su bienhechor, ¿será esta ley menos sagrada para los seres dotados de razón y colmados por Dios de

tantas gracias? Sin embargo, nuestra pobreza es tan grande, que no podemos pagar ni el menor de los beneficios que debemos a su liberalidad, porque el menor de ellos, por lo mismo que lo recibimos de una mano tan augusta, y que está acompañado de un amor infinito, adquiere un precio infinito, y nos obliga a un reconocimiento y acción de gracias igualmente infinito. Mas ¡ay! ¡cuán miserables somos! Si el peso de un solo beneficio nos oprime, ¿qué será, cuánto no deberá agobiarnos la incalculable multitud de los favores celestiales? — Henos, pues, condenados forzosamente a vivir y morir en la ingratitud para con nuestro soberano Bienhechor. — Pero no, consolémonos; pues el santo rey David nos indica ya el medio de satisfacer plenamente esta deuda de gratitud a los beneficios de nuestro Dios. Previendo en espíritu el Divino Sacrificio de nuestros altares, el Profeta Rey proclama abiertamente que nada hay en el mundo que sea capaz de dar a Dios las acciones de gracias que le son debidas, a no ser la Santa Misa. ¿Qué daré yo al Señor en recompensa de los beneficios que me ha hecho? "*Quid retribuam Domino omnibus quae retribuit mihi?*" (3). Y dándose a sí mismo la respuesta, dice: Yo elevaré hacia el cielo el cáliz del Salvador: "*Calicem salutaris accipiam*" (4); es decir: yo le ofreceré un sacrificio que le será infinitamente agradable, y con esto solo yo satisfaré la deuda que tengo contraída por tantos y tan preciosos beneficios.

Añade que nuestro Divino Redentor ha instituido este sacrificio principalmente con este fin; quiero decir, para manifestar a Dios nuestro reconocimiento y darle gracias. Por eso se le da por antonomasia el nombre de Eucaristía: palabra que significa acción de gracias. El mismo Salvador nos ha manifestado este designio con el ejemplo que nos dio en la última Cena, cuando, antes de pronunciar las palabras de la consagración, dio gracias a su

Eterno Padre: *Elevatis oculis in coelum, tibi gratias agens*. ¡Oh divina acción de gracias, que nos descubre el fin sublime por el que fue instituido este adorable Sacrificio! ¡Qué invitación tan tierna a conformarnos con nuestro Divino Maestro! Todas las veces, pues, que asistimos a la Santa Misa, sepamos aprovecharnos de este inmenso tesoro, y ofrezcámoslo en testimonio de agradecimiento a nuestro Soberano Bienhechor; y tanto más, cuanto que todo el Paraíso, la Santísima Virgen, los Ángeles y Santos se regocijan de vernos pagar este tributo de acción de gracias a nuestro augusto Monarca.

**13.** La venerable Hermana Francisca Farnesia estaba afligida del más vivo sentimiento, viéndose colmada de pies a cabeza de los beneficios divinos, y sin hallar un medio de descargarse de su deuda de gratitud a Dios, satisfaciéndole con una justa recompensa. Un día que se entregaba a estos pensamientos, inspirados por un ardiente amor de Jesús, se le apareció la Santísima Virgen, y colocándole en sus brazos a su Divino Hijo, le dijo: "Tómale; es tuyo, y saca de Él todo el provecho posible: con Él y sólo con Él satisfarás todas tus obligaciones". ¡Oh preciosa Misa, por la cual el Hijo de Dios es depositado, no solamente en nuestros brazos, sino también en nuestras manos y hasta en nuestro corazón, para estar enteramente a disposición nuestra: "*Parvulus enim natus est nobis*" (5).

Con Él, pues, con Él solo podemos sin duda alguna satisfacer por completo la deuda de gratitud que tenemos con Dios. Aún diré mucho más. Si fijamos bien nuestra atención, veremos que en la Santa Misa damos a Dios, en cierta manera, más de lo que Él nos ha dado, si no en realidad, a lo menos en apariencia, porque el Padre Eterno, no nos dio a su Divino Hijo más que una sola vez, en la Encarnación, mientras que nosotros se lo ofrecemos infinitas veces por medio de este Sacrificio. Parece, pues, que le ganamos en cierto modo, si no por la cualidad del don, puesto que no es posible que lo haya más excelente que el Hijo de Dios, a lo menos por las apariencias, en tanto que ofrecemos este don repetidas veces.

¡Oh gran Dios! ¡Oh Dios de amor! ¡Quién tuviere infinitas lenguas para daros acciones de gracias infinitas por el inmenso tesoro con que nos habéis enriquecido en la Santa Misa! ¿Y cuáles son ahora ¡oh cristiano lector! tus sentimientos? ¿Has abierto al fin los ojos y reconocido el precio de este tesoro? Si hasta aquí ha sido para ti un tesoro escondido, ahora que comienzas a apreciarlo, ¿podrás prescindir de exclamar en medio de la admiración más profunda: ¡Ah! ¡Qué inmenso tesoro! ¡Qué precioso tesoro!?

#### **§ 5. Cuarta obligación: Implorar nuevas gracias**

**14.** No se limita a lo dicho la inmensa utilidad del santo sacrificio de la Misa. Por ella podemos, además, satisfacer la obligación que tenemos para con Dios de implorar su asistencia y pedirle nuevas gracias. Ya sabes cuán grandes son tus miserias, así corporales como espirituales, y cuánto necesitas, por consiguiente, recurrir a Dios para que te asista y no cese de socorrerte a cada instante, puesto que es el Autor y principio de todo bien, en el tiempo y en la eternidad. Pero, por otra parte, ¿con qué título y con qué confianza te atreverías a pedir nuevos beneficios, en vista de la excesiva ingratitud con que has correspondido a tantos favores que te ha con-cedido, hasta el extremo de haberlos convertido contra Él mismo para ofenderlo? Sin embargo, no te desanimes, porque si no eres digno de nuevos beneficios por

méritos propios, alguien los ha merecido para ti. Nuestro buen Salvador ha querido con este fin ponerse sobre el altar en el estado de Hostia pacífica, o sea un sacrificio impetratorio, para en él alcanzarnos de su Eterno Padre todo aquello de que tenemos necesidad. Sí, nuestro dulce y muy amado Jesús, en su calidad de primero y supremo Pontífice, recomienda en la Misa a su Padre celestial nuestros intereses, pide por nosotros y se constituye abogado nuestro. Si supiéramos que la Santísima Virgen unía sus ruegos a los nuestros para alcanzar del Eterno Padre las gracias que deseamos, ¿qué confianza no tendríamos de ser escuchados? ¿Qué confianza, pues, y aún qué seguridad debemos experimentar, si pensamos que el mismo Jesús intercede en la Misa por nosotros, que ofrece su sacratísima Sangre al Eterno Padre en nuestro favor, y que se hace abogado nuestro? ¡Oh preciosísima Misa, principio y fuente de todos los bienes!

**15.** Pero es preciso profundizar más en esta mina, para descubrir todos los tesoros que encierra. ¡Ah! ¡Qué dones tan preciosos, qué gracias y virtudes nos alcanza la Santa Misa! En primer lugar, nos proporciona todas las gracias espirituales, todos los bienes que se refieren al alma, como el arrepentimiento de nuestros pecados, la victoria en nuestras tentaciones, ya sean exteriores, como las malas compañías o el demonio, ya sean interiores, como los desórdenes de nuestra carne rebelde: la Misa nos alcanza los socorros actuales, tan necesarios para levantarnos, para sostenernos y hacernos adelantar en los caminos de Dios. La Misa nos obtiene muchas buenas y santas inspiraciones, muchos saludables movimientos interiores, que nos disponen a sacudir nuestra tibieza y nos mueven a ejecutar todas nuestras acciones con más fervor, con una voluntad más pronta, con una intención más recta y pura, lo cual nos proporciona un tesoro inestimable de méritos, que son otros tantos medios eficacísimos, para alcanzar la gracia de la perseverancia final, de la que depende nuestra salvación eterna, y para tener una certeza moral, la mayor posible en esta vida, de estar predestinados a una feliz eternidad. Además, la Santa Misa nos alcanza también todos los bienes temporales, en tanto que puedan contribuir a nuestra salvación, como son la salud, la abundancia de los frutos de la tierra y la paz; preservándonos a la vez de todos los males que se oponen a estos bienes, como de enfermedades contagiosas, temblores de tierra, guerras, hambre, persecuciones, pleitos, enemistades, pobreza, calumnias e injurias: en suma, de todos los males que son el azote de la humanidad; en una palabra, la Santa Misa es la llave de oro del paraíso: cuando nos la da el Padre Eterno, ¿qué bienes podrá rehusarnos? Él, que no perdonó a su propio Hijo, según expresión del Apóstol San Pablo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó con 21 todos sus bienes? *"Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?"* (6).

Ved, pues, con cuánta razón acostumbraba a decir un virtuoso sacerdote, que aun cuando pidiese a Dios cualquier favor para sí o para otro, al celebrar la Santa Misa, siempre se le figuraba que nada pedía, si comparaba las gracias que solicitaba de Dios con la ofrenda que le hacía. He aquí cuál era su razonamiento. Las gracias y favores que yo pido a Dios en la Santa Misa, son bienes finitos y creados, mientras que los dones que yo le presento son increados e inmensos, y por consiguiente, todo bien pesado, yo soy el acreedor y Dios el deudor. En esta confianza pedía y alcanzaba muchas gracias del Señor. (Ossor. *Conc.* 8, t. 4). Ea, pues, ¿cómo no te despiertas? ¿por qué no pides grandes beneficios? Si quieres seguir mi consejo, pide a Dios en todas las Misas que haga de ti un gran santo. ¿Te parece mucho esto? Pues yo creo que no es mucho. ¿No es el mismo divino Maestro quien nos asegura en su Evangelio, que por un vaso de agua dado por su amor nos re-compensará con el paraíso? ¿Cómo, pues, en retorno de la ofrenda que le hacemos de toda la sangre de su amadísimo Hijo, no nos daría cien paraísos si los hubiera? ¿Y cómo será posible dudar que no esté dispuesto a concederte todas las virtudes y la perfección necesaria para llegar a ser santo, y un gran santo en el cielo? ¡Oh bendita Misa! Ensancha, pues, animosamente tu corazón, y pide grandes cosas, considerando que te diriges a un Dios que no se empobrece dando, y que cuanto más le pidas más alcanzarás.

## **§ 6. Por la Santa Misa alcanzamos aun aquellas gracias que no pedimos**

**16.** ¿Lo creerías? Además de los bienes que pedimos en la Santa Misa, nuestro buen Dios nos concede otros muchos que no pedimos. Así nos lo dice SAN JERÓNIMO con las palabras siguientes: "Sin duda alguna Dios nos concede todas las gracias que le pedimos en la Misa, si nos conviene: y lo que todavía es más admirable, nos concede muy frecuentemente aun aquello que no le pedimos, con tal que por nuestra parte no pongamos obstáculos a su generosidad". *"Absque dubio dat nobis Dominus quod in Missa petimus; et quod magis est, saepe dat quod non petimus"*. (Div. Hieronym.). De esta suerte, bien puede decirse que la Misa es el sol del género humano, que extiende sus rayos sobre buenos y malos, y que no hay en el mundo una sola alma, por perversa que sea, que no saque algún provecho de la asistencia al santo sacrificio de la Misa, y muchas veces sin pensar en ello ni aun hacer súplica alguna. (S. *Hier., Cap. cum Mart. de celebr. Miss.*).



Escucha el suceso siguiente, que tuvo lugar en circunstancias bien memorables, según nos lo refiere SAN ANTONINO, arzobispo de Florencia. Dos jóvenes, bastante libertinos, salieron juntos un día, a una partida de caza. Uno de ellos había asistido antes a la Santa Misa, el otro no. Estando ya en camino, se levantó de repente una violenta tempestad, y en medio de los truenos y relámpagos, oyeron una voz que clamaba: "¡Hiere, hiere!" y luego cayó un rayo y mató al que no había oído Misa en aquel día. Aterrado y fuera de sí el compañero, buscaba dónde salvar su vida, cuando oyó nuevamente la misma voz que repetía: "¡Hiere, hiere!" Ya el infeliz aguardaba la muerte, que creía inevitable, mas pronto fue consolado por otra voz que respondió: "No puedo, porque oyó en el día de hoy el *Verbum caro factum est*". La Misa, pues, a que había asistido aquella mañana, lo preservó de una muerte tan terrible y espantosa.

¡Ah, cuántas veces el Señor os ha preservado de la muerte o de muy graves peligros por virtud de la Santa Misa que habíais oído! SAN GREGORIO EL GRANDE así lo afirma en su 4º *Diálogo: Per auditionem Missae homo liberatur a multis malis et periculis*. (7) Es indiscutible, dice este sabio Pontífice, que el que asiste a la Misa será librado de muchos males y peligros hasta imprevistos. Más aún: según enseña SAN AGUSTÍN, será preservado de una muerte repentina, que es el golpe más terrible que los pecadores deben temer de la Justicia divina. He aquí, pues, conforme a la doctrina del Santo Obispo de Hipona, una admirable prevención contra el peligro de muerte repentina: oír todos los días la Santa Misa, y oírla con la mayor atención posible. El que tenga cuidado de prevenirse con esta salvaguardia tan eficaz, puede estar seguro que no le sucederá tan espantosa desgracia.

Hay una opinión singular, que algunos atribuyen a San Agustín, a saber: que mientras una persona asiste a la Misa no envejece, sino que, durante este tiempo, se conserva en el mismo grado de fuerza y de vigor que tenía al principio de la Santa Misa. No me fatigaré por saber si esto es o no verdad; sin embargo, afirmo que si el que oye Misa envejece en cuanto a la edad, no envejece en la malicia porque, como dice SAN GREGORIO, el que asiste a la Santa Misa con devoción, se conserva en la buena vida, crece constantemente en mérito y en gracia, y adquiere nuevas virtudes que le hacen más y más agradable a su Dios.

A todo lo dicho añade SAN BERNARDO que se gana más oyendo una sola Misa con devoción (entiéndase en cuanto a su valor intrínseco), que distribuyendo todos los bienes a los pobres y marchando en peregrinación a todos los santuarios más venerados del mundo. ¡Oh riquezas inmensas de la Santa Misa! Medita atentamente esta verdad: oyendo o celebrando dignamente una sola Misa, considerado el acto en sí mismo y con relación a su valor intrínseco, se puede merecer más que si uno dedicase todas sus riquezas al socorro de los pobres, más que si fuese en peregrinación hasta el fin del mundo, más que si visitase con la mayor devoción los santuarios de Jerusalén, de Roma, de Santiago de Galicia, de Loreto y otros. Dedúcese esta doctrina de lo que enseña el angélico doctor SANTO Tomás, cuando dice: "Que una Misa encierra todos los frutos, todas las gracias y todos los tesoros que el Hijo de Dios repartió en su Esposa la Santa Iglesia por medio del cruento sacrificio de la cruz": *In qualibet Missa*.

Detente aquí un instante, cierra el libro y no leas más, pero reúne en tu entendimiento todas estas utilidades tan preciosas que nos proporciona la Santa Misa, medítalas atenta-mente, y después dime: ¿Tendrás todavía dificultad alguna en conceder que una sola Misa (abstracción hecha de nuestras disposiciones, y sólo en cuanto a su valor intrínseco) tiene tal eficacia que, según afirman muchos Doctores, bastaría para salvar todo el género humano? Figúrate, por ejemplo, que Nuestro Señor Jesucristo no hubiese sufrido la muerte en el Calvario, y que en lugar del sangriento sacrificio de la cruz hubiese instituido solamente el de la Misa, y con precepto expreso de no celebrar más que una en el mundo. Pues bien, admitida esta suposición, ten entendido que esta sola Misa, celebrada por el sacerdote más pobre del mundo, hubiera sido más que suficiente, considerada en sí misma y en cuanto al mérito de la obra exterior, para alcanzar la salvación de todas las criaturas. Sí, sí, no me canso de repetirlo, una sola Misa, en la anterior hipótesis, bastaría para merecer la conversión de todos los mahometanos, de todos los herejes, de todos los cismáticos, en una palabra, de todos los infieles y malos cristianos: bastaría para cerrar las puertas del infierno a todos los pecadores, y sacar del purgatorio a todas las almas que están allí detenidas.

¡Oh, qué desdichados somos! ¡Cuánto restringimos la esfera de acción del santo sacrificio de la Misa! ¡Cuánto pierde de su eficacia provechosa por nuestra tibieza, por nuestra indevoción, y por las escandalosas inmodestias que cometemos asistiendo a ella! Que no pueda yo colocarme a una elevada altura para hacer oír mi voz en todo el mundo ex-clamando: "Pueblos insensatos, pueblos extraviados, ¿qué hacéis? ¿Cómo no corréis a los templos del Señor para asistir santamente al mayor número de Misas que os sea posible? ¿Cómo no imitáis a los Santos Ángeles, quienes, según el pensamiento del Crisóstomo, al celebrarse la Santa Misa bajan a legiones de sus celestes moradas, rodean el altar cubriéndose el rostro con sus alas por respeto, y esperan el feliz momento del Sacrificio para interceder más eficazmente por nosotros?" Porque ellos saben muy bien que aquél es el tiempo más oportuno, la coyuntura más favorable para alcanzar todas las gracias del cielo. ¿Y tú? ¡Ah! Avergüenzate de haber

hecho hasta hoy tan poco aprecio de la Santa Misa. Pero, ¿qué digo? Llénate de confusión por haber profanado tantas veces un acto tan sagrado, especialmente si fueses del número de aquéllos que se atreven a lanzar esta pro-posición temeraria: *Una Misa más o menos poco importa.*

### **§ 7. La Santa Misa proporciona un gran alivio a las almas del purgatorio**

**17.** Para concluir y dar fin a esta instrucción, te haré notar que no sin razón te dije más arriba, que una sola Misa, considerado el acto en sí mismo, y en cuanto a su valor intrínseco, bastaría para sacar todas las almas del purgatorio y abrirles las puertas del cielo. En efecto, la Misa es útil a las almas de los fieles difuntos, no solamente como Sacrificio satisfactorio, ofreciendo a Dios la satisfacción que ellas deben cumplir por medio de sus tormentos, sino también como impetratorio, alcanzándoles la remisión de sus penas. Tal es la práctica de la Santa Iglesia, que no se limita a ofrecer el sacrificio por los difuntos, sino que además ruega por su libertad.

A fin, pues, de excitar tu compasión en favor de estas almas santas, ten entendido que el fuego en que están sumergidas es tan abrasador, que, según pensamiento de SAN GREGORIO, no cede en actividad al fuego del infierno, y que, como instrumento de la divina Justicia, es tan vivo, que causa tormentos insufribles y más violentos que todos los que han sufrido los Mártires y cuanto el humano entendimiento puede concebir. Pero lo que más las aflige todavía, es la pena de daño; porque, como enseña el DOCTOR ANGÉLICO, privadas de ver a Dios, no pueden contener la ardiente impaciencia que experimentan de unirse a su soberano Bien, del que se ven constantemente rechazadas.

Entra ahora dentro de ti mismo, y hazte la siguiente reflexión. Si vieses a tus padres en peligro de ahogarse en un lago, y que con alargales la mano los librabas de la muerte, ¿no te crearías obligado a hacerlo por caridad y por justicia? ¿Cómo es posible, pues que veas a la luz de la fe tantas pobres almas, quizás las de tus parientes más cercanos, abrasarse vivas en un estanque de fuego, y rehuses imponerte la pequeña molestia de oír con devoción una Misa para su alivio? ¿Qué corazón es el tuyo? ¿Quién podrá dudar que la Santa Misa alivia a estos pobres cautivos? Para convencerte, basta que prestes fe a la autoridad de SAN JERÓNIMO. ni te enseñará claramente que, "cuando se celebra la Misa por un alma del purgatorio, aquel fuego tan abrasador suspende su acción, y el alma cesa de sufrir todo el tiempo que dura la celebración del Sacrificio". (*S. Hier., c. cum Mart. de celebr. Miss.*). El mismo Santo Doctor afirma también que por cada Misa que se dice, muchas almas salen del purgatorio y vuelan al cielo.

Añade a esto que la caridad que tengas con los difuntos redundará enteramente en favor tuyo. Pudiérase confirmar esta verdad con innumerables ejemplos; pero bastará citar uno, perfectamente auténtico, que sucedió a SAN PEDRO DAMIANO. Habiendo perdido este Santo a sus padres en la niñez, quedó en poder de uno de sus hermanos, que lo trató de la manera más cruel, no avergonzándose de que anduviese descalzo y cubierto de harapos. Un día encontró el pobre niño una moneda de plata. ¡Cuál sería su alegría creyendo tener un tesoro! ¿A qué lo destinaria? La miseria en que se hallaba le sugería muchos proyectos; pero después de haber reflexionado bien, se decidió a llevar la moneda a un sacerdote para que ofreciese el sacrificio de la Misa para las almas del purgatorio. ¡Cosa admirable! Desde este momento la fortuna cambió completamente en su favor. Otro de sus hermanos, de mejor corazón, lo recogió, tratándolo con toda la ternura de un padre. Lo vistió decentemente y lo dedicó al estudio, de suerte que llegó a ser un personaje célebre y un gran Santo. Elevado a la púrpura, fue el ornamento y una de las más firmes columnas de la Iglesia. Ve, pues, cómo una sola Misa que hizo celebrar a costa de una ligera privación, fue para él principio de utilidades inmensas.

¡Oh, bendita Misa, que tan útil eres a la vez a los vivos y a los muertos en el tiempo y en la eternidad! En efecto, estas almas santas son tan agradecidas a sus bienhechores, que, estando en el cielo, se constituyen allí sus abogadas, y no cesan de interceder por ellos hasta verlos en posesión de la gloria. En prueba de esto voy a referirte lo que le sucedió a una mujer perversa que vivía en Roma. Esta desgraciada, habiendo olvidado enteramente el importantísimo negocio de su salvación, no trataba más que de satisfacer sus pasiones, sirviendo de auxiliar al demonio para corromper la juventud. En medio de sus desórdenes todavía practicaba una buena obra, y era mandar celebrar en ciertos días la Santa Misa por el eterno descanso de las almas benditas del purgatorio. Efecto de las oraciones de estas almas santas, como se cree piadosamente, sintióse un día aquella infeliz mujer sorprendida por un dolor de sus pecados tan amargo, que de repente, y abandonando el infame lugar donde se encontraba, fue a postrarse a los pies de un celoso sacerdote para hacer su confesión general. Al poco tiempo murió con las mejores disposiciones y dando señales las más ciertas de su predestinación. ¿Y a qué podremos atribuir esta gracia prodigiosa, sino al mérito de las Misas que ella hacía celebrar en alivio de las almas del purgatorio? Despertemos, pues, del letargo de nuestra indevoción, y no permitamos que los *publicanos* y *mujeres perdidas* se nos adelanten en conseguir el reino de Dios (Mt. 21, 31).

Si fueses del número de aquellos avaros, que no solamente quebrantan las leyes de la caridad descuidando la oración por sus difuntos y no oyendo, al menos de tiempo en tiempo, una Misa por estas pobres almas, sino que, hollando los sagrados fueros de la justicia, rehúsan satisfacer los legados piadosos y hacer celebrar las Misas fundadas por sus antepasados o que, siendo sacerdotes, acumulan un considerable número de limosnas, sin pensar en la obligación de cumplirlas a tiempo, ¡ah! avivado entonces por el fuego de un santo celo, te diré cara a cara: Retírate, por-que eres peor que un demonio; porque los demonios al fin sólo atormentan a los réprobos, pero tú atormentas a los predestinados; los demonios emplean su furor con los condenados, pero tú descargas el tuyo sobre los elegidos y amigos de Dios. No, ciertamente: no hay para ti confesión que valga, ni confesor que pueda absolverte, mientras no ha-gas penitencia de tal iniquidad y no llenes cumplidamente tus obligaciones con los muertos. Pero, Padre mío, dirá alguno, yo no tengo medios para ello... no me es posible... ¿Conque no puedes? ¿Conque no tienes me-dios? ¿Y te faltan por ventura para brillar en las fiestas y espectáculos del mundo? ¿Te faltan recursos para un lujo excesivo y otras superfluidades? ¡Ah! ¿Tienes medios para ser pródigo en tu comida, en tus diversiones y placeres y... quizás en tus desórdenes escandalosos? En una palabra, ¿tienes recursos para satisfacer tus pasiones, y cuando se trata de pagar tus deudas a los vivos, y lo que aún es más justo, a los difuntos, no tienes con qué satisfacerlas? ¿No puedes disponer de nada en su favor? ¡Ah! te comprendo: es que no hay en el mundo quien examine esas cuentas, y te olvidas en este asunto de que te las ha de tomar Dios. Continúa, pues, consumiendo la hacienda de los muertos, los legados piadosos, las rentas des-tinadas al Santo Sacrificio; pero ten presente que hay en las Santas Escrituras una amenaza profética registrada contra ti; amenaza de terribles desgracias, de enfermedades, de reveses de fortuna, de males irreparables en tu persona y bienes, y en tu reputación. Es palabra de Dios, y antes que ella deje de cumplirse faltarán los cielos y la tierra. La ruina, la desgracia y males irremediables des-cargarán sobre las casas de aquéllos que no satisfacen sus obligaciones para con los muertos. Recorre el mundo, y sobre todo los pueblos cristianos, y verás muchas familias dispersas, muchos establecimientos arruinados, muchos almacenes cerrados, muchas empresas y compañías en suspensión de pagos, muchos negocios frustrados, quiebras sin número, inmensos trastornos y desgracias sin cuento. Ante este cuadro tristísimo exclamarás sin duda: ¡Pobre mundo, infeliz sociedad! Ahora bien, si buscas el origen de todos estos desastres, hallarás que una de las causas principales es la crueldad con que se trata a los difuntos, descuidando el socorrer-los como es debido, y no cumpliendo los legados piadosos: además, se cometen una infinidad de sacrilegios, es profanado el Santo Sacrificio, y la casa de Dios, según la enérgica expresión del Salvador, es convertida en cueva de ladrones. Y después de esto, ¿quién se admirará de que el cielo envíe sus azotes, el rayo, la guerra, la peste, el hambre, los temblores de tierra y todo género de castigos? ¿Y por qué así? ¡Ah! Devoraron los bienes de los difuntos, y el Señor descargó sobre ellos su pesado brazo: "*Lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum. (...) Vae animae eorum, quoniam reddita sunt eis mala*" (8). Con razón, pues, el cuarto Concilio de Cartago declaró excomulgados a estos ingratos, como verdaderos homicidas de sus prójimos; y el Concilio de Valencia ordenó que se los echase de la Iglesia como a infieles.

Todavía no es éste el mayor de los castigos que Dios tiene reservado a los hombres sin piedad para con sus difuntos: los males más terribles les esperan en la otra vida. El Apóstol Santiago nos asegura que el Señor juzgará sin misericordia, y con todo el rigor de su justicia, a los que no han sido misericordiosos con sus prójimos vivos y muertos: "*Iudicium enim sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*" (9). El permitirá que sus herederos les paguen en la misma moneda, es decir, que no se cumplan sus últimas disposiciones, que no se celebren por sus almas las Misas que hubiesen fundado, y, en el caso de que se celebren, Dios Nuestro Señor, en lugar de tomarlas en cuenta, aplicará su fruto a otras almas necesitadas que durante su vida hubiesen tenido compasión de los fieles difuntos. Escucha el siguiente admirable suceso que se lee en nuestras crónicas, y que tiene una íntima conexión con el punto de doctrina que venimos explicando. Aparecióse un religioso después de muerto a uno de sus compañeros, y le manifestó los agudísimos dolores que sufría en el purgatorio por haber descuidado la oración en favor de los otros religiosos difuntos, y añadió que hasta entonces ningún socorro había recibido, ni de las buenas obras practicadas, ni de las Misas que se le habían celebrado para su alivio; porque Dios, en justo castigo de su negligencia, había aplicado su mérito a otras almas que durante su vida habían sido muy devotas de las del purgatorio. Antes de concluir la presente instrucción, permíteme que arrodillado y con las manos juntas te suplique encarecidamente, que no cierres este pequeño libro sin haber tomado antes la firme resolución de hacer en lo sucesivo todas las diligencias posibles para oír y mandar celebrar la Santa Misa, con tanta frecuencia como tu estado y ocupaciones lo permitan. Te lo suplico, no solamente por el interés de las al-mas de los difuntos, sino también por el tuyo, y esto por dos razones: primera, a fin de que alcances la gracia de una buena y santa muerte, pues opinan constantemente los teólogos que no hay medio tan eficaz como la Santa Misa para conseguir este dichoso término. Nuestro Señor Jesucristo reveló a Santa Matilde, que aquél que tuviese la piadosa costumbre de asistir devotamente a la Santa Misa, sería consolado en el instante de la muerte con la presencia de los Angeles y Santos, sus abogados, que le protegerían contra las asechanzas del infierno. ¡Ah! ¡Qué dulce será tu muerte si durante la vida has oído Misa con devoción y con la mayor frecuencia posible!

La segunda razón que debe moverte a asistir al Santo Sacrificio es la seguridad de salir más pronto del purgatorio y volar a la patria celestial. Nada hay en el mundo como las indulgencias y la Santa Misa para alcanzar el precioso favor, la gracia especial de ir derechamente al cielo sin pasar por el purgatorio, o al menos sin estar mucho tiempo en medio de sus abrasadoras llamas. En cuanto a las indulgencias, los Sumos Pontífices las concedieron pródigamente a los que asisten con devoción a la Santa Misa. En cuanto a la eficacia de este Divino Sacrificio para apresurar la libertad de las almas del purgatorio, creemos haberla demostrado suficientemente en las páginas anteriores. En todo caso, y para convencernos de ello, debiera bastar el ejemplo y autoridad del VENERABLE JUAN DE ÁVILA. Hallábase en los últimos instantes de su vida este gran Siervo de Dios, que fue en su tiempo el oráculo de España, y preguntado qué era lo que más ocupaba su corazón, y qué clase de bien sobre todo deseaba se le proporcionase después de su muerte. "Misas, respondió el Venerable moribundo, Misas, Misas" (10).

Sin embargo, si me lo permites, te daré con este motivo y de muy buena gana, un consejo que creo importantísimo, y es: que durante tu vida, y sin confiar en tus herederos, tengas cuidado de hacer que se celebren aquellas Misas que desearías se celebrasen después de tu muerte, y tanto más, cuanto que SAN ANSELMO nos enseña que una sola Misa oída o celebrada por las necesidades de nuestra alma mientras vivimos, nos será más provechosa que mil celebradas después de nuestra muerte.

Así lo había comprendido un rico comerciante de Génova que, hallándose en el artículo de la muerte, no tomó disposición alguna para el alivio de su alma. Todos se admiraban de que un hombre tan opulento, tan piadoso y caritativo con todo el mundo, fuese tan cruel consigo mismo. Pero al pro-ceder, después de su muerte, al examen de sus papeles, se encontró un libro en donde había anotado todas las obras de caridad que había practicado por la salvación de su alma.

"Para Misas que hice celebrar por mi alma 2,000 liras

"Para dotes de doncellas pobres 10,000

"Para el Santo Hospital 200, etc."

Al fin de este libro léase la máxima siguiente: "Aquél que desee el bien, hágase a sí mismo mientras vive, y no confíe en los que le sobrevivan". En Italia es muy popular este proverbio: "Más alumbrá una vela delante de los ojos, que una gran antorcha a la espalda". Aprovechate, pues, de este saludable aviso, y después de haber meditado prudentemente sobre la excelencia y utilidades de la Santa Misa, avergüénzate de la ignorancia en que has vivido hasta aquí, sin haber hecho el aprecio debido de un tesoro tan grande, que fue para ti ¡ay! un tesoro escondido. Ahora que conoces su valor, destierra de tu espíritu, y más todavía de tus discursos, estas proposiciones escandalosas, y que saben a ateísmo:

—Una Misa más o menos poco importa.

—No es poca cosa oír Misa los días de obligación.

—La Misa de tal sacerdote es una Misa de Semana Santa, y cuando lo veo acercarse al altar, me escapo de la iglesia.

Renueva, además, el saludable propósito de oír la Santa Misa con la mayor frecuencia y devoción posibles, a cuyo fin podrás servirte, con mucha utilidad, del siguiente método práctico que voy a exponer.

#### **Notas:**

(1) Ten paciencia conmigo y te pagaré todo. (Mt. 18,26). (*N. del E.*).

(2) "En efecto, aplacado el Señor con esta oblación, y concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los delitos y pecados por grandes que sean". (Denz, 940; D-S 1743). (*N. del E.*).

(3) "¿Con qué retribuiré al Señor por todas las cosas que me ha hecho?". (S. 115, 12). (*N. del E.*).

(4) "Tomaré el cáliz de la salud" (S. 115,13). (*N. del E.*).

- (5) "Porque nos ha nacido un niño". (Is. 9, 6). *(N. del E.)*.
- (6) "El que ni aun a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?". (Rom. 8, 32). *(N. del E.)*.
- (7) "Escuchando la misa, el hombre se libra de muchos males y peligros". *(N. del E.)*.
- (8) "Su lengua y sus mentiras contra el Señor. (...) ¡Ay del alma de ellos!, porque se les retribuyeron sus males". (Is. 3, 8-9). *(N. del E.)*.
- (9) "Porque el juicio [será] sin misericordia para el que no usó de misericordia". (Sant. 2,13). *(N. del E.)*.
- (10) Beato JUAN DE ÁVILA (1500-1569): el "Apóstol de Andalucía", escritor místico y misionero español, autor entre otras obras de un *"Tratado del amor de Dios"*, una sobre el modo de rezar el rosario y del célebre *"Audi Filia"*, síntesis maravillosa de la espiritualidad cristiana. Beatificado en 1894, el Papa Pío XII lo proclamó el 6 de julio de 1946 patrono principal del clero secular español. Festividad: 10 de mayo. *(N. del E.)*.

## MÉTODO PARA OÍR CON FRUTO LA SANTA MISA



### § 1, Disposiciones generales con que se debe asistir al santo sacrificio de la Misa

**1.** Como indicamos ya en la instrucción precedente, fue opinión aprobada y confirmada por SAN GREGORIO en su cuarto Diálogo, que cuando un sacerdote celebra la Santa Misa bajan del cielo innumerables legiones de Ángeles para asistir al Santo Sacrificio. SAN NILO, abad y discípulo de San Juan Crisóstomo, enseña que mientras el Santo Doctor celebraba los divinos misterios veía una multitud de esos espíritus celestiales rodeando el altar y asistiendo a los sagrados ministros en el desempeño de su tremendo ministerio. Siendo esto así, he ahí las disposiciones más esenciales para asistir con fruto a la Santa Misa. Ve a la iglesia como si fueses al Calvario, y permanece en presencia de los altares como si estuvieses delante del trono de Dios y acompañado de los santos Ángeles. Considera ahora cuáles deben ser tu modestia, tu atención y respeto, si quieres recoger de los misterios divinos los frutos y beneficios que Dios se digna conceder a los que asisten a ellos con un exterior devoto y sentimientos religiosos.

**2.** Leemos en el Antiguo Testamento, que cuando los israelitas ofrecían sus sacrificios, en los



que sólo se inmolaban toros, corderos y otros animales, admiraba el ver la atención, el silencio y veneración con que asistían a aquellas solemnidades. Aunque el número de asistentes fuese inmenso y los ministros y sacrificadores llegasen a setecientos, parecía, sin embargo, que el templo estaba vacío; tanto era el cuidado con que cada uno procuraba no hacer el más pequeño ruido. Pues bien; si tanta era la veneración con que se celebraban estos sacrificios que, al fin, no eran más que una sombra y simple figura del nuestro, ¿con qué respeto, con qué devoción y religioso silencio no debemos asistir a la celebración de la Santa Misa, en que el Cordero sin mancha, el Verbo Divino se inmola por nosotros? Muy bien lo comprendía SAN AMBROSIO. Cuando celebraba el Santo Sacrificio, según refiere Cesáreo, y concluido el Evangelio, se volvía al pueblo, y después de haber exhortado a los fieles a un recogimiento profundo, les ordenaba que guardasen el más riguroso silencio, y así consiguió que no solamente pusiesen un freno a su lengua, no pronunciando la menor palabra, sino, lo que aún es más admirable, que se abstuviesen de toser y de moverse con ruido. Estas prescripciones se cumplían con exactitud, y por eso todos los que asistían a la Santa Misa sentíanse como embargados de un santo temor y profundamente conmovidos, de manera que conseguían muchos frutos y aumento de gracia.

## **§ 2. Métodos diferentes para oír la Santa Misa. Primero y segundo**

**3.** El objeto de este opúsculo es instruir, al que quiera leerlo bien, sobre el mérito del santo sacrificio de la Misa, e inclinarlo a abrazar con fervor la práctica de asistir a ella frecuentemente, siguiendo el método que me propongo trazar más adelante. Sin embargo, como hay libros piadosos, difundidos con gran utilidad entre los fieles, que contienen diversos métodos, muy buenos y provechosos, para oír la Santa Misa, de ninguna manera trato de violentar el gusto de nadie; por el contrario, a todos dejo en completa libertad para escoger aquél que juzgue más agradable y el más conforme a su capacidad y a sus piadosas inclinaciones únicamente me propongo, querido lector, desempeñar contigo el oficio de Ángel Custodio, sugiriéndote el que pueda serte más provechoso, es decir, según mi pobre juicio, el que te sea más útil y menos molesto. A este fin pienso reducirlos todos a tres clases o tres métodos en general.

**4.** El primero consiste en seguir con la mayor atención y con el libro en las manos, todas las acciones del sacerdote, rezando a cada una de ellas la oración vocal correspondiente contenida en el libro, de suerte que se pase leyendo todo, el tiempo de la Misa. Si a la lectura se une la meditación de los santos misterios que se celebran sobre el altar, es indudable que se asiste al adorable Sacrificio de un modo excelente y además muy provechoso. Pero como esto pide una sujeción excesiva, puesto que es preciso atender a las ceremonias que se hacen en el altar y dirigir alternativamente la mirada al sacerdote y al libro, para leer en él la oración que corresponde a la parte de la Misa, resulta de aquí que es muy trabajoso en la práctica; y aun me inclino a creer que habrá pocos fieles que perseveren mucho tiempo empleando este método, por útil que sea. Es tal la debilidad de nuestro entendimiento, que se distrae fácilmente cuando tiene que atender a la multitud de acciones que el sacerdote ejecuta en el altar. A pesar de esto, el que se encuentra bien con este método, y consiga por él su provecho espiritual, puede continuar usándolo con la esperanza de que un trabajo tan penoso le granjeará una magnífica recompensa de parte de Dios.

**5.** El segundo método para asistir con fruto a la Santa Misa se practica no por medio de la lectura, ni aun durante el tiempo del Sacrificio, sino contemplando con los ojos de la fe a Jesucristo clavado en la cruz, a fin de recoger en una dulcísima contemplación los frutos preciosos que caen de ese árbol de vida. Se emplea, pues, todo el tiempo de la Santa Misa en un profundo recogimiento interior, ocupándose en considerar espiritualmente los divinos misterios de la Pasión y muerte del Salvador, que no solamente se representan, sino que también se reproducen místicamente sobre el altar. Los que siguen este método es indudable que, si tienen cuidado de conservar unidas a Dios las potencias de su alma, lograrán ejercitarse en actos de fe, esperanza, caridad y de todas las virtudes. Esta manera de oír Misa es más perfecta que la primera, y al mismo tiempo más dulce y más suave, según lo experimentó un santo religioso lego, el cual acostumbraba decir que oyendo Misa no leía más que tres letras. La primera era negra, a saber, sus pecados, cuya consideración le inspiraba afectos de dolor y



arrepentimiento, y éste era el punto de su meditación desde el principio de la Misa hasta el Ofertorio. La segunda era encarnada, a saber, la Pasión del Salvador, meditándola desde el Ofertorio hasta la Comunión, sobre la preciosísima Sangre que Jesús derramó por nosotros y la muerte cruel que sufrió en el Calvario. La tercera letra era blanca, a saber, la Comunión espiritual, que jamás omitía en el momento que comulgaba el sacerdote, uniéndose de todo corazón a Jesús, oculto bajo las especies sacramentales; después de lo cual permanecía abismado en su Dios y en la consideración de la gloria, que esperaba como fruto de este Divino Sacrificio. Este pobre religioso, a pesar de no tener instrucción, oía la Misa de una manera muy perfecta, y yo quisiera que todos aprendiesen en su escuela una ciencia tan profunda.

### § 3. Tercer método de oír la Santa Misa

**6.** El tercer método para asistir con fruto al santo sacrificio de la Misa tiene la preferencia sobre los anteriores. No exige lectura de un gran número de oraciones vocales como el primero, ni requiere un espíritu contemplativo como se necesita para seguir el segundo. Sin embargo, si bien se considera, es el más conforme al espíritu de la Iglesia, cuyos deseos son que los fieles estén unidos a los sentimientos del sacerdote. Éste debe ofrecer el Sacrificio por los cuatro fines indicados en la instrucción precedente (nº 8), por cuanto éste es el medio más eficaz de cumplir con las cuatro obligaciones que tenemos contraídas con Dios. Por consiguiente, y puesto que cuando asistes a la Misa desempeñas en cierta manera las funciones de sacerdote, debes dedicarte del mejor modo posible a la consideración de los cuatro fines indicados, lo cual te será muy fácil por medio de los cuatro ofrecimientos que voy a presentarte.

He aquí el método reducido a la práctica. Toma este pequeño libro hasta aprender de memoria estos ofrecimientos, o a lo menos hasta penetrarte bien de su sentido, pues no se necesita sujetarse a las palabras. Luego que comience la Misa y cuando el sacerdote, humillándose en las gradas del altar, rece el Confiteor, haz un breve examen de tus pecados, excítate a un acto de verdadera contrición, pidiendo humildemente al Señor que te perdone, e implora los auxilios del Espíritu Santo y la protección de la Virgen Santísima para oír la Misa con todo el respeto y devoción posible. En seguida, y para cumplir sucesivamente con las cuatro importantísimas obligaciones de que te he hablado, divide la Misa en cuatro partes, lo que podrás hacer del modo siguiente:

**7.** En la primera parte, desde el principio hasta el Evangelio, satisfacerás la primera deuda, que consiste en adorar y alabar la majestad de Dios, que es infinitamente digna de honores y alabanzas. Para esto humíllate profundamente con Jesucristo, abímate en la consideración de tu nada, confiesa sinceramente que nada eres delante de aquella inmensa Majestad, y humillado con alma y cuerpo (pues en la Misa debe guardarse la postura más respetuosa y modesta), dile:

"¡Oh Dios mío! yo os adoro y reconozco por mi Señor y dueño de mi alma y vida: yo protesto que todo lo que soy y cuanto tengo lo debo a vuestra infinita bondad. Bien sé que vuestra soberana Majestad merece un honor y homenajes infinitos; pero yo soy un pobrecillo impotente para pagar esta inmensa deuda, por tanto os presento las humillaciones y homenajes que el mismo Jesús os ofrece sobre este altar.

"Yo quiero hacer lo mismo que hace Jesús: yo me abato con Jesús, y con Jesús me humillo delante de vuestra suprema Majestad. Yo os adoro con las mismas humillaciones de mi Salvador. Yo me regocijo y me felicito de que mi Divino Jesús os tribute por mí honores y homenajes infinitos".

Aquí cierra el libro, y continúa excitándote interiormente a iguales actos. Regocíjate de que Dios sea honrado infinitamente, y en algún intermedio repite una y muchas veces estas palabras:

"Sí, Dios mío, inefable es mi gozo por el honor infinito que vuestra Divina Majestad recibe 'de este augusto Sacrificio. Me complazco y alegro cuanto sé y cuanto puedo".

No te empeñes con afán en repetir a la letra estas mismas palabras: emplea libremente las que tu piedad te sugiera. Sobre todo procura conservarte en un profundo recogimiento y muy unido a Dios. ¡Ah! ¡qué bien satisfacerás a Dios de esta manera tu primera deuda!

**8.** Satisfarás la segunda desde el Evangelio hasta la elevación de la Sagrada Hostia, y dirigiendo una mirada a tus pecados, y considerando la inmensa deuda que has contraído con la divina

Justicia, dile con un corazón profundamente humillado:

"He ahí, Dios mío, a este traidor que tantas veces se ha rebelado contra Vos. ¡Ah! Penetrado de dolor, yo abomino y detesto con todo mi corazón todos los gravísimos pecados que he cometido. Yo os presento en su expiación la satisfacción infinita que Jesucristo os da sobre el altar. Os ofrezco todos los méritos de Jesús, la sangre de Jesús y al mismo Jesús, Dios `y hombre verdadero, quien en calidad de víctima, se digna todavía renovar su sacrificio en mi favor. Y puesto que mi Jesús se constituye sobre ese altar mi abogado y mediador, y que por su preciosísima Sangre os pide gracia para mí, yo uno mi voz a la de esta Sangre adorable, e imploro el perdón de todos mis pecados. La sangre de Jesús está gritando misericordia, y misericordia os pide mi corazón arrepentido. ¡Oh Dios de mi corazón! Si no os enternecen mis lágrimas, dejad ablandar por los tiernos gemidos de mi Jesús. Él alcanzó en la cruz gracia para todo el humano linaje, ¿y no la obtendrá para mí desde ese altar? Sí, sí; yo espero que por los méritos de su Sangre preciosa me perdonaréis todas mis iniquidades, y me concederéis vuestra gracia para llorarlas hasta el último suspiro de mi vida".

Enseguida, y habiendo cerrado el libro, repite estos actos con una viva y profunda contrición. Da rienda suelta a los afectos de tu alma, y sin articular palabra, dirás a Jesús de lo íntimo de tu corazón:

"¡Mi muy amado Jesús! Dadme las lágrimas de San Pedro, la contrición de la Magdalena y el dolor de todos los Santos, que de pecadores se convirtieron en fervorosos penitentes, a fin de que, por los méritos del Santo Sacrificio, alcance el completo perdón de todos mis pecados".  
Reitera estos mismos actos en un perfecto recogimiento, y vive seguro de que así satisfacerás completamente todas las deudas que por tus pecados hubieres contraído con Dios.

**9.** En la tercera parte, es decir, desde la elevación del cáliz hasta la Comunión, considera los innumerables beneficios de que has sido colmado. En cambio, ofrece al Señor una víctima de precio infinito, a saber: el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Convida también a los Ángeles y Santos a dar gracias a Dios por ti, diciendo estas o parecidas palabras:

"Vedme aquí, Dios de mi corazón, cargado con el enorme peso de una inmensa deuda de gratitud y reconocimiento a todos los beneficios generales y particulares de que me habéis colmado, y de los que estáis dispuesto a concederme en el tiempo y en la eternidad. Confieso que vuestras misericordias para conmigo han sido y son infinitas; sin embargo, estoy pronto a pagaros hasta el último óbolo. En satisfacción de todo lo que os debo, os presento por las manos del sacerdote la Sangre divina, el cuerpo adorable y la víctima inocente que está colocada sobre este altar. Esta ofrenda basta (seguro estoy de ello) para recompensar todos los dones que me habéis concedido; siendo como es de un precio infinito, vale ella sola por todos los que he recibido y puedo recibir de Vos.

"Ángeles del Señor, y vosotros, dichosos moradores del cielo, ayudadme a dar gracias a mi Dios, y ofrecedle en agradecimiento por tantos beneficios, no solamente esta Misa a que tengo la dicha de asistir, sino también todas las que en este momento se celebran en todo el mundo, a fin de que por este medio satisfaga yo a su ardiente caridad por todas las mercedes que me ha hecho, así como por las que está dispuesto a concederme ahora y por los siglos de los siglos. Amén".

¡Con qué dulce complacencia recibirá este Dios de bondad el testimonio de un agradecimiento tan afectuoso! ¡Cuán satisfecho quedará de esta ofrenda que, siendo de un precio infinito, vale más que todo el mundo! A fin, pues, de excitar más y más en tu corazón estos piadosos sentimientos, convida a toda la corte celestial a dar gracias a Dios en tu nombre. Invoca a todos los Santos a quienes tienes particular devoción, y con toda la efusión de tu alma dirígeles la siguiente plegaria:

"¡Oh gloriosos bienaventurados e intercesores míos cerca del trono de Dios! Dad gracias por mí a su infinita bondad, para que no tenga la desventura de vivir y morir siendo ingrato. Suplicadle se digne aceptar mi buena voluntad, y tener en consideración las acciones de gracias, llenas de amor, que mi adorable Jesús le tributa por mí en ese augusto Sacrificio".

No te contentes con manifestar una sola vez estos sentimientos: repítelos a intervalos, en la firme seguridad de que por este medio satisfarán plenamente tan inmensa deuda. A este fin harás muy bien en rezar todos los días algún Acto de ofrecimiento, para ofrecer a Dios en acción de gracias, no solamente todas tus acciones, sino también las Misas que se celebran en todo el mundo.

**10.** En la cuarta parte, desde la Comunión hasta el fin, mientras que el sacerdote comulga sacramentalmente, harás la Comunión espiritual de la manera que te explicaré al terminar este capítulo. Dirige en seguida tus miradas a Dios Nuestro Señor que está dentro de ti, y ámate a pedir muchas gracias. Desde el momento en que Jesús se une a ti, Él es quien ruega y suplica por— ti. Ensancha, pues, el corazón, y no te limites a pedir solamente algunos favores: pide muchas, muchísimas gracias, porque el ofrecimiento de su Divino Hijo, que acabas de hacerle, es de un precio infinito. Por consiguiente, dile con la más profunda humildad:

"¡Oh Dios de mi alma! Me reconozco indigno de vuestros favores: lo confieso sinceramente, así como también que no merezco el que me escuchéis, atendida la multitud y enormidad de mis faltas. Pero, ¿podréis rechazar la súplica que vuestro adorable Hijo os dirige por mí sobre ese altar, en que os ofrece por mí su Sangre y su vida? ¡Oh Dios de infinito amor! Aceptad los ruegos del que aboga en favor mío cerca de vuestra Divina Majestad!; y en atención a sus méritos concededme todas las gracias que sabéis necesito para llevar a feliz término el negocio importantísimo de mi eterna salvación. Ahora más que nunca me atrevo a implorar de vuestra infinita misericordia el perdón de todos mis pecados y la gracia de la perseverancia final. Además, y apoyándome siempre en las súplicas que os dirige mi amado Jesús, os pido por mí mismo, ¡oh Dios de bondad infinita! todas las virtudes en grado heroico, y los auxilios más eficaces para llegar a ser verdaderamente santo. Os pido también la conversión de los infieles, de los pecadores, y en particular de aquéllos a quienes estoy unido por los lazos de la sangre, o de relación espiritual. Imploro además la libertad, no de una sola alma, sino la de todas las que en este momento están detenidas en la cárcel del purgatorio. Dignaos, Señor, concedérsela a todas, y haced quede vacío ese lugar de dolorosa expiación. En fin, ojalá que la eficacia de este Divino Sacrificio convirtiera este mundo miserable en un paraíso de delicias para vuestro Corazón, donde fueseis amado, honrado y glorificado por todos los hombres en el tiempo, para que todos fuésemos admitidos a bendeciros y alabaros en la eternidad. Así sea".

Pide sin temor, pide para ti, para tus amigos, parientes y demás personas queridas. Implora la asistencia de Dios en todas tus necesidades espirituales y temporales. Ruega también por las de la Santa Iglesia, y pide al Señor que se digne librarla de los males que la afligen y concederle la plenitud de todos los bienes. Sobre todo no ores con tibieza, sino con la mayor confianza; y está seguro de que tus súplicas, unidas a las de Jesús, serán escuchadas.

Concluida la Misa practica el siguiente acto de acción de gracias, diciendo: "Os damos gracias por todos vuestros beneficios, oh Dios todopoderoso, que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea".

Saldrás de la iglesia con el corazón tan enternecido como si bajases del Calvario. Dime ahora: si hubieras asistido de esta manera a todas las Misas que has oído hasta hoy, ¡con qué tesoros de gracias habrías enriquecido tu alma! ¡Ah! ¡Cuánto has perdido asistiendo a este augusto Sacrificio con tan poca religiosidad, dirigiendo tus miradas acá y allá, ocupado en ver quiénes entraban y salían, murmurando algunas veces, quedándote dormido, o cuando más, balbuceando algunas oraciones sin atención ni recogimiento! Si quieres, pues, oír con fruto la Santa Misa, toma desde este momento la firme resolución de servirte de este método, que es muy agradable, y que está todo él reducido a satisfacer las cuatro enormes deudas que tenemos contraídas con Dios. Persuádetes firmemente de que en poco tiempo adquirirás inmensos tesoros de gracias y méritos, y de que jamás te asaltarán la tentación de decir: *Una Misa más o menos ¿qué importa?*

[Modo de hacer la comunión espiritual](#)

## Modo de hacer la Comunión espiritual

**11.** Dejamos dicho que el que asiste a la Santa Misa no debe omitir la Comunión espiritual cuando el sacerdote comulga. Réstanos ahora explicar el modo de hacerlo. Según la doctrina del Santo CONCILIO DE TRENTO, hay tres clases de Comunión: la primera meramente sacramental; la segunda puramente espiritual, y la tercera sacramental y espiritual a la vez (1). No se trata aquí de la primera, que consiste en comulgar en realidad, pero en pecado mortal, a imitación del traidor Judas; tampoco hablamos de la tercera, que es la que practican todos los fieles cuando reciben a Jesucristo en estado de gracia. Trátase únicamente de la segunda, que

se reduce -según las palabras del mismo Concilio-, a un ardiente deseo de alimentarse con este Pan celestial, unido a una fe viva que obra por la caridad, y que nos hace participantes de los frutos y gracias del Sacramento. En otros términos: los que no pueden recibir sacramentalmente el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, lo reciben espiritualmente haciendo actos de fe viva y de caridad fervorosa, con un ardiente deseo de unirse al soberano Bien, y por este medio se disponen a participar de los frutos de este Divino Sacramento.

Considera bien lo que voy a decir para facilitarte una práctica que tantas utilidades proporciona. Cuando el sacerdote va ya a comulgar, estando con gran recogimiento interior y exterior, modestia y compostura, excita en tu corazón un verdadero dolor de los pecados, y date golpes de pecho para significar que te reconoces indigno de la gracia de unirse a Jesucristo. Después ejercítate en actos de amor, de ofrecimiento, de humildad y demás que acostumbras hacer al acercarte a la Sagrada Mesa, añadiendo a esto el más ardiente y fervoroso deseo de recibir a Jesucristo, que, por tu amor, está real y verdaderamente presente en el augusto Sacramento. Para avivar más y más tu devoción, figúrate que la Santísima Virgen, o tu Santo Patrón, te presenta la Sagrada Hostia, y que tú la recibes en realidad y como si abrazaras estrechamente a Jesús en tu corazón, y repite una y muchas veces en tu interior estas palabras dictadas por el amor:

"Venid ¡Jesús mío! mi vida y mi amor, venid a mi pobre corazón; venid y colmad mis deseos; venid y santificad mi alma; venid a mí, idulcísimo Jesús! Venid".

Permanece después en silencio, contempla a tu Dios dentro de ti mismo; y como si hubieses comulgado realmente, adórale, dale gracias y haz todos los actos que se acostumbran después de la Sagrada Comunión.

Ten por cierto, amado lector, que esta Comunión espiritual, tan descuidada por los cristianos de nuestros días, es, sin embargo, un verdadero y riquísimo tesoro que llena el alma de bienes infinitos; y, según opinión de muchos y muy respetados autores, -entre otros el P. RODRÍGUEZ, en su obra De la perfección cristiana-, la Comunión espiritual es tan útil, que puede causar las mismas gracias y aun mayores que la Comunión sacramental. En efecto, aunque la recepción real de la Sagrada Eucaristía produzca por su naturaleza más fruto, puesto que, siendo sacramento, obra por su propia virtud; puede no obstante suceder que un alma deseosa de su perfección haga la Comunión espiritual tan humildemente, con tanto amor y devoción, que merezca más a los ojos de Dios que otro comulgando sacramentalmente, pero con menor preparación y fervor.

Se conoce cuánto agrada a Jesucristo esta Comunión espiritual, en que muy frecuentemente se ha dignado escuchar -por medio de patentes milagros-, los piadosos suspiros de sus servidores, unas veces dándoles por sus propias manos la Comunión sacramental, como a Santa Clara de Montefalco, a Santa Catalina de Sena y a Santa Ludovina; otras por manos de los Ángeles, como a mi Seráfico Doctor San Buenaventura, y a los obispos Honorato y Fermín, y alguna vez también por el ministerio de la augusta Madre de Dios, que por su misma mano dio la Sagrada Comunión al Beato Silvestre. Rasgos tan tiernos por parte de Dios no deben asombrarte, si consideras que la Comunión espiritual inflama las almas en el fuego de un santo amor, las une a Dios y las dispone a recibir las más señaladas gracias. ¿Y será posible que tantas utilidades no te causen alguna impresión y continúes siempre en tu indiferencia e insensibilidad? ¿Qué excusa podrás alegar desde ahora para descuidar todavía una práctica tan útil y tan santa? Resuélvete, pues, de una vez a servirte de ella frecuentemente, advirtiendo que la Comunión espiritual tiene sobre la sacramental la ventaja de que ésta no puede recibirse más que una vez al día, mientras que aquélla se puede renovar, no solamente en todas las Misas a que asistas, sino también en todas las horas del día; de mañana y tarde, por el día y por la noche, en la iglesia y en tu aposento, sin que para esto necesites el permiso de tu confesor; en una palabra, cuantas veces practiques lo que acabo de prescribirte, otras tantas harás la Comunión espiritual, y enriquecerás tu alma de gracias, de méritos y de toda clase de bienes.

Tal es el objeto de este opúsculo: inspirar a cuantos lo lean un santo deseo de introducir en el mundo católico la piadosa costumbre de oír todos los días la Santa Misa con una sólida piedad y verdadera devoción, haciendo en ella siempre la Comunión espiritual.

¡Ah, qué dicha si pudiera conseguirse! Entonces se vería reflorar en todo el mundo aquel fervor tan admirable de los felices siglos de la primitiva Iglesia en que los cristianos recibían diariamente la Divina Eucaristía asistiendo al Santo Sacrificio. Si no eres digno de recibir a Dios tan a menudo, procura a lo menos oír todos los días la Santa Misa y hacer en ella la Comunión espiritual. Si yo lograra persuadirte de esta piadosa práctica, creería haber ganado todo el

mundo, y tendría la dulce satisfacción de haber empleado bien el tiempo y mis trabajos. Y a fin de echar por tierra todas las excusas que acostumbran alegar los que pretenden dispensarse de asistir a la Misa, pondré en el capítulo siguiente varios ejemplos adaptados a toda clase de personas, para que todos comprendan que si se privan de un tan gran tesoro, esto nace, o bien de su negligencia, o bien de su tibieza y repugnancia a todas las obras de piedad, por cuyas causas les esperan amargos remordimientos para la hora de la muerte.

---

(1) Sesión XIII, cap. 8. (Denz. 881. D-S 1648). (N. del E.).

### CAPÍTULO III

#### EJEMPLOS OPORTUNOS PARA INCLINAR A LAS PERSONAS DE TODOS LOS ESTADOS Y CONDICIONES A OÍR TODOS LOS DÍAS LA SANTA MISA



El Obispo, los reyes, la corte y el pueblo frente al Santo Sacrificio de la Misa. Mosaico de la Catedral San Marcos, Venecia.

Los que no tienen deseo de asistir a la Misa alegan siempre una multitud de excusas, creyendo justificar así su falta de devoción. Los verás totalmente ocupados y llenos de afán por los intereses materiales; nada les importan los trabajos y fatigas si se trata de acrecentar su fortuna, mientras que para la Santa Misa, que es el negocio por excelencia, sólo encontrarás frialdad e indiferencia. Alegan mil pretextos frívolos, ocupaciones graves, indisposiciones, asuntos de familia, falta de tiempo, en una palabra, si la Iglesia no los obligase bajo pena de culpa grave a oír Misa los domingos y días de fiesta, Dios sabe si pondrían jamás los pies en un altar. ¡Ah! ¡Qué vergüenza! ¡Qué tiempos tan calamitosos los nuestros! ¡Qué desgraciados somos! ¡Cuánto hemos decaído del fervor de los primeros fieles que, como ya dije, asistían todos los días al Santo Sacrificio y se alimentaban allí del Pan de los Ángeles por medio de la Comunión sacramental! Y no es que les faltasen negocios, ni ocupaciones; sin embargo, la Misa, lejos de servirles de molestia, era a sus ojos un medio eficaz de que prosperasen a la vez sus intereses temporales y espirituales.

¡Mundo ciego! ¿Cuándo abrirás los ojos para reconocer un error tan manifiesto? Cristianos, despertad por fin de vuestro letargo, y que vuestra devoción más dulce y predilecta sea oír todos los días la Santa Misa, y hacer en ella la Comunión espiritual. Para que tú, cristiano lector, formes esta resolución, no encuentro otro medio más eficaz que el del ejemplo; porque es un hecho que salta a la vista, que todos somos gobernados por él. Todo lo que vemos hacer a otros, nos es fácil y cómodo. "Y ¿por qué no podrás hacer tú lo que éstos y aquéllos?". Éste era el reproche que SAN AGUSTÍN se dirigía a sí mismo antes de su



conversión. Voy, pues, a citarte algunos, siguiendo las diferentes categorías de personas, y de esta manera abrigo la esperanza de ganar tu corazón.

### § 1. Ejemplos de varios príncipes, reyes y emperadores

Los ejemplos de los grandes del mundo causan ordinariamente más impresión que la piedad, aun extraordinaria, de los simples particulares, lo cual confirma la verdad de aquel axioma tan conocido: "El pueblo sigue el ejemplo de su rey": *Regis ad exemplum totus componitur orbis*. Bien podría citar aquí un considerable número de aquellos personajes, a fin de animarte a imitarlos y a oír todos los días la Santa Misa; mas para no exceder los justos límites, me contentaré con indicar algunos.

El gran CONSTANTINO asistía todos los días al Santo Sacrificio en su palacio; pero esto no bastaba a satisfacer su piedad, pues cuando marchaba a la cabeza de sus ejércitos y hasta en los campos de batalla, llevaba con-sigo un altar portátil, no dejando pasar un solo día sin ordenar que se celebrasen los divinos misterios, a lo cual debió las señala-das victorias que obtuvo sobre sus enemigos. LOTARIO, emperador de Alemania, observó constantemente la misma piadosa práctica: en la paz como en la guerra, quiso oír hasta tres Misas diarias. El piadoso rey de Inglaterra ENRIQUE III, hacía lo mismo con edificación de toda su Corte; y su devoción fue recompensada por Dios, aun temporalmente, concediéndole un reinado de cincuenta y seis años (1).

Mas para conocer bien la piedad de los monarcas ingleses y su asistencia continua al santo sacrificio de la Misa, no es preciso recurrir a los siglos pasados: basta fijar la consideración en aquella grande alma, cuya muerte todavía llora la ciudad de Roma; me refiero a la piadosa reina MARÍA CLEMENTINA. Esta princesa, según ella misma tuvo la bondad de confiármelo muchas veces, tenía sus principales delicias en oír la Santa Misa, así que lo hacía diariamente y en el mayor número posible. Asistía a ellas de rodillas, sin almohadillas para las rodillas, sin apoyo alguno, inmóvil, cual una verdadera estatua de la piedad. Una asistencia tan fervorosa al Sacrificio inflamó de tal manera su corazón en el fuego de amor a Jesús, que todos los días quería hallarse presente a tres o cuatro reservas del Santísimo Sacramento, que se celebraban en distintas iglesias, haciendo ir al galope sus caballos por las calles de Roma, para llegar oportunamente a todos los templos. ¡Ah! ¡Qué torrentes de lágrimas vertía esta virtuosa señora para conseguir saciar el hambre que tenía del Pan de los Ángeles! Hambre tan devoradora que la hacía padecer noche y día, y era que su corazón sentíase constantemente transportado al objeto de su amor. Sin embargo, Dios permitió que sus apremiantes súplicas no fuesen siempre escuchadas; y lo permitió a fin de hacer más heroico el amor de su sierva, o más bien para hacerla mártir del amor, pues, a mi juicio, esto fue lo que abrevió los días de su vida, de lo cual es una prueba evidente la carta que me escribió estando ya moribunda. Lo que hay de cierto es, que si se vio privada de la frecuente Comunión sacra-mental, no por eso perdió el mérito; porque aquellos dulcísimos deliquios del amor que no podía experimentar comulgando sacra-mentalmente, se los proporcionaba la Comunión espiritual que renovaba, no sólo siempre que asistía a la Santa Misa, sino también muchísimas veces al día, y con un gozo interior inexplicable, siguiendo con exactitud el plan trazado en el capítulo anterior.

Ahora yo pregunto: este ejemplo tan sublime y edificante, del que puedo asegurar haber sido testigo de vista, puesto que ha pasado en mi presencia, y que en nuestros días ha sido en Roma objeto de admiración, ¿no bastará para cerrar la boca de los que alegan tantas y tantas dificultades para dispensarse de oír todos los días la Santa Misa y hacer en ella la Comunión espiritual? Pero todavía no me satisface que procures imitar a esa virtuosa reina en su ardiente deseo de unirse a Jesucristo; yo quisiera que la imitases también en el celo con que trabajaba con sus propias manos para proveer de vestiduras sagradas a las iglesias pobres: ejemplo que siguieron en Roma muchas señoras distinguidas, que se recreaban en una ocupación tan piadosa, como útil y modesta. Conozco fuera de Roma una gran princesa, tan célebre por su piedad como por su esclarecido nacimiento, que oye todos los días varias Misas y tiene a sus doncellas frecuente-mente ocupadas en trabajos de mano para el servicio de los altares, hasta el punto de entregar cajones de corporales, purificadores y otros ornamentos, bien a misioneros, bien a predicadores, para que éstos los distribuyan a las iglesias, a fin de que el Divino Sacrificio se celebre en todas partes con la decencia y pompa convenientes.

Séame permitido exclamar ahora: ¡Oh poderosos del mundo! Ved ahí el medio seguro de conquistar el cielo. Y vosotros, ¿qué hacéis? Decídmelo por favor: ¿qué hacéis? ¿Cómo no abris vuestras manos para distribuir abundantes limosnas a favor de tantas iglesias tan necesitadas? No digáis que carecéis de recursos, que vuestras propiedades producen poco, y que otras necesidades más apremiantes absorben vuestras rentas; por-que en este caso yo os facilitaría el medio de proporcionar recursos a los altares sin perjudicar a las exigencias de vuestro estado. Vedlo ahí: es muy fácil y lo tenéis a mano; un caballo



menos en vuestras caballerizas, un lacayo menos a vuestro servicio, cualquier otra superfluidad menos; y de este modo podéis hacer economías suficientes para socorrer las necesidades de muchas iglesias sumamente pobres. Y ¡qué de bendiciones atraería sobre el Estado y sobre vosotros mismos una conducta tan edificante! Convócanse asambleas, reúnanse congresos, fórmense conferencias, consejos de guerra para la seguridad de las provincias, juntas de notables para deliberar sobre los medios de aumentar la prosperidad y riqueza pública, y de alejar los peligros que pudieran impedirlos, y es muy frecuente no conseguirlo. Pues bien, una buena idea, un medio sugerido con oportunidad bastaría para allanar estas dificultades y asegurar de una vez la tranquilidad del reino. Pero, ¿y de dónde nos vendrá este feliz pensamiento? —De Dios, sabedlo bien, de Dios. — ¿Y cuál es el medio más eficaz para conseguirlo? —La Santa Misa. óyela, pues, querido lector, con la frecuencia posible, y haz que se celebre a menudo por tu intención: cuida de proveer a las iglesias de vasos sagrados y ornamentos convenientes, y verás entonces los efectos de una providencia especial, que asegurará tus posesiones, y que te hará dichoso en el tiempo y en la eternidad.

Concluiré este párrafo con un ejemplo de SAN WENCESLAO (2), rey de Bohemia, a quien deberías imitar, si no en todo, a lo menos en parte. Este Santo Rey no se contentaba con asistir diariamente a varias Misas, arrodillado sobre el pavimento desnudo, y ayudando a veces al sacerdote con más humildad y modestia que un joven de prima tonsura. El piadoso monarca se empleaba además en adornar los altares con las joyas más ricas de su corona y con las ropas más preciosas de su palacio. Acostumbraba también a preparar con sus propias manos las hostias destinadas al Santo Sacrificio; y el grano que servía para confeccionarlas era recogido por el mismo Santo Rey. Veíasele, sin temor de rebajar la dignidad real, trabajar la tierra, sembrar el trigo y recoger la cosecha; después de lo cual él mismo molía el grano y cernía la harina, con cuya flor amasaba las hostias y las presentaba humildemente a los sacerdotes. ¡Oh manos dignas de empuñar el cetro de todo el mundo! Pero ¿qué utilidades le reportó una devoción tan tierna? Dios permitió que el emperador Otón distinguiese a este Santa Rey con una benevolencia sin igual, de la que le dio una brillante prueba concediéndole la gracia de unir a su escudo de armas todos los blasones del Imperio: favor que no se había concedido a ningún príncipe. Pero Dios, que se dignó recompensar en este mundo la devoción de Wenceslao al santo sacrificio de la Misa, le preparó en el cielo una recompensa mucho más magnífica, cuando, después de un glorioso martirio, fue elevado de un reino temporal a un trono eterno de la gloria. Reflexiona sobre estos grandes ejemplos, y toma una resolución generosa.

## § 2. Ejemplos de grandes damas y señoras del mundo

Hay señoras que parece quieren convertir la iglesia en un teatro para su vanidad. Al entrar en ella atraen las miradas de todos con su brillante y acicalado traje. ¡Plegue a Dios que no usurpen o no estorben las adoraciones que debieran dirigirse hacia el altar! Como entre esta clase de personas se encuentran muchas bastante asiduas en la asistencia a los Oficios divinos, no nos detendremos tanto en exhortarlas a frecuentar el lugar santo, como en enseñarles la modestia y el respeto con que es preciso portarse en la casa de Dios, particularmente durante la celebración del Santo Sacrificio. En efecto, tan edificado como estoy de la conducta de un gran número de matronas romanas, y de las más distinguidas, que se presentan delante de nuestros altares con un exterior sumamente sencillo, sin pompa alguna y sin adornos; tanto me escandaliza ver otras vanidosas, que con su ridículo peinado y su vestido de teatro tienen la necia pretensión de pasar por diosas en las iglesias. A fin de inspirar a estas desgraciadas un saludable y santo temor a nuestros tremendos misterios, voy a referir el siguiente ejemplo que se lee en la vida de la BEATA IVETA DE HUY, en el territorio de Lieja (*Bolland, vita B. Ivetae*). Oyendo Misa esta santa viuda el día de Navidad, Dios le hizo ver un espectáculo espantoso. Estaba a su lado una persona distinguida que parecía tener los ojos fijos en el altar, pero no era con el objeto de prestar atención al Santo Sacrificio, o de adorar al Santísimo Sacramento que se disponía a recibir, sino que estaba la infeliz entretenida en satisfacer una pasión impura que había concebido por uno de los cantores que se hallaba en el coro, y cuando la desgraciada se levantó para acercarse a la Sagrada Mesa, la Bienaventurada Iveta vio una turba de demonios saltando y bailando alrededor de aquella mujer: unos le levantaban su vestido, otros le daban el brazo, y todos parecían emplearse con diligencia en servirla, aplaudiendo a la vez su acto sacrílego. Rodeada de este infernal cortejo fue a arrodillarse ante el altar de la Comunión: bajó el sacerdote, llevando en su mano la Sagrada Hostia, y la depositó sobre la lengua de aquella infeliz mujer; pero en el mismo instante la Santa viuda vio a Nuestro Señor volar al cielo, por no habitar en un alma que era guarida de los espíritus impuros. Con esta inmodestia sacrílega había atraído los demonios y ahuyentado al Divino Salvador, según la infalible sentencia del Espíritu Santo: La sabiduría encarnada no entrará en un alma depravada, ni habitará en un cuerpo esclavo del pecado. "*In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis*". (Sab. 1, 4).

Quizás me dirás, al leer estas páginas, que tú no eres del número de las personas que no guardan moderación ni decencia. Me complazco en creerlo, digo más, ni aun lo dudo; pero cuando se nota que vas

a la iglesia adornada y perfumada como para un baile, y vestida con tan poca modestia, ¿no hay derecho para dirigirte una censura severa? ¡Qué dolor! En verdad que así se hace de la casa de Dios una cueva de ladrones, puesto que, distraendo a todo el mundo, se roba a Jesucristo el honor y atención que le son debidos.

Entra, pues, dentro de tu corazón, y toma la firme resolución de imitar a SANTA ISABEL DE HUNGRÍA (3).

Esta santa reina tenía el mayor anhelo por oír Misa, pero cuando llegaba el momento de asistir al Santo Sacrificio, dejaba su corona, quitaba las sortijas de sus dedos, y despojada de todo adorno, se conservaba en presencia de los altares cubierta con un velo y en actitud tan modesta, que jamás se la vio dirigir sus miradas a derecha ni izquierda. Esta sencillez y esta modestia agradaron tanto a Dios, que quiso manifestar su contento por medio de un brillante y ruidoso prodigio. Al tiempo de celebrarse la Misa, la Santa se vio rodeada de una luz tan resplandeciente, que los ojos de los demás asistentes quedaron deslumbrados: parecía un ángel bajado del cielo. Aprovechate de tan bello ejemplo; y si lo haces, está segura de que así agradecerás a Dios y a los hombres, y de que tus sacrificios te acarrearán inmensas utilidades en esta vida y en la otra.

### § 3. Ejemplos de mujeres de humilde condición

En la primera instrucción se ha demostrado de una manera incontestable que la Santa Misa es de grandísima utilidad para toda clase de personas. Sin embargo, no es oportuno que mujeres de cierta condición, y a causa de los deberes que tienen que cumplir, asistan a ella todos los días de la semana. Si criáis niños, o si por un motivo de caridad o de justicia cuidáis enfermos; en fin, si un marido díscolo os prohíbe salir, no tenéis motivo para inquietaros y mucho menos para desobedecer; porque, aun cuando la asistencia a la Misa sea la cosa más santa y provechosa, sin embargo la obediencia y la mortificación de la propia voluntad siempre son preferibles. Para vuestro consuelo añadiré que obedeciendo dobláis vuestros méritos, en atención a que Dios, en este caso, no sólo recompensará vuestra obediencia, sino que además tomará en cuenta la buena voluntad que tenéis de asistir a la Misa, como si en realidad la hubieseis oído.

Por el contrario, desobedeciendo, perderíais uno y otro mérito, demostrando con vuestra conducta que preferís satisfacer los deseos de vuestra propia voluntad a cumplir con la de Dios, de la cual se nos dice expresamente en las Santas Escrituras que "la obediencia es mejor que los sacrificios", es decir, que prefiere una su-misión humilde a todas las Misas que no sean de precepto.

¿Y qué sería si, después de ir a la Santa Misa, volviérais con las manos vacías, efecto de vuestra charlatanería, de vuestra curiosidad y distracciones voluntarias? Escuchad el caso que voy a referir. Una buena mujer que habitaba en un pueblito a cierta distancia de la iglesia, resolvió y prometió a Dios oír un gran número de Misas durante un año, a fin de alcanzar una gracia que deseaba vivamente. Por esta razón, en el momento en que sonaba la campana de una ermita, interrumpía de repente sus ocupaciones, y se dirigía con prontitud a la iglesia a pesar de la lluvia, de la nieve y de todas las intemperies de la estación. Cuando volvía a su casa procuraba apuntar las Misas oídas, con el fin de tener la seguridad de que era puntual en el cumplimiento de su promesa, a cuyo efecto colocaba por cada Misa un haba en una cajita que cerraba con todo cuidado. Pasado el año, y no abrigando la menor duda de haber satisfecho con exceso lo que había prometido, alcanzado muchos méritos y proporcionado mucha gloria a Dios

Nuestro Señor, abrió su caja: pero ¡cuál sería su sorpresa al encontrar una sola haba, de tantas como había depositado! En vista de tan esperado suceso, entregóse a una profunda pena, y vertiendo lágrimas, fue a quejarse a Dios con las siguientes palabras: ¡Oh Señor! ¿Cómo es posible que de tantas Misas como he oído sólo encuentre la señal de una? Yo jamás he faltado a ella, a pesar de los obstáculos de toda clase, a pesar de la lluvia, del hielo y del calor. . . ¿Cómo, pues, ¡Dios mío! me explico este suceso?

Entonces el Señor le inspiró el pensamiento de que fuese a consultar a un sabio y virtuoso sacerdote. Preguntóle éste por las disposiciones con que acostumbraba dirigirse a la iglesia y por la devoción con que asistía al Santo Sacrificio. A esta pregunta contestó la pobre mujer, diciendo con toda verdad, que durante el tiempo que empleaba en ir de casa a la iglesia, no se ocupaba más que en negocios y bagatelas; y que mientras se celebraba la Santa Misa, estaba constantemente preocupada con los cuidados de la casa, o con los trabajos del campo y aún charlando con otras. He aquí, le dijo el sacerdote, la causa de que se hayan perdido todas estas Misas: los discursos inútiles e impertinentes, la disipación y las distracciones voluntarias os quitaron todo el mérito. El demonio se aprovechó de esto, y vuestro Ángel bueno llevó todas las habas que servían de señales, para daros a entender que el fruto de las buenas obras se pierde cuando no se practican bien. Por consiguiente, dad gracias a Dios porque a lo menos hay una que fue oída con gran provecho vuestro.

Ahora entra dentro de ti mismo y di: De tantas Misas como he oído en el curso de mi vida, ¿cuántas habrá que Dios haya tomado en cuenta? ¿Qué te dice la conciencia? Si te parece que serán pocas las que hayan sido favorablemente recibidas del Señor, observa otro método en lo sucesivo. Y a fin de que jamás seas

del número de aquellas desgraciadas que sirven de ministros al demonio, aun en las iglesias, para arrastrar almas al infierno, escucha el ejemplo siguiente, muy a propósito para hacerte temblar.

Se lee, en el Sermonario llamado Dormisicuro, que una mujer reducida a extrema necesidad andaba errante cierto día por lugares solitarios, y tentada de la desesperación, cuando de repente se le apareció el demonio y le ofreció cuantiosas riquezas, con tal que ella quisiera ocuparse en distraer a los fieles durante la Misa, entreteniéndolos con discursos inútiles. La infeliz aceptó esta proposición, según ella dijo; y habiendo comenzado a ejercer su oficio diabólico, lo desempeñó tan maravillosamente, que a cualquiera persona que estuviese cerca de ella le era imposible prestar atención a los Oficios divinos, ni oír devotamente la Santa Misa. Pero no pasó mucho tiempo sin que aquella mujer desgraciada se viese herida por la mano de Dios. En una mañana de violenta tempestad un rayo cayó sobre ella sola y la redujo a cenizas. Aprende por cuenta ajena y evita en todo lugar, y especialmente en la iglesia, el estar al lado de aquéllos que con sus chanzas, con sus conversaciones impertinentes y con sus irreverencias de toda clase, se convierten en instrumentos del demonio: de otra manera te expondrías a incurrir como ellos en el desagrado de Dios.

#### § 4. Ejemplos de negociantes y artesanos

El dinero es el ídolo de nuestros días. ¡Ah! ¡Cuántos desgraciados están constantemente prosternados ante esta falsa deidad, a la que únicamente rinden culto! Ellos llegan a olvidar al Creador del cielo y de la tierra, y por consiguiente se precipitan en un abismo de males aun temporales, mientras que el Real Profeta nos asegura que los que buscan a Dios ante todo, estarán al abrigo de los infortunios y serán colmados de bienes: *"Inquirentes autem Dominum non minuentur omni bono"* (4). Esta sentencia se verifica especialmente, en favor de aquéllos que procuran prepararse para el trabajo y demás ocupaciones del día, con la asistencia al santo sacrificio de la Misa. La prueba de esta verdad nos la suministra el siguiente caso notable, ocurrido a tres negociantes de Gubbio, en Italia.

Habíanse dirigido los tres a una feria que se celebraba en la villa de Cisterno, y después de haber arreglado sus compras, trataron de ponerse de acuerdo para la marcha. Dos fueron de parecer que se emprendiese al día siguiente muy temprano, a fin de llegar a sus casas antes de anoecer; empero el tercero protestó que el día siguiente era domingo, y que de ningún modo se pondría en camino sin oír primeramente la Santa Misa. También exhortó a sus compañeros a que tomasen la misma resolución para volver juntos como habían ido, añadiendo que, después de haber cumplido este precepto y tomado un buen desayuno, viajarían más contentos; y por último dijo: que si no era posible llegar a Gubbio antes de anoecer, no faltarían mesones en el camino. Los compañeros rehusaron conformarse con un dictamen tan sabio y provechoso, y queriendo a toda costa llegar a su casa el mismo día, respondieron: que si por esta vez dejaban de oír Misa, Dios tendría misericordia con ellos. Así, pues, el domingo al rayar el alba y sin poner los pies en la iglesia, montaron a caballo y emprendieron el viaje a su pueblo. Bien pronto llegaron cerca del torrente de Confuone, que la lluvia caída durante la noche había hecho crecer desmedidamente y hasta tal punto, que la corriente, azotando con violencia el puente de madera, lo había sacudido fuertemente. Sin embargo, los jinetes subieron, pero apenas dieron los primeros pasos cuando la impetuosidad de las aguas arrastró el puente con los caballeros, y los sumergió. Al ruido de tan espantoso desastre corrieron los aldeanos, y con el auxilio de ganchos consiguieron sacar los cadáveres de aquellos desgraciados que acababan de perder su fortuna y su vida, y quizás su alma: se les depositó a orillas del torrente esperando que alguno los reclamase para darles honrosa sepultura. Durante este tiempo el tercer negociante, que se había quedado en Cisterno para oír la Santa Misa, cumplido este deber había emprendido alegremente su viaje. No tardó mucho en llegar al sitio de la catástrofe, quedando aturdido a la vista de los cadáveres; y habiéndose detenido a mirarlos, reconoció a sus compañeros de la víspera. Oyó, vivamente conmovido, la relación de la funesta desgracia de que habían sido víctimas, y levantando sus manos al cielo, dio gracias a la Bondad in-finita por haberlo preservado de semejante desventura; y sobre todo, bendijo mil y mil veces la hora dichosa que había consagrado al cumplimiento de sus deberes religiosos, atribuyendo su conservación al santo sacrificio de la Misa. Habiendo regresado a su pueblo extendió en él la noticia del trágico suceso, que excitó en todos los corazones un vivísimo deseo de asistir todos los días a la Santa Misa.

¡Maldita avaricia! muy necesario es que lo diga: ¡maldita avaricia! Tú eres la que apartas los corazones de Dios, y les quitas, por decirlo así, la libertad de ocuparse del importantísimo negocio de su salvación.

Con el fin, pues, de que todos los que están expuestos a este vicio comprendan bien en qué consiste, voy a explicarlo por medio de una comparación tomada de la Sagrada Escritura. Sansón, como sabéis, dejóse atar al principio con nervios de buey; después con gruesas cuerdas nuevas, que todavía no habían prestado servicio alguno; y las rompió como se rompe un hilo. Pero al fin, vencido por las importunas

molestias de Dalila, su mujer, le descubrió que el secreto de sus fuerzas estaba en sus cabellos: de suerte que habiéndole rasurado la cabeza se convirtió en un hombre débil como los demás, y cayó en poder de los filisteos que le arrancaron los ojos, y lo condenaron a hacer dar vueltas a la rueda de un molino. Ahora pregunto: ¿En qué estuvo la falla de Sansón? ¿En dejarse atar de tantas maneras? No; porque él sabía muy bien que todas las liga-duras cederían a sus esfuerzos como un delgado hilo. La gran falta que tuvo fue el re-velar el verdadero secreto de su fuerza y dejarse cortar los cabellos, sin los cuales Sansón no fue ya Sansón. Del mismo modo, digo, supuesto que un negociante, un industrial, se deje aprisionar por miles de ocupaciones, en el tráfico, en la industria y en empresas de toda clase: ¿es esto en lo que consiste el vicio funesto de la avaricia? No: el vicio consiste en dejarse cortar los cabellos. Me explicaré: Tal negociante está abrumado de asuntos, y, sin embargo, por la mañana temprano, al oír tocar a Misa, se dice a sí mismo: tregua a los cuidados, la Misa antes que todo. Ved aquí un Sansón que está atado, si se quiere, con muchas cuerdas, pero que no está rasurado. Otro está sujeto por más de siete lazos, por ejemplo: expediciones que hacer, jornaleros que pagar, cartas que escribir, cuentas que arreglar, deudas que satisfacer, créditos que cobrar: ¡ah! ¡qué de ligaduras y qué laberinto! Sin embargo, llega el domingo o un día de fiesta y este hombre se desentiende de todos estos embarazos y se dirige a la iglesia para oír la Santa Misa y practicar sus devociones: ved ahí todavía un Sansón que está muy atado, pero que conserva su cabellera, porque en medio de sus numerosos negocios no pierde de vista el importantísimo de su eternidad. Pero (fijad bien la atención en este *pero*), cuando estáis fuertemente ligados con mil lazos de intereses temporales, y no tenéis bastante fuerza para romperlos, esto es, para desembarazaros de cuando en cuando, y acercaros con regularidad de cristianos a los Santos Sacramentos, y a oír la Santa Misa, desde entonces ¡ay! no sois más que unos infelices Sansones ligados y rasurados a la vez. Vuestros títulos y rentas quizás sean legítimos; pero no lo es seguramente ese furor por adquirir que absorbe toda vuestra atención: ésa es una avaricia cruel que os tratará como a Sansón, es decir: que, como él, seréis envueltos en las ruinas de vuestras casas. Y entonces esos tesoros que amontonáis, ¿para quién serán? "*Quae autem parasti, cuius erunt?*" (5).

Pero no olvidemos, querido lector, que estos avaros jamás se rendirán, a menos que se les tome por su lado débil. Pues bien, les diré: ¿Qué es lo que pretendéis? ¿Enriqueceros, ganar dinero y redondear vuestra fortuna? ¿Y sabéis cuál es el medio más seguro y eficaz de conseguirlo? Vedlo aquí: asistid todos los días a la Santa Misa. El ejemplo siguiente debe convenceros de esta verdad. Había dos artesanos que ejercían el mismo oficio: uno de ellos estaba cargado de familia, pues tenía mujer, hijos y aún sobrinos que alimentar, y no en corto número; el otro vivía solo con su mujer. El primero criaba su familia con bastante desahogo, y todo le salía maravillosamente: tenía un almacén muy acreditado, trabajo cuanto pudiera desear, y negocios bastante lucrativos para hacer cada año algunas economías destinadas a la dote de sus hijas, cuando llegasen a la edad de casarse. El otro artesano, aunque solo, estaba sin trabajo y muerto de hambre. Acercóse un día a su vecino y le dijo en confianza: "¿Cómo haces y qué conducta es la tuya para vivir tan cómodamente y aumentar tus intereses? Diríase que Dios hace llover en tu casa todos los bienes en abundancia, mientras que yo, infeliz, no puedo levantar la cabeza, y todas las desgracias me oprimen. —Yo te lo explicaré bien, le respondió su amigo: mañana por la mañana pasaré por tu casa, y te enseñaré el lugar donde voy a negociar mi buena fortuna". A la mañana siguiente fue a buscarlo y lo condujo a la iglesia para oír la Santa Misa, después de lo cual lo acompañó a su taller: hizo lo mismo el segundo y tercer día, y al cuarto le dijo el otro: "Si no hay más que hacer que ir a la iglesia y asistir al Santo Sacrificio, yo sé perfectamente el camino; por consiguiente no es necesario que te molestes más. —Esto es precisamente, le contestó el primero: asiste todos los días a la Santa Misa, y verás cómo la fortuna te sonríe". Así sucedió efectivamente. Desde el momento en que abrazó esta práctica tan piadosa, se vio muy surtido de trabajo, pagó sus deudas en poco tiempo, y puso su casa en buen pie. (*Surio, en la Vida de S. Juan el Limosnero*).

Creéis al Evangelio, ¿no es así? Pues bien: si creéis en él, no podéis dudar de esta verdad. ¿No dice terminantemente: "*Quaerite primum regnum Dei* (Mt. 6,33): Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura"? Procurad hacer la prueba, a lo menos durante un año. A la Misa todas las mañanas; y si vuestros negocios no tienen mejor éxito, os permito quejaros de mí. Pero no sucederá así seguramente, antes por el contrario, tendréis motivos poderosos para darme gracias.

## § 5. Ejemplos de jornaleros y sirvientes

El apóstol SAN PABLO dice que el cristiano que no tiene cuidado de los suyos, y especialmente de los domésticos, es peor que un infiel. Esta solicitud que se les debe, entiéndese no sólo en cuanto al cuerpo, sino y mucho más en cuanto al alma. Por consiguiente, si el Apóstol tenía por crueldad el que se le dejase carecer de lo necesario para la vida corporal, mucho mayor lo será privarlos del alimento espiritual, principalmente prohibiéndoles asistir todos los días a la Santa Misa. No hay un señor, por rico y poderoso que sea, que sepa comprender la pérdida que le ocasiona tal privación. Cuando Dios estableció alianza con

Abrahán, le ordenó que no solamente se circuncidase, sino que obligase a hacer lo mismo a todos sus servidores y esclavos: prueba evidente de que todo buen cristiano no debe contentarse con servir a Dios por sí mismo, especialmente con la asistencia al Santo Sacrificio, sino que debe procurar que todos sus criados, que toda su casa, le sirva igualmente.

SAN ELEÁZARO, conde de Ariani, practicó perfectamente esta santa economía espiritual. En un reglamento que había formado para su palacio, ordenaba en primer lugar que todos oyesen diariamente la Santa Misa; domésticos y sirvientes, mozos y empleados, a todos quería verlos asistiendo al adorable Sacrificio del altar. Esta piadosa costumbre es seguida por un gran número de señores, de cardenales y prelados de Roma. Todos los días oyen o celebran la Santa Misa, y quieren que todos sus dependientes y domésticos asistan a ella, y no vayáis a creer que el tiempo que éstos emplean en oír Misa es un tiempo perdido, no: es el tiempo que Dios tendrá más en cuenta.

SAN ISIDRO (6) era un pobre labrador; pero tenía sumo cuidado de no faltar a Misa. Dios le hizo conocer cuán agradable le era su devoción por el suceso siguiente. Un día que el Santo estaba trabajando en el campo, oyó tocar a Misa en una iglesia inmediata; deja sus bueyes, y marcha precipitadamente con objeto de asistir al Santo Sacrificio. Pero ¡oh prodigio! mientras que San Isidro estaba en Misa, los Angeles se ocuparon en continuar la labor de aquel devoto y piadoso labrador. Es verdad que Dios no hará milagros tan patentes en favor vuestro; sin embargo, ¿no tiene medios infinitos para re-compensar vuestra piedad? Bien podéis comprenderlo por lo que hizo con un pobre viñador, cuya historia es la siguiente: Este virtuoso jornalero, que criaba su familia con el sudor de su rostro, acostumbraba, antes de consagrarse al trabajo, asistir todos los días al santo sacrificio de la Misa. Un día muy temprano dirigióse al punto donde se reunían sus compañeros, esperando que alguno viniese para alistarlos. En este tiempo oyó sonar la campana, y al instante, según costumbre se dirigió a la iglesia para rezar en ella sus oraciones. Después de la primera Misa salió inmediatamente otra, que el piadoso jornalero oyó con la misma devoción. Al volver a su puesto ya no encontró a ninguno de sus compañeros: todos habían sido alistados y enviados al campo, y los dueños también habían desaparecido. Aquel buen hombre volvíase triste a su casa, cuando un rico propietario del lugar se apercibió de ello; y al notar en su rostro su gran tristeza, se acercó a él y le preguntó la causa. "Qué quiere usted, respondió el pobre trabajador, esta mañana, por temor de perder la Misa, he perdido mi jornal. —No te aflijas por eso, respondió el rico: vuelve a la iglesia, oye una Misa más por mi intención, y esta tarde te pagaré tu jornal". El pobre hombre fue a cumplir con lo que le ordenaba su nuevo amo, y no solamente asistió a la Misa que se le había prescrito, sino que además oyó todas las que se celebraron en aquel día. Al caer de la tarde se presentó al rico para recoger su jornal. En efecto, recibió doce sueldos, salario ordinario de un jornalero de aquel país. Marchábase muy contento a su casa, cuando vio venir hacia él un personaje desconocido (era Nuestro Señor Jesucristo), y le preguntó cuánto le dieron por el trabajo de un día tan bien empleado; y oyendo que sólo recibiera doce sueldos, le dijo: "¿Tan poco ganaste por una obra tan meritoria? Vuelve a casa de ese rico, y dile: que si no aumenta la retribución, sus negocios irán muy mal". El jornalero desempeñó con humilde sencillez el encargo que llevaba para el rico, quien le entregó cinco sueldos más, enviándole en paz. Marchó el buen hombre muy satisfecho con esta gratificación; pero el Divino Salvador no se contentó con ella: viendo que el aumento no excediera de cinco sueldos, le dijo: "Esto no es bastante todavía; vuelve a casa de ese avaro, y hazle presente que si no se muestra generoso, vendrá sobre él una terrible desgracia". El jornalero se presenta nuevamente delante del rico con un temor respetuoso, y le hizo a medias palabras aquella nueva demanda. Entonces el rico, herido interiormente por la gracia del Señor, llevó su generosidad hasta el punto de darle cien sueldos y un buen vestido nuevo. Sin duda os admiraréis, y con razón, del modo con que la Divina Providencia recompensó a este pobre viñador, de la piedad que le movía a oír todos los días la Santa Misa; pero más admirable es todavía la misericordia que Dios tuvo de este rico. A la noche siguiente apareciósele el Salvador, y le reveló que, gracias a las Misas oídas por aquel pobre, había sido preservado de una muerte repentina, que en aquella misma noche lo hubiera precipitado en el infierno. Al oír un aviso tan espantoso, se levantó sobresaltado, y entrando en cuentas consigo mismo, comenzó a detestar su mala vida; y se declaró muy devoto de la Santa Misa, a la que asistió en adelante todos los días con bastante regularidad. No se contentaba con oírla, sino que además hacía que diariamente se celebrasen otras muchas en diferentes iglesias, por cuyo medio alcanzó la gracia de pasar el resto de su vida en la práctica constante de la virtud y la de una muerte preciosa a los ojos del Señor. (*Nicol Lac. trat. 6 dist. 10 de Misc., c. 200*).

## **§ 6. Ejemplo formidable para los que no aprecian el inmenso tesoro de la Santa Misa**

Dos insignes doctores de la Iglesia, el Ángel de las Escuelas Santo Tomás de Aquino y el Seráfico San Buenaventura, enseñan, como se dijo en el capítulo primero, que el adorable sacrificio de la Misa es de un precio infinito, tanto por razón de la Víctima, como por la del sacerdote que la inmola. La Víctima ofrecida es el Cuerpo, la Sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; y el primer sacrificador, es el



mismo Jesucristo. ¿De qué procede, pues, que tantos cristianos hacen tan poco caso de este inestimable tesoro, prefiriendo a él un vil interés?

Hemos escrito este opúsculo con el fin de instruir a todos los que quieran leerlo con atención, e inspirarles la más sublime idea de este Divino Sacrificio. Si hasta hoy ¡oh cristiano lector! fue para ti un tesoro escondido, ahora que ya conoces su valor infinito, quisiera que tomases una resolución eficaz de aprovecharte de él, asistiendo todos los días a la Santa Misa. Para concluir de animarte a la práctica de una obra tan piadosa y fecunda en resultados espirituales y aún temporales, voy a referirte un ejemplo terrible que pondrá el sello a toda la obra.

Eneas Silvio, que llegó a ser Papa con el nombre de Pío II (7), cuenta que un gentil-hombre de los más distinguidos de la provincia *de Istria*, después de haber perdido la mayor parte de su inmensa fortuna, se había retirado a una aldea suya para vivir allí con más economía. Vióse al poco tiempo atacado de una negra melancolía que no le dejaba un momento de sosiego, persiguiéndolo hasta el punto de querer abandonarse a la desesperación. En medio de luchas interiores tan horribles recurrió a un piadoso confesor, quien, después de haberle oído sus trabajos, le dio un excelente consejo: "No deje usted pasar, le dijo, un solo día sin oír la Santa Misa, y no tenga usted ningún temor". Este aviso agradó tanto al gentil-hombre, que se apresuró a ponerlo en ejecución, con el objeto de asegurar más y más la facilidad de su cumplimiento, tomó un capellán para que le dijese Misa todos los días en el castillo. Por un compromiso inevitable, tuvo este sacerdote que ir muy temprano a una villa poco distante, para ayudar a otro compañero que celebraba la primera Misa. Nuestro piadoso caballero, no queriendo pasar un solo día sin asistir al adorable Sacrificio, salió del castillo en dirección a la villa con el fin de oír allí la Santa Misa. Como iba a un paso muy acelerado, un aldeano que lo encontró en el camino le dijo: "Que podía volverse a su casa, porque la Misa del nuevo sacerdote había concluido y no se celebraba ninguna otra". Al oír esta noticia se llenó de turbación, y empezando a lamentarse, exclamó: ".Qué será de mí en este día, qué será de mí? Quizá sea hoy el último de mi vida". Asombrado el aldeano de verle tan afligido, le dijo: "No os desconsoléis, señor: con mucho gusto os vendo la Misa que acabo de oír. Dadme la capa que cubre vuestros hombros y os cedo la Misa, con todo el mérito que por ella pude haber contraído delante de Dios". El gentil-hombre tomó la pa-labra del aldeano, y después de haberle entregado muy gozoso su capa, continuó su viaje a la iglesia para rezar allí sus oraciones. Al regresar al castillo y habiendo llegado al sitio donde se había verificado el indigno cambio, vio al infeliz aldeano colgado de una encina como Judas. Dios había permitido que la tentación de ahorcarse, que tanto atormentaba al gentil-hombre, se apoderase de aquel desgraciado que, privado de los auxilios que había alcanzado por medio de la Santa Misa, no tuvo fuerzas para resistir. Horrorizado a vista de semejante espectáculo, comprendió una vez más toda la eficacia del remedio que su confesor le había dado, y se confirmó en la resolución de asistir todos los días al Santo Sacrificio.

A propósito de este tremendo caso, quisiera hacerte dos observaciones de altísima importancia. La primera es concerniente a la monstruosa ignorancia de aquellos cristianos que no apreciando debidamente las inmensas riquezas encerradas en el Sacrificio del altar, llegan a tratarle como si fuera un objeto de tráfico. De aquí proviene esa manera de hablar tan inconveniente, que tienen ciertas personas, cuyo cinismo llega al extremo de preguntar a un sacerdote: *¿Cuánto me cuesta una Misa? ¿Quiere usted que se la pague hoy? ¡Pagar una Misa! ¿Y en dónde encontraréis capital equivalente al valor de una Misa, que vale más que el paraíso? ¡Qué ignorancia tan insoportable! La moneda que dais al sacerdote es para proveer a su subsistencia, pero no un pago de la Santa Misa, que es un tesoro que no tiene precio.*

Muy cierto es, amado lector, que en este opúsculo te he exhortado constantemente a oír todos los días la Santa Misa, y a que hicieses celebrarla con la mayor frecuencia posible. Y quién sabe si con este motivo habrá tomado un pretexto el demonio para soplar-te al oído esta maldita sospecha: "Los sacerdotes presentan muy buenas y excelentes razones para inclinarnos a dar limosnas destinadas a la celebración del Santo Sacrificio; sin embargo, no es oro todo lo que reluce. Bajo una apariencia de celo, ellos buscan su provecho, pues cuando se penetra en el fondo de ciertas cosas, se comprende al fin que el interés es el único móvil de todo lo que hacen y de todo lo que dicen". ¡Ah! si tal crees te engañas miserablemente. En cuanto a mí, doy gracias a Dios por haberme llamado a una Religión en donde se hace voto de pobreza, la más estricta y rigurosa, y en donde no se recibe estipendio de Misas. Aún cuando se nos ofrecieran cien escudos por celebrar una sola vez el Santo Sacrificio, no los recibiríamos. Nosotros, al decir Misa, nos conformamos siempre con la intención que tuvo el mismo Jesucristo al ofrecerse al Eterno Padre en sacrificio, sobre el altar sangriento del Calvario. Por consiguiente, si alguno puede hablar con toda claridad y sin temor de que se atribuyan miras interesadas, soy yo que no pienso ni puedo pensar en otra cosa que en el bien de todos. Por lo mismo vuelvo a repetir lo que te dije al principio de este opúsculo: asiste frecuentemente a la Santa Misa; a ello te conjuro en el nombre de Dios; asiste muy frecuentemente y da limosnas para hacer que se celebren en el mayor número posible, y de este modo amontonarás un rico y precioso tesoro de méritos, que te será muy provechoso en este mundo y en la eternidad.



La segunda observación que debo hacerte con relación al ejemplo que acabas de leer, es acerca de la eficacia de la Santa Misa para alcanzarnos todos los bienes y preservarnos de todos los males, especialmente para avivar nuestra confianza en Dios y darnos fuerzas con las cuales vencer todas las tentaciones. Permíteme, pues, que te diga una vez más: ¡A Misa, por favor, a Misa! si quieres triunfar de tus enemigos y ver al infierno humillado a tus pies.

Antes de terminar este opúsculo, creo conveniente decir algunas palabras acerca del ministro que ayuda a Misa. En estos días desempeñan este oficio los niños o personas sencillas, mientras que ni aún las testas coronadas serían dignas de un honor tan singular. SAN BUENAVENTURA dice que el ayudar a Misa es un ministerio angélico, puesto que los muchos Ángeles que asisten al Santo Sacrificio sirven a Dios durante la celebración de este augusto misterio. SANTA MATILDE Vio el alma de un fraile lego más resplandeciente que el sol, porque había tenido la devoción de ayudar a todas las Misas que podía. SANTO Tomás DE AQUINO, brillante antorcha de las escuelas, no apreciaba menos la dicha del que sirve al sacerdote en el altar, puesto que, después de celebrar, nada deseaba tanto como ayudar a Misa. El ilustre canciller de Inglaterra, TOMÁS MORO, tenía sus delicias en el desempeño de tan santo ministerio. Habiéndole reprendido cierto día uno de los grandes del reino, diciéndole que el Rey vería con disgusto que se rebajase hasta el punto de convertirse en monaguillo, Tomás Moro respondió: "No, no, al Rey mi señor no pueden disgustarle los servicios que yo hago al que es Rey de los reyes y Señor de los señores". ¡Qué motivo de confusión para aquellos cristianos que, aun haciendo alguna vez profesión de piedad, se hacen rogar para ayudar a Misa, mientras que debieran disputar a otros este honor, que envidian los Angeles del cielo!

Por otra parte, es preciso tener cuidado de que el que ayuda a Misa sea capaz de cumplir con su ministerio de una manera conveniente. Debe tener la vista mortificada y manifestar un exterior grave, modesto y piadoso: debe pronunciar las palabras clara-mente, sin apresurarse y a media voz; no en tono tan bajo que no le oiga el sacerdote, ni tan alto que incomode a los que celebran en otros altares. Por consiguiente, no deben ser admitidos ciertos niños desvergonzados, que están burlándose unos de otros durante la Misa y distraen al celebrante. Yo suplico al Señor se digne iluminar a los hombres sabios, e inspirarles la resolución de ocupar-se en un ministerio tan santo y meritorio. A las personas más distinguidas corresponde dar el ejemplo.

Para concluir, sólo me resta dar un saludable consejo que comprenda a seglares y sacerdotes. Dirigiéndome a los primeros, les digo: Si queréis recoger frutos abundantísimos del santo sacrificio de la Misa, asistid a ella con la mayor devoción. Por todo este opúsculo he insistido más de una vez sobre este punto; y ahora, al terminar, insisto todavía y con más eficacia, si cabe. Asistid, pues, con devoción a la Santa Misa, y si lo encontráis bueno, utilizad este librito, practicando exactamente lo que se prescribe en el capítulo segundo. Haciéndolo así, os aseguro pues tengo la experiencia por testigo) que bien pronto experimentaréis en vuestro corazón un cambio muy notable, y palparéis las inmensas utilidades que redundan en beneficio de vuestra alma.

En cuanto a vosotros, sacerdotes del Señor permitidme que, con mi frente pegada al polvo, os dirija una súplica. Os ruego, por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo, que toméis la firme y constante resolución de celebrar todos los días la Santa Misa. Si en la primitiva Iglesia los mismos seglares no dejaban pasar un solo día sin comulgar, ¿con cuánta mayor razón debemos creer, que los sacerdotes celebraban diariamente? "Cada día ofrezco a Dios el Cordero sin mancha", dijo SAN ANDRÉS APÓSTOL, dirigiéndose al tirano. SAN CIPRIANO (8) escribió en una carta las palabras siguientes: "Nosotros, los sacerdotes, que celebramos y ofrecemos a Dios todos los días el Santo Sacrificio". SAN GREGORIO EL GRANDE refiere de Casiano, obispo de Narni, que teniendo éste la piadosa costumbre de celebrar diariamente, Dios Nuestro Señor encargó a uno de sus capellanes le dijese en su nombre que se portaba muy bien, que su piedad le era muy agradable, y que por ella recibiría una recompensa magnífica en el reino de los cielos.

Por el contrario, ¿quién será capaz de comprender, ni menos de expresar, el daño que causan a la Iglesia los sacerdotes que sin impedimento legítimo y sólo por pura negligencia, omiten la celebración del adorable Sacrificio? Y no crea el sacerdote indevoto que pueda alegar como excusa, para no decir Misa, las muchas ocupaciones de que está rodeado. El BEATO FERNANDO, arzobispo de Granada y ministro del reino a la vez, estaba siempre ocupadísimo, y sin embargo celebraba todos los días la Santa Misa. Advertido en cierta ocasión por el cardenal Toledo de que la Corte murmuraba porque, a pesar de verse abrumado de tantos negocios, no quería privarse de celebrar un solo día, el Siervo de Dios le respondió: "Ya que Sus Altezas pusieron sobre mis débiles hombros una carga tan pesada, necesito un poderoso apoyo para no sucumbir. ¿Y dónde lo encontraré mejor que en el santo sacrificio de la Misa? Allí adquiero toda la fuerza y el vigor necesarios para llevar mi carga".

Hay sacerdotes que, apoyándose en cierta humildad omiten celebrar todos los días la

Santa Misa. SAN PEDRO CELESTINO (9), a consecuencia de la sublime idea que había formado de este agosto Misterio, quiso abstenerse de la celebración diaria; pero un santo Abad, de cuyas manos había recibido el hábito religioso, se le apareció, y en tono de autoridad le dijo: "¿Encontrarás en el cielo un serafín que sea digno de ofrecer a Dios el tremendo sacrificio de la Misa? Dios eligió, para ministros suyos, no Ángeles, sino hombres; y como tales están sujetos a mil imperfecciones. Humíllate, pues, muy profundamente, pero no dejes de celebrar un solo día, porque ésta es la voluntad de Dios".

Sin embargo, y a fin de que la frecuencia no disminuya el respeto, todo sacerdote debe esforzarse en imitar a los Santos que brillaron especialmente por la modestia y fervor con que subían al altar. El ilustre arzobispo de Colonia, SAN HERIBERTO, manifestaba al celebrar una devoción tan extraordinaria, que hubiéraselo tenido por un ángel bajado del cielo. SAN LORENZO JUSTINIANO (10) estaba como fuera de sí cuando decía la Santa Misa. Pero SAN FRANCISCO DE SALES parece descollar sobre todos. Jamás se vio un sacerdote que subiese al altar con más dignidad, con más respeto y recogimiento; desde que se revestía de los ornamentos sagrados no se ocupaba de ningún pensamiento extraño al tremendo Sacrificio; y en el momento en que ponía el pie sobre la primera grada del altar, se notaba en él un no sé qué de celestial, que asombraba y era el embeleso de todos los circunstantes.

Si estos ejemplos os parecen muy sublimes, adoptad la práctica de SAN VICENTE FERRER (11). Este gran Santo, que celebraba todos los días antes de subir a la cátedra del Espíritu Santo, tenía sumo cuidado de acercarse al altar con dos disposiciones importantísimas. Para conseguir la primera, recurría todas las mañanas a la santa Confesión. Yo quisiera que hicierais lo mismo, sacerdotes fervorosos, que, celebrando los mismos misterios buscáis el medio de dar a Dios la mayor satisfacción posible. ¡Cosa extraña! se ve a muchos emplear medias horas en la lectura de ciertos libritos a fin de prepararse para el Santo Sacrificio, mientras que haciendo un corto examen y excitándose al dolor de los pecados de la vida pasada, supuesto que no hubiese otra materia, confesándose, podrían adquirir una grande pureza de alma. Ved aquí, sacerdotes del Señor, la preparación más excelente, y cuya práctica os aconsejo. No menospreciéis este aviso que os doy, así como daría mi vida por vuestra salvación. ¡Ah! ¡Qué tesoro de méritos adquiriréis por este medio! ¡Qué gracias me daréis cuando nos encontremos en la dichosa eternidad!

Para obtener la segunda disposición, San Vicente Ferrer quería que el altar estuviese adornado con cierta magnificencia. Como celebraba ordinariamente en presencia de una numerosa asistencia, exigía la limpieza y decencia más exquisitas en las vestiduras sagradas y en todo lo que servía al Santo Sacrificio.

No se me oculta que la pobreza a que se ven hoy reducidas las iglesias, las excusa de tener ricos ornamentos de seda y tisú; pero ¿podrá dispensarlos de la decencia y limpieza que se requieren? Mi Padre SAN FRANCISCO DE ASÍS tenía tanto celo por los divinos misterios, que a pesar de su amor a la pobreza exigía, sin embargo, la mayor decencia y aseo en las sacristías, en el altar, y sobre todo en las vestiduras sagradas que sirven inmediatamente al Santísimo Sacramento. A todo esto añadiré, que la SANTÍSIMA VIRGEN, para darnos a entender la necesidad de esta limpieza exterior, en una de sus revelaciones a Santa Brígida, le dijo: "La Misa no debe celebrarse sino con ornamentos que puedan inspirar devoción por su limpieza y decencia".

Procuremos, pues, sacerdotes del Altísimo, celebrar la Santa Misa con estas dos disposiciones: limpieza exterior, y sobre todo la pureza del alma. Celebremos todos los días el Santo Sacrificio con el fervor y modestia con que celebraríamos, si toda la Corte celestial asistiese visiblemente. De esta manera daremos gloria y alabanza a la Santísima Trinidad, proporcionaremos alegría a los Ángeles, perdón a los pecadores, auxilios de gracia a los justos, alivio y sufragio a las almas del purgatorio, a toda la Iglesia bienes inmensos, y a nosotros mismos la medicina y remedio de todas nuestras necesidades. Por último, yo abrigo la confianza de que si celebramos con recogimiento, y sobre todo con una viva fe y un gran fervor, los seglares se determinarán a asistir devotamente todos los días al Santo Sacrificio, y nosotros tendremos el consuelo de ver renovarse entre los cristianos el fervor de los primeros fieles, y Dios será honrado y glorificado. Ved ahí el único objeto que me propuse al escribir este opúsculo, a que doy fin rogándoos recéis por mí una sola *Ave María* (12).

#### **Notas:**

(1) 1216-1272. (*N. del E.*).

(2) SAN WENCESLAO, rey y mártir. Nieto de Santa Ludmila. Asesinado por su hermano Boleslao el 28 de setiembre de 938. Santo patrono de la nación checa. Festividad: 28 de setiembre. (*N. del E.*).

(3) Santa ISABEL DE HUNGRÍA (1207-1231): Hija del rey Andrés II de Hungría. Esposa del landgrave Ludwig IV de Turingia. Canonizada en 1235. Festividad: el 19 de noviembre. Patrona de la Tercera Orden Franciscana. (*N. del E.*),

(4) "Los que buscan al Señor no carecerán de bien alguno" (S. 33, 11). (*N. del E.*)

(5) " Pero lo que has preparado, ¿de quién será?" (Lc. 12, 20). (*N. del E.*)

(6) SAN ISIDRO LABRADOR (1082-1170): Patrono de Madrid, su ciudad natal. Festividad el 15 de mayo. El papa Gregorio XV, en la bula de canonización (1621), afirma que San Isidro "nunca salió para su trabajo sin antes oír, muy de madrugada, la santa misa y encomendarse a Dios y a su Madre Santísima" (*N. del E.*).

(7) Eneas Silvio PICCOLOMINI (1405-1464), Papa Pío II (1458-1464): Estadista, diplomático, orador, mecenas y erudito humanista; poeta, historiador, memorialista, pintor, etnógrafo y geógrafo.

En 1459 convocó en Mantua infructuosamente un congreso de príncipes cristianos para inducirlos a una gran cruzada contra el Turco, que fue siempre su preocupación fundamental.

En 1463 proclamó la Bula de Cruzada con estas palabras: "Ya que de otro modo nos es imposible despertar los entorpecidos corazones de los cristianos, nosotros mismos nos lanzaremos al peligro y gastaremos en esta empresa todos los recursos de la Iglesia romana y del patrimonio de San Pedro, con el solo fin de amparar la fe católica. (...) Nuestra causa es la de Dios; lucharemos por la ley de Dios y el mismo Dios aplastará a los enemigos ante nuestros ojos". (*N. del E.*)

(8) SAN CIPRIANO (circa 200-258) : Obispo de Cartago, uno de los Padres de la Iglesia latina, cuyos escritos "resplandecen más que el sol", al decir de San Jerónimo.

Apóstol y maestro de la Romanidad y del amor a la Iglesia: "No puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre", escribe en el más hermoso de sus opúsculos, el "De Catholicae Ecclesiae unitate" (251).

Mártir en la octava persecución, la de Valeriano, el 14 de septiembre de 258, el mismo día, aunque no el mismo año que el Papa San Cornelio (251-253).

Festividad de ambos: el 16 de setiembre. (*N. del E.*)

(9) SAN PEDRO CELESTINO O SAN PEDRO DE MORRONE (1215-1296), Papa SAN CELESTINO V (1294): Undécimo de doce hermanos, anacoreta y eremita, fundador de la Congregación de los Celestinos (1264), rama benedictina aprobada por Gregorio X en 1274 y suprimida a fines del siglo XVIII.

Estando la barca de la Iglesia sin su supremo pastor durante más de dos años (4 de abril de 1292: muerte de Nicolás IV, el primer papa franciscano), Celestino, que vivía consagrado a la oración y a la penitencia en las soledades del monte Morrone, fue electo Papa sin su conocimiento, el 5 de julio de 1294.

Después de cinco meses y seis días, convencido de su ineptitud, abdicó solemnemente al pontificado el 13 de diciembre de 1294. Diez días después, era elegido sucesor el gran pontífice BONIFACIO VIII (1294-1303) —propugnador del primado pontificio con todas sus prerrogativas—, quien ratificó la validez de la abdicación de Celestino V, insertando la bula de dimisión del pontífice en el Cuerpo del Derecho Canónico.

En razón del "gran rechazo" de Celestino a la tiara pontificia, DANTE lo hunde en el infierno:

"vidi e conobbi L'ombra di colui che fece per viltà lo gran rifiuto". (Infierno 3, 59-60; cfr. 27, 104-105).

Canonizado por Clemente V el 5 de mayo de 1313. Festividad: 19 de mayo. (*N. del E.*)

(10) SAN LORENZO JUSTINIANO (1381-1456): Escritor ascético, primer patriarca de Venecia (1451). Su reforma de costumbres del clero se adelantó en un siglo a las del Concilio de Trento y desmiente los pretextos invocados por Lutero. "En España, en Italia, en Francia, en la misma Alemania, los santos se anticiparon a los herejes y por el camino recto. Los siglos XIV y XV son testigos de la aparición de varios millares de libros titulados DE REFORMATIONE ECCLESIAE IN CAPITE ET IN MEMBRIS (*Sobre la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros*)" (A. Montero).

Canonizado por Alejandro VIII en 1690. Festividad: 5 de setiembre. (*N. del E.*)

(11) SAN VICENTE FERRER (1350-1419): Famoso predicador, misionero y taumaturgo español, nacido en Valencia, de la orden de Santo Domingo.

Sólido teólogo tomista y profundo conocedor de las Sagradas Escrituras, a sus sermones acudían multitudes de hasta quince mil personas. Contemporáneos del Santo refieren que, predicando en su valenciana lengua nativa, le entendían por igual gentes de muy diversas naciones.

Recorrió misionando toda Europa y convirtió a millares de judíos. Todos los días cantaba la misa solemne y luego pronunciaba el sermón, que solía durar dos o tres y hasta seis horas, como un Viernes Santo en Toulouse.

Contribuyó notablemente para la terminación del mal llamado "Cisma de Occidente" (1378-1417). Canonizado en 1455 por Calixto III, el papa valenciano a quien, según la tradición, San Vicente le profetizó la tiara pontificia y el honor de canonizarlo. Festividad: 5 de abril. (*N. del E.*)

(12) El autor se halla en el número de los bienaventurados, que no necesitan de nuestras oraciones, y por consiguiente puede ayudarnos eficazmente con las suyas. Es preciso, pues, invocarlo devotamente, a fin de que nos alcance la gracia de aprovecharnos de sus lecciones y ejemplos. (*N. ed. 1924.*)

### ***¿Por qué los fieles se sienten atraídos por la liturgia tradicional?***



Del boletín trimestral francés *La Lettre d'Oremus*, 6 de abril de 1998, reproducido por "Misa Latina" año 1, N°2, abril de 1999.

***—¿Podría usted decirnos a qué obedece el fenómeno de que un número siempre creciente de católicos adhieran a la liturgia tradicional?***

—Trataré de dar una explicación a todos aquellos que tratan de entender el fenómeno "tradicional" y que no comprenden por qué, lejos de extinguirse, él es cada vez más y más dinámico. A través de *Oremus* recibimos mensualmente decenas de cartas de fieles que exponen, entre otros aspectos, los motivos de su adhesión a la liturgia tradicional. Después de tres años de existencia (de *Oremus*) son varios miles de testimonios de fieles de todas las edades y de todas las regiones de Francia. Este conjunto constituye una muestra bastante representativa de la opinión de los fieles ligados a la liturgia tradicional; opinión que, por otra parte, también hemos recogido a través de nuestro contacto personal con esos fieles. De esta manera, hemos podido hacernos una idea bastante precisa de los motivos que animan a estos fieles para haber elegido vivir su vida cristiana en el marco de la liturgia tradicional.

***—¿Qué valor teológico le asigna usted a esta encuesta?***

—Nosotros no hemos querido, al emprender este trabajo, colocarnos dentro de un punto de vista teológico, por la sencilla razón de que nosotros no tenemos ni pretensión ni competencia en ese terreno. Es por ello que nuestras observaciones constituyen únicamente el reflejo de la actitud y de las aspiraciones de un gran número de fieles católicos atraídos por la liturgia tradicional.

***—¿Cuál es, entonces, el motivo de esa adhesión de los fieles a la liturgia tradicional?***

—Como acabo de decirlo, los fieles que se nos han manifestado son muy numerosos. Por otra parte, un mismo fiel puede tener varios motivos. Por ello, no resulta posible indicar "una sola y única razón" para tal adhesión, pues hemos podido comprobar que hay una amplia gama de motivos por los cuales han hecho esa elección. No obstante, pese a esta variedad, hay ciertas aspiraciones que aparecen más frecuentemente y por lo tanto pueden parecer como más particularmente esenciales para esos fieles.

***—¿Cuáles son las aspiraciones que se han manifestado más frecuentemente?***

— El criterio que aparece más frecuentemente es el silencio, la necesidad de encontrar una atmósfera sacral; es, en efecto, este recogimiento durante la celebración lo que los fieles buscan y aprecian más. La importancia de este criterio se manifiesta muchas veces entre aquellos que concurrían a su parroquia pero rechazaban participar de celebraciones estrepitosas y cacofónicas, por lo cual terminaron optando por la liturgia tradicional... Estaban cansados de soportar permanentemente, durante los oficios, un parloteo incesante que, queriendo tal vez explicar los misterios, acababan por substituirse a ellos.

***—¿Por qué esta importancia del silencio?***

—Está claro que el silencio no es un fin en sí mismo. Para los fieles, participar del Santo Sacrificio en silencio es dar a esta celebración una dimensión de recogimiento y de oración. Se percibe que es a través del silencio que estos fieles desean considerar su presencia en la misa como un gran momento de su vida cristiana al cual desean asociarse de una manera más intensa y más profunda. Esta participación interior es más importante que una participación exterior forzada, que produce un gran malestar en muchos fieles. Hemos constatado que especialmente entre los hombres este aspecto se volvía tan insoportable que ellos preferían dejar de practicar.

***—Entonces, ¿la liturgia tradicional se desarrolla totalmente en silencio?***

—No, y es por ello que no puede considerarse su preferencia por el silencio como la sola preocupación de los fieles. Así, su deseo de asociarse a los santos misterios en el recogimiento y la meditación de ninguna manera les hace objetar las lecturas y el sermón. Lo que ellos rechazan firmemente es el ruido, el barullo permanente, su dificultad, su imposibilidad de recogimiento y de aprovechar las celebraciones litúrgicas para penetrar en ellos mismos para encontrarse con Nuestro Señor, especialmente durante el canon y la Consagración.

***—¿Qué relación hay entre el silencio y la música sacra?***

—Es claro que la música sacra, tanto el canto del propio como del kyrial, forman parte integral de la liturgia tradicional. Sin embargo, los fieles no perciben esta música sacra como un "ruido" que pueda perturbar su recogimiento. Por el contrario, la música del órgano favorece su deseo de piedad y de silencio interior, elevando su alma al curso de la celebración de los santos misterios. Es por esto que debe distinguirse bien la música sacra, que apacigua el alma, de los cantos de la asamblea —a menudo mal adaptada a la piedad a la cual aspiran muchos fieles.

***—¿Cuál es el segundo motivo de adhesión de los fieles a la liturgia tradicional?***

—El segundo motivo que advertimos es la adhesión de los fieles a las formas exteriores de adoración a la presencia real. Entre ellas, notemos por ejemplo las genuflexiones, el arrodillarse durante la consagración, la comunión de rodillas y en la boca, la orientación de la celebración hacia Dios y no hacia la asamblea...

***—¿Por qué esta adhesión a formas exteriores?***

—En primer lugar, debe rechazarse la idea, que podría asaltar a algunos, de que esta adhesión es el fruto de una costumbre puramente mecánica. La prueba está en que muchos fieles que no habían participado anteriormente de la liturgia tradicional llegaron a ella precisamente pues allí encontraron esas formas exteriores que no les eran habituales pero que correspondían a una real necesidad espiritual de ellos.

***—¿Qué vinculaciones encuentra usted entre las formas exteriores de devoción y la necesidad espiritual de los fieles?***



—Resulta claro que esta adhesión a formas externas de práctica y de devoción no puede comprenderse sino como un deseo de los fieles de hacer vivir la totalidad de su ser al ritmo de su fe; ellas expresan su convicción de que la Santa Misa es realmente la renovación del Sacrificio de la Cruz y que Cristo está realmente presente en la eucaristía. A partir de esta creencia la adhesión a formas exteriores de devoción toma significado de oración, y la misa donde se vive esta participación integral de los fieles en su alma y en su cuerpo deviene entonces un auténtico acto de fe.

***—Pero el cristiano ¿no debe saber desapegarse de estos elementos secundarios?***

—Es extraño que en una época en que se exalta tanto el cuerpo, donde se pretende encontrar en el yoga o el zen virtudes extraordinarias, se reproche a los fieles católicos su deseo de hacer participar su cuerpo de las inspiraciones del alma. Para decirlo simplemente, no olvidemos que el hombre está compuesto de cuerpo y alma y que importa hacer participar ambas facetas de un mismo ser en su vida espiritual. Todavía más, hace falta que estos gestos correspondan verdaderamente a una tradición y no que sean un simple molde ficticio, como es el caso de la práctica actual del "beso de la paz", que aparece como enteramente artificial.

***—Usted insiste en las formas gestuales de la liturgia; ¿las formas verbales han sido también objeto de sus observaciones***

—Evidentemente, hemos constatado con frecuencia tanto entre los fieles más veteranos como en los nuevos el rechazo de una familiaridad juzgada excesiva, a menudo caricaturesca, que no pertenece a nuestra tradición europea. Entre esas manifestaciones encontramos, en primer lugar, la utilización de un tuteo que si bien ha sido impuesto forzosamente hace más de treinta años, parece sin embargo hoy día a muchos como completamente fuera de lugar en el diálogo público con Dios. Resulta claro que el rechazo de esta familiaridad demagógica ha hecho mucho para que los fieles pierdan todo afecto por sus iglesias y su adhesión a la liturgia tradicional, que supo rechazar esas innovaciones fuera de lugar. Quedaría todavía por citar el carácter de familiaridad horizontal de las relaciones entre los fieles y el celebrante, a menudo como un participante igual a los otros o como un presidente honorífico, cuando en realidad él representa a Cristo mismo.

***—Entonces, ¿esa familiaridad y ese deseo de hacer participar a la asamblea no corresponden a las expectativas de nuestra época?***

Eso es sin duda verdadero en el mundo profano, pero sería bueno preguntarse: ¿los fieles que participan de la liturgia quieren ver a sus vecinos del mundo exterior? ¿O desean, más bien, aprovechar esos instantes para aislarse y elevarse hacia el Dios trascendente? En todo caso, las conclusiones de nuestra encuesta son bien claras sobre este punto. Muchos fieles han abandonado sus parroquias o sus comunidades, muchas veces dejando de practicar para no encontrarse en situaciones que juzgaban extrañas, cuando no ridículas. Evidentemente los fieles que son particularmente celosos de su fidelidad a la Iglesia y a la enseñanza de Jesucristo no pueden sino desear, cuando asisten a la liturgia, de vivirla de acuerdo con su fe. Ahora bien, bajo este aspecto, la liturgia tradicional ofrece un cuadro particularmente armonioso, y esto es un argumento suplementario más. Ellos tienen la impresión de que hoy día las verdades esenciales de la fe sobre el pecado los ángeles, los santos, la conversión de los paganos, el infierno... no son más vehiculados por la liturgia. ¡Como si la fe hubiera cambiado!

***—¿Podría usted precisar su pensamiento?***

—Después de treinta años muchos fieles se han sentido profundamente chocados al asistir a oficios que utilizan *ordos* litúrgicos fantasiosos y no siempre bien inspirados. O bien a misas donde se recitan *Credos* que no son aquellos definidos por la Iglesia, cuando es sabido que en el curso de la historia de la Iglesia hubo tantas dificultades para definir lo indefinible. Si a estas constataciones se agrega la lectura de textos bíblicos traducidos de una manera chocante, por demasiado actualizada, se comprenderá que la misa tradicional, por su respeto de usos antiguos y su utilización de la lengua latina, ha sido desde hace mucho tiempo considerada como un marco magnífico y protector de la fe católica, particularmente en lo que concierne al dogma de la presencia real eucarística.

***Por primera vez en este reportaje usted hace referencia al uso de la lengua latina por la liturgia tradicional...***



—He pospuesto ese tema un poco deliberadamente. En efecto, a menudo se ha considerado que los fieles adheridos a la liturgia tradicional estaban solo motivados por una especie de apego nostálgico a la lengua latina; sin embargo, resulta bien claro que no es así, y hemos hasta encontrado fieles que nos afirmaban haber preferido asistir (antes de 1969) a la celebración de la liturgia tradicional en francés porque aún en este idioma ella conservaba, en virtud de la calidad de la traducción de aquel entonces, todas las garantías de la liturgia tradicional, más que asistir a misas nuevas, las cuales, aunque utilizando a veces algunos trozos en latín, eran misas de aspecto muy diferente y no correspondían a las expectativas espirituales de los fieles a cuyas aspiraciones nos referimos aquí.

***—Sin embargo, estos fieles parecen preferir la celebración en latín.***

—Exacto; son sobre todo los periodistas los que hablan de los "adeptos a la misa en latín". Son los mismos fieles quienes siempre insisten sobre su adhesión a la fe de sus padres. Por lo que muchos de ellos no olvidan, ciertamente, que la liturgia tradicional en latín, tal como se encuentra definida en el misal de 1962, permanece como un testimonio siempre viviente de nuestra cultura cristiana, tal como ella se ha desarrollado en el mundo occidental después de muchos siglos.

***—¿Pero no es ésta una actitud elitista?***

—No lo creo; es más bien el testimonio de una actitud de piedad filial. En efecto, a un título similar al modo en que Cristo se encarnó, cada uno de nosotros proviene de una familia, de una patria y de una cultura cuyas riquezas no deben abandonarse necesariamente. ¿Por qué esta elección sería más escandalosa que la de los zaireños que asisten al santo misterio según un rito zaireño enraizado en su propia cultura?

***—Pero el carácter latino de la liturgia tradicional, ¿no constituye un obstáculo para la comprensión de los fieles?***

—En realidad, su pregunta plantea un falso dilema, y ello por dos razones. Por un lado, porque la liturgia no es tan compleja que un fiel munido de un misal no pueda comprender fácilmente los aspectos principales. Por otra parte, si parece importante que los fieles oigan las lecturas en lengua vernácula, no les resulta necesario oír pronunciar cada una de las oraciones en su propia lengua.

***—¿Pero los fieles no tienen interés en comprender las oraciones que son re-citadas por el celebrante?***

—La cuestión es más compleja. En efecto, los promotores de la liturgia en lengua vernácula dicen dar prioridad a la preocupación por una mejor participación de los fieles y sobre todo de su comprensión del significado de las oraciones pronunciadas en el curso de la misa; pero debemos preguntarnos si la demanda de los fieles va efectivamente en esta dirección. En cuanto a la participación, ya hemos visto que muchos católicos prefieren sobre todo una participación interior en la oración y el recogimiento, que a una participación demasiado activa que desnaturaliza la substancia misma del santo sacrificio. El uso sistemático de oraciones traducidas durante el curso de las ceremonias puede resultarles totalmente insatisfactorio. En efecto, si la finalidad de una traducción es una mejor comprensión, es porque se está persuadido que todo es explicable. Ahora bien, sabemos que frente a los misterios de la fe esto no es siempre exacto. De modo tal que a muchos fieles les parece preferible conservar el uso de la lengua latina en la celebración de los oficios, porque ella permite que los misterios conserven la parte incomprensible que les es propia, y no imponer a los fieles explicaciones o traducciones que no son sino el empobrecimiento de la doctrina al presentarla de una manera demasiado profana, demasiado humana.

***—Me sorprende que en pleno siglo XX se piense así.***

—Ello obedece, probablemente, a que nuestro siglo XX es particularmente orgulloso y obtuso. En efecto, si nos volvemos hacia las grandes tradiciones religiosas siempre vivientes de nuestros días, se advierte que casi siempre y en todas partes los fieles han comprendido que los misterios religiosos, al no pertenecer al dominio de lo inmediatamente inteligible, tienen necesidad, para expresarse, de utilizar lenguas santas ordinariamente muertas, como garantía de la perennidad y de la salvaguarda de las creencias, lo que no obsta a que los fieles deseen además hacer el esfuerzo necesario para aproximarse más a estos misterios. Es lo que ocurre entre los judíos, fieles en su liturgia al hebreo antiguo, y lo mismo ocurre con los musulmanes observantes del Corán, cuya lengua es muy distinta al árabe hablado de nuestros días, y también es sabido que todavía actualmente los textos sagrados del hinduismo se encuentran conservados

en sánscrito... Por lo que se comprende que la actitud de los católicos adheridos a la latinidad de la misa tradicional, aun cuando no comprendan inmediatamente toda su significación, no tiene nada de extraordinario: ellos saben bien que participan en un misterio de fe que los supera y del cual solo pueden admirar la celebración. La preocupación contraria de vulgarizar y desritualizar a ultranza, a la que asistimos desde hace treinta años en el seno de la Iglesia Católica, es lo que en realidad puede aparecer como una "novedad original" por demás chocante.

***—Volvamos al carácter cultural, propio de la Iglesia latina, de la liturgia tradicional. Este empeño de imponer la latinidad, ¿no daña la catolicidad de la Iglesia que, más que nunca, es hoy día universal?***

—Para empezar, los fieles no quieren hacer absolutamente ninguna imposición. Lo que ellos piden es simplemente lo que ellos necesitan para sí y sus familias. Además, recordemos una vez más que la unidad querida por la Iglesia nunca fue la uniformidad, y que en todo tiempo, tanto en Oriente como en Occidente, la Iglesia ha reconocido la legitimidad de una pluralidad de formas litúrgicas desde el momento en que ellas fueran conformes a la santidad del misterio. Pero esto dicho, en una época donde se habla diariamente de mundialización, ¿hará falta negar todo valor a los caracteres que puedan reforzar la universalidad de la Iglesia? ¿Y qué es lo que existe, aparte del latín, que pueda proporcionar a la Iglesia un medio simple y cómodo de proclamar su unidad en la universalidad, especialmente con ocasión de ceremonias litúrgicas internacionales? Cuando el Papa entona el Ave María, son todos los fieles presentes que responden inmediatamente, mientras que, cuando se expresa en lengua vernácula en la liturgia, solo pueden responder en comunión con él los que dominan tal lengua, esto es, solamente una fracción de los fieles.

***—¿Pero por qué defender una lengua incomprensible para la mayoría de los fieles?***

—Vivimos verdaderamente en este fin del siglo XX una época extraordinaria. Cada día se nos habla de Europa, cada día se nos repite que es necesario dominar una o dos lenguas extranjeras que a menudo nos son *bien extranjeras* para el "éxito en la vida", y cuando los fieles recuerdan las virtudes del latín como lengua universal de la Iglesia, se los acusa de ser inadaptados al mundo contemporáneo!

***—Pero el latín, a diferencia del inglés, por ejemplo, es una lengua muerta.***

—*Eso* es justamente lo que hace al interés por el latín! En efecto, como toda otra lengua muerta, el latín es una lengua que no evoluciona más, *es decir*, una lengua particularmente apta para conservar sin modificarlos los ritos y los dogmas de nuestra Iglesia. Por otro lado, no siendo más una lengua viviente, no pertenece a ningún pueblo en particular y en consecuencia puede ser considerado un patrimonio universal, común a todos los creyentes. Al contrario, supongamos que se opte por el inglés como lengua litúrgica internacional de la Iglesia católica: para comenzar nomás imaginemos las rivalidades que nacerían entre los anglófonos y los demás fieles, que podrían sentirse heridos o marginados. Además, en tanto que lengua viviente utilizada permanentemente por centenas de millones de personas, el inglés, como cualquier otra lengua, está sometido cada día a distorsiones que lo tornan impropio para transmitir en el tiempo y en el espacio la doctrina eterna de Cristo.

***—¿Son estas, entonces, las principales motivaciones de los fieles que eligen la liturgia tradicional?***

—Sí, sin duda alguna; por su adhesión a los dogmas de la presencia real, a las formas de piedad y de devoción que suscitan y a los rechazos que provocan, vemos bastante claramente por qué ciertos católicos han permanecido fieles a la misa de sus padres, y por qué muchos otros se asocian más y más a una liturgia que privilegia la trascendencia más bien que la banalidad y la mediocridad.

***—He seguido el desarrollo de su razonamiento: ¿pero no cree usted que estas aspiraciones legítimas de los fieles no podrían realizarse plenamente con la celebración del "ordo" de Pablo VI en latín?***

—Constatemos que, en el ámbito parroquial, en ninguna parte se ofrece esa oportunidad y, por lo contrario, conocemos muchos casos, inclusive recientes en que sacerdotes celebrando el ordo de Paulo VI en latín se han visto constreñidos a dar "marcha atrás", es decir, a abandonar la manera "tradicional" de celebrar la misa nueva. De manera que no podemos creer en esa solución.

—*¿No se podría al menos pensar que la efectiva celebración de la liturgia de Pablo VI según la manera tradicional sea la solución para el futuro?*

—Verdaderamente no lo creo por dos razones. Primero, recordemos que la misa tradicional no ofrece solamente un cuadro y una atmósfera de piedad.

## **ATRACTIVO DE LA MISA TRIDENTINA por el Cardenal Alfons M. Stickler**



### LA MISA TRIDENTINA O LITURGIA DE SAN PÍO V

La Misa Tridentina es el rito de la Misa fijado por el Papa Pío V a solicitud del Concilio de Trento y promulgado el 5 de diciembre de 1570. **Este Misal contiene el antiguo rito Romano, del que fueron eliminados varios agregados y alteraciones.** Cuando se la promulgó, se preservaron otros ritos que habían existido por lo menos durante 200 años. Por lo tanto, es más correcto llamar a este Misal la liturgia del Papa San Pío V.

### FE Y LITURGIA EL SACRIFICIO DE LA MISA, CENTRO DE LA LITURGIA CATÓLICA

Desde el comienzo mismo de la Iglesia, la fe y la liturgia han estado íntimamente conectadas. Una clara prueba de esto puede hallarse en el propio Concilio de Trento. Este Concilio declaró solemnemente que el sacrificio de la Misa es el centro de la liturgia Católica, en oposición a la herejía de Martín Lutero, quien negaba que la Misa fuese un sacrificio. Sabemos, a partir de la historia del desarrollo de la Fe, que esta doctrina ha sido fijada con autoridad por el Magisterio en la enseñanza de papas y concilios. También sabemos que en la totalidad de la Iglesia, y especialmente en las iglesias orientales, la Fe fue el factor más importante para el desarrollo y la formación de la liturgia, particularmente en el caso de la Misa. Existen argumentos convincentes en este sentido desde los primeros siglos de la Iglesia. El Papa Celestino I escribió a los obispos de la Galia en el año 422: *Legem credendi, lex statuit supplicandi*; lo que en adelante se expresó comúnmente por la frase *lex orandi, lex credendi* (la ley de la oración es la ley de la fe). Las iglesias ortodoxas conservaron la Fe a través de la liturgia. Esto es muy importante porque en la última carta que escribió el Papa hace siete días dijo que la Iglesia Latina debe aprender de las iglesias de Oriente, especialmente sobre la liturgia...

### DECLARACIONES CONCILIARES: DOCTRINALES Y DISCIPLINARIAS

Un tema a menudo descuidado lo constituye los dos tipos de declaraciones y decisiones conciliares: las **doctrinales** (teológicas) y las **disciplinarias**. En la mayoría de los concilios hemos tenido ambas, doctrinales y disciplinarias.

En algunos concilios no ha habido declaraciones o decisiones disciplinarias; y a la inversa, ha habido algunos concilios sin declaraciones doctrinales, con declaraciones solamente disciplinarias. Muchos de los concilios de Oriente después del de Nicea trataron sólo cuestiones de fe.

El Segundo Concilio de Tolón, del año 691, fue un concilio estrictamente oriental, para declaraciones y decisiones exclusivamente disciplinarias, porque las iglesias de Oriente habían sido dejadas de lado en los concilios precedentes. Esto actualizó la disciplina para las iglesias orientales, especialmente para la de Constantinopla.

Esto es importante porque **en el Concilio de Trento tenemos claramente ambas** : capítulos y cánones que pertenecen exclusivamente a la fe y, en casi todas las sesiones, después de los capítulos teológicos y cánones, cuestiones disciplinarias. La diferencia es importante. En todos los cánones teológicos tenemos la declaración de que cualquiera que se oponga a las decisiones del Concilio queda excluido de la comunidad: *anatema sit* .

**Pero el Concilio nunca declara anatema por razones puramente disciplinarias; las sanciones del Concilio son sólo para las declaraciones doctrinales .**

### EL CONCILIO DE TRENTO Y LA MISA

Todo esto es importante para nuestras reflexiones actuales. Ya hemos señalado la conexión entre fe y oración (liturgia) y especialmente entre fe y la forma más elevada de la liturgia, el culto común. Esta conexión tiene su expresión clásica en el Concilio de Trento, que trató el tópico en tres sesiones: la decimotercera de octubre de 1551, la vigésima de julio de 1562 y, especialmente, la vigésimo segunda en septiembre de 1562, que produjo los capítulos y cánones dogmáticos del Santo Sacrificio de la Misa.

Existe, además, un decreto especial concerniente a aquellas cuestiones que deben ser observadas y evitadas en la celebración de la Misa. Esta es una declaración clásica y fundamental, autorizada y oficial, del pensamiento de la Iglesia sobre el tema.

El decreto considera primero la naturaleza de la Misa. Martín Lutero había negado de forma clara y pública su misma naturaleza declarando que la Misa no era un sacrificio. Es verdad que, para no perturbar al fiel común, los reformadores no eliminaron inmediatamente aquellas partes de la Misa que reflejaban la verdadera Fe y que se oponían a sus nuevas doctrinas. Por ejemplo, mantuvieron la elevación de la Hostia entre el Sanctus y el Benedictus.

Para Lutero y sus seguidores, el culto consistía principalmente en la prédica como medio de instrucción y edificación, mezclado con oraciones e himnos. Recibir la Santa Comunión era sólo un episodio secundario. Lutero todavía mantenía la presencia de Cristo en el pan en el momento de su recepción, pero negaba firmemente el Sacrificio de la Misa. Para él el altar nunca podía ser un lugar de sacrificio. A partir de esta negación, podemos entender los errores consiguientes en la liturgia protestante, que es completamente diferente de la de la Iglesia Católica. También podemos entender por qué el Concilio de Trento definió aquella parte de la Fe Católica que concierne a la naturaleza del Sacrificio Eucarístico: es una fuerza salvadora real . **En el sacrificio de Jesucristo el sacerdote substituye a Cristo mismo** . Como resultado de su ordenación él es un verdadero *alter Christus* . Mediante la Consagración, el pan se transforma en el Cuerpo de Cristo y el vino en Su Sangre. Esta realización de Su sacrificio es la adoración de Dios.

El Concilio especifica que éste no es un nuevo sacrificio independiente del sacrificio único de Cristo sino el mismo sacrificio, en el que Cristo se hace presente en forma incruenta, de manera tal que Su Cuerpo y Su Sangre están presentes en substancia permaneciendo bajo la apariencia de pan y vino. Por lo tanto, no existe un nuevo mérito sacrificial; más bien, el fruto infinito del sacrificio cruento de la Cruz es efectuado o realizado por Jesucristo constantemente en la Misa.

De esto se deriva que la acción del sacrificio consiste en la Consagración. El Ofertorio (por el cual el pan y el vino se preparan para la Consagración) y la Comunión son partes constitutivas de la Misa, pero no son esenciales. La parte esencial es la Consagración, por la cual el sacerdote, *in persona Christi* y de la misma manera, pronuncia las palabras consagradorias de Cristo.

De esta manera, la Misa no es y no puede ser la simple celebración de la Comunión, ni una simple persona la que represente a Cristo y, del mismo modo, pronuncie las palabras de consagración de Cristo.

En consecuencia, la Misa no es y no puede consistir simplemente en una celebración de Comunión, o en un simple recuerdo o memorial del sacrificio de la Cruz, sino **en hacer verdadero y presente este mismo sacrificio de la Cruz** .

Razón por la cual podemos entender que la Misa es una renovación efectiva del sacrificio de la Cruz. Es esencialmente una adoración a Dios, ofrecida sólo a Él. Esta adoración incluye otros elementos: alabanza, acción de gracias por todas las gracias recibidas, dolor por los pecados cometidos, petición de las gracias necesarias. Naturalmente, la Misa puede ser ofrecida por una o por todas estas distintas intenciones. Todas estas doctrinas fueron establecidas y promulgadas en los capítulos y cánones de la Sesión 22ª del Concilio de Trento.

### ANATEMAS DEL CONCILIO DE TRENTO

De esta naturaleza teológica fundamental de la Misa derivan varias consecuencias. En primer lugar, el **Canon Missae**.

En la liturgia Romana, siempre ha habido un único Canon, introducido por la Iglesia hace varios siglos. El Concilio de Trento estableció expresamente en el capítulo 4, que este canon está libre de error, que no contiene nada que no sea pleno de santidad y de piedad y nada que no eleve a los fieles a Dios. Está compuesto sobre la base de las palabras de Nuestro Señor mismo, la tradición de los apóstoles y las normas de los papas santos. **El canon 6 del capítulo 4 amenaza con la excomunión a aquellos que sostengan que el Canon Missae contiene errores y por lo tanto, deba ser abolido.**

En el Capítulo 5 el Concilio estableció que la naturaleza humana requiere de signos exteriores para elevar el espíritu a las cosas divinas. Por tal razón, la Iglesia ha introducido ciertos ritos y signos: la oración silenciosa o hablada, las bendiciones, las velas, el incienso, las vestiduras, etc. **Muchos de estos signos tienen su origen en prescripciones apostólicas o en la tradición.**

A través de estos signos visibles de fe y piedad se acentúa la naturaleza del sacrificio. Los signos fortalecen y estimulan a los fieles a meditar sobre los elementos divinos contenidos en el sacrificio de la Misa. Para proteger esta doctrina, el Canon 7 amenaza con la excomunión a aquel que considere que estos signos exteriores inducen a la impiedad y no a la piedad. Esto es un ejemplo de lo que traté más arriba: esta clase de declaración, con el canon de sanciones, tiene mayormente un significado teológico y no solamente un sentido disciplinario.

En el Capítulo 6 el Concilio destaca el deseo de la Iglesia de que todos los fieles presentes en la Misa reciban la Santa Comunión, pero establece que si sólo el sacerdote que celebra la Misa recibe la Santa Comunión esta Misa no debe ser denominada privada y, por ello, criticada o prohibida. En este caso, los fieles reciben la Comunión espiritualmente y, además, todos los sacrificios ofrecidos por el sacerdote como ministro público de la iglesia se ofrecen por todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. En consecuencia, el Canon 8 amenaza con excomunión a todos aquellos que digan que tales Misas son ilícitas y por lo tanto deben ser prohibidas (otra aseveración teológica).

### TRENTO Y EL LATÍN. EL SILENCIO

El Capítulo 8 está dedicado al lenguaje particular del culto en la Misa. Se sabe que en el culto de todas las religiones se emplea un lenguaje sagrado. Durante los primeros tres siglos de la Iglesia Católica Romana, el idioma era el griego, que era la lengua más comúnmente empleada en el mundo latino. A partir del siglo IV el latín se transformó en el idioma común del Imperio Romano. El latín permaneció durante siglos en la Iglesia Católica Romana como la lengua para el culto. Muy naturalmente, el latín era también el idioma del rito Romano en su acto fundamental del culto: la Misa. Así permaneció incluso después de que el latín fuera reemplazado por el lenguaje vivo de las distintas lenguas romances.

Y llegamos a la cuestión: ¿por qué el latín y no otra alternativa? Respondemos: la Divina Providencia establece aun las cuestiones secundarias. Por ejemplo, Palestina (Jerusalén) es el lugar de la Redención de Jesucristo. Roma es el centro de la Iglesia. Pedro no nació en Roma, él fue a Roma. ¿Por qué? Porque era el centro del entonces Imperio Romano, es decir, del mundo. Este es el fundamento práctico de la propagación de la Fe por el Imperio Romano, **sólo una cuestión humana, una cuestión histórica, pero en la que ciertamente participa la Divina Providencia** .

Un proceso semejante puede verse incluso en otras religiones. Para los **musulmanes** , la vieja lengua **árabe** está muerta y, no obstante, sigue siendo el lenguaje de su liturgia, de su culto. Para los **hindúes** , lo es el **sánscrito** .

**Debido a su obligada conexión con lo sobrenatural, el culto naturalmente requiere su propio lenguaje religioso, que no debe ser uno "vulgar".**

Los padres del Concilio sabían muy bien que la mayoría de los fieles que asistían a la Misa ni entendían el latín ni podían leer traducciones. Generalmente eran analfabetos. Los padres también sabían que la Misa contiene una parte de enseñanza para los fieles.

No obstante, ellos no coincidieron con la opinión de los protestantes de que era necesario celebrar la Misa sólo en la lengua vernácula. Para instruir a los fieles, el Concilio ordenó que la vieja costumbre del cuidado de las almas mediante la explicación del misterio central de la Misa, aprobada por la Santa Iglesia Romana, madre y maestra de todas las iglesias, se mantuviera en todo el mundo.

**El Canon 9 amenaza con la excomunión a aquellos que afirmen que el lenguaje de la Misa debe ser sólo en la lengua vernácula** . Es notable que tanto en el capítulo como en el canon del Concilio de Trento se rechaza sólo la exclusividad del lenguaje "vulgar" en los ritos sagrados. Por otro lado, debe tenerse en cuenta una vez más que estas distintas normativas conciliares no tienen sólo carácter disciplinario. Se basan en fundamentos doctrinales y teológicos que involucran la Fe misma.

Las razones de esta preocupación pueden verse, primeramente, en la reverencia debida al misterio de la Misa. El decreto siguiente sobre lo que debe observarse y evitarse en la celebración de la Misa establece:

**"La irreverencia no puede separarse de la impiedad". La irreverencia siempre implica impiedad** . Además, el Concilio deseó salvaguardar las ideas expresadas en la Misa, y la precisión de la lengua latina protege el contenido contra malentendidos y posibles errores basados en la imprecisión lingüística.

Por estas razones la Iglesia siempre ha defendido la lengua sagrada e incluso, en época más reciente, Pío XI declaró expresamente que esta lengua debía ser *non vulgaris* .

Por estas mismas razones, el Canon 9 establece **la excomunión de quienes afirmen que debe ser condenado el rito de la Iglesia Romana en el cual una parte del Canon y las palabras de consagración sean pronunciadas silenciosamente. Incluso el silencio tiene un trasfondo teológico** .

#### LA VIDA Y EL EJEMPLO DE LOS MINISTROS DEL CULTO

Finalmente, en el primer canon del decreto de la reforma, en la sesión vigésimo segunda del Concilio de Trento, hallamos otras normativas que tienen un carácter parcialmente disciplinario pero que también completan la parte doctrinaria, puesto que nada es más adecuado para orientar a los participantes del culto a una comprensión más profunda del misterio, que la vida y el ejemplo de los ministros del culto. Estos **ministros deben modelar sus vidas y conducta en torno a este fin, que debe reflejarse en su vestimenta, su compostura, su lenguaje** . En todos estos aspectos deben verse dignificados, humildes y religiosos. También deben evitar incluso las faltas leves, puesto que en su caso éstas deberían considerarse graves. Los superiores deben exigir a los ministros sagrados vivir fundamentalmente de acuerdo a toda la tradición de comportamiento clerical apropiado.

#### LA MISA DE SAN PÍO V Y LA DE PABLO VI





### **El Cardenal Stickler celebrando la misa de siempre, el rito tridentino.**

Ahora podemos apreciar y entender mejor el trasfondo y el fundamento teológicos de las discusiones y normativas del Concilio de Trento respecto de la Misa como culminación de la sagrada liturgia. Es decir, el atractivo teológico de la Misa Tridentina se puede comprender por contraposición y como respuesta al grave desafío del Protestantismo, y no solamente en relación a este período especial de la historia sino como una pauta de referencia para la Iglesia y frente a la reforma litúrgica del Vaticano II.

En primer lugar, tenemos que determinar aquí el significado correcto de esta última reforma, como lo hicimos en el caso de la Misa Tridentina, destacando la importancia de saber precisamente qué se entendía por la Misa del Papa San Pío V, que cumplía con los deseos de los padres del Concilio en Trento.

Empero, debemos destacar que el nombre correcto que debe darse a la Misa del Concilio Vaticano II es el de Misa de la comisión litúrgica posconciliar. Una simple ojeada a la constitución litúrgica del Segundo Concilio Vaticano ilustra de inmediato que la voluntad del Concilio y la de la comisión litúrgica están a menudo en desacuerdo e incluso son evidentemente opuestas.

Examinaremos brevemente las diferencias principales entre las dos reformas litúrgicas así como la forma en que podríamos definir su atractivo teológico.

Primeramente, **frente a la herejía protestante, la Misa de San Pío V enfatizaba la verdad central de la Misa como un sacrificio**, basada en las discusiones teológicas y las normas específicas del Concilio. La Misa de Paulo VI (también llamada así porque la comisión litúrgica para la reforma después del Vaticano II trabajó bajo la responsabilidad última de ese Papa) enfatiza, más bien, la Comunión, con el resultado de que el sacrificio queda transformado en lo que podría denominarse una comida. La **gran importancia dada a las lecturas y a la prédica en la nueva Misa, e incluso la facultad dada al sacerdote para agregar palabras personales y explicaciones**, es otro reflejo de lo que podría denominarse una adaptación a la idea protestante del culto.

El filósofo francés Jean Guittou dice que el Papa Paulo VI le reveló que había sido su intención (la del Papa) la de asimilar tanto como fuera posible la nueva liturgia católica al culto protestante.

Dentro de esta misma línea podemos tratar de comprender la nueva posición del altar y del sacerdote. De acuerdo con los bien fundados estudios de Monseñor Klaus Gamber respecto de la posición del altar en

las antiguas basílicas de Roma y otros lugares, el criterio para la anterior posición no era que debían mirar a la asamblea que rinde culto sino, más bien, mirar hacia el Este, que era el símbolo de Cristo como sol naciente a quien se debía rendir culto. La posición completamente nueva del altar y del sacerdote mirando a la asamblea, algo previamente prohibido, hoy expresa a la Misa como un encuentro comunitario.

En segundo lugar, en la vieja liturgia el Canon es el centro de la Misa como sacrificio. De acuerdo con el testimonio del Concilio de Trento, el Canon reconstruye la tradición de los apóstoles y estaba substancialmente completo en la época de Gregorio el Grande, en el año 600.

**La Iglesia Romana nunca tuvo otros cánones** . Incluso respecto del *Mysterium fidei* en la fórmula de la Consagración, tenemos evidencias desde Inocencio III, explícitamente, en la ceremonia de investidura del Arzobispo de Lyon. No sé si la mayoría de los reformadores de la liturgia conocen este hecho. Santo Tomás de Aquino, en un artículo especial, justifica este *Mysterium fidei* . Y el Concilio de Florencia confirmó explícitamente el *Mysterium fidei* en la fórmula de la Consagración.

Ahora bien, este *mysterium fidei* fue eliminado de las palabras de la consagración originadas en la nueva liturgia. ¿Por qué? También se autorizan nuevos cánones. **El segundo de ellos, que no menciona el carácter sacrificial de la Misa, por su mérito de ser el más breve prácticamente ha suplantado al antiguo Canon Romano en todas partes.**

**De aquí que se haya perdido el profundo discernimiento teológico otorgado por el Concilio de Trento .**

El misterio del Sacrificio Divino es actualizado en cada rito, si bien de manera diferente. En el caso de la Misa Latina este misterio fue enfatizado por el Concilio Tridentino con la lectura silenciosa del Canon en Latín. Esto ha sido descartado en la nueva Misa por la proclamación del Canon en voz alta.

Tercero, la reforma del Vaticano II destruyó o cambió el significado de gran parte del rico simbolismo de la liturgia (si bien se mantiene en los ritos orientales). La importancia de este simbolismo fue destacada por el Concilio de Trento ...

Este hecho fue deplorado incluso por un psicoanalista ateo muy conocido, quien llamó al Segundo Concilio Vaticano el "Concilio de los tenedores de libros".

### **VULGARIZACIÓN DE LA MISA EL LATÍN DEBE CONSERVARSE**

Hay un principio teológico completamente destruido por la reforma litúrgica pero confirmado tanto por el Concilio de Trento como por el Concilio Vaticano II, después de una larga y sobria discusión (yo asistí y puedo confirmar que las claras resoluciones del texto final de la Constitución del Concilio lo reafirmaban sustancialmente). El principio: **el latín debe preservarse en el Rito Latino.**

**Como en el concilio de Trento, también en el Vaticano II los padres del Concilio admitieron la lengua vernácula pero sólo como una excepción.**

**Pero para la reforma de Paulo VI la excepción se tornó en la regla exclusiva** . Las razones teológicas establecidas en ambos Concilios para mantener el latín en la Misa pueden verse ahora justificadas a la luz del **uso exclusivo de la lengua vernácula introducida por la reforma litúrgica. La lengua vernácula a menudo ha vulgarizado la Misa misma, y la traducción del latín original ha resultado en errores y malentendidos doctrinales graves** .

Además, antes la lengua vernácula no estaba siquiera permitida para las personas iletradas o completamente diferentes entre sí. Ahora que los pueblos católicos de distintas tribus y naciones pueden emplear diferentes lenguas y dialectos en el culto, viviendo próximos en un mundo que se torna cada día más pequeño, esta Babel del culto común resulta en una pérdida de la unidad externa de la Iglesia Católica en todo el mundo, otrora unificada en una voz común.

Además, en numerosas ocasiones, se ha vuelto causa de desunión interna incluso en la propia Misa, que debería ser el espíritu y el centro de la concordia interna y externa entre los católicos de todo el mundo. Tenemos muchos, pero muchos ejemplos, de este hecho de desunión causada por la lengua vulgar.

Y otra consideración ... **Antes, cada sacerdote podía decir en el mundo entero la Misa en Latín para todas las comunidades, y todos los sacerdotes podían entender el latín. Hoy, desafortunadamente, ningún sacerdote puede decir Misa para todos los pueblos del mundo. Debemos admitir que, sólo unas décadas después de la reforma de la lengua litúrgica, hemos perdido aquella posibilidad de orar y cantar juntos, aun en los grandes encuentros internacionales, como los Congresos Eucarísticos o, incluso, durante los encuentros con el Papa, el centro de la unidad de la Iglesia. Ya no podemos, actualmente, cantar ni rezar juntos.**

Alfredo Cardenal Ottaviani  
Antonio Cardenal Bacci  
**BREVE EXAMEN CRITICO  
DEL NOVUS ORDO MISSAE**  
(*Texto Completo*)



Antonio Cardenal Bacci



Alfredo Cardenal Ottaviani

## I

Al celebrarse en Roma en el mes de octubre de 1967 el Sínodo episcopal se le pidió a la misma asamblea de Padres un juicio sobre la así llamada "Misa normativa", a saber, de esa "Misa", que había sido *excogitada por el Consilium ad exsequendam Constitutionem de sacra Liturgia*. Pero el esbozo de semejante Misa suscitó perplejidades entre los Padres convocados al Sínodo, de modo tal que, mientras de los 187 sufragios 43 la rechazaron abiertamente, 62 no la aprobaron sino juxta modum (con reservas). Tampoco se debe pasar por alto el hecho de que la prensa y los diarios internacionales anunciaron que aquélla nueva forma de la Misa había sido sin más rechazada por el Sínodo. En cambio, las publicaciones de los innovadores prefirieron pasar en silencio el asunto: No obstante, una revista bastante conocida, destinada a los obispos y que divulga las opiniones de éstos, describió el nuevo rito sintéticamente con las siguientes palabras: " Aquí se ordena hacer tabla rasa de toda la teología de la Misa. En pocas palabras, se acerca a esa teología de los protestantes, que ya abolió y destruyó totalmente el Sacrificio de la Misa".

Pues bien, en el Novus Ordo Missae, recientemente publicado por la Constitución Apostólica Missale romanum, se encuentra desgraciadamente casi la misma "missa normativa". Tampoco consta que las Conferencias episcopales, difundidas por todo el mundo, hayan sido entre tanto interrogadas, al menos en cuanto tales.

Efectivamente, en la Constitución Apostólica se afirma que el antiguo Misal promulgado por San Pío V el día 13 de julio del año 1570 (pero que en gran parte debe ser atribuido ya a San Gregorio Magno, y más aún, que se deriva de los primitivos (1) orígenes de la religión cristiana) en los últimos cuatro siglos fue para los sacerdotes de rito latino la norma para celebrar el Sacrificio; y no es sorprendente si en tal y tan grande Misal en todas partes del mundo "innumerables y además santísimos varones alimentaron con gran copiosidad la piedad de sus almas para con Dios, sacando de él ya sus lecturas de las Sagradas Escrituras, ya sus oraciones". Así leemos en el Novus Ordo; y, sin embargo, esta nueva reforma de la Liturgia, que arranca y extermina de raíz aquel Misal de San Pío V, es considerada necesaria por el Novus Ordo, "desde el tiempo en que con más amplitud comenzó a robustecerse y prevalecer en el pueblo cristiano el afán por fomentar la Liturgia".

Sin embargo, con la debida reverencia, sea permitido declarar que en este asunto hay un grave equívoco; pues si alguna vez se manifestó algún deseo del pueblo cristiano, esto aconteció - estimulándolo principalmente el gran San Pío X cuando el pueblo mismo comenzó a descubrir los tesoros eternos de su Liturgia. El pueblo cristiano no pidió nunca una Liturgia cambiada o mutilada para comprenderla mejor; pidió más bien que se entendiese la Liturgia inmutable, pero nunca que la misma fuese adulterada.

Además, el Misal Romano, promulgado por mandato de San Pío V y venerado siempre religiosamente, fue muy querido para los corazones católicos tanto de los sacerdotes como de los laicos; de tal manera que nada parece haber en ese Misal que, previa una Oportuna catequesis, pueda inhibir una más plena participación de los fieles y un conocimiento más profundo de la sagrada Liturgia; y, por lo tanto, no aparece suficientemente claro por qué causa se cree que un Misal semejante, refulgente con tan grandes notas reconocidas además por todos, se haya convertido en un erial tal que ya no pueda seguir alimentando la piedad litúrgica del pueblo cristiano.

Sin embargo, la "misa normativa", aunque rechazada ya "sustancialmente" por el Sínodo de los Obispos, hoy es nuevamente propuesta e impuesta como "Novus Ordo Missae", por más que tal Ordo nunca haya sido sometido al juicio colegial de las Conferencias. [Episcopales. N. del T.]. Pero si el pueblo cristiano ha rechazado cualquier reforma de la Sacrosanta Misa (y esto mucho más en tierras de misiones), no vemos por qué causa se imponga esta nueva ley, que, como por lo demás lo reconoce la misma predicha Constitución, subvierte una tradición inmutable en la Iglesia ya desde los siglos IV y V.

Por lo tanto, como esta reforma carece objetivamente de fundamento racional, no puede ser defendida con razones adecuadas, por las cuales no sólo se justifique ella misma si no también se torne aceptable para el pueblo católico.

Es verdad que los Padres del Concilio, en el párrafo 50 de la Constitución Sacrosanctum Concilium decretaron que las diversas partes de la Misa se ordenaran de tal modo, "que aparezcan con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes como también su mutua conexión". Pero de inmediato veremos cuán poco el Ordo recientemente promulgado responde a esos deseos, de los cuales apenas si parece quedar allí algún recuerdo.

Pues examinando con mayor atención y pesando de nuevo en la balanza cada uno de los elementos del Novus Ordo se llegará a esa conclusión de que aquí se han añadido o quitado tantas y tan grandes cosas que con razón se debe aplicar también aquí idéntico juicio al de la "Missa normativa". Por consiguiente, no es nada extraño que tanto este Ordo como la "Missa normativa" agraden en muchos puntos a aquellos que entre los mismos protestantes son más "modernistas".

## II

Comencemos por la definición misma de la Misa, que se propone en el párrafo 7, o sea, al comienzo del segundo capítulo del Novus Ordo. "Acerca de la estructura de la Misa"; "La cena del Señor o Misa es la sagrada sinaxis o asamblea del pueblo de Dios reunido en común, bajo la presidencia del

sacerdote, para celebrar el memorial del Señor (2). Por lo tanto, para la asamblea local de la santa Iglesia vale en grado eminente la promesa de Cristo: 'Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos' (Mt. 18, 20)

Por consiguiente, la definición de la Misa se circunscribe a la sola noción de "Cena"; y ello se repite siempre ya cada paso (n.ºs. 8, 48, on- 55, 56); además, tal "cena" está constituida por la reunión de los fieles bajo la presidencia del sacerdote, y consiste en la renovación del memorial del Señor, a saber, en la conmemoración de lo que el Señor realizó el Jueves Santo. Pero todo esto ni implica la presencia real, ni la verdad del Sacrificio, ni la sacramentalidad del sacerdote consagrante, ni el valor intrínseco del Sacrificio eucarístico, el cual no depende en absoluto de la presencia de la asamblea (3).

En una palabra, esta Cena no implica ninguno de aquellos "valores dogmáticos" esenciales de la Misa, que constituyen su verdadera definición. Ahora bien, esta omisión, en cuanto voluntaria, equivale a la "superación" de aquellos valores y, por lo tanto, al menos en la práctica, a su negación (4).

En la segunda parte del mismo párrafo (agravando el ya gravísimo equívoco) se afirma algo asombroso, o sea, que para esta asamblea vale en grado eminente la promesa de Cristo: "Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18, 20). Con esta promesa, que sólo corresponde a la presencia espiritual de Cristo, se compara y se coloca en el mismo orden y modo de presencia, aunque con mayor fuerza y vigor aquélla institución que, por el contrario, atañe al orden físico o al modo sustancial de la presencia sacramental eucarística.

Sigue inmediatamente en el texto (Nº 8) la bipartición de la Misa en Liturgia de la palabra y Liturgia eucarística, y allí se afirma, sin hacer ninguna distinción, que en la Misa se prepara la Mesa de la palabra de Dios y la mesa del Cuerpo de Cristo, para que los fieles sean "instruidos y alimentados"; esta asimilación equivalente de las dos partes de la Misa, como si estos dos signos tuvieran idéntica significación simbólica, debe ser declarada absolutamente ilegítima. Pero sobre esto ya volveremos más tarde.

Por otra parte, las denominaciones de la Misa son innumerables; las cuales pueden aceptarse por cierto en sentido relativo; pero todas deben ser rechazadas si -como de hecho ocurre- son usadas aisladamente y en sentido absoluto: Acción de Cristo y del pueblo de Dios, Cena del Señor o Misa, Banquete pascual, Participación común en la mesa del Señor, Memorial del Señor, Plegaria eucarística, Liturgia de la palabra y Liturgia eucarística, etc.

Como se evidencia esplendorosamente, en tales definiciones se pone el acento -como con exagerada estudiosidad- en la Cena y el memorial, pero no en la renovación incruenta del Sacrificio del Señor realizado en el Monte Calvario. Ni tampoco la fórmula misma "Memorial de la Pasión y Resurrección del Señor" puede decirse totalmente correcta; pues la Misa por su propia esencia es el memorial del único Sacrificio, que es en sí mismo redentor; mientras que, por el contrario, la Resurrección es el fruto consiguiente a aquél (5). Luego veremos cómo y con qué coherencia estos equívocos se introducen y se repiten en la fórmula misma de la Consagración y, en general, en todo el Novus Ordo.

### III

Vayamos ahora a los fines de la Misa.

**1) FIN ÚLTIMO.** El fin último del sacrificio de la Misa es la alabanza que debe tributarse a la Santísima Trinidad, según la explícita intención de Jesucristo en el mismo misterio de su Encarnación: "Al entrar al mundo dice: 'No quisiste hostia ni ofrenda: en cambio a mí me preparaste un cuerpo' " (Heb. 10, 5; cfr. Ps. 39, 7-9).

Por cierto, este fin buscado ha desaparecido completamente en el Novus Ordo: desapareció ciertamente del Ofertorio, pues la plegaria "Recibe, oh Trinidad Santa" ha sido eliminada; desapareció de la conclusión de la Misa, ya no se dirá más "Seate agradable, oh Trinidad Santa";

también fue suprimida del Prefacio, ya que el Prefacio de la Santísima Trinidad, que hasta ahora se recitaba oportunísimamente todos los domingos, ahora en el Novus Ordo sólo se dirá en la fiesta de la Santísima Trinidad, y por lo tanto solamente una vez al año.

**2) FIN ORDINARIO.** El fin ordinario del Sacrificio es el propiciatorio. En cambio, en el Novus Ordo, este fin se aparta de su verdadera senda, pues ya no se pone más el acento en la remisión de los pecados, sea de los vivos, sea de los difuntos, sino en la nutrición y santificación de los presentes (nº 54). Por cierto, Cristo instituyó el sacramento de la Eucaristía en la última Cena y se puso a Sí mismo en estado de víctima para unirnos a Él, a ese estado victimal; pero este fin antecede a la misma manducación y tiene un pleno valor redentor antecedente, que se deriva de la inmolación cruenta de Cristo; de allí que el pueblo asistente a Misa no esté obligado de suyo a recibir la comunión sacramental (6).

**3) FIN INMANENTE.** Cualquiera sea la naturaleza del sacrificio, pertenece a la esencia de la finalidad de la Misa el que sea agradable a Dios, aceptable y aceptado por Él. Por lo tanto, en la condición de los hombres que estaban inficionados por la mancha original, ningún sacrificio hubiera sido aceptable a Dios; el único sacrificio aceptado ahora con derecho por Dios es el Sacrificio de Cristo. Por el contrario, en el Novus Ordo la naturaleza misma de la oblación es deformada en un mero intercambio de dones entre Dios y el hombre: el hombre ofrece el pan que Dios transmuta en "pan de vida"; el hombre lleva el vino que Dios transmuta en "bebida espiritual": "Bendito eres, Señor Dios del universo, porque de tu largueza recibimos el pan (o: el vino) que te ofrecemos, fruto de la tierra (o: de la vid) y de la obra de las manos de los hombres, del cual se hará para nosotros el pan de vida (o: la bebida espiritual)" (7).

Superfluo es advertir cuán totalmente vagas e indefinidas son estas dos fórmulas "pan de vida" y "bebida espiritual", que, de por sí, pueden significar cualquier cosa. Hallamos aquí el mismo equívoco capital que examinamos en la definición de la Misa: allí Cristo se hace presente entre los suyos únicamente de un modo espiritual; aquí se dan el pan y el vino, que son cambiados "espiritualmente" (pero no substancialmente!) (8).

Igualmente, en la preparación de las ofrendas se descubre idéntico juego de equívocos, pues se suprimen las dos maravillosas plegarias de la antigua Misa. La oración: "Oh, Dios, que admirablemente formaste la dignidad de la naturaleza humana y que más admirablemente aún la reformaste" recordaba a la vez la primitiva condición de inocencia del hombre y su presente condición de restauración, en la que fue redimido por la Sangre de Cristo. Era, por lo tanto, una verdadera, sabia y rápida recapitulación de toda la Economía del Sacrificio, desde Adán hasta la historia presente. En la otra plegaria, la oblación propiciatoria del cáliz para que subiera "con olor de suavidad" a la vista de la Divina Majestad, cuya clemencia se imploraba, repetía con suma sabiduría esta Economía de la salvación. Mientras que suprimida esta continua elevación hacia Dios por medio de la plegaria eucarística, no queda ya ninguna distinción entre sacrificio divino y humano.

Eliminado el eje cardinal, se inventan vacilantes estructuras; echados a pique los verdaderos fines de la Misa, se mendigan fines ficticios. De aquí que aparecen los gestos que en la nueva Misa deberían expresar la unión entre el sacerdote y los fieles, o entre los mismos fieles; aparecen las oblaciones por los pobres y por la Iglesia que ocupan el lugar de la Hostia que debe ser inmolada. Todo esto pronto caerá en el ridículo, hasta que el sentido primigenio de la oblación de la Única Hostia caiga poco a poco completamente en el olvido; así también las reuniones que se hacen para celebrar la inmolación de la Hostia se convertirán en conventículos de filántropos y en banquetes de beneficencia.

## IV

Pasemos a considerar la esencia del Sacrificio.

El Misterio de la Cruz ya no está expresado explícitamente, sino en forma algo oscura, con palabras



falseadas que no pueden ser percibidas por el pueblo (9). Y he aquí por qué causa.

## **1) SIGNIFICACIÓN DE LA "PLEGARIA EUCARÍSTICA"**

El sentido que se atribuye en el Novus Ordo a la así llamada "Plegaria eucarística" es éste: "Para que toda la asamblea de los fieles se una con Cristo en la confesión de las grandezas de Dios y en la oblación del sacrificio" (nº 54, al final) .Pero uno pregunta: ¿de qué sacrificio se trata? ¿quién es el que ofrece? A estos interrogantes no se da ninguna respuesta.

La definición de la "Plegaria Eucarística" dada en la misma Instrucción es la siguiente: " Ahora se inicia el centro y culmen de toda la celebración, a saber, la misma Plegaria eucarística, o sea, la plegaria de acción de gracias y de santificación" (nº 54 pr .) .Por consiguiente, se ponen los efectos en lugar de las causas, de las que nada se dice en el texto. Nada reemplaza a la mención acerca del fin de la oblación, que antes estaba explícita en la antigua plegaria "Recibe, oh Padre Santo".

En verdad, el cambio de la formulación revela también un cambio de la doctrina.

## **2) EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO Y LA PRESENCIA REAL DE CRISTO**

La razón por la cual el Sacrificio no tiene ninguna indicación lo suficientemente explícita en el Novus Ordo está en que la Presencia Real perdió su lugar verdaderamente central (tan esplendoroso en la antigua Misa). Sólo se hace una mención -a saber, la única cita al pie, sacada del Concilio de Trento- y que se refiere a la Presencia Real en cuanto nutrimento (nº 241, nota 63). Pero no se señala nunca la Presencia Real y Permanente del Cuerpo y Sangre de Cristo, junto con su Alma Divinidad, que se da bajo las especies luego de la transubstanciación. Más aún, la misma palabra "Transubstanciación" se ignora totalmente.

Además, la razón de por qué se suprime la invocación a la tercera Persona de la Santísima Trinidad (Ven, Santificador. ..), por la cual se imploraba al Espíritu Santo que descendiera sobre las oblatas preparadas para obrar el milagro de la Presencia Divina, como antes en el seno de la Santísima Virgen, es objetivamente la misma: vale decir, pertenece al mismo tipo de silencio y de negación tácita, más aún a la continua cadena de negaciones sobre la Presencia Real.

### **Quedan también abolidas:**

- a) las genuflexiones, de las que sólo quedan tres por parte del sacerdote y una por parte del pueblo en el momento de la Consagración (y ésta, sometida a muchas excepciones);
- b) las abluciones de los dedos sobre el cáliz;
- c) la preservación de los mismos dedos de cualquier contacto profano después de la Consagración;
- d) la purificación de los vasos (sagrados, N. del T.), que no se manda hacer necesariamente de inmediato después de la asunción del cáliz, ni sobre el mismo corporal;
- e) la palia, con la cual se protegía la Preciosísima Sangre de Cristo en el cáliz;
- f) el dorado de los vasos sagrados;
- g) la consagración del altar móvil;
- h) la piedra sagrada y las reliquias en el altar móvil, e incluso sobre la mesa cada vez que la celebración se realice en lugares no sacros. Admitida esta excepción, queda abierto el camino para las "cenas eucarísticas" en casas privadas ;
- i) los tres manteles del altar, de los cuales ahora sólo se prescribe uno.
- k) la acción de gracias, que debía hacerse de rodillas, y a la que substituye una torpe acción de gracias del sacerdote y de los fieles sentados; añádase que la Comunión se recibe irreverentemente por los fieles de pie;
- l) finalmente, las santas prescripciones antiguas para el caso de la Hostia consagrada caída en tierra, que se reducen mezquinamente a sólo esto: "tómese reverentemente la Hostia " (nº 239). Todas estas cosas juntas, con su repetición manifiestan y confirman injuriosamente la implícita negación de la Fe en el augustísimo dogma de la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía.

## **3) LA FUNCIÓN DEL ALTAR EN LA NUEVA MISA (Nº 262)**

El altar casi siempre es llamado mesa (10): "El altar o mesa del Señor, que es el centro de toda la liturgia eucarística" (nº 49; cfr. 262); pero se prescribe que el altar esté siempre separado de las paredes, para que así cualquiera pueda girar alrededor de la mesa y que la misa se celebre de cara al pueblo (nº 262); con mayor insistencia se determina que el altar debe convertirse en el centro de la asamblea de los fieles, de manera tal que su atención se dirija espontáneamente hacia el altar (ib). Pero considerados a la vez los números 262 y 276, parece excluirse que el Santísimo Sacramento de la Eucaristía pueda conservarse sobre este altar. De aquí surge una irreparable división: por una parte estará la mística presencia del Sumo y Eterno Sacerdote en el presbítero celebrante; y por otra parte estará la Presencia Real Sacramental del mismo Cristo en persona. En la antigua Misa estaba manifiesta una sola presencia de Cristo a la vez (11).

En la nueva Misa se nos invita a conservar el Santísimo Sacramento en otro lugar apartado, donde se alimente la devoción privada de los fieles, como si la Hostia no fuese sino una simple reliquia; de manera que ya no sea más el tabernáculo el que atraiga los ojos y la fe de los fieles que ingresan al templo, sino una mesa tosca y sin adorno. He aquí nuevamente cómo la piedad privada se opone a la piedad litúrgica; se erige el altar contra el altar.

También, la tan frecuente recomendación de distribuir la Comunión sólo de las especies consagradas en la Misa; más aún, que se consagre un pan de grandes dimensiones (12), de modo que el sacerdote pueda dividir su pan con al menos alguna parte de los fieles, con firma y acrecienta la indiferencia anímica y el desprecio hacia el Tabernáculo, como también hacia toda piedad eucarística fuera de la Misa. He aquí una nueva injuria a la fe en la Presencia Real de Cristo, mientras perduran las Especies Eucarísticas consagradas (13).

#### **4) FÓRMULAS CONSAGRATORIAS**

La antigua fórmula de la Consagración era clara y propiamente sacramental, pero no meramente narrativa, mientras que las tres consideraciones siguientes parecen demostrar que en el Novus Ordo se insinúa lo contrario:

**a)** No se reproduce más literalmente el texto de la Sagrada Escritura; además, la inserción de las palabras paulinas "Mysterium Fidei" significaba la inmediata confesión de fe que debía proferir el sacerdote ante el Misterio operado por la Iglesia a través de su sacerdocio jerárquico.

**b)** Las nuevas puntuaciones de las palabras y la nueva tipografía. En efecto, en el antiguo Misal el mismo punto y aparte significaba claramente el paso del modo narrativo al modo sacramental y afirmativo, las mismas palabras consagradorias se trazaban en el antiguo Misal con letras mayúsculas y en el medio de la página; más aún, con frecuencia escritas también en color diferente, de manera que se separasen del contexto meramente histórico. y todas estas cosas, por cierto, conferían sapientísimamente a toda la fórmula consagradoria una fuerza propia de significación absolutamente individual y singular .

**c)** La anamnesis ("Cuántas veces hicieris estas cosas, las haréis en memoria mía"), que en griego se dice así: "eis tén emoú anámnesin". La anamnesis en el Canon Romano se refería a Cristo operante en acto, pero no a la mera memoria de Cristo o de un mero acontecimiento; se nos mandaba recordar lo que Él mismo hizo ( " ...estas cosas. ..haréis en memoria mía"), y el modo cómo Él las hizo, pero no únicamente su persona o su cena. En cambio, la fórmula paulina ("Haced esto en conmemoración mía"), que en el Novus Ordo reemplaza a la fórmula antigua -repetida todos los días en las lenguas vernáculas- cambiará irreparablemente la fuerza misma del significado en las mentes de los oyentes, de modo tal que la memoria de Cristo, que debe ser el principio de la acción eucarística, parezca convertirse en el término único de esta acción o rito. O sea, la "conmemoración", que cierra la fórmula de la consagración, ocupará poco a poco el lugar de la "acción sacramental" (14).

La forma narrativa se pone ahora de relieve de hecho con las mismas palabras en la Instrucción oficial: "Narración de la Institución" (nº 55d) ; y ella se confirma en la definición de la anamnesis, donde se dice: "La Iglesia celebra la memoria de Cristo mismo" (nº 55c).

En síntesis, la teoría que se propone sobre la epiclesis y la misma innovación en cuanto a las palabras de la Consagración y de la anamnesis implican que también se ha realizado un cambio en el modo de significar; pues las fórmulas consagradoras son ahora pronunciadas por el sacerdote como parte de alguna narración histórica y no son enunciadas en cambio como expresando un juicio categórico y operativo, proferido por Aquél en cuya representación el sacerdote mismo obra, diciendo: "Esto es mi Cuerpo", pero no: "Esto es el Cuerpo de Cristo" (15) .

Además, la aclamación asignada al pueblo para decir después de la Consagración ("Anunciamos tu muerte, Señor, etc., hasta que vengas") introduce, bajo la apariencia de escatologismo, una nueva ambigüedad sobre la Presencia Real. En efecto, se proclama oralmente, sin solución de continuidad después de la Consagración, la expectación de la segunda: venida de Cristo en la consumación de los tiempos, en el mismo momento en el que Él se halla verdadera, real y substancialmente presente sobre el altar, como si sólo aquella última fuera Su verdadera venida, pero no ésta.

Y esto se recalca con mayor vigor en la fórmula de aclamación a elegir libremente: "Cada vez que comemos este pan y bebemos el cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vengas"; donde se mezclan con la máxima ambigüedad cosas diversas, como la inmolación y la manducación, la Presencia Real y la segunda venida de Cristo (16).

## V

Y ahora pasemos a cada uno de los elementos concretos del Sacrificio.

En la Misa anterior, eran cuatro los elementos del Sacrificio: 1) Cristo; 2) el sacerdote; 3) la Iglesia; 4) los fieles.

**1ª** Comencemos por los fieles. En el Novus Ordo, la parte asignada a los fieles es autónoma o absoluta, y, por consiguiente, totalmente falsa ya desde la misma definición propuesta al comienzo ("La Misa es la sagrada sinaxis o asamblea del pueblo"), hasta el saludo con el cual el sacerdote expresa al pueblo la "presencia" del Señor en la comunidad reunida (nº 28): "Con este saludo y con la respuesta del pueblo se manifiesta el misterio de la Iglesia reunida". Por lo tanto, se trata aquí de una, por cierto, verdadera presencia de Cristo, pero meramente espiritual, y asimismo del misterio de la Iglesia, pero en cuanto simple comunidad que manifiesta y solicita tal presencia espiritual. y esto se encontrará por doquier: recuérdese el carácter comunitario de la Misa recalcado con tanta insistencia (nº 32); 74-152); la impía distinción entre "Misa con pueblo" y "Misa sin pueblo" (nº 203-232); la definición de la "oración universal o de los fieles" (nº 45), donde nuevamente se pone de relieve "el oficio sacerdotal" del pueblo ("el pueblo ejerciendo el oficio de su sacerdocio") proponiéndolo en forma equívoca; en efecto, no se indica en modo alguno que está subordinado al oficio del sacerdote jerárquico. Y esto tanto más se confirma por el hecho de que el sacerdote, en cuanto que ha sido consagrado mediador, está constituido intérprete, según la vieja Misa, de todas las intenciones del pueblo, sea en la plegaria "Te igitur", sea en los dos "Memento".

También en la "Plegaria eucarística" III ("Vere Sanctus", pag. 123) se nos ordena dirigirnos así al Señor: "No dejas de congregar a tu pueblo, para que desde la salida del sol hasta el ocaso sea ofrecida una oblación pura a tu nombre": donde la partícula "para que" insinúa que el elemento necesario sobre todos los demás para celebrar la Misa es el pueblo, y no el sacerdote. y como en ninguna parte del texto se indica quién es el sacrificador secundario y particular (17), todo el pueblo mismo es presentado provisto de un poder sacerdotal propio y pleno. ¡Lo cual es falso!

¡Nada de extrañar pues si, con esta manera de obrar, bien pronto se le atribuya también al pueblo la facultad de unirse al sacerdote en la pronunciación de las mismas palabras consagradoras (lo cual, por lo demás, se nos informa, que ya sucede en ciertos lugares)!

**2º** El ministerio del sacerdote aparece disminuido, alterado, viciado. En primer lugar, por cierto, respecto del pueblo. Se lo presenta (al sacerdote), como un simple presidente o hermano (no mediador), más bien que como un ministro consagrado, que celebra en representación de Cristo;

luego, respecto de la Iglesia, en cuanto que es propuesto como "uno del pueblo". También en la definición de la epiclesis (nº 55c) las invocaciones se atribuyen en forma anónima e incierta a la Iglesia. El oficio de mediador, propio del sacerdote, desaparece.

En la oración del "Confiteor", que se recita ahora sólo en forma colectiva, el sacerdote ya no es más juez, testigo y mediador ante Dios; por consiguiente, no se imparte más al pueblo la absolución sacerdotal, que se tenía en el antiguo rito. En efecto, el sacerdote viene simplemente connumerado entre los "hermanos". De donde, incluso el mismo monaguillo que ayuda en una "Misa sin pueblo" lo llama con este nombre de hermano.

Pero ya antes de esta última reforma de la Misa, se había abrogado la significativa distinción entre la Comunión de los fieles y la Comunión del sacerdote (momento en el cual el Sumo Eterno Sacerdote y el que actuaba en representación de Él se confunden en una casi diríamos íntima unión y se logra la consumación del Sacrificio).

Ahora, en cambio, ni una palabra siquiera acerca del poder del sacrificador, sobre su acto consagratorio, por medio del cual se renueva realmente la Presencia eucarística. y de este modo, el sacerdote católico ya reviste la figura de un ministro protestante.

Además, la omisión o el libre uso de muchas vestiduras sagradas (pues en algunos casos bastan el alba y la simple estola: nº 298) debilita aún más la primigenia conformación del sacerdote con Cristo; en efecto, el sacerdote ya no se presenta más revestido con las virtudes de Cristo; él es ya un simple "funcionario" que apenas se distingue de la multitud de los fieles por uno o dos signos (18) ("él mismo un poco más hombre que los demás hombres": así lo describió, bella y humorísticamente aunque en forma involuntaria, cierto predicador contemporáneo (19).

Por lo tanto, nuevamente se divide lo que Dios ha unido: a saber, así como ya viene separado el Tabernáculo del altar de la Misa, así ahora se desgarran el único sacerdocio del Verbo de Dios y el sacerdocio de Sus Ministros consagrados.

Por último, trataremos simultáneamente de Cristo y de la Iglesia. En un solo texto, donde se trata de la "Misa sin pueblo", como con displicencia se reconoce a la Misa en cuanto que es "acción de Cristo y de la Iglesia" (nº 4; cfr. Presb. Ord., nº 13); mientras que por el contrario en el caso de la Misa "con pueblo" no se recuerda ninguna otra finalidad sino la de hacer "memoria de Cristo" y la santificación de los presentes. "El presbítero celebrante. ..asocia a sí mismo. ..al pueblo al ofrecer el sacrificio por medio de Cristo a Dios Padre en el Espíritu Santo" (nº 60), en vez de asociar el pueblo a Cristo, quien se ofrece a Sí Mismo en sacrificio "por el Espíritu Santo a Dios Padre".

Nótense en este contexto otras cosas: la gravísima omisión en las oraciones de las cláusulas "Por Cristo Nuestro Señor", quien fue dado a la Iglesia de todos los tiempos como única garantía de ser escuchada (Jo.. 14, 13-14; 15, 16; 16, 23-24); además, un pertinaz y ansioso "pascualismo", como si la comunicación de las gracias no tuviese otros aspectos igualmente fecundos; también, ese "escatologismo" vesánico y peligroso, en el cual la comunicación de la gracia, que de suyo es permanente y eterna, es rebajada a meras dimensiones temporales; el "pueblo", como ejército en marcha (en italiano: "popolo in marcia"), la "Iglesia peregrinante" (¡ojo! ya no más militante contra la Potestad de las tinieblas) hacia cierto "futuro" que no está vinculado a la eternidad venidera (y que por lo mismo no depende de ella en el presente), sino que corresponde a la verdadera y propia posteridad temporal.

La Iglesia -Una, Santa, Católica, Apostólica -es humillada en cuanto tal por la fórmula de la "Plegaria Eucarística IV", en la cual la oración del Canon Romano: "Por todos los ortodoxos y seguidores de la fe católica y apostólica" se cambia de tal modo que todos estos creyentes son sustituidos simplemente por todos los que te buscan con corazón sincero!

También en el "Memento" de los difuntos, los muertos ya no son aquellos "que nos precedieron con el signo de la Fe y duermen el sueño de la paz", sino solamente "los que murieron en la paz de tu Cristo". A quienes además se añade (no sin un nuevo y patente abandono de la legítima noción de la unidad y visibilidad de la Iglesia) la turba de "todos los difuntos cuya fe Tú solo conociste".

En cambio, en ninguna de las tres nuevas Plegarias Eucarísticas se hace alguna mención -como ya más arriba dijimos- sobre el estado de penas y tribulaciones de las almas en el Purgatorio; en ninguna de ellas se da lugar a que se haga un "Memento" los difuntos en particular. Todo lo cual enerva nuevamente la fe en la naturaleza propiciatoria y redentora del Sacrificio (20).

## NOTAS

**(1)** Las oraciones de nuestro Canon se hallan ya en el tratado "De los Sacramentos" (de fines de los siglos IV y V) ...La Misa de San Pío V o Tridentina toma su inicio en aquellos tiempos, en los cuales se desarrolló por primera vez a partir de la antigua Liturgia común, sin sufrir luego mutaciones esenciales. Conserva aún el carácter de aquella Liturgia primigenia que floreció en aquellos días en que los Césares Romanos gobernaban el mundo y esperaban llegar a extinguir la fe cristiana; son aquellos tiempos en los cuales nuestros padres se congregaban antes de la aurora para cantar un himno a Cristo Dios (cfr. Plinio el joven, Ep. 96) ... En toda la Cristiandad no se posee un rito tan venerable como la Misa Romana (A. FORTESCUE) .El ,Canon Romano, tal cual hoy existe, se remonta San Gregorio Magno. Tanto en Oriente como en Occidente no se encuentra ninguna oración Eucarística vigente hasta nuestros tiempos, que esté dotada de tanta antigüedad, Si la Iglesia Romana excluyera este Canon, no sólo los ortodoxos sino también los anglicanos y los mismos protestantes que de algún modo aprecian aún la tradición juzgarían que la misma Iglesia Romana ha abdicado el derecho y su propio deber de representar a la verdadera Iglesia Católica (P. LOUIS BOYUER). volver

**(2)** En una nota se remite a dos textos del CONCILIO VATICANO II. En realidad, quien lee estos dos textos no encuentra allí ninguna prueba de tal definición. El primero (del Decreto "PRESBYTERORUM ORDINIS", nº 5) , dice así: "Los presbíteros son consagrados por Dios, siendo ministro el Obispo, para que, hechos en forma especial partícipes del Sacerdocio de Cristo, al celebrar los oficios sagrados actúen como ,ministros de Aquél que en la Liturgia ejerce constantemente, por obra del Eispíritu Santo, su ministerio sacerdotal en favor nuestro. ..sobre todo, por la celebración de la Misa ofrecen sacramentalmente el Sacrificio de Cristo". Por su parte, el otro texto al cual se remite (de la Constitución "SACROSANCTUM CONCILIUM", nº 33) se expresa así: "En efecto, en la Liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando su Evangelio. En cuanto al pueblo, responde a Dios sea con sus cantos sea con su oración. Más aún, las oraciones que dirige a Dios el sacerdote -que preside la asamblea representando a Cristo- se dicen en nombre de todo el pueblo santo y de todos los circunstancias". Es imposible comprender cómo de estas palabras se haya podido sacar aquella definición. Advertimos además acerca de la gravísima corrupción por la cual en esa definición de la Misa se modifican las palabras de la definición del mismo CONCILIO VATICANO II (Presb. Ord. nº 5) : "Es, por consiguiente, la Sintaxis Eucarística el centro de la asamblea de los fieles". Suprimida fraudulentamente la palabra "centro" de la asamblea, en el Novus Ordo el término "asamblea" usurpó sin más el lugar principal de aquélla. volver

**(3)** El CONCILIO DE TRENTO sancionó así la Presencia Real Eucarística: "Primeramente, el Santo Sínodo enseña y confiesa abierta y simplemente que en el nutricio Sacramento de la Santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino se contiene verdadera, real y substancialmente (canon I) Nuestro Señor Jesucristo, verdadera Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles" (DB 874) . En la SESIÓN XXII, que atañe directamente a nuestro asunto ("Sobre el Santísimo Sacrificio de la Misa"), la doctrina definida (DB 937a -956) está luminosamente contenida en nueve cánones. 1º: La Misa es un Sacrificio verdadero y visible -y no una Representación simbólica- ""por el cual se representa aquel sacrificio cruento que hubo de realizarse una sola vez en la Cruz ( ...) y se aplica su fuerza salvadora para la remisión de los pecados que diariamente cometemos" (DB 938) . 2º: Jesucristo Nuestro Señor, "declarándose a Si mismo Sacerdote constituido para la eternidad según el orden de Melquisedec (Ps. 109, 4), ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino y bajo los símbolos de esas mismas cosas los dio a sus Apóstoles (a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento) para que los tomaran, y a ellos mismos y a sus sucesores en el sacerdocio les mandó que los ofrecieran por medio de estas palabras: "Haced esto en conmemoración mía" (Lc 22, 19; 1Cor 11,24), como siempre lo entendió y enseñó la Iglesia Católica" (DB ibid.) .El celebrante, el oferente, el sacrificador es el sacerdote, para eso consagrado, pero no el pueblo de Dios, la asamblea. "Si alguien dijere que con aquellas palabras: "Haced esto en conmemoración mía" (Lc 22,19; 1 Cor 11,24), Cristo no instituyó sacerdotes a los Apóstoles o que no los ordenó, para que ellos y los otros sacerdotes ofrecieran su cuerpo y sangre, sea anatema" (Canon 2; DB 949). 3º: El Sacrificio de la Misa es un verdadero sacrificio propiciatorio, y no "una mera conmemoración del sacrificio realizado en la cruz". "Si alguien dijere que el Sacrificio de la Misa es sólo de alabanza y de acción de gracias o una mera conmemoración del sacrificio realizado en la cruz, pero no propiciatorio; o que sólo aprovecha al que lo recibe y que no debe ser ofrecido por los vivos y difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades, sea anatema" (Canon 3; DB 950). Recuérdense además. el cano: 6: "Si alguien dijere que el Canon de la Misa conti2ene errores, y que por lo tanto debe ser. abrogado, .sea anatema" (DB 953) ; y el canon 8: "SI alguien dijere que las Misas en las cuales sólo el sacerdote comulga sacramentalmente, son ilícitas y que por lo tanto deben ser abrogadas, sea anatema (DB 955). volver

**(4)** Apenas es necesario advertir que si se negase un solo dogma definido, ipso facto se derrumbarían todos los dogmas, porque se hundiría entonces el principio mismo de la infalibilidad del Magisterio Apostólico, incluso el supremo y solemne, sea del Romano Pontífice, sea del Concilio Ecuménico. volver

**(5)** Se debería añadir también la Ascensión, si alguien quisiera retomar aquella oración "Unde et Memores". En este texto, sin embargo, no se expresaba una cierta agrupación equivalente de vocablos, sino una clara y sutil distinción:

". ..de tan bienaventurada Pasión, como también de la Resurrección de entre los muertos y también de la gloriosa Ascensión al cielo". La Pasión se conmemoraba por sí misma y por la fuerza de la misma Misa; la Resurrección y Ascensión se presentaban añadidas, por la conexión de la fe. volver

**(6)** De igual modo se cambia la fuerza de la significación también en los tres nuevos "Cánones", en los que sorpresivamente se eliminan por completo el peculiar "Memento" de los muertos y la mención de los sufrimientos de las almas de los fieles difuntos [en el purgatorio. N. del T.] por las cuales siempre y universalmente se aplicaba el Sacrificio satisfactorio. volver

**(7)** Véase la encíclica MYSTERIUM FIDEI, donde Pablo VI condena no sólo los errores del simbolismo sino también las nuevas teorías inventadas de la "transsignificación" y de la "transfinalización": ". ..o que tanto insisten. ..en el valor del signo. ..como si el simbolismo, que nadie niega existe con toda certeza en la Santísima Eucaristía, expresase y agotase toda la medida de la presencia de Cristo en este Sacramento. .. o que hablan sobre el misterio de la transubstanciación sin hacer mención alguna de la admirable conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre de Cristo, según se expresa el Concilio de Trento, de tal manera que consista sólo en las que llaman "transsignificación" y "transfinalización" (A.A.S., LVII, 1965, p. 775). volver

**(8)** En la encíclica "MYSTERIUM FIDEI" profusa y extensamente se refuta y condena la introducción de modos nuevos de hablar o locuciones que, aunque aparezcan en textos de los Santos Padres y de los Concilios y en documentos del Sagrado Magisterio, se los emplea en un sentido común y unívoco, sin subordinarlos a la doctrina sustancial, de la cual, pues, no pueden separarse (por ejemplo, "alimento espiritual", "comida espiritual", "bebida espiritual", etc.) .Pablo VI previene: "Guardada la integridad de la Fe, conviene también que se observe un apropiado modo de hablar, no sea que al usar nosotros palabras impropias, surjan falsas opiniones, lo que no suceda!, sobre la Fe en cosas altísimas". Cita a SAN AGUSTÍN: "Pero nosotros conviene que hablemos según una regla cierta, para que la licencia en las palabras no genere una opinión impía incluso de las cosas que por ellas se significan" (La Ciudad de Dios, X, 23, PL 41, 300). Y continúa diciendo: "Por lo tanto, la regla de hablar, que la Iglesia introdujo en una larga elaboración de siglos y no sin la protección del Espíritu Santo, y que luego confirmó con la autoridad de los Concilios y que más de una vez fue contraseñada y estandarte de la Fe ortodoxa, debe ser conservada santamente y nadie presume cambiarla por capricho o con el pretexto de una ciencia nueva. ..De igual modo, no debe tolerarse que cualquiera pretenda derogar por propia voluntad las fórmulas con las cuales el Concilio de Trento propuso para crearlo el Misterio Eucarístico" (A.A.S., LVII, 1965, p. 758).  
NOTAS

**(9)** Esto contradice abiertamente lo que prescribe el Concilio Vaticano II ("Sacrosanctum Concilium", nº 48). volver

(10) Una sola vez (nº 259) se reconoce su función principal: "El altar, en el cual se realiza el sacrificio de la cruz presente bajo los signos sacramentales. Pero aún esto no parece ser suficiente para eliminar las ambigüedades del otro término, que, por el contrario, reaparece constantemente. volver

**(11)** "Separar el Tabernáculo del altar sería lo mismo que separar dos cosas que por su origen y naturaleza deben permanecer unidas" (Pío XII ; Alocución al 18-23 Congreso Internacional Litúrgico, celebrado en Roma y Cf. Asís, 18-23 de septiembre de 1956). Véase también la encíclica "Mediator Dei", I, 5 (cfr. más adelante, nota. 28). volver

**(12)** Rara vez se utiliza en el Novus Ordo la palabra "hostia", que es tradicional en los libros litúrgicos y que se emplea con su sentido propio de "víctima". Y esto responde perfectamente a aquella intención habitual, que en el mismo Novus Ordo procura poner en evidencia únicamente los aspectos de "Cena" y de "comida". volver

**(13)** Suele ocurrir que se trueque una cosa por la otra. Y de ahí que falsamente se equipare la Presencia Real Eucarística con la presencia en la palabra (nº 7; 54). Pero, sin embargo, esta otra presencia es, realidad, de una naturaleza totalmente diversa, ya que sólo existe en el uso; aquélla, en cambio, se da estable y objetivamente, incluso independientemente de todo uso o comunión sacramental. Estas fórmulas son propiamente de los protestantes: "Dios habla a su pueblo. ..Cristo por su palabra está presente en medio de los fieles" (nº 33; cfr. "Sacros. Conc.", nos. 33 y 7) ; lo cual hablando con propiedad, no dice nada, puesto que la presencia de Dios en la :palabra es mediata y está conectada a un acto del espíritu ya la condición espiritual del sujeto e igualmente circunscrita en el tiempo, Este error tiene gravísimas consecuencias: en efecto, afirma o insinúa la opinión de que la Presencia Real Eucarística está conectada sólo al uso y se acaba junto con el uso. volver

**(14)** La «acción sacramental" instituida por Cristo es presentada en este Novus Ordo como producida cuando Cristo dio a sus Apóstoles su Cuerpo y Sangre bajo las especies del pan y del vino, "para que comieran " ; li y no en la acción misma de la doble consagración y en la separación mística del Cuerpo y Sangre, que se produce por esa, misma consagración: en lo cual se tiene la esencia del Sacrificio Eucarístico (cfr. Pío XII, «Mediator Dei", todo el capítulo I de la segunda parte : "Del Culto Eucarístico"). volver

**(15)** Las palabras de la Consagración, por el modo como se insertan en el contexto del Novus Ordo pueden ser válidas por la eficacia subjetiva de la intención del ministro. Pero pueden no ser válidas, en cuanto que ya no son tales por la fuerza misma de las palabras, o más exactamente, por la virtud objetiva del modo de significar que tenían hasta ahora en la Misa. Por lo cual, los sacerdotes que en un futuro próximo no habrán sido instruidos conforme a la doctrina tradicional y quienes simplemente se fiarán del Novus Ordo con la intención de "hacer lo que hace la Iglesia", ¿consagrarán en realidad válidamente? Es lícito dudar de ello. volver

**(16)** No se diga, según el modo de proceder de los protestantes -como nadie ignora- en su ,método crítico, que estas palabras pertenecen al mismo texto de la Sagrada Escritura. Pues la Iglesia siempre evitó el yuxtaponer estos textos, de manera de disipar toda con- fusión entre las diversas cosas y verdades que estos textos expresan. volver

**(17)** Contra los luteranos y calvinistas, que afirman que todos los cristianos son sacerdotes, y que, por lo tanto, ofrecen la cena, cfr. Concilio de Trento, Sesión XII canon 2. Sobre ello, dice A. TANQUERAY en "Sinopsis de teología



dogmática", t. III, Desclée, 1930 : "Todos los sacerdotes y sólo ellos son, propiamente hablando, ministros secundarios del Sacrificio de la Misa. Cristo es, ciertamente, el ministro principal. Los fieles sólo mediatamente, pero no en sentido estricto, ofrecen por miedo de los sacerdotes". volver

(18) Adviértase una increíble innovación, que conmocionará espiritualmente los ánimos de los fieles. El Viernes Santo, en la Parasceve, las vestiduras sacras serán de color rojo (nº 308 b), y no negras o, al menos, violetas. Lo cual alude más bien a la conmemoración de algún santo mártir, antes que al luto de toda la Iglesia por la muerte de su divino Fundador (cfr. encíclica "Mediator Dei", 1,5; ver más adelante, nota 28). volver

(19) P. ROGUET, O. P., a las Hermanas Dominicas de Betania de Plessis-Chenet. volver

(20) En ciertas versiones del Canon Romano se traduce el "lugar del refrigerio, de la luz y de la paz" como un simple estado ("beatitud, luz, paz") .¿Qué decir ahora de la omisión de toda mención explícita a la Iglesia purgante?

# LA REFORMA LITÚRGICA

por Romano Amerio

**276. La reforma litúrgica.**

La reforma de la liturgia católica es la obra más imponente, visible, universal y eficaz salida del Vaticano II. Contradice los textos de la gran asamblea, y se caracteriza por el carácter anfibológico de sus prescripciones, sobre las cuales se ejercitaron tanto la sutileza bicéfala de los redactores como la hermenéutica posterior, que a causa de la anfibología de los textos apelaba al espíritu del Concilio (ver §§ 48-50). Siendo casi inmensa la selva de las materias, nos circunscribiremos a los axiomas patentes y latentes que informaron la reforma, para extraer así de ellos su significado esencial, que también en este punto se resuelve en una general propensión hacia la independencia y el subjetivismo: ya sea en línea histórica, rompiendo con la tradición, ya sea en línea dogmática: sin rechazar ningún artículo de fe, pero eludiendo algunos y rubricando otros, como ya vimos sobre la Eucaristía.

Siendo uno el objeto real y múltiple la aprehensión subjetiva, la primera manifestación de la mentalidad conciliar fue el abandono de la unidad en beneficio del pluralismo; y puesto que la Iglesia latina tuvo casi desde el principio unidad de idioma en el uso del latín, el espíritu pluralista rompió preliminarmente la unidad idiomática proclamando el abandono del latín como lengua propia de la Iglesia.

La supresión del latín de la liturgia contradice en primer lugar el artículo 36 de la Constitución conciliar sobre liturgia, que ordenaba: "Lingua latinae usus in ritibus latinis servetur". Sin embargo, dicho uso se restringió desde el principio a la recitación del Canon, y fue luego totalmente abrogado con la vulgarización integral de la Misa. Contradice la Mediator Dei de Pío XII, que reafirmaba "las serias razones de la Iglesia para conservar firmemente la obligación incondicionada para el celebrante de usar la lengua latina". Contradice la Veterum sapientia de Juan XXIII: "Que ningún innovador se atreva a escribir contra el uso de la lengua latina en los sagrados ritos (...) ni lleguen en su engreimiento a minimizar en esto la voluntad de la Sede Apostólica" (ver § 32). Contradice finalmente la Carta Apostólica Sacrificium laudis de Pablo VI mismo contra la deslatinización, la cual "no sólo atenta contra este manantial fecundísimo de civilización y contra este riquísimo tesoro de piedad, sino también contra el decoro, la belleza y el vigor originario de la oración y de los cantos de la liturgia".

No observaré, como fue observado y con verdad, que la exterminación del latín contradice también al espíritu democratizador que informa al mundo contemporáneo y, por acomodación, a la Iglesia. Este espíritu mira a la elevación cultural de las multitudes, mientras en el abandono del latín se respira una especie de desprecio hacia el pueblo de Dios, considerado indigno por su crasitud de ser elevado a la percepción de valores excelentes, incluso poéticos; y condenado por el contrario a abandonar esos mismos valores.

## **277. Latinidad y popularidad en la liturgia.**

El Concilio de Trento (ses. XXII, cap. 9) ordenó que en el curso de la Misa el sacerdote explicase al

pueblo parte de las lecturas. Esto no sólo se hacía en la homilía, sino también y de modo muy abundante mediante los libros de piedad, difundidísimos hasta el Vaticano II, que facilitaban seguir las diversas partes de la Misa. Llevaban oraciones apropiadas que a menudo parafraseaban los textos litúrgicos, e incluso viñetas reproduciendo del modo más evidente posible ante los ojos el aspecto del altar, los actos del celebrante, y la posición de los vasos y de los ornamentos. Naturalmente, siendo analfabeta gran parte del pueblo cristiano no se podía encontrar perfecta concordancia entre la devota disposición interior del vulgo y la secuencia de las ceremonias sagradas. Por otro lado, la universalidad (letrada o iletrada) de la asamblea conocía y reconocía los momentos más importantes y las articulaciones del rito, indicadas también por la campanilla. De este modo no faltaba a los ritos sagrados la participación espiritual de los fieles. Y no solamente no faltaba, sino que faltó cada vez menos después de que en los años de la primera postguerra (en Italia por mérito de la Obra para la realeza de Cristo) en todos los países europeos se difundieran los cuadernillos con el texto latino y la traducción al vulgar del Misal festivo. Y conviene señalar que los misales que contenían el texto latino y yuxtapuesta la traducción en lengua moderna estuvieron en uso desde el siglo XVIII, y no sé si también antes. En la biblioteca de Manzoni en Brusuglio existe uno latín-francés impreso en París en 1778, y era utilizado por doña Giulia.

Suele objetarse que en el rito latino el pueblo estaba desvinculado de la acción de culto y faltaba esa participación activa y personal constituida en intención de la reforma. Pero contra dicha objeción milita el hecho de que la mentalidad popular estuvo durante siglos marcada por la liturgia, y el lenguaje del vulgo recogía del latín cantidad de locuciones, metáforas, y solecismos. Quien lee esa vivísima pintura de la vida popular que es el *Candelaio* de Giordano Bruno se sorprende del conocimiento que los más bajos fondos tenían de las fórmulas y de los actos de los ritos sagrados: no siempre (es obvio) en la semántica legítima, y a menudo llevados a sentidos deformes, pero siempre atestiguando el influjo de los ritos sobre el ánimo popular. Por el contrario, hoy tal influencia se ha apagado del todo y el lenguaje toma sus formas de otros campos, sobre todo del deporte. El más importante fenómeno lingüístico por el cual quinientos millones de personas han cambiado su lenguaje de culto, no ha dejado hoy la más mínima sombra en el lenguaje popular.

### **278. Los valores de la latinidad en la Iglesia. Universalidad.**

No queremos aquí retroceder hasta la *Auctorem fidei* de Pío VI, que reprobó la propuesta del Sínodo de Pistoya de realizar los ritos en lengua vernácula (DENZINGER, 1566). No nos extenderemos ni siquiera sobre la doctrina de Rosmini en las *Cinque piaghe*, cuando consideraba que el justo remedio a la desvinculación del pueblo de la acción sagrada no residía (como hoy erróneamente se le atribuye) en la abolición de la lengua latina, sino en el desarrollo de la instrucción vital del pueblo fiel. Si decimos que el latín es connatural a la religión católica, ciertamente no nos referimos a una connaturalidad metafísica coincidente con la esencia de la cosa misma (como si el catolicismo no pudiese subsistir sin el latín), sino a una connaturalidad histórica: un hábito adquirido históricamente por una peculiar aptitud y conveniencia que el idioma latino tiene con la religión. El catolicismo nació, por así decirlo, arameico; fue durante mucho tiempo griego; se hizo pronto latino, y el latín se le hizo connatural. De entre las muchas adaptaciones posibles de un lenguaje a la religión, la connaturalidad histórica es la que mejor responde a las propiedades de ésta, modelándose perfectamente sobre los caracteres de la Iglesia.

En primer lugar la Iglesia es universal, pero su universalidad no es puramente geográfica ni consiste, como se dice en el nuevo Canon, en estar difundida por toda la tierra. Dicha universalidad deriva de la vocación (están llamados todos los hombres) y de su nexa con Cristo, que ata y reúne en Sí a todo el género humano. La Iglesia ha educado a las nacionalidades de Europa y creado los alfabetos nacionales (eslavo, armenio), dando origen a los primeros textos escritos. En consonancia con la acción civilizadora de los Estados europeos, ha educado a las nacionalidades de África. Sin embargo, no puede adoptar el idioma de un pueblo particular, perjudicando a los demás. A pesar de la disgregación postconciliar, a la Iglesia católica parece escapársele lo mucho que la unidad de la lengua aporta a la unidad de un cuerpo colectivo: no ocurre así con el Islam, que usa en sus ritos el paleoárabe incluso en los países no árabes; ni con los hebreos, que usan para la religión el paleohebraico; tampoco se les escapa a los Estados que han alcanzado después de la guerra su unidad nacional, pues ninguno de ellos ha adoptado como lengua oficial una de las lenguas nacionales, sino el inglés o el francés, lenguas de sus colonizadores y civilizadores.

En segundo lugar la Iglesia es sustancialmente inmutable, y por ello se expresa con una lengua en

cierto modo inmutable, sustraída (relativamente y más que cualquier otra) a las alteraciones de las lenguas usuales: alteraciones tan rápidas que todos los idiomas hablados hoy tienen necesidad de glosarios para poder entender las obras literarias de sus primeros tiempos. La Iglesia tiene necesidad de una lengua que responda a su condición intemporal y esté privada de dimensión diacrónica. Ahora bien, siendo imposible que una lengua de hombres escape al devenir, la Iglesia se acomoda a un lenguaje que elide cuanto es posible la evolución de la palabra. Hablo en términos prudentes porque, coincidiendo la divinidad con la vida de un idioma, sé bien que también el latín de la Iglesia va cambiando con el correr del tiempo. Incluso prescindiendo de la presente decadencia de la latinidad, tanto profana como eclesial, basta confrontar las encíclicas del siglo XIX con las de los últimos pontificados para advertir la diferencia.

### **279. Inmutabilidad relativa. Carácter selecto del idioma latino.**

En tercer lugar la lengua de la Iglesia debe ser selecta y no vulgar, porque las cosas que intenta expresar son las cumbres del espíritu, más bien un ensayo de realidades sobrehumanas. No es que la Iglesia desprecie el profanum vulgus: al contrario, todo aquello que toca lo santifica, y el vulgo, los pobres y los simples son objeto precioso de su cuidado. Ella trata con perfecta paridad en sus sacramentos a príncipes y a plebe, y catequizó a los pueblos en sus dialectos: Santo Tomás en Nápoles predicó en el vernáculo napolitano, Gerson en el de la Alvernia y los párrocos de Lombardía hasta final del siglo XIX en el del país. Incluso fundó órdenes religiosas expresamente comprometidas en la instrucción de las capas populares, asemejándose a ellas incluso en la humildad del nombre (los Ignorantes). No es por desprecio del pueblo o altanería sobre los pueblos como pudo la religión tener el latín como lengua propia y connatural. La razón de la latinidad de la Iglesia es ciertamente aquella, que ya tocamos en § 32, de la continuidad histórica, por la cual la religión acompaña el curso de las civilizaciones. Pero la razón importante es la necesidad para la Iglesia de custodiar el dogma con una lengua que se mantenga fuera de las pasiones. Las pasiones, en una explicación completa (que abarca desde el orgullo hasta la facilidad para sacar conclusiones), son principio de fluctuación de las mentes, de alteraciones de la verdad y de divisiones entre los hombres. Y es ciertamente fútil el escándalo que se monta a veces sobre las sutiles diferencias entre una definición y otra, como si fuesen chanzas y menudencias de charlatanes. El lenguaje es la idea misma, y variar el lenguaje, como se desprende del desarrollo homogéneo o heterogéneo del dogma, significa idénticamente variar la doctrina. Lo hemos visto respecto al término transustanciación en §275.

En conclusión, los caracteres del latín de la Iglesia se fundan en una suprahistoricidad que instaaura, más que impide, la comunicación entre los hombres, del mismo modo que el elemento de la vida sobrenatural instaaura, más que impide, la comunión de todos aquellos que participan de la naturaleza humana. Lorenzo el Magnífico, discurriendo de las diversas excelencias de las lenguas, atribuye la universalidad del latín a la "prosperidad de la fortuna". No hace falta creer con los medievales que, al igual que el Imperio, así la lengua de Roma haya estado establecida "por lugar santo / donde mora el que a Pedro ha sucedido" (Inf. II, 23-24). Se puede rechazar tal sentencia y no desconocer sin embargo la eminencia y el idiotropion de la latinidad de la Iglesia.

No conviene concluir este discurso sin recordar que el latín constituía hasta hace poco tiempo la más vasta \_oin\_ [lengua común] del mundo de la cultura. Si espíritus de renuncia y de flaqueza no hubiesen frustrado la restauración ordenada por Juan XXIII (ver § 32), esta \_oin\_ podría conservarse dentro de la Iglesia Católica en la enseñanza, en los ritos y en el gobierno. Mayor fuerza moral que la Iglesia mostraron esos gobiernos civiles de nuestra época que consiguieron imponer o persuadir a poblaciones enteras una lengua desconocida o extraña para ellos: así ocurrió en Israel, que hizo nuevo el antiguo idioma, en la República Popular China y en muchos Estados africanos.

### **280. La neovulgata litúrgica.**

La adopción de las lenguas vernáculas introducía ciertamente la pluralidad en el culto católico, anulando la una voz de la doxología humana y angélica. Pero la pluralidad habría debido encontrar un límite en el texto típico de la Misa, todavía latino, que fue promulgado el 3 de abril de 1969. Sobre tal texto debían modelarse las traducciones concretas, necesitadas además de la aprobación de la Sede Romana. Y debían modelarse ad amussim, porque esta exactísima conformidad es necesaria a toda traducción, al consistir toda traducción (como lo dice la palabra) en transportar la misma idea de un idioma a otro. Ahora bien, en la neovulgata bíblica y litúrgica ha funcionado poderosamente el

espíritu de innovación propio del período postconciliar: síntoma de la general tendencia a la subjetivización y a la liberación de todo dato inmutable, sea de la tradición histórica de la Iglesia, sea del depósito de la fe.

Esta independencia resalta claramente en los muchos puntos en los que la traducción italiana diverge del original latino. El texto que se exhibe como una versión es por muchos conceptos un texto nuevo, que opera una verdadera y propia reforma en el interior de la primera reforma. Extraeremos los ejemplos solamente del Rito de la Misa (latino-italiano) editado por la Conferencia episcopal italiana en 1969.

Las variaciones se extienden a toda la órbita de la filología, desde el orden léxico al sintáctico, pero todas ellas arguyen una variación profunda de la mentalidad. A veces la variación parece proceder de una directriz general. Las proposiciones finales, por ejemplo, son tendencialmente eliminadas o sustituidas con proposiciones de hecho. Ciertamente esto se debe a la tendencia de los lenguajes modernos a evitar la organización de los pensamientos en estructuras fuertemente sintéticas y a disolverse en una secuencia paratáctica. Pero también a la repugnancia hacia lo ontológico y lo metafísico ínsito en la ley de causalidad: se sustituye el nexo real entre una cosa y otra por una simple sucesión entre ellas.

En la oración que se recita inmediatamente después del Pater noster se lee: "Da propitius pacem... ut a peccato simus semper liberi", etc. Estas palabras significan: "Danos la paz (...) para que seamos libres", etc. Sin embargo, en la versión italiana: "Concedéndonos la paz (...) y seremos siempre libres", etc. Igualmente, en el primer prefacio de Adviento el latín dice: "Nobis salutis perpetuae tramitem reseravit, ut capiamus quod nunc audemus expectare promissum", es decir: "El nos abrió el camino (...) para que podamos obtener". En italiano, sin embargo: "El nos abrió la vía (...) y podremos obtener". Los dos hechos (liberar y estar libre de pecado), y los otros dos (abrir la vía y obtener los bienes prometidos) pierden toda conexión finalística y resultan en pura sucesión. Son un fenómeno después de otro, no ya un fin al que mira la voluntad y que puede o no llegar al acto. Es como tomar por proposiciones equivalentes: "Tito bebe la medicina para curarse" y "Tito bebe la medicina y se curará". Ya no son efectos ni fines, es decir, responsabilidades, sino hechos. Quien medite en tal abolición de las finales encontrará un profundo paralelo con la mentalidad desustanciadora y antimetafísica de la filosofía moderna.

### **281. La neovulgata litúrgica. Variaciones léxicas. Aires pelagianos.**

En el orden léxico las variaciones no son menos significativas y arguyen tendencias innovadoras y flexiones dogmáticas.

Deus Sabaoth se tradujo por "Dios del Universo", cambiando el sentido del hebraico Sabaoth y del latín exercituum, que significan las potencias (y no sólo guerreras) de un Dios del cual se reconoce el poder. Pero los traductores han pretendido obviar toda sombra de militarismo, aunque todo el Viejo Testamento sea una historia de guerras y la vida misma sea descrita, desde Job a San Pablo, como milicia y combate. Igualmente, por deferencia al aura antimilitarista del mundo, "militia coelestis exercitus" se convierte en "multitud de los Coros celestiales". La imagen musical sustituye a la milicia. Sin cambiar el latín fueron modificadas en la neovulgata las fórmulas mismas de la Consagración, apartándose no solo de las palabras que se habían conservado intactas durante siglos, sino incluso del tenor de la Sagrada Escritura, por no hablar de la delicadeza venerable con la que los teólogos disputaron en tiempos sobre la ilicitud de variar su más mínima partícula. Por tanto, donde el Canon antiguo decía "qui pro vobis et pro multis effundetur", se introdujo "derramada por vosotros y por todos los hombres". La diferencia es evidente. Teológicamente la variación no toca a la fe, porque el sacrificio redentor merece a todos los hombres la salvación eterna: aunque sólo los que corresponden con una aceptación de la voluntad reciben de hecho la salvación. Pero es claro que teniendo las dos fórmulas el mismo significado, no se habría encontrado motivo para tan imprevista y vistosa novedad si no se hubiese querido evitar incluso la sombra del dogma católico de la predestinación, e insinuar por el contrario la universalidad de hecho de la salvación. Hay por consiguiente una coloración pelagiana en esta huida de toda idea de discriminación.

Tal aire pelagiano caracteriza también la variación introducida en el prefacio de las ferias de Cuaresma, donde, mientras el latín dice: "virtutem largiris et praemia", "danos la virtud y el premio", la neovulgata traduce "infunde la fuerza y danos el premio". Prescindiendo de las reservas gramaticales que se podrían hacer sobre el desdoblamiento de "largiris" en dos predicados ("infunde y da"), aquí resulta escondida y oscurecida la verdad fundamental de la ética cristiana de que todo

bien (y sobre todo el bien moral, es decir, la buena voluntad o virtud) es un don del Cielo. En esta variación se agita una fuente pelagiana, ya que Pelagio no podía concebir la virtud si no estaba causada exclusivamente por el libre albedrío, creía que la acción divina era una simple propuesta (de otro modo la juzgaba incompatible con la elección moral del hombre), y rechazaba enérgicamente que el mérito procediese de la gracia más que de la inmanente libertad humana. Por ello el nuevo Misal expulsa de los oráculos todos los lugares donde se suplica de Dios la virtud, no comprendiendo que cuando la oración litúrgica dice concede o da implica la persuasión de que la virtud es don, y también lo es el premio que corona la virtud. Son cosas bien distintas infundir la fuerza y otorgar la virtud. Y no entro a observar cómo para llevar al texto latino a ese significado, el traductor ha debido pegar el vocablo a su acepción pagana, abandonando la que resulta obvia en el léxico sagrado. La ética pagana, máxime en sus dos cumbres (epicureísmo y estoicismo), sostiene que los bienes corporales deben implorarse a la divinidad, pero la virtud sólo el hombre se la puede dar a sí mismo. Es célebre el pasaje de Cicerón en *De natura deorum*, III, XXXVI, 86-87: "omnes mortales sic habent, externas commoditates, vineta, segetes, oliveta ... a dis se habere, virtutem autem nemo umquam a deo acceptam deo rettulit". Se hace eco el hombre moderno en el desafío de Orestes a Júpiter: "Eres el rey de las piedras y de las estrellas, pero no eres el rey de los hombres" (Sartre, *Las moscas*, acto III, escena II). Si no se salva el dominio divino sobre la humana voluntad, se recorta la Providencia, se mutila la infinidad divina, y se altera la religión.

### **282. La neovulgata litúrgica. Anfibologías dogmáticas.**

A la tendencial negación de la diferencia ontológica entre el sacerdocio del sacerdote y el sacerdocio de los laicos se refieren muchos pasajes del nuevo Misal, que reflejan la orientación igualitaria examinada en §§ 80-82.

Cuando en la Plegaria eucarística I "nos servi tui" y "famuli tui" se convierten en "nosotros tus ministros", resulta innegable la ambigüedad entre sacerdocio sacramental y sacerdocio común. "Nos has llamado a prestar el servicio sacerdotal" son palabras que en esa circunstancia convienen al sacerdote ordenado, pero no convienen a los laicos. No menos importante es la variación por la cual "Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum" se convierte en : "no soy digno de participar en tu mesa". Entrar Cristo en mi diámora, es decir, en lo más íntimo de mí, es una cosa totalmente diferente que ser su comensal: se niega implícitamente que por la Eucaristía Dios entre en el hombre, anunciándose una simple comensalidad y familiaridad.

Por estar limitado nuestro discurso al Misal italiano, omitimos las variaciones de los otros; sobre todo de los africanos, donde las versiones son centenares y no se ve cómo pueden ser recibidas y aprobadas por la Curia romana, que ignora tantos idiomas heterogéneos y por tanto está obligada a aceptar como revisores a los mismos traductores. Mencionaré solo el Missel romain del Episcopado de Francia, que traducía el "consubstantialem" del Credo por "de la misma naturaleza". Es un manifiesto error teológico: el Padre y el Hijo son la idéntica sustancia, no dos sustancias con la misma naturaleza. Cayo y Tito tienen una idéntica naturaleza (humana), pero no son una sustancia idéntica. No menos lejana del dogma es en el mismo Missel la traducción de Filip. 2, 6: "qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo [el cual, siendo su naturaleza la de Dios, no miró como botín el ser igual a Dios]". En el leccionario de 1960 se traducía exactamente, según la Biblia de Jerusalén: "El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios". Pero las ediciones sucesivas tradujeron que "Jesucristo es la imagen de Dios, pero no ha querido conquistar por fuerza la igualdad con Dios". El error es manifiesto. Cristo es Dios y por tanto no puede conquistar la igualdad con Dios. Son rasgos de arrianismo.

### **283. Derrota absoluta del latín.**

Es el hecho evidente más innegable de la Iglesia postconciliar y el signo de que ha entrado sin rémoras en el movimiento histórico. Los órganos eclesiásticos de gobierno son ahora plurilingües; la enseñanza teológica se hace en lengua vulgar; el Papa en las ceremonias salutorias se extiende en decenas y decenas de expresiones extranjeras. Incluso en el Consistorio el cardenal que habla por los nuevos elegidos se expresa en francés y Juan Pablo II le responde en siete idiomas (OR, 3 de febrero de 1983). Y en septiembre de 1983 se dirigió a la Congregación general de los jesuitas en cinco lenguas modernas, mientras que Pablo VI en circunstancia análoga se había dirigido a ellos aún en latín. Y no es lo menos atípico de ese discurso plurilingüe de Juan Pablo II el orden en que fueron



utilizadas esas lenguas, habiéndose concedido el primer lugar al italiano, la menos utilizada de todas. En los centros turísticos de Italia es hoy más fácil asistir a una Misa en alemán o en inglés que en latín. Cuando el Papa en mayo de 1982 visitó durante seis días Gran Bretaña, todas sus Misas fueron celebradas en el idioma del país. En el mismo Sínodo de los obispos los Padres se reúnen para sus trabajos en circuli menores: francés, alemán, inglés, español, etc., uno de los cuales es el círculo latino. De este modo la asamblea se diferencia lingüísticamente, mientras en tiempos los trabajos se desarrollaban en el único y unificante idioma latino. El latín y su congénere el canto gregoriano no solamente están abandonados (no obstante los reclamos contradictorios y débiles de Pablo VI), sino que son despreciados y ridiculizados como cosa que no puede ya tener lugar más que en una sociedad de muertos. El estilo bustrofédico de Pablo VI aparece también en la fundación de la obra *Latinitas*, a la que destinó por sede el palacio de la Cancillería y que tiene por finalidad la restauración del latín como lengua usual y científica. Sería deseable que tal fundación no haya corrido la suerte del Instituto superior de latinidad fundado por Juan XXIII en ejecución de la *Veterum sapientia*. Este aspecto de rebajamiento religioso y del culto es sin embargo pasado por alto por el Consilium para la ejecución de la reforma litúrgica en la Instrucción de septiembre de 1964. Con el habitual estilo bustrofédico se prescribe que la recitación del Oficio divino en el coro se haga siempre en latín, pero inmediatamente después se abre la vía a las dispensas; y la razón de las dispensas es que "el uso de la lengua latina constituye para algunos un grave impedimento para la recitación del oficio divino". Por tanto, según ese documento el latín no solamente es superfluo y anticuado, sino que directamente impide la oración. Sin embargo el Concilio, tratando de los estudios eclesiásticos, ordenaba aprender el latín necesario (decía) para comprender los documentos de la Iglesia (*Optatam Totius* 13).

La inmensa calamidad provocada por la Iglesia con el rechazo del latín y del gregoriano fue percibida y luctuosamente deplorada en un memorable discurso de Pablo VI (*OR*, 27 de noviembre de 1969). Sin embargo, la gravedad de la desgracia no pudo prevalecer sobre las esperadas ventajas de la deslatinización, ni desligarla de la reforma, ni detenerla en su precipitada realización, ni siquiera moderar mediante la antigua sabiduría romana sus efectos más funestos y malhadados. El Pontífice, por tanto, tratando del paso a la lengua hablada (como dice impropiaemente, ya que el latín era lengua hablada, y en modo eminente, en la liturgia), reconoce ser la renuncia al latín "un gran sacrificio" y lamenta agudamente la ruptura de la tradición. El nuevo rito rechaza lo antigüedad transmitida durante siglos para aferrarse fragmentariamente a lo antiguo que no fue transmitido, y así separa a unas generaciones de cristianos de otras. Tampoco se le escapa al Papa la inestimable riqueza de la latinidad litúrgica. "Perdemos, de este modo, el lenguaje de los siglos cristianos, nos convertimos casi en unos intrusos y profanos en el recinto literario del lenguaje sagrado, perderemos incluso gran parte del estupendo e incomparable tesoro artístico y espiritual que es el canto gregoriano. Tenemos, pues, motivos para lamentarnos y hasta turbarnos. ¿Con qué sustituiremos esta lengua angelical? Se trata de un sacrificio de inestimable valor". El Papa dice que el latín "debería traer a nuestros labios la oración de nuestros antecesores y de nuestros santos, y ofrecernos la seguridad de que permaneceremos fieles a nuestro pasado espiritual que continuamente actualizamos para transmitirlo después a las generaciones futuras". Pero si lo hacían actual (se puede observar) cae la necesidad de la reforma, que se dice introducida para actualizar la liturgia. "En esta coyuntura conocemos mejor el valor de la tradición": estas palabras del Papa pueden querer decir solamente que comprendamos mejor, en el momento de abandonarla, que el valor de la tradición es menor de lo que pensábamos.

Finalmente el Pontífice justifica el abandono de todos estos inestimables valores. Este precio merece ser pagado porque "vale mucho más entender el contenido de la plegaria que conservar los viejos y regios ropajes con los que se había revestido; vale mucho más la participación del pueblo, de este pueblo moderno ávido de la palabra clara, inteligible, traducible a la conversación profana". Y cita I Cor. 14, 19: "pero en la Iglesia quiero más bien hablar cinco palabras con mi inteligencia, para instruir también a otros, que diez mil palabras en lenguas".

#### **284. Crítica de los principios de la reforma litúrgica. La expresividad humana.**

Antes de examinar los principios de la reforma conviene refutar el sofisma con el que se cree probar que la poliglotía garantiza igualmente la unidad litúrgica. Se afirma que la unidad está garantizada desde el momento en que en las diversas traducciones se encuentra el mismo sentido. Ciertamente se lo encuentra si éstas son legítimas, y ya se ha visto cuántas no lo son. Pero también en la



pluralidad de traducciones legítimas las traducciones difieren una de otra por su expresión, construcción y sintaxis, y a causa de dicha pluralidad la poliglotía litúrgica resulta, en cuanto a la unidad, inferior al latín.

La oración litúrgica se distingue de la oración mental precisamente por el hecho de ser exterior, sensible, comunitaria. Es una contradicción decir que la diversidad de lenguas expresa la unidad, porque esa unidad que se pretende expresada por la poliglotía no es visible ni audible, y por tanto pertenece a un orden distinto al litúrgico. Además, si la diversidad de lengua vale como expresión de unidad, ¿por qué detenerse y no llegar a la diversidad de gestos? Pero esto sería la destrucción de la liturgia, que va más allá de la pura interioridad y procede de lo interno a lo externo; y así procede tanto más perfectamente cuanto más respuesta encuentra el unum del interior en el unum del exterior.

Como se ha visto en el discurso de Pablo VI, la razón mayor y decisiva de la reforma es que la inteligencia de la oración vale más que los vestidos viejos y adornos de los que está revestida. Ahora bien, considerar que la intelección de las fórmulas litúrgicas valga más que éstas es como pretender que la intelección de una idea valga más que la idea: justo al contrario, el valor de la comprensión deriva de la idea comprendida.

Tampoco parece que esta preeminencia del entendimiento se pueda deducir del anteriormente citado pasaje de San Pablo. El apóstol se refiere a la palabra didáctica ("ut et alios instruam"), que debe necesariamente resultar inteligible a quien la escucha. Pero la Iglesia ha pronunciado siempre esta palabra didáctica durante la Misa en las diversas lenguas vulgares: sea releendo al pueblo el texto sagrado en lengua vernácula, sea reproponiéndolo y explicándolo en la homilía. Pero si se mantiene la distinción entre Liturgia de la Palabra y Liturgia del Sacrificio, jamás puede ocurrir que la percepción intelectual de las formas de oración (posible también para un no creyente) valga más que la elevación de la mente y del animus con que se realiza la oración. El Concilio ha puesto como fundamento la participación de los fieles "consciente, activa y fructuosa" (Sacrosanctum Concilium 11), y por participación entiende "que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones" (Sacrosanctum Concilium 48).

En los motivos de la reforma se encuentran respecto a la tradición algunas variaciones importantes conectadas tendencialmente con variaciones dogmáticas.

La primera variación proviene del supuesto de que la liturgia debe expresar los sentimientos de los hombres contemporáneos (Sacrosanctum Concilium 37-38), cuando por el contrario expresa el sentido intemporal de la Iglesia. Este sentido intemporal, precisamente por serlo, incluye también el sentimiento de los contemporáneos, pero no está circunscrito a él: no es un sentimiento histórico, sino suprahistórico, que abraza el discurrir de todas las generaciones cristianas. La liturgia, según la definición clásica retomada además por el Concilio (Sacrosanctum Concilium 7), es la acción sacerdotal de Cristo y de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia: de donde resulta el culto público a Dios Padre. La operación sacerdotal de Cristo en la asamblea sólo tiene lugar mediante la acción del sacerdote ordenado, y el sacerdocio bautismal es radicalmente incapaz de consagrar el cuerpo del Señor, centro de la liturgia. Este punto de fe fue claramente fijado en el documento *Sacerdotium ministeriale*, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, en septiembre de 1983. Sin sacerdote no tiene lugar ni Eucaristía ni oración pública de la Iglesia; por el contrario, el sacerdote que celebra la Misa incluso *sine populo* cumple un acto "público y social" (Sacrosanctum Concilium 27). Más que ser acción del sacerdote *in persona Christi*, la Misa se convierte ahora tendencialmente en una acción de la comunidad: no sólo ofrece con el sacerdote el sacrificio ofrecido eficientemente por él, sino que co-ofrece con él y concelebra (Sacrosanctum Concilium 48).

Aquí es patente el influjo que el nuevo rito ha sufrido por parte de las corrientes teológicas que quitan el nervio a la peculiaridad ontológica del sacerdote ordenado, intentan ampliar las competencias del pueblo de Dios respecto a la función sagrada del sacerdote, elevan la sinaxis por encima del acto consacratorio, y persiguen la subjetivización (y por tanto la variabilidad) de todo el culto. La esencia del culto divino ya no es la esencia inmutable del sacramento (con la consiguiente inmutabilidad del culto), sino la ductilidad de los sentimientos humanos, que apremian para expresarse e imprimen a la liturgia las diversas mentalidades y costumbres de las gentes. Por lo tanto, la Iglesia no aspira ya a una rígida uniformidad de los ritos, ni a su fijación en rúbricas, sino que más bien "estudia con simpatía (...) lo que en las costumbres de los pueblos encuentra que no esté indisolublemente vinculado a supersticiones y errores, y aun a veces lo acepta en la misma

liturgia" (Sacrosanctum Concilium 37).

### **285. El principio de creatividad.**

La nueva liturgia es por consiguiente más psicológica que ontológica, y más subjetiva que objetiva; no expresa el misterio trascendente, sino los sentimientos con los cuales lo perciben los fieles; es antropológica y no teológica. Lo propio del culto es estimular el sentido de lo divino, más que llevar al hombre lo divino, por lo que la asamblea vale más que la Eucaristía y el pueblo de Dios prevalece sobre el sacerdote.

Esta variación produce otra, convertida en teoría con la doctrina de la creatividad litúrgica: el pueblo de Dios vuelca su propia cultura y su propio genio en los ritos, y el sacerdote se expresa a sí mismo en la celebración. La objetividad de la liturgia (encubrimiento del Objeto absoluto) debe ceder ante el valor del sujeto humano que quiere expresarse. Sacrosanctum Concilium 21 distingue la parte mutable de la liturgia de su parte inmutable, sin definir sin embargo cuál sea ésta. Realmente no se ve dónde puede colocarse la inmutabilidad si hasta se cambian las palabras de la Consagración. Evidentemente, siempre se cambió de facto la parte mutable de los ritos en el curso de los siglos cristianos; pero prudente, moderada, y sabiamente. La reforma habría encontrado sin duda muchas partes anticuadas y disonantes de los tiempos que merecían cambiarse. Me refiero por ejemplo al calendario de las Cuatro Témperas, inaplicable ahora para una Iglesia dilatada a países que conocen sólo dos estaciones; o las oraciones "pro Christianissimo Imperatore" en el oficio de Viernes Santo. Se debía sin duda suprimir (y fue suprimido) el juramento que en el rito de la consagración episcopal debía prestar el nuevo obispo, de no matar ni conspirar para matar al Papa. Sin embargo, una cosa es cambiar los ritos para acomodarlos a condiciones objetivas manifiestamente diferentes, y otra establecer como principio que los ritos se deban acomodar a la psicología, las costumbres, o el genio de las naciones e incluso de los individuos.

El principio de la creatividad es consecuencia del falso supuesto de que la liturgia debe expresar los sentimientos de los fieles y ser producida por ellos; por el contrario, lo que ella expresa es la realidad del misterio, y es una acción de Cristo. Hay aquí una implícita disolución de la liturgia en la poesía. La creatividad (que no es ni siquiera un principio en estética, pues en el fondo de las invenciones del arte hay algo de increado, o más bien de increable) es admitida y promovida por la nueva liturgia. Ante todo, ya casi no hay normas imperativas, y en muchísimos puntos se le propone al celebrante una diversidad de palabras o de actos entre los que escoger ad libitum. Ya no son posibles infracciones, porque la creación excluye condiciones y límites. Esta posibilidad de elegir hace que cada celebrante retoque, añada y omita, creando las formas más adaptadas a su propia personalidad: como si se tratase de expresarse a sí mismo más que de adorar, o de dar forma al misterio más que de conformarse a él. De aquí la enorme multiplicidad de celebraciones de una Misa que debería, sin embargo, reconocerse única bajo todos los cielos del orbe católico. En el momento de la reforma en 1969 fue publicada la edición típica del Misal romano a la cual se debían conformar las traducciones en lengua moderna, que debían además ser aprobadas por la Santa Sede. Pero el principio de la expresividad ha quitado todo valor a la edición típica. En OR, 20 de octubre de 1982, en un artículo conmemorativo del vigésimo aniversario del Concilio, un liturgista benedictino deplora que "a menudo nos hemos contentado con una simple traducción de los textos romanos", cuando "es necesaria la elaboración progresiva de un lenguaje litúrgico y de una eucología compuesta directamente en la lengua nacional". Esta variedad disonante responde a la variedad de los espíritus nacionales y de las culturas que se quieren expresar, pero es también efecto del carácter opcional de las rúbricas mismas, de la inventiva personal de cada celebrante o finalmente de la transferencia de la autoridad en el campo litúrgico desde la Sede Apostólica a las Conferencias Episcopales y a los obispos individuales.

Este paso de la liturgia como forma estable de drama sagrado a la liturgia como drama poético nacido del arte inventivo de los individuos es una de las innovaciones más visibles de la reforma, y una de las más lamentadas. Se benefició de la desistencia de la autoridad mencionada en §§ 65 y 71. El principio de creatividad elide totalmente el valor de las rúbricas, siguiendo el espíritu de independencia (respecto al misterio, que in aeternum stat) y el rechazo de las esencias, y transformando lo sagrado y trascendente en lo poético e inmanente al hombre.

El principio de la creatividad, destinado a una liturgia "más viva y participativa", produce dos efectos. Primero, transforma la acción sagrada en drama teatral. Segundo, transforma en privada la acción del celebrante (la cual tiene siempre sin embargo un carácter público y social, incluso cuando se hace

en solitario); de este modo impide el consenso y la armonía de quienes participan en el culto, que deberían hacerse uno sensu ideoque una voce.

### **286. Paso de lo sagrado a lo teatral.**

Por espíritu de denigración se dijo que la Misa antigua era un espectáculo de sacerdotes ante los ojos de un pueblo mudo e inerte. Pero la acusación es temeraria e infundada. La nueva liturgia se ha convertido sin embargo en espectáculo escénico no sólo de facto, sino incluso doctrinalmente.

El OR del 15 de marzo de 1974, en una página especial bajo el título Por un nuevo estilo de celebración, confiesa la teatralidad sustancial a la cual debe convertirse la liturgia. "Celebrar la Misa se ha convertido ahora en un arte que supone desniveles de acentos y tonos, de puntuación, pausas, reposos y reanudaciones, crecimientos y disminuciones como en una sinfonía". Pero todas estas modulaciones existían ya en el rito antiguo, que preveía partes para cantar, para hablar, para decir elata voce, submissa voce o secrete, y tonos comunes, solemnes y solemnísimos. La diferencia no consiste en la falta en el antiguo de esos "desniveles", sino en que aquéllos estaban fijados, prescritos, regulados según el carácter sacro y objetivo del rito, mientras ahora son abandonados a la inventiva "dionisiaca" del celebrante principal y de la masa concelebrante. "Del celebrante hácelo-todo del Misal anterior se debe pasar a la figura del celebrante-director que sabe hacer viva la acción litúrgica". Además ser injuriosas, hay en estas palabras una singular falta de lógica. El celebrante del rito antiguo no lo hace él todo (como pretende el artículo), sino que es ayudado por el monaguillo, y sobre todo no puede decir ni hacer ni más ni menos de lo prescrito imperativamente en las rúbricas: sin embargo aquí es llamado celebrante "hácelo-todo". Al contrario, el rito nuevo, en el cual el celebrante hace verdaderamente todo lo que su inventiva excogita o improvisa sin regla ni límite ni discreción de medios (concurriendo también el pueblo irregularmente con su propia inventiva), es indicado aquí como el ideal del nuevo estilo litúrgico. A causa de la inventividad, resulta difícil la coincidencia exacta de dos celebraciones; y especialmente en ocasiones solemnes, es toda la comunidad quien prepara los gestos, la música y las lecturas litúrgicas, en vez de extraerlas de los libros oficiales. Se recomienda al sacerdote "aprovechar todos los resortes instrumentales para hacerse aceptar como líderes capaces de crear contactos". La objetividad del misterio y la eficacia inherente a él son totalmente pasadas por alto, para reducir la liturgia a la impresión psicológica (más bien mecánicamente psicológica) de un mimo o de una commedia dell'arte.

Según el OR del 7 de octubre de 1978, "los intentos de reforma están todavía en los primeros pasos. Un simple contacto con ciertas liturgias vivas celebradas en alguna iglesia africana o hispanoamericana podría sacudirnos de nuestro entumecimiento senil". Además, el arzobispo Magrassi, presidente de la comisión de la Conferencia Episcopal Italiana que prepara la revisión del misal, en una entrevista al periódico "Il regno", 15 de septiembre de 1981, deplora el estancamiento de la liturgia, reacia a adoptar el principio de la creatividad, y escribe que "si la liturgia es expresión de un pueblo que manifiesta su sentido religioso, entonces se abre ante nosotros una liturgia que tiene vastísimos espacios de creatividad".

La Misa se convierte por consiguiente en un espectáculo "del que se hace cargo", como dicen los obispos franceses, todo el pueblo de Dios. Se acomoda a los tiempos y a las personas, expresa las emociones humanas, adopta la lectura de diarios y novelas, y lleva al culto todas las costumbres del mundo (lo vivido, lo cotidiano), desarrollándose todo bajo una dirección. La acomodación adulatoria a las personas (idear un rito nuevo ad personam es ya adulación) se ve, por ejemplo, en la Misa celebrada en Poigny-Forêts para Giscard d'Estaing y Aldo Moro durante la cumbre de Ramboulet en abril de 1971. Habiendo juzgado el párroco que el Evangelio y la Epístola de aquel domingo no convenían a aquellos personajes y habrían podido contrariarles, eligió otras lecturas. Fue también un signo de reverencia ante los poderosos del mundo.

La novedad que se estaba instaurando quedó mucho más claramente significada en la Misa de la televisión francesa del 20 de febrero de 1972, ya sea por haber sido celebrada bajo la responsabilidad de la Conferencia Episcopal, ya por haber sido seguida por varios millones de fieles. No había altar, sino cinco mesas; los celebrantes no tenían ninguna de las vestimentas prescritas por la Institutio generalis en el n. 297 y ss.; eran distintas del texto tópico las oraciones de apertura, sustituidas por otras inventadas; antes de la invocación (Kyrie) varios asistentes tomaron la palabra para dar a conocer a la asamblea sus pensamientos personales; no se recitó el Credo; las palabras del ofertorio eran inventadas; el Canon (que fue el II) fue embutido entre cantos y textos inventados; antes del Pater, uno de los asistentes pronunció una admonición sobre la situación en Irlanda; a la

Comunión, un hombre y una mujer fueron a la mesa de los sacerdotes, cogieron un plato con las formas y comulgaron por sí mismos, y después pasaron el plato a los otros fieles, que lo hicieron igualmente, luego bajo las especies del vino, y pasaron la copa a los otros.

Estas Misas de creatividad son ahora habituales en el orbe católico, diversificando la liturgia no por naciones, sino por diócesis, por parroquias e incluso por iglesias de la misma parroquia. Se hace la elevación con la patena (anulando la ostensión); se elevan simultáneamente la Hostia y el Cáliz; se muestran con los brazos abiertos; se enseña la Hostia ya partida; se interpolan los textos a voluntad; se inventan nuevas preces eucarísticas; se introducen lecturas de periódicos y de autores profanos en lugar de la Escritura (según la propuesta del Sínodo suizo de 1972); se omiten partes enteras del rito, sobre todo el Credo; se adopta cualquier indumentaria; se excluye toda luz; se consagra con pan de mesa (y por tanto inválidamente) en vez de ácimo y con un vino o licor cualquiera; se usan platos y vasos en vez de patena y cáliz; el sacerdote consagra en el altar el pan eucarístico, sostenido en sus propias manos por cada uno de los participantes. Y no hablemos de las danzas, los mimos, las músicas percusivas, y en suma de toda la emancipación de las normas, raras veces reprobada o reprimida por los obispos. De la irreverencia al Santísimo hemos hablado ya en el § 270.

287. Paso de lo público a lo privado.

Descendiendo de lo sacro a lo poético, la liturgia cae también de lo comunitario a lo privado; y resulta curioso que la reforma, nacida para resaltar mejor los valores comunitarios, conceda luego tanto al principio del individualismo creativo antitético a ellos. Lo sagrado conduce por sí mismo a lo universal y a la subordinación del individuo a Dios y a la comunidad de comunión con Dios; al contrario, la creatividad agudiza el sentimiento individual y da carácter privado a la acción litúrgica. Cuando el celebrante crea una palabra o un gesto nuevo que no está en los libros litúrgicos, se separa de la Iglesia (si es que no se le opone); y si reza, su oración tiene carácter privado, como privado es el mérito de la oración. No se puede decir que actúe in persona Christi en el sentido estricto entendido por la liturgia, sino si acaso solamente en sentido lato: en cuanto, supuesto que esté en gracia, su oración reviste un valor sobrenatural cristiforme. Y si la liturgia desciende a lo privado, no resulta impedido un consenso cualquiera, sino el consenso litúrgico, posible solamente si la celebración es celebración de Cristo mismo y de su Iglesia, y no simplemente de un individuo. Max Picard, el escritor que glosó tan altamente los valores-en-sí y la objetividad, me exaltaba en una conversación en 1942 la objetividad absoluta de lo sagrado; hacía notar justamente cómo el sacerdote celebrante debe perderse en la objetividad del rito, haciendo inadvertible su individualidad. Añadía pintorescamente que la Misa se celebraría incluso por sí misma: las campanas sonarían por sí mismas, y la Hostia se elevaría espontáneamente. La objetividad de lo sagrado es diametralmente opuesta a la liturgia "viva" que persigue la reforma (considerando vida la vivacidad, el movimiento y la variación). Vivir es al contrario durar en la identidad, suceder, conservarse en la sucesión, como hemos mostrado tratando del movilismo en §§ 157-162.

### **288. Biblia y liturgia.**

Bastante relevante es la variación acaecida en la relación entre Biblia y liturgia, siguiendo Sacrosanctum Concilium 35 y 51: "In celebrationibus sacris abundantior, varior et aptior lectio Sacrae Scripturae instauretur", es decir: establézcase en las celebraciones sacras una lectura de la Biblia más amplia, más variada y más adaptada. La variación, por un lado y en línea doctrinal, invierte la orientación hasta entonces mantenida por la Iglesia y sancionada por Pío VI contra el sínodo de Pistoya; y por otro y en línea de praxis pastoral y litúrgica, modifica los criterios mantenidos durante siglos.

La Iglesia fundó sobre la explicación de la Escritura la predicación al pueblo, y así lo ordenó el Concilio de Trento. No solamente los sermones de los Padres antiguos (Agustín explicó a la plebe púnica todo el salterio), sino también la oratoria sagrada moderna desde Segneri a Bartoli, de Bossuet a Massillon y a los grandes predicadores de Notre-Dame, está fundada o bien expresamente en la exposición de un texto bíblico, o bien (si el tema no es una perícopa del Evangelio) en un desarrollo homilético continuo a base de citas bíblicas, que los predicadores, incluso predicando en lengua vulgar, siempre hacían en el latín de la Vulgata traduciéndolo después a lengua vulgar. La disciplina de la Iglesia en esta materia se apoya sobre una cualidad innegable de la Biblia. La Biblia es un libro difícil y contiene y celebra hechos que exigen muchos conocimientos para ser reconocidos en su significado moral, y que llegan a ser escandalosos para el común de los hombres. Tales son los pasajes sobre la meretriz de Oseas, Oolla y Ooliba en Ezequiel, la gesta traicionera de

Judit, el incesto de Tamar, el adulterio de David, o los exterminios de los herem. El genio satírico de Voltaire tuvo su ápice en la *Instruction du gardien des capucins de Raguse à frère Pediculosus partant pour la Terre Sainte*. La burla es muy atroz, la ironía desbordante y fantástica: hiere no tanto a la Sagrada Escritura como al uso imprudente, vulgar y presuntamente educativo, que se quería hacer y al cual la Iglesia se negaba. El célebre agnóstico aporta con su pequeña obra maestra blasfema un sufragio importante a la disciplina restrictiva de la Iglesia sobre la lectura de la Biblia. Que la Biblia sea difícil por razones filológicas, históricas y morales, puede probarse abriendo un libro cualquiera, y lo atestigua la Biblia misma. En Ecl. 1, 8, se anuncia la dificultad general del lenguaje: "Cunctae res difficiles; non potest eas homo explicare sermone [Todas las cosas son afanes, más de cuanto se puede decir]". Pero II Pedr. 3, 16 afirma en particular la dificultad de algunos lugares de San Pablo y en general de toda la Biblia, siempre posibles de falsear: "in quibus sunt quaedam difficilia intellectu, quae indocti et instabiles depravant sicut et caeteras Scripturas [en las cuales hay algunos pasajes difíciles de entender, que los ignorantes y superficiales deforman, como lo hacen, por lo demás, con las otras Escrituras, para su propia ruina]".

Por otra parte, la prueba perentoria de que la Escritura es difícil y no universalmente divulgable la proporciona paradójicamente la misma reforma actual. Ha hecho en los textos bíblicos lo que hicieron los clásicos latinos en las ediciones expurgadas ad usum Delphini, y que jamás se había osado llevar a cabo con el texto sagrado. La reforma ha separado de los Salmos llamados imprecatorios los versículos que parecían incompatibles con la visión irenista del Concilio, mutilando el texto sagrado y sustrayéndolo furtivamente al conocimiento de clérigos y laicos. Ha expulsado además de la Misa versículos enteros de los textos del Evangelio en 22 puntos que tocan al juicio final, la condena del mundo, y el pecado.

A causa de las dificultades lingüísticas e históricas, de la multiplicidad de los significados (objeto del razonamiento teológico), y del principio católico de que la Iglesia posee las Escrituras y, a diferencia de la Sinagoga, también el sentido de las Escrituras, la disciplina de la Iglesia prescribió que la Biblia fuese entregada al pueblo de Dios por mediación del sacerdocio; que se discerniesen las partes que debían divulgarse de aquéllas que podían reservarse; que, en general, el conocimiento del texto sagrado tuviese lugar solamente a través de la liturgia, la catequesis y la homilética; que por texto oficial y auténtico fuese tenida sólo la Vulgata, y sobre ella se basasen las traducciones; y finalmente, que éstas fuesen todas autorizadas y acompañadas de notas interpretativas según el sentir de la Iglesia.

Esta disciplina ha sido variada; en parte por la nueva dirección imprimida por el Concilio a la liturgia, y en parte por la sucesiva infracción de las normas conciliares. El Concilio superó los decretos antijansenistas y las prescripciones de Pío VI. Contra la popularización protestante y jansenista de la Escritura Pío VI establecía que la lectura de la Biblia no es necesaria ni conveniente a todos (DENZINGER, 1507 y 1429). Por el contrario, el Concilio, en *Dei Verbum* 25, recomienda encarecidamente a todos los fieles la frecuente lectura de la Biblia. La Iglesia prescribía que las versiones fuesen autorizadas por la Santa Sede y acompañadas de glosas explicativas según la mente de la Iglesia, para que en medio del oleaje del pensamiento histórico y contra las interpretaciones privadas quedase fijada la inalterable verdad de fe (DENZINGER, 1603). El Concilio, por el contrario, aunque conserva la obligación de las glosas, confía a los obispos la vigilancia sobre las versiones. De aquí procede una multitud de traducciones, a veces conformes con el sentido auténtico y bien fundadas filológicamente, a menudo sin embargo viciadas de incertidumbre, tendencias heterodoxas o imprecisiones lingüísticas. Se verificó un fenómeno análogo al de los primeros tiempos cristianos, cuando según San Agustín circulaban innumerables traducciones: cualquier fiel que creyese conocer un poco de griego y latín se ponía a traducir (*De doctrina christiana* II, 6, 8). Pero aquéllas eran traducciones parciales sugeridas por el fervor personal y a la medida de éste. Aquí sin embargo se trata a menudo de traducciones completas, llevadas a cabo por organismos a veces mixtos de católicos y no católicos, frecuentemente desprovistas de glosas, y no siempre con aprobación eclesiástica.

### **289. Exceso y deformidad en la neovulgata.**

La exigencia formulada por el Concilio dio lugar a una útil revisión general de la Vulgata, iniciada ya por Pío XI con la fundación del monasterio de San Jerónimo de Urbe, dedicado precisamente a tal obra. Pero la diversificada multitud de sucesivas versiones, con o sin aprobación eclesiástica, produjo una confusión y una dispersión antes desconocida.



Han cambiado las denominaciones tradicionales de algunos libros (Qoèlet en vez de Eclesiastés, Siracide en vez de Eclesiástico, etc.); las lecciones bíblicas de la Misa han sido ampliadas hasta exigir para su desenvolvimiento completo tres ciclos anuales; las admoniciones, las instrucciones, los preludios y los comentarios interpuestos a los textos litúrgicos se multiplican desmedidamente contra la expresa norma de Sacrosanctum Concilium 34; y en contra de las prescripciones, se leen in capite los nombres de sus autores; las partes oficiales con las que reza la Iglesia están mezcladas con reflexiones privadas, con opiniones meteóricas, con citas de autores profanos antiguos y modernos y con las efusiones sociales de los compiladores. El Misal antiguo se presentaba con caracteres de belleza y sobriedad y cabía todo en un volumen manejable, o en ediciones de bolsillo manejabilísimas. El Misal moderno, desmesuradamente engordado con lo sagrado y con lo inventivo y heterogéneo como una satura latina, se presenta como una obra semieclesiástica colectiva distribuída en varios volúmenes (entre parte festiva y ferial, un conjunto de 4000 páginas). El propósito de desarrollar para el pueblo de Dios durante el oficio divino la mayor parte posible del tesoro bíblico incurre en un inconveniente grave: ofende a la pedagogía de la memoria. Con el antiguo rito, en el curso de un año el pueblo oía en los días festivos un cierto número de perícopas de los Evangelios (algunos en verdad aporéticos, como la del siervo infiel). Entonces el retorno anual, con la anexa memoria de la homilía, acababa por imprimir en el espíritu de los fieles una profunda huella de la enseñanza del Divino Maestro. La renovación de una misma impresión es el factor principal de la memoria. Con el nuevo leccionario, en el cual las mismas cosas retornan sólo después de tres años, éstas no pueden retenerse, y el conocimiento de la Biblia es casi nulo (no existe conocimiento en el hombre si no hay memoria). El pueblo de Dios, que conocía de memoria salmos, himnos, secuencias y preces litúrgicas, y las asimilaba (a veces estropeándolas) a su propio lenguaje, hoy no conoce casi nada, aparte de las pocas partes fijas de la Misa. El haber violado la regla de la pedagogía y de la psicología de la memoria hace que el conocimiento de las fórmulas litúrgicas y de la Biblia, que se quería ampliar, por el contrario se haya restringido. Pero además del exceso material, hay en los nuevos libros litúrgicos discrepancias de interpretación. Daré un ejemplo.

La segunda lectura de la Misa de Pascua está constituída por un paso de I Cor. 5, 7: *\_'a\_g\_r t\_ p\_sca \_m\_ñ \_t\_'h Crist\_V*, que significa: "porque ya nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolada". Pero los nuevos misales traducen: "Nuestra Pascua es el Cristo inmolado", o bien "Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado"; y en la misma Misa en el canto de comunión: "Cristo, nuestra Pascua, es inmolado". Todas estas versiones dejan escapar el valor predicativo del vocablo *t\_ p\_sca* en esa construcción. No es posible, en un libro como éste, perseguir todas las versiones insostenibles, cuya abundancia, por decirlo con el poeta, se asemeja a las arenas de la playa y las olas del mar.

### **290. Altar y mesa en la reforma litúrgica.**

Las mutaciones acaecidas en la estructura y en el lugar del altar como consecuencia de la reforma litúrgica arguyen las variaciones acaecidas en la mentalidad eclesial, sean conscientes o inconscientes. Como hemos señalado muchas veces, las ideas se mueven según una mecánica interna propia e inevitable.

Una primera idea que anduvo descarriada es la del altar como base compacta, elevada y excelsa sobre la cual inmolarse el sacrificio. El altar simbolizaba el "monte de Yahvé vé (en el monte de Yahvé se verá)", sobre el que Abraham disponía a sacrificar a su hijo en obediencia al Señor, y representaba también la altura del Calvario del hombre-Dios. Al altar estaba conectada la idea de la estabilidad, eternidad y excelsitud del Nume. Del mismo modo, en Homero, al tálamo de Ulises, trabajado dentro de la cepa viva de un olivo, estaba conectada la idea de la perpetuidad de las bodas. El altar estaba in excelsis, era el sitio del sacrificio y llevaba los signos de la inmutabilidad de Dios. Y puesto que era el lugar de la Eucaristía, le correspondía la posición más digna, más eminente y más visible de todo el templo.

Sé bien que la estructura y el sitio del altar variaron a lo largo de los siglos, y que la actual disposición procede sustancialmente de Trento; pero no creo que solamente por probarse la preexistencia en la Iglesia de una opinión o una costumbre sucesivamente caducadas haya motivo para retornar a aquella modalidad ya pasada. Para resucitar una forma antiguamente existente es necesario que ésta, al ser resucitada, realice más completamente que las actuales el sentido de la fe y las creencias de la Iglesia. De hecho muchas formas de vida en la Iglesia histórica representan un grado inferior de ese conocimiento de la fe y de ese *sensus Christi* que se desarrolla progresivamente



en la Iglesia. Volver a ellas implicaría un paso retrógrado. Basta pensar en el culto y los dogmas marianos, en la conciencia misma del dogma trinitario, o en general en la superioridad actual de conocimientos sobre la verdad revelada en relación al pasado de la Iglesia (§ 269). Ahora bien, la perfecta comprensión del dogma eucarístico y la necesidad de venerar, adorar y custodiar con sumo cuidado el Sacramento está ciertamente menos presente en la reforma conciliar.

En primer lugar se ha perdido la idea de la elevación del altar: habiendo prevalecido el significado asambleario de la Misa sobre su carácter sacrificial, la grácil, sencilla y móvil mesa ha eliminado el compacto, monumental, e inmóvil altar. Éste es abatido (si las autoridades civiles no lo defienden por razones artísticas), separado de la mesa, y reducido a frontal; o bien conservado, pero anulado funcionalmente detrás del nuevo.

En segundo lugar, en vez de en un sitio elevado y dominante, el altar es colocado en el fondo del templo y dominado (como en un teatro es dominada la escena) por las gradas del patio destinado al pueblo.

En tercer lugar, el Sacramento (otrora conservado en un tabernáculo sobre el altar) ha perdido el sitio central, el más digno, y es colocado al lado de la mesa o en una capilla secundaria no inmediatamente reconocible; o bien se lo deja en el tabernáculo central antiguo, que viene ahora a encontrarse a espaldas del celebrante.

### **291. El altar cara al pueblo.**

El altar cara al pueblo es la variación más importante ocurrida después del Concilio. La reforma misma lo declaraba "no indispensable", y ordenaba la conservación del altar primitivo cuando razones históricas, artísticas o religiosas lo aconsejasen; finalmente prohibía la constitución de dos altares, uno delante del otro, en un mismo presbiterio.

Sin embargo en casi todas partes donde no lo impidió la autoridad civil, se demolieron los antiguos altares o cuando menos se duplicaron en el mismo presbiterio, plantando la mesa para poder celebrar cara al pueblo.

El altar versus populum estaba admitido por la liturgia incluso antes de la reforma, pero al parecer subordinado a la orientación del edificio, ya que las rúbricas dicen: "Si altare sit ad orientem versus populum". Pero la posición del celebrante debe respetar la preeminencia absoluta del Sacramento, tanto si la asamblea se reúne en torno al sacerdote como fue antiguamente (y es recordado todavía por el término *omnium circumstantium* del canon), como si el pueblo de Dios se agolpa detrás o delante.

El altar cara al pueblo presenta graves inconvenientes. Si está plantado delante del altar antiguo (como a menudo sucede), que contiene el tabernáculo, es un agravio que el celebrante le dé la espalda al Sacramento para volver la cara al pueblo. Se verifica entonces la "abominación" execrada en Ez. 8, 16, cuando los sacerdotes sacrifican dando la espalda al Sancta Sanctorum. El agravio aparece más manifiesto si se tiene en cuenta que en la Ley Antigua se trataba de un Sancta Sanctorum prefigurado, y aquí del Santísimo real. Y más aún si se recuerda que para no volver la espalda al Santísimo los púlpitos se construían en el lateral de la nave; y durante la exposición del Santísimo, mientras se predicaba, el ostensorio era velado, considerándose irreverencia simplemente estar en presencia del Sacramento sin prestarle atención.

Pero prescindiendo de la irreverencia al Sacramento, una celebración versus populum padece otros inconvenientes. Los espacios en los cuales nos movemos son también espacios de emociones y de valores, porque el espacio universal base de todos los entes corpóreos no sólo está diferenciado por sus términos físicos, sino por significados metafísicos que fundamentan su simbolismo (que a su vez constituye la cara inteligible de lo sagrado). Lo de delante, por ejemplo, es esperanza, y lo de detrás, sospecha; la derecha favor, la izquierda desventura; lo alto es lo divino, lo bajo es el mal; lo derecho es la verdad, lo oblicuo es la incertidumbre, etc. Así, en la liturgia, posiciones y disposiciones, tanto de los objetos como de las personas, tienen significados profundos que pueden convenir o no a la realidad de lo sagrado. Que el sacerdote vuelva la cara hacia el pueblo y el pueblo hacia el sacerdote crea una situación totalmente distinta respecto a cuando ambos tenían la misma orientación. La celebración cara al pueblo rompe la unanimidad de la asamblea. En el rito preconiliar de la Misa sacerdote y fieles están todos juntos vueltos hacia Dios, que está delante y por encima de todos. Están en disposición jerárquica y tienen una visión teotrópica. En la nueva Misa "à l'envers" (como decía Claudel), la asamblea y el sacerdote se vuelven hacia el hombre y hacia el rostro del hombre. Se corrompe así la unanimidad de la Iglesia, porque el Dios hacia el que se vuelve el pueblo está, por

así decirlo, al revés de aquél hacia el que se vuelve el sacerdote. La derecha del sacerdote es la izquierda del pueblo. El celebrante está en presencia de un Dios al cual el pueblo vuelve la espalda, y al revés, el pueblo está en presencia de un Dios al cual vuelve la espalda el celebrante. Ciertamente se puede prescindir de esta figuración y centrar los pensamientos en la Hostia del sacrificio; pero la piedad natural humana procede por figuraciones e imagina personas. Se corrompe la unanimidad de la Iglesia, que no consiste en la consideración recíproca de sus miembros, sino en mirar a Dios todos juntos. Se reduce la Iglesia a comunidad de concentración, cuando en realidad es comunidad de proyección hacia un único punto trascendente.

## 292. La nueva arquitectura sagrada.

También la nueva arquitectura sacra (con poca imaginación, en verdad) está marcada por la idea de que lo sagrado consiste solamente lo sagrado del hombre y lo sagrado para el hombre, habiéndose perdido el sentimiento de lo sagrado en sí. La funcionalidad, convertida en principio de la arquitectura moderna y auténtico fundamento de la construcción, domina también los edificios sagrados, concebidos con vistas a la utilidad del hombre: religiosa, sin duda, pero también a la utilidad de géneros distintos; por lo cual la Iglesia llamada polivalente sirve como lugar de asambleas profanas, sala de conciertos, refugio de huelguistas, etc.

Aquí se pierden dos valores: el de lo sagrado (lo separado por excelencia) y el de la adoración. Lo sagrado, según la nueva arquitectura, está difuso en todo lo real, y por tanto el límite que lo circunscribe en las iglesias debe desaparecer. La nueva catedral de Taranto de Luigi Nervi, considerada una obra maestra, es totalmente contraria a los conceptos dogmáticos. Según el esquema antiguo, el altar está en alto (y si es posible también está en un alto la iglesia, que es simbólicamente un monte) y el pueblo alza la vista a él. En Taranto el altar está en lo profundo en vez de en la cima, como si Dios estuviese en el fondo y el hombre en la cumbre. Contrariamente a la idea sagrada de lo concluido, la bóveda está rasgada hacia el cielo para significar (dice el autor) que también el espacio externo es sagrado. Y así se destruye lo sagrado en general y lo sagrado peculiar del cristianismo, que es la Eucaristía. Finalmente, el altar del sacramento es lateral y totalmente igual al de los Santos, e incluso al de los caídos en la guerra.

A Pablo VI se le presentó el modelo de la nueva iglesia de Tagba, carente de paredes, totalmente abierta hacia la sagrada naturaleza que irrumpe con su belleza (OR, 10 junio 1968). San Carlino ai Morti fue una iglesia del lazareto milanés totalmente abierta a los lados para que los apestados pudiesen desde sus cuartos seguir la Misa; pero no implicaba ciertamente la filosofía de la nueva arquitectura, que eclipsa la idea de lo sagrado, que es la idea del templum, del *temenon* [espacio sagrado], del umbral, del limen; idea reforzada, como pronto diremos, por la de la presencia eucarística. También aquí con la expansión de lo sagrado fuera de lo sagrado se consuma la destrucción de las esencias en el intento de ver todo en todo y de hacer todo de todo.

La tendencia a transfundir la realidad sagrada fuera del espacio sacro, como si no se cayese en contradicción hablando de algo sacro que no esté separado, hace incurrir al catolicismo en una dificultad peculiar a causa del dogma eucarístico. Además de la presencia ubicua inherente a la divina naturaleza, según el dogma existe otra especialísima presencia de Dios en los lugares consagrados. Esa presencia está ligada a la presencia sacramental del cuerpo del hombre-Dios, quien solamente mediante el cuerpo, pasible o glorioso, se manifiesta en el espacio y en el tiempo de la criatura deviniente. No se introduce en ellos en el modo llamado por los teólogos definitivo o circunscriptivo (*Summa theol.* III, q, 76, a. 5), sino que se manifiesta en un modo real, de modo que el Santísimo está en este espacio y no en este otro. La Eucaristía es lo sagrado esencial de donde fluye y a lo que se refiere todo espacio sagrado, tiempo sagrado, persona sagrada, o acto sagrado. Solamente por la Eucaristía es posible una localización de lo divino. Si se prescinde de tal creencia, encerrar al ser divino dentro de paredes es algo incompatible con la exacta noción de la Divina Majestad, y que tiende a la superstición. Entonces la lógica llevará a contemplar el templo solamente como el lugar donde los hombres realizan sus operaciones de culto, y no como la sede de lo sagrado esencial, de donde procede toda santificación.

La sobrevaloración de lo funcional lleva a una disminución de lo sagrado. La iglesia es ciertamente también el lugar donde los fieles se reúnen a rezar y participan de la liturgia, pero es lugar sagrado independientemente de tal función, porque como toda creación del arte religioso, el edificio sagrado subsiste en sí antes de toda intencionalidad y funcionalidad pragmática. Y a la arquitectura sagrada se aplican las palabras de Luc. 19, 40: "si hic tacuerint, lapides clamabunt [si estas gentes se callan,

las piedras se pondrán a gritar]", a la cuales se asemejan las de Rouault, para quien las iglesias deberían ser maisons priantes: no casas donde vengan los hombres a rezar, sino casas que rezan por sí mismas. Tal fue el carácter del arte medieval, cuando el artista escondía en lugares excelsos de agujas sin bautismo de luz formas de belleza que nadie veía, pero que cantaban por sí mismas la gloria divina para la cual el artista las había hecho (olvidando y anulándose a sí mismo en el anonimato, para que sólo el nombre de Dios fuese celebrado).

### 293. Resumen sobre la reforma litúrgica.

La reforma tuvo un efecto que sobrepasó y contradujo el marco prescrito por el Concilio en Sacrosanctum Concilium 36 (conservación del latín) y 116 (canto gregoriano). Es el aspecto del periodo postconciliar en que el espíritu atribuido al Concilio pasó por encima de su realización auténtica. El efecto mayor fue la caída en la frecuencia de las celebraciones litúrgicas, que calculando la media de las medias nacionales puede cifrarse en un 40 % respecto a la frecuencia anterior. Ciertamente no puede esta deserción imputarse solamente a la nueva liturgia, ya que concurrieron eficazmente la desafección del clero de su propio oficio sacerdotal, la sobrevaloración de la función sagrada de los laicos, la degradación de la Eucaristía, el rebajamiento de la orientación teotrópica de toda la religión, y la conformación de la Iglesia a los sentimientos secularizantes del mundo. Y sin embargo en este compuesto de concausas la deformación de los ritos y la novedad general de las cosas de Iglesia forman una fracción conspicua. Que la variación litúrgica haya llegado a una variación de fondo, es comúnmente negado por sus fautores, pero lo demuestran los hechos, que tienen en esto fuerza probatoria decisiva. Son verdaderamente numerosos los testimonios de protestantes que declaran encontrar la nueva Misa conforme a sus creencias y aceptable para la celebración de la Eucaristía en el seno de su comunidad. Max Thurian, del monasterio de Taizé, en el diario "La Croix" del 30 de mayo de 1969, declaró que uno de los frutos de la nueva Misa era probablemente "que comunidades no católicas podrán celebrar la Santa Cena con las mismas oraciones que la Iglesia católica: teológicamente es posible". Debe por tanto reconocerse que la reforma ha transformado una Misa católica inaceptable para los protestantes en una Misa católica aceptable para ellos. Y el juicio de aceptabilidad implica que ha acaecido una variación profunda: de ello son jueces precisamente los únicos que tienen competencia. Los testimonios en tal sentido son hoy innumerables y además las celebraciones conjuntas de una misma Eucaristía por sacerdotes católicos y ministros protestantes confirman la variación doctrinal, no obstante las débiles oposiciones de la jerarquía.

#### Romano Amerio "IOTA UNUM"

##### SÍNTESIS DEL ANÁLISIS DEL NOVUS ORDO MISSAE DE PAULO VI

- El análisis comparativo del nuevo rito obligará a comprobar que:
  - a) el centro gravitacional en la estructura de la misa ya no se ubica en el sacrificio sino en el banquete conmemorativo.
  - b) Se ha puesto en primer plano la presencia de Cristo en su Palabra y en su pueblo, relegando a un segundo plano la presencia de Cristo como sacerdote y como víctima.
  - c) La dimensión eucarística (de acción de gracias), como consecuencia, se pondrá delante de la finalidad satisfactoria (propiciación).Como hemos señalado más arriba, la influencia de un falso ecumenismo en la liturgia ha promovido alteraciones, supresiones, reducciones y cambios en el "acento" de algunas expresiones, las que -en general- parecen dirigidas a no "herir" las creencias protestantes.

*(La siguiente es la síntesis de las notas que hemos colocado en el Estudio comparativo. De esta manera el lector encontrará rápidamente el punto que le interese en particular con solo remitirse a la página que está indicada entre paréntesis)*

- 1) El altar se "ha dado vuelta" versus populum (hacia el pueblo). **Eliminación** del salmo "Judica me" (Júzgame), con su referencia al altar de Dios" que evoca inmediatamente la idea de sacrificio.

2) **Eliminación** del doble Confiteor que señalaba claramente la distinción entre sacerdote y fieles al ser rezado primero por aquél y luego por éstos. El sacerdote ya no es más juez, testigo y mediador ante Dios.

3) **Eliminación** de la oración "Aufer a nobis" (Te suplicarnos, Señor). El sacerdote, haciendo explícita la finalidad propiciatoria del Sacrificio, mostraba su indignidad para celebrar el misterio.

4) **Eliminación** de la oración "Oramus Te Domine" (Rogámoste Señor) por la que también invocaba los méritos e intercesiones de los Santos Mártires.

5) **Errónea traducción** en el Gloria.

6) **Errónea traducción** en el Gloria que transforma en singular la referencia a los pecados del mundo.

7) Nueva organización de las lecturas para instrucción y edificación de la asamblea, subordinando el fin litúrgico al catequético. La función de lector se puede atribuir a un seglar.

8) **Equívoca traducción** en el Credo.

9) En el Credo, sugestivo **cambio de acento** sobre la relación entre Cristo y el poder temporal.

10) En el comienzo de la Liturgia Eucarística, la naturaleza misma de la oblación es **deformada** en un mero intercambio de dones entre Dios y el hombre. Este intercambio de dones se puede interpretar en **sentido subjetivista**, y no objetivo.

11) **No se distingue** entre la ofrenda que se realiza por el sacerdote, en cuanto representa la persona de Cristo, y la manera en que participan los fieles de esa ofrenda.

12) **Eliminación** de la oración "Suscipe, sancte Pater" (*Recibe, oh Padre Santo*) que manifestaba de forma patente el carácter **sacrificial propiciatorio** de la Misa.

13) **Eliminación** de la oración "Deus qui humanae" (*Oh Dios...*).

14) **Equívoca** afirmación sobre las condiciones de existencia de la humanidad de Cristo.

15) **Eliminación** de la oración **propiciatoria** "Offerimus tibi" (*Ofrecémoste, Señor*) que imploraba clemencia.

16) **Cambio de acento** en la traducción. No es lo mismo "presentar" que "ofrecer".

17) **Eliminación** de la oración "Veni, Sanctificator" (Ven, *Sanctificador*). **Eliminación** de genuflexiones y signos.

18) **Eliminación** de la oración "Suscipe, sancta Trinitas" (*Recibe, Trinidad Santa*).

19) **Eliminación** en la "presentación de las ofrendas" del clima sacrificial que caracteriza al ofertorio del rito revisado por San Pío V.

20) **Error** en la traducción del Sanctus.

21) **COMIENZO DEL CANON**. En él ya no está expresado de un modo explícito y claro la **finalidad propiciatoria** del Sacrificio. **Eliminación** de las oraciones "Te igitur" (*Te pedimos*) y "Memento Domine" (*Acuérdate, Señor*) en las otras tres oraciones eucarísticas.

22) **Eliminación** de la referencia a la "ortodoxia" de la fe de los católicos.

23) **Eliminación** de la referencia a la salvación *de las almas*.

- 24) **Eliminación** de la oración "Communicantes" (*Unidos en la misma comunión*) en las tres Oraciones Eucarísticas nuevas (2, 3 y 4) que hacía referencia a los santos. No se habla de sus méritos. **Eliminación** de la palabra "siempre" en referencia a la virginidad perpetua de la Virgen María..
- 25) En la oración "Hanc igitur" (*Te suplicamos, pues*) **eliminación** de la palabra "aplacado" en referencia a la aceptación de la oblación por parte de Dios (O.E. 1). Oración **eliminada** en las tres Oraciones eucarísticas nuevas (2, 3 y 4).
- 26) **Eliminación** de la oración "Quam oblationem" (*La cual oblación*) en las tres Oraciones eucarísticas nuevas (2, 3 y 4).
- 27) Formulación **equívoca** en la Oración Eucarística 3 que permite una interpretación afín a la idea protestante de la igualdad esencial entre el sacerdocio universal de los fieles y el sacerdocio jerárquico.
- 28) **Eliminación** de la referencia a la Omnipotencia del Padre.
- 29) **Eliminación** de la distinción entre el modo narrativo y el *modo sacramental y afirmativo al* pronunciar las palabras de la Consagración.
- 30) **Eliminación** de la primera genuflexión *antes* de presentar la Hostia a la adoración de los fieles.
- 31) **Cambio en la traducción** de las palabras "pro multis" de la Consagración. En vez de "por muchos" se traduce "por todos los hombres".
- 32) **Cambio** en las palabras de la anamnesis que ponen el acento más en la "conmemoración" que en la "acción sacramental".
- 33) **Eliminación** de las palabras "Mysterium Fidei", que estaban colocadas en el centro de la Consagración.
- 34.) **Inclusión** de una aclamación que produce una nueva ambigüedad sobre la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía.
- 35) Notoria **omisión** sobre la realidad del sacrificio e insistencia sobre el aspecto de "memorial" en todas las Oraciones Eucarísticas.
- 36) En la Oración Eucarística 3 se destaca el aspecto de la Misa como "memorial de acción de gracias" por sobre el de sacrificio.
- 37) **Eliminación** (en la Oración Eucarística 2) de la referencia al rostro propicio y sereno de Dios al pedirle que se digne aceptar estos dones y reemplazo (en la Oración Eucarística 1) por el pedido para que mi re "con ojos de bondad" la ofrenda. En las Oraciones Eucarísticas 3 y 4 la mirada de Dios no es acompañada por ninguna referencia a la propiciación o a su bondad.
- 38) **Eliminación** de la referencia a los sacrificios figurativos del Antiguo Testamento en las Oraciones eucarísticas 2, 3 y 4.
- 39) **Eliminación** de toda referencia al altar en las Oraciones eucarísticas 2, 3 y 4.
- 40) En la Oración eucarística 2 se **introduce** una súplica por la unidad de neto sabor ecuménico.
- 41) Se reitera la **omisión** en la Oración eucarística 3 del "siempre" en referencia a la virginidad de María.
- 42) **Ambigüedad** en la forma en que se pide por la reunión de "todos tus hijos dispersos por el mundo" en la O.E. 3.
- 43) **Eliminación** de la referencia implícita a las penas que sufren las almas del purgatorio.

44) En la Oración eucarística 4 se **elimina** la referencia a los pecadores y se endosa tal condición a toda la creación, en consonancia con la idea protestante de "corrupción total" de la naturaleza creada.

45) **Eliminación** de la referencia a "nuestras culpas". Y esto solo en la Oración eucarística 1, debido a que en las Oraciones eucarísticas 2, 3 y 4 se ha eliminado la oración "Nobis quoque peccatoribus" (*También a nosotros pecadores*). **FIN DEL CANON**

46) **Cambio** en el Padrenuestro de la palabra "deuda" por "ofensa".

47) **Eliminación** de la referencia a la Virgen y a los Santos en la oración "Libera nos" (*Libranos*) y de la referencia a los males *pasados*.

48) **Omisión** en la traducción en lengua española de la referencia a la "*bienaventuranza esperada*".

49) Clara **copia del culto protestante** al agregar la doxología "Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor".

50) Tendencia **subjetivista** en las traducciones a la lengua española de la oración secreta sobre el Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor.

51) **Cambio en la traducción** en singular para referirse a "el pecado del mundo", en consonancia con la postura protestante sobre la corrupción total de la creación.

52) **Eliminación** de la distinción entre sacerdote y fieles en la oración "Domine Jesu Christe" (*Señor Jesucristo*).

53) **Error** en la traducción en lengua española de la frase *Beati qui ad cena Agni vocati sunt* que elimina la referencia a la gloria eterna.

54) **Eliminación** de la referencia al alma del sacerdote en la oración secreta cuando comulga la Hostia.

55) **Idem** cuando bebe del cáliz la Sangre de Cristo.

56) **Eliminación** de la referencia a la santificación personal y la vida eterna cuando los fieles comulgan.

57) **Eliminación** de la oración "Placeat tibi" (*Séate grato*) que volvía a hacer referencia a la finalidad propiciatoria del sacrificio y expresaba asimismo la distinción: el sacerdote pide que el sacrificio ofrecido sea propiciatorio para él y para aquellos por quienes lo ha ofrecido.

#### 58) **Además podemos señalar:**

- **Eliminación** del último Evangelio y las oraciones ordenadas por León XIII, en coincidencia con la finalización de los ritos protestantes que terminan directamente con la bendición (pág. 94).
- La referencia permanente que se hace en documentos eclesiales, introducciones de misales, etc., al Santo Sacrificio de la Misa como la "Cena del Señor", "celebración eucarística", "asamblea litúrgica", "Santa Cena", "Misterio Pascual". "Comida eucarística", términos perfectamente aceptables para las creencias protestantes.
- Obviamente, la **utilización masiva del idioma vernáculo**, abusando de lo propuesto por el Concilio Vaticano II que, justamente en este punto dice (subrayados nuestros): "En las Misas celebradas con asís tencia del pueblo, *puede darse el lugar conveniente* a la lengua vernácula, principalmente en las lecturas y en la «Oración común» y según las circunstancias del lugar, también en las partes que corresponden al pueblo...  
***Procúrese, sin embargo, que los fieles sean capaces también de recitar o cantar juntos en latín las partes del Ordinario de la Misa que les corresponde***" (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, N°54).
- En la fórmula de la consagración se han agregado las mismas palabras que incorporara Lutero: "Qui pro vobis tradetur" en la consagración del pan y se han suprimido las mismas que suprimiera Lutero: "Mysterium Fidei", en la consagración del vino (pág. 70).



- La comunión bajo las dos especies para los fieles tiende también a esfumar la distinción entre sacerdote y fieles, lo mismo que recibir la comunión en la mano.

Parece evidente que todas estas modificaciones tienen por objeto llegar a un Ordinario de la Misa que sea perfectamente ecuménico, es decir, que pueda ser utilizado por todas las confesiones cristianas indistintamente. Un teólogo protestante ha podido decir:

"Si se tiene en cuenta la decisiva evolución de la liturgia eucarística en la iglesia Católica, la opción de substituir el Canon de la Misa por otras plegarias eucarísticas, el borrar la idea de que la Misa es un sacrificio, y la posibilidad de recibir la Comunión bajo las dos especies, entonces ya no hay motivo para que las iglesias reformadas impidan a sus miembros asistir a la Eucaristía en una iglesia católica".

"Las comunidades no católicas podrán celebrar la Santa Cena con las mismas oraciones que la Iglesia Católica. Teológicamente, es posible" (Hermano Max Thurian, de la comunidad protestante ecuménica de Taizé).

No en vano el principal agente de la reforma litúrgica, Mons. Annibal Bugnini podía decir el 4 de enero de 1967 (como se ve, más de dos años antes de la publicación del Nuevo Ordo Missae) [subrayados nuestros]:

"No se trata solamente de retocar una valiosa obra de arte sino, a veces, de *dar estructuras nuevas a ritos enteros*. Se trata, en realidad, de *una restauración fundamental*, diría casi de una *refundición* y, en ciertos puntos, de *una verdadera creación nueva*" (Doc. Cath., N°1493, 7 de mayo de 1967).

Imposible ser más claro.

Augusto del Río "*El drama litúrgico*"

## **EL DRAMA LITÚRGICO**

### **Notas y Comentarios**

(Desde el comienzo hasta el Ofertorio)

**(1)** Se han suprimido las oraciones al pie del altar. La Iglesia romana no había conservado el simbolismo de la entrada en el "Sancta Sanctorum" del templo de Jerusalén; sí lo hicieron las Iglesias orientales, en las que los presbiteros pasan más allá del iconostasio para celebrar el misterio de la eucaristía recatados de los ojos de la multitud; pero la idea de esta solemne entrada en el lugar del sacrificio se conservó en esas oraciones previas. Algo más que el simbolismo se ha perdido al abolir estas preces al pie del altar, y no compensa su pérdida el breve saludo pronunciado por el oficiante de cara a los fieles desde la sede, al que sigue un confiteor abreviado y rezado conjuntamente. Si el altar es sencillamente una mesa desnuda colocada en medio de un vestíbulo desierto, sin sagrario o barandilla de comulgatorio, no se ve lugar alguno en el que se pueda entrar.

Se puede probar con toda certeza que jamás ha existido, ni en la Iglesia de Oriente, ni en la de Occidente, una celebración "versus populum", sino que únicamente todos se volvían hacia Oriente para rezar. Fue Martín Lutero el primero que pidió que el sacerdote en el altar se volviese al pueblo.

Al proclamar la palabra de Dios, el sacerdote aparece realmente como el que tiene una ofrenda que hacer. Durante el sermón, el sacerdote se vuelve al pueblo. Pero las cosas son completamente distintas en la celebración eucarística propiamente dicha. Aquí la liturgia no es una "ofrenda" sino un acontecimiento sagrado en el curso del cual se unen los cielos y la tierra y el Dios de la gracia se inclina hacia nosotros. Por ello, para orar, la mirada de los asistentes y la del celebrante debe dirigirse hacia el Señor. Solo en el momento de la distribución de la comunión, la cena eucarística en su verdadero sentido, se da un cara a cara entre el sacerdote y el que comulga.

Precisamente estos cambios en la posición del sacerdote en el altar durante la misa, tienen un sentido simbólico y sociológico verdadero. Cuando el sacerdote ora y sacrifica tiene, al igual que los fieles, los ojos puestos en Dios; y cuando explica la palabra de Dios o distribuye la eucaristía se vuelve hacia el pueblo. Este principio hasta ahora se había observado constantemente; pero, sobre todo por razones teológicas, ha sobrevenido un cambio en la Iglesia romana. El futuro mostrará las graves consecuencias de este cambio (Klaus Gamber, op.cit., pág. 41).

En adelante sufriremos una liturgia que no se centra ya en Dios –hasta ahora los ojos de los fieles estaban fijos en su Hijo, hecho hombre, clavado en una cruz y en las imágenes de los Santos– sino en la parroquia

reunida para la cena comunitaria. La asamblea se asienta dando la cara al "presidente de la celebración eucarística" y espera de este último (si ha asimilado bien el "moderno" espíritu de la Iglesia) que sea no tanto el intermediario de la gracia de Dios, sino más bien quien le facilite las ayudas y los medios para su vida diaria y sus necesidades. (K.Gamber, op.cit., p.54)

**(2)** En la oración del "Confiteor", que se recita ahora solo en forma colectiva, *el sacerdote ya no es más juez, testigo y mediador ante Dios*; por consiguiente, no se imparte más al pueblo la absolución sacerdotal, que se tenía en el antiguo rito. En efecto, el sacerdote viene simplemente connumerado entre los "hermanos".

Esto coincide con la pretensión protestante de transformar al sacerdote en un "presidente" de la asamblea de fieles, participando todos indistintamente del sacerdocio colectivo.

Además, el Confiteor es solamente opcional y el celebrante puede omitirlo si lo desea.

Desde el comienzo, el acento está puesto en la presencia espiritual del Señor, que va a dominar la ceremonia. Tras haberle quitado valor a la presencia de Cristo víctima, hecho presente substancialmente por la acción del sacerdote ministerial, el nuevo misal exalta la presencia espiritual del Señor, presencia cuyo ministro es el pueblo de Dios.

**(3)** Por medio del "Confiteor" que decía el sacerdote solo, se demostraba claramente cómo él mismo, como ministro en representación de Cristo, profundamente inclinado, se reconocía indigno de celebrar el "tremendo misterio" y más aún de ingresar al Sancta Sanctorum (en la oración "Aufer a nobis"). Además esta oración evoca el sacrificio del Antiguo Testamento, con el sacerdote entrando en el Santo de los Santos para ofrecer la sangre de las víctimas.

**(4)** Por ello, también invocaba (en la oración "Oramus Te Domine") los méritos e intercesiones de los Santos Mártires, cuyas reliquias se guardaban en el altar y que, por lo tanto, lo convierten en algo distinto de una simple mesa. Ambas oraciones han sido abolidas.

Un alma perdonada no es por eso plenamente acepta a Dios: en la medida en que aún no ha cumplido toda justicia sufriendo la pena debida al pecado, el alma sigue siendo parcialmente injusta, y por eso, incapaz de ofrecer por sí misma un sacrificio agradable. El misal revisado por San Pío V destaca desde el comienzo esta indignidad y la remedia interponiendo a cada momento, entre el celebrante y Dios, al mediador principal, Jesucristo, y a mediadores subordinados, los santos. El nuevo misal, en cambio, casi ha suprimido esta mediación de Cristo en la ofrenda del sacrificio. La expresión: "Por Cristo Nuestro Señor" se ha vuelto facultativa en la Plegaria Eucarística 1, y ha sido suprimida en el texto de las demás Plegarias Eucarísticas (solo aparece al final para introducir el *Per ipsum*). Respecto a los santos, las invocaciones mencionadas no se han conservado en ninguna de las nuevas Plegarias. Solamente la Plegaria eucarística 3 menciona una vez la intercesión de los santos, pero ninguna de ellas recurre a sus méritos.

**(5)** En el himno de alabanza (Gloria), el texto unificado en lengua española traduce *et in terra pax hominibus bonae voluntatis*, del Misal de Paulo VI, por "y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor". Se dice que esta traducción está calcada del Evangelio de San Lucas en su original griego (Lc 2, 14). Pero es claro que la Iglesia siempre ha interpretado este versículo del evangelio en el sentido de que trata solo de la paz que ya poseen los hombres de "buena voluntad" (en griego = *Dóxa en hypsístois Theo kai epi ges eiréne en anthrópis eudokías*). "Eudokías" al terminar en sigma indica que está en genitivo y quiere decir "de buena voluntad" (*bonae voluntatis*).

**(6)** Se reduce al singular el plural de "los pecados del mundo" más afín con la idea protestante de la corrupción total de la naturaleza (ver nota 51).

**(7)** En conformidad con la concepción del culto protestante, la nueva organización de las lecturas sirve en primer lugar para la instrucción y "edificación" de la asamblea. Esta nueva organización ha sido visiblemente elaborada por exégetas y no por liturgistas (Klaus Gamber, op.cit., pág. 39)

En la medida en que el nuevo misal disminuye la Presencia Real, en esa misma medida aumenta la importancia de la Biblia. La Escritura y la Eucaristía se describen a menudo en la *Presentación General* del mismo modo, como si no fueran más que dos formas del único alimento dispensado en este banquete pascual: (IGMR N° 8, 33, 34, 56).

El Misal revisado por San Pío V reservaba estrictamente las lecturas de la Sagrada Escritura a los ministros sagrados. Con esto manifiesta la mediación necesaria de la jerarquía eclesial en la transmisión de la Revelación. Por el contrario, en el nuevo misal se celebra la Sagrada Escritura en sí misma, y no ya en cuanto que la anuncia la jerarquía de la Iglesia. Esto explica que la función del lector se pueda atribuir a un seglar (IGMR, N° 66, 70).

En el nuevo rito la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la

Cincuentena pascual, con el llamado "Símbolo de los Apóstoles" conocido popularmente como el "Credo corto".

**(8)** Es grave que se traduzca "*de la misma naturaleza*", fórmula por lo menos imprecisa que no expresa con claridad la identidad de substancia entre el Padre y el Hijo. Tanto es así que el Concilio de Nicea, en el año 325, para condenar el arrianismo impuso el término "*consustancial*" (en griego homoousion, ) en vez del homoiouision, (*semejante en la substancia*) de los llamados semiarrianos. La expresión "de la misma naturaleza", más débil aún, proviene de la fórmula de Sirmium, en el año 357; para los arrianos, Cristo era creatura del Padre, con el que nada tenía de consustancial. **(1)**

**(9)** *Falta la referencia al poder temporal de Pilato.* Se cambió por "en tiempos de Poncio Pilato", lo cual no parece poder fundarse en la importancia de este procurador romano (por cierto, no se recordaría hoy si no fuera por su inicuo papel en la Pasión de Cristo).

Este cambio parece intencionalmente buscado para silenciar la concesión que Cristo hizo al poder temporal ("Tú no tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo Alto", Jn 19, 11), algo que rechazan ciertas corrientes teológicas que quieren presentar a Cristo cumpliendo el papel de un rebelde recalcitrante enfrentado a las autoridades romanas de su tiempo.

**(10)** El **fin inmanente** de la Misa: cualquiera sea la naturaleza del sacrificio, pertenece a la esencia de la finalidad de la Misa el que sea agradable a Dios, aceptable y aceptado por Él. Y el único aceptado ahora con derecho por Dios es el Sacrificio de Cristo. Por el contrario en el Novus Ordo la naturaleza misma de la oblación es deformada en un mero intercambio de dones entre Dios y el hombre: el hombre ofrece el pan que Dios transmuta en "pan de vida"; el hombre lleva el vino que Dios transmuta en "bebida espiritual". Son fórmulas vagas e indefinidas que, de por sí, pueden significar cualquier cosa. El cambio del que se habla es "espiritual" pero no "substancial" (cfr. Breve Examen..., pág. 37-38).

**(11)** En el Ofertorio se dice: *nobis fiet panis vitae y nobis fiet potus spiritalis* respectivamente. Son ambiguas las traducciones: "*será para nosotros pan de vida*" y "*será para nosotros bebida de salvación*".

Por otra parte el verbo latino *fio* significa *hacerse, convertirse*. El pronombre personal latino *nobis* es el dativo antepuesto al verbo. Al traducirse por *será para nosotros* se induce a los fieles al error subjetivista pues se puede interpretar que el pan y el vino "serán" pan de vida y bebida de salvación, no en realidad, sino tan solo "para nosotros", es decir, "según nosotros".

Además, la Iglesia siempre ha distinguido, por una parte, la inmolación incruenta realizada en la consagración, y por otra, la ofrenda sacrificial, considerada esta última como "oblación estrictamente dicha", por la cual los participantes se unen a la oblación sacramental que Cristo sacerdote ha realizado en la persona de su ministro. La inmolación incruenta de la consagración que "se realiza por solo el sacerdote, en cuanto representa la persona de Cristo, no en cuanto representa a los fieles", es propiamente sacramental: acción de Cristo, actúa *ex opere operato*. Por el contrario, la oblación en sentido estricto solamente actúa *ex opere operantis*: esta participación consiste en que los asistentes se unan "por su deseo" a la ofrenda sacramental que Cristo sacerdote hace de sí mismo a su Padre en la persona de su ministro. Como el nuevo misal no hace ninguna distinción, pasa sistemáticamente en silencio la acción propiamente sacramental cuyo único agente es el sacerdote ministerial, bajo la moción de Cristo, sacerdote principal. De ahora en más, la ofrenda no le pertenece propiamente al celebrante sino al pueblo reunido. Por eso el sistemático uso del *plural* en oraciones donde antes había una referencia singular al sacerdote o directamente su eliminación (p.ej. "Recibe, oh Padre santo...", pág. 50).

**(12)** La eliminación de la oración "Recibe, oh Padre Santo..." responde a la pretensión protestante de negar el carácter sacrificial propiciatorio de la Misa, salvo en el sentido de un vago sacrificio de alabanza; para ellos la Cena es una especie de comida comunitaria. Los redactores del nuevo misal juzgaron que era preciso restituir lo que hoy llamamos "el relato de la institución" de la eucaristía, al contexto que le es propio, el de las *berakoth* rituales de la comida judía ("Bendito seas, Señor, ...) Estas palabras son las de una acción de gracias ordenada enteramente al banquete pascual.

**(13)** La oración "Oh Dios..." recordaba a la vez la primitiva condición de inocencia del hombre y su presente condición redimida por Cristo.

**(14)** En otra fórmula traducida se decía lo siguiente: "*Por el misterio de este agua y vino, haznos partícipes de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad*". Hay diferencia en el acento: no es lo mismo que Cristo participe de nuestra humanidad que comparta nuestra condición humana. Esta condición implica necesariamente el pecado y todas sus lacras. Aquí no se aclara de ninguna manera que Cristo no pudo compartir este aspecto ineludible de la condición humana ni tampoco el hecho de que, Cristo, si bien es verdadero hombre porque tiene la misma

naturaleza que nosotros, *no la tiene en idénticas condiciones de existencia que nosotros* (cfr. O.E. 4, pág. 67). Por ejemplo:

- Nace de una mujer, pero es una Virgen, sin intervención de varón.
- Crece y se hace mayor, aprende un oficio, pero también sabe lo que no aprende: "¿Cómo sabe éste letras, no habiendo estudiado?" (Jn 7, 15).
- Es tentado, pero solo exteriormente: "Viene el príncipe de este mundo, que en Mí no tiene nada" (Jn 14, 30).
- No siente la tristeza o la ira sino que él las enciende: "Jesús, viéndola llorar... se turbó a sí mismo" (Jn 11, 33).
- Sufrir el extremo dolor, pero junto con el extremo gozo beatífico: "Digo estas cosas estando aún en el mundo, para que ellos tengan en sí mismos el gozo cumplido que tengo Yo" (Jn 17, 13).
- Muere, pero no le quitan su vida, sino que la entrega y la recupera: "Tengo el poder de ponerla (mi vida), y tengo el poder de recobrarla" (Jn 10, 18).

**(15)** Se suprime la oración propiciatoria "Offerimus tibi" que imploraba la clemencia. El sacrificio de la Misa se ofrece a Dios para cuatro fines. Uno de ellos es el *propiciatorio*, para aplacarlo y darle alguna satisfacción de nuestros pecados y para ofrecerle sufragios por las almas del purgatorio (los otros tres son el fin *latréutico o adoración*, el *eucarístico o de acción de gracias* por sus beneficios y el *impetratorio o de petición*). En el Novus Ordo se diluye el aspecto propiciatorio por los pecados, sea de los vivos, sea de los difuntos, en beneficio de la nutrición y santificación de los presentes.

**(16)** En el Ofertorio del pan y del vino se traduce *tibi offerimus* por "*te presentamos*" en lugar de "*te ofrecemos*". Obsérvese que el verbo *ofrecer* posee cierto sentido sagrado, del cual carece el verbo *presentar*.

**(17)** Supresión de la oración "Ven Santificador...". Quedan también abolidas o son consideradas optativas, según el caso:

- las genuflexiones, de las que solo quedan tres por parte del sacerdote y una por parte del pueblo en el momento de la Consagración (y ésta, so-metida a muchas excepciones).
  - las abluciones de los dedos sobre el cáliz.
  - la preservación de los mismos dedos de cualquier contacto profano después de la Consagración.
- la purificación de los vasos sagrados que no se manda hacer necesariamente de inmediato después de la sunción del cáliz, ni sobre el mismo corporal.
  - la palia, con la cual se protegía la Preciosísima Sangre de Cristo en el cáliz.
    - el dorado de los vasos sagrados.
    - la consagración del altar móvil.
  - la piedra sagrada y las reliquias en el altar móvil.
- prescripciones antiguas en el caso de que la Hostia consagrada cayera en tierra, que se reducen a solo esto: "tómese reverentemente la hostia". (cfr. Breve Examen..., pág. 49-51).
- En la recepción de la comunión se ha establecido ampliamente una actitud desacralizante: la de recibirla de pie y en la mano, en lugar de hacerlo de rodillas y en la boca, en signo de adoración y de respeto. Y recuérdese que la comunión en la boca es un claro signo no solo de la presencia real y sustancial del Señor sino también de la distinción esencial entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial.

**(18)** Desaparece del Ofertorio esta plegaria ("Recibe, Trinidad Santa...") que alude al fin último de la Misa que es la alabanza que debe tributarse a la Santísima Trinidad. También desapareció la oración a la Santísima Trinidad de la conclusión pues ya no se dirá más "Séate grato..." (véase pág. 94 y cfr. nota 57) y el prefacio de la Santísima Trinidad se dirá solo una vez al año (fiesta de la Santísima Trinidad, véase pág. 58). **(2)**

**(19)** Como se observa, desaparece en la "presentación de los dones" el clima sacrificial que caracteriza al ofertorio del rito tradicional: este último precisa que el sacrificio se ofrece por nuestros pecados (*Suscipe sancte Pater*), puesto que queremos separarnos de nuestros pecados y de los impíos por la contrición (*Lavabo*). A Dios le ofrecemos pues la hostia inmaculada (*Suscipe sancte Pater*) y el cáliz de salvación (*Offerimus*), en el marco de la Redención obrada por Jesucristo (*Deus, qui humanae y Suscipe, sancta Trinitas*), recurriendo a la intercesión de los santos (*Suscipe sancta Trinitas*). Le imploramos a Dios humildemente (*In spiritu humilitatis*) que acepte (*ibidem*), por su misericordia, este sacrificio para gloria de su nombre (*Veni, Sanctificator y Suscipe sancta Trinitas*), para que nos alcance la salvación (*Suscipe*

*sancte Pater, Offerimus y Suscipe, sancta Trinitas*) a los vivos y a los difuntos (*Suscipe sancte Pater*). Estas alusiones tan numerosas ya no aparecen en la nueva "presentación de los dones". Por esto, puede decirse (en coincidencia con los mismos impulsores de la reforma litúrgica): "Se ha pasado de un sentido directo de ofertorio a una simple presentación y colocación sobre el altar de los dones que serán -pan de vida y bebida de salvación- (J. M. Martín Patino, A. Pardo, A. Iniesta y P. Farnes, *Nuevas normas de la Misa, BAC*, p. 125, cit. en *El problema de la reforma litúrgica*, La misa de Vaticano II y de Pablo VI, Fundación San Pío X).

La lectura de la *Institutio generalis Missalis romani* (IGMR) no deja ninguna duda sobre este tema: la finalidad propiciatoria no se menciona jamás, mientras que la finalidad eucarística aparece varias veces (Nº2, 7, 48, 54, 55, 62. 259, 335 y 339). Además, mientras en la IGMR se habla de "celebración eucarística", de "liturgia eucarística", de "plegaria eucarística", la palabra "misa" queda borrada, sin hablar de la expresión "sacrificio de la misa", convertida en algo obsoleto (cfr. *El problema de la reforma litúrgica*, pág. 45-46).

**(20)** En la aclamación que sigue al Prefacio, es decir, en el Sanctus, se traduce Dominus Deus Sabaoth por el Señor, *Dios* del Universo. La voz hebrea "Sabaoth" significa "de los Ejércitos", y se refiere tanto a los Ejércitos de la Iglesia triunfante (los ángeles y los santos del cielo) como a los Ejércitos de la Iglesia militante o peregrinante. Queda silenciado, por tanto, el carácter de milicia de Cristo que debemos tener *los fieles cristianos*, tanto en el ámbito individual, como familiar y social.

**(1)** Vale la pena citar aquí lo que pensaba Jaques Maritain (1882-19731. Si bien es acertada la afirmación de Jean Guitton de que Maritain fue "uno de los padres de lo que hoy se define como progresismo eclesial", el autor del discutido (y discutible) "Humanismo integral" consideraba "inaceptable" este punto de la traducción del Credo en francés. En un "memorandum" que escribió en 1965 para el papa Paulo VI. Maritain decía:

"Con el pretexto de que la palabra «sustancia» y, a fortiori, la palabra «consubstancial» son hoy *imposibles*, la traducción francesa de la misa hace decir a los fieles, en el *Credo*, una fórmula que es errónea en sí, e incluso estrictamente hablando, herética. Nos hace decir que el Hijo, engendrado, no creado, es «de la misma naturaleza que el Padre»: que es exactamente el homoiouosios de los arrianos o semiarrianos, contrapuesto al homooousios o *consubstantialis*, del Concilio de Nicea. Por rechazar una iota se padeció en aquel tiempo persecución y muerte. Todo esto pertenece al pasado. (...) Si diciendo la palabra *consubstancial* las personas no saben qué quiere decir, se puede esperar que se lo pregunten al clero, que les recordará el catecismo y el sentido del dogma. Pero si estas personas dicen en el *Credo* que el Hijo es *de la misma naturaleza* que el Padre, no se preocuparán nunca de pedir una explicación, precisamente porque se han elegido palabras que para ellos no tienen ninguna dificultad, que entienden tan fácilmente como cuando dicen, hablando con cualquiera, que un pájaro es *de la misma naturaleza* que otro pájaro. ¿Qué importa? —se dirá tal vez—, se trata solo de una fórmula (...) Desde el momento que lo que piensan sobre el Padre y el Hijo es justo y exento de errores, no importa que para expresarlo usen una piensan aproximada... La verdad es que importa *mucho*. Porque, o bien los fieles en cuestión piensan bien usando una fórmula errónea y *sabiendo* que es errónea: y de hecho esos fieles... están obligados a mantener el silencio o a hablar contra su conciencia; o piensan bien usando una fórmula errónea y *sin saber que es errónea*. En los dos casos se engaña a esos fieles. (...) Añado que los traductores ingleses... no han tenido escrúpulos en usar la palabra *consubstancial*, ni han pensado que los fieles pudieran sin inconvenientes, pensando bien, decir una fórmula que en sí misma está en desacuerdo con la fe católica". Como se sabe, este error no solo no fue corregido, sino que se ha consolidado su difusión al ser incorporada esta fórmula arriana en algunas traducciones oficiales del Catecismo de la Iglesia Católica.

**(2)** La obra de desacralización se completa con los nuevos y toscos ritos del Ofertorio: se realiza directamente la condición del pan, y no del pan ázimo: se concede la facultad de tocar los vasos sagrados a los mismos monaguillos (y también sin discriminación a los mismos laicos que se acercan a la comunión bajo ambas especies); se armará una barahúnda increíble en el templo, donde sin parar se suceden alternadamente el sacerdote, el diácono, el salmista, el comentarista (pero hasta el mismo sacerdote parece ser rebajado al grado de comentarista, ya que continuamente se lo invita a que explique lo que va a hacer), los lectores (sin excluir a las mujeres)... (cfr. Breve Examen... pág. 83).

Augusto del Río "El drama litúrgico"

## EL DRAMA LITÚRGICO

### Notas y Comentarios

(Del CANON al final)

**(21)** Y llegamos al CANON, la oración eucarística central, en la que se ofrece una elección sin precedentes entre cuatro textos que, salvo la narración de la institución en la última Cena, difieren notoriamente entre sí. Reiteramos que aquí el **Sacrificio Propiciatorio** de la Misa ya no está expresado de un modo explícito, claro y perceptible para el pueblo, pues la definición de la plegaria eucarística en la IGMR, si bien menciona el ofrecimiento del sacrificio, no aclara de qué sacrificio se trata ni quién es el que lo ofrece. Se mencionan los **efectos** de ella: plegaria de acción de gracias y de santificación, pero se silencia la **causa**, que es, precisamente la oblación del sacrificio del Cuerpo y Sangre del Señor para el perdón de los pecados.

Se *suprime* la referencia a las jerarquías angélicas en las Tres Oraciones Eucarísticas (2, 3 y 4). (Solo se habla de arcángeles y ángeles en la O.E. 1). Al mencionar a la Virgen María, no se le agrega "*siempre*". Téngase presente que los protestantes admiten la expresión que aparece en San Lucas de "la Virgen María", pero no la de "María siempre Virgen", ya que niegan obstinadamente el dogma de la virginidad perpetua de la Madre de Dios.

**(22)** Se elimina la palabra "ortodoxos" en la Oración Eucarística 1. En la Oración Eucarística 4 la Iglesia es humillada en cuanto tal por la fórmula que reemplaza "ortodoxos que profesan la fe católica y apostólica" por la que dice: "todo tu pueblo santo y de aquellos que te buscan con sincero corazón" (véase también, pág. 79) (cfr. Roger-Thomas Calmel, OP, *El Canon Romano*, pág. 65)

Ya no hay referencia explícita a la fe ortodoxa respecto de la Iglesia. Las omisiones parecen calculadas para velarnos y disimularnos una verdad primordial sobre los frutos del Santo Sacrificio. Parece ignorarse que si la Misa aprovecha a los propios no bautizados es obteniéndoles gracias para convertirse a la Iglesia Católica *como tal*.

En las nuevas Oraciones Eucarísticas (2, 3 y 4), sin excepción alguna, se ha reducido sistemáticamente las cinco oraciones que preparan la consagración, a una sola oración, escandalosamente breve y rápida.

**(23)** Se elimina la referencia a la salvación de *las almas*.

**(24)** En tres de las Oraciones Eucarísticas (2, 3 y 4) no se nombran a ninguno de los santos, ni siquiera a San Pedro y San Pablo. No se habla de sus méritos. En cuanto a la Virgen ya hemos señalado el sugestivo silencio sobre su virginidad perpetua (véase O.E. 4, pág. 67). Si se considera esto (la falta de mención de los santos) junto con que ya no se aplican los merecimientos de la Pasión de Cristo a personas individuales, vivas o muertas, es imposible rehuir la conclusión de que el propósito deliberado ha sido conciliar los tradicionales prejuicios protestantes acerca de estos puntos. (cfr. *Breve Examen...*, pág. 79; *El Canon Romano*, pág. 64).

Ese Padre ya no tiene que ser "apacado" por el sacrificio de Nuestro Señor: basta con que acepte nuestra ofrenda con benevolencia.

**(26)** En la Oración Eucarística 2 no hay referencia a *oblatio, hostia, sacrificium*. La palabra *altar* es desconocida para las tres Preces (2, 3 y 4): "Rara vez se utiliza en el Novus Ordo la palabra "hostia", que es tradicional en los libros litúrgicos y que se emplea con su sentido propio de "víctima". Y esto responde perfectamente a aquella intención habitual, que en el mismo Novus Ordo procura poner en evidencia únicamente los aspectos de "cena" y de "comida" (*Breve examen crítico...*, pág. 55 nota 12).

Téngase presente el vocabulario utilizado por la *Institutio generalis Missalis romani* cuyas omisiones son significativas. En ella no aparece ni una sola vez la palabra "transubstanciación", ni siquiera la expresión "presencia real". Para referirse a las sagradas especies, este documento usa algunas veces la palabra "hostia", pero con más frecuencia la de "pan".

**(27)** La partícula "para quede la Plegaria Eucarística 3 insinúa que el elemento necesario sobre todos los demás para celebrar la Misa es el pueblo, y no el sacerdote. Y como en ninguna parte del texto se indica quién es el sacrificador secundario y particular, todo el pueblo mismo es presentado provisto de un poder sacerdotal propio y pleno. Lo cual es falso. Contra los luteranos y calvinistas que afirmaban que todos los cristianos son sacerdotes, y que, por lo tanto, ofrecen la cena, el Concilio de Trento (sesión XXII, canon 2) definió: "Si alguno dijere que con las palabras: *Haced esto en memoria mía*, Cristo no instituyó sacerdotes a sus Apóstoles, o que no les ordenó que ellos y los otros sacerdotes ofrecieran su cuerpo y su sangre, sea anatema". "*Todos los sacerdotes y solo ellos son, propiamente hablando, ministros secundarios del Sacrificio de la Misa. Cristo es ciertamente el ministro principal. Los fieles solo mediatamente, pero no en sentido estricto, ofrecen por medio de los sacerdotes*" (A. Tanqueray, *Sinopsis de teología dogmática*, t. III, Desclée, 1930) (cfr. *Breve Examen...*, pág. 67) (véase pág. 51, nota 10)



(28) Supresión de la referencia a la Omnipotencia del Padre precisamente antes de la transubstanciación en las Preces 2, 3 y 4.

(29) En el misal tradicional el mismo "punto y aparte" significaba claramente el paso del modo narrativo al modo *sacramental y afirmativo*, de manera que se separasen claramente del contexto meramente histórico.

(30) En el misal revisado por San Pío V, después de la primera Consagración, seguro de no sostener ya entre sus manos el pan, sino el verdadero Cuerpo de Cristo, el sacerdote dobla la rodilla para adorar a su Dios; luego levantándose, eleva la Sagrada Hostia para presentarla a la adoración de los fieles arrodillados, y la adora de nuevo tras haberla depositado sobre el corporal que representa la mortaja y recuerda la realidad del cuerpo.

En el Novus Ordo todo ha cambiado. Como si nada hubiera sucedido, el sacerdote, sin adorarla, levanta la Hostia, la presenta a los asistentes, luego la deposita no sobre el corporal, sino sobre la patena y solamente entonces dobla la rodilla.

Esto *favorece* la interpretación protestante de que la presencia de Cristo no se produce por las palabras del sacerdote, sino por la fe de los asistentes. Además, añade el protestante, el sacerdote no ha adorado, como lo hacía antes. ¿Por qué se ha suprimido la primera genuflexión? Un luterano afirmará que únicamente por la fe de los fieles se hace Cristo presente espiritualmente en la Hostia; por ello, ahora, el sacerdote presenta primero el pan a los fieles y solamente después hace la genuflexión, ya que solamente después, se hace presente Cristo.

Desde ya que no se está diciendo que la nueva misa enseñe esta doctrina luterana. Solo se dice que el cambio introducido por la nueva misa *permite* esta interpretación luterana.

En el misal revisado por San Pío V el sacerdote interrumpe el relato de la Cena para pronunciar las palabras de la Consagración. Estas palabras no las dice en tono **recitativo**, sino en tono **intimatorio**, es decir, en el tono normal de alguien que realiza una acción personal. En el Novus Ordo el sacerdote no interrumpe el relato de la Cena y pronuncia las palabras de la Consagración **en el mismo tono recitativo, y sin separarlas de las palabras que las preceden**. *"Las palabras de la Consagración, por el modo como se insertan en el contexto del Novus Ordo pueden ser válidas por la eficacia subjetiva de la intención del ministro. Pero pueden no ser válidas, en cuanto que ya no son tales por la fuerza misma de las palabras, o más exactamente, por la virtud objetiva del modo de significar que tenían hasta ahora en la Misa. Por lo cual, los sacerdotes que en un futuro próximo no habrán sido instruidos conforme a la doctrina tradicional y quienes simplemente sellarán del Novus Ordo con la intención de hacerlo que hace la Iglesia, ¿consagrarán en realidad válidamente? Es lícito dudar de ello"* (cfr. Breve Examen..., pág. 61).

(31) La traducción de "pro multis" no equivale a "todos los hombres". Esto contradice el mismo texto latino del Novus Ordo, que dice "pro multis" y a las misas tradicionales: romana, orientales y todos los demás ritos existentes; contradice la enseñanza expresa del Magisterio de la Iglesia que, por el Catecismo Romano, ordenado según el decreto del Concilio de Trento, mandado publicar por San Pío V, y después por Clemente XII, nos enseña que Cristo Nuestro Señor *"muy sabiamente, pues, obró no diciendo por todos, puesto que entonces solo hablaba de los frutos de su Pasión, la cual solo para los escogidos produce . frutos de salvación"*.

La nueva traducción favorece la errónea interpretación de la postura protestante sobre la justificación en el sentido de que la redención de Cristo nos salva a todos "independientemente de las obras". Los protestantes conciben la justificación como un acto judicial por el cual Dios declara justo al pecador, aun cuando este siga siendo en su interior injusto y pecador (*sirnul iustus et peccator*). En la teología protestante la justificación, según su faz negativa (que para los católicos implica una verdadera remisión de los pecados, una auténtica liberación de la muerte y del poder demoníaco), no es una verdadera remisión de los pecados, sino una simple no-imputación o encubrimiento de los mismos. Según su faz positiva la justificación tampoco es una renovación y santificación internas (como sí lo es para los católicos), sino una mera imputación externa de la justicia de Cristo. La condición subjetiva de la justificación es la llamada *fe fiducial*, es decir, la con-fianza del hombre, que va unida con la certidumbre de su salvación, en que Dios misericordioso le perdona los pecados por amor de Cristo. Tal teología concibe el proceso del perdón de los pecados de la siguiente manera: el Padre celestial mira hacia Jesús y ve su amor y obediencia. Cristo está delante del hombre pecador como un escudo, de forma que el Padre "no ve" ya la pecaminosidad del pecador. Al ver a su Hijo amado y por amor a él, declara al pecador justificado e impune, sin que la disposición y propiedad interna del pecador haya cambiado. O como ilustra otra figura: *"Cristo, con su manto de misericordia, cubre nuestras miserias persistentes"*.

En síntesis, la justificación según los protestantes *no hace justo* sino que *declara justo*. No implica una renovación óptica. El hombre permanece, al mismo tiempo y totalmente, justo y pecador. No hay ningún tipo de renovación de la naturaleza que subsiste totalmente corrupta. Se excluye, por lo tanto cualquier realidad divina infusa que transforme ópticamente al hombre. Esto no es cambiabile al arbitrio del hombre,

de tal manera, que la sentencia absolutoria es irreversible y definitiva. El merecimiento, en consecuencia, no existe, y es una palabra que debe desaparecer.

Por otra parte, no desconocemos el texto de la "Declaración Común sobre la doctrina de la Justificación" firmada el 31 de octubre de 1999 por el presidente de la Federación Luterana Mundial y por el cardenal Edward Cassidy, presidente del Pontificio Consejo para la Unión de los Cristianos. Lo menos que podemos decir es repetir lo que ya bien han afirmado otros: lejos de ser el reconocimiento de una fe común, esta "Declaración Común" es más bien una expresión común (confusa y equívoca) de dos creencias que siguen siendo diferentes e incompatibles en cuanto tales.

**(32)** La anamnesis en el Canon Romano se refería a Cristo operante en acto, pero no a la mera memoria de Cristo o de un mero acontecimiento. Se nos mandaba recordar **lo que** El mismo hizo ("...estas cosas... haréis en memoria mía") **y el modo como** El las hizo, pero no únicamente su persona o su cena. En cambio la fórmula paulina ("Haced esto...") que en el Novus Ordo reemplaza a la fórmula antigua cambia irreparablemente la fuerza misma del significado en la mente de los oyentes, de modo tal que la memoria de Cristo, que debe ser el **principio** de la acción eucarística, parezca convertirse en el **término** único de esta acción o rito. O sea, la "conmemoración" que cierra la fórmula de la consagración, **ocupará poco a poco el lugar** de la "acción sacramental" (Breve Examen..., pág. 59).

**(33)** El Misal de Paulo VI dice: *Mysterium fidei* (Misterio de Fe). El texto unificado en lengua española traduce "este es el Misterio de la fe" pero también permite que el sacerdote diga: "Este es el sacramento de nuestra fe". En este último caso no se tiene en cuenta que Cristo instituyó siete sacramentos. Tampoco que la Eucaristía no se nos presenta tan solo como Sacramento (la Sagrada Comunión), sino ante todo como Sacrificio (la Santa Misa).

En la misa revisada por San Pío V, la expresión "mysterium fidei", es-taba colocada en el corazón de la consagración. Ha sido quitada de ahí en el nuevo misal, para que sirva como introducción a las aclamaciones de la anamnesis. De este modo, cambia su significado. En efecto, el misal tradicional, al colocar esa expresión en el centro mismo de las palabras de la consagración, suscita el acto de fe en la presencia de Cristo realizada por la transubstanciación, y marca la cumbre de la misa: ahí está el sacrificio, al estar presente Cristo en estado de inmolación, y al significar las especies de pan y vino la separación del cuerpo y de la sangre de Cristo en el momento de su pasión. En cambio, en el nuevo misal, el *Mysterium fidei* ya no es el indicado por la consagración sacrificial, sino todo el conjunto de los misterios de la vida de Cristo, proclamados de modo conmemorativo: "*Este es el misterio de la fe. Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven Señor, Jesús!*".

Este cambio desplaza el centro de gravedad de la misa y manifiesta la diferencia fundamental que hay entre el misal tradicional y el nuevo. Para el primero la misa es ofrenda sacrificial del cuerpo y la sangre de Cristo, realmente presentes por la transubstanciación, mientras que el segundo la entiende como memorial de la Pascua de Cristo (cfr. *El problema de la reforma litúrgica*, capítulo D).

Además, se agrega intempestivamente un **diálogo posconsagratorio**. Ahora bien, es el momento para el sacerdote de ofrecer a Dios la hostia pura que acaba de inmolarse místicamente por sus palabras, pero toda-vía no es el momento de ocuparse de los fieles; mucho menos de dirigirse a ellos guardando silencio sobre los aspectos primeros del *mysterium fidei*: inmolación actual, presencia real.

**(34)** La aclamación asignada al pueblo para decir después de la Consagración ("Anunciamos...") introduce, bajo la apariencia de escatologismo, una nueva ambigüedad sobre la Presencia Real. En efecto, se proclama oralmente, sin solución de continuidad después de la consagración, la expectación de la segunda venida de Cristo en la consumación de los tiempos, **en el mismo momento en el que Él se halla verdadera, real y substancialmente presente sobre el altar, como si solo aquella fuera Su verdadera venida, pero no ésta.**

Y esto se recalca con mayor vigor en la fórmula de aclamación a elegir libremente: "*Cada vez que comemos este pan y bebemos el cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, basta que vengas*", donde se mezclan con la máxima ambigüedad cosas diversas, como la inmolación y la manducación, la Presencia Real y la Segunda Venida de Cristo. Incluso, esta segunda aclamación separa de modo claro "*Mysterium Fidei*" de la consagración, vinculándolo a la comunión.

Además, es una absurda ruptura en el discurso, pues mientras nos estamos dirigiendo a Dios Padre, de pronto y bruscamente lo hacemos al Hijo.

**(35)** En el momento en que era obvio que debía hablar del sacrificio, por-que se trata de ofrecer al Padre la víctima inmolada sobre el altar, la nueva oración de las cuatro Preces (1, 2, 3 y 4) dice: "*Al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo*". Enseña el Concilio de Trento: "Si alguno dijere que el sacrificio de la Misa solo es... mera conmemoración del sacrificio cumplido en la cruz... sea anatema" (Dz 950). La nueva misa no contiene herejía formal porque no afirma que la Misa sea solo conmemoración; pero afirma que lo es y se calla que sea sacrificio en el preciso momento en que se

consume el sacrificio. Véase la "notoria" omisión de la oración 2 de la palabra "sacrificio" y también de la palabra "eterna" tanto en referencia al "pan de vida" como al "cáliz de salvación".

(36) Mientras que el misal revisado por San Pío V ejecuta un sacrificio al que se le llama eucarístico en razón de una de sus finalidades, en la Oración Eucarística 3 pareciera que el nuevo misal pretende realizar en primer lugar un memorial de acción de gracias, uno de cuyos hechos conmemorados es el sacrificio.

(37) Al Padre ya no se le pide que mire con una mirada favorable una hostia de propiciación, sin mancha e inmaculada, sino solamente que mire nuestra ofrenda bondadosamente (y esto solo en la O.E 1).

(38) Se suprimen las referencias a los sacrificios figurativos en las Oraciones Eucarísticas 2, 3 y 4, negándose a sugerirnos que la Misa es el sacrificio perfecto que realiza aquéllos. Que el Viejo Testamento sea la figura del Nuevo, en particular que los sacrificios de los patriarcas y de los levitas hayan sido agradables a Dios **solamente** en consideración del Sacrificio de la Cruz, y por ende de la Misa que contiene de una manera mística pero real el Sacrificio de la Cruz. Esto deja entender suficientemente que el Sacrificio de la Misa no es figura sino realidad. Eso parece haber convencido a algunos de la necesidad de sacar todo lo que hubiera presentado alguna equivalencia con el gran texto que une y opone las dos categorías de sacrificios.

(39) Igualmente se ha sacado toda referencia al **altar** en las Oraciones Eucarísticas 2, 3 y 4. "*Los... sacerdotes, en cuanto presidentes de la cena eucarística, se colocan o se sientan cara al pueblo detrás del altar, convertido en simple mesa, dirigiendo la mirada a la asamblea reunida. No les incomoda dar la espalda al altar mayor o al sagrario donde hace pocos años al celebrar el Santo Sacrificio ellos y los asistentes en oración dirigían sus miradas*" (Klaus Gamber, op.cit., pág. 52).

(40) En la Oración Eucarística 2 se pide la unidad de los que participan del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Pero no se puede unir lo que ya está unido. Pues bien, los que asisten a misa ya están unidos: en el mismo lugar, en la misma oración, y pertenecen a la misma fe religiosa. Por lo tanto, esta oración parece ser ecuménica y referirse a todos los bautizados, los que participan del Cuerpo y de la Sangre del Salvador por el bautismo.

(41) Nuevamente, se verifica la omisión en la Oración Eucarística 3 del "siempre" en referencia a la virginidad de María.

(42) Mientras que el sacerdote que ofrece la Misa según el Misal revisado por San Pío V pide al Padre que reúna a todos sus hijos, no de cualquier manera, sino en la Iglesia santa y católica ("dignate pacificarla y aunarla", cfr. pág. 86) por el contrario el sacerdote que ofrece según aquella misma O.E. 3 no lo precisa. El Novus Ordo ignora con propósito deliberado este efecto primero del Sacrificio: reunir, pero no en cualquier lugar a las ovejas dispersas.

(43) El nuevo misal oculta igualmente todo lo que se refiere a la pena que sufren las almas del purgatorio. El misal revisado por San Pío V, al pedir el *locum* refrigerii para el alma difunta, deja entrever claramente las penas que pudiera estar sufriendo. La Oración Eucarística 1 habla, en cambio del lugar del *consuelo*. Las nuevas plegarias (2, 3 y 4) dicen simplemente "admítelos a contemplar la luz de tu rostro" (la O.E. 2), o "recíbelos en tu Reino" (O.E. 3). La Oración Eucarística 4 directamente no pide nada para los difuntos, indicándoselos a Dios únicamente con un "Acuérdate".

(44) Se elimina la referencia a que *nosotros somos los pecadores* (en coincidencia con la pérdida de sentido expiatorio del sacrificio) y se endosa la condición pecadora en la Oración Eucarística 4 a *toda la creación*, más en consonancia con la idea protestante de "corrupción total" de la naturaleza creada (cfr. nota 51. pág 85)

(45) También vemos cómo donde antes se decía "no por nuestros méritos, sino como Perdonador que eras de nuestras culpas", se ha cambiado en el Novus Ordo (Oración Eucarística 1) por "sino conforme a tu bondad". Nuevamente verificamos la eliminación de todo aquello que haga referencia con alguna insistencia a la *culpa* y el *perdón* consiguiente.

Aquí finalizan las Oraciones Eucarísticas. Como corolario de todo lo dicho podemos citar nuevamente a K. Gamber: "Los tres nuevos cánones constituyen por sí mismos **una ruptura completa con la tradición**"

(1) ("La reforma de la liturgia romana", p. 31).

Queda claro que, después de las cinco oraciones oblativas, adorantes y suplicantes que preparan la consagración, después del *Te igitur* y del *Memento*, después del *Communicantes*, del *Hanc igitur* y del

*Quam oblationem*, cuando el sacerdote llega a decir las palabras de la consagración está lo suficientemente iluminado sobre su realidad objetiva, su consistencia real, su alcance infinito. Las fórmulas que rodean la consagración, sean antes o después, manifiestan su realismo sacramental con tanto vigor que es moralmente imposible decir las palabras de la consagración a título de una simple evocación simbólica, y por lo tanto inoperante y vacía. Por oposición queda claro, también, que la supresión de todas estas oraciones es un atentado directo a esa presencia real sacramental y a la finalidad propiciatoria del sacrificio.

(46) La palabra "deuda" siempre ha expresado mucho más claramente el estado de débito pendiente de una *satisfacción*, que la palabra "ofensa". Este cambio se explica a la luz de la "nueva teología" que niega que el pecado tenga que considerarse desde el ángulo de la justicia divina y, por lo tanto, no le acarrea ninguna deuda de justicia con Dios. En efecto, estos teólogos dicen que así como el don de una criatura no le agrega nada a Dios, el pecado tampoco le quita nada. Esta afirmación tiene una ambigüedad importante: aunque es evidente que el pecado no le quita nada a la *naturaleza* de Dios, lesiona sin embargo su *derecho* a ser adorado y obedecido. Se olvida que se puede hacer una injuria al honor de Dios (y por consiguiente hay un deber de reparación) sin que eso cause ningún perjuicio a su naturaleza. Santo Tomás de Aquino afirma: "*Por los actos humanos, a Dios en sí mismo nada se le puede dar ni quitar; no obstante, el hombre en cuanto depende de él, algo subtrae a Dios o le ofrece cuando guarda o no el orden establecido por Él*" (Suma Teológica, I-II, q. 21, a.4, ad 1). Cuando el pecador niega a Dios el honor debido, se constituye en su enemigo y en su deudor en justicia. Según la nueva teología, por el contrario cuando el hombre peca parece perjudicarse solo a sí mismo o a la sociedad y no a Dios. El pecado no lesionaría la justicia de Dios, sino solamente su amor, en el sentido en que es un rechazo de ese amor. Pretendiendo exaltar la liberalidad de Dios en la obra de la Creación, considera que se la ensombrecería si se hiciese de Dios un celoso defensor de su propio honor. Así se afirma que el amor que Dios nos tiene no disminuye nunca, aunque nuestros corazones se cierran a este amor. Como el amor de Dios continúa a pesar del pecado, y como su justicia no exige ninguna compensación, sería contrario a la bondad de Dios el infligirnos penas como consecuencia de nuestros pecados. Se olvida así la enseñanza de San Pablo, según la cual el pecado provoca la cólera de Dios (Rom 6, 15 y 9, 22; Col 3, 6; Ef 2, 3 y 5, 6), que se manifiesta aquí en la tierra (Rom I, 18; I Tes 2, 16) con la asignación de penas (Heb 3, 9-11), pero que brillará sobre todo en el Juicio Final (Rom 2, 5ss; 3, 5; 12, 19; I Tes 1, 10; 5, 9; Heb 4, 3) (cfr. *El problema de la reforma litúrgica*, pag. 53-54).

(47) Las referencias a la Virgen y a los Santos desaparecen del **Libera nos**.

(48) En el Misal de Paulo VI leemos: "expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Iesu Christi". La traducción oficial en lengua española dice: "Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo". La omisión es grave, pues se ha prescindido de "beatam spem" que, traducido, equivale a "bienaventurada esperanza, es decir, *bienaventuranza esperada*". Se omite nada menos lo que debe anhelar todo fiel cristiano después de su muerte temporal: el premio de la gloria bienaventurada. La correcta traducción es: "mientras anhelamos la bienaventuranza esperada y la venida de nuestro Salvador Jesucristo"

(49) Es verdad que los ritos orientales conocen esta doxología, aunque en una forma (trinitaria) más desarrollada; pero ella sirve al celebrante para concluir la oración del Señor dicha por el coro. En el nuevo ordo de la misa esta doxología recitada por el pueblo en el contexto en que se dice, es una clara copia del culto protestante.

(50) Otra traducción decía: "Esta mezcla del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, alimento en nosotros la vida eterna". Sin embargo el texto unificado en lengua española vuelve a cambiar el acento al reemplazar "en nosotros" por "para nosotros" con lo que se vuelve a verificar la tendencia subjetivista típica del pensamiento protestante. Nótese cómo progresivamente se ha pasado desde la fórmula "objetiva" del rito de siempre que decía "sírvanos a los que la recibimos para la vida eterna" a fórmulas más afines al sentir protestante.

En la nueva misa aparece una traducción en singular de la triple aclamación del "Cordero de Dios que quitas **el** pecado del mundo" cuando en realidad debería traducirse por "Cordero de Dios que quitas **los** pecados (es decir, los *nuestros* y *los de todos los hombres*) del mundo" (cfr. nota 44, pág. 79).

(52) En la oración "Domine Jesu Christe" (*Señor, jesucristo*) el sacerdote pide perdón por sus pecados personales (ne respicias peccata mea, no mi-res mis pecados); el Novus Ordo, para eliminar la distinción del sacerdote que actúa separadamente de la asamblea de los fieles, ha alterado las palabras reemplazándolas por "peccata nostra", "nuestros pecados" (cfr. pág. 84, Oración eucarística 1; cfr. nota 44, pág. 79).

(53) La invitación al convite de Cristo, que sigue a la preparación privada del sacerdote, y precede al acto de humildad anterior a la Comunión, termina en el Misal de Paulo VI, de la siguiente manera: *Beati qui ad cenam] Agni vocati sunt*. Palabras que se traducen erróneamente por *dichosos los invitados a la cena del Señor*.

No se trata de "esta" cena sino que se trata de la Cena del Cordero, que es el cielo (cf. Apoc 19, 9), es decir, la gloria eterna prometida por Cristo a cada uno de los elegidos inmediatamente después de la muerte terrenal o inmediatamente después de haberse purificado en el Purgatorio. La verdadera traducción debería ser: "Bienaventurados los que han sido llamados a la Cena del Cordero".

(54) Se suprime la referencia al alma.

(55) Nuevamente se elimina la referencia al "alma".

(56) Como el aspecto convivial es el que predomina, se relativiza la santificación personal que representa la comunión. Cuando se distribuye la comunión, por ejemplo, las palabras: "El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo *guarde tu alma para la vida eterna*" se han suprimido; y se han suprimido igualmente en el nuevo misal las graves amonestaciones de San Pablo, recordadas el Jueves Santo y en la fiesta de Corpus en el misal revisado por San Pío V: "Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, se rá reo del cuerpo y de la sangre del Señor" (I Cor 11, 27-29).

(57) Nuevamente se elimina toda referencia a las denominadas "Intenciones de la misa". Al final de la misa el sacerdote rogaba a la Santísima Trinidad que el sacrificio fuera **propiciatorio** "para mí y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido". Hoy, cuando muere nuestra madre o está enfermo un hijo, o nuestra mujer va a sufrir una operación, o si nos aqueja alguna especial congoja o buscamos alivio para cualquier necesidad, en lo primero que debería pensar un católico practicante es en acudir a un sacerdote para que "nos diga una misa" por esa intención.

Esta costumbre la aborrecían singularmente los protestantes del siglo XVI que, como predicaban la "justificación por la fe" solamente, no podían aceptar que su salvación dependiera de la gracia recibida por los sacramentos visibles. El gran propósito de Cranmer(2) (1489-1556) fue destruir la fe en la eficacia de la misa como instrumento de salvación. Escribió en 1550: " *El propio tronco del árbol, o más bien las raíces de la mala yerba, es la doctrina papista de la transubstanciación, de la presencia real de la carne y sangre de Cristo en el sacramento del altar (como lo denominan) y del sacrificio y oblación de Cristo que hace el celebrante por la salvación de vivos y difuntos*".

### Notas:

(1) Respecto al argumento a veces esgrimido por los defensores de la perfecta ortodoxia del Novus Ordo Missae en el sentido de que los sacerdotes que puedan tener algún tipo de reparo en recitar las "nuevas" Oraciones Eucarísticas (2, 3 y 4) siempre tendrían la posibilidad de recurrir a la Oración Eucarística 1 la que, salvo algunos "pequeños" cambios, conservaría la correcta teología de la Misa, se puede señalar lo siguiente. En primer lugar, en el plano teórico, los cambios y supresiones del (mal) llamado Canon romano –y en las otras partes de la Misa– no son menores y se ha mostrado en este Estudio Comparativo cómo esas modificaciones son suficientes para disminuir de manera notable la explicitación de la idea de sacrificio propiciatorio y la identidad del ministerio sacerdotal según lo había definido siempre la Iglesia Católica. Y en segundo lugar, en el plano fáctico, se debe tener presente la sugestiva unanimidad de los sacerdotes en muchos países del mundo para ignorar olímpicamente la Oración Eucarística 1 (es decir, la supuestamente más ortodoxa) en favor de alguna de las otras tres. De hecho, en la Argentina, por ejemplo, aún los sacerdotes más atentos a la celebración cuidadosa del culto, rara vez apelan a este "canon largo" y, en cambio, casi todos rezan la O.E. 2, precisamente la que se considera más compatible con las creencias protestantes.

(2) Clérigo hereje y "reformador" inglés nombrado arzobispo de Canterbury por Enrique VIII (1533). En esta calidad declaró el matrimonio de Enrique y Catalina de Aragón nulo e inválido, facilitando la unión de Enrique y Ana Bolena. Defendió con energía la ruptura de todos los lazos con Roma. Alentó el matrimonio de los clérigos, la supremacía de la Corona en asuntos eclesiásticos y combatió la doctrina católica de la transubstanciación.

Augusto del Río "El drama litúrgico"

## LA PROTESTANTIZACION LITURGICA AVANZA

En La nostra valle, publicación mensual interparroquial de la diócesis de Fano-Fossombrone (julio 1997, págs. 4-5) leemos el titular:  
Menos misas para una misa más verdadera [isic!].

El articulista se alegra de "oír decir" que "nuestros obispos italianos han dado normas concretas" para la celebración de las misas: "por ejemplo: en una misma iglesia, entre una celebración y otra, interpóngase un espacio de tiempo razonable, cuantificado en una hora y media por lo menos" (aunque el articulista no lo precise, hemos de suponer que se trata de las misas de los días festivos, dado que una hora y media de intervalo para la minimisa de Pablo VI, que no supera el cuarto de hora ni aun en el mejor de los casos, sería absolutamente incomprensible en los días laborables). Motivo de la disposición: "no encaballar las celebraciones... no debe uno sentirse forzado a desarrollar aprisa una liturgia para no invadir el tiempo asignado a la siguiente". Supuesto eso, aunque no sea verdad, ¿no habría estado más en consonancia con la fe limitar el tiempo de la homilía (generalmente tan prolija como vacía, o algo peor todavía), antes que limitar el número de las misas? Porque una disminución ulterior del número de las misas es la consecuencia inevitable de la disposición susomentada. De aquí la consigna lanzada por el artículo: "menos misas y más misa", o sea, "un menor número de misas para una misa más verdadera". Sí, porque -explica el articulista- ésta es la "razón de fondo" de las disposiciones dictadas por el episcopado italiano: "es pastoralmente oportuno, mejor dicho, necesario, disminuir el número de las misas" (como si su número no hubiera sido ya disminuido considerablemente por las "concelebraciones", en las cuales hay muchos concelebrantes, pero una sola misa), dado que su multiplicación (se entiende que en tiempos pasados) "no favoreció el incremento de la estima en que tenían los fieles un acto tan divinamente grande cual es el de la celebración de la Eucaristía (...) La multiplicación de las misas ha ofuscado su valor, rebajando su celebración al nivel de lo rutinario, de lo obligatorio (iprecepto!) [isic!], del mero sufragio por los difuntos, de lo devocionista; la celebración por excelencia se ha convertido en la celebración útil para todas las circunstancias... [¿pues qué? ¿es que no lo es?] He aquí los 'Oficios de misa' por los muertos [ihorror!]: una misa celebrada tras otra; he aquí las 'fiestas', cuya solemnidad se mide por el número de sus misas...".

### Médico, icúrate a tí mismo!

Ante todo, es evidente que quien así escribe (y hacemos votos por que no sea un sacerdote, como todavía nos tememos) no tiene en la menor estima ni la santa misa ni su "divina grandeza", a pesar de que afirme ésta y se yerga en su paladín.

El concilio de Trento definió solemnemente que Nuestro Señor Jesucristo instituyó la santa misa a fin de que la virtud salvífica de su sacrificio cruento "se nos aplique para la remisión de los pecados que diariamente cometemos" (Denz. 938), y Pío XII escribe en la Mediator Dei, ratificando dicha enseñanza solemne: "el augusto sacrificio del altar es un insigne instrumento para la distribución a los creyentes de los méritos derivados de la Cruz del Divino Redentor: 'cada vez que se ofrece tal sacrificio se cumple la obra de nuestra Redención'" (1).

En conclusión, diremos con el P. De Condren que "el sacrificio de la cruz merece todo, pero no aplica nada; el sacrificio de la misa no merece nada, pero aplica todo" (2).

Ahora bien, puesto que la misa nos aplica todos los méritos del Calvario, es menester decir con Sto. Tomás: "el bien común espiritual de toda la Iglesia se contiene esencialmente en el sacramento de la eucaristía" (3), y puesto que "con más misas... se multiplica la oblación del sacrificio y, por eso, se multiplica el efecto del sacrificio" (4), multiplicar las misas significa multiplicar la efusión sacramental de la sangre de Cristo, y por ende de toda gracia, sobre la Iglesia y sobre la humanidad entera.

Si el articulista de La nostra valle creyera, con la Iglesia, que cada vez que se celebra una misa "se cumple la obra de nuestra redención", consideraría, con la Iglesia, "pastoralmente oportuno, mejor dicho, necesario", no disminuir, sino multiplicar el número de las misas.

### El eco de Lutero

Es digna de nota la impresionante semejanza que reina entre los motivos pretextados por el articulista de La nostra valle y las "razones" aducidas en su tiempo por Lutero y sus colegas "reformadores".



En la Confesión Augustana, que, aunque redactada por Melancton, expresa la "teología" de Lutero y aún hoy la consideran los protestantes "como la expresión oficial de la fe de la iglesia luterana" (5), se lee: "es manifiesto -dicho sea sin jactancia- que la misa se celebra con más recogimiento y seriedad entre nosotros [protestantes] que entre los enemigos de nuestra causa [la Iglesia Católica]" (6). ¡Como si la disputa versara sobre el fervor subjetivo, personal, y no sobre el valor intrínseco, objetivo, de la misa, sacrificio verdadero y propio, y no conmemoración pura y simple de la Cena y del Calvario!

En la Confesión Augustana se pasa después al ataque contra las "misas inútiles y superfluas": del "abominable error" de la misa como sacrificio "vino la gran cantidad, y la cantidad incalculable, de las misas. Se pretendía obtener así con tal acto todo aquello de que se tenía necesidad. Al mismo tiempo, la fe en Cristo y el verdadero culto a Dios caían en el olvido" (7). También los protestantes, pues, pedían "menos misas y más misa", o sea: "un menor número de misas para una misa más verdadera".

No obstante, los luteranos eran coherentes con su herejía: rechazaban la praxis católica de la multiplicación de las misas porque rechazaban la doctrina católica de la misa como sacrificio; ¿a santo de qué multiplicar un simple "memorial", una "conmemoración pura y simple" del sacrificio cumplido y concluido de una vez por todas?

Pero... ¿y el articulista de La nostra valle? ¿Es un incoherente? ¿U otro hereje?

### **De la misa "protestantizada" a una mentalidad protestantizante**

En Si Sì No No (ed. it., 30 noviembre 1996), en la sección Semper infideles, escribimos en torno a otra "novedad" lanzada por un boletín parroquial de la diócesis del Card. Carlo M. Martini, S.I.: la misa sin comunidad "sólo da miedo"; por tanto, es "absolutamente" necesario reducir el número de las misas en los días de fiesta para tener "menos misas" y "más comunidad" (el pretexto es distinto, pero el blanco es el mismo).

Éste es también el eco "católico" de la polémica luterana contra las "misas dichas en un rincón" (Winkelmess), esto es, "las misas privadas, celebradas por sólo el sacerdote, sin la asistencia de los fieles" (8). Pero también aquí los luteranos son coherentes con su herejía: en efecto, al negar la misa como sacrificio, niegan el valor objetivo, intrínseco, de la santa misa. Pero los católicos, que saben que la misa tiene valor en sí, independientemente del número de los presentes, o mejor aún: independientemente de la misma presencia de los fieles, ¿pueden seguir llamándose católicos cuando, como los protestantes, hacen depender el valor de la misa de la asistencia de la comunidad, y de una comunidad numerosa?

En la Mediator Dei (1947), Pío XII, entre las desviaciones que entonces se propagaban subrepticamente, y que -escribe- "contaminan" la auspiciada "renovación litúrgica" con "errores que atañen a la fe católica y a la doctrina ascética", condena también el error de los que, "acercándose a errores ya condenados, enseñan (...) que es preferible que los sacerdotes 'concelebren' junto con el pueblo presente a que, en ausencia de éste, ofrezcan privadamente el sacrificio" y hasta "reprueban absolutamente las misas que se celebran en privado y sin la asistencia del pueblo", o afirman también "que los sacerdotes no pueden ofrecer la víctima divina en distintos altares al mismo tiempo, porque de esta manera disocian a la comunidad y ponen en peligro su unidad". Salta a la vista que hoy triunfan los errores condenados por Pío XII, "errores que atañen a la fe católica" y, tras ellos, triunfan aquéllos "errores ya condenados" a los que se acercan: los errores de Lutero y de los demás heresiarcas del protestantismo.

El Novus Ordo Missae nos dio un rito de la misa con el que "se acerca uno, sustancialmente, a la teología protestante, que destruyó el sacrificio de la misa" (9). Hoy recogemos los frutos de la misa "protestantizada": una mentalidad cada vez más protestantizante. Y es inevitable: la lex orandi es inseparable de la lex credendi; se reza como se cree y se cree como se reza: si se reza como los protestantes, se acaba pensando como ellos.

### **"Una simple fiesta de la unidad humana"**

Hasta aquí el desprecio sustancial que muestra sentir por la misa el articulista de La nostra valle. Sin embargo, tocante a los fieles, al articulista le asalta una duda: la de que su menosprecio de la misa no se deba a la multiplicación de las misas, sino a factores muy distintos, entre los cuales se cuenta, aunque no en último lugar, la subversión puesta en marcha por el Papa Montini so capa de "reforma litúrgica".

Que los fieles estimen la misa no se consigue disminuyendo el número de las misas, sino restableciendo aquel rito que es una "continua profesión de la fe católica" (Pío XII, *Mystici corporis*) con la dignidad que tuvo siempre y que hoy ya no tiene y, simultáneamente, alimentando la piedad personal o subjetiva, tan denigrada hoy (también por el articulista) como "devocionismo".

En la *Mediator Dei* condenó también Pío XII el error, que entonces ya se anunciaba, de cuantos "querrían abandonar o atenuar la 'piedad subjetiva' o personal", porque "consideran que se deben abandonar las otras prácticas religiosas no estrictamente litúrgicas y cumplidas fuera del culto privado".

"Es verdad -escribe- que los sacramentos y el sacrificio del altar tienen una virtud intrínseca en cuanto que son acciones del mismo Cristo que comunica y difunde la gracia de la cabeza divina en los miembros del cuerpo místico; pero, para tener la debida eficacia, exigen buenas disposiciones de nuestra alma". Y estas buenas disposiciones se crean recurriendo precisamente a "todas las previsiones y los ejercicios de piedad no estrictamente litúrgicos", como "la meditación de las realidades sobrenaturales", el examen de conciencia, y todas las demás "prácticas espirituales" (hoy en desuso): "de esta manera, la acción privada y el esfuerzo ascético dirigido a la purificación del alma estimulan las energías de los fieles y los disponen para participar con mejores disposiciones del augusto sacrificio del altar, para recabar mejor fruto de la recepción de los sacramentos, para celebrar los sagrados ritos de manera que salgan de ellos más animados y formados en la plegaria y en la abnegación cristiana, para cooperar activamente con las inspiraciones y con las invitaciones de la gracia, y para imitar, cada día más, las virtudes del Redentor, no sólo en su propio provecho, sino también en el de todo el cuerpo de la Iglesia, en el que todo el bien que se cumple proviene de la virtud de la Cabeza y redundan en beneficio de los miembros". De la piedad personal nace así la participación fructífera, y de la participación fructífera, la estima de la Santa Misa.

"Por grandes motivos -señala Pío XII- prescribe la Iglesia a los ministros del altar y a los religiosos que, en los tiempos establecidos, vaquen a la pía meditación, al diligente examen y enmienda de la conciencia, y a los otros espirituales ejercicios (cfr. CIC, can. 125, 126, 565, 571, 595, 1367), puesto que están aquéllos destinados de manera particular a cumplir las funciones litúrgicas del sacrificio y de la alabanza divina", y concluye: "sin duda, la plegaria eucarística, al ser una súplica pública de la ínclita esposa de Jesucristo, tiene una dignidad mayor que la de la plegarias privadas; pero dicha superioridad no significa que entre estos dos géneros de plegaria haya contraste u oposición. Entrambas se funden y se armonizan porque están animadas por un único espíritu: 'Cristo lo es todo en todos' (Col. 3, 11), y tienden al mismo objeto: 'hasta ver a Cristo formado en vosotros' (cfr. Gál. 4, 19)".

Ahora bien, ¿qué ha sido de la "piedad subjetiva" y de las "plegarias privadas" tras el Concilio? Dejemos que nos lo diga el Card. Siri, que escribía en 1978: "se ensaya un tipo de oración que se considera válida sólo si se la hace en comunidad y en virtud de la comunidad. A la oración privada, más que negligirla, se la escarnece, con el resultado de que no se ruega si no se halla uno en una comunidad. Parece un simple error de hecho, pero no es así, por el contrario. Bajo él se difunden errores subrepticamente, no directamente percibidos, pero adquiridos inconscientemente mediante la praxis: cuando se hagan conscientes constituiránla mejores muestras de la rabia contra todo lo que es, lo que fue y lo que será. He aquí los errores: negación de la persona en provecho de la comunidad: no es difícil ver en ello una probable marca marxista: la exageración de la comunidad, no tanto por amor a la comunidad (o al ghetto, tal vez) cuanto porque la cosa da prioridad a la base sobre el vértice; o sea: invierte la institución de la Iglesia y, por tanto, la hace grata a los supuestos protestantes (...) No es difícil ver en ello la pezuña (\*) de los que querrían volver a Lutero. Para colmo hay de por medio un Concilio Ecuménico Tridentino que creyó que hacía infaliblemente muchas decenas de definiciones en sentido estricto. La praxis inconsciente es el camino del error subversivo. La doctrina católica, magníficamente expuesta y resumida en la '*Mediator Dei*', da a la piedad y a la oración privada lo que les corresponde en tanto que principios de verdad y diligencia para la oración pública y oficial. Los que en la iglesias hacen retumbar continuamente los oídos, no dejando instante alguno para la concentración personal, están sin saberlo (¡esperémoslo!) en la parte no bien informada [caritativo eufemismo]" (10).

Al mismo tiempo, mientras se denigraba y desanimaba la piedad personal, se introducían en la misa, reducida a un rito presuroso y ambiguo: "costumbres estrambóticas y dignas de un circo -sigue diciendo el Card. Siri-, conque no maravilla que la Eucaristía se vuelva para algunos una simple fiesta de la unidad humana" (12). Con la estima que merece "una simple fiesta de la unidad humana" -agregamos nosotros-

### **Dos jubileos y el triunfo de la "secta antilitúrgica"**

Y he aquí la exhortación final del articulista de *La Nostra Valle*: "en este primer año del trienio de preparación inmediata para el jubileo del dos mil (...) la reflexión encaminada a obrar nuestra 'conversión'

debería conducirnos a poner la eucaristía en el centro de nuestro trabajo de revisión y de compromiso"; trabajo de "revisión" cuya primera etapa estriba en la disminución ulterior del número de misas, notablemente disminuido ya por las concelebraciones. Exactamente en las antípodas del "año de Jesucristo" celebrado por Pío XI para conmemorar el XIX Centenario de la Redención (1935). En aquella ocasión se celebraron en la gruta de Lourdes, ininterrumpidamente, por tres días y tres noches, ciento cuarenta misas, como conclusión del "Jubileo de la redención humana", con sumo agrado de Pío XI, que aplaude "sin reservas" la iniciativa (emulada en otras diócesis) en una Carta a Mons. Gerlier, obispo de Lourdes, en la que declara que el jubileo no podía concluirse "más digna y convenientemente".

Hoy, a un jubileo concluido con la multiplicación de las misas se quiere oponer, al parecer, un jubileo coronado por la... disminución del número de las misas.

Tiene todos los visos de ser una profecía cuanto escribía Dom Guéranger respecto a la que él denominaba "secta antilitúrgica". A propósito del sínodo de Pistoia, cuyos errores derivan del protestantismo por conducto del jansenismo, escribe Dom Guéranger: "pero, volviendo al divino sacrificio, mirad con cuánta insistencia se repite esta verdad (en sí misma incontestable, mas de la cual es tan fácil abusar en esta época de calvinismo enmascarado): que el pueblo ofrece [el sacrificio] junto con el sacerdote (...) Y no le basta a la secta, la cual puede insultar al sacrificio católico, pero no puede abolirlo. Por ello, todo su esfuerzo tenderá a hacer menos frecuente su celebración (...) la veremos prohibir la celebración simultánea de las misas en una misma iglesia; llegará hasta a reducir el número de los altares a uno sólo (...) hallará un nuevo medio para limitar ulteriormente la oblación de este sacrificio que tan odioso le resulta: será el restablecimiento del uso de la iglesia primitiva, según el cual todos los sacerdotes de una iglesia concelebraban una única misa..." (13)

A partir de la "reforma litúrgica" de Pablo VI hemos asistido a la puntual realización de este programa de "autodemolición" litúrgica, y si las cosas andan como auspicia el articulista de La nostra valle, el jubileo del 2000 coronará, entre otras cosas, también el triunfo de la "secta antilitúrgica".

*Hil*

#### **NOTAS:**

(1) *Missale Romanum, secreta del IX domingo después de Pentecostés, citada también por el Vaticano II en el Decreto Presbyterorum Ordinis.*

(2) *Cit. en Per meglio servire Dio, Ed. Paoline, 1957.*

(3) *S. Th. II q. 65 a. 3 ad 1: Bonum commune spirituale totius Ecclesiae continetur substantialiter in ipso Eucharistiae sacramento. Cfr. Concilio de Trento, sesión del 17 de septiembre de 1562: decreto sobre la Santa Misa.*

(4) *S. Th. III q. 79 a. 7 ad 3: In pluribus vero missis multiplicatur sacrificii oblatio. Et ideo multiplicatur effectus Sacrificii [a buen seguro que en un número mayor de misas se multiplica la oblación del sacrificio, y por esta razón se multiplica el efecto del sacrificio].*

(5) *Según Pierre Jundt en la introducción a La Confession d'Augsbourg (traducción de la Alianza Nacional de las Iglesias Luteranas de Francia, 1979).*

(6) *Ivi.*

(7) *Ivi.*

(8) *Ivi.*

(9) *Breve examen crítico del 'Novus Ordo Missae', presentado a Pablo VI por los cardenales Ottaviani y Bacci.*

(10) *Renovatio XIII (1978), fasc. 2, págs. 147-150.*

(11) *Rivista Diocesana Genovese, octubre 1977, págs. 278-280.*

(12) *Renovatio VI (1970), fasc. 4, págs. 477-490.*

(13) *Dom Guéranger, Institutions liturgiques, Le Mans-París 1841, t. II, págs. 607 y ss.*

(\*) N. del T.: la palabra zampino, que hemos vertido por pezuña, significa propiamente la pata de un animal pequeño; pero se la usa para denotar una intrusión astuta y no manifiesta.

Fuente: Revista anti-modernista "SI SI NO NO"

## **FRATERNIDAD SACERDOTAL SAN PÍO X**

# EL PROBLEMA DE LA REFORMA LITÚRGICA

## LA MISA DE VATICANO II Y DE PABLO VI

### ESTUDIO TEOLÓGICO Y LITÚRGICO

PARA EL SANTO PADRE

Santidad:

Ya hace más de treinta años, bajo vuestro predecesor, el Papa Pablo VI, una reforma importante, que modelaba el rito latino de liturgia católica, especialmente el *Ordo Missae*.

Esa reforma suscitó inmediatamente confusiones y controversias en el mundo entero. Estudios motivados, en particular el Breve examen crítico del *Novus Ordo Missae* que los cardenales Ottavani y Bacchi entregaron al Papa Pablo VI, señalaron las deficiencias y ambigüedades inquietantes que afectan a esta reforma.

Muchos fieles y sacerdotes se inquietaron entonces en “la trágica necesidad de elegir”. Para muchos católicos fue un drama espiritual sin precedentes.

Algunos dijeron sin embargo, que el tiempo manifestaría la oportunidad de semejante reforma por sus frutos (Mt. VII, 15-20 y Lc. VI, 43-44). Ese tiempo ya ha transcurrido, y las controversias, en lugar de calmarse no hacen sino crecer cada día. Fieles, sacerdotes, Obispos y Cardenales, cada vez en mayor número, expresan su perplejidad ante la situación actual de la liturgia y su deseo de ver revivir con más amplitud la liturgia anterior a la reforma.

La liturgia ha evolucionado en el transcurso de la historia por supuesto, como los demuestran las reformas realizadas el siglo pasado por San pío X, Pío XII o Juan XXIII, pero la reforma litúrgica postconciliar, por su amplitud y brutalidad, representa una alteración inaudita, como una ruptura radical con la tradición litúrgica romana. Sobre todo, esta reforma contiene elementos inquietantes, ambiguos y peligrosos para la fe.

Ante este peligro espiritual, la verdadera obediencia a la Sede de Pedro, y la verdadera sumisión a la Iglesia, Madre y Maestra, nos ha obligado, junto a muchísimos otros católicos a través del mundo, ha permanecer fieles, cueste lo cuete, a esta venerable liturgia que celebra la Iglesia romana desde hace muchos siglos, liturgia que Vos mismo habéis celebrado en otro tiempo.

Esta es la herencia sagrada que nos ha legado el fundador de nuestra Fraternidad Sacerdotal San Pío X, Monseñor Marcel Lefebvre: “está claro que todo el drama entre Ecône y Roma se juega sobre el problema de la Misa (...) Tenemos la convicción de que el nuevo rito de la misa expresa una nueva fe, una fe que no es la nuestra, y una fe que no es la fe católica, (...) que este nuevo rito, si se puede decir así, supone otra concepción de la fe católica, (...) por esto permanecemos unidos a esta tradición que se expresa de un modo admirable y de un modo definitivo, como tan bien lo dijo el Papa San Pío V, en el sacrificio de la Misa” (29 de junio de 1976).

Tras haber reflexionado y rezado, sentimos el deber ante Dios de dirigirnos otra vez a Vuestra Santidad acerca de este problema de la liturgia. Le hemos pedido a pastores de alma calificados desde el punto de vista teológico, litúrgico y canónico, que redactaran una síntesis de algunas dificultades de las más importantes, que plantea a la fe de los católicos la liturgia que proviene de la reforma postconciliar.

Este trabajo a tratado de elevarse hasta las causas propiamente doctrinales de la crisis actual, poniendo en claro los principios que están al origen de la reforma litúrgica, y confrontándolos con la doctrina católica.

La lectura de este documento creemos que manifiesta claramente que la “teología del misterio pascual”, a la que se le abrieron las puertas con motivo del Concilio Vaticano II, es el alma de la reforma litúrgica. Al reducir el misterio de la Redención; al considerar el sacramento únicamente en su relación “misterio”; y al alterar la dimensión sacrificial de la misa por el concepto que se hace del “memorial”, esta “teología del misterio pascual”, aleja peligrosamente a la liturgia postconciliar de la doctrina católica, a la que sin embargo, la conciencia cristiana sigue estando vinculada para siempre.

Santidad.

La fe católica nos obliga gravemente a no callar las preguntas que saltan a nuestra mente.

¿No se halla en las deficiencias de esa teología y de la liturgia que proviene de ella, una de las causas principales de la crisis que afecta a la Iglesia desde hace más de treinta años? Semejante situación, ¿no pide por parte de la autoridad suprema, calificaciones doctrinales y litúrgicas? Los súbditos para cuyo bien se hace la ley, ¿no tienen derecho y obligación si la ley resulta perjudicial, de pedir al legislador con confianza filial, su modificación o abrogación?

Entre las medidas más urgentes, ¿no convendría hacer conocer de modo público, la facultad que tiene cualquier sacerdote, de celebrar según el íntegro y fecundo misal romano, revisado por San Pío V, tesoro precioso, tan profundamente enraizado en la tradición milenaria de la Iglesia, Madre y Maestra?

Estas clarificaciones doctrinales y litúrgicas, unidas a la renovación universal de la liturgia romana tradicional, no dejarían de dar inmensos frutos espirituales: restauración de la verdadera noción del sacerdocio y del sacrificio, y consiguientemente renovación de la santidad y religiosa; aumento del fervor de los fieles; refuerzo de la unidad de la Iglesia; y un fuerte impulso a la evangelización de los países que fueron cristianos y de los países infieles.

Suplicamos encarecidamente a Vuestra Santidad, que es el único que tiene el poder de hacerlo como sucesor de Pedro y pastor de la Iglesia universal, que confirme a sus hermanos en la fe, y sancione con su autoridad apostólica las clarificaciones indispensables que exige la trágica situación actual de la Iglesia.

Sin embargo, una restauración tan necesaria no podrá realizarse en la Iglesia sin una ayuda extraordinaria del Espíritu Santo a través de la intercesión de la Santísima Virgen María. Esta renovación tan deseada, nos vendrá por la oración y especialmente por el santo sacrificio de la misa, y a esto es a lo que nosotros, por nuestra parte y con la gracia de Dios, nos dedicamos y nos queremos dedicar cada vez más.

Reciba Vuestra Santidad nuestros sentimientos de respeto filial en Jesús y en María.

Monseñor Bernardo Fellay

Superior general de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X

Flavigny, fiesta de la Purificación, 2 de febrero de 2001.

## **ADVERTENCIA**

Aunque nuestro estudio plantea el problema esencial que supone la reforma litúrgica, sin embargo, trata exclusivamente, por razones de claridad, del análisis del misal de Pablo VI puesto que la misa está en el centro y en la cima de la liturgia católica.

Su desarrollo, bastante sencillo, queda expuesto en los tres “argumentos” que introducen cada una de las tres partes. Procuraremos en primer lugar poner de manifiesto la ruptura litúrgica que provocó la publicación del *Novus Ordo Missæ* de 1969 (primera parte), para establecer luego que esta ruptura se explica principalmente por el surgimiento de una nueva teología de la Redención a la que denominaremos “teología del misterio pascual”. Esta segunda parte, en algunos momentos más difícil, forma el corazón de la obra. Por último nos queda la apreciación de esta nueva teología, tomando como regla la enseñanza doctrinal infalible de la Iglesia (tercera Parte), para deducir de ella la actitud que hay que tomar frente al *Novus Ordo Missæ*. Un anexo canónico, relativo al derecho del misal revisado por San Pío V, constituirá un apoyo para esta actitud.

Este estudio, que no pretende ser exhaustivo, pretende sin embargo, llegar al fondo del problema: los textos autorizados manifiestan del modo más formal que “el misterio pascual” es la clave de interpretación de toda la reforma litúrgica.

## ABREVIACIONES

BAC *Biblioteca de Autores Cristianos*, Madrid.

CEC *Catecismo de la Iglesia Católica*, ed. francesa ¿qué edición se sigue en español???

DC *La Documentation catholique*, revista de información eclesiástica, Bayard Presse.

DZH *Enchiridion symbolorum* de Denzinger, ¿qué edición se sigue en la ed. española???

IGMR *Institutio generalis Missalis romani*. Si no se da ninguna precisión de fecha, se trata de la versión original de 1969.

JLW *Jarhbuch für Liturgiewissenschaft*. Las traducciones son las de J. C. Didier et A. Liefoghe dans T. Filthaut, en *La théologie des mystères, exposé de la controverse*, Desclée, 1954.

LMD *La Maison-Dieu*. Revista de pastoral litúrgica, de Cerf.

NDL *Nuovo dizionario di liturgia*. A cargo de Domenico Sartore e Achille M. Triacca, San Pablo, 1988.

Salvo mención contraria:

- en las citas, las cursivas son nuestras,
- las traducciones de los textos que no están en francés han sido hechas por nosotros, salvo los textos oficiales (Concilio Vaticano II, Encíclicas, etc.) para los cuales ya hay una traducción autorizada.

## PRIMERA PARTE

### LA REFORMA DE 1969

### UNA RUPTURA LITÚRGICA

### ARGUMENTO

1. El 3 de abril de 1969, día de Jueves Santo, el papa Pablo VI firmó la Constitución Apostólica *Missale romanum*, proponiendo un misal renovado para la Iglesia latina. Para esto se apoyaba en las decisiones del Concilio ecuménico Vaticano II, que en su Constitución *Sacrosanctum Concilium* (nº 21), había declarado: “para que por medio de la sagrada liturgia el pueblo cristiano obtenga con mayor seguridad gracias abundantes, la Santa Madre Iglesia quiere trabajar seriamente a la reforma general de la misma liturgia”. La ordenación de la liturgia ( y en dado caso su reforma) depende por



supuesto, únicamente de la autoridad de la Iglesia, es decir, de la Sede Apostólica y, en dependencia suya según las reglas del derecho, de los Obispos. Sin embargo, todo católico, para poder alimentarse y vivir de ella, tiene que poder hallar en los ritos litúrgicos la enseñanza auténtica del Magisterio de la Iglesia: “si se quiere distinguir y determinar de modo absoluto y general las relaciones entre la fe y la liturgia se puede decir con toda razón: *lex credendi legem statuat supplicandi*, que la regla de creer fije la regla de la oración”.

2. El Concilio de Trento en su XXIIª sesión nos recuerda los elementos obligatorios de la fe católica que se refieren a la misa. Son estos:

- a) Es un *sacrificio verdadero* que Cristo nos legó al instituir la Eucaristía: “##”
- b) Este sacrificio consiste en que Cristo, por una inmolación incruenta, hace lo que ya hizo en la Cruz ofreciéndose a sí mismo al Padre eterno como hostia agradabilísima. Este sacrificio es el mismo que el de la Cruz porque *el sacerdote y la víctima son idénticos*: “##”
- c) Como el sacrificio de la Cruz fue ofrecido para la remisión de los pecados (Heb. IX, 28), el santo sacrificio de la misa tiene una finalidad *satisfactoria*: “##”. Y el Concilio precisa: “##”.

Estos elementos doctrinales relativos a la misa son indispensables para la fe, y tenemos que poder encontrarlos en el análisis de sus ritos.

3. El análisis del nuevo misal tiene que apoyarse en el estudio correlativo del *Novus Ordo Missæ* y de la *Institutio generalis missalis romani* que sirve de prefacio al misal de 1969. En efecto: “##”. Así es como este documento introductorio fue difundido y aceptado. Las precisiones dadas en 1970 no modificaron sustancialmente ese texto, puesto que: “##”. Sin embargo señalaremos esas precisiones cada vez que sea necesario.

4. El análisis del *Novus Ordo Missæ* y de la *Institutio generalis missalis romani* nos van a obligar a darnos cuenta de que la estructura del rito ya no se funda en el sacrificio sino en la comida conmemorativa ( capítulo 1). Descubriremos igualmente que el rito ha puesto en un primer plano la presencia de Cristo en su Palabra y en su pueblo, relegando al segundo plano la presencia de Cristo como sacerdote y como víctima (capítulo 2). Por una consecuencia inevitable, la dimensión eucarística se pondrá por delante de la finalidad satisfactoria (capítulo 3). La conclusión de estas tres cosas se impondrá entonces: para designar las diferencias entre el misal tradicional y el nuevo, el término *ruptura* litúrgica es más apropiado que el de *reforma* litúrgica. Estas orientaciones totalmente nuevas tiene causas profundas, y la segunda parte de este trabajo las pondrá en evidencia.

## CAPÍTULO 1

### DEL SACRIFICIO A LA COMIDA CONMEMORATIVA

5. Una primera comparación entre el misal revisado por San Pío V y el de Pablo VI revela cierto parecido entre los dos *Ordo Missæ*: rito introductorio, *Kyrie eleison*, *Gloria*, lecturas y *Credo*, disposición de las oblatas en el altar, prefacio y *Sanctus*, consagración, *Pater*, ritos de comunión... Sin embargo, un análisis detallado de estos dos misales manifiesta que, más halla de mantenerse las apariencias materiales del rito, se ha modificado la estructura profunda de la liturgia eucarística. El nuevo misal ha reemplazado la estructura sacrificial del misal tradicional – oblación, inmolación y consumación – por la de la comida judía: berakah o bendición de los alimentos, acción de gracias conmemorativa y fracción del pan y manducación.

## I. LA ESTRUCTURA DEL MISAL TRADICIONAL: UN SACRIFICIO

6. Como la misa es un verdadero sacrificio en el que se inmola de modo incruento aquél que se ofreció de modo cruento en la Cruz (DZH 1743), la tradición eclesiástica nos ha puesto de manifiesto “el sacrificio de esta oblación pura” (Mal. I, 11) por medio de un rito explícitamente sacrificial. Pero como el hombre no puede captar con una sola mirada toda la riqueza de la acción sacrificial que realizan las palabras de la consagración, el rito litúrgico se presenta como la irradiación de este único misterio, destinado a poner en evidencia sus principales aspectos y ha hacernos participar de él.

7. Así, la misa romana ha asumido la estructura esencial del sacrificio tal como la manifiestan los sacrificios del Antiguo Testamento: oblación de la víctima (ofertorio), inmolación (doble consagración) y consumación (comunión). Pero para que el hombre comprenda bien que este desarrollo ritual no es más que una simple irradiación del único acto sacrificial, la liturgia usa desde siempre un procedimiento pedagógico: lo que aún no es más que pan y vino *ya* se considera como el cuerpo y la sangre divinamente inmolados. Del mismo modo la liturgia no vacila en tratar, después de la consagración, al pan y al vino, como si aún no hubiesen sido consagrados. Esta anticipación litúrgica explica por ejemplo, las hermosas palabras oblativas del ofertorio: “recibe Padre Santo, Dios eterno y Omnipotente *esta hostia inmaculada*”; “os ofrecemos Señor, el *cáliz de salvación*”. Gracias a esta estructura y a este procedimiento, la misa aparece como una única acción sacrificial contemplada por adelantado, ofrecida, llevada a cabo, adorada y ensalzada, y finalmente consumada en la unidad del Cuerpo Místico.

## II. LA ESTRUCTURA DEL NUEVO MISAL: UNA COMIDA CONMEMORATIVA.

8. Por su parte, algunos promotores de la pastoral litúrgica han pensado que Cristo al instituir la Eucaristía durante la cena pascual, asumió el aspecto memorial de la pascua judía sin conservar su dimensión de inmolación. Así se atenúa el vínculo que la misa tiene con la Cruz, en beneficio de la Cena. Ahora bien: la reforma litúrgica se inscribe en la perspectiva abierta por estos innovadores: la *Institutio generalis missalis romani*, en su número 2, identifica la misa con la “celebración de la Cena del Señor” en la que éste instituyó “el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre###”. Siendo así, los que definirán la estructura de la misa serán los actos rituales propios de la comida judía, puesto que esos fueron los gestos que realizó Cristo en la tarde del Jueves Santo: berakah o bendición de los alimentos, presentación de los dones, acción de gracias conmemorativa (oración eucarística) y fracción del pan o manducación (IGMR 48).

9. Así, en lugar del ofertorio, los redactores del nuevo misal creyeron que se tenía que “situar lo que hoy llamamos «relato de la institución» de la Eucaristía en su propio contexto que es el de la *berakoth* ritual de la comida judía”. La nueva “presentación de los dones” estará por consiguiente, centrada en las oraciones “tomadas en parte, palabra por palabra, a la bendición judía de la mesa”: “###”. Esas palabras, que son las de una acción de gracias (“bendito eres”), ordenada enteramente al banquete pascual (“se convertirá en pan de vida”), han reemplazado a las del misa tradicional: “###”. De este modo desaparece en la “presentación de los dones” el clima sacrificial que caracteriza al ofertorio romano: este último nos precisa que el sacrificio (la palabra se repite cuatro veces) se ofrece por nuestros pecados (*Suscipe sancte Pater*), puesto que queremos separarnos de los pecadores (*Lavabo*) por la contrición. A Dios le ofrecemos pues la hostia inmaculada (*Suscipe sancte Pater*) y el cáliz de la salvación (*Offerimus*), en el marco de la Redención obrada por Jesucristo (*Deus, qui humanæ y Suscipe, sancta Trinitas*), recurriendo a la intercesión de los santos (*Suscipe sancta Trinitas*). Le imploramos a Dios humildemente (*In spiritu humilitatis*) que acepte (*ibidem*), por su misericordia, este sacrificio para gloria de su nombre (*Veni, Sanctificator y Suscipe*

*sancta Trinitas*), parta que nos alcance la salvación (*Suscipe sancte Pater, Offerimus y Suscipe, sancta Trinitas*) a los vivos y a los difuntos (*Suscipe sancte Pater*). Estas alusiones tan numerosas ya no aparecen en la nueva “presentación de los dones”. Por esto, podemos decir con los comentaristas oficiales: “##”.

10. Al convertirse en “Plegaria eucarística” el Canon ha sido también afectado profundamente, aunque la disposición exterior de los ritos se parezca mucho. Como en la tarde de la Cena Cristo tomó el pan dando gracias, la *Institutio generalis missalis romani* presenta esta parte de la misa como una “oración de acción de gracias y de consagración” (IGMR 54), a semejanza de las oraciones de acción de gracias que acompañaban las comidas rituales judías (CEC 1328). Se precisa así mismo el plan de esta parte: “el sentido de esta plegaria es que toda la asamblea de los fieles se une a Cristo en la confesión de las hazañas de Dios y en la ofrenda del sacrificio” (IGMR 54). La ofrenda del sacrificio sucede pues a la confesión conmemorativa de las hazañas de Dios.

11. la primera parte de la Plegaria eucarística es un gran relato de la acción de gracias en cuyo interior las fórmulas consagradoras ocupan su lugar, consideradas como *relato* de la Institución (IGMR 55 d). Aunque todas las Plegarias eucarísticas están marcadas por esta concepción, la Plegaria IV es la más reveladora: “##” (IGMR 48 § 2). Así, la doble consagración se pospone a un segundo plano, estando enmarcada por otra parte por una dimensión conmemorativa más que sacrificial; considera más un pasado que ya tuvo lugar que la realización presente de un efecto cualquiera, pero lo que indica este paso de la primacía sacrificial a la de comida conmemorativa son sobre todo las modificaciones hechas a las palabras de la consagración.

- En primer lugar el nuevo misal ha introducido en la forma misma del sacramento las palabras “tomad y comed todos de él” y “tomad y bebed todos de él”, que en el misal tradicional están claramente separadas de las palabras de la consagración. Así, en el corazón misma de la acción litúrgica se insiste en el aspecto convivial.
- Luego, después de cada una de las dos consagraciones, se ha introducido la expresión de San Lucas XXII, 19 dando por supuesto que “lo que se resalta no es la prescripción «Haced esto» sino la precisión: «Hacedlo (se sobre entiende: en adelante) *en memoria de mí*”. Más exactamente, tal como Jeremías lo pone en relieve, estas palabras tienen que traducirse así: “Haced esto como conmemoración mía”; y hay que darle a esta palabra el sentido que ha tenido siempre en la literatura rabínica y especialmente litúrgica de la época. Así desaparece la precisión del misal tradicional que espera a que el sacrificio eucarístico haya sido visiblemente significado con la consagración separada para mencionar su dimensión conmemorativa gracias a estas palabras: “*Hæc quotiescumque...*, cada vez que hagáis esto, lo haréis en memoria de mí”.

Así, mientras las palabras consagradoras del misal tradicional dejan aparecer en primer lugar la transubstanciación y dimensión sacrificial, y de modo secundario el aspecto conmemorativo, las del nuevo misal realzan exclusivamente el aspecto convivial y conmemorativo de la misa.

12. La parte del nuevo misal en la que aparece la ofrenda sacrificial, se sitúa después de la consagración en conclusión de la anamnesis. ¿Cuál es el sacrificio que se ofrece? ¿Es, como lo entiende el misal tradicional, el que se realiza en el rito por el ministerio del sacerdote, el de la consagración separada de las especies que hace a Cristo presente en el estado de víctima? El análisis de los textos nos obliga a comprobar algo distinto. En el nuevo misal, hay ofrenda sacrificial en la medida en que, a través de la

conmemoración eucarística que hace presentes los actos pasados de la Redención (IGMR 48 y 259), la asamblea conmemora el sacrificio de Cristo: “##” (IGMR 55 e, f). En esta ofrenda conmemorativa ya no se le presenta a Dios Padre la eficacia de la muerte redentora, sino a Cristo victorioso que ha llegado como al término de sus misterios: “##” (Plegaria eucarística III). De este modo mientras que el misal tradicional ejecuta un sacrificio al que se llama eucarístico en razón de una de sus finalidades, el nuevo misal pretende realizar en primer lugar una conmemoración de acción de gracias, uno de cuyos hechos conmemorados es el sacrificio.

13. Las modificaciones hechas a los ritos de comunión, que en sí mismo son más secundarios, confirman esta primacía de la comida conmemorativa propia del nuevo misal. Por ejemplo, el gesto de la fracción del pan se ha desarrollado ampliamente, “##” (CEC 1239). Por eso, se introduce aquí esta novedad: como la repartición fraterna es un elemento inseparable de la comida de comunidad “##” (IGMR 283). Lo mismo sucede en lo que se refiere a la recepción de la comunión: el misal tradicional para quien la comunión es la participación a la víctima, juzga que el significado se realiza suficientemente con la manducación de una sola especie. Pero si la comunión se enfoca en primer lugar como una comida de comunidad “##” (IGMR 56), la plenitud del significado requiere comer y beber: “##” (IGMR 240). Igualmente, como el aspecto convival es el que predomina (puesto que atañe al significado), se relativiza la santificación personal que representa la comunión. Cuando se distribuye la comunión por ejemplo, las palabras “que el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo *guarde tu alma para la vida eterna*” se han suprimido; y se ha suprimido igualmente en el nuevo misal las recomendaciones graves de San Pablo que en el misal tradicional están el Jueves Santo y en la fiesta de Hábeas.

14. De este análisis se desprenden dos cosas:

- La clave que explica el misterio de la misa ya no es el sacrificio de la Cruz sino la Cena, que se ha convertido en el modelo ejemplar del rito, considerado como banquete memorial. La *Institutio generalis missalis romani* (48 y 259) precisa sin embargo que este memorial es algo más que una simple conmemoración ya que lo declara eficaz, pues por su medio los misterios de la Redención se hacen presentes. Tampoco niega la dimensión sacrificial de la misa que menciona varias veces (IGMR 2, 48, 54, 55, 60, 62, 153, 335, 339) pero no la indica explícitamente. La *Institutio generalis missalis romani* pone sencillamente en primer plano el aspecto conmemorativo.
- El objeto de esta comida conmemorativa es al mismo tiempo la Pasión y la Resurrección, como si valiera igual (IGMR 2). Por otra parte, estos dos misterios están unidos en una sola palabra: por ese memorial Cristo instituyó “el banquete *pascual*” (IGMR 56). Se habla igualmente del “sacrificio eucarístico de la *Pascua* de Cristo” (IGMR 335).

#### IV. CONCLUSIÓN.

15. Hay una modificación litúrgica característica de esta divergencia: el haber cambiado de lugar la expresión *Mysterium fidei*, “Misterio de la fe”. Estando en el corazón de la consagración en el misal tradicional, ha sido quitada de ahí en el nuevo misal, y se ha colocado como introducción a las aclamaciones de la anamnesis. De este modo, cambia su significado:

- El misal tradicional al colocar esa expresión en el seno mismo de las palabras de la consagración provoca el acto de fe en la presencia de Cristo realizada por la transustanciación, y subraya la cima de la misa: ahí es

donde se encuentra el sacrificio estando presente Cristo en estado de inmólación, y significando las especies de pan y vino, la separación del cuerpo y de la sangre de Cristo en el momento de su pasión.

- En el nuevo misal, el *Mysterium fidei* ya no es el de la consagración sacrificial, sino el conjunto de los misterios en la vida de Cristo proclamados de modo conmemorativo: “el misterio de la fe es grande. Proclamamos tu muerte Señor Jesús, celebramos tu Resurrección esperamos tu venida en la gloria”. La segunda aclamación a elegir (*ad libitum*) separa de modo claro *Mysterium fidei* de la consagración vinculándolo a la comunión: “el misterio de la fe es grande. Cuando comemos este pan y bebemos este cáliz, celebramos el misterio de la fe”.

Este cambio desplaza el centro de gravedad de la misa y manifiesta la diferencia fundamental que hay entre el misal tradicional y el nuevo. Para el primero la misa es ofrenda sacrificial de la presencia transubstanciada, mientras que el segundo lo entiende como memorial de la Pascua de Cristo.

## **CAPITULO 2**

### **DE CRISTO SACERDOTE Y VICTIMA**

#### **AL SEÑOR DE LA ASAMBLEA**

16. Otorgando la primacía a la comida conmemorativa más que al sacrificio, el misal de Pablo VI enfoca con una nueva luz la presencia de Cristo durante la misa apartándose otro tanto del misal tradicional. Éste, como desarrolla el aspecto sacrificial de la misa, insiste en la presencia de Cristo sacerdote (en el celebrante) y víctima (bajo las especies eucarísticas) situándose así en el correcto camino de la enseñanza auténtica de la Iglesia. Por su parte, el nuevo misal concelebra, porque es una comida conmemorativa, destaca la presencia espiritual de Cristo, que se comunica a los suyos ya sea en la mesa de la palabra o en la de su cuerpo. El nuevo misal va a dejar aparecer así una doble modificación de fondo: se le quita valor a la presencia sacramental de Cristo hasta el punto de que suele compararla en su Palabra; y por otra parte, se antepone al sacerdocio ministerial del celebrante, puesto que vasta con asegurar la presencia espiritual de Cristo.

### **I. LA PRESENCIA SUBSTANCIAL DE CRISTO BAJO LAS ESPECIES EUCARÍSTICAS.**

17. El misal tradicional insiste mucho en la presencia eucarística. Sus muchas genuflexiones por ejemplo, manifiestan la adoración que se le debe a Cristo presente substancialmente bajo las especies eucarísticas con su cuerpo, sangre, alma y divinidad. La presencia de Cristo víctima (significada como tal por la consagración separada de las dos especies) se considera como el centro de la acción litúrgica: eso es lo que se le entrega a Dios (oblación sacrificial) o a los hombres (comunión). En el nuevo misal no se halla el lugar central de esta presencia.

18. Durante la acción litúrgica las indicaciones objetivas de la presencia substancial de Cristo en la hostia se han reemplazado con expresiones que reducen su significado y que ya no consideran la presencia eucarística en sí misma sino solamente en la relación que tiene con el pueblo reunido. Por lo menos esto es lo que hace entrever una serie de modificaciones:

- Cada vez que se menciona la presencia eucarística se ha introducido sistemáticamente la palabra *nobis* “para nosotros”: la presentación de los dones (*ex quo nobis fiet panis vitæ; ex quo nobis fiet potus spiritualis*), en la

consagración (adición del *pro vobis tradetur* a la forma de la consagración de la hostia), e incluso en la Plegaria eucarística II, denominada “Canon de Hipólito” (*ut nobis corpus et sanguis fiant Domini nostri Jesu Christi*), que en su texto original no tenía sin embargo esta expresión.

- Del mismo modo, ya no se denomina a las especies eucarísticas sino en relación con la comunión: el *hanc immaculatam hostiam* del ofertorio, se ha convertido en el “pan de vida”, y no se habla del cáliz sino en cuanto que es *potus spiritualis*, es decir, “bebida del reino eterno” según varias traducciones oficiales, etc.
- El vocabulario de la *Institutio generalis missalis romani* es significativo. En ella no aparece ni una sola vez la palabra “transubstanciación”, ni tampoco la expresión “presencial real”. Para referirse a las sagradas especies, este documento usa algunas veces la palabra “hostia”, pero con más frecuencia la de “pan”. Sólo habla de “Cuerpo de Cristo” en la medida en que se vincula directamente con la comunión. Citemos como ejemplo el n° 48 § 3: “##” (confróntese igualmente 56 b, 56 c, 56 e, 56 g, 60, etc.).

19. Se han atenuado o suprimido los gestos que manifiestan el respeto debido a las sagradas especies:

- De las catorce genuflexiones que tiene el misal tradicional, sólo se han conservado tres (IGMR 233). Y aún así, éstas están vinculadas estrechamente con la asamblea: dos de ellas se hacen cuando el pueblo ha reconocido la presencia eucarística después de la elevación (se han suprimido las dos genuflexiones que en el misal tradicional siguen inmediatamente a las palabras de la consagración), y la tercera es en el momento de dar la comunión a los que participan; el celebrante por su parte, no hace más que “consumir con respeto el cuerpo de Cristo” (IGMR 116) sin hacer ninguna genuflexión.
- Se ha suprimido la rúbrica conforme a la cual el celebrante mantiene los dedos juntos después de la consagración por respeto a las partículas eucarísticas. Por este mismo motivo se ha suprimido igualmente la purificación de los dedos.
- La distribución de la comunión que hasta ahora estaba estrictamente reservada al ministro sagrado se delega fácilmente a simples seglares.
- En la recepción de la comunión se ha instaurado ampliamente una actitud desacralizante: la de recibirla de pie y en la mano, en lugar de hacerlo de rodillas y en la lengua en signo de adoración y de respeto.

20. En el misal tradicional, el celebrante identifica con mucha claridad las oblatas con Cristo víctima, describiendo muchas sobre ellas la señal de la cruz:

- El ofertorio del misal tradicional llega a contar treinta y tres signos de cruz sobre (o con) las oblatas, especialmente cuando el celebrante las ha puesto en el corporal después de la oración del ofertorio. Todos estos gestos han desaparecido de la “preparación de los dones” del nuevo misal.
- De los veinticuatro signos de cruz que señala el Canon del misal tradicional sobre las oblatas no queda más que uno sólo en cada una de las plegarias eucarísticas, incluso en la Plegaria eucarística I que supuestamente representa al “Canon romano”.
- En el misal tradicional el signo de cruz aparece sobre las sagradas especies tres veces aún en las oraciones antes de la comunión; además al comulgar, el celebrante empieza haciendo con la hostia, y luego con el cáliz, una señal de la cruz; lo mismo al distribuir la comunión a cada fiel. En el nuevo misal



todos estos gestos han desaparecido, y el signo de la cruz no aparece más que una vez en los ritos de la comunión.

21. La disposición material de los edificios sagrados coopera a la relativización de la presencia real. Al separar el sagrario del altar mayor (IGMR 276), la reforma considera menos nuestras iglesias como casas de Dios (Gen. XXVIII, 17 que se ha convertido en el Introito de la misa de la dedicación de una iglesia) que como la casa del pueblo: “##” (IGMR 257). De ahí la transformación de los lugares de culto: “##” (IGMR 280). De este modo, cuando un fiel entra a una iglesia fuera de un oficio, lejos de encontrarse ante la presencia de un ser (la de su Dios realmente presente en el sagrario) no encuentra más que una ausencia, la ausencia de una acción litúrgica, puesto que se encuentra en una edificio cuyo único sentido es la comunidad reunida.

22. A través de estas modificaciones, no exhaustivamente consideradas, se impone una conclusión. Aunque el nuevo misal reconoce la presencia real, cuando ésta se relaciona con la asamblea, no la considera nunca en sí misma como objeto de adoración, y atenúa o calla la dimensión victimal de esta presencia durante la acción litúrgica. Las palabras y los gestos del nuevo misal, las designaciones de la *Institutio generalis missalis romani* y la separación del sagrario, todo va en la misma dirección. El modo en que el nuevo misal entiende y efectúa los ritos de instrucción (“misa de catecúmenos” del misal tradicional) no hacen más que confirmar esta conclusión.

## II. LA PRESENCIA DE CRISTO EN SU PALABRA.

23. Si por una parte el nuevo misal disminuye la presencia real, recarga por otra la importancia de la Biblia: “##” (IGMR 9). Esta frase, que señala una nueva presencia, la de “Cristo en su palabra”, indica también la estrecha dependencia que esta presencia mantiene con el pueblo: “Cuando se lee la sagrada escritura *en la Iglesia* [es decir, en la asamblea presente, que significa el misterio de la Iglesia], es Dios *quien habla a su pueblo*”. Bajo distintos puntos de vista, el lugar que se concede a la Biblia se compara ahora a la que se le concede a la presencia substancial de Cristo en las especies eucarísticas.

24. La Escritura y la Eucaristía se suelen describir del mismo modo, como si no fueran más que dos formas del único alimento dispensado en este banquete pascual: ambos son la mesa del Señor (IGMR 8, 34, 56); Cristo se entrega como alimento espiritual (IGMR 33, 56) que la asamblea hace suyo por un rito de comunión: “##” (IGMR 33). Estas líneas muestran hasta donde llega esa equivalencia: a la oración universal, que se ha vuelto a introducir, se le atribuye una finalidad similar a la de la postcomunión. El Catecismo de 1992 propone la misma explicación: “##” (CEC 1346-1347).

25. La “liturgia de la Palabra” considerada como contacto entre Dios y los asistentes (IGMR 9) requiere un modo nuevo de enfocar la Sagrada Escritura, que no deja de poner en tela de juicio los datos teológicos que hasta ese momento estaban firmemente asentados. Según la celebre frase de San Agustín, la Biblia, libro revelado, se convierte en Revelación activa cada vez que se la anuncia por el Magisterio de la Iglesia. En efecto, en razón de los poderes de orden y de jurisdicción, el ministro de la Iglesia actúa con la autoridad misma de Cristo en la transmisión del depósito revelado: “quien os escucha me escucha” (Lc. X, 16). A través de sus ritos, el misal tradicional expresa la enseñanza de la Tradición sobre este tema con una precisión asombrosa:

- Al reservar estrictamente las lecturas de la Sagrada Escritura a los ministros sagrados, manifiesta la mediación necesaria de la jerarquía eclesiástica en la transmisión de la Revelación. Y celebra así, no a la Sagrada Escritura misma, sino su difusión por medio del Magisterio de la Iglesia. Para esto le otorga

efectivamente a la procesión evangélica los honores que normalmente se reservan a la presencia real.

- El misal tradicional coloca con precisión la distribución de las lecturas bíblicas en el transcurso de la misa. Este rito, lejos de ser por sí mismo una celebración, se ordena al misterio central de la misa; es su preparación, y se encamina a reavivar la fe de los asistentes. Esto se expresa perfectamente al principio del Canon, cuando el celebrante reza por los fieles que asisten. Dirigiéndose a Dios, los designa como aquellos “cuya fe y devoción os es conocida”. Estas dos notas resumen la distribución de los ritos que preceden al ofertorio: desde el Salmo 42 a la Colecta, la liturgia dispone los corazones por el fervor; desde la Epístola al *Credo*, prepara las inteligencias reavivando la fe. Por este motivo, el rito del Evangelio, lejos de poder compararse con la liturgia eucarística, se tiene que asociar a las primeras oraciones de la misa. De ahí su denominación común de “misa de catecúmenos”.

26. Por el contrario, en el nuevo misal se celebra en sí misma la Sagrada Escritura, y no ya en cuanto que la anuncia la jerarquía de la Iglesia. Como consecuencia de esto, se desplaza y se desvirtúa la presencia de Cristo. Así, ya no está presente en el acto docente de su ministro, sino inmediatamente y por sí mismo: “##” (IGMR 9). Ahora pues, se celebra a la Escritura como si se bastara a sí misma: “(...) la *palabra divina* ##” (IGMR 9). Así se entiende que la función del lector se pueda atribuir a un seglar (IGMR 66).

### **III. LA PRESENCIA DE CRISTO EN EL SACERDOTE MINISTERIAL Y EN EL PUEBLO.**

27. La disminución sistemática de los signos de la presencia real y substancial de Cristo víctima provoca, como consecuencia, la relativización de la presencia de sacerdote “en la presencia de su ministro” en beneficio de una exaltación de la presencia de Cristo en la asamblea, y esto en proporciones desconocidas hasta entonces en la liturgia. Al diluir las distinciones que pone el misal tradicional entre el celebrante y los fieles, parece que el nuevo misal no conoce más que un solo agente litúrgico, “el pueblo de Dios”. La primera frase de la *Institutio generalis missalis romani* describe la celebración de la misa como “acción de Cristo y del pueblo de Dios organizado jerárquicamente” (IGMR 1). Esta “asamblea litúrgica” (IGMR 320 y 323) se describe de un modo muy enfático: es el “pueblo santo” (IGMR 10, 55 a, 62 y 74), el “pueblo de Dios” (IGMR 1, 7, 62, 253, 257 y 259), el “pueblo adquirido de Dios y sacerdocio real” (IGMR 62), etc. El lugar exacto que el nuevo misal atribuye a este pueblo reunido, hay que entenderlo a través de las 164 menciones que hace de él la *Institutio generalis missalis romani*.

#### **A) EN LOS RITOS DE ENTRADA.**

28. Si se le da tal importancia a la asamblea y a su dignidad, es porque es el *signo* representativo de la Iglesia universal, y por este motivo es él quien tiene la *eficacia* de hacer que Cristo se haga presente. Al detenerse tanto a través de sus ritos en esta “sacramentalidad” de la asamblea (siendo precisamente el sacramento un signo eficaz), el nuevo misal pone el énfasis en la presencia espiritual de Dios en el seno de su pueblo.

29. Se suele indicar el valor significativo de la asamblea: “##” (IGMR 75). Por este motivo la misa “##” debe mantener muy especialmente la atención “##” (IGMR 74). De ahí proviene el lugar importante que ocupa la concelebración (IGMR 59). Los ritos introductorios del nuevo misal tiene por finalidad constituir el signo de la asamblea: “##” (IGMR 24). En esta concepción se entiende que, de modo contrario al misal

tradicional, la confesión en sí misma tome una dimensión comunitaria (IGMR 29) sin dejarle un lugar especial a la confesión del celebrante.

30. La reunión de la comunidad, como ya hemos señalado, no es un simple signo, sino un “sacramento” que reviste cierta eficacia. Al “realizar una comunión” (IGMR 24) la asamblea de los fieles hace que el Señor esté realmente presente: “##” (IGMR 28). Siendo así, se pone el énfasis en la presencia espiritual del Señor, que es el que domina la ceremonia. Tras haberle quitado valor a la presencia de Cristo víctima, presente substancialmente en la acción del sacerdote ministerial, el nuevo misal exalta la presencia espiritual del Señor, presencia cuyo ministro es el pueblo de Dios. El celebrante, por su parte, se contentará cuando celebra la Eucaristía, con “servir a Dios y al pueblo con dignidad y humildad” para “sugerir a los fieles una presencia viva de Cristo” (IGMR 60).

#### B) LA LITURGIA DE LA PALABRA.

31. Una vez realizado este signo sacramental de la asamblea, la liturgia de la Palabra aparece como un diálogo directo entre Dios y su pueblo, sin que tenga que intervenir específicamente el sacerdocio ministerial. Ya hemos señalado como esta liturgia pasa en silencio la mediación necesaria del Magisterio de la Iglesia. Resaltemos aquí simplemente como estos ritos se describen como acción común del Señor y del pueblo reunido: “##” (IGMR 9). “##” (IGMR 33). Luego sigue la respuesta del pueblo a la acción de Cristo: “##” (IGMR 33). El n° 45 precisa por otra parte que en esta oración universal el pueblo ejerce una “función sacerdotal”.

#### C) EN LA LITURGIA EUCARÍSTICA.

32. La “liturgia eucarística” del nuevo misal manifiesta patentemente como se deja de lado al sacerdocio ministerial en beneficio de la acción comunitaria de la asamblea. La novedad consiste, en efecto, en no considerar la ofrenda sacrificial sino a través del prisma del sacerdocio común de los fieles, con el peligro de corromper tanto la especificidad del sacerdocio ministerial como la eficacia sacramental del sacrificio. La Iglesia ha distinguido siempre la inmólación incruenta realizada en la consagración de la ofrenda sacrificial, siendo esta última una “oblación en sentido estricto”, por la cual los asistentes se unen a la oblación sacramental que Cristo sacerdote obra en la presencia de su ministro. La oblación incruenta de la consagración, “##”, releva solamente del sacramento: acción de Cristo que obra *ex opere operato*. Al revez, la oblación en sentido estricto solamente obra *ex opere operantis*: esta participación consiste en que los asistentes se unan “por su deseo” a la ofrenda sacramental que Cristo sacerdote hace de sí mismo a su Padre en la persona de su ministro. Como el nuevo misal no hace ninguna distinción, pasa sistemáticamente en silencio la acción propiamente sacramental cuyo único agente, bajo la moción de Cristo, sacerdote principal, es el sacerdote ministerial.

33. Así, cada vez que la *Institutio generalis missalis romani* trata de la ofrenda del sacrificio, la describe como un acto común al celebrante y a los fieles. Citemos por ejemplo, el n° 54: “##”. Aquí aparecen otra vez los dos agentes de la acción litúrgica, Cristo y la asamblea. Poco después se confirma otra vez como se pone de relieve a la asamblea: “##” (IGMR 55 f). Esta ofrenda es el hecho del sacerdocio común: “##” (IGMR 62).

34. En el nuevo misal se han suprimido por consiguiente, las oraciones que en el misal tradicional indican la oblación propiamente sacramental, que pertenecen únicamente al sacerdocio ministerial. La primera oración del ofertorio del misal tradicional, tan exacta y que voluntariamente está en singular, manifiesta esta oblación ritual: “recibid Padre santo (...), esta hostia inmaculada que yo, vuestro indigno servidor, os ofrezco a Vos,

Dios mío, vivo y verdadero”. La ofrenda del cáliz, por su parte, indica la participación de la asamblea a la ofrenda tomada en sentido estricto: “os ofrecemos Señor, el cáliz de salvación”. Al contrario, en el nuevo misal, las oraciones de ofrecimiento (o más bien de “presentación”) están *sistemáticamente* en plural. Si la oración del *Orate fratres* (“orad hermanos para que *mí* sacrificio *que es también vuestro*, sea agradable a Dios Padre todopoderoso”) se ha mantenido *in extremis* en el nuevo misal, sabemos que muchas traducciones oficiales han suprimido voluntariamente la distinción entre los diferentes tipos de ofrecimiento: “oremos juntos en el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia”. A partir de ahora la ofrenda le corresponde no al celebrante sino al pueblo reunido. Sobre este punto es reveladora una palabra de la Plegaria eucarística III: “*Populum tibi congregare non desinis, ut a solis ortu usque ad occasum oblatio munda offeratur nomini tuo*”.

35. El sacerdocio ministerial del celebrante, en cuanto es causa única de la presencia substancial de Cristo bajo las especies de pan y vino (y por consiguiente de la ofrenda sacramental) no se menciona nunca. Sólo se desarrolla su dimensión presidencial, que le permite al pueblo reunido ofrecer el sacrificio “por manos del sacerdote”:

- La presidencia del sacerdote ministerial se toca 13 veces en la *Institutio generalis missalis romani*, y domina toda la ceremonia litúrgica puesto que, salvo una o dos oraciones de preparación personal, todas las oraciones pronunciadas por el celebrante se consideran como presidenciales (IGMR 13).
- Las dos únicas veces (IGMR 10 y 60) en que se dice que el celebrante ocupa el lugar de Cristo se hace referencia a Cristo en cuanto Cabeza: “##”. Si la corrección de 1970 precisó que el sacerdote ministerial tiene el poder de ofrecer el sacrificio “en lugar de Cristo”, este inciso sólo se encuentra “en la sociedad de los fieles” de la cual “es su cabeza”: “##”. Parece que este pasaje debe ser leído como aludiendo a la ofrenda presidencial por la cual el sacerdote ocupa el lugar de Cristo Cabeza y no a la ofrenda sacramental por la cual el celebrante ocupa el lugar de Cristo único Sumo Sacerdote.
- El Catecismo de 1992 (1348) confirma este doble dato: “##”.

Así, sólo se describe al sacerdote en su relación con el pueblo de Dios y no en cuanto que es el único que tiene el poder de consagrar *in persona Christi* el verdadero cuerpo de Cristo, y como consecuencia, de realizar la ofrenda sacramental. Así, en el nuevo misal se ha relativizado, o incluso borrado, la presencia de Cristo sacerdote (en su ministro) en beneficio del pueblo de Dios, considerado como causa de la presencia espiritual de Cristo en su seno.

#### IV. CONCLUSIÓN.

36. Mientras que el misal tradicional resalta la presencia de Cristo en el sacerdote *per virtutem*, pues desarrolla la devoción debida a la hostia después de la consagración, el nuevo misal, por su parte, pone como centro de atención la presencia espiritual del Señor que se realiza desde los primeros instantes de la celebración por la fuerza de la reunión de la comunidad. Así se considera la misa como una acción común a Cristo y al pueblo reunido (IGMR 1). La presencia espiritual del Señor se vuelve tangible como Verbo a través de la liturgia de la Palabra (IGMR 9) y luego como objeto de oblación a través de la conmemoración de sus actos que se han hecho presentes (IGMR 1), mientras que el pueblo se alimenta ya sea a la mesa de la Palabra de Dios, o a la del Cuerpo del Señor (IGMR 8). Así es como se entiende que la reforma litúrgica a procedido a la relativización de la presencia sacramental de Cristo víctimas para resaltar la que se realiza en la Palabra: sólo así se podía manifestar la semejanza deseada entre

estos dos momentos en que Cristo se entrega “como comida espiritual” (IGMR 33 y 56).

37. A partir de ahora la misa es un banquete memorial en el transcurso del cual se hace presente el Señor por la virtud de la reunión de su pueblo. Esto es lo que se deduce de los análisis precedentes y es lo que igualmente declaraba la primera versión de la *Institutio generalis missalis romani* en su nº 7: “##”. Esta descripción de la misa que no mencionaba ni su naturaleza sacrificial ni la misma presencia substancial de Cristo bajo las especies eucarísticas provocó fuertes reacciones. Así, la versión de 1970, volvió a insertar algunas expresiones tradicionales: “##”. Estas añadiduras de mucho peso no fueron motivo de ninguna rectificación en el rito mismo, es más, dejan intacta la novedad introducida con la versión de 1969. Aunque se dice que el sacerdote obra *in persona Christi*, o que la misa es un sacrificio, estas expresiones tradicionales, por su contexto en la frase, cambian de interpretación: el sacerdote representa a la persona de Cristo-Cabeza *en cuanto preside la asamblea*, y la misa es un sacrificio porque es el banquete *commemorativo* de la Cruz. De este modo sigue intacta la idea esencial, es decir, la importancia central de la presencia espiritual de Cristo en medio de su pueblo.

### CAPITULO 3

#### DE LA PROPICIACION A LA ACCION DE GRACIAS.

38. Ya hemos comprobado en el capítulo precedente que el nuevo misal le concede a los agentes humanos de la liturgia un lugar, una importancia y una dignidad completamente nuevas y desconocidas en el misal tradicional. Donde éste último le hace reconocer al celebrante que es “servidor indigno” (*Suscipe sancte Pater*), el nuevo misal pone en sus labios esta oración: “##” (Plegaria eucarística II). Este cambio de óptica responde, de hecho, a un nuevo modo de considerar el pecado, que tiene con la misa una doble relación: aunque puede ser un obstáculo para que Dios acepte la ofrenda (Mt. V, 24), este mismo sacrificio, una vez aceptado por Dios, será su antídoto perfecto (Heb. IX, 28).

- Aunque el nuevo misal reconoce que el hombre tiene que convertirse, desde los primeros momentos del rito supone una situación de paz total con Dios: una vez que el hombre se ha arrepentido ya no hay ningún obstáculo para la ofrenda, ni por parte de Dios, ni por parte del hombre. El misal tradicional en cambio, nos recuerda que mientras no se ha purgado la pena debida al pecado, sigue habiendo una cierta situación de conflicto entre el hombre indigno y Dios ofendido, por lo que implora a Dios para que acepte la ofrenda a pesar de esa indignidad, apoyándose en la mediación de Cristo y en los méritos de los santos.
- En cuanto a los frutos esperados de la celebración, el nuevo misal recurre, por supuesto, a la divinización que nos trajo Jesucristo, que es, efectivamente, un antídoto contra el pecado en lo provenir, pero nunca aparece la preocupación por las penas debidas a los pecados pesados: en estas súplicas, el nuevo misal ya no pide la aplicación de la satisfacción infinita de Jesucristo.

En una palabra, ya no es objeto de oración nada de lo que se refiere a la pena debida al pecado: se presenta la ofrenda a Dios como si los pecados cometidos anteriormente no hubieran dejado ningún rastro que pudiera ser obstáculo a la aceptación, y se pasan en silencio los frutos satisfactorios de la misa. Además de esto, se disminuye mucho el arrepentimiento por el pecado mismo. Analicemos estos diversos puntos.

## I. LA OFRENDA Y EL ARREPENTIMIENTO POR EL PECADO.

39. En el misal tradicional, las oraciones de compunción aparecen con frecuencia, como una respiración del alma, hasta el momento solemne del Prefacio. Después de haber reconocido sus *faltas* (Confiteor), el hombre reza para que se le perdonen sus pecados (*Oramus te*), y pide que su corazón y sus labios sean purificados (*Munda cor meum*). Se presenta entonces ante Dios con el corazón contrito y humillado (*In spiritu humilitatis*) he invoca su misericordia (*Incensum istud*); confesando públicamente su firme propósito se distingue de aquellos que quieren vivir en el pecado (*Lavabo*). Esta exposición de los diferentes elementos de la contrición le da toda su amplitud a la oración que el celebrante había rezado al subir al altar: “###” (*Aufer a nobis*). En cambio, aunque el nuevo misal contienen algunos elementos penitenciales, estos revisten una pobreza y una brevedad inusuales. Los fieles se arrepienten de sus faltas con el único acto penitencial del principio que, a su vez, se ha reducido. La preparación del celebrante se renovará con ciertas invocaciones breves pronunciadas en voz baja “en nombre propio” (IGMR13): el *Per evangelica dicta* y el *In spiritu humilitatis*, lo mismo que el versículo *Lava me* que sustituye al salmo 25. este empobrecimiento del rito que contrasta con la hermosa precisión de oraciones del misal tradicional, ha sido aún más simplificada por las traducciones. Por ejemplo, el *In spiritu humilitatis et animo contrito*, se convierte en francés en “humildes y pobres”. Ha desaparecido pues, el elemento de contrición.

40. Sin embargo, un alma perdonada no significa un alma plenamente aceptada por Dios: en la medida en que aún no ha cumplido toda justicia, soportando la pena debida al pecado, el alma sigue siendo parcialmente injusta, y por eso, incapaz de ofrecer por sí misma un sacrificio de olor agradable. El misal tradicional resalta esta indignidad parcial desde el principio de la misa, por el lugar que le hace ocupar a los ministros sagrados: no en el altar, sino al pie de las gradas *a longe*, como el publicano que mantenía la vista baja y se golpeaba el pecho (Lc. XVIII, 13). Esta indignidad del que ofrece, hace que la aceptación por Dios del sacrificio, se considera como una gracia inmerecida que se pide a Dios con un temor reverencial: “Recibid Padre santo (...) esta ofrenda sin mancha que yo, *vuestro indigno siervo* os ofrezco” (*Suscipe sancte Pater*). Más de diez veces, durante el ofertorio y el Canon, la Iglesia se dirige de este modo a su Dios. En cambio en el nuevo misal, estas peticiones de aceptación ya no son un elemento constitutivo: no aparecen ni en la presentación de los dones, ni en la Plegaria eucarística II. Solamente las Plegarias eucarísticas III y IV emplean una vez la palabra “*respice*” (“mirad”), y aún así, sólo después de la Consagración.

41. el misal tradicional, consciente de esta carencia en el que ofrece, la remedia interponiendo a cada momento, entre el celebrante y Dios, al mediador principal, Jesucristo, y a mediadores subordinados, los santos. La oblación sacrificial se apoya en primer lugar en la mediación de Cristo, omnipresente en el corazón de la acción litúrgica. Se la invoca desde las primeras palabras del Canon: “os ofrecemos humildemente, y os pedimos por *Jesucristo vuestro Hijo, Nuestro Señor*, que aceptéis y bendigáis estos dones” (*Te igitur*). También la encontramos, según la interpretación común, en la oración solemne de ofrecimiento que sigue a la consagración (*Supplices te rogamus*): “os suplicamos, Dios omnipotente, que hagáis que estas ofrendas sean llevadas a lo alto *por manos de vuestro santo Ángel*, a vuestro altar, en presencia de vuestra divina majestad”. Sobre todo, esta mediación se inscribe en la trama misma del Canon: las oraciones que rodean a las palabras de la consagración se construyen en forma de cinco oraciones que terminan todas con estas palabras: “Por Cristo Nuestro Señor”. El nuevo misal, en cambio, a casi suprimido esta mediación de Cristo en la



ofrenda del sacrificio. Las dos primeras menciones que se han señalado no se han conservado en las nuevas Plegarias eucarísticas. La expresión: “Por Cristo Nuestro Señor” se ha vuelto facultativa en la Plegaria eucarística I, y ha sido suprimida en el texto de las demás Plegarias eucarísticas. Sólo aparece al final, para introducir el *Per ipsum*, situándose en una anticipación de la liturgia celestial: “##” (Plegaria eucarística II). “##” (Plegaria eucarística III). “##” (Plegaria eucarística IV).

42. el misal tradicional recurre también a la intercesión y al mérito de los santos. Después de haber confesado nuestros pecados ante los santos (*Confiteor*), recurrimos a sus méritos (*Oramus te*) para obtener el perdón divino. El incienso se ofrece como perfume de olor agradable por intercesión de San Miguel y de todos los elegidos (*Per intercessionem*). La Santísima Virgen, san Juan Bautista, y los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo interceden por nosotros (*Suscipe sancta Trinitas*), y pedimos la fuerza y la protección divina poniendo en primer plano sus méritos y oraciones (*Communicantes*). El nuevo misal, en cambio, descuida esta dimensión del rito. Las invocaciones ya mencionadas, no se han conservado en ninguna de las nuevas Plegarias. Solamente la Plegaria eucarística III menciona una vez la intercesión de los santos, pero ninguna de ellas recurre a sus méritos. Cuando se menciona a los santos se hace exclusivamente para señalar la plena unión que tendremos con ellos cuando Dios nos haya abierto el cielo. Las oraciones del santoral han sufrido un resultado parecido, puesto que el nuevo misal ha suprimido la mayor parte de las doscientas oraciones con las que el misal tradicional invoca el mérito de los santos. En el transcurso del año litúrgico solamente la mencionan tres oraciones obligatorias.

## II. LA SATISFACCIÓN DE LAS PENAS DEBIDAS POR EL PECADO.

43. *al* minimizar la mediación de Cristo, y el recurso a los méritos de los santos, y al no hacer ya mención de los agentes humanos de la liturgia, el nuevo misal supone que las consecuencias del pecado no son un obstáculo a la aceptación de la ofrenda. Este desconocimiento de las penas debidas al pecado, y de la justicia a través de ellas, aparece también en el análisis de los frutos que se esperan de la misa. El misal tradicional implora la satisfacción de las penas tanto para los vivos como para los difuntos, por los méritos de la Pasión de Cristo y las obras de los santos que la rematan (Col. I, 24). Para los vivos, les enseña además a que se conformen con esta misma Pasión (Gal. II, 19). Esos matices están casi absolutamente ausentes en el nuevo misal.

44. las modificaciones hechas a las oraciones esparcidas en el año litúrgico son reveladoras. Ya no se reza para ser “purificados de las manchas de los pecados”: esta petición que aparece regularmente en el misal tradicional (10 veces por ejemplo únicamente en el santoral de agosto), sólo se ha mantenido en algunas oraciones de las misas feriales de cuaresma. El misal tradicional nos hacía venerar a San Raimundo de Peñafort (23 de enero) como “ministro admirable del sacramento de la penitencia” para pedir la gracia de “hacer dignos frutos de penitencia”, mientras que la oración del nuevo misal, dejando de lado estos dos puntos, sólo habla de su amor hacia los pecadores. El nuevo misal ha dejado también de aconsejar la meditación de la Pasión de Cristo (San Pablo de la Cruz, 28 de abril), de recordar que los Servitas (12 de febrero) se asociaron a los dolores de Nuestra Señora, de subrayar que San Lucas (18 de octubre) “no dejó nunca de llevar en su cuerpo la mortificación de la Cruz para gloria de Dios”, etc. Las lecturas bíblicas del nuevo misal han pasado por la criba, amenguándose todo lo que se refiere a la justicia divina. Ya hemos visto más arriba como se ha suprimido de las epístolas eucarísticas el fragmento de I Cor. XI, 27, pero se podrían multiplicar los ejemplos: el Evangelio del duodécimo domingo ordinario del año A omite Mt. X, 28: “no temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien al

que puede perder en la Gehena al cuerpo y al alma”; la segunda lectura del vigésimo domingo ordinario del año A pasa en silencio Rom. XI, 23, donde San Pablo recuerda que una infidelidad nuestra puede atraernos un castigo semejante al que recibió Israel, etc.

45. La liturgia de los difuntos omite igualmente mencionar las penas debidas al pecado:

- Esto aparece ya en la *Institutio generalis missalis romani*: “##” (IGMR 335). Donde hubiéramos esperado lógicamente encontrar la expresión “sacrificio propiciatorio para alivio de las penas”, no encontramos sino “sacrificio eucarístico de la Pascua de Cristo” (expresión que se repite en IGMR 33) que proporciona una “ayuda espiritual”.
- El *Ordo Missæ* del nuevo misal atenúa igualmente todo lo que se refiere a la pena que sufren las almas del purgatorio. El misal tradicional al pedir el *locum refrigerii* para el alma difunta deja entender claramente las penas que pudiera estar sufriendo. Las nuevas plegarias dicen simplemente “recíbelas en tu Reino” (Plegaria eucarística III) o “##” (Plegaria eucarística II). La Plegaria eucarística IV va aún más lejos pues no pide nada para los difuntos, señalándoselos a Dios únicamente con un “acuérdate”.
- Vemos que ocurre lo mismo al comparar las misas de funerales de los dos misales. En las oraciones, el misal tradicional resalta claramente el valor propiciatorio del sacrificio, pidiendo que las almas de los difuntos sean liberadas de sus pecados, mientras que el nuevo misal insiste en la felicidad del cielo y en la resurrección del cielo. El tracto, el *Dies iræ* y la antifona del ofertorio del misal tradicional, cuyo sentido se orienta a la propiciación, se han suprimido en el nuevo misal.

### III. CONCLUSIÓN.

46. De la liturgia de los difuntos al ordinario de la misa, de las oraciones a las lecturas bíblicas, todo lo que, incluso indirectamente, podía referirse a la pena debida al pecado, ha sido disminuido, o incluso suprimido, por la reforma litúrgica. En este sentido, la dimensión propiciatoria ha como desaparecido del nuevo misal. Este hecho no es más que la conclusión lógica de lo que hemos establecido anteriormente: si se considera la misa en primer lugar como memorial más que como sacrificio, si la presencia de Cristo, sacerdote y víctima, tiende a fundirse en una presencia más genérica de Cristo y de sus misterios, está claro que la finalidad propiciatoria del sacrificio, tan claramente recordada por el Concilio de Trento, no podía más que ser dejada de lado en beneficio de la alabanza de acción de gracias. La lectura de la *Institutio generalis missalis romani* no deja ninguna duda sobre este tema: la dimensión propiciatoria no se menciona jamás, mientras que la finalidad eucarística aparece muchas veces (nº 2, 7, 48, 54, 55, 62, 259, 335 y 339). Además, se ha forjado un nuevo vocabulario alrededor de esta inversión de valores: se hablará de “celebración eucarística (nº 4, 5, 6, 24, 43, 48, 56, 59, 60, 66, 101, 253, 260, 280, 282, 283 y 284), de “liturgia eucarística”, de “plegaria eucarística”, expresiones omnipresentes, mientras que la palabra “misa” queda borrada, sin hablar de la expresión “sacrificio de la misa”, convertida en algo obsoleto.

47. Así, aparece una nueva concepción de la misa: que se vive menos como una aplicación de la Redención y más como una liturgia de los que ya están salvados – la del “pueblo de los redimidos” (*Memento* de la Plegaria eucarística III). En lugar de aplicar, por la mediación del celebrante que obra *in persona Christi*, las satisfacciones que Cristo adquirió en su sacrificio redentor, es todo un pueblo – “el pueblo santo, el pueblo adquirido de Dios, el sacerdocio real” (IGMR 62) – que, en la acción de gracias celebra una Redención ya plenamente cumplida (IGMR 54).

**SEGUNDA PARTE.**  
**EL PRINCIPIO DE LA REFORMA LITÚRGICA**  
**EL MISTERIO PASCUAL**  
**ARGUMENTO**

48. A través de los análisis de nuestra primera parte, hemos visto muchas diferencias substanciales entre el misal tradicional y el nuevo misal. Llegados a esta etapa de nuestro estudio, nos parece necesario poner en evidencia el principio unificador de esta reforma para darnos cuenta de todo su alcance. Esta clave de interpretación nos fue indicado oficialmente desde 1964, es el *misterio pascual*. La Declaración *Inter œcumenici* nos enseña, en efecto: “##”. El Papa Juan Pablo II, , recordó este lugar central que ocupa el misterio pascual en la reforma litúrgica, cuando exponía los principios directivos que están en el origen de la reforma, con motivo del vigésimo quinto aniversario de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*: “##”. El esclarecimiento que vamos a proponer para el misterio pascual, responderá así, al deseo del Papa Juan Pablo II pidiendo a los teólogos que profundizasen “##”. Así, pondremos de manifiesto el corazón teológico de la reforma litúrgica, reservando la tercera parte para dar un juicio sobre estas novedades doctrinales.

49. El “misterio pascual” es, ante todo, un nuevo enfoque de la Redención. Como la misa es la continuación del acto redentor de Cristo, ahí es donde se enraizará la reforma litúrgica: todo lo que distinguirá al misterio pascual de la Redención – puesto que el cambio de nombre corresponde a un profundo cambio de idea – distinguirá al nuevo misal del misal tradicional (Cap. 1). Pero la noción de misterio pascual incluye también la participación sacramental a esta Redención: el *mysterion* griego, ¿no se traduce también como “sacramento”? Tendremos pues, que analizar esta “teología de los misterios” (Cap. 2). Y, finalmente, tendremos que ver como el rito conmemorativo sirve de lazo de unión entre la nueva teología de la Redención y la de los misterios (Cap. 3). Este triple estudio nos permitirá comprender y justificar los tres puntos establecidos precedentemente:

- La nueva teología de la Redención explicará la disminución, e incluso supresión, de la satisfacción en el nuevo misal (Primera parte, Cap. 3);
- La teología de los misterios, dará cuenta de las modificaciones hechas a la noción de presencia en la misa (Primera parte, Cap. 2);
- La comprensión del sentido que la nueva teología le atribuye a la palabra “memorial” nos dará, por último, la razón del abandono del rito sacrificial, en beneficio de una comida conmemorativa (Primera parte, Cap. 1).

50. En cada uno de estos estudios, sintetizaremos las tesis de la nueva teología , sirviéndonos tanto de los teólogos que están en la raíz de la reforma litúrgica, como de los textos oficiales postconciliares. Cada una de estas dos fuentes, podría por sí mismas, bastar a la exposición, pero este método permitirá manifestar como el nuevo misal es la aplicación práctica de esta teología, al mismo tiempo que acreditar el análisis. Se le concederá una parte especial al Concilio vaticano II para mostrar su papel histórico: al asumir la nueva teología pidió e hizo posible la reforma litúrgica. Si el nuevo misal es el misal de la nueva teología, la historia manifiesta que también es el misal del Concilio. Citaremos igualmente, el Concilio de 1992, no tanto para probar nuestras afirmaciones, cuanto para mostrar este documento mayor, en el clima que le es propio, viene a confirmar cada uno de los puntos de nuestro análisis.

## CAPÍTULO 1 LA PASCUA DEL SEÑOR

“##”

(Juan Pablo II, , *Dives in misericordia*, nº 8)

51. La expresión “misterio pascual” aparece raras veces en los padres de la Iglesia, y con más frecuencia, pero en plural, en los sacramentarios. El sacramentario gelasiano la utiliza una sola vez en singular en la colecta del Lunes santo (convertida en tercera oración después de la comunión del Viernes santo en el *Ordo hebdomadae sanctae* de 1956). Hasta el siglo XX, no había tenido ningún significado particular entre los teólogos. Hoy “##”. Este misterio pascual, ¿es una pura novedad? La nueva teología responde que no. Se trata mas bien de un enfoque nuevo sobre el dogma tradicional de la Redención: “##”.

52. El primer motivo argüido para superar la palabra Redención, es su dimensión, supuestamente, demasiado negativa. La teología clásica, al desarrollar la noción de Redención Objetiva, habría insistido demasiado en la satisfacción de la justicia, la cooperación del hombre y los dolores de la Pasión. Hoy, el misterio pascual, volvería a poner las cosas en su lugar correcto, resaltando la exaltación del amor, la iniciativa de Dios, y la vida nueva de la Resurrección: “la Redención se presenta como un problema que hay que resolver (...) ¿Cómo se puede compensar una ofensa infinita? ¿Cómo puede uno sólo redimir por todos? ¿Cómo puede el inocente pagar por el culpable? Es una pena que para muchos de nuestros contemporáneos, la Redención se presenta en estos términos, ya que algunos se han escandalizado en su sentido de la justicia, y ven en la Redención, presentada así, una objeción insalvable contra la bondad de Dios. Si Dios fuera realmente Padre, ¿sería un contador tan puntilloso y preferiría su ira a su Hijo preferido? En la presentación del misterio pascual no nos topamos con estos escollos, pues nuestra salvación aparece en ella, como realizada por un acto vital y gratuito, y una libre iniciativa de Dios, emanada enteramente de su amor misericordioso”. La teología del misterio pascual implica pues, un abandono, pues ya no quiere considerar la Pasión de Cristo como la satisfacción de la justicia divina ofendida por el pecado. La obra de la Redención aparece bajo otra luz: obra de amor que ignora la justicia, donde Dios revela el amor infinito con el que busca al hombre, incluso pecador, sin que la humanidad de Cristo tenga que satisfacer a la ira divina, o casi nada, por nuestros pecados.

### I. LA NUEVA TEOLOGIA.

#### A) UNA NUEVA TEOLOGIA DEL PECADO.

53. Para muchos de los teólogos contemporáneos, el pecado no tiene que considerarse desde el ángulo de la justicia divina, pues al hombre no le acarrea ninguna deuda de justicia con Dios. Ellos nos dicen, en efecto, así como el don de una criatura no le da nada a Dios, el pecado tampoco no le quita nada: “indudablemente es una gran verdad que el pecado tiene una dimensión infinita, puesto que destruye en el hombre algo de valor infinito, la vida de la gracia; y también porque el acto de salir del pecado sobrepasa toda fuerza humana, pero el pecado no supone ningún perjuicio para Dios. Lo mismo que la Creación del don de la vida al hombre no le han dado nada a Dios, el pecado tampoco no le quita nada”. Esta afirmación contiene una ambigüedad importante: aunque es evidente que el pecado no le quita nada a la *naturaleza* de Dios, ofende sin embargo su *derecho* a ser adorado y obedecido. Esa misma confusión aparece en otros muchos autores: “la noción de pecado se presta a equívoco. Aparece

como una injuria hecha a Dios, en cuyo caso convendría que esa injuria fuese reparada. Pero de hecho, el pecado no le causa ningún perjuicio a la naturaleza de Dios, que es inaccesible, sino que sólo perjudica a la naturaleza del hombre”. Eso es olvidar que se puede hacer una injuria al honor de Dios (y por consiguiente hay un deber de reparación) sin que eso cause ningún perjuicio a su naturaleza. Puesto que el pecado, según la teología clásica, es una injuria la honor de Dios, que se mide más teniendo en cuenta la majestad de la persona ofendida que la medida de los perjuicios causados al mismo pecador. Dios ha creado todo para su propia gloria, fin al cual el hombre tiene que ordenar cada uno de sus actos: “ya sea que comáis o que bebáis, ya sea que hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios (I Cor. X, 31). Cuando el pecador el niega a Dios el honor que se le debe, se constituye en su enemigo y en su deudor en justicia. En cambio, según la nueva teología, parece que cuando el hombre peca sólo se perjudica a sí mismo o a la sociedad y no a Dios. El pecado además no lesiona la justicia de Dios sino solamente su amor en el sentido en que es un rechazo de ese amor. Eso es lo que se deduce del Catecismo de 1992: “##” (CEC 1849-1850).

54. La nueva teología, pretendiendo exaltar la liberalidad de Dios en la obra de la Creación, considera que se la ensombrecería si se hiciese de Dios uno celoso defensor de su propio honor. De este modo, afirma que el amor que Dios nos tiene no disminuye nunca, aunque nuestros corazones se cerrasen a este amor: “##” (CEC 219-220). Como el amor de Dios continúa a pesar del pecado, y como su justicia no exige ninguna compensación, sería contrario a la bondad de Dios el que nos inflija penas como consecuencia de nuestras faltas. La desgracia que sigue al pecado viene sólo del hombre mismo o de la criatura pero no de Dios, olvidando así la enseñanza de San Pablo, según la cual, el pecado provoca la cólera de Dios que en este mundo se expresa con la atribución de penas, pero que brillará sobre todo en el juicio final. El Catecismo de 1992 está marcado por este “olvido”: aunque habla del infierno lo considera solamente como una autoexclusión del hombre fuera del amor divino (CEC 1033), y nunca como una pena infligida al hombre obstinadamente pecador.

55. por consiguiente, ya no aparece más la necesidad de satisfacer a la justicia divina, y la doctrina de la satisfacción vicaria de Cristo parece un escándalo: “segundo enigma y segundo escándalo: ¿no sólo el Padre eterno ha elegido a su propio Hijo para expiar en nuestro lugar, sino que, teniendo ante sus ojos a la víctima más inocente, más amada, y más apropiada para conmovérle a compasión, le ha exigido la reparación más humillante y dolorosa! (...) ¡Qué rigor! ¡Qué incomprensible insensibilidad! – más bien: ¡que modo abominable de interpretar los pensamientos de Dios!, nada lo justifica”. Si la palabra “satisfacción” se conserva algunas veces, se lo hace subrayando que “no es una exigencia del amor de Dios, sino más bien una necesidad del amor en nosotros”. Esta “satisfacción” se identifica así con la reparación de nuestra propia *salud espiritual*, sobre todo de nuestra capacidad de amar: “##” (CEC 1459). Podemos comprobar que, de ahora en adelante, la satisfacción se describe como una pena puramente medicinal, dejando de lado toda dimensión vindicativa.

## **B. UNA NUEVA TEOLOGIA DE LA REDENCIÓN.**

56. Más de una vez, los Papas anteriores al concilio Vaticano II, resumieron en sus Encíclicas la doctrina clásica de la Redención, que se describe como una obra de amor, pero de un amor que apacigua la justicia divina: “##” (S. T. III, q. 48, a. 2). Es además, un misterio del amor misericordioso, de la augusta Trinidad y del divino Redentor hacia todos los hombres: pues estos últimos eran totalmente incapaces para satisfacer por la expiación de sus crímenes, y fue Cristo quien, por la riqueza insondable de sus méritos, frutos de la efusión de su sangre preciosísima, pudo restablecer y completar el pacto de

amistad entre Dios y los hombres, quebrantado por primera vez en el paraíso terrestre por el deplorable pecado de Adán, y luego, por los innumerables pecados del pueblo elegido. Movidado por su ardiente caridad hacia nosotros, como legítimo y perfecto Mediador, el divino Redentor ha restablecido completamente la concordia entre los deberes y obligaciones de la humanidad y los derechos de Dios. De modo que, realmente, es el autor de esta admirable reconciliación entre la justicia divina y la misericordia, en donde reside, precisamente, la absoluta trascendencia del misterio de nuestra salvación”.

57. Bajo el enfoque del misterio pascual, la Redención que “no tiene como finalidad restituirle algo a Dios, sino de entregarle el hombre a Dios”, aparece bajo otra luz. Ya no es una satisfacción de la justicia divina obrada por Cristo, sino la *revelación* última de la Alianza eterna que Dios ha hecho con la humanidad, alianza que nunca se rompió con el pecado: “##”. La Redención nos revela así “##”. La palabra “satisfacer”, tal como se emplea aquí, pierde su connotación teológica propia: no se trata de satisfacer a la justicia ofendida, sino más bien de “corresponder” a la fidelidad del hombre hacia el hombre. En esta respuesta de Cristo, el hombre descubre el amor invariable del Padre, más fuerte que todo los obstáculos que ha puesto el hombre: “##”. Así, “##”, que consistía “##”.

58. Si la única finalidad de la obra redentora de Cristo no es la satisfacción de los pecados de los hombres, sino únicamente la plena Revelación del amor del Padre, hay que cambiar en dos puntos la doctrina clásica de la Redención. En primer lugar, la obra de la Redención tiene que atribuirse a Dios Padre, más que a Cristo en cuanto hombre: “##”. Jesucristo tampoco no es, propiamente hablando, Redentor, sino más bien, el lugar en el que Dios Padre nos salva, puesto que en Cristo se nos revela el amor del Padre, su Nombre mismo: “##” (CEC 430 y 432).

59. Además, el acto principal de la Redención no es la muerte de Cristo, sino su Resurrección y su Ascensión: “El que habla de Redención piensa primero en la Pasión y luego en la Resurrección como un complemento. El que habla de Pascua, piensa en primer lugar en Cristo resucitado. Y así, la Resurrección ya no parece como un epílogo sino el término y el fin en que se resume el misterio salvador”. ¿Por qué esta primacía atribuida a la Resurrección? Porque la Resurrección es la plenitud de la Revelación para la que se encarnó Cristo: “##”. Nos dicen que con esta enseñanza “se ha vuelto a descubrir lo que se puede llamar dinamismo pascual”, que sigue siendo el misterio de la Cruz, pero de la Cruz «vista en la plenitud de su maravillosa fecundidad, es decir, en cuanto que incluye la Resurrección de Cristo, su Ascensión a la gloria, y por medio de Cristo que ahora se ha convertido en *pneuma*, Espíritu vivificador, la irradiación de todos los dones maravillosos que le ha dado al hombre”. Considerado como Revelación “irradiante”, el misterio pascual se identifica a “Cristo-*pneuma*”, también llamado *Kyrios*. El “Kyrios” es el Señor después de su “Pascua” que “ha pasado de la vida mortal de este mundo, a la vida gloriosa del mundo celestial (...), que ha roto las fronteras del tiempo (...), y cuya obra salvífica, que en adelante trasciende el tiempo de este mundo, puede encontrar en los misterios sacramentales y litúrgicos, una “presencia”, una “actualidad”». La plenitud de la Revelación de la Alianza está en Cristo glorificado, englobando a su Cuerpo, que es la Iglesia sin mancha ni arruga: “el misterio es Cristo mismo, pero Cristo incluyendo a todo su cuerpo, la Iglesia, como su propia plenitud, y por consiguiente, el misterio es la recapitulación de la humanidad entre ella misma y con Dios en el Cuerpo de su Hijo”. De allí la frase de Juan Pablo II: “##”.

## II. EL CONCILIO VATICANO II.



60. La doctrina del misterio pascual está muy presente en el Concilio Vaticano II, si no en forma de exposiciones magistrales, sí por lo menos como una atmósfera general que condiciona las diversas Constituciones. A lo largo de todos sus documentos, sólo se dice dos veces que el pecado ofende a Dios – sin ninguna otra precisión (*Sacrosanctum Concilium* 109 y *Lumen gentium* 11) – mientras que se describe veintisiete veces al pecado como que ofende al bien del hombre o de la sociedad, ya sea civil o eclesiástica. No se dice en ningún lugar que el pecado cree una deuda de justicia con Dios, o que sea un obstáculo al amor que Dios nos tiene, sino que, al contrario, el Padre no ha dejado nunca de mirar al hombre con amor, aunque éste se haya vuelto pecador (*Lumen gentium* 2 y *Gaudium et Spes* 2 y 19). Lo mismo, las penas debidas al pecado (los “múltiples males”), lo mismo que la inclinación al mal, no pueden venir de Dios: “##” (*Gaudium et Spes* 13). En los textos que se refieren a la obra de Cristo, no vemos que aparezca nunca la idea de satisfacción; aunque se dice que en la Iglesia que es su Cuerpo, los miembros participan a los misterios de la Cabeza (*Lumen gentium* 7), nunca se precisa que la Cabeza sufra las penas debidas por los miembros.

61. La síntesis que da *Lumen gentium* del misterio de la Redención se hace eco de esta nueva teología: “##” (*Lumen gentium* 2). En este texto, el amor invariable del Padre se describe como agente principal de nuestra salvación (Cf. *Gaudium et Spes* 41), mientras que se presenta a Cristo como Redentor en la medida en que es la imagen invisible que revela el misterio de Dios. No se hace ninguna referencia a la satisfacción. La alusión a la predestinación ante de todos los siglos, refuerza la idea de que el pecado interviene sólo muy poco en la obra de Cristo. Por eso la Cruz será en adelante “signo del amor universal de Dios” (*Nostra aetate* 4).

62. Si el centro de la doctrina del misterio pascual (dejando de lado la satisfacción vicaria de Cristo) no ha sido afirmada explícitamente por el Concilio, sí lo hará un documento de la Comisión Teológica Internacional que utilizará la caricatura (“dios despiadado”) para relativizar su negación: “##”. Cuando trata las tesis de Rahner, este documento se hace eco de ciertas reservas en algunos puntos; pero, en cambio, admite explícitamente como válida la doctrina de este teólogo, cuando éste rechaza la satisfacción vicaria: “##”.

### III. APLICACIÓN A LA REFORMA LITÚRGICA.

63. La teología del misterio pascual ha sido el alma de la “restauración litúrgica” que, reclamada por el Concilio, “##” (*Sacrosanctum Concilium* 21). Como en adelante las realidades significadas – el acto redentor – se consideran según la teología del misterio pascual, la reforma de los ritos “quiere (...) hacer vivir el misterio pascual de Cristo”. Con este nuevo enfoque doctrinal, casi todos los ritos estaban destinados a ser cambiados:

- Como Dios ya no considera el pecado como una falta de justicia con Él, y que por su parte no rompe nunca su alianza con el hombre, ya no se le implorará la remisión de las penas debidas al pecado, ni tampoco que apacigüe su ira con el pecador. Como hemos demostrado en la primera parte, la reforma litúrgica ha eliminado todo lo que se refiere a esas penas o que manifiesta el temor de Dios.
- Como la Redención se considera como la Revelación plenaria del amor gratuito y sobreabundante que el Padre nos tiene, la respuesta que constituye la celebración litúrgica no puede ser más que una acción de gracias y de impetración. La satisfacción vicaria de Cristo y su mediación en la oración, ya no resultan absolutamente necesarias, por lo que se han suprimido en

gran parte del nuevo misal, especialmente de las oraciones eucarísticas como ya hemos demostrado.

64. La iglesia había consagrado especialmente la fiesta de la Preciosísima Sangre (instituida por Pío IX, y luego elevada al rango de primera clase en 1933), para la profesión de estas verdades relativas a la Redención. En su carta apostólica *Inde a primis*, que data de 1960, el papa Juan XXIII fomentó esta devoción y recomendó el rezo de las letanías de la Preciosísima Sangre durante todo el mes de julio. En 1969 desapareció esta fiesta del calendario litúrgico reformado. Después de muchas reclamaciones, se volvió a introducir una misa votiva, aunque no sin cambio muy significativos. Donde la colecta del misal tradicional dice “Dios eterno y omnipotente que habéis establecido a vuestro Hijo único Redentor del mundo, y que habéis querido apaciguaros por su Sangre (...), precio de nuestra Redención”, el nuevo misal dice: “Señor que por la Preciosísima Sangre de tu Hijo haz redimido a los hombres: conserva en nosotros la obra de tu amor, para que acordándonos siempre del misterio de nuestra salvación, podamos recoger sus frutos”. Ya no es el Hijo el que obra sino el Padre, por puro amor, una Redención Universal, cuyo fruto se obtiene conmemorando el misterio. La nueva concepción del misterio pascual ha prevalecido sobre el concepto clásico de la Redención.

65. Tal como vemos, las diferencias que hay entre los dos misales no son más que la transposición litúrgica entre dos doctrinas. La primera, teología clásica, describe el valor expiatorio de la muerte de Cristo, como algo esencial a la obra Redentora. La segunda, no la teología, considera este valor expiatorio como una opinión teológica, incompatible con la bondad de Dios. Luego, en la tercera parte, vemos como zanjar esta diferencia.

## **CAPÍTULO 2**

### **EL SACRAMENTO COMO MISTERIO**

“##”  
(CEC N° 1155)

66. La doctrina del misterio pascual no pretende únicamente los aspectos negativos de la teología clásica de la Redención, sino que pretende también llegar a la síntesis unificadora de datos que se cree que hasta entonces estaban demasiado fragmentados. Una nueva noción, la de “misterio”, procura suprimir la distinción que hacia la teología clásica entre “Redención objetiva” – la salvación que trajo históricamente Cristo – y la “Redención subjetiva”, por la que entramos a participar de esta obra de salvación: “hablar de Redención es situarse en el marco de la teología dogmática, que procura interpretar objetivamente la economía de la salvación, sin preocuparse demasiado del modo como podemos participar a ella (...) Mientras que el misterio pascual se arraiga en esta Pascua hebraica que designaba al mismo tiempo el acontecimiento salvador único y su conmemoración ritual renovada cada año. La palabra misterio (...) se refiere al mismo tiempo a un proyecto de Dios que se nos ha revelado, y a los medios concretos con los que se nos dispensa la obra de la salvación”. En este capítulo vamos a concentrar nuestra atención sobre esta nueva noción de “misterio” en cuanto que quiere explicar la participación del cristiano a la obra salvadora de Cristo.

#### **I. LA NOCIÓN DE MISTERIO.**

##### **A) LA NUEVA TEOLOGIA.**

67. La nueva visión teológica del misterio pascual que culmina en la reforma litúrgica tiene su origen en Odon Casel. Más allá de una controversia que provocaron sus escritos, la nueva teología considera en su sustancia la “doctrina de los misterios” del monje de Maria Laach, como “la idea teológica quizás más fecunda de nuestro siglo”. Fundamentalmente consiste en volver a darle a la palabra “sacramento” (*sacramentum* en latín) todo el valor semántico que contenía el término griego original “mysterion”. Esta palabra, que al principio designaba una realidad secreta, pronto tomó en las religiones antiguas una connotación religiosa. Así, evoca una revelación, desde luego parcial y velada aunque real, de una entidad trascendente. Para ser misterio y no ya objeto de ignorancia total, la *res sacra occulta* (“realidad sagrada oculta”), tiene que ponerse de algún modo a nuestro alcance, tiene que revelarse aunque continúe ocultándose con un velo para seguir siendo secreta. En el uso cristiano el “mysterion” griego, se traducirá frecuentemente por una palabra de etimología diferente, “sacramentum”. Aunque la escolástica medieval le deja a la palabra “misterio” su sentido clásico, limita sin embargo, el “sacramento” al significado de “signo eficaz de la gracia”, y por lo tanto a los “siete sacramentos”, amoldándose así, al dicho que, ya en tiempos de Santo Tomás, resumía la teología sacramentaria: *Sacramenta id efficiunt quod figurant* “los sacramentos producen lo que significan”.

68. Odon Casel rechaza precisamente esta distinción de la escolástica porque la considera como reductora. Según él, la noción de sacramento que tenían los Padres de los siglos II y III, no era la de un instrumento productor de gracias santificante, sino la de una imagen simbólica que hace realmente presente el misterio, *re-præsentat*, la realidad santificadora. Así entendido, el sacramento se convierte en un símbolo que hace visible la *res sacra occulta*, no sólo porque la significa en el orden del conocimiento, sino por sobre todo porque la contiene y la hace presente objetivamente. Ya no es un signo que *produce* la gracia sino un símbolo que *contiene* lo que significa, es decir, la *res sacra occulta*. A la definición por la eficiencia – signo productor de la gracia – le tiene que sustituir otra: “presencia del acto salvador divino bajo el velo de los símbolos”. Así se modifica el sentido del verbo *efficere* en la expresión “*Sacramenta id efficiunt quod figurant*”: ya no significa la producción de un efecto sino el más bien el hecho de “hacer presente en la realidad algo”. Con esto, “el misterio (es decir todos los sacramentos considerados en su conjunto y también cada uno en particular) no es la aplicación hecha en detalle de las gracias que derivan de la acción salvadora pasada de Cristo, sino que supone la realidad de la obra salvadora de un modo sacramental. En efecto, se deriva de la realidad”.

69. Esta nueva concepción de la palabra “sacramento”, muy genérica, puesto que incluye toda “realidad visible que pertenece en sí misma al mundo de la experiencia, pero que re-presenta (vuelve a hacer presentes) para el hombre las realidades sobrenaturales”, se aplica en adelante, en relación a la liturgia, a Cristo y a la Iglesia.

- Aunque Dios mismo es la *res sacra occulta* por excelencia, se convierte en misterio en la medida en que se revela al hombre. Cristo es pues el “sacramento primordial” puesto que “###”.
- A su vez, se considera a la Iglesia como sacramento: “Así como Cristo es el sacramento de Dios, porque en Él y por Él Dios entra en la historia y porque le representa concretamente ante los hombres, la Iglesia igualmente, y a continuación, es el sacramento de Cristo porque es la realidad de nuestro mundo en la cual y por cuyo medio el hombre puede encontrar a Cristo y a Dios en Cristo”.
- También la liturgia en su conjunto se convierte en sacramento: a través del “misterio del culto” el “Cristo de gloria” (o “Kyrios”) que es tal por su

gloriosa Ascensión, sigue haciéndose presente a los hombres para que estos, por la experiencia del pasado, puedan alcanzar la salvación: “la reactualización del misterio salvador en los misterio del culto de la Iglesia, asegura un contacto real entre cada creyente y el acontecimiento pasado de Pascua, sin eliminar el tiempo del mundo. El Cristo glorioso sigue tocando y santificando a los hombres a lo largo de la historia por la acción misma de sus actos históricos”.

- Finalmente, el pueblo reunido para la celebración litúrgica es, en cierto modo, sacramento de la Iglesia: la manifiesta y la hace presente: “en este mundo, la asamblea litúrgica es la manifestación más expresiva y una verdadera epifanía de la Iglesia: la muestra y la revela (...), la voz de la asamblea es la voz de la Iglesia esposa de Cristo”.

70. Este es el primer elemento que se conserva de la elaboración de Casel. “##”, explica el Catecismo de 1992 (CEC 774). El mismo Catecismo insiste en que a través de los santos misterios lo que realmente está presente es la obra salvadora misma, dejando entender que la acción santificadora del sacramento se deriva de esta presencia bajo el velo del símbolo.

## **B) EL CONCILIO VATICANO II.**

71. La consagración de esta nueva comprensión de la palabra “sacramento” viene del Concilio Vaticano II. Desde la Constitución sobre la liturgia ocupa un lugar dominante: sin emplear la palabra, la idea según la cual Cristo es el sacramento de Dios, se expresa con términos bíblicos y patrísticos que se le acercan (*Sacrosanctum Concilium* 5). Luego, la iglesia aparece como *sacramentum*, derivada del *sacramentum* primordial que es Cristo mismo: “##” (*Sacrosanctum Concilium* 5). Y entonces, en el marco de esta sacramentalidad de la Iglesia ( el Cristo “siempre presente a su Iglesia” *Sacrosanctum Concilium* 7), el Concilio llega a describir de cerca la naturaleza de la liturgia). Leamos el comentario que hizo Vagaggini sobre esta Constitución: “Por primera vez en un documento del Magisterio la estructura de la liturgia, conjunto de signos eficaces de la santificación y del culto, se pone en relieve a partir de la noción de sacramento”. Esta noción de sacramento dirige también al eclesiología conciliar: “##” (*Lumen gentium* 1). ¿Porqué es un sacramento la Iglesia? Porque nos hace presente a Cristo: “##” (*Lumen gentium* 14).

## **II. EL MISTERIO COMO LUGAR DE LA REVELACIÓN.**

### **A) LA NUEVA TEOLOGÍA.**

72. Si la nueva teología le concede tal importancia al “mysterion” en la teología de la liturgia, es porque cree poder resolver así el problema planteado por el pensamiento moderno que, impregnado de kantismo, ha abandonado la grandes tesis de la filosofía realista y se pregunta sobre el valor del conocimiento especulativo. El hombre contemporáneo, sufriendo vértigo ante el abismo del idealismo así abierto, se agarra mucho más al valor de la experiencia ya que esta parece permitirle un contacto directo con lo real. Este hombre, tentado por el escepticismo, hábido de ver y tocar, parece decepcionado por la doctrina tradicional que, desde luego, enseña que la Iglesia está fundada en una experiencia única, la visita de Dios a su pueblo (Lc. I, 68); que Jesucristo compartió nuestra existencia humana, revelando su doctrina salvadora no sólo con palabras sino también con hechos: “os he dado ejemplo para que hagáis como yo” (Jn. XIII, 15). Pero al mismo tiempo afirma que esta experiencia fundamental fue privilegio exclusivo de los primeros cristianos que trataron con Cristo; los demás,

también tienen que vivir de ella, pero solamente a través de la experiencia de los apóstoles: “lo que hemos visto y escuchado, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (I Jn. I, 3). Por consiguiente, la Revelación es una doctrina que se transmite por medio de la predicación, *fides ex auditu* (Rom. X, 17), puesto que sólo se pueden comunicar palabras y no hechos, que por definición son transitorios. “Bienaventurados los que creen sin haber visto” (Jn. XX, 29). Parece que este concepto será difícilmente aceptado por el pensamiento moderno, puesto que exige la previa admisión de la mediación de la Iglesia y de su inerrancia en materia de fe. Por lo que la nueva teología desea presentar la Revelación de modo que responda mejor a las expectativas del hombre moderno, afirmando en primer lugar, que Dios no se revela en una doctrina, sino en la experiencia de su presencia, para explicar luego que esta experiencia no es el privilegio de los primeros creyentes, sino que se comunica a todos los hombres, especialmente por medio del culto.

73. la Revelación, según la nueva teología, no se reduce a una serie de enunciados abstractos que forman un sistema doctrinal, sino que se realiza sobre todo por un contacto vivo de la divinidad: “la noción de *mysterion*, reconoce Casel, intenta expresar el carácter de revelación directa hecha por Dios a sus siervos, que está vinculada a la Revelación, por oposición a un modo de conocimiento filosófico”. Dicho de otro modo, Dios no se revela al hombre sólo “con palabras” – consideradas como concepción humana, cuyo contenido cognitivo sería el misterio de Dios –, sino “con palabras y hechos”, es decir, gracias a *acciones divinas* que hacen presente al hombre la realidad misteriosa de Dios: “el cristianismo, en su acepción plena y original (“Evangelio de Dios” o “Evangelio de Cristo”), no es un cierto concepto del mundo que se recorta en un fondo religioso, ni un sistema doctrinal religioso o teológico, ni tampoco puramente una ley moral, sino un *misterio* en el sentido paulino de la palabra. Es una Revelación de Dios a la humanidad. Dios mismo es quien se revela en los hechos y gestos teándricos en los que desborda la vida y la fuerza, en hechos y actos que, por esta revelación y comunicación de gracias, permiten el acceso de la humanidad ante la divinidad misma”.

74. Esas palabras pueden seguir siendo atrevidas para el hombre moderno, ya que precisamente la posibilidad misma de una Revelación hoy se ha vuelto problemática: al rechazar el realismo natural al espíritu humano, los filósofos de tipo idealista han puesto en peligro el acceso a las realidades que trascienden el orden de los puros fenómenos. ¿Cómo ir entonces de la experiencia mística a la Revelación divina? ¿No se pasa indebidamente del fenómeno a lo absoluto de Dios? La doctrina de los misterios pretende dar aún una respuesta a este “gran desafío de fin de milenio”, “el de saber dar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento”. Presenta el fenómeno como un “símbolo” que permite, gracias a una hermenéutica (interpretación) adaptada, el contacto objetivo del hombre con las realidades trascendentales de las que es signo. En esto, la nueva teología se apoya en las escuelas simbólicas modernas, a las que a veces se cita explícitamente. El mismo Catecismo de 1992 está muy marcado por esta elección filosófica. Apenas toca el tema de la “celebración sacramental del misterio pascual”, cuando ya consagra ocho números a la noción de “signos y símbolos” (CEC 1145-1152), para afirmar que el hombre “percibe las realidades espirituales a través de signos y símbolos materiales” (CEC 1145). Los números siguientes describen la lenta evolución de la hermenéutica religiosa que Cristo llevó a su madurez, dándole un sentido nuevo y definitivo a estos signos preexistentes (CEC 1151; cf. 1115).

75. Con este procedimiento la nueva teología, desde sus primeros pasos, se pone en discordancia con la teología clásica, pues los Padres de la Iglesia nunca pusieron en duda el valor objetivo del conocimiento especulativo. Ellos aceptaron sin dificultad la

Revelación como un conjunto de proposiciones recibidas *ex auditu*, y la única finalidad de sus investigaciones teológicas era la de resolver los problemas ontológicos que planteaba cada misterio: la consubstancialidad de las Personas divinas, la unión hipostática de las naturalezas en Cristo, etc. El aspecto cognitivo de los misterios se considero siempre en segundo lugar, como consecuencia de su modo de ser. La nueva teología, al poner en tela de juicio este enfoque realista, modifica profundamente la teología sacramental en forma de una re-interpretación, de la definición tradicional del sacramento. Aunque se conserva la expresión “signo eficaz de santificación”, se le da un valor completamente distinto. En lugar de considerar el sacramento en el orden ontológico, como causa eficiente instrumental de la gracia santificante en el alma, en adelante, se lo considera en su aspecto cognitivo, haciendo del sacramento una “manifestación”, una “revelación”, de la presencia viva de Dios. Se supondrá que si el hombre entra en contacto con Dios, de ese contacto se derivará su santificación.

76. Considerada de este modo, la liturgia se convierte en el lugar privilegiado de la Revelación, que se le transmite al hombre por medio del rito, el cual, a través de su simbolismo, permite un contacto vivo con el Dios que revela. Ese contacto vivo es el que asegura la *Paradosis* – o Tradición – y no tanto el Magisterio de la Iglesia, como lo enseña la teología clásica. Por esto, en adelante, la no noción de “Tradición viva” se identificará de buen grado con la dimensión “mistérica” de la liturgia: “en la religión cristiana, los hechos que forman la substancia de la *Paradosis*, son las grandes acciones de Dios, es decir, los acontecimientos, y en el culto conmemoramos lo que hemos recibido en la *Paradosis*, realizando así la presencia misteriosa de estos actos salvadores. Este es para nosotros el sentido de la liturgia. Pronunciamos las fórmulas sagradas que contienen la Revelación divina y en las que la Iglesia no nos da una enseñanza científica, sino que nos pone y nos transmite de un modo vivo, en oraciones y ritos sagrados, el tesoro de la fe”. Así, “al celebrar el acto litúrgico (sacramento, sacramentales, audición de la Palabra, los cristianos (sacerdotes y fieles) hacen una cierta experiencia de las verdades de la fe, proclamadas y celebradas por la liturgia. Ahí hay un modo de conocimiento privilegiado por experiencia o participación”. Este modo de ver las cosas se desarrolla ampliamente en el Catecismo de 1992. la Revelación no consiste en muchas palabras humanas, sino en el único Verbo de Dios: “##” (CEC 73). La fe del cristiano tiene que estar informada por el contacto vivo de la Palabra, lo cual se realiza del modo más eficaz, no con la predicación, sino con la celebración del misterio pascual: “##” (CEC 1074, 1075).

## **B) EL CONCILIO VATICANO II.**

77. Aunque el Concilio Vaticano II no pone explícitamente como lugar privilegiado de la Revelación a la liturgia, consagra sin embargo, lo que será su principio, es decir, el nuevo concepto de la Revelación “con palabras y hechos”: “##” (*Dei Verbum* 2). La Revelación no es sólo el Evangelio predicado por Cristo, sino Cristo mismo como manifestación de Dios” (*Dei Verbum* 4). Poco tiempo después, la Comisión Teológica Internacional, desarrollo: “##”.

## **III. APLICACIÓN DE LA REFORMA LITÚRGICA.**

### **A) LOS SACRAMENTOS DE LA FE.**

78. Los sacramentos, concebidos ahora como lugares privilegiados de la Revelación divina, van a requerir de un modo nuevo la fe de la asamblea: el sacramento, al ser considerado bajo su aspecto cognitivo, requiere ser interpretado – por la fe –, para hacer presente a los participantes la realidad significada. Parece que únicamente el ejercicio



actual de la fe permite atravesar el simbolismo del sacramento para ir hasta el misterio, y asegurar de este modo, la eficacia de este último en el alma. En cambio, la teología clásica, afirmando que los sacramentos producen *ex opere operato* la gracia santificante en el alma, enseña que, aunque se requiere la fe sobrenatural para que un sujeto los reciba con fruto, basta que esta fe le conduzca a someterse a la acción de la Iglesia, sin que sea absolutamente necesaria la comprensión plena del significado del signo sacramental.

79. Como los participantes han entrado así en contacto con el misterio, parece que este tiende principalmente a la fe, puesto que es Revelación. Citemos otra vez a Casel: “En el culto conmemoramos lo que hemos recibido en la *Paradosis* [Tradición], realizando así la presencia misteriosa de los actos salvadores. Ese es para nosotros el sentido de la liturgia. Pronunciamos fórmulas sagradas que contienen la Revelación divina, y en las que la Iglesia (...) nos pone y transmite de un modo vivo, en oraciones y ritos sagrados, el tesoro de la fe (...). De modo que la celebración de los misterios se presenta como un oficio religioso, ordenado con arte, que desemboca a la contemplación extática de la divinidad”. Es sintomático, sobre este punto, el comentario que hace de la poscomunión del día de la octava de la Epifanía: “###”. ¿En qué consiste la participación? *En primer lugar en la contemplación*. Contemplamos el misterio en la gnosis de la fe. Pero no es una contemplación inactiva e ineficaz. Somos transformados por esta contemplación”.

80. Parece que esta concepción del sacramento está en el origen de las profundas modificaciones litúrgicas que se refieren a la ofrenda sacrificial y que ya hemos analizado anteriormente. Considerando el sacramento en primer lugar como una actuación de la fe, es lógico dejar de lado el acto del Sumo Sacerdote ofreciéndose a sí mismo y a su Padre, en la persona de su ministro (este acto de Cristo no nos exige una fe habitual), para insistir en el acto por el cual el pueblo reunido ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo, presente en el altar. Pues únicamente esta segunda oblación atañe a un proceder de fe: “la actitud con la que el hombre, por Cristo y con Cristo – «por la oblación del Cuerpo de Cristo» – se ofrece a sí mismo al Padre y le ofrece el mundo, expresa de un modo, a la vez sencillo y fundamental, la esencia existencial de la fe. Puesto que en la fe, como enseña el Concilio Vaticano II, el hombre «se abandona enteramente a Dios», respondiendo a la Revelación que Dios le hace de sí mismo. Este abandono, que está en la esencia misma de la fe, se realiza casi en toda su plenitud, en la actitud que se deriva de la participación al sacerdocio de Cristo. Pues tal actitud parece conferir a los actos de fe del cristiano, su dimensión existencial más completa”.

81. La Constitución conciliar sobre la liturgia insiste en el lugar que ocupa la fe: “###” (*Sacrosanctum Concilium* 59). Un teólogo escribía, comentando ese texto: “###”. El Catecismo de 1992 parece hacerse eco de esta concepción cuando explica el *ex opere operato*: “###” (CEC 1127). En el contexto teológico del Catecismo de 1992, podemos entender fácilmente que la eficacia del sacramento le venga de la re-presentación de los actos salvadores (“él es quien obra”) que comunican su virtud salvífica a la Iglesia por un contacto (“como el fuego transforma en sí mismo todo lo que toca”) de fe (“celebrados dignamente en la fe”, “la Iglesia expresa su fe en el poder del espíritu”) que es eficaz (“transforma en vida divina todo lo que está bajo su poder”). Esta interpretación es reforzada en el contexto de estas líneas: los sacramentos sólo después de haber sido “sacramentos de fe” (CEC 1122-1126) son “sacramentos de salvación” (CEC 1127-1129), puesto que “la asamblea litúrgica es en primer lugar comunión en la fe” (CEC 1102).

## **B) UN NUEVO LUGAR PARA LA PALABRA DE DIOS.**

82. Si la nueva teología ha dejado de lado la eficacia de los sacramentos para exaltar su significado como alimento de la fe, se ha realizado en cambio un movimiento inverso en lo que se refiere a la Sagrada Escritura: el acento se desplaza en ella del significado a la eficiencia. La Constitución conciliar sobre la liturgia no vacila en aplicar a la Escritura la nueva noción de misterio sacramental: “##” (*Sacrosanctum concilium* 7). En adelante se clasifica a la palabra de Dios entre esos signos sensibles por cuyo medio “##” (*Sacrosanctum concilium* 7). De este modo se le puede aplicar la doctrina del simbolismo: de modo contrario a lo que pensaba la teología clásica, la primera finalidad de las lecturas bíblicas no es ofrecer a la fe el contenido cognitivo de los conceptos empleados, pues detenerse en el concepto sería permanecer en el signo sin pasar al significado. Tras el velo simbólico de las palabras la fe tiene que buscar más bien a Cristo mismo que se hace eficazmente presente. ¿No es Él, “la palabra definitiva del Padre”? (CEC 73). Así considerada, la finalidad propia de la Escritura no es la instrucción de la fe, de la cual por vía consecuencia deriva la experiencia mística, sino directamente la experiencia mística, que se supone que produce la nutrición cognitiva de la fe.

83. Esta manera inusual de considerar la lectura de la Sagrada Escritura, explica el paralelo que hace el nuevo misal entre la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística. “##”. Así, “##” (CEC 1346). El mismo Catecismo no vacila en concederle una cierta primacía a la Palabra, puesto que ésta determina el significado de los demás símbolos: “##” (CEC 1153).

### C) CONCLUSIÓN.

84. Esta concepción del *myterion* que describe al sacramento como algo que hace presentes las realidades divinas para comunicarlas como alimento de la fe, ha sido uno de los principales ejes de la reforma litúrgica:

- Explica el paralelo constante que se hace entre la “liturgia de la Palabra” y la “liturgia eucarística”, siendo ambas la “mesa del Señor” (IGMR 34 y 56), en donde Cristo se entrega a sí mismo como alimento espiritual (IGMR 33 y 56).
- Explica las numerosas relativizaciones que ha sufrido el culto de la presencia real en la misa: no se reconocerá en primer lugar la presencia eucarística por sí misma, sino principalmente en cuanto es alimento de la fe.
- Explica el enaltecimiento del sacerdocio común de los fieles, al considerar la oblación sacrificial casi exclusivamente en el ángulo de oblación en sentido estricto, que es la única que es una respuesta de fe.
- Explica el nuevo modo de considerar el sacramento eucarístico como *mysterium fidei*.

Ya sea en el enfoque descendiente (descrito como revelación) o en el ascendente (la oblación), en adelante, se considera al sacramento casi exclusivamente como “sacramento de la fe”, cuya finalidad es alimentar la fe del pueblo de Dios.

## CAPÍTULO 3 EL MEMORIAL

“##”  
(CEC 1049)

85. Al exaltar la dimensión reveladora de las acciones de Cristo más que su valor satisfactorio (Segunda Parte, Capítulo 1), la doctrina del misterio pascual llega a considerar al sacramento como algo que hace presentes las acciones de Cristo – las mismas que revelan el amor del Padre – más que como medio eficaz de salvación por la aplicación de los meritos de Jesucristo (Segunda Parte, Capítulo 2). Este cambio de perspectiva hace que el carácter netamente sacrificial que revestía el rito de la misa hasta ese entonces, se vuelva un poco obsoleto; de modo que la reforma litúrgica ha puesto en primer plano el aspecto conmemorativo afirmando que éste hace que la realidad conmemorada este realmente presente. Así, la celebración litúrgica es una proclamación de acción de gracias y un anuncio y revelación de los misterios conmemorados, o dicho, de otro modo, continuación y difusión de la misión salvadora de Cristo, puesto que en adelante se asimila a una revelación “con palabras y actos”. La noción de memorial se convierte entonces en la clave interpretativa de toda la liturgia: “la liturgia entera no es más que una memoria de los actos del Señor en su sentido objetivo, y al mismo tiempo, un desarrollo y resplandecimiento de la anamnesis de la misa (...) Si al edificio litúrgico le quitásemos esta clave de su bóveda se derrumbaría toda la construcción y no quedarían sino pedazos de su significado. Con esto vemos lo mucho que importa entender bien la anamnesis del canon de la misa: es como una semilla que contiene en germen toda la riqueza y el desarrollo de la liturgia”. Vamos ha analizar aquí que entiende la nueva teología por “memorial”, intentando en particular, precisar el vínculo que pretende guardar con la dimensión sacrificial de la misa.

#### **D) LA MISA COMO MEMORIAL.**

86. Desconfiando de toda sistematización intelectual, la nueva teología prefiere considerar el misterio revelado de modo histórico, como realidad viva que obra y se desarrolla a través de la historia de la salvación. De este modo, analiza el Nuevo Testamento a la luz del Antiguo: “Los autores y mensajeros del Nuevo Testamento – Jesús y los Apóstoles – al estar insertado en el contexto cultural del Antiguo Testamento, e imbuidos de su espiritualidad, sólo se pueden entender a partir de él”. Hay que dirigirse pues a la Pascua judía para entender la naturaleza de la primera Eucaristía. Ahora bien, nos dicen que el ritual de la antigua Pascua era esencialmente conmemorativo debido a su triple objeto: Israel *recordaba* la liberación milagrosa de Egipto, dándole gracias a Dios con cánticos de acción de gracias – con una “eucaristía” – por su intervención a favor de su pueblo. Pero no era un simple memorial de una acción pasada: ese recuerdo – o anamnesis – no era puramente subjetivo, puesto que hacía que también Dios se acordara de su pueblo, haciéndose presente de este modo en medio de ellos para renovar el efecto salvador de su acción pasada: “en la noche de la Pascua, Israel no sólo se acordaba de Yahvé y de sus acciones salvadoras, sino que también Yahvé se acordaba de Israel y de sus devotos. Este recuerdo de Yahvé significa, de acuerdo con los conceptos bíblicos y judaicos tardíos, un cierto modo, para Dios, de estar otra vez presente y de reactualizar su salvación”. El memorial era pues *objetivo*, es decir, actualización y anuncio de la Alianza ante Dios y ante los hombres. Pero los judíos sabían que esta Alianza celebrada, estaba por venir: Israel esperaba la venida del Mesías. Así, el rito de la Pascua tomaba una tercera dimensión *profética* y escatológica. Conmemoración de una acción salvadora pasada, anuncio y celebración eucarística de la Alianza presente, y profecía de la plenitud futura. Esto era la Pascua judía.

87. La misa se considera en primer lugar como “memorial del Señor” puesto que al instituir la eucaristía durante la cena Pascual, Cristo asumió el rito de la Pascua antigua que sólo se nos describe en su dimensión conmemorativa. Para justificar esta afirmación

se propone una nueva exégesis de Lc. XXII, 19. En la expresión: “haced esto en memoria mía”, “lo que se acentúa no es la prescripción «Haced esto»», sino la precisión: «Hacedlo (se sobreentiende: en adelante) *en memoria mía*». O mejor dicho, como lo destaca Jeremías, estas palabras tienen que traducirse: «Haced esto como memorial mío». Hay que darle a esta palabra el sentido que ha tenido siempre en la literatura rabínica, y especialmente en la liturgia de la época”. De ahí proviene la modificación de las palabras de la consagración que hemos señalado en la primera parte.

88. Como ya hemos visto, el memorial judío tenía la característica de hacer que Dios estuviese presente otra vez, y de actualizar su salvación. Era un memorial *objetivo* y no una simple conmemoración psicológica. Lo mismo sucede con la Eucaristía; no es un simple recuerdo, sino que vuelve a hacer presentes los actos salvadores de Cristo que conmemora: “[El memorial eucarístico] es un memorial objetivo y no solamente (aunque naturalmente también lo sea) un recuerdo subjetivo de lo que el Señor hizo por nosotros. En otras palabras, es un memorial real, y no solamente memorial mental, un recuerdo puramente conceptual, una *nuda commemoratio*, como precisa el Concilio de Trento contra Lutero”. Así aparece la importancia capital que la doctrina del misterio pascual le concede a la dimensión conmemorativa del culto, que es la única capaz de asumir ritualmente la nueva noción de sacramento, por la cual volverían a estar misteriosamente presentes los acontecimientos salvadores.

89. La oración memorial de la Iglesia tiene que ser pues “una oración *real* que signifique y realice algo, y por eso no tiene que traducir un recuerdo, que sólo se recordaría en el plano subjetivo, sino una *memoria objetiva a través de una acción*”. Esta acción, para que no se interprete como exteriorización de un recuerdo subjetivo, va a tener que ser, por naturaleza, comunitaria y social. Así es como, de ahora en adelante, se entiende el carácter público de la liturgia: es un acto público en el sentido en que “moviliza todas las actividades de una comunidad de fieles, y de cada uno de sus miembros, para ponerlos al servicio inmediato de Dios”. En el caso de la misa, ¿cuál va a ser la acción comunitaria que servirá de marco al memorial objetivo? Siguiendo todavía el principio de continuidad conmemorativa establecida entre la Pascua nueva y la antigua, será una comida, pues Jesucristo instituyó el memorial eucarístico durante una comida ritual judía. Por esto “##”.

90. Este modo de considerar el memorial de la misa entró en los textos oficiales de la Iglesia con motivo del concilio Vaticano II. Desde las primeras líneas de la Constitución sobre la liturgia, encontramos yuxtapuestos, sin vínculo concreto, el aspecto sacrificial y el aspecto conmemorativo de la misa: “##” (*Sacrosantum Concilium* 47). Después, el Concilio va a soler contentarse con designar a la misa simplemente como “memorial de la muerte y Resurrección del Señor” (*Ad Gentes divinitus* 14), puesto que en adelante parece que es el aspecto principal de la celebración eucarística: “##” (*Sacrosantum Concilium* 106).

## II. LA MISA COMO PASCUA DEL SEÑOR.

91. Como indican los textos conciliares, el memoria eucarístico tiene por objeto, al mismo tiempo la muerte y Resurrección del Señor. Pues la nueva teología precisa que si el ritual conmemorativo asegura la continuidad de estas dos Pascuas, la nueva Pascua sobrepasa a la del Éxodo en cuanto a su objeto: “##” (CEC 1363-1364). El memorial eucarístico es el de toda la obra de la salvación, considera en su unidad indivisible dinámica que hemos subrayado anteriormente: “##” (CEC 1409 cf. n° 1323, 1330, 1337 et 1364). Se vuelven a hacer presentes no sólo los misterios pasados, sino también los futuros gracias a la dimensión profética de la Eucaristía, que entonces se convierte en una anticipación real – y no simplemente prenda – de la liturgia celestial: “se trata ni

más ni menos de la presencia, bajo el velo sacramental y en el misterio de la fe, de las realidades escatológicas que se manifestarán al final de los tiempos. La asamblea litúrgica, al ser la expresión de la plenitud del misterio de la Iglesia, es realmente la anticipación de la asamblea definitiva de la humanidad salvada, reunida para el banquete mesiánico que sella la Alianza definitiva”. Por los sacramentos la liturgia nos hace vivir “de la vida de Cristo resucitado” (CEC 1091).

92. Mucho más aún que los misterios de Cristo, es Cristo glorioso por sus misterios (el Kyrios) el que se hace presente y obra a través de los sacramentos: “El [el Kyrios] es el único dispensador de la vida divina que a partir de ahora comunica a los hombres en particular por medio de los sacramentos; por los sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, recibimos de la santa humanidad glorificada de Cristo, instrumento vivo de su divinidad, el flujo de la vida divina de que está llena”. Se resalta más la presencia de Kyrios, que la de Cristo sacerdote y víctima, y se resalta más la Resurrección que el Calvario. Al considerar en primer lugar a Cristo como sacramento de Dios, que le revela al hombre el amor inalterado de un Padre que quiere compartir su gloria, se hace de la Resurrección y de la Ascensión el centro de gravedad de toda la vida de Jesucristo, pues ahí es donde “###” (CEC 648). Por vía de consecuencia, según esta concepción, el objeto del memorial de la misa tiene que ser por supuesto la muerte de Cristo, pero también y sobretodo, su Resurrección.

93. Aquí hay una profunda oposición con la teología clásica, que pone el corazón de la obra redentora en la muerte sacrificial del Crucificado. Aquí es donde, tanto por parte de su Padre, como en relación a los hombres, el Verbo encarnado culmina lo esencial de su misión, pues se encarnó principalmente por amor a su Padre y para darle a Dios la gloria que el hombre le había negado. Ahora bien, de todas las acciones humanas de Cristo, la que manifiesta mayor amor al Padre, al mismo tiempo que es su mayor glorificación, fue la muerte en la Cruz por obediencia.

- Aunque la caridad de Cristo fue de igual intensidad en cada uno de sus actos, sin embargo, como “no hay mayor amor que dar su vida por aquellos que se ama” (Jn. XV, 3), Cristo quiso morir para manifestar el amor que tiene al Padre “para que el mundo que amo al Padre” (Jn. XIV, 31).
- Para darle al Padre una glorificación perfecta, Cristo quiso ofrecerle el culto de religión más perfecto que puede haber. Ahora bien, el acto perfecto de la virtud de religión es el sacrificio. Por esto, Cristo ordenó toda su existencia humana alrededor de “su hora”, en la que iba a “glorificar al Padre en la tierra”, llevando a cabo la obra que el Padre le había encomendado (Jn. XVII, 4).

La muerte de Cristo sigue siendo el acto principal, incluso si se considera la obra de Cristo en cuanto que es saludable para los hombres. Sin negarle a la Resurrección cierta causalidad salvadora, especialmente en el orden de la ejemplaridad, la teología clásica establece que únicamente la muerte de Cristo, y no su Resurrección, tiene un valor meritorio y satisfactorio, Por lo cual, ve el resumen de nuestra salvación en la Pasión más que en la Resurrección.

94. ¿No estaría en Cristo mismo la solución de esta divergencia? Considerar su vida únicamente bajo el aspecto del dinamismo pascual, como un gran movimiento que culmina en la plenitud de la Ascensión, donde Cristo queda establecido como “Señor”, ¿no es reducir a Cristo y olvidar que Él es “Señor” desde la Encarnación? (Lc. II, 11). Si consideramos a los mártires, su glorificación es desde luego más perfecta que los sufrimientos con los que merecieron la salvación, porque su glorificación se identifica con la culminación de su perfección en la posesión de Dios, por la visión beatífica. Jesucristo en cambio, está “lleno de gracia y de verdad” (Jn. I, 14) desde el primer

instante de su concepción. De modo que el paso de la muerte a la Resurrección para Él no significa un cambio de estado con el que lograría su fin último, como da a entender la nueva teología, sino sólo la extensión definitiva de la gloria a la parte de su ser que hasta entonces no había gozado de ella sino de un modo transitorio en el Tabor. El acto más importante de la vida de Cristo fue su obediencia hasta la muerte, con el que mereció obtener con un nuevo motivo, lo que merecía desde el primer instante de su vida terrestre: la glorificación de su cuerpo físico, y la santificación hasta la gloria de su Cuerpo Místico.

### III. LA MISA COMO SACRIFICIO.

95. Cuando hay que tratar la misa como sacrificio aparece otra divergencia igual de profunda entre la teología clásica y la nueva. Siguiendo al Concilio de Trento y sus definiciones, la teología clásica concibe la misa como una acción sacrificial de pleno derecho. Como el sacrificio pertenece al género de oblación, y se distingue por cierta destrucción o inmolación, los teólogos tratan de demostrar como se realiza en el rito “la inmolación incruenta” de la que habla el Concilio de Trento. Las diversas opiniones autorizadas, convergieron hasta recibir una acreditación autorizada por el Papa Pío XII en la Encíclica *Mediator Dei*. Tras recordar el dogma, el Papa explica lo que está contenido pero no indicado explícitamente por el Concilio de Trento: en el altar hay una inmolación incruenta *per externa signa quæ sunt mortis indices* “###”. Y Pío XII muestra que el sacrificio de la misa es el memorial de la muerte de la Cruz *en cuanto que la figura*: “###”.

96. La nueva teología abandona esta enseñanza: “No puede decirse que el pan separado del vino sea signo del sacrificio (signo de la separación del cuerpo y de la sangre, y por consiguiente de la muerte). Si se entendiese así, la muerte de Cristo estaría presente sólo en signo y no en realidad”. Ahondando un poco más, le reprocha a la teología medieval el haber perdido la profundidad “misteriosa” del sacramento, y el haber traspuesto la dimensión sacrificial de la misa del plano misterioso al plano de los signos: “las expresiones: sacrificio «ejemplar», sacrificio «in figura», «en imagen», «en misterio», «en sacramento», «en símbolo», que para los Padres expresaban un modo de ser determinado del sacrificio de Cristo, [en la Edad Media] adquieren un significado mucho más exterior (...). Está claro que para los teólogos escolásticos, el sacrificio está puramente en el signo exterior”. En cambio, para la nueva teología el sacrificio no se sitúa en el signo exterior, sino en la función re-presentativa del memorial: “Puesto que la Pasión era el sacrificio de Cristo, la representación sacramental de la Pasión es también el sacrificio de Cristo, ya que el misterio contiene en sí la realidad de lo que significa”. “La misa no es un sacrificio de naturaleza particular, sino que es idéntica al sacrificio de la Cruz, puesto que es su conmemoración. Su carácter de sacrificio se apoya por consiguiente, en su carácter de memoria; es esencialmente sacrificio en cuanto es memoria”. Con esto hemos vuelto al punto fundamental de la doctrina de los misterios: por el memorial los actos salvadores tiene realmente lugar en el momento actual. Son el contenido y el objeto propio de los sacramentos, y constituyen la realidad interna de los misterios del culto: “###”. En efecto “###” (CEC 1104).

97. Podríamos resumir perfectamente la oposición entre la teología clásica y la nueva con la interpretación que cada una de ellas le da a la palabra *repræsentare* que uso el Concilio de Trento. La nueva teología la entiende como “hacer que algo vuelva a estar realmente presente”, lo cual se realiza por la dimensión objetiva del memorial. De este modo la misa es en primer lugar un memoria (CEC 1362), y sólo secundariamente reviste el aspecto sacrificial en cuanto que es memorial (CEC 1365), no porque la misa sea un verdadero sacrificio ritual, sino porque el memorial “hace que vuelva a estar

presente el sacrificio de la Cruz” (CEC 1366), tras los velos del misterio. En cambio, la teología clásica interpreta el término *ræpresentare* como “figurar o significar”, que es lo propio de la imagen con relación a la realidad que representa. De este modo la misa es, en primer lugar, un sacrificio ritual propio, que tiene una dimensión conmemorativa en cuanto que es imagen representativa del sacrificio de la Cruz: “la celebración de este sacramento es como una *imagen representativa* de la pasión de Cristo”. Si hay un sacrificio verdadero, y no simplemente signo del sacrificio – *sacramentum tantum* – no es por la objetividad del memorial, sino porque la transubstanciación hace que estén realmente presentes el cuerpo y la sangre de la divina víctima – *la res et sacramentum*. La nueva teología, con diversos motivos, pero finalmente convergentes, deja de lado cada vez más la concepción clásica del sacrificio eucarístico, afirmando que el sacrificio de Cristo no puede consistir sólo en su muerte, sino que incluye necesariamente su Resurrección y su Ascensión: “##”. Por consiguiente, la consagración separada de las sagradas especies no puede, por sí sola, significar el sacrificio de Cristo, ya que sólo remite a su muerte, y en modo alguno a su Resurrección y a su Ascensión. Según la nueva teología esta concepción clásica tiene que inclinarse ante el memorial sacrificial que engloba la integralidad de los misterios de la salvación. De este modo, por la teología “mística”, “el acento recae en la unicidad de la acción salvadora del sacrificio de la Cruz, excluyendo un acto sacrificial ulterior que sea verdadera y específicamente expiatorio”.

98. La reciprocidad de esta exclusión aparece en la Encíclica *Mediator Dei*. Algunos pretendieron al principio leer en ella una aprobación de la teología de los misterios, y otros pretendieron que esta doctrina había sido ignorada. Pero hubo que rendirse a la evidencia, y reconocer el positivo rechazo que hacía pío XII de la nueva explicaciones teológicas:

- La encíclica rechaza las explicaciones de la nueva teología sobre la presencia de los misterios: “##”.
- La encíclica explica la naturaleza sacrificial de modo clásico, empleando un lenguaje incompatible con la nueva doctrina que no soporta que se diga que la misa renueva el sacrificio de la Cruz: “##”. Además la encíclica utiliza la palabra *demonstratio* (“acción de mostrar”; DZH 3848) y no la palabra tridentina *repræsentare* (DZH 1740), ya que éste, interpretado en el sentido de re-presentar, hacer que esté otra vez presente, se había convertido en la piedra angular de la doctrina de los misterios. Para *Mediator Dei*, la misa es un sacrificio, no porque sería un memorial que haría que volviese a estar presente sacrificio del calvario, sino porque, al término de la doble consagración, se realiza en ella una verdadera inmolación ritual incruenta (*per externa signa*; DZH 3848) que es a su vez signo indicador de la inmolación cruenta (*significatur atque ostenditur*).

99. Esta oposición entre la teología clásica y la nueva, ¿puede considerarse como un simple discusión de escuelas que revela un progreso teológico, que superando una confrontación propia del siglo XVI, favorecería el acercamiento ecuménico tanto con los protestantes como con los judíos, asumiendo al mismo tiempo la enseñanza de Trento. Es lo que algunos creen poder afirmar: “El término y el concepto de memorial tiene un contenido tan denso y pleno, desde su utilización en el interior mismo del Antiguo y sobre todo Nuevo Testamento, que aplicado a la celebración eucarística expresa «en cierto modo» la presencia de la realidad conmemorada su «actualización objetiva» y su presencia *hic et nunc* de tal modo que para él y para el sacrificio de Cristo presente en él, valen las afirmaciones que hizo el Concilio de Trento mismo para defender la doctrina católica (...). Esta concepción de la eucaristía como memorial en el



pleno sentido de la palabra (...), es de una importancia capital en el diálogo ecuménico”. El examen atento de la enseñanza del Concilio de Trento en nuestra tercera parte, juzgar el valor doctrinal de esta nueva explicación.

### **TERCERA PARTE**

#### **¿UNA RUPTURA DOGMÁTICA?**

#### **ARGUMENTO**

100. La amplitud de la ruptura litúrgica que ha provocado la revisión del misal por Pablo VI (primera parte), nos ha obligado a poner en evidencia los principios teológicos que han guiado esta reforma (segunda parte). Tal como lo indican muchos textos oficiales ya mencionados, la teología del misterio pascual es indispensable para la comprensión de la reforma litúrgica, y al mismo tiempo no se puede separar de ella, puesto que la liturgia moderna no es más que la expresión y el vehículo de esta nueva teología:

- Como la teología del misterio pascual considera que no hay que pagar ninguna deuda para satisfacer a la justicia divina ofendida por el pecado (más arriba nº 49-53), en el nuevo misal se ha borrado el aspecto satisfactorio de la misa (nº 35-48).
- Como la teología del misterio pascual considera el acto redentor, no ya como la satisfacción a la divina justicia que obro Cristo, sino como *revelación* última de la alianza eterna que Dios ha hecho con la humanidad (nº 54-57), la estructura ritual del nuevo misal es la de una comida conmemorativa que celebra, actualiza y anuncia esta Alianza divina (nº 83-88), y no ya la de un sacrificio (nº 4-13).

Como la nueva teología del misterio pascual ya no considera la eucaristía como un sacrificio visible, sino como un símbolo que hace que estén misteriosamente presentes la muerte y la Resurrección del Señor, y que permite, a través de estos hechos, el contacto con Cristo glorioso mismo (nº 66-68, 89-90), la presencia de Cristo, sacerdote y víctima, le ha dejado lugar durante la acción litúrgica a la del Kyrios que se comunica a la asamblea (nº 15-34).

101. Después de poner en evidencia y tomar conciencia del vínculo indisoluble que une al nuevo misal con la nueva teología del misterio pascual, cambia la naturaleza del juicio que hay que dar sobre la reforma litúrgica. Antes que pastoral, o incluso litúrgico, tiene que ser doctrina: la oposición subrayada anteriormente entre la teología del misterio pascual y la teología clásica, ¿es una oposición entre dos sistemas de pensamiento, incompatibles desde luego, pero que siguen siendo aptos, cada uno por su lado, para dar cuenta de la fe católica?, ¿o acaso esta contradicción supone cuestionar la fe católica? De esta pregunta que tenemos que resolver ahora, depende, antes que nada, la actitud que el católico tiene que adoptar ante la reforma litúrgica.

102. Por desgracia, la confrontación de la teología del misterio pascual con la enseñanza del Concilio de Trento, no hará comprobar que las tesis de la teología del misterio pascual: o son peligrosas para la fe, o la cuestionan directamente en un punto central, o bien la contradicen abiertamente.

- La teología del misterio pascual al afirmar que Cristo no murió en la Cruz para satisfacer la deuda de la pena que exigía la justicia divina ofendida por el pecado, contradice abiertamente una verdad de fe católica enseñada como tal por el Concilio de Trento (capítulo 1).

- La teología del misterio pascual al hacer derivar el aspecto sacrificial de la dimensión conmemorativa de la misa, cuestiona la enseñanza del Concilio de Trento en este punto. A pesar de sus afirmaciones, no parece que pueda escaparse a las condenaciones del mismo Concilio (capítulo 2).
- Finalmente la teología del misterio pascual al apoyarse en una nueva concepción del sacramento, se revela como una de las más peligrosas para la fe católica. Al favorecer en más de un punto muchas tesis heterodoxas, esta teología se relaciona con la teología modernista denunciada por san pío X (capítulo 3).

## **CAPITULO 1**

### **LA NEGACIÓN DE UNA VERDAD DE FE**

103. Entre los teólogos católicos no se puede discutir la existencia de la satisfacción vicaria de Cristo, puesto que pertenece al depósito mismo de la Revelación y ha sido suficientemente propuesta por el Magisterio de la Iglesia. Aunque la palabra “satisfacción” no está en la Sagrada Escritura, sin embargo, se utilizó para expresar en términos propios el modo en que la Escritura entendía la palabra “Redención”. Así, cuando al Iglesia tuvo que enfrentarse a las herejías del protestantismo que se referían a la justificación, usó sin vacilar esta palabra para defenderle dogma: “##”. Para defender la finalidad propiciatoria de la misa, frente a la misma herejía, el Magisterio infalible declaró: “##”. Hay que concluir pues, que “mérito y satisfacción de Cristo abarcan más que las teoría de escuelas o las tesis recibida: la idea fundamental implicada en estos términos pertenece a la fórmula de la fe católica para expresar la obra de la Redención sobrenatural realizada eminentemente por el sacrificio de la Cruz”.

104. No puede tampoco, dárseles otro valor a las expresiones usadas por los Papas y los Concilios (Cf. más arriba nº 53). Es verdad que los Padres del Concilio de Trento no creyeron necesario precisar el significado de la palabra “satisfacción”, o lo que entendían por satisfacción de Cristo, ya que una tradición doctrinal multiseccular aseguraba un sentido preciso a estas expresiones. Si tuviéramos que dar una interpretación autorizada a los términos usados en Trento, la encontraríamos en el Catecismo Romano publicado por el mencionado Concilio: “##”. Y el mismo Catecismo explica en otro lugar: “##”.

105. Aunque puede considerarse bajo muchos aspectos la obra de nuestra Redención, el dogma de la satisfacción vicaria de Cristo es tan central para la comprensión de este misterio, que en ningún caso puede dejarse de lado. Por esto, el Magisterio de la Iglesia lo ha defendido siempre contra los ataques que se le hacían. Así, para responder al protestantismo liberal del siglo XIX que ponían en duda esta doctrina de fe, el Concilio Vaticano I había preparado dos cánones condenatorios: “Si alguien niega que el Verbo mismo de Dios, al sufrir y morir en la carne que asumía, haya satisfecho real y propiamente a Dios por nuestros pecados, y nos haya merecido así la gracia de la gloria; o si se atreve a afirmar que la satisfacción vicaria, es decir, la que le ofrece a todos los hombre el único Mediador, repugna a la justicia de Dios, sea anatema”. La interrupción del Concilio no permitió la publicación de estos cánones. El modernismo, y luego la nueva teología, aprovecharon esto para introducir las tesis del protestantismo liberal en la Iglesia. Pío XII denunció otra vez el error: “##”. A su vez, los esquemas preparatorios del Concilio Vaticano II, habían consagrado un capítulo al tema de la satisfacción de Cristo, el último de la Constitución dogmática *De deposito fidei pure custodiendo*: “La Iglesia nacida del costado del segundo Adán que se había como dormido en la Cruz, no puede tolerar que este misterio de nuestra salvación sea manchado con corrupciones

doctrinales. A causa de los errores que se difunden hoy en día, y para no faltar a su cargo de madre y maestra, afirma con una fuerza particular una verdad que merece ser *puesta entre las principales de nuestra Religión*, es decir, el valor expiatorio de la muerte de Cristo, y declara que el Verbo de Dios, al sufrir y al morir en la naturaleza humana asumida, satisfizo real y propiamente por nuestros pecados”, y luego se exponen breve, claramente y de modo autorizado, los tres puntos doctrinales rechazados por la nueva teología del misterio pascual: “[1] El pecado, según los oráculos del Espíritu Santo, es una iniquidad y una injusticia hecha a Dios; puesto que el pecador, al infringir la ley divina, peca en presencia de Dios, lo deprecia, atenta contra la majestad divina y se convierte en enemigo de Dios. [2] Por esto [la Escritura] nos enseña también que nuestras iniquidades nos separan de Dios, claman venganza ante Él, hacen a los hombres deudores de Dios e hijos de ira que necesitan la misericordia gratuita de Dios para reconciliarse con Él. [3] Para reparar la injusticia causada a la divina Majestad, el Hijo de Dios en persona ha ofrecido al Padre eterno su propia sangre por el Espíritu Santo y nos ha reconciliado con Dios por su muerte”.

*Al no querer considerar que la Redención incluya el acto por el que Cristo pagó a Dios toda la deuda de la pena acarreada por nuestro pecados (doctrina de la satisfacción vicaria), la teología del misterio pascual, se pone en oposición a una verdad de fe católica.*

## CAPÍTULO 2

### EL REPLANTEAMIENTO DE UNA VERDAD DE FE

106. Los Padres del Concilio de Trento trataron el tema del carácter sacrificial de la misa a partir de un resumen en diez artículos de las doctrina de Lutero, Melancton y Calvino. El primero de estos puntos afirmaba que “la misa no es ni un sacrificio ni una oblación para el pecado, sino sólo una conmemoración del Sacrificio de la Cruz; los Padres la llamaron sacrificio de modo metafórico, puesto que no se trata de un sacrificio en el sentido verdadero y propio de la palabra, sino sólo de un testamento y de una promesa de remisión de los pecados”. Ante este error, el Concilio de Trento definió qué es la misa, y la triple relación que mantiene con el sacrificio de la Cruz.

- La misa es un sacrificio en el sentido propio de la palabra, verdadero y visible;
- Que representa, conmemora y aplica el sacrificio de la Cruz;
- Y no una simple conmemoración.

107. Desde entonces el carácter sacrificial de la misa se volvió como un muro de separación entre protestantes y católicos; los unos afirmando que la misa es una comida conmemorativa del sacrificio de la Cruz, y no un verdadero sacrificio, y los otros, que se trata de un verdadero sacrificio y no de un simple memorial. La teología del misterio pascual creyó encontrar un camino de conciliación, explicando que la misa, sin dejar de ser una comida conmemorativa, puede sin embargo, decirse sacrificio verdadero porque es un memorial *objetivo*: “##” (CEC 1365). Y así, parecía que se pudiese volver a repetir la declaración tridentina sobre la triple relación que la eucaristía mantiene con la Cruz: “##” (CEC 1366). Sin embargo, esta interpretación de las definiciones conciliares no deja de plantear varias preguntas:

- ¿El Concilio de Trento, entiende así el Verbo “*repræsentatur*”?
- ¿Este modo de “hacer que esté presente”, basta para que se le pueda aplicar *vere et proprie*, el término de “sacrificio” a la misa.

- La respuesta a esas dos preguntas nos dejara entrever que la tesis del misterio pascual parece que no se escapa al calificativo de “*nuda commemoratio*”.

## I. LA MISA, SACRIFICIO VISIBLE.

108. Aunque es verdad que *repraesentare* significa “hacer que vuelva a estar presente”, sin embargo, hay que precisar que puede decir que una cosa esté presente de múltiples modos: ya sea por sí misma, ya por su obrar, o aún también por una imagen que la significa. ¿A cual de estos sentidos se refiere el Concilio de Trento? Desde luego supone que el sacrificio de la Cruz está presente por su obrar (segundo sentido), pero designa esta verdad con la palabra *applicare*, que utiliza algunas líneas después. Con la palabra *repraesentare* quiere decir que la misa es una cierta *imagen representativa* del sacrificio cruento de la Cruz (tercer sentido). Tanto el sentido como el contexto obligan a esta interpretación.

109. El texto de Trento obliga a esta interpretación.

- En efecto: el Concilio explica que el sacrificio cruento está representado por el sacrificio *visible* – visibilidad requerida por la naturaleza humana. Ahora bien, lo que es visible en la misa son los símbolos eucarísticos, es decir, las especies de pan y vino, cuya consagración separada sirve de rito simbólico y de imagen representativa del sacrificio de la Cruz. En la misa Cristo es “inmolado bajo signos visibles” (DZH 1741).
- Además, si el texto conciliar reconoce cierta continuidad entre el rito de la Pascua antigua y la que fue instituida por Cristo, lo hace recordando que la Pascua antigua no era únicamente convivial, sino también sacrificial. De modo que el rito visible de la eucaristía tiene que ser sacrificial: “##” (DZH 1741).
- Por último, los Padres de Trento citan el capítulo décimo de la primera Epístola a los Corintios (DZH 1742), lugar teológico que apoya el carácter sacrificial del rito de la misa, pues San Pablo del altar cristiano en contraposición a los altares paganos en los que se inmolan los sacrificio idolátricos.

110. Esta interpretación está confirmada por las fuentes que uso el Concilio de Trento:

- El Concilio de Florencia ya había empleado la misma palabra en este sentido acerca de las oblatas, precisando que el agua mezclada con el vino, representaba la sangre y el agua que manaron del costado de Cristo (DZH 1320).
- Se sabe que Santo Tomás sirvió de referencia a los Padres del concilio de Trento, de modo que a la pregunta implícita: ¿cómo puede ser la misa sacrificio de Cristo, si éste se ofreció una sola vez? (Heb. IX, 28), Trento responde: “Porque lo representa y lo aplica”, respuesta sacada de la Suma Teológica. Ahora bien, en este lugar no hay ninguna duda sobre el sentido que Santo Tomás le da a la palabra *repraesentatio*: “La celebración de este sacramento es como una *imagen representativa* de la Pasión de Cristo, en la que su sangre se separó de su cuerpo”.

111. El carácter sacrificial de los ritos de la misa está pues claramente afirmado por el Concilio de Trento. El Catecismo Romano puede pues, decir legítimamente: “[las ceremonias de la misa] tiene todas como finalidad hacer brillar más aún la majestad de un sacrificio tan grande”. Nos falta entonces hacer una pregunta a los teólogos del misterio pascual: si la misa sólo es sacrificial en cuanto contiene el sacrificio de la Cruz bajo el velo del misterio, ¿cómo pueden pretender adherir a la enseñanza del Concilio de Trento que califica a este sacrificio de “visible”?

## II. LA MISA SACRIFICIO “VERE ET PROPRIE”.

112. El Concilio de Trento enseña no sólo que el rito de la misa es la imagen del sacrificio de la Cruz, sino también que es *verdadera y propiamente* un sacrificio. No puede hablarse de sacrificio propia y verdaderamente sino en la medida en que hay víctima e inmolación verdaderas. La Iglesia católica designa a la misa como sacrificio en este sentido. Por la transustanciación las santas especies no son únicamente de Cristo inmolado, sino la víctima misma que se inmoló en la Cruz. No sólo hay figura de una inmolación, sino también separación, aunque incruenta, del Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor. La teología del misterio pascual creyó poder abandonar estas explicaciones, prefiriendo decir que la misa es sacrificial porque, en cuanto es un memorial objetivo (que hace que vuelva a estar presente “*in mysterio*”) de la Pasión y de la Resurrección, contiene verdaderamente el sacrificio de Cristo. Pero semejante explicación se vuelve incapaz de asumir la afirmación del Concilio de Trento, según la cual la misa es un sacrificio *vere et proprie*, pues designar al que contiene (el rito de la misa) con uno de sus contenidos (el sacrificio de la Cruz), o al todo (la Eucaristía) con una de sus partes (lo que está contenido bajo el velo del misterio), es utilizar un artificio literario, permitido claro está, pero que le quita toda designación propia a la cosa que nombra.

## III. ¿“*NUDA COMMEMORATIO*”?

113. Al afirmar el carácter objetivo del memorial, la teología del misterio pascual, pretende distinguirse de los que reducen la misa a una “*nuda commemoratio*” del sacrificio de la Cruz, y escapar así al anatema de Trento: “Es un memorial real y no solamente un memorial mental, un recuerdo puramente conceptual, una *nuda commemoratio* como precisa el Concilio de Trento contra Lutero”. Sin embargo, cuando los Padres de Trento definieron la misa como sacrificio verdadero, no pretendían únicamente denunciar un simple memorial subjetivo, sino más aún la asimilación de la misa a un sacrificio en sentido figurado, y no en sentido propio. La condenación se dirigía, como ya hemos dicho, a la siguiente proposición: “[la misa] sólo es una conmemoración del sacrificio de la Cruz; los Padres la llamaron sacrificio de modo metafórico, puesto que no se trata de un sacrificio en sentido verdadero y propio de la palabra”. Ahora bien, ya se trate de un memorial objetivo o subjetivo, siempre se le llamará sacrificio de modo impropio. A pesar de que se nieguen a reconocerlo, parece que la teología del misterio pascual incurre en este punto, en la condenación del Concilio de Trento.

*Al considerar la misa como sacrificial únicamente en la medida en que es un memorial que contiene “in mysterio” el sacrificio de la Cruz, la teología del misterio pascual debilita la visibilidad del sacrificio enseñada por la Iglesia, y ya no puede designar “vere et proprie” a la misa como sacrificio. Se ve incapaz de honrar a una verdad de fe, y así parece no poder escapar a la condenación pronunciada por el Concilio de Trento acerca de la “nuda commemoratio”.*

## CAPITULO 3

### UN PELIGRO PARA LA FE

114. Como ya hemos dicho, una de las principales claves de la teología del misterio pascual es el sentido que le concede a la palabra “sacramento”. Al considerarlo como una realidad que hace que vuelva a estar presente lo divino (el “mysterio” propiamente dicho) bajo los velos del símbolo (el “sacramento”), convierte al sacramento en el lugar

que permite la experiencia del encuentro con Dios. “Signo y medio de la unión íntima con Dios” (*Lumen gentium* 1). El nuevo concepto de sacramento, centrado como está en el símbolo y en lo divino que se hace accesible a la experiencia humana, recibe un campo de aplicación y una amplitud desconocidas hasta este momento. Sin embargo, esta noción, ¿es apta para expresar la enseñanza de la Iglesia, tanto en el plan propiamente sacramental, como en las otras parte de la teología en la que se aplica? Parece al contrario, que al diluir la enseñanza de la Iglesia, sea una fuente de muchos errores.

115. Al considerar la liturgia en su conjunto (el “mysterio del culto”) como sacramento, la nueva teología no puede asumir la distinción capital que la Iglesia siempre ha hecho cuando trata de los siete sacramentos: el acto propiamente sacramental obra *ex opere operato* (DZH 1608), mientras que los ritos secundarios son eficaces por la acción de la Iglesia que los produce y la disposición de los fieles que los reciben, *ex opere operantis* (DZH 3844). Esta distinción es para afirmar un punto de fe, según el cual los sacramentos son verdaderamente *causas* de la gracia a título instrumental, sin que la fe de quien lo reciba intervenga de ningún modo en el orden causal sino solamente a título de disposición habitual. En cambio, la nueva teología propone una nueva concepción de la eficacia sacramental. Como por “obra efectuada”, ya no se entiende la acción sacramental que se realiza cada vez y se aplica al alma, sino la acción misma de Cristo, hecha una vez por todas (CEC 1128), y que está presente bajo el velo del misterio, parece que es necesario afirmar que los sacramentos, para que sean eficaces (“*ex opere operato*”), requieren que los símbolos, al hacer que estén presentes las acciones de Cristo, sean interpretados por la fe del fiel para establecer el contacto con la acción salvadora de Cristo: “*recibir en la fe* el don de su Eucaristía es recibirlo a Él mismo” (CEC 1336). Nos podemos pues preguntar, si semejante concepción que subordina la eficacia sacramental al acto de fe que interpreta el símbolo, no supone negar implícitamente la enseñanza de Trento. Por otra parte, al interpretar de una manera nueva los sacramentos, como sacramentos de la fe, atribuyéndoles una finalidad en primer lugar por su dimensión cognitiva, y no ya por su eficacia saludable para el alma, asimilándoles la liturgia tomada en su conjunto, esa teología se acerca peligrosamente al anatema que lanzó el Concilio de Trento contra aquellos para quienes la única finalidad de los sacramentos es la de “alimentar únicamente la fe” (DZH 1605).

116. Al considerar que el sacramento es algo que hace que vuelva a estar presente lo divino bajo las especies del símbolo, muchos teólogos contemporáneos hacen que uno de los puntos de la enseñanza del Concilio de Trento sobre la presencia real, ya no valga. Pues este Concilio dice que la sagrada Eucaristía contiene verdadera, real y substancialmente, y no sólo “en un signo o en figura”, el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor unidos a su divinidad (DZH 1651). Pero con el filtro del simbolismo de la nueva teología, ¿es aún necesaria esta distinción?. Al dejar de lado la distinción, que considera escolástica, entre la sustancia y el accidente, empleadas sin embargo por el Concilio de Trento, la nueva teología, como asume la visión moderna del fenómeno y del fundamento, por supuesto reconocerá la presencia en sí (“sustancial”) del Cuerpo y de la Sangre, pero haciéndola depender de la interpretación que el hombre da a lo que aparece (“*in symbolo*”) como pan y vino: mientras que el creyente del Antiguo Testamento, a través del símbolo de pan y del vino, veía “el fruto de la tierra prometida, prenda de la fidelidad de Dios a sus promesas”, en el Nuevo, tras el mismo signo, la fe descubre como nueva realidad fundamental, gracias al nuevo sentido que le dio Jesús, el Cuerpo de Cristo (CEC 1334). De este modo se entiende como, semejante teología, haya podido dar acceso a las tesis de la transignificación, de la transfinalización, etc., que han invadido tanto las facultades de teología como los cursos de Catecismo.

117. Con la extensión de la noción de “sacramento” a otros campos teológicos, la nueva teología multiplica los problemas y las fuentes de error. Al considerar a Cristo como sacramento de la divinidad, existe el peligro de dejar de lado su unidad personal, ya que el signo para ser referido al significado tiene que ser una entidad distinta de éste. De ahí los numerosos errores cristológicos que se han difundido y continúan difundiéndose. Del mismo modo, al aplicarlo a la Iglesia (*Lumen gentium* 1), viene a dividir casi personal que ésta tiene con Cristo, pues esta teología distingue a la Iglesia de Cristo (“mysterio”) de la Iglesia católica (“sacramento”) conteniendo esta última a la primera sin identificarse con ella ni limitarse a ella. Y de ahí viene el rechazo explícito de la enseñanza de *Mystici Corporis* según la cual la Iglesia católica es el único Cuerpo Místico de Cristo. Ahí está la fuente reconocida de una pastoral ecuménica, anteriormente condenada.

118. Esta concepción del sacramento, considerada como una realidad que hace que esté presente lo divino bajo los velos del símbolo para permitir su experiencia, no sólo es peligrosa para la fe, sino que cae bajo la condena que lanzó el Papa San Pío X contra el modernismo en su encíclica *Pascendi dominici gregis*, que ya denunció esta “teología basada en la doctrina de la experiencia y del simbolismo”. Como no ver, en efecto, en la nueva teología del sacramento la descripción que hizo San Pío X del modernismo, para el cual las fórmulas de la fe son como sacramentos, es decir, signos y medios: “##”; modernismo para el cual los sacramentos son “##”; modernismo para el cual la palabra de Dios es como “una recopilación de experiencias”, capaces de hacer presentes las acciones presentes y futuras del Salvador, puesto que “##”.

*La noción de sacramento, en la medida en que se apoya en filosofías de tipo simbólico, no puede explicar la doctrina sacramental de la Iglesia. Es peligroso para la fe ya que corrompe los distintos campos teológicos a los que se la aplica.*

## CONCLUSIÓN GENERAL

119. A través de este estudio no hemos intentado ser exhaustivo en la exposición de las deficiencias y debilidades tanto del nuevo misal como de la teología del misterio pascual. En el plano litúrgico podríamos haber puesto en evidencia la dimensión falsamente ecuménica de esta reforma, o la contradicción litúrgica que supone la creación burocrática de un rito. Ante la teología del misterio pascual, se tendrían que esclarecer varias confusiones doctrinales graves, aunque sólo fuera en el plano estrictamente sacramental. Pensamos por ejemplo, en el modo en que se trata la institución de los sacramentos por Cristo, y más aún, en las consecuencias nefastas que esta teología ha supuesto en lo que se refiere al sacramento del Orden, pues dado su vínculo íntimo con la teología del misterio pascual, la reforma litúrgica, sin ninguna duda, es una de las causas principales de la crisis de identidad por la que pasa el sacerdocio católico: no se puede tocar al sacrificio de la misa y a su finalidad propiciatoria, sin hacer tambalear al sacerdocio “##” (Heb. V, 1).

120. Nuestra intención ha sido más bien la de quedarnos en el corazón del problema. El análisis detallado de las numerosas y sustanciales modificaciones litúrgicas hechas al rito de la misa por la reforma de Pablo VI, y luego la exposición sintética de la teología del misterio pascual, tal como nos la han presentado sus promotores o representantes oficiales, nos han manifestado que el primer principio que guió a la reforma litúrgica es “la actualización del misterio pascual de Cristo en la liturgia de la Iglesia”, como recordaba Juan Pablo II. Como la teología del misterio pascual considera que el pecado no supone ninguna deuda de justicia con el honor ofendido de Dios, y que como



consecuencia, ya no considera la satisfacción vicaria de Cristo como uno de los elementos esenciales del acto redentor, la reforma litúrgica ha eliminado del rito de la misa todo lo que pueda referirse a la pena debida por el pecado y a la finalidad propiciatoria de la misa. Como la teología del misterio pascual no considera la Redención sino como la manifestación última al hombre del amor eterno del Padre, al cual respondió la aceptación de este mismo amor por Cristo que en su encarnación se hizo solidario con todo hombre, la reforma litúrgica ha hecho del sacramento una revelación de este mismo amor divino, al que se invita al hombre a responder recibiendo la fe para entrar en contacto con Cristo glorioso al que se hace presente tras los velos del misterio. Como la teología del misterio pascual considera que el rito memorial es el único capaz de hacer que estén presentes, más allá del tiempo del hombre, los misterios de la muerte y de la Resurrección de Cristo, la reforma litúrgica modificó profundamente la estructura ritual de la misa, hasta el punto de eliminar su dimensión propiamente sacrificial.

121. Sin embargo, la enseñanza infalible de la Iglesia, expresada principalmente en el Concilio de Trento, nos obliga a considerar la satisfacción vicaria de Cristo como una de las principales verdades de nuestra fe. Este mismo Concilio enseña que la misa es “*vere et proprie*” un sacrificio, además visible, lo que hace que la prioridad memorial que sostiene la teología del misterio pascual sea inaceptable. Además, el Magisterio más reciente nos previno contra una teología “simbólica” que no consideraba al sacramento sino bajo su aspecto de “mysterio”, puesto que semejante teología parecía peligrosa para la fe. Tenemos pues que concluir que la teología del misterio pascual, en cuanto rechaza la satisfacción vicaria de Cristo, rechaza explícitamente una verdad de nuestra fe. Esta misma teología, como no puede apropiarse de las definiciones dogmáticas referentes al sacrificio de la misa, pone en duda una verdad de fe. Finalmente, esta misma teología, centrada en la noción de “mysterio”, manifiesta ser peligrosa para la fe, puesto que favorece grandes desviaciones doctrinales.

122. La doctrina del misterio pascual, con sus grandes deficiencias doctrinales, está puesta al origen de la reforma litúrgica. Es cierto que el misal que resulta de ella no niega explícitamente el dogma católico, pero en él se han orientado los gestos y palabras, se han multiplicado las omisiones significativas, y se han introducido muchas expresiones equívocas. Todo esto para hacer que el rito sea conforme a la teología del misterio pascual y la pueda expresar. De este modo, el nuevo misal ya no difunde la *lex credendi* de la Iglesia, sino una doctrina de sabor heterodoxo. Por esto, no puede decirse que el rito de la misa que resulta de la reforma litúrgica de 1969 sea “ortodoxo” en el sentido etimológico de la palabra, puesto que no le da a Dios una “correcta alabanza”. Igualmente no se puede decir que el rito de la misa que resulta de la reforma litúrgica de 1969 sea el de la Iglesia, incluso si fue concebido por hombres de Iglesia. Tampoco no se puede decir, por último, que el nuevo misal sea para los fieles “la fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano” en el que la Iglesia “comunica en abundancia los tesoros del *depositum fidei*, de la verdad de Cristo”. Dadas estas graves deficiencias “la única actitud de fidelidad a la Iglesia y a la doctrina católica para nuestra salvación es negarnos categóricamente a aceptar la reforma”. En semejante contexto estamos obligados a atenernos a la liturgia tradicional que no cabe duda de que es digna de Dios, que nunca ha sido abolida, y que ha producido tantos frutos de santidad a lo largo del tiempo. Por eso, sin ninguna rebelión, ni amargura, ni resentimiento, sino persuadidos de que no podemos prestar un mayor servicio a la santa Iglesia católica, al Sumo Pontífice y a las futuras generaciones, queremos seguir el ruego encarecido que Monseñor Marcel Lefebvre, fundador de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X, nos hizo el 23 de septiembre de 1979: “Para gloria de la Santísima Trinidad,

por amor a Nuestro Señor Jesucristo, por devoción a la Santísima Virgen, por amor a la Iglesia, por amor al Papa, por amor a los Obispos, a los sacerdotes y a todos los fieles, para la salvación del mundo y para la salvación de las almas, guardad ese testamento de Nuestro Señor Jesucristo, guardad el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, guardad la misa de siempre”.

## APÉNDICE CANÓNICO

### **¿SE PUEDE USAR CON TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA EL MISAL REVISADO POR SAN PÍO V?**

Desde la Constitución *Missale romanum* del 3 de abril de 1969, se ha solido plantear la pregunta de saber en qué régimen de derecho estaba la misa romana tradicional, celebrada según el misal revisado por San Pío V.

Sobre este asunto se invoca, además de la Constitución misma *Missale romanum*, una instrucción de la Congregación para el Culto divino del 20 de octubre de 1969, un discurso de Pablo VI del 26 de noviembre de 1969, una nueva instrucción de la Congregación para el Culto divino del 14 de junio de 1971, una notificación de la mencionada Congregación del 28 de octubre de 1974, una Alocución de Pablo VI al Consistorio del 24 de mayo de 1976, y por último, una carta de la Congregación para el Culto divino al Obispo de Siena de 1999.

De estos argumentos de autoridades y objetos muy diversos, algunos pretenden inferir que el derecho litúrgico común de la Iglesia latina sería el misal de Pablo VI, y que la posibilidad de celebrar según el misal de San Pío V no sería mas que un simple privilegio que puede ser concedido bajo ciertas condiciones, en el cuadro del indulto *Quattuor abhinc annos* del 3 de octubre de 1984.

Sin embargo, la Comisión cardenalicia instituida por el Papa Juan Pablo II en 1986 para examinar la aplicación del Motu Proprio *Quattuor abhinc annos*, precisó unánimemente que el misal de San Pío V no había sido abrogado de ningún modo, y que un Obispo no tenía nunca derecho de prohibir a un sacerdote el uso de este misal.

Efectivamente, el examen atento de los argumentos que dan los defensores de la obligación del misal de Pablo VI, manifiesta claramente la falsedad de su demostración.

#### **El misal revisado por San Pío V no ha sido abrogado.**

Según el canon 20 del Código de derecho canónico, una ley más reciente abroga a la más antigua si se declara expresamente. Ahora bien, la carta de la Congregación para el Culto divino al Obispo de Siena de 1999, reconoce que “en la Constitución Apostólica *Missale romanum* no hay fórmula explícita de abrogación del misal romano llamado de San Pío V”.

#### **El misal revisado por San Pío V no ha sido nunca “obrogado”.**

Según el canon 20 del Código de Derecho Canónico, una ley más reciente suprime, o como se dice técnicamente “obroga”, una ley anterior si organiza la materia a la que se refiere de un modo enteramente diferente y la reemplaza.

La carta de la Congregación para el Culto divino al Obispo de Siena en 1999, parece sostener que el misal revisado por San Pío V habría sido suprimido en forma de obrogación. Sin embargo sus argumentos no son apropiados.

- a) Esta carta afirma primero que “si la voluntad del Pontífice hubiera sido la de dejar en vigor las formas litúrgicas precedentes como una alternativa de libre elección, lo habría dicho explícitamente”. En cambio, el Código de Derecho Canónico dice que “##” (canon 18), y que “##” (canon 21).
- b) Esta carta afirma que la documentación posterior a la Constitución *Missale romanum*, confirma el carácter obligatorio del misal de Pablo VI. Pero un simple discurso pontificio o la instrucción de una Congregación romana no tiene la aptitud para hacer obligatorio un misal que la Constitución apostólica que trata directamente de esta materia no hizo que lo fuera, puesto que “##” (canon 135 § 2; confróntese cánones 33 §1 y 34 §2).
- c) Esta carta afirma que “el uso” manifiesta el carácter obligatorio del misal de Pablo VI. Sin embargo, este uso no ha sido nunca universal, sino que al contrario, el uso del misal revisado por San Pío V persiste en el mundo entero, a pesar de las persecuciones y abuso del poder con que tal o cual sacerdote ha podido ser sancionado por usar este misal.
- d) Esta carta afirma que puede reforzarse el carácter obligatorio del misal de Pablo VI por analogía “refiriéndose al canon 6 §1, 4, en relación con el canon 19”. Pero, hablando de analogía habría que suponer más bien, que el legislador supremo, obrando con sabiduría y equidad como su predecesor San Pío V, no quiso abrogar una liturgia más que centenaria. Además, la interpretación por analogía se hace comparando una nueva ley, cuyo sentido es dudoso, a las leyes análogas anteriores. Ahora bien, la analogía propuesta compara una ley dudosa de 1969, con una ley promulgada sólo en 1983, puesto que el canon 6 §1, 4 trata de la relación entre el Código de 1983 y las leyes disciplinarias anteriores. Además, si se tratase de una abrogación tácita, habría que haber citado el canon 20 que precisamente trata de la abrogación tácita. Por último, sería en realidad la primera vez que un Papa haría un acto de esa importancia (abolir un misal que tiene por lo menos cuatro siglos) sin decirlo explícitamente.

#### **El misal revisado por San Pío V se inscribe en el marco de una costumbre.**

Incluso antes de ser una ley, la misa romana es una costumbre milenaria: ya existía desde largos siglos antes de la Bula *Quo primum* promulgada por San Pío V. Ahora bien, una ley no puede derogar las costumbres contrarias centenarias o inmemoriales sin mencionarlas expresamente (canon 28). La Constitución apostólica de Pablo VI, con su silencio sobre este punto, deja intacta esta costumbre litúrgica milenaria.

#### **El misal revisado por San Pío V está protegido con un indulto.**

Además, San Pío V concedió a perpetuidad a todos los sacerdotes un indulto específico, otorgándoles derecho perpetuo para celebrar en público y en privado el rito que había codificado, sin que jamás se les pueda inquietar por esto. Ese indulto no podía ser suprimido sin mención especial “##” (canon 20). La Constitución apostólica de Pablo VI, con su silencio sobre este punto, deja pues intacto el privilegio concedido a perpetuidad por San Pío V.

#### **El misal de Pablo VI no puede tener carácter de una verdadera ley.**

Incluso si se hubiesen respetado perfectamente las formas canónicas que abrogaran u obrogaran el misal revisado por San Pío V, incluso se pudiese abrogar una costumbre litúrgica milenaria protegida además con un indulto específico y perpetuo; no por eso se establecería la obligación del misal de Pablo VI.

“Para que un mandamiento promulgado por un legislador sea verdadera ley, obligatoria para la comunidad a la que concierne, nos dice Michiels (*Normæ generales juris canonici*, Lublin, 1929, I, p. 486), por la naturaleza de las cosas, se requiere que sea en sí misma, con relación a su objeto, honesta y justa, posible de observar, y realmente útil para el bien de la comunidad; estas cualidades constituyen la razón intrínseca de las leyes”.

Ahora bien, el misal de Pablo VI, debido a sus defectos teológicos, contribuye positivamente a la disminución de la fe, de la piedad y de la práctica religiosa, como lo muestra la experiencia diaria. Por esta razón, no es ni honesto, ni justo, ni útil para el bien de la comunidad, y por consiguiente no tiene el carácter de una verdadera ley, ni puede ser obligatorio.

### **Se puede usar con tranquilidad de conciencia el misal revisado por San Pío V.**

El misal revisado por San Pío V no ha sido ni abrogado ni “obrogado” por el legislador, de modo que se puede usar con toda tranquilidad de conciencia, como una ley litúrgica que sigue estando en vigor.

El misal revisado por San Pío V se inscribe en el marco de una costumbre milenaria, protegida además, por un indulto específico y perpetuo. Por esta razón se puede usar con toda seguridad de conciencia.

El misal de Pablo VI, debido a sus graves defectos teológicos, no tiene ni puede tener el carácter de una ley verdadera y obligatoria. Esperando a que el legislador publique las calificaciones teológicas, litúrgicas y canónicas necesarias, se puede usar por consiguiente, con toda tranquilidad de conciencia el misal revisado por San Pío V.

FIN DE LA OBRA.

# **El problema de la reforma litúrgica**

*Padre Arnaud Séléigny*

*Con motivo de la publicación del libro **El problema de la reforma litúrgica** el Padre Séléigny, Secretario General de la Hermandad de San Pío X y presidente de la comisión autora de la obra, ha tenido la deferencia de darnos a conocer el origen, el fin y el contenido de este texto.*

**Reverendo Padre, la Hermandad ha tenido su primer contacto con el Cardenal Castrillón Hoyos el 29 de diciembre del año 2000, en el marco de las “conversaciones” romanas. Ahora bien, el 19 de febrero usted enviaba al Sumo Pontífice un trabajo de 128 páginas, de un nivel teológico y litúrgico considerable. ¡Nadie podrá decir que no se mueven!**

**Padre Arnaud Séléigny:** Efectivamente, el pasado 19 de febrero he enviado al Sumo Pontífice, así como a sus consejeros más allegados en la materia, como son el Cardenal Castrillón, prefecto de la Congregación para el Clero, el Cardenal Medina, prefecto de la Congregación para el Culto Divino, y el Cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Defensa de la Fe, un libro titulado *El problema de la reforma litúrgica*.

No obstante, tal como usted lo indica, la preparación de este documento forzosamente es anterior a las recientes "conversaciones" con Roma. La idea se remonta a 1999, justo en el trigésimo aniversario de la Nueva Misa. El deseo de Monseñor Fellay ha sido que se elaborase una nueva síntesis de nuestra crítica con respecto a la reforma litúrgica. En enero de 2000 se constituyó una comisión con este fin, y el 2 de febrero de 2001 Monseñor Fellay firmó "el envío al Santo Padre". Así pues este texto es el fruto de más de un año de trabajo y no, como podría creerse, de apenas un mes.

### **¿En qué contexto y con qué espíritu ha deseado Monseñor Fellay la elaboración de esta síntesis?**

Este documento titulado *El problema de la reforma litúrgica* está encuadrado en una serie de trabajos que la Hermandad de San Pío X piensa llevar a cabo en cuanto a los temas que plantean serias objeciones a la conciencia católica, con el fin de establecer en el plano teológico un diálogo serio y honrado. Sale a la luz después del primer libro que trataba el tema de la libertad religiosa, obra enviada a Roma en 1985 y que ha sido reeditada recientemente (Monseñor Marcel Lefebvre, *Mis dudas sobre la libertad religiosa*).

De esta forma pensamos tratar en los próximos años los problemas cruciales del ecumenismo, el diálogo interreligioso, la colegialidad y la eclesiología.

Tenemos la esperanza que este esfuerzo de profundización y de estudio y nuestra sincera disponibilidad al servicio de la Iglesia para tratar cualquier tema permitirá, en un tiempo razonable, una solución justa y fructífera para la Tradición católica.

### **¿Puede precisarnos en qué condiciones ha funcionado la comisión que ha preparado este documento?**

Personalmente yo ostentaba la dirección como representante del Superior General, siendo mi deber presidir los debates y no la redacción del texto en sí. Por mi parte deseo felicitar y dar las gracias a los miembros de esta comisión, por su disponibilidad y entrega en el trabajo .

La redacción del texto ha corrido a cargo de cuatro sacerdotes de la Hermandad de San Pío X. Todos son o han sido profesores y todos publican regularmente artículos e incluso libros. Dos de ellos se encargan más bien de las cuestiones teológicas (antigua y nueva teología), otro es responsable de la liturgia (antigua y nueva liturgia) y el cuarto se ocupa de los temas canónicos (antiguo y nuevo Derecho Canónico).

Los dos teólogos han trabajado juntos durante un mes para fijar el plan de la obra. Hemos tenido cinco reuniones para analizar los resultados de nuestros estudios. Sin olvidar, por supuesto, las numerosas llamadas telefónicas, cartas, fotocopias y correo electrónico.

### **¿Cuál es la originalidad de este nuevo texto sobre la reforma litúrgica que es consecuencia de una completísima documentación sobre el tema?**

Ya desde nuestra primera reunión establecimos un plan provisional de trabajo. En grandes líneas se trataba de rehacer el *Breve examen crítico*, con la ventaja de contar con los treinta años de implantación de la reforma litúrgica, así como los innumerables textos que se han publicado sobre el tema en el transcurso de estos años.

Sin embargo uno de los miembros de la comisión, que con anterioridad ha seguido de forma muy directa todo lo referente al "misterio pascual", ha fijado nuestro interés en esta noción que le parecía capital en la reforma litúrgica. Hemos empezado a trabajar en esta dirección que nos ha permitido descubrir dos nociones relacionadas entre sí, la de sacramento como "misterio" y la de "memorial".

Con estas dos nociones, bastante novedosas para nosotros, hemos reemprendido el análisis sistemático de los documentos oficiales y hemos descubierto una multitud de textos que indican que se trata de nociones capitales para comprender la nueva misa. Es entonces cuando hemos contemplado la lógica implacable de las reformas. Sin interrupción nos hemos puesto a estudiar estos temas para comprenderlos mejor, manifestar su coherencia interna y contrarrestarlos con las enseñanzas de la Iglesia.

Hay que decir que la primera respuesta de Roma que nos ha llegado después del pasado 19 de febrero, respuesta semioficial, reconoce la oportuna presentación de los hechos aunque no esté de acuerdo con las conclusiones.

### **¿Cuál es el contenido concreto del libro?**

La obra en sí está pensada en torno a tres nociones claves ya citadas: el "misterio pascual", el sacramento como "misterio" y el "memorial". Primeramente estas tres nociones se encuentran en la nueva misa (los tres capítulos de la primera parte, litúrgica), *expuestas y analizadas* a continuación en sí mismas (los tres capítulos de la segunda parte, teológica), finalmente *comparadas* con el Magisterio auténtico de la Iglesia, en especial el Concilio de Trento (los tres capítulos de la tercera parte, dogmática).

Al hacer uso de este nuevo enfoque, nos hemos apartado en gran medida del Breve examen crítico, que a pesar de todo permanece como un documento esencial y más válido que nunca.

### **Precisamente, ¿cómo puede elaborarse, sobre un mismo tema, un trabajo totalmente diferente del Breve examen crítico y afirmar a la vez que ambos textos son igualmente útiles?**

La reforma litúrgica contiene numerosos aspectos. No hay que extrañarse que se puedan escribir sobre ella dos obras sin calcarse una a otra o al menos calcándose de forma muy parcial.

Si tomamos los dos textos en cuestión puede establecerse su diferencia fundamental de la forma siguiente. El *Breve examen crítico* ha surgido de una lectura con "mentalidad católica". Examina la nueva misa tal como ésta se manifiesta, la analiza desde el punto de vista de la teología clásica y declara su disconformidad con esta teología.

*El problema de la reforma litúrgica* hace una lectura con "mentalidad conciliar", reformadora. Se comienza por exponer sobre qué bases teológicas y en función de qué coherencia interna se construye y se llega a comprender esta nueva liturgia. Solamente cuando el pensamiento de dicha reforma queda definido, es decir cuando tal reforma se define a sí misma, entonces es cuando comparamos la reforma litúrgica con la enseñanza católica.

Podemos decir que un católico "tradicional" comprende mejor el *Breve examen crítico*, mientras que un católico "conciliar" comprende más fácilmente *El problema de la reforma litúrgica*, pues la teología que aquí encuentra es la que se le enseña en todas partes.

### **¿Existe una complementariedad entre estos dos "enfoques"?**

Cada obra posee sus propias características, sus "pros" específicos. El Breve examen crítico fue escrito con prisas, a fin de ayudar a sus lectores a que tomasen una decisión práctica inmediata. Este texto une, aquí radica su fuerza y la razón de su permanencia, presenta todas las razones por las que un católico debe rechazar la nueva misa.

*El problema de la reforma litúrgica* podemos decir que es más especulativo; se esfuerza por comprender la reforma, señalar su principio y sacar de esto las naturales consecuencias.

Podemos imaginar, en cuanto a la conversión intelectual de un "conciliar", que se dan los siguientes pasos: en primer lugar lectura sosegada de *El problema de la reforma litúrgica*.

Seguidamente estudio de la teología tradicional, centrada en el *Breve examen crítico*.

Finalmente, cuando el espíritu se ha purificado de las miasmas de la nueva teología, vuelta a *El problema de la reforma litúrgica*, calibrando la magnitud de los errores para rechazarlos totalmente.

Como puede ver, lejos de oponerse estos dos textos o de invalidarse recíprocamente, se aúnan y se complementan.

### **¿Esta es la razón de enviar este libro a los sacerdotes?**

Exactamente. En sintonía con la Carta a nuestros hermanos sacerdotes hemos enviado *El problema de la reforma litúrgica* a todos los obispos de habla francesa del mundo, así como a 20.000 sacerdotes franceses con cargo ministerial. Actualmente el documento está traducándose al inglés, español, alemán e italiano y pronto será enviado a los obispos de estas áreas lingüísticas, así como al mayor número posible de sacerdotes. Con esto esperamos contribuir a que un cierto número de sacerdotes vuelvan a la misa tradicional.

### **¿A primera vista parecería que *El problema de la reforma litúrgica* no concierne a un católico tradicional?**

No solamente le es útil sino que la lectura de *El problema de la reforma litúrgica* le va a ser, por el contrario, sumamente provechosa a un católico de la Tradición.

En primer lugar porque el ambiente de hoy en día está tan saturado de los errores conciliares que nadie puede creerse a salvo de ellos. Por eso es importante buscar el librarnos de esos errores con la lectura de este libro.

Seguidamente es bueno conocer y comprender al adversario, con el fin de darle luz o combatirlo, según las circunstancias. Nuestra experiencia, en el seno de la comisión, nos lo prueba: preparando esta obra hemos progresado mucho en cuanto capacidad para argumentar, ya que tenemos mejor situado al adversario y que somos más capaces de arrinconarlo en su propio terreno. Con este libro un católico se sentirá más fuerte en el combate.

Finalmente no se puede hablar de la Tradición católica sin hablar de su dimensión misionera; para nosotros es cuestión de llevar una luz a los espíritus que se han desviado para que puedan descubrir de nuevo la plena verdad católica. *El problema de la reforma litúrgica* es un instrumento que se nos ofrece en nuestro ministerio apostólico. ¿Mas seremos capaces de hablar con entusiasmo de algo si no lo hemos leído?

Todo católico consciente del gran combate que hoy en día se libra por la Fe debe adquirir *El problema de la reforma litúrgica*, leerlo con atención y finalmente difundirlo lo que más pueda en torno de él.

### **¿Es un envío a misión?**

*Es un poco eso. La Providencia nos abre actualmente algunas puertas y nos ofrece unos campos para el apostolado hasta ahora insospechados. De nosotros depende conquistar todo eso para Cristo, con celo y entusiasmo*

## **TRATADO I**

# **EL CICLO TEMPORAL o " CRISTOLÓGICO "**

"Durante todo el curso del año, la celebración del Sacrificio eucarístico y el Oficio Divino, se desenvuelve, sobre todo, en torno a la persona de Jesucristo, y se organiza en forma tan concorde y congruente, que nos hace conocer perfectamente a Nuestro Salvador en sus Misterios de humillación, de redención y de triunfo. Conmemorando estos misterios de Jesucristo, la Sagrada Liturgia trata de hacer participar en ellos a todos los creyentes, dé forma que la divina Cabeza del Cuerpo místico viva en la plenitud de su santidad en cada uno de sus miembros. Proponiendo a nuestra meditación, en tiempos fijos, la vida de Jesucristo, la Iglesia nos muestra los ejemplos que debemos imitar y los tesoros de santidad que hemos de hacer nuestros; porque es necesario creer de corazón lo que se canta con la boca, y traducir en la práctica de las costumbres públicas y privadas lo que se cree de corazón."

La parte principal del año litúrgico gira en torno a Jesucristo, como Sol moral de la Iglesia y del Universo, adorando y celebrando los dos grandes Misterios de la Encarnación y de la Redención.

Estos dos misterios, permaneciendo siempre misterios para nosotros, a través de las solemnidades y de los períodos litúrgicos inúndense de luz y de encantadores hechizos, y llegan a ser realmente para los cristianos, el camino, la verdad y la vida.

Cada uno de estos dos misterios forma su ciclo litúrgico aparte, un ciclo que se encarga de prepararlo y de celebrarlo, y de prolongar más o menos el eco de esta celebración. El centro del uno es el Pesebre, y el del otro la Cruz.

Ellos son:

**1. El Ciclo de Navidad**, que se desarrolla alrededor del Misterio de la Encarnación; y



**II. El Ciclo Pascual**, que celebra el Misterio de la Redención.

**EL CICLO DE NAVIDAD**

*(Preparación, Celebración y Prolongación  
del Misterio de la Encarnación)*

*CAPÍTULO I*

**EL TIEMPO DE  
ADVIENTO**

*(Preparación de la Encarnación)*

## 1. Significado del Adviento.

—"En el sagrado tiempo de Adviento la Iglesia despierta en nuestra conciencia el recuerdo de los pecados que tristemente cometimos; nos exhorta a que, reprimiendo los malos deseos y castigando voluntariamente nuestro cuerpo, nos recojamos dentro de nosotros mismos con piadosas meditaciones, y con ardientes deseos nos movamos a convertirnos a Dios, que es el único que puede, con su gracia, librarnos de la mancha del pecado y de los males, que son sus consecuencias."

**2. Origen y razón de ser del Adviento.** El Adviento (del latín: adventus, "advenimiento", "llegada"), es un tiempo de preparación para el Nacimiento de Jesucristo, en Belén, y representa los cuatro mil y más años que estuvieron los antiguos aguardando y suspirando por la venida del Mesías.

La institución del Adviento como tiempo preparatorio para Navidad, data, en España, de fines del siglo IV, según consta por un canon del concilio de Zaragoza celebrado el año 380, y en el resto de Occidente, de principios o mediados del siglo V.

*Vino entonces como a reafirmar la doctrina de los concilios de Éfeso y Calcedonia, proclamando el dogma de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona de Jesucristo, contra la herejía cristológica de Nestorio y Eutiques, y a dar mayor relieve en la Liturgia al misterio de la Encarnación y al de la Maternidad de la Virgen.*

Hoy día comienza el Adviento el domingo más cercano a la fiesta de San Andrés (30 de noviembre), o sea, entre el 27 de noviembre y el 3 de diciembre, y abarca, por lo tanto, tres semanas completas y parte de la cuarta.

*Al principio varió su duración según las liturgias y los países, notándose una tendencia casi general a equiparar el Adviento con la Cuaresma, en el tiempo y aun casi en el rigor. En las Galias y en España, por ejemplo, y en rito ambrosiano, empezaba el Adviento el día de San Martín (11 de noviembre), y se prescribían como obligatorios para los fieles, dos, tres y hasta cuatro ayunos semanales y casi diarios para los monjes. La disciplina actual sólo prescribe el ayuno con abstinencia el miércoles, viernes y sábado de las IV témporas, y la Vigilia de Navidad, y en muchos países, en virtud de Bulas e Indultos particulares tan sólo sobrevive el último. Asimismo, para semejarlo todavía más con la Cuaresma, en los últimos días se cubrían las imágenes y altares, igual que en Pasión.*

Por asociación de ideas, a la primera venida de Jesucristo a la tierra, en carne mortal, une la Iglesia el pensamiento de la segunda, al fin del mundo; y, en consecuencia, el Adviento viene a resultar una preparación a ese doble advenimiento del Redentor.

En este concepto tiene este período litúrgico una puerta que mira al pasado y otra al porvenir; de un lado, tiene por perspectiva los millares de años durante los cuales la humanidad esperaba a su Redentor, de otro los siglos que han de transcurrir hasta la hora del cataclismo postrero, en el que ha de zozobrar nuestro planeta". Cada uno de estos dos advenimientos sugiere a la Liturgia ideas y sentimientos peculiares, que ella expresa con soberana elocuencia e inflamados acentos. Para preparar el primero traduce las ansias y suspiros cada vez más crecientes de las generaciones del Antiguo Testamento, y para prevenir el segundo, alude de vez en cuando al juicio final o alguna de sus circunstancias.

Pero, además de prepararnos el Adviento para el nacimiento histórico de Jesucristo y para el Juicio Final, nos revela cada año al *Cristo de la promesa*, es decir, al Cristo de los Patriarcas y de los Profetas, al Deseado de los collados eternos, y estrecha nuestras relaciones íntimas con el *Cristo místico*, cuya venida y completo reinado en las almas prepara también .

*El Cristo de la Promesa es el que llena toda la historia y todos los libros del A. Testamento, Aquél en quien creían, a quien esperaban y a quien, sin conocer, amaban todos los justos de Israel. Aludiendo tan a menudo a Él, la liturgia de Adviento nos pone en comunicación de fe, de esperanza y de amor con todas las generaciones creyentes que nos han precedido, y nos persuade de que somos de la descendencia espiritual de Abrahán y herederos legítimos de la Sinagoga.*

El *Cristo místico* es el Cristo viviendo en las almas y reproduciendo en ellas los fenómenos de su vida divina, haciendo de los cristianos otros cristos. Cada Adviento tiende a producir en nosotros un acercamiento nuevo de este Cristo místico.

**ES> E** mmanuel... veni!

**TA> R** ex... veni!

**RE> R** iens... veni!

**V**  
**E**  
**N**

**MA> C** alvis... veni!

**ÑA> R** adix... veni!

A donai... veni!

**NA> S** apientia... veni!

**V**  
**E**  
**N**

**6. La Vigilia de Navidad.** El Adviento se clausura el 24 de diciembre con una solemne Vigilia que en la Liturgia, lo mismo que en la vida hogareña y social, es como el alborozo de la Pascua, la sonrisa inicial del Divino Infante, y el primer repique del interminable campaneó que ha de estallar en la "Misa del Gallo", al oír cantar a los Ángeles: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!".

Esta Vigilia es posterior a la fiesta de Navidad. A diferencia de todas las demás Vigilias, ésta es de alegría y de alborozo; no obstante que, por no infringir las leyes litúrgicas, no se usa todavía en la Misa "Gloria" ni los ornamentos blancos, y persiste la obligación del ayuno .

En el Oficio de Prima, en los coros de las catedrales y de los monasterios, se canta hoy con pompa inusitada la Kalenda o anuncio de la Navidad, según el Martirologio. El cantor, revestido de pluvial morado y entre ciriales encendidos, incienso el libro, y comienza el cómputo en recto tono, pero muy solemne, hasta llegar al anuncio mismo del Nacimiento del Señor, en que sube de tono y cambia de melodía.

*Reza así el anuncio: "En el año 5199 de la Creación del "mundo, cuando al principio creó Dios el cielo y la tierra; " en el 2957 del diluvio; en el 2015 del nacimiento de "Abrahán; en 1510 de Moisés y de la salida del pueblo " de Israel de Egipto, en el 1032 de la unción del rey " David, en la semana 65 de la profecía de Daniel; en " la Olimpiada 194; en el año 752 de la fundación de " Roma, en el 42 del imperio de Octavio Augusto; estando "todo el orbe en paz; en la sexta edad del mundo: Jesucristo crista, Dios eterno e Hijo del eterno Padre, queriendo " consagrar al mundo con su misericordiosísimo Advenimiento miento, concebido por el Espíritu Santo, y pasados nueve "meses después de su concepción, nació hecho Hombre, de " la Virgen María, en Belén de Judá." (Se arrodillan todos los circunstantes, y prosigue el cantor en tono más agudo): "Navidad de N. Señor Jesucristo según la carne". (Y continúa el acólito el anuncio de los Santos del día siguiente, empezando por Santa Anastasia, de la que en la Misa de la "aurora" ha de hacerse mañana conmemoración).*

Este anuncio de la Navidad del Señor, tan solemne y tan grandioso, se parece bastante al que hace el diácono el Sábado Santo, en el canto "Exúltet", de la Pascua de Resurrección. ¡Lástima que a la casi totalidad de los cristianos se les pase hoy completamente desapercibido!

Al atardecer tienen lugar las *primeras Vísperas de Navidad*, donde el Salvador aparece como Rey pacífico y magnífico, que viene a tomar posesión de la tierra. "*Levantad vuestras cabezas —dice la 5a Antífona—, y ved que se acerca vuestra redención*". Sólo falta ya empezar los Maitines de Noche Buena, cuyo Invitatorio dice textualmente: "*Nos ha nacido Cristo: venid, adorémosle*".

## PRÁCTICA DEL ADVIENTO



Si nuestra Madre, la Santa Iglesia, pasa el tiempo del Adviento ocupada en esta solemne preparación al advenimiento de Jesucristo; si como las vírgenes prudentes, permanece con la lámpara encendida para la llegada del Esposo; nosotros, que somos sus miembros e hijos, debemos participar de los sentimientos que la animan y hacer nuestra esta advertencia del Salvador: *"Cíñase vuestra cintura como la de los peregrinos, brillen en vuestras manos antorchas encendidas, y vosotros sed semejantes a los criados que están a la espera de su amo"* (San Lucas, 12, 35).

En efecto, la suerte de la Iglesia es también la nuestra; cada una de nuestras almas es objeto, por parte de Dios, de una misericordia y de una providencia semejantes a las que emplea con la misma Iglesia. Sí ella es el templo de Dios, es porque se compone, de piedras vivas; si es la Esposa, es porque está formada por todas las almas invitadas a la unión eterna con Él. Si es cierto que está escrito que el Salvador *conquistó a la Iglesia con su Sangre* (Hebreos, 20, 28), cada uno de nosotros hablando de sí mismo puede decir como San Pablo: Cristo me amó y se entregó por mí (Gálatas, 2, 20). Siendo pues idéntica nuestra suerte, debemos esforzarnos durante el Adviento en asimilar los sentimientos de preparación que vemos que embargan a la Iglesia.

En primer lugar, es un deber nuestro el unirnos a los Santos del Antiguo Testamento para pedir la venida del Mesías y pagar así la deuda que toda la humanidad tiene contraída con la misericordia divina. Para animarnos a cumplir con este deber, transportémonos con el pensamiento al curso de estos miles de años, representados por las cuatro semanas del Adviento y pensemos en aquellas tinieblas, en aquellos crímenes de toda clase en medio de los cuales se movía el mundo antiguo. Nuestro corazón debe sentir con la mayor viveza el agradecimiento que debe a Aquel que salvó a su criatura de la muerte y que bajó hasta nosotros para ver más de cerca y compartir todas nuestras miserias, fuera del pecado. Debe clamar con acentos de angustia y confianza hacia Aquel que se dignó salvar la obra de sus manos, pero que quiere también que le hombre pida e implore su salvación. Que nuestros deseos y nuestra esperanza se dilaten con estas ardientes súplicas de los antiguos Profetas que la Iglesia pone en nuestros labios; abramos nuestros corazones hasta en sus últimos repliegues a los sentimientos que ellos expresan.

Cumplido este primer deber, pensaremos en el advenimiento que el Salvador quiere hacer en nuestro corazón. Advenimiento lleno de dulzura y de misterio y que es consecuencia del primero, puesto que el Buen Pastor no viene solamente a visitar a su rebaño en general, sino que extiende sus cuidados a cada una de sus ovejas, aún a la centésima que se había extraviado. Ahora bien, para captar todo este inefable misterio, es necesario tener presente que así como no podemos ser agradables a nuestro Padre Celestial sino en la medida que ve en nosotros a Jesucristo, su Hijo, este Divino Salvador tan bondadoso se digna venir a cada uno de nosotros para transformarnos en Él, si lo consentimos, de suerte que no vivamos ya nuestra vida sino la suya. Éste es el objetivo del Cristianismo: la divinización del hombre por Jesucristo. Tal es la tarea sublime impuesta a la Iglesia. Con San Pablo dice Ella a los fieles: *"Vosotros sois mis hijitos, pues os doy un nuevo nacimiento para que Jesucristo se forme en vosotros"*

(Gálatas, 4. 19).

Pero lo mismo que al aparecer en este mundo, el Divino Salvador se mostró primeramente bajo la forma de un débil niño, antes de llegar a la plenitud de la edad perfecta necesaria para que nada faltase a su sacrificio, del mismo modo tratará de desarrollarse en nosotros. Ahora bien, es precisamente en la fiesta de Navidad cuando quiere nacer en las almas y cuando derrama sobre su Iglesia una gracia de Nacimiento, a la cual no todos son ciertamente fieles. Porque mirad la situación de las almas a la llegada de esta inefable fiesta. Las unas, el número más reducido, viven plenamente de la vida de Jesucristo que está en ellas y aspiran continuamente a crecer en esta vida. Las otras, en mayor número, están vivas ciertamente, por la presencia de Cristo, pero enfermas y endebles por no desear el aumento de esta vida divina; porque su amor se ha resfriado. Los demás hombres no gozan de esta vida, están muertos, porque Cristo dijo: *"Yo soy la vida"*.

Durante los días del Adviento pasa llamando a la puerta de todas estas almas, bien sea de una manera sensible; o bien de una manera velada. Les pregunta si tienen sitio para Él, para que pueda nacer en ellas. Y aunque la posada que reclama sea suya, porque Él la construyó y la conserva, se queja de que *"los suyos no lo quisieron recibir", al menos la mayoría de ellos. "Por lo que toca a aquellos que lo recibieron, les dio poder para hacerse hijos de Dios y no hijos de la carne o de la sangre"* (San Juan, 1, 11-13.)

Preparaos, por tanto, vosotras, almas fieles; que lo guardáis dentro de vosotras como un preciado tesoro y que desde tiempo atrás no tenéis otra vida que su vida, otro corazón que su corazón, otras obras que sus obras, preparaos a verlo nacer en vosotras más hermoso, más radiante, más poderoso que hasta ahora lo habíais conocido. Tratad de descubrir en las frases de la santa liturgia estas palabras misteriosas que hablan a vuestro corazón y encantan al Esposo.

Ensanchad vuestras puertas para recibirlo nuevamente, vosotras que lo tenéis ya dentro pero sin conocerlo; que lo poseéis pero sin gozarlo. Ahora vuelve a venir con renovada ternura; ha olvidado vuestros desdenes, quiere renovarlo todo. Haced sitio al Divino Infante porque querrá crecer en vosotras. Se aproxima el momento.. Las palabras de la liturgia son también para vosotras; hablan de tinieblas que sólo Dios puede deshacer, de heridas que sólo su bondad puede curar, de enfermedades que únicamente pueden sanar por su virtud.

Y vosotros, cristianos, para quienes la Buena Nueva es como si no existiera, porque vuestros corazones están muertos por el pecado, bien se trate de una muerte que os aprisiona en sus cadenas desde hace mucho tiempo, o bien de heridas recientes: he aquí que se acerca el que es la vida. *"¿Por qué habréis de preferir la muerte? Él no quiere la muerte del pecador sino que viva"* (Ezeq. 28, 31-32). La gran fiesta de su Nacimiento será un día de universal misericordia para todos los que quieran recibirlo. Éstos volverán con Él a la vida; desaparecerá toda su vida anterior, *"y la gracia sobreabundará allí donde la iniquidad ha abundado"* (Romanos, 5, 20).

Y si la ternura y suavidad de este misterioso advenimiento no nos seduce, porque tu recargado corazón no es capaz todavía de experimentar confianza, porque después de haber sorbido la iniquidad como el agua, no sabes lo que es aspirar por amor a las caricias de un Padre cuyas llamadas has despreciado, entonces debes pensar en ese otro Adviento terrorífico que ha de seguir al que se realiza silenciosamente en las almas. Escucha los crujidos del universo ante la proximidad del Juez terrible. Contempla los cielos huyendo ante tu vista, desplegándose como un libro; aguanta, si puedes, su aspecto, su mirada deslumbrante: mira sin estremecerte la espada de dos filos que sale de su boca (Apocalipsis, 1, 16); escucha, por fin, esos gritos lastimeros: *"Oh montes, caed sobre nosotros; oh rocas; cubridnos"* (San Lucas, 23, 30). Estos gritos son. los que lanzarán en vano aquellas desgraciadas almas que no quisieron conocer el día de su visita. Por haber cerrado su corazón a Dios que lloró sobre ellas, bajarán a horas vivas al fuego eterno, cuyas llamas son tan ardientes que devoran los frutos de la tierra y los más ocultos fundamentos de las montañas. Allí es donde el gusano eterno roe un pesar que no muere nunca.

Aquellos que no se conmueven ante la noticia de la próxima venida del celestial Médico, del Pastor que generosamente da la vida por sus ovejas, mediten durante el Adviento en el tremendo pero innegable misterio de la Redención humana, inutilizada por la repulsa que de ella hace con frecuencia el hombre. Calculen sus fuerzas y si desprecian al Infante que va a nacer, consideren si serán capaces de luchar con el Dios fuerte el día que venga, no a salvar, sino a juzgar.

Por lo demás, este temor no es sólo propio de los pecadores, es un sentimiento que debe

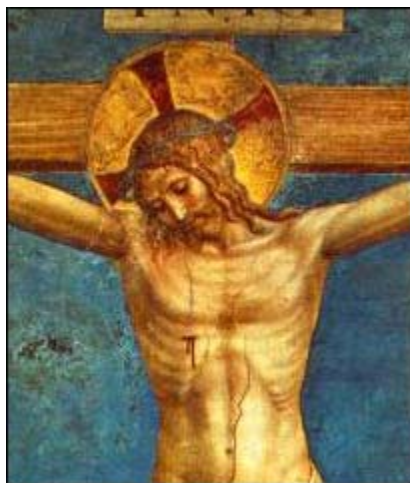
experimentar todo cristiano. El temor, si va solo, hace esclavos; si lo acompaña el amor, dice bien del hijo culpable que busca el perdón de su irritado padre. Aún cuando el amor lo arroje fuera, a veces reaparece como un rayo pasajero, para conmover felizmente, el corazón del alma fiel hasta sus más íntimos fundamentos. Entonces siente revivir en sí el recuerdo de su miseria y de la gratuita misericordia del Esposo.

De todo esto se puede sacar en consecuencia que el Adviento es un tiempo dedicado principalmente a los ejercicios de la vía purgativa; esto está bien significado por aquella frase de San Juan Bautista que la Iglesia repite con tanta frecuencia durante este santo tiempo: *"¡Preparad los caminos del Señor!"* Que cada uno de nosotros trabaje, pues, seriamente en allanar el camino por donde ha de entrar Cristo en su alma. Los justos, siguiendo la doctrina del Apóstol, *"olviden lo que han hecho en el pasado"* y trabajen con nuevos ánimos. Apresúrense los pecadores a romper los lazos que los cautivan, las costumbres que los dominan; mortifiquen su carne, comenzando el duro trabajo de sujeción al espíritu. Oren sobre todo con la Iglesia. De esta manera, cuando venga el Señor, tendrán derecho a esperar que no pase de largo por su puerta sino que entre, puesto que ha dicho (Apocalipsis, 3, 20), dirigiéndose a todos: *"He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abriere, entraré en su casa"*.

Dom PRÓSPERO GUÉRANGER (*Tomado de "El año litúrgico"*)

## EL TIEMPO DE CUARESMA

(Preparación próxima a la Redención)



**1. Origen y vicisitudes de la Cuaresma.** La Cuaresma es hoy un período litúrgico de cuarenta días, destinados a preparar la digna celebración de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Por lo mismo, es un tiempo de mayor penitencia y recogimiento, y en que con más ahinco ha de procurarse la compunción del corazón.

Por más que los liturgistas no están aún acordes acerca de la fecha precisa en que se estableció en la Iglesia la Cuaresma, si viviendo todavía los apóstoles o bastante después, todos sabemos que hay una Cuaresma de origen bíblico; pues en la Biblia constan expresamente las de Moisés, Elías y Jesucristo. ¿La practicarían como observancia eclesiástica los apóstoles y los primitivos cristianos? San Jerónimo, San León Magno y otros santos Padres pretenden que sí, y su opinión por cierto es muy probable, aunque no se apoya en ningún documento escrito. Verdad es que San Ireneo, en el siglo II, y la "Didascalia", en el III, hablan de ayunos preparatorios para la Cuaresma; pero los ayunos de aquél son nada más que de contados días, y los de éste de sola la Semana Santa.

El primer documento conocido que menciona la Cuaresma propiamente dicha, es el canon 5 del concilio ecuménico de Nicea, celebrado en 325. A partir de esa fecha, abundan los testimonios en los escritos y concilios de Oriente, y desde el año 340, también en Occidente.



Pero lo que ni en Oriente ni en Occidente se descubre claramente, en aquellos primeros siglos, es el comienzo y término de la Cuaresma. Combinándola de muy distinta manera las diversas iglesias, incluyendo unas en ella la Semana Santa, y excluyéndola otras. En una cosa, empero, convenían todas: en el número de ayunos, que solía ser para los fieles, de treinta y seis días. En el siglo V se unificó, por fin, la duración; y en el VII, un Papa posterior a San Gregorio Magno completó los cuatro días de ayuno que faltaban a la Cuaresma, prescribiéndolo como obligatorio desde el miércoles de ceniza, que por eso se llamó caput jejunii o "principio del ayuno".

**2. Prácticas cuaresmales.** Lo que Moisés, Elías y Jesucristo practicaron con más rigor en sus respectivas cuaresmas, fué el ayuno y la oración, los que, por lo mismo, sirvieron de base para la Cuaresma cristiana, a la cual agregó la Iglesia la práctica de la limosna y obras de caridad.

La ley del ayuno la observaban los antiguos con sumo rigor. No contentos con cercenar la cantidad de alimento, privábanse totalmente de carnes, huevos, lacticinios, pescado, vino y todo aquello que el uso común considerábalo como un regalo. Hacían sólo una comida diaria, después de la Misa "estacional" y Vísperas, que terminaban al declinar la tarde; y esa única comida solamente consistía en pan, legumbres y agua, y, a las veces, una cucharada de miel. Con la particularidad que ninguno se eximía del ayuno ni aun los jornaleros, ni los ancianos, ni los mismos niños de más de doce años de edad, tan sólo para los enfermos hacía una excepción, que habían de refrendar el médico y el sacerdote. A estas penitencias añadían otras privaciones, tales como la continencia conyugal, la supresión de las bodas y festines, del ejercicio judicial, de los juegos, recreos públicos, caza, deportes, etcétera. De este modo se santificaba la Cuaresma no ya solamente en el templo como ahora, sino también en los hogares, y hasta en los tribunales, en los casinos, en los hoteles, en los teatros y en los circos. Es decir, que el espíritu de Cuaresma informaba la vida de toda la sociedad cristiana.

Actualmente la observancia íntegra del ayuno y abstinencia cuaresmal ha quedado confinada a algunas órdenes religiosas, ya que el derecho común tan sólo manda ayunar con abstinencia el miércoles de ceniza y de tómporas, y los viernes y sábados de Cuaresma, y sin abstinencia, todos los demás días (2).

De hecho, estos mismos ayunos cuaresmales están reducidos en muchos países casi a la nada, merced a los indultos, bulas y privilegios particulares; habiendo llegado a tanto la condescendencia de la Iglesia, en cuanto al modo de observarlos, que en ellos ha permitido leche, huevos, pescado, vino y otros géneros de regalos, además de autorizar una comida fuerte, un desayuno, aunque leve, y una ligera colación. La oración cuaresmal por excelencia era y es la Santa Misa, precedida antiguamente de la procesión estacional. Ahora es digno complemento, por la tarde, el ejercicio del Viacrucis. La limosna practicábase en la Iglesia con ocasión de la colecta de la Misa y otras particulares que se hacían en favor del clero, viudas, huérfanos y menesterosos, con quienes también ejercitaban a porfía otras obras de caridad.

**3. Aspecto exterior del templo.** La ley de la abstinencia cuaresmal diríase que hasta a los templos materiales alcanza, pues a ellos también les impone la ley litúrgica sus privaciones, con las que se fomenta la compunción y el recogimiento.

Los templos, en efecto, véanse privados durante los oficios cuaresmales del alegre aleluya, del himno angélico Gloria in excelsis, de la festiva despedida *Ite missa est*, de los acordes del órgano, de las flores, iluminaciones y demás elementos de adorno, y del uso, fuera de las festividades de los Santos, de otros ornamentos que los morados, de cuyo color se cubren también, desde el domingo de Pasión, los crucifijos y las imágenes. Tal es el aspecto severo del templo o como si dijéramos el continente exterior de la liturgia en tiempo de Cuaresma, el que acentúa todavía más los cantos graves y melancólicos del repertorio gregoriano y el frecuente arrodillarse para los rezos corales.

**4. El alma de la liturgia Cuaresmal.** Si, empero, sondeamos el alma de la liturgia cuaresmal a la luz de los Evangelios, de sus epístolas, oraciones, antifonas y demás textos de su rica literatura, la vemos embargada de los más variados sentimientos de arrepentimiento, de confianza, de ternura, de compasión, de pena, de temor.

El Breviario de Cuaresma, con sus homilias y sermones con sus himnos, sus capítulos y sus responsorios, a cual más expresivos y piadosos, pone en juego los más delicados recursos de nuestra madre la Iglesia, para conmover los corazones de sus hijos; pero con eso y todo, todavía le supera el Misal. Aquí encontramos cuadros indescriptibles: conversiones y absoluciones de pecadores, como la Samaritana, la Magdalena, la adúltera, el Hijo pródigo, los Ninivitas, multitud de curaciones y milagros del Salvador; rasgos generosos de desprendimiento, como el de la viuda de Sarepta; difuntos resucitados y madres y



hermanos consolados; a José, víctima de la envidia de sus hermanos, y a Jesús, vendido por uno de sus íntimos, amenazas y voces de trueno y vaticinios terroríficos de los antiguos profetas para los pecadores obstinados y, en cambio, palabras dulces y persuasivas del Divino Maestro llamándolos a penitencia; ríos de lágrimas que cuestan a la Iglesia los cristianos impenitentes, y gozos inenarrables que suscita en el cielo su conversión; quejas de los sacerdotes en vista de la indiferencia de muchos, y tiernos clamores del pueblo fiel pidiendo al Señor perdón y misericordia.

Si penetramos todavía más hondamente en el corazón de la liturgia cuaresmal, descubrimos, además, tres grandes preocupaciones que embargan a la Iglesia:  
la trama y desarrollo de la Pasión del Señor;  
la preparación de los catecúmenos; y  
la reconciliación de los penitentes públicos.

No hay día ni casi oficio en que no se manifieste de algún modo esta triple preocupación, y es menester estar de ello advertidos para interpretar ciertos pasajes y aun ciertos ritos especiales que, aunque muy hermosos, parecerían, sin eso, intempestivos.

**5. La Misa "estacional".** Una de las particularidades más características de la liturgia cuaresmal antigua era la Misa "estacional". Tenía lugar todos los días, al atardecer, después de la hora de nona. Durante todo el día, el pueblo y el clero dedicábase a sus ocupaciones habituales, pero cuando el cuadrante solar del Fórum marcaba la hora de nona, los fieles de toda la ciudad de Roma se dirigían a la porfía hacia la iglesia estacional, a la que a menudo el mismo Papa acudía para ofrecer el Santo Sacrificio. Ordinariamente, la colecta o reunión efectuábase en una de las basílicas vecinas, donde esperaban la llegada del Sumo Pontífice y de su séquito. Una vez éstos en la basílica, revestíase el Papa de sus ornamentos y subía al altar para rezar la colecta u oración de toda la asamblea, terminada la cual iban todos en procesión a la iglesia "estacional", al son de las letanías y precedidos por la Cruz procesional. Allí el Papa celebraba la Misa del día, en la que todos los asistentes ofrecían y comulgaban. Era ya la puesta de sol cuando el pueblo volvía a sus casas, satisfecho de haber ofrecido a Dios el sacrificio vespertino como coronamiento de una jornada laboriosa, santificada por la oración, por la penitencia y por el trabajo **(2)**.

Esta Misa "estacional" era la única que antiguamente había en cada población: por eso la celebraba el Pontífice con asistencia del clero y del pueblo. Como los de Cuaresma eran todos días de ayuno riguroso, todos esperaban en ayunas la hora de la Misa, para poder comulgar en ella. Después hacían su única comida, y los monjes completaban el oficio canónico cantando en sus monasterios las Vísperas. He aquí la razón de cantar Vísperas por la mañana antes de la comida, todos los días de Cuaresma, excepto los domingos, que no son de ayuno.

Un momento antes de la comunión, un subdiácono anunciaba al pueblo el lugar de la estación del día siguiente en estos términos: "Mañana, la estación será en la iglesia de San N." Y la schola respondía: "A Dios gracias". En seguida de la comunión y de la oración colecta, decía el celebrante la colecta super pópulum, que entonces reemplazaba a la bendición final. Estas fórmulas de despedida que antiguamente estaban en uso en todas las liturgias, ano orientales, y que llevaban a veces consigo la imposición de las manos del obispo, sólo las ha conservado nuestro misal en las ferias de Cuaresma, por el carácter solemne y episcopal que éstas tenían **(3)**.

Cuando el Papa no intervenía en la fiesta estacional, un acólito iba, después de la Misa, a su palacio, y le llevaba por devoción un poco de algodón mojado en la lámpara del santuario. Al llegar, le pedía la bendición, la cual recibida, decía: "Hoy tuvo lugar la estación en San N., y te saluda." El Papa le respondía: "peo gratias", y después de besar respetuosamente el algodón, entregábasele a su cubiculario, quien lo guardaba con cuidado para meterlo, al morir el Papa, en la almohadilla fúnebre **(4)**.

En el actual Misal Romano se indica todavía, al principio de la Misa correspondiente, la basílica o iglesia "estacional" de cada día, lo que muchas veces será útil tener en cuenta para explicarse el uso de ciertos textos y su verdadero significado en aquel día determinado **(5)**.

**6. Los domingos de Cuaresma.** Descontando el de Pasión y el de Ramos, que habremos de estudiar aparte, son cuatro los domingos de Cuaresma, siendo él primero el de más categoría y el cuarto, o de Laetare el más popular.

El I domingo ha tomado entre los latinos el nombre de "invocabit" de la primera palabra del Introito de la Misa, y entre los griegos se le llama la fiesta de la ortodoxia, por señalar el aniversario del restablecimiento de las santas imágenes en el siglo IX.

En la Edad Media llámolese el domingo de las Antorchas, porque los jóvenes, que se habían desenfrenado en los jolgorios de Carnaval, presentábanse ese día en la iglesia con una tea encendida para pedir una penitencia al sacerdote, a fin de reparar sus pasados excesos, de los que eran absueltos el Jueves Santo en la reconciliación general. También es conocido con el nombre de domingo de la Tentación, por referir el Evangelio de la Misa la triple tentación del Señor en el desierto.

El II domingo, hasta el siglo IX, fué de los llamados "domingos vacantes" o libres de "estación", a causa de haberlo precedido con las suyas las IV témporas y estar el público cansado. Después del siglo IX, empero, señalósele ya su estación, como a los demás.

El III domingo era el de los "escrutinios", porque en él, o comenzaba el examen de los catecúmenos que habían de recibir el bautismo la vigilia de Pascua, o bien se les citaba para el miércoles siguiente.

**7. El domingo "Laetare".** El IV domingo, llamado Laetare (del introito), de los "cinco panes" (del Evangelio), y de la "rosa de oro" (de la bendición de la misma), es de los más celebrados del año litúrgico. Por coincidir en la mitad de Cuaresma y suponer la Iglesia que los cristianos han vivido hasta aquí embargados, como ella, de una santa tristeza, la liturgia de este domingo se propone renovar en los ayunadores cuaresmales la alegría y la esperanza que todavía han menester hasta llegar al triunfo pascual.

A ese fin, además de elegir textos muy hermosos y muy adecuados para infundir alientos, permite en el templo las flores de adorno, el uso del órgano y hasta de ornamentos de color rosa; todo lo cual causa la impresión de ser éste un día de asueto litúrgico, podríamos decir, y de respiro espiritual. La Iglesia se alegra hoy intensamente, pero con moderación todavía, como quien está dispuesta a reanudar en seguida las penitencias y las meditaciones dolorosas.

El rito característico de este domingo es la bendición de la rosa de oro, que efectúa en Roma el mismo soberano Pontífice. Data de hacia el siglo X, y viene a ser como un anuncio poético de la proximidad de la Pascua florida.

Antiguamente la ceremonia se celebraba en el palacio de Letrán, residencia habitual de los Papas, desde donde el Pontífice, montado a caballo y con la tiara, y acompañado por el Sacro Colegio y el público de la ciudad, llevaba la rosa bendita a la iglesia "estacional", que lo era Santa Cruz de Jerusalén. Hoy se hace todo en el Vaticano, por lo que la ceremonia no suscita ya tanto el entusiasmo popular, si bien su eco resuena en todo el mundo, merced a las informaciones de los diarios. Además de bendecirla, el Papa unge la rosa de oro con el Santo Crisma y la espolvorea con polvos olorosos, conforme al uso tradicional. Al fin la regala a algún alto personaje del mundo católico, a alguna ciudad, etcétera, a quien quiere honrar; y por eso "dícese que su bendición sustituyó a la de las llaves de oro y plata, con limaduras de la cadena de San Pedro, que los soberanos Pontífices enviaban antiguamente a los príncipes cristianos, en pago de haberle proporcionado ellos reliquias de los apóstoles" (6).

Místicamente, representa esta rosa a Jesucristo resucitado, como lo explican los varios discursos pronunciados por los Papas en la ceremonia (7). El origen de la ceremonia quizá derive de la fiesta bizantina de la media cuaresma, aunque también puede ser que provenga de que antiguamente se solemnizaba en Roma el principio del ayuno preparatorio para Pascua, que abarcaba entonces 3 semanas (8).

**8. Las ferias más notables de Cuaresma.** Aparte del miércoles, viernes y sábado de las IV témporas de Cuaresma, de que hablaremos en su lugar, son dignas de especial mención, entre las ferias cuaresmales, el miércoles de la III y IV semana, por ser días de escrutinio, y el jueves de la III, que es como jalón de media Cuaresma.

Empezamos por advertir que todas las ferias de Cuaresma tienen, en el Breviario, su homilía propia, y en el Misal su misa correspondiente, lo que constituye un caudal riquísimo y variadísimo de doctrina y de piedad. Los jueves, al principio, eran días alitúrgicos (sin reuniones litúrgicas)

y por lo mismo carecían de misa propia, pero bajo el Papa Gregorio II (715-31), se les fijó también a ellos su misa, utilizando los elementos ya existentes.

**El MIÉRCOLES DE LA III SEMANA** comenzaba el escrutinio o examen de los catecúmenos que deseaban ser admitidos al bautismo en la vigilia de Pascua.

Empezábase por anotar sus nombres y separar en dos grupos los hombres y las mujeres. Luego se rezaba por ellos, y ellos mismos también eran invitados a rezar; se les leía algún pasaje de la Biblia en vista de su instrucción; se les exorcizaba, se les imponían las manos, se les signaba, etcétera, y se les despedía del templo antes del Evangelio. Al ofertorio, los padrinos y madrinas presentaban al Papa las oblacones por sus futuros ahijados, cuyos nombres se leían públicamente durante el Canon. Esto mismo se practicaba en los demás escrutinios.

**EI JUEVES DE LA III SEMANA** señala propiamente la mitad de los ayunos cuaresmales, no de la Cuaresma misma, la cual promedia justamente el domingo IV, como ya lo hemos notado. Esta circunstancia hizo que esta feria tuviese entre los antiguos un carácter medio festivo y alentador, contribuyendo a ello no poco el recuerdo de los santos médicos Cosme y Damián, cuya basílica era la designada para la Misa estacional.

Los textos de la Misa aluden casi todos a la salud y bienestar corporal, que la Iglesia pide a Dios para sus hijos, por intercesión de San Cosme y San Damián, para que terminen valerosamente el ayuno cuaresmal. Eran esos Santos dos médicos sirios, que, por ejercer su profesión gratuitamente, eran conocidos con el sobrenombre de anargyros (sin plata), y constaba que curaban a los enfermos no tanto por su pericia profesional, como por virtud divina. Su culto fué siempre muy popular, y más desde que el Papa Félix IV les dedicó, en el siglo VI, la Basílica de la Vía Sacra, convertida pronto en un centro de peregrinación para enfermos y dolientes.

**EL MIÉRCOLES DE LA IV SEMANA** era el día del gran escrutinio, el cual se celebraba en la majestuosa Basílica de San Pedro.

Los ritos especiales de este escrutinio eran: las oraciones, lecturas y exorcismos de costumbre; la lectura, por primera vez, y explicación del principio de cada uno de los cuatro Evangelios, la recitación, también por primera vez, del Símbolo de la fe, en latín y en griego, en atención a los catecúmenos de ambas lenguas, y su explicación por el sacerdote; ítem del Pater noster, petición tras petición. Continuaba luego la Misa, y los catecúmenos se retiraban al recibir la orden del diácono. Al conjunto de estos ritos se le denominaba apertio aurium (acto de abrir los oídos), porque por primera vez escuchaban estos textos sagrados, hasta entonces desconocidos. Restos de este tercer escrutinio son, en la Misa actual, la oración, la lección y el gradual, que preceden a la epístola ordinaria de este día.

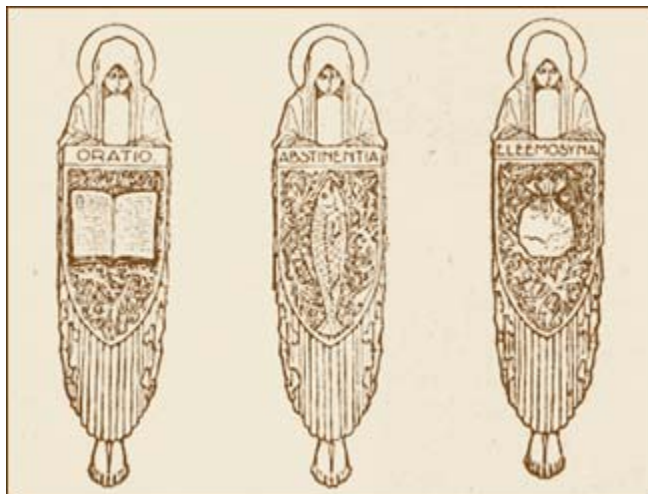
## NOTAS

- (1) "Código de Der. Can.", can. 1252, 2 y 3.
- (2) En la Argentina el Indulto Apostólico reduce los ayunos con abstinencia al Miércoles de Ceniza y a todos los Viernes, y los ayunos sin abstinencia a los Miércoles y al Jueves Santo.
- (3) Card. Schuster: ab. cit., val. III, c. I.
- (4) Card. Schuster: ob.cit.
- (5) Card. Schuster: ob..cit.
- (6) Para ello ninguna guía mejor que el "Liber Sacramentorum" del Card. Schuster.
- (7) Molien: "La Priere de l'Eglise", I, p. 304.
- (8) Cf. "Année Lit." (Careme) de Dom Guéranger.
- (9) Cf. Schuster: "Liber Sacramentorum", val. III, p. 117. Dom Krebs: "Les Quest. Iit. et Parois" (Abril y Junio 1926).

EXTRAÍDO DE: R.P. ANDRÉS AZCÁRATE; La Flor de la Liturgia; Buenos Aires, Abadía San Benito, 6ta. Ed., 1951; pág.486-497

# TIEMPO DE CUARESMA

## Misal Romano Latino-Español por Dom Gaspar Lefebvre



Las tres clásicas prácticas de Cuaresma:  
Oración - Abstinencia de Carne - Limosna

*Del miércoles de Ceniza hasta el domingo de Pasión*

### **EXPOSICIÓN DOGMÁTICA**

El Tiempo de Septuagésima nos ha recordado la necesidad que tiene el hombre caído de asociarse por el espíritu de penitencia a la obra redentora del Salvador. Ahora, la Cuaresma nos va a asociar a ella efectivamente por el ayuno y las otras prácticas de penitencia. No hay Cuaresma que merezca tal nombre sin un esfuerzo personal para rehacer la vida y vivirla con más fidelidad, y para reparar con algunas privaciones voluntarias las negligencias de otros tiempos. Mas paralelamente a estos esfuerzos que pide la Iglesia de cada uno de nosotros, ella, por su parte, levanta ante Dios la cruz de Cristo, el Cordero divino que carga con los pecados de los hombres y que es verdadero precio de nuestra redención. A medida que se acerque la semana santa, irá poco a poco predominando el pensamiento de la Pasión hasta absorber toda nuestra atención. Pero ya está presente desde el principio de Cuaresma y por eso, en unión con los sufrimientos de Cristo, todo el ejército cristiano se alista en la « santa cuarentena y camina hacia Pascua con la alegre certidumbre de participar de su resurrección.

«He ahí el tiempo favorable, he ahí los días de salvación. (1)» La Iglesia nos presenta la Cuaresma con los mismos términos con que la presentaba en otro tiempo a los catecúmenos y a los penitentes públicos que se preparaban a las gracias pascuales del bautismo y de la reconciliación sacramental. Para nosotros, tanto como para ellos, debe ser la Cuaresma un gran retiro, unos ejercicios en que la Iglesia nos lleve a la práctica de una vida cristiana más perfecta. Ella nos muestra el ayuno de Cristo y, por medio de la penitencia y del ayuno, nos asocia a sus sufrimientos para hacernos participar en su resurrección.

Acordémonos, pues, que no estamos solos ni somos los únicos que entramos en la Cuaresma. La Iglesia pone en juego todo el misterio de la redención. Formamos parte de un gran conjunto, en el que somos solidarios de toda la humanidad rescatada por Cristo. La liturgia del Tiempo no dejará de recordárnoslo. En los maitines, la lectura del Antiguo Testamento, comenzada en Septuagésima, continúa describiendo, por grandes etapas, la historia del pueblo judío, en que aparecen los designios de Dios sobre la salvación de todo el género humano. Esaú es descartado en provecho de su hermano: ya no es la descendencia carnal la que hace elegidos, sino la elección de la gracia, extendida a todas las naciones. José, vendido por sus hermanos y salvador de Egipto, es Jesús que salva al mundo después de ser rechazado y traicionado por los suyos. Moisés, que arranca a su pueblo de la esclavitud y le lleva hacia la tierra de promisión, es Jesús que nos libra de la cautividad del pecado y nos abre las puertas del cielo. Los evangelios, por su parte, no son menos significativos: el relato de la tentación de Jesús muestra al segundo Adán, nuevo jefe de la humanidad, en lucha también él con las astucias de Satanás, a quien aplasta con su poder divino; la parábola del hombre armado, a quien arroja del dominio que tenía usurpado otro más fuerte que él, es una afirmación de la victoria de Cristo.

He ahí el sentido de nuestra Cuaresma. Es un Tiempo de ahondamiento, en unión con toda la Iglesia, que se prepara a la celebración del misterio pascual. Cada año, con un nuevo esfuerzo, vuelve a emprender el pueblo cristiano, en pos de su jefe, Cristo, la lucha contra el mal, contra Satanás y el hombre de pecado que todos llevamos dentro de nosotros mismos, para lograr en Pascua una renovación de vida en las mismas fuentes de la vida divina y proseguir y caminar hacia el cielo.

### **NOTAS DE LITURGIA**

El Tiempo de Cuaresma comienza el miércoles de ceniza y termina el Sábado Santo; los quince últimos días de este largo período constituyen el Tiempo de Pasión. Antiguamente la Cuaresma se abría el 1º domingo; los cuatro días precedentes se han añadido para tener cuarenta días exactos de ayuno, pues antes sólo eran 36, al no ayunar los domingos.

El gran ayuno de cuarenta días, « inaugurado por la ley y los profetas, y consagrado por el mismo Cristo », ha sido siempre una de las prácticas esenciales de la Cuaresma. La liturgia alude a él constantemente y el prefacio del Tiempo lo recuerda todos los días en la misa.

Pero el ayuno va a la par con la oración. Como todos los ejercicios penitenciales de Cuaresma, se ofrece a Dios en unión con el sacrificio del Salvador, renovado diariamente en la santa misa. Todos los días tienen su misa propia, debido a que antiguamente toda la comunidad cristiana de Roma asistía a misa diariamente durante la Cuaresma. A ello se debe también la indicación de la « estación », o sea la iglesia en que se celebraba la misa.

Toda misa ferial del Tiempo de Cuaresma tiene después de la poscomunión una oración por el pueblo, precedida de esta invitación a la penitencia y humildad: « Humillad vuestras cabezas ante Dios. »

El carácter penitencial se acentúa con el silencio impuesto al órgano. Los ornamentos son morados. Continúan sin cantarse el Gloria y el aleluya. Los lunes, miércoles y viernes se repite el tracto suplicante del miércoles de ceniza: « Señor, no obres con nosotros según los pecados cometidos... »

**(1)** Epístola del 1er domingo

### RÚBRICAS

1. Los domingos de Cuaresma son de 1ª clase; de ellos se dice la misa. El miércoles de ceniza, feria de 1ª clase, no cede su oficio a ningún otro; su misa no admite conmemoración alguna.
2. La conmemoración de la feria es privilegiada; nunca se omite y precede a cualquiera otra.
3. Las ferias de las Témporas de Cuaresma son de 2º clase y prevalecen sobre las fiestas particulares de 2º, clase. Las otras ferias de Cuaresma son de 3ª clase y prevalecen sobre las fiestas de 3ª clase. De éstas no se puede decir la misa en Cuaresma.
4. Las Témporas de Cuaresma tienen lugar en la primera semana; siguen las mismas reglas que las del Adviento. El miércoles de la cuarta semana tiene también una lectura del Antiguo Testamento.

## TIEMPO DE CUARESMA



Dom Prósper Gueranger

**Historia de la cuaresma.**

Se da el nombre de Cuaresma al período de oración y penitencia durante el cual la Iglesia prepara a las almas para celebrar el misterio de la Redención.

### **La oración.**

A los fieles, aún los mejores, propone nuestra Madre la Iglesia este tiempo litúrgico como retiro anual, el cual les brindará ocasión oportuna de separar todos los descuidos de otras temporadas, y encender la llama de su celo. A los catecúmenos ofrece, como en los primeros siglos, una enseñanza, una preparación para la iluminación bautismal. A los penitentes, les llama la atención sobre la gravedad del pecado, e inclina su corazón al arrepentimiento y a las buenas resoluciones, y les promete el perdón del Corazón de Dios.

San Benito recomienda a sus monjes, en el capítulo XLIX de su Regla, se entreguen este santo tiempo a la oración acompañada de lágrimas de arrepentimiento o de tierno fervor. Todos los fieles, de cualquier estado y condición, hallarán en las Misas de cada día de Cuaresma las fórmulas más admirables de oración con que se pueden dirigir a Dios. Con quince y más siglos de existencia, se adaptan a las aspiraciones, a las necesidades de todos.

### **Mística de la Cuaresma.**

No debemos maravillarnos de que un tiempo tan sagrado como el de la Cuaresma, esté repleto de misterios. La Iglesia, que ha dispuesto la preparación a la fiesta más gloriosa, ha querido que este período de recogimiento y penitencia estuviera aureolado de señalados detalles, propios para despertar la fe de los fieles y sostener su perseverancia en la obra de expiación anual. En el período de Septuagésima hallamos el número septuagenario que rememora los setenta años de la cautividad de Babilonia, tras los que el pueblo de Dios, purificado de su grosera idolatría, debía ver de nuevo a Jerusalén, y allí celebrar la Pascua. Ahora la Iglesia propone a nuestra religiosa atención el número cuarenta, que al decir de San Jerónimo es propio siempre de pena y aflicción.

### **El número cuarenta y su significación.**

Recordemos la lluvia de cuarenta días y cuarenta noches salida de los tesoros de la cólera de Dios, cuando se arrepintió de haber creado al hombre (Génesis, VII, 12), y que anegó bajo las olas al género humano, a excepción de una familia. Consideremos al pueblo hebreo errante cuarenta años en el desierto, en castigo de su ingratitud, antes de entrar en la tierra prometida (Números, XIV, 33). Oigamos al Señor, que manda a Ezequiel, su profeta, que permanezca recostado por el lapso de cuarenta días sobre el lado derecho, símbolo de lo que había de durar el sitio tras el que sería Jerusalén arrasada. Dos hombres tienen misión de representar en sus personas en el Antiguo Testamento las dos manifestaciones de Dios: Moisés, que representa la Ley, y Elías, que simboliza la Profecía. Ambos se llegan a Dios, el primero en el Sinaí, el segundo en Horeb, pero uno y otro no logran acceso a la divinidad, sino después de haberse purificado por la expiación del ayuno de cuarenta días.

Refiriéndonos a estos hechos memorables comprendemos por qué el Hijo de Dios encarnado para la salvación de los hombres, queriendo someter su carne divina a los rigores del ayuno, hubo de escoger el número de cuarenta días para este solemne acto. Preséntasenos, pues, la institución de la Cuaresma en toda su majestuosa severidad, como un medio eficaz para aplacar la cólera de Dios y purificar nuestras almas.

Levantemos en consecuencia nuestros pensamientos por encima de los estrechos horizontes que nos circundan; veamos el conjunto de las naciones cristianas en estos días en que vivimos ofreciendo al Señor irritado este amplio cuadragenario de expiación, y esperemos que, como en tiempo de Jonás, se digne también *este* año ser misericordioso con su pueblo.

### **Temor saludable.**

Después de emplear tres semanas enteras en reconocer las dolencias de nuestra alma y sondear las heridas que el pecado nos ha causado, debemos, al presente, sentirnos preparados para hacer penitencia. Conocemos mejor la justicia y la santidad de Dios, los peligros que corre el alma impenitente; y para obrar en la nuestra un retorno sincero y duradero, hemos roto con las vanas alegrías y futilidades del mundo. La ceniza se ha derramado en nuestras cabezas y se ha humillado nuestro orgullo ante la sentencia de muerte que ha de cumplirse en nosotros.

En el curso de esta prueba de cuarenta días, tan largo para nuestra flaqueza, no nos abandonará la presencia de Nuestro Salvador. Parecía haberse sustraído a nuestras miradas durante los momentos en los cuales no resonaban más que maldiciones lanzadas contra el hombre pecador; pero esa sustracción nos es beneficiosa: es propia para hacernos temblar al ruido de las venganzas divinas. *"El temor del Señor es el*



*principio de la sabiduría*"; y si nos hemos visto sobrecogidos de miedo, que se despierte en nosotros el sentimiento de la penitencia.

### **Ánimo y confianza.**

Cobren, pues, aliento los hijos de la Iglesia y aspiren a esa paz de conciencia que es patrimonio exclusivo del alma penitente de verdad. La inocencia perdida se recobra por la confesión humilde del pecado cuando va acompañada de la absolución del sacerdote; pero ha de esquivar el fiel el prejuicio peligroso, de que nada queda ya por hacer después del perdón. Recordemos esta grave sentencia del Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras: *"Del pecado perdonado no quieras nunca estar sin miedo"*. La certeza del perdón corre pareja con el cambio del corazón; y puede uno dar rienda suelta a la confianza en cuanto constantemente sienta el pesar por haber pecado y la solicitud constante, asimismo, de expiar en vida los pecados. *"Nadie sabe de cierto si es digno de amor o de aversión"*, dicen también las Escrituras. Puede esperar ser digno de amor el que siente dentro de sí mismo que no lo ha desamparado el espíritu de penitencia.

Dom Prósper Gueranger (*Tomado de su libro "El año litúrgico"*)

## **EL TIEMPO DE PASIÓN**

(Preparación inmediata de la Redención)



**1. Vista general.** Llámase Tiempo de Pasión a las dos últimas semanas de Cuaresma, en las cuales el tema de los padecimientos y persecuciones del Salvador es el principal en la liturgia, mientras el de la instrucción de los catecúmenos y preparación de los penitentes públicos para su reconciliación, pasa ya a segunda línea. Es, pues, la misma Santa Cuaresma, pero más íntimamente vivida con Jesucristo, Varón de dolores, cuyas humillaciones y tormentos, a la par que excitan la compasión de los buenos cristianos, los predisponen a la compunción del corazón. Está todo él sombreado por el leño de la Cruz, ese "árbol esbelto y refulgente, ataviado con la púrpura real", como canta con aires de triunfo la Iglesia, repitiendo sin cesar, en estos días, las bellas estrofas del Vexilla Regis, de Venancio Fortunato.

En la primera de estas dos semanas, evoca la liturgia los seis últimos meses de la vida pública de Jesús, época de las grandes polémicas con los judíos y de las persecuciones, descaradas ya y agresivas, de sus enemigos. Jesús sólo se les aparece a intervalos; pues los ve tan enconados contra su persona, que tiene que huirles, para dar tiempo a que llegue su hora. Son seis meses de humillaciones y de afrentas; seis meses de verdadera Pasión, pero todavía incruenta.



Los textos litúrgicos van descubriéndonos, día tras día, nuevos aspectos de esta furibunda persecución. El domingo vemos a los judíos arrojándole piedras, el lunes, ingeniándose para prenderle; el martes, a punto de matarle; el miércoles, queriendo de nuevo apedrearle, el jueves, acechándole, en casa del fariseo Simón, mientras perdona Él a la Magdalena; el viernes, tramando ya definitivamente su muerte, y el sábado, acorralándolo de tal forma que le obligan a esconderse para no adelantar los acontecimientos.

En la segunda semana, la "Semana santa" que nosotros llamamos, o la "Semana penosa", como la denominaban los antiguos, la liturgia reproduce con los más vivos colores los últimos episodios de la vida de Jesús: los postreros destellos del Sol de Justicia, venido a alumbrar a este mundo entenebrecido por la culpa; las terribles peripecias que rodean la obra maestra de nuestra redención.

El domingo, lunes y miércoles santo son días de brillante aurora, pero de sombrío ocaso. El Divino Maestro aparece glorioso por la mañana, enseña en público, discute, triunfa; pero al anochecer, se retira a casas amigas, como para ponerse al abrigo del espíritu de las tinieblas. El jueves, después de realizar, a los postres de la Cena legal, el milagro de amor de la Eucaristía, se entrega sin reservas en manos de sus enemigos, entre quienes muere el viernes, para salvarlos a ellos y con ellos al mundo prevaricador.

**2. La actitud de la Iglesia.** En vista de tantos tormentos y de ultrajes tan horribles como su Esposo padece, la Iglesia se cubre de luto riguroso, y cubre también con telas moradas las estatuas, los retablos y hasta el Crucifijo; pide a David y a Jeremías sus salmos más lúgubres y sus más desoladoras lamentaciones; y con su palabra de Madre cariñosa, con su actitud de Esposa desolada, con las predicaciones, con las lecturas, con los cantos, en todos los tonos y en todas las formas, háblale a Jerusalén, que es el alma pecadora, y le dice una y otra y muchas veces a modo de sonsonete: "¡Jerusalén, Jerusalén, arrepíentete, conviértete al Señor, Dios tuyo!"

El rito litúrgico que hace más sensible a los ojos de los fieles esta actitud dolorosa de la Iglesia en Tiempo de Pasión, es el de la velación de las imágenes, que prescribe el Ceremonial y que se efectúa el sábado anterior.

Los arqueólogos y liturgistas no andan de acuerdo en su interpretación. Quiénes se acogen a la historia y a la arqueología; quiénes al simbolismo. A nosotros nos parece, después de estudiar los documentos antiguos y modernos, que se trata de un hecho histórico antiquísimo, que, al perder con el tiempo la aplicación real originaria, adquirió un muy razonable simbolismo.

Históricamente, creemos hallar la clave de este rito en el de la penitencia pública. Como ya hemos dicho, el primer día de Cuaresma se presentaban los penitentes en traje y en actitud humilde a la iglesia, de la que el obispo les despedía, después de imponerles la ceniza y vestirlos de saco y de cilicio como Dios despidió a Adán y Eva del paraíso— enviándolos hasta el Jueves Santo a algún monasterio de las afueras de la ciudad. El rito de la expulsión perduró hasta el siglo XVI, en que, extendiéndose, por devoción, la penitencia pública y la recepción de la ceniza a la generalidad de los fieles, no fué ya posible expulsar del templo a todos los penitentes, que formaban mayoría. Para recordarles, no obstante, el suprimido rito y mantenerlos en la humildad, aislóseles, ya que no de la iglesia, del presbiterio, mediante una cortina roja suspendida de la bóveda. Poco a poco, sin duda por no hallar práctico este sistema que deslucía y embarazaba las ceremonias litúrgicas, dicha cortina se fué acortando y reduciendo al velo actual, que apenas cubre las imágenes y la cruz. He aquí, pues el origen histórico bórico y la razón de ser del cortinaje, de diversas hechuras y tamaños, según los países e iglesias, que se usa en la actualidad **(1)**.

Los liturgistas simbolistas han visto en este rito un recurso piadoso para representar materialmente el hecho de haber tenido que esconderse el Señor en el templo para escapar al furor de sus enemigos que intentaron apedrearlo.

Tal, en efecto, autoriza a suponerlo la costumbre medioeval de cubrir el Crucifijo, justamente en el momento preciso de cantarse en la Misa el texto mismo del Evangelio alusivo a ese hecho. Al propio tiempo le atribuyen la virtud de recordar a los fieles que, durante esta temporada, Nuestro Señor veló su divinidad, dejándose prender y torturar como si sólo fuese hombre, y hombre criminal. Y conforme a esto, la razón de cubrir las imágenes de los Santos a la vez que la del Crucifijo, sería la de hacer ver que también los hijos participan de la confusión y oprobios del Padre, y que deben ellos también ocultar su gloria cuando la del Señor se desvanece a los ojos de los hombres. Que es la misma razón por la cual también se omiten en el oficio de Pasión los sufragios de los Santos.

Además de vestirse de luto riguroso, la Iglesia suprime, en Tiempo de Pasión, el Gloria Patri en el introito y en el salmo del Lavabo de la Misa, así como en el invitatorio y responsorios del oficio; y, además, todo el salmo Júdica del principio de la Misa.

El Gloria es un grito de triunfo y de alegría, y como la Iglesia quiere ir poco a poco inspirando a los fieles sentimientos de tristeza por los acontecimientos dolorosos que se avecinan, suprímelo en esos momentos solemnes de la Misa y del oficio, conservándolos solamente al final de los Salmos. En el último triduo de Pasión, días de completa desolación, ni en los Salmos se oirá ya esa doxología. La omisión del salmo Júdica al principio de la Misa, no es una práctica muy antigua ni tiene un significado especial, ya que la oración que ahora reza el sacerdote al pie del altar, antes de comenzar el Introito, introdújose por primera vez en los países francos hacia el siglo VIII ; y como ese salmo 42 cantábase en el Introito, por eso se suprimía antes de la confesión que precedía a la subida al ara del sacrificio."**(2)**. Sin embargo, suprimido y todo, este salmo, nada más que por evitar su repetición, es lo cierto que su omisión contribuye no poco a imprimir a las misas de esta temporada un sello de severidad.

**3. El triunfo de la Cruz.** En medio de los acentos de dolor que con frecuencia exhala la liturgia de estos días, resuenan de vez en cuando en el templo notas verdaderamente triunfales que nos hacen por momentos dudar si celebramos alborozados alguna victoria gloriosa, o plañimos tristes acontecimientos. Los lamentos de Jeremías contrastan notablemente, en Tiempo de Pasión, con los entusiasmos del prefacio de la Misa, y los de los himnos del poeta Fortunato, cuyas estrofas a la Cruz hacen por un instante olvidar, en vísperas, maitines y laudes, los textos melancólicos que les han precedido. Ninguna otra bandera ha inspirado jamás himnos más brillantes que ésta del cristianismo, convertida, de instrumento infame que era, en insignia gloriosa, al contacto de los miembros de Cristo.

El prefacio canta con aires de triunfo: "En verdad es digno y justo... darte gracias a Ti, Padre Todopoderoso... que pusiste la salvación del género humano en el Árbol de la Cruz, para que de donde salió la muerte, de allí renaciese la vida, y el que en un árbol fué vencido, venciese en árbol, por Cristo, Señor nuestro..." Pocas palabras, pero significativas y concluyentes.

Entre los varios himnos que el gran poeta galo Fortunato compuso en honor de la Santa Cruz con ocasión de la llegada al monasterio benedictino de Poitiers, fundado por Santa Radegundis, de las insignes reliquias del Lignum Crucis, se han hecho los más célebres: el Pange, lingua gloriosi praelium certáminis (canta, oh lengua, la victoria del más glorioso combate), que está dividido en el Breviario en dos partes, una para maitines y otras para laudes, conservándolo completo el Misal en la ceremonia de la Adoración de la Cruz del Viernes Santo: y el Vexilla Regís, el más conocido y celebrado, y que se emplea en Vísperas y en la procesión del Viernes Santo al monumento.

En la Edad Media, el culto de la Cruz sólo despertaba sentimientos de júbilo y de triunfo; sentimientos que los artistas plásticamente representaban en los crucifijos de la época, ciñendo a Cristo de una corona de gloria, y trocando la sangre de sus heridas por perlas de oro y piedras preciosas. En realidad, son los mismos sentimientos que ha patrocinado la liturgia a través de los siglos, no obstante las representaciones dolorosas de los artistas modernos, repitiendo sin cesar en las diversas festividades de la Cruz los himnos triunfales de Venancio Fortunato, y acoplando al lado de ellos otros textos igualmente brillantes.

**(1)** Cf. M. Callewaelrt y Thurstan en Les Quest lit. et paroiss, t. II, col. 284, Item. Opus Dei, marzo 1927. En la cortina pintábanse a menudo diversas imágenes para fomentar la piedad de los fieles. Algunos autores antiguos, como Pedro Coméstor (p. L. CXCVIII, col. 1573) hablan de cortinas colocadas de continuo en la iglesia entre los cantores y el pueblo (inter psallentes et populum), como un resguardo para la modestia, cortinas que de ordinario ocultaban a los cantores de los hombros por abajo, y durante la Cuaresma, todo el cuerpo: de modo que, interpositis dolaeis, mútuus negabátur aspéctus, "corridos los tapices, se ocultaban unos N otros".

**(2)** Dom Schuster: Lib. Sacr., vol. III. Esta razón creemos que sólo es valedera para el Domingo de Pasión, mas no para los demás días, que tienen Introitos diferentes. Tal vez será mejor pensar que la Iglesia quiere empezar ya desde este Domingo a devolver a la Liturgia lo más posible su carácter primitivo, para que así sea más suave la transición a los Oficios del último triduo de Semana Santa, que son los de factura más arcaica.

EXTRAÍDO DE: R.P. ANDRÉS AZCÁRATE; La Flor de la Liturgia; Buenos Aires, Abadía San Benito, 6ta. Ed., 1951; pág.498-504

## TIEMPO DE PASIÓN



### Del 1.º domingo de Pasión al Sábado Santo

#### EXPOSICIÓN DOGMÁTICA.

En el curso de estas dos últimas semanas de Cuaresma que nos van a conducir a Pascua, se esfuerza la Iglesia por hacernos revivir con ella las circunstancias que han preparado y rodeado la muerte del Salvador.

Por su estrecha conexión con el Tiempo Pascual, evoca el Tiempo de Pasión nuestra redención por la sangre de Jesús. Pero antes de aplicarnos los frutos de la gracia en la celebración exultante de la resurrección del Salvador, quiere la Iglesia hacernos seguir a Cristo paso a paso en el duro combate que va a empeñar por rescatarnos.

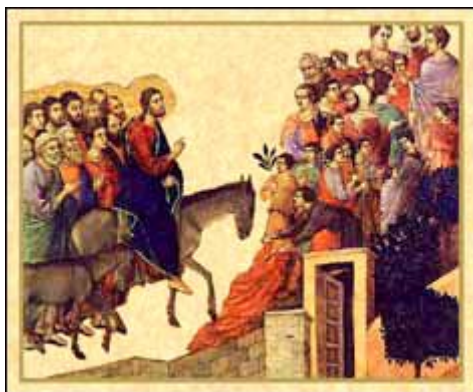
De este modo, el gran retiro de Cuaresma desemboca en la contemplación de la única lucha que ha podido rescatar al hombre de su pecado y merecerle la salvación. Advertencia necesaria y muy consoladora. No es que sea superfluo nuestro esfuerzo personal de enmienda y de reparación, sino que todo su valor y eficacia lo adquiere solamente unido a la Pasión de quien cargó sobre sí los pecados del mundo y los expió. En virtud de la misteriosa solidaridad que existe entre todos los miembros de la gran familia humana, Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, sustituye a sus hermanos culpables. Se «hace pecado por nosotros -dice san Pablo- para llevar sobre su cuerpo, en el patíbulo, nuestros pecados». Más Cristo triunfa al inmolarse. Triunfa del mal, triunfa de Satanás; restablece los derechos de Dios sobre el mundo, arroja fuera al demonio, «príncipe de este mundo». Se realiza el oráculo de David: «Dios reina desde el madero.» Dentro de la misma Semana Santa, en el momento en que, el Viernes Santo, se viste de luto en recuerdo de la muerte del Salvador, la Iglesia hace que nos postremos delante de la cruz para saludar en ella la fuente de nuestra alegría: «He aquí el madero de la cruz, del cual colgó la salvación del mundo; venid, adorémosle.» Ya se anuncia la resurrección: «Adoramos tu cruz, oh Señor. Alabamos y glorificamos tu resurrección.»

**NOTAS LITÚRGICAS.** Se acentúa el carácter austero de Cuaresma. La Iglesia cubre las cruces de los altares y las imágenes de los santos con velos morados. El Jueves Santo despoja los altares y hace callar, no sólo el órgano, sino también las campanas.

#### RÚBRICAS.

1. *Las ferias de la primera semana de Pasión son semejantes a las de Cuaresma.*
2. *En las misas de Tiempo se omite el salmo Judica me. Igualmente se omite el Gloria Patri del introito, y del lavabo.*
3. *La Semana Santa goza de liturgia propia.*

# DOMINGO DE RAMOS



El cielo de la Iglesia se pone cada vez más sombrío; los tonos severos de los que se había revestido en el curso de las cuatro semanas que acaban de pasar, ya no son suficientes para demostrar su duelo. Sabe que los hombres persiguen a Jesús y conspiran su muerte. No pasarán doce días sin que sus enemigos pongan sobre él sus manos sacrílegas. La Iglesia le seguirá a la cumbre del Calvario; recogerá su último suspiro; verá sellar sobre su cuerpo unánime, la piedra del sepulcro. No es extraño, pues, que invite a todos sus hijos, en esta quincena, a contemplar a Aquel que es la causa de todas sus tristezas y afectos.

Pero no es precisamente, lágrimas y compasión estériles, lo que pide de nosotros nuestra Madre; quiere que nos aprovechemos de las enseñanzas que nos van a proporcionar los sucesos de esta Santa Semana. Se acuerda de que el Señor al subir al Calvario, dijo a las mujeres de Jerusalén que lloraban su desgracia ante sus mismos verdugos: "No lloréis por mí; más bien llorad por vosotros y por vuestros hijos". No rehusó el tributo de sus lágrimas, se enterneció y su misma ternura le dictó esas palabras. Quiso sobre todo verlas penetradas de la grandeza del acto del que se compadecían, en una hora en que la justicia de Dios se mantenía tan inexorable ante el pecado.

La Iglesia comenzó la conversión del pecador en las semanas precedentes; ahora quiere consumarla. Lo que ofrece a nuestra consideración, no es ya Cristo ayunando y orando en el monte de la Cuarentena; es la víctima universal que se inmola por la salvación del mundo. La hora va a sonar y el poder de las tinieblas se apresura a aprovechar los pocos momentos que le quedan. Va a consumarse el más afrentoso de los crímenes. Dentro de pocos días el Hijo de Dios va a ser entregado al poder de los pecadores y ellos le matarán. La Iglesia no necesita exhortar a sus hijos a la penitencia; demasiado saben ya que el pecado exige esta expiación. Ahora está penetrada por completo de los sentimientos de anonadamiento que le inspira la presencia de Dios sobre la tierra; y al expresar estos sentimientos en la Liturgia nos indica aquellos que nosotros debemos concebir de nosotros mismos.

El carácter más general de las oraciones y de los ritos de esta quincena es de profundo dolor de ver al justo oprimido por sus enemigos, hasta la muerte y una indignación enérgica contra el pueblo deicida. El fondo de los textos litúrgicos, son de David y de los Profetas. Ya es Cristo mismo quien declara las agonías de su alma; ya son las imprecaciones contra los verdugos. El castigo del pueblo judío es expuesto en todo su horror; y en los tres últimos días veremos a Jeremías lamentarse sobre las ruinas de la ciudad infiel.

Preparémonos, pues, a estas fuertes impresiones desconocidas con harta frecuencia por la piedad superficial de nuestros tiempos. Recordemos el amor y benignidad del Hijo de Dios que viene a confiarse a los hombres, viviendo su misma vida. *"Pasando por esta tierra haciendo el bien"*, y veamos cómo acaba esta vida de ternura, condescendencia y humildad con el más infame de los suplicios, con el patíbulo de los esclavos. Por una parte, contemplemos al pueblo perverso de los pecadores, que, falto de crímenes, imputa al Redentor sus beneficios, y consuma la más negra de las ingratitudes, derramando sangre inocente y divina; y por otra, contemplemos al Justo por excelencia, presa de las amarguras todas, *"su alma triste hasta la muerte"*, cargado con el peso de la maldición, y bebiendo hasta las heces el cáliz que a pesar de su humilde queja debió de beber: el cielo inflexible a sus plegarias como a sus dolores; y al

fin escuchemos su grito: *"Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?"* (Mateo 28, 4-6.) Esto es lo que recuerda la Iglesia con tanta frecuencia en estos días; esto es lo que propone a nuestra consideración; porque sabe que si llegamos todos a comprender lo que esta escena significa, se romperán los lazos que nos atan al pecado, y nos será ya imposible permanecer por más tiempo como cómplices de estos crímenes atroces.

Pero la Iglesia sabe también lo duro que es el corazón del hombre, y la necesidad que tiene del temor, para determinarse a la enmienda; por esta razón no omite ninguna de las imprecaciones que los Profetas ponen en la boca del Mesías contra sus enemigos. Estos anatemas son otras tantas profecías que se han cumplido al pie de la letra en los judíos endurecidos. Tienen por fin enseñarnos lo que el cristiano debe temer de sí mismo si persiste en *"crucificar de nuevo a Jesucristo"* (Hebreos 6., 6), según la enérgica expresión de San Pablo. Que se acuerde entonces de estas palabras que el mismo Apóstol dice en la Epístola a los Hebreos: *"¿Qué suplicio tendrá, el que haya pisoteado al Hijo de Dios, el que haya tenido por vil la sangre de la alianza por la cual fue santificado, el que haya ultrajado al Espíritu de gracia? Porque sabemos que ha dicho: A mí me pertenece la venganza y sabré ejercitarla; v en otra parte: el Señor juzgará a su pueblo. Será, pues, una cosa horrible caer en las manos de Dios vivo"* (Hebreos 10, 31).

En efecto, nada más afrentoso; ya que en estos días en que estamos *"no perdonó a su propio Hijo"* (Romanos 8, 32) dándonos por este incomprensible rigor la medida de lo que debernos esperar de Él, si encontrase aún en nosotros el pecado que le ha obligado a mostrarse tan cruel con su amadísimo Hijo *"en quien ha puesto todas sus complacencias"* (Mateo 3, 17). Estas consideraciones sobre la justicia para con la más inocente y la más augusta de todas las víctimas; y sobre el castigo de los judíos impenitentes acabarán de destruir en nosotros el afecto al pecado, desarrollando este temor tan saludable sobre el cual vendrán a apoyarse una esperanza firme y un amor sincero, como sobre base, inquebrantable.

Si por nuestros pecados somos los autores de la muerte del Hijo de Dios, también es cierto que la sangre que brota de sus Sagradas Llagas tiene la virtud de lavarnos de este crimen. La justicia del Padre celestial no se satisface más que con la efusión de esta Sangre divina; y la misericordia del mismo Padre celestial quiere que se emplee en nuestro rescate. El hierro del verdugo ha abierto cinco llagas en el cuerpo del Redentor; y de ellas brotan cinco manantiales de salvación sobre la humanidad para purificarla y restablecer en cada uno de nosotros la imagen de Dios que había sido borrada por el pecado. Acerquémonos, pues, con confianza, y glorifiquemos esta sangre libertadora que abre al pecador la puerta del cielo; y cuyo valor infinito sería suficiente para rescatar millones de mundos más culpables que el nuestro. Nos acercamos al aniversario del día en que fue derramada; han pasado ya muchos siglos desde el día en que enrojeció los miembros desgarrados de nuestro Salvador y que, descendiendo de la Cruz, bañó esta tierra ingrata; pero su poder siempre es el mismo.

Vengamos pues, *"a beber a las fuentes del Salvador"* (Isaías 12, 3); nuestras almas saldrán de allí llenas de vida, purísimas, completamente esplendorosas con belleza celestial; ya no quedará en ella la menor señal de sus antiguas manchas; y el Padre nos amará con el mismo amor con que ama a su Hijo. ¿No es para hacernos suyos, a nosotros, que estábamos perdidos, por lo que ha entregado a la muerte sin compasión a su Hijo? Habíamos llegado a ser propiedad de Satanás por nuestros pecados; y ahora, de pronto, somos arrancados de sus garras y recobramos la libertad. Y sin embargo de eso, Dios no ha usado de violencia para sacarnos del poder del ladrón, ¿cómo pues, hemos sido libertados? Escuchad al Apóstol: *"habéis sido rescatados a gran precio"* (1 Corintios 6, 20). Y ¿cuál es este precio? El príncipe de los Apóstoles nos lo explica: "no es, dice, por precio de oro o de plata corruptibles, con que habéis sido rescatados, sino por la preciosa sangre del Cordero sin mancha" (Pedro 1, 18). Esta Sangre divina, colocada en la balanza de la justicia celestial, la ha hecho inclinarse en nuestro favor; tanto sobrepasaba al peso de nuestras iniquidades! La fuerza de la Sangre ha roto las puertas del infierno, ha quebrantado nuestras cadenas, *"restablecido la paz entre el cielo y la tierra"* (Colosenses 1, 20). Derramemos sobre nosotros esta Sangre preciosa, lavemos en ella todas nuestras llagas, sellemos nuestra frente con su señal inquebrantable y protectora, a fin de que en el día de la cólera, nos perdone la espada vengadora.

# LA SEMANA SANTA

(Celebración dolorosa de la Redención)



Semana Santa y Semana Mayor llama la liturgia a la última semana de Cuaresma, porque en ella se conmemoran los misterios más santos y más augustos de, nuestra religión. Son días de luto, pero de un luto reconfortador, pues recuerdan la muerte afrentosísima del Hombre-Dios, y por ella nuestra redención. ¡Cuán al vivo nos pintan los oficios de estos días la perversidad y la ingratitud de los hombres para con Dios, y la mansedumbre y el amor entrañable de Jesús para con la humanidad!

Hay ceremonias en esta semana como para conmoverse y llorar, ora de alegría, ora de conmiseración. Recorrámoslas rápidamente, aunque sólo sea para formarnos una idea general del bello panorama que la Iglesia va a ofrecer a la vista de sus hijos.

**1. Domingo de Ramos.** Antes de prestarse a ser crucificado, Jesucristo desea ser proclamado Rey por el mismo pueblo deicida, y por eso entra hoy triunfante en Jerusalén. La liturgia de este día es una mezcla de alegría y de tristeza. Hay que notar en ella tres particularidades



a) la bendición de los ramos; b) la procesión, y  
c) la Misa.



**a) La bendición de los ramos.** Precede a la Misa, con la que, a primera vista, se confunde; pues tiene, como ella: Introito, Colecta, Epístola, Gradual, Evangelio, Prefacio y Sanctus, a continuación del cual vienen, en lugar del Canon, las oraciones de la bendición. Una vez benditos los ramos, el celebrante los rocía con agua bendita y los incienso, y al compás del canto de las antífonas "Pueri hebraeorum", que recuerdan los vítores de los niños hebreos, se hace la distribución. Al recibirlo, los fieles han de besar el ramo y la mano del sacerdote. El rito de la bendición de los ramos responde fielmente al tipo antiguo de las synaxis alitúrgicas, tenidas, a imitación de las celebradas por los judíos en sus sinagogas, para la recitación del oficio divino, para la edificación e instrucción de los fieles, etcétera, pero sin la ofrenda del Santo Sacrificio.

**b) La procesión.** cabada la distribución, se forma y desfila la procesión, que semeja un paseo triunfal. Es de origen muy antiguo y una como continuación de la que, ya en el siglo IV, se realizaba en Jerusalén, con asistencia de toda la ciudad y de los mismos monjes de la Laura de Pharan, y presidida por el obispo, quien, para mejor representar a Nuestro Señor, cabalgaba montado en un jumento. Todos los que toman parte en la procesión, llevan en sus manos las palmas o ramos benditos, y los cantores entonan cánticos alusivos al triunfo de Jesucristo. Al llegar, de regreso, a las puertas del templo, la comitiva las encuentra cerradas. Detiéndose ante ellas, y oye que en el interior voces infantiles entonan un himno, cuyo estribillo repiten los de afuera, como entrelazándose en un porfiado diálogo en alabanza de Cristo Rey. Es el célebre himno "Gloria, laus..." compuesto, en el siglo IX, según se cree, por Teodulfo, obispo de Orleáns, estando prisionero en Angers por orden del rey Luis el Bueno, y cantado por él, o por un coro de niños por él preparados, en el preciso momento de pasar el rey por delante de la cárcel acompañando a la procesión de ramos. Terminado el himno,, el subdiácono pide la entrada en el templo para él y para toda la comitiva, golpeando la puerta con la Cruz procesional, y los de adentro los reciben al son de nuevos cánticos.

Este rito representa la entrada de Jesucristo en el cielo, cuyas puertas, cerradas por el pecado, tuvo Él que abrirlas por virtud de la Santa Cruz, siendo recibido por los Ángeles al son de músicas y cánticos.

**c) La Misa.** Con la procesión se extingue la nota alegre y triunfante de este día, y se apodera del templo y de los oficios litúrgicos un sentimiento de profundo dolor. Éste llega a su colmo en el canto de la historia de la Pasión según San Mateo, que reemplaza al pasaje acostumbrado del Evangelio.

En señal de duelo no se incienso el Misal ni los acólitos llevan ciriales como de ordinario. Los fieles están de pie y con las palmas y ramos benditos en las manos, como para vitorear a Cristo mientras los judíos lo escarnecen. La cantan en tono muy severo y con música del maestro Victoria, contemporáneo de Palestrina, retocada últimamente por los monjes de Solesmes. Está distribuída en forma de diálogo, en el que intervienen como actores: Jesucristo (t), el Cronista (C) y la Sinagoga (S), por la que habla el tercer diácono siempre que media en la conversación un personaje aislado, y el coro o asamblea de fieles cuando son varios o todo el pueblo en tumulto. Al anunciar el Cronista la muerte del Señor, el clero y los fieles se prosternan en tierra, por breves instantes, "para adorar al Redentor. Prosigue el relato de lo sucedido después de la muerte, reservando la última parte para el diácono de oficio, a quien corresponde el canto del Evangelio en todas las misas solemnes.

**2. Lunes Santo.** Jesús, que el domingo de Ramos por la tarde se retiró a Betania al castillo de sus amigos, vuelve hoy de madrugada a Jerusalén, en cuyo camino maldice a la higuera estéril y es asediado a preguntas insidiosas por sus enemigos. Por la tarde regresa de nuevo al castillo.

La liturgia de este día no ofrece ninguna particularidad.

**3. Martes Santo.** Nueva visita de Jesús al templo de Jerusalén, acompañado por sus discípulos. En el camino contempla la higuera seca, y el Maestro aprovecha la ocasión para insistir sobre la necesidad de la fe. En el templo se le acercan sus enemigos para provocarlo, y



Él les expone la parábola de los viñadores y les responde a diversas preguntas. Toma algunas providencias para la próxima Pascua, y se retira a Betania.

La única particularidad de la liturgia de hoy es el canto, en la Misa, de la historia de la Pasión, según San Marcos, con los mismos ritos que el domingo, menos el uso de las palmas.

**4. Miércoles Santo.** El apóstol Judas, contrata hoy la venta de su Maestro, y los primates del pueblo discurren en el Sanhedrín sobre la manera de hacerlo prisionero. ¡Ya comienza el gran drama, ya se inician los misterios!

En la Misa, antes de la epístola reglamentaria, se intercala una lectura del profeta Isaías, que antiguamente estaba dirigida a los catecúmenos que celebraban hoy el sexto escrutinio. En lugar del Evangelio se canta la historia de la Pasión según San Lucas, en la misma forma que el domingo y el martes.

Al atardecer, tiene lugar en las iglesias el:

**Oficio de Tinieblas.** El oficio de Tinieblas no es otra cosa que los maitines y laudes del Jueves, Viernes y Sábado Santo, anticipados a la víspera correspondiente, al acercarse las tinieblas de la noche, para que pueda asistir a ellas aun el pueblo trabajador.

El oficio del miércoles recorre la Pasión entera del Señor; y el del jueves insiste sobre su Muerte y su larga Agonía; y el del viernes celebra sus Exequias y su Sepultura.

Este oficio presenta casi todas las características de un funeral: salmos, antífonas y responsorios lúgubres y lamentables, ningún himno, ninguna "doxología"; tonos severos y sin acompañamiento de ningún instrumento músico; altares desnudos y con velas amarillas, como si fueran catafalcos; al fin, casi absoluta oscuridad, y el canto grave del "Miserere".

El conjunto literario es de lo más bello y sublime que atesora la liturgia, y lo mismo podemos decir de la parte musical.

Las Lecciones del I Nocturno están sacadas de los "Trenos" o "Lamentaciones" de Jeremías, por cuya boca deplora la Iglesia, con acentos desgarradores, la ruina y desolación de Jerusalén, es decir, de la humanidad prevaricadora; y para imprimir a sus quejas un sentimiento más hondo y penetrante, ha revestido la letra de estos trenos con una melodía plañidera y melancólica, muy parecida, si es que no es la misma, a la que cantan los judíos.

Durante estos oficios, hay en el presbiterio un tenebrario o candelabro triangular con quince velas escalonadas de cera amarilla, las cuales se van apagando una tras otra al fin de cada salmo de maitines y laudes, empezando por el ángulo derecho inferior, quedando encendida solamente la más alta, que en algunos sitios suele ser blanca. Mientras se canta el "Benedictus" apáganse también las velas del altar, y el templo queda casi en completa oscuridad, máxime cuando, durante el "Miserere" final, a la única vela encendida del tenebrario se la oculta detrás del altar. Terminado el "Miserere", el clero y los fieles producen un leve ruido de manos, de libros y matracas, que cesa repentinamente al aparecer la luz del cirio oculto detrás del altar.

Todos estos detalles un tanto dramáticos tienen su significado. El apagamiento sucesivo de las velas del Tenebrario y del altar, recuerda el abandono y defección casi general de los discípulos y amigos del Señor, al tiempo en que era atormentado por los judíos. La, única vela encendida representa a Jesucristo. Se le oculta tras el altar, para significar su sepultura y su desaparición momentánea de este mundo, reapareciendo con nuevo brillo el día de su Resurrección. El ruido final imita las convulsiones y trastornos que sobrevinieron a la naturaleza en el trance de la muerte del Salvador.

**5. Jueves Santo.** Jueves Santo, con su única Misa pero solemnísimas, y con las visitas al monumento, envuélvenos en una como ola eucarística, que nos obliga a no pensar en nada más que en la última Cena de Jesús y en la institución del Sacerdocio y del Sacramento del amor. Es un día medio de gozo, medio de tristeza: de gozo, por la rica herencia que nos deja Jesús al morir, en testamento; de tristeza, porque se oculta a nuestra vista el Sol de Justicia. Jesucristo, y empieza a invadirlo todo el espíritu de las tinieblas.

Antiguamente, en la mañana de ese día, había tres grandes funciones litúrgicas, que se celebraban en tres misas diferentes: la Reconciliación de los penitentes, la Consagración de los

óleos, y la conmemoración de la Institución de la Eucaristía. De la primera sólo ha quedado como vestigio la bendición "urbi et orbi" que da hoy el Papa desde la loggia del atrio de la Basílica Vaticana.

En la actualidad, la liturgia matutina del Jueves Santo se reduce:

- a) a la Misa;
- b) a la procesión al monumento;
- c) al despojo de los altares, y rezo de las Vísperas.

Por la tarde efectúase el Mandato o lavatorio de los pies, y el oficio de Tinieblas.

**a) La Misa.** Solamente hay una en cada iglesia, y sería el ideal que en ella comulgasen el clero y los fieles. Los ministros y la cruz del altar están revestidos de ornamentos blancos, en honor a la Eucaristía. Como en los días de júbilo, se empieza por tañer el órgano y cantar el Gloria, durante el cual se echan a vuelo las campanas de la torre y se tocan las campanillas del altar, enmudeciendo en señal de duelo todos esos instrumentos desde este momento hasta el Gloria de la misa del Sábado Santo. Prosigue la Misa en medio de cierto desconsuelo producido por el silencio del órgano. En ella se suprime el ósculo de paz, por temor de recordar el beso traidor con que Judas entregó tal día como hoy a su Maestro. El celebrante consagra dos hostias grandes, una para sí y otra para reservarla hasta mañana en el monumento.

En las catedrales celébrase con extraordinaria pompa la bendición y consagración de los santos óleos, efectuada por el obispo, acompañado por doce sacerdotes, siete diáconos y siete subdiáconos, revestidos con los correspondientes ornamentos.

**b) Procesión al monumento.** Terminada la Misa, se organiza una procesión para llevar al monumento la hostia consagrada que ha reservado 'el celebrante, la cual reposará allí hasta mañana, y recibirá entretanto las visitas de los cristianos que, aisladamente y en piadosas caravanas, acudirán al templo atraídos por el Amor de los Amores y por el beneficio espiritual de las indulgencias concedidas.

El monumento es simplemente un altar lateral de la iglesia, lo más ricé y artísticamente adornado que sea posible, con muchas flores y muchas velas y con un sagrario móvil colocado a cierta altura. Ningún emblema ni recuerdo de la Pasión debe de haber en él, y menos soldados y guardias romanos pintados en bastidores, como en algún tiempo lo estilieron ciertas iglesias.

**c) El despojo de los altares.** A la procesión, que termina bruscamente con la reposición de la sagrada hostia en el sagrario, sigue el rezo llano y grave de las Vísperas, después de las cuales el celebrante y sus ministros despojan los altares de todo el ajuar, dejándolos completamente desnudos hasta el Sábado Santo, para anunciar que hasta ese día queda suspendido el Sacrificio de la Misa.

Al mismo tabernáculo se le desposee de todo y se le deja abierto, para dar todavía mayor impresión del abandono total en que va a encontrarse Jesús en medio de la soldadesca: Históricamente; este despojo de los altares recuerda el uso antiguo de desnudarlos diariamente, a fin de que, no estando adornados más que para la Misa, resaltase más vivamente la importancia del augusto Sacrificio eucarístico.

**d) El lavatorio de los pies.** En las iglesias catedrales, en las grandes parroquias y en los monasterios, tiene lugar, después de mediodía, la ceremonia del lavatorio de los pies a doce o trece pobres. Está a cargo del prelado o superior. Es un acto solemne de humildad con que el pastor de los fieles imita al que en la tarde del Jueves Santo realizó Nuestro Señor con sus discípulos, antes de comenzar la Cena, ; una promulgación anual del gran mandato de la caridad fraterna formulado por Él al tiempo de partir de este mundo para el cielo.

El número doce de los pobres representa a los doce apóstoles, y el trece, según Benedicto XIV, al Ángel enviado de Dios que misteriosamente se agregó a la mesa del Papa San Gregorio Magno en la que, como de costumbre, comían cierto día los doce pobres por él invitados, y cuyos pies previamente lavaba.

Al atardecer se celebra el Oficio de Tinieblas, lo mismo que el miércoles.



**6. Viernes Santo.** El Viernes Santo, hablando en lenguaje litúrgico, amanece, sombrío y melancólico, como barruntando algo siniestro que en él va a suceder. Jesús ha pasado la noche entre la chusma, siendo el escarnio de la soldadesca, acosada, se diría, por el mismísimo Satanás. Azotado y escupido, desollado y coronado de espinas y cargado con el pesado madero, el divino Nazareno atraviesa las calles de Jerusalén. Va al Calvario a extender sus brazos y a abrir sus labios para abrazar y besar con un solo ademán a toda la humanidad. La naturaleza lo ve, y se horroriza; y anochece el día lo mismo que había amanecido, sombrío y melancólico. Por lo mismo la liturgia de esta dolorosa jornada se celebra toda ella en la penumbra y con todo el aparato fúnebre: pocos cirios amarillos, ornamentos negros, cantos lúgubres, matracas, "improperios" o quejas de amargura...; eso por la mañana, y por la tarde; las "tinieblas", que equivalen a las exequias del Redentor.

*"La Misa de hoy ni tiene principio ni fin; porque el que es principio y fin padeció hoy tan amarga Pasión. Ninguna hostia se consagra; porque el Hijo de Dios estaba hoy en el ara de la Cruz consagrado. Caemos en tierra de rodillas, adosando y besando la Cruz, porque se te acuerde que tu Redentor se inclinó cuando la Cruz estaba tendida en el suelo, abriendo aquellos sagrados y delicados brazos y manos, para que se las enclavasen, y enclavado, fué en la Cruz elevado en el aire..." (1).*

En tres partes pueden distribuirse los oficios matutinales de hoy

- a) las lecturas y oraciones;
- b) el descubrimiento y adoración de la Cruz, y c) la Misa de presantificación.

**a) Lecturas y oraciones.** El altar está del todo desnudo, y las velas apagadas. Los ministros sagrados, al llegar al presbiterio, se postran completamente en tierra, en cuya posición humilde permanecen unos minutos, durante los cuales los acólitos cubren con un solo mantel la mesa del altar.

No hay palabras, cánticos ni gestos que puedan expresar más intensamente el abatimiento que embarga hoy a la Iglesia a la vista de Jesús Crucificado. Este silencio aterrador y esta larga postración, adorando y condoliendo al Divino Redentor, es el primero, y quizás el más elocuente, de los ritos de hoy.

Puestos de pie los ministros, cántase, sin título ni anuncio de ninguna clase y en tono de

profecía, un pasaje del profeta Oseas (c. VI) proclamando la próxima resurrección y triunfo del Crucificado, al que sigue un tracto y una colecta, haciendo resaltar, en esta última, el contraste entre el castigo de Judas y el premio del buen Ladrón. Una segunda lectura, tomada del Éxodo (c. XII) relata las circunstancias con que los israelitas sacrificaban y comían el Cordero pascual. Por fin, se canta la historia de la Pasión, según San Juan, en la misma forma que los días anteriores.

Concluida la Pasión, cántase una serie de oraciones por la Iglesia, por el Papa, por todos los ministros de la jerarquía eclesiástica, por las vírgenes, por las viudas, y por los catecúmenos ; por la desaparición de los errores, pestes, guerras y hambres; por los -enfermos, por los .encarcelados, por los viajeros, por los marineros ; por la conversión de los herejes; por los "pérfidos" judíos, "para que Dios levante el velo que cubre su corazón y así también ellos conozcan a Jesucristo", y por los paganos.

De nadie se olvida la Iglesia en este día de perdón universal. A cada oración precede un anuncio solemne de la misma y, para mover más a Dios, una genuflexión general de toda la asamblea. En la oración por los judíos se omite la genuflexión para no recordar -dice algún Ordo romano- la que por bafa hicieron ellos delante de Jesús vestido de púrpura y coronado de espinas; ni tampoco se usa del canto sino sólo de un recitado a media voz, quizá para evitar el que los primitivos cristianos, justamente indignados contra aquel pueblo deicida, se enterasen de este rasgo de condescendencia de la Iglesia.

El texto de estas oraciones y el modo de hacerlas son antiquísimos, y recuerda el tenor de las usadas en las primeras reuniones religiosas y hasta en las sinagogas judías. Es la oración litánica que antiguamente seguía a la invitación Oremus que precede inmediatamente al ofertorio de la Misa.

**b) Descubrimiento y adoración de la Cruz.** A las ocho de la mañana, refiere la peregrina Etheria, se celebraba en Jerusalén, en la capilla de la Santa Cruz, la adoración del Lignum ; : Crucis, por el obispo, el clero y todos los fieles, ceremonia que duraba hasta el mediodía.' Para satisfacer la piedad de todos los cristianos del mundo, esta devoción pasó de Jerusalén a algunas iglesias privilegiadas, y por fin, a todas las de la cristiandad.

Como el Crucifijo está tapado desde el sábado anterior al Domingo de Pasión, el celebrante empieza por descubrirlo, en esta forma: despójase de la casulla, en señal de humildad, y tomando el Crucifijo lo descubre en tres veces: la primera vez, la parte superior, cantando en voz baja la antífona "Ecce Lignum Crucis", al mismo tiempo que la muestra al pueblo; la segunda, la cabeza, cantando en tono más elevado; y la tercera, todo lo restante del Crucifijo, cantando ya a plena voz, y desde el medio del altar.

Parece ser que con este descubrir progresivo de la Cruz y la elevación; por tonos, de la voz, quiere significar la liturgia la triple etapa por que pasó la predicación del misterio de la Cruz: la primera como al oído, tímidamente, y sólo entre los adeptos del Crucificado; la segunda, ya después de Pentecostés, pública y varonilmente, y a todos los judíos; y la tercera, a todo el mundo y con toda la fuerza de la palabra.

La adoración la hacen todos los fieles, empezando el celebrante y el clero; éstos, en señal de humildad, con los pies descalzos. Antes de acercarse a la Cruz, hacen todos, a convenientes distancias, tres genuflexiones de ambas rodillas; en la última, la adoran besándola. Entre tanto los cantores cantan con conmovedoras melodías el "Trisagio", en griego y en latín; los "Improperios" o reproches amargos de Dios al ingrato pueblo judío, y, en su persona, a los malos cristianos de todos los siglos; y el hermoso himno de Fortunato Pange Lingua, en honor de la Cruz.

En adelante la Cruz presidirá los oficios religiosos y, como un homenaje singular; aun el clero, al pasar delante de ella, la saludará con una genuflexión.

**c) Misa de presantificados.** Al final de la adoración de la Cruz, se encienden las velas del

altar, se extiende sobre él el corporal, y se organiza, lo mismo que ayer, una solemne procesión al monumento, para tomar la hostia allí reservada. Con esta hostia consagrada ayer, o "presantificada", se celebra el rito que el Misal denomina Misa de presantificados y los antiguos llamaban "Misa seca", porque en ella no hay consagración, sino solamente comunión del celebrante con la hostia previamente consagrada. El recuerdo del Sacrificio sangriento del Calvario embarga hoy de tal modo a la Iglesia, que renuncia a la inmolación incruenta de cada día.

El rito se desarrolla en esta forma: Sacada la hostia del cáliz y puesta sobre el corporal, el celebrante pone vino y agua en un cáliz, que no consagra; incienso la oblata y el altar, como en las misas ordinarias; eleva la hostia; canta el Pater noster; recita en voz alta la oración Liberanos que le sigue; luego, en silencio, otra, como preparación a la comunión, y comulga únicamente bajo la especie de pan, tomando a continuación, a guisa de abluciones, el vino del cáliz. Los fieles no pueden comulgar hoy, a no ser en peligro de muerte, por viático.

A continuación se rezan las Vísperas en tono lúgubre, como ayer; y por la tarde los fieles se entregan a la meditación de la Pasión y Muerte del Señor y Soledad de María.

En Jerusalén -según la mencionada peregrina Etheria- y al terminarse la adoración de la Cruz, que era ya el medio día, comenzaba una serie de lecturas e himnos como para venerar el sagrado madero, durante los cuales a menudo se oían suspiros y sollozos de los fieles. A las tres se leía la historia de la Pasión según San Juan, y a continuación se rezaba Nona, y como anocheecía pronto, no había, ya Vigilias, si bien muchos fieles pasaban la noche entera delante de la Cruz.

**7. Sábado Santo.** Jesús ha pasado toda la noche y pasará también todo el sábado en el sepulcro, custodiado por los soldados, sobornados por el Sanedrín para testificar contra su Resurrección. La Iglesia está hoy toda absorta en ese hecho, y en virtud del decreto del 9 de febrero de 1951 de la Sagrada Congregación de Ritos, en el que se restituyó todo el rito de la Vigilia pascual a la noche del sábado al domingo, conforme al uso primitivo, todo el día del sábado lo dedica a conmemorar y venerar la muerte y sepultura del Redentor, a las que alude todo el Oficio del día. Tal debe ser también la preocupación de los fieles por todo el Sábado Santo: meditar y venerar la sepultura del Redentor, asistiendo, en cuanto les sea posible, a los oficios litúrgicos y funciones extralitúrgicas del día.

La Sagrada Congregación de Ritos, atendiendo a tantos ruegos y deseos de liturgistas contemporáneos (nosotros mismos lo reclamábamos en las ediciones anteriores de este Manual) y de obispos de todos los países, después de haber estudiado seriamente el asunto a la luz de los documentos antiguos, se resolvió a restituir el rito de la vigilia de Pascua, que hasta ahora se celebraba en la mañana del Sábado Santo, a las horas de la noche, para que así recobrara todo su significado y sirviera de preparación inmediata a la Pascua de Resurrección. La novedad, aunque anunciada sólo como a título de "experiencia" para el año 1951, fué recibida con aplauso general. Ella significaba no sólo un feliz retorno a la antigüedad, sino también al buen sentido, en el terreno litúrgico.

Según, pues, el aludido Decreto, el Sábado Santo es un día "alitúrgico", es decir, sin sacrificio eucarístico, pero con el Oficio Divino completo. Éste, por lo tanto, se compone de Maitines y Laudes, Horas Menores, Vísperas y Completas, y ha de rezarse en sus horas correspondientes. Por lo mismo, las Tinieblas del Viernes Santo ya no tienen lugar, como antes, al anochecer de ese día, sino el sábado por la mañana.

El Oficio Divino del Sábado Santo, a excepción de Maitines y Laudes, es el mismo del Jueves Santo, con algunas pequeñas variantes que se han hecho necesarias para acomodarlo al Sábado, que es un día medio de luto, medio de alegre esperanza. Así, por ejemplo, se ha suprimido el salmo "Miserére", que, por otro lado, no existía en el Oficio del Triduo pascual antes del siglo XII; se ha compuesto una Antífona apropiada para el "Magnificat" de Vísperas, y se ha sustituido la oración "Réspice" por la "Concede", que alude a la devota expectación del pueblo cristiano en la Resurrección del Hijo de Dios.



No habiendo, pues, en el Sábado Santo actual, como acabamos de exponer, más que Oficio Divino, los fieles harán bien en asistir a él y en visitar en los templos el Santo Sepulcro, preparando sus corazones para la celebración pascual.

**S. Vigilia pascual.** El decreto reformador del 9 de febrero de 1951, que hizo del Sábado Santo un día "alitúrgico", restauró en la noche del sábado al domingo la Vigilia pascual, que consta de los siguientes ritos

- a) la Bendición del fuego nuevo, b) la Bendición del Cirio pascual, e) la introducción del Cirio, con la luz nueva, en el templo, y el canto del "Exúltet",
- d) las lecturas bíblicas,
- e) la Bendición de la Pila bautismal,
- f) la Renovación de las promesas del Bautismo, g) la Letanía de los Santos, y
- i) la Misa solemne de "Gloria".

La restauración de esta vigilia pascual en la forma indicada ha sido una obra feliz, fruto de concienzudos estudios y combinación muy acertada de los" elementos primitivos con las necesidades actuales. No es el caso ya de pasar toda o casi toda la noche en vela, sino de santificar en el templo las últimas horas del sábado y las primeras del domingo, esperando el triunfo de la Resurrección de Jesucristo, que presagia cada uno de esos ritos y que la solemne Misa pascual anuncia como sucedido.

**a) La Bendición del fuego nuevo.** La Vigilia pascual comienza con la Bendición del fuego nuevo, el cual ha de encenderse por medio del pedernal para significar que Cristo, a quien el pedernal representa, es el origen de la luz, la cual ha de brotar de ese fuego bendito. Este rito puede hacerse o en el atrio o dentro del templo, pero cerca de la puerta, como pueda ser mejor visto por los asistentes.

**b) Bendición del Cirio pascual.** Terminada la Bendición del fuego, el celebrante prepara el Cirio pascual trazando sobre él con un estilete una cruz, escribiendo con el mismo la primera y la última letra del alfabeto griego (Alfa y Omega) y los números correspondientes al año en que se vive, en esta forma y diciendo las palabras del caso. Luego, se bendicen cinco granos de incienso (si no están ya benditos de otro año) y se los clava en el Cirio el cual se enciende con el fuego nuevo, y entonces, finalmente, es él bendecido con una breve fórmula:

Este Cirio, así con tanto cuidado preparado por el sacerdote y por fin encendido y bendecido, representa a Jesucristo Resucitado y recuerda a la vez a la columna luminosa que acompañaba y guiaba por la noche a los hebreos, a su paso por el desierto. Los granos de incienso recuerdan por un lado las llagas del Crucificado y por otro los perfumes y ungüentos que prepararon las santas mujeres para embalsamar el cadáver de Jesús. Por eso va a ser el Cirio el blanco de las miradas y de los homenajes de los fieles cristianos reunidos esta noche en el templo para la Vigilia pascual, y su luz va a iluminarlo y alegrarlo todo y a todos.

**c) Introducción del Cirio encendido.** En solemne procesión introduce el diácono en el templo el Cirio encendido, encendiendo con él, primero, el celebrante su propia vela; segundo, todo el clero, y tercero todo el pueblo y la luminaria del templo, inundándose así de la nueva luz, que simboliza a Cristo, todo el ambiente sagrado. A continuación el diácono canta el "Exúltet", previa incensación del libro y del Cirio, que ocupa un lugar céntrico del coro.

El Exúltet o "Angélica", o más propiamente Prcecónium paschale o "anuncio pascual", es un poema lírico dedicado a la luz y a la Resurrección de Jesucristo. Primitivamente su composición estaba librada a la inspiración personal del diácono encargado de cantarlo, lo que dio margen a veces a retóricos abusos y adornos excesivos de estilo, de los que el actual está exento. En cambio está henchido de teología, acerca del misterio de la Redención.

Antiguamente (y también hoy, por fortuna), se procuraba hacer en este momento una muy profusa iluminación dentro del templo, para que los hechos concordasen con las palabras del

diácono. Este Cirio quedará en el presbiterio todo el tiempo pascual, como testimonio de la Resurrección de Jesucristo.

**d) Lecturas bíblicas-Como** reminiscencia de la preparación doctrinal y bíblica que en la antigüedad se daba a los catecúmenos para el bautismo, en el nuevo rito de esta Vigilia pascual se han conservado cuatro de las antiguas lecciones o profecías del Misal romano, con sus tractos y las oraciones, correspondientes

e), f) y g) Letanía, Bendición de la Pila bautismal y Renovación de las promesas. - Terminadas las lecturas bíblicas, se comienza con la Letanía de los Santos, la cual se interrumpe antes de "Propitius esto" para efectuar la Bendición de la Pila bautismal, en medio del coro, o, si el baptisterio lo requiere, en el baptisterio, después de la cual se hace la Renovación de las promesas del Bautismo, y se prosigue la letanía hasta el fin, enlazándola con los Kyries de la Misa.

La Letanía de los Santos y la Bendición de la Pila ya estaban en el anterior rito del Sábado Santo, mas no así la Renovación de las promesas del Bautismo, que ha sido introducida por primera vez ahora. Ésta, lo mismo que la Bendición de la Pila, se hace delante del Cirio pascual, como si fuera delante de Cristo, incensándolo previamente. El rito no puede ser más solemne ni más apropiado para esta noche, en que primitivamente se administraba el bautismo a multitud de catecúmenos, y en que además recuerda al cristiano, con San Pablo, haber sido también él sepultado con Cristo por medio de su bautismo, dejando en la pila de la regeneración espiritual sus vicios y concupiscencias. Esta Renovación viene a ser una reminiscencia de la antigua "Pascua annotina", de la que hablan no pocos rituales antiguos.

La Bendición de la Pila bautismal, que podemos decir es el rito central de esta noche, es sumamente interesante y está llena de un rico simbolismo. Para expresar la infusión del Espíritu Santo sobre el agua bautismal, el celebrante sopla y alienta repetidas veces sobre ella y sumerge en la pila el Cirio pascual, pidiendo descienda con él en el agua "la virtud" del Paráclito. Reservada, luego, el agua necesaria para ' el uso del templo y de los fieles, a la que se destina para el bautismo se la mezcla con el óleo de los catecúmenos y el. Santo Crisma y se la guarda en el baptisterio.

Antiguamente se administraba en este momento el bautismo a los catecúmenos, que eran multitud, y luego se les confirmaba. Hoy, si se presenta el caso, se administra el bautismo, mas no la confirmación.

**i) Misa de "Gloria".** Se engarza con las Letanías de los Santos, cuyos Kyries finales reemplazan a los de la Misa. Los ministros usan ornamentos blancos. Al entonar el "Gloria", rompen su silencio el órgano y las campanas, descórrense las cortinas moradas que cubren los altares, y el templo entero recobra el aspecto festivo.

Después de la Epístola hace su entrada triunfal en los oficios litúrgicos el "Aleluya", que el celebrante y el coro cantan seis veces alternando. No hay Credo, Ofertorio, ni Agnus Dei, ni ósculo de paz, y también se han suprimido las Vísperas, que antes se intercalaban a continuación de la Comunión. Con el "Ite missa est" aleluyado, terminan los oficios de esta "noche feliz", los cuales son como la primera estrofa del himno triunfal de la triunfante y gloriosa Resurrección.

Es de esperar que, antes de dar a esta reforma su forma "definitiva", se le restituirá a esta Misa toda su solemnidad, sin suprimir ni el Credo, ni el Ofertorio, etc., y colocando los Laudes al fin de la misma, como acción de gracias.

En las iglesias benedictinas, al Ofertorio de la Misa se bendice el Cordero Pascual, figura de Jesucristo, para reanudar, con esa carne bendita y con el beneplácito de la Iglesia, la comida de carnes prohibida a los monjes durante toda la Cuaresma. Además, simbolízase en él a Jesucristo, Cordero de Dios, inmolado por los hombres, y asado, que diríamos, en la parrilla de la Cruz y. dado en manjar en la Comunión. Demás estará advertir que los que asisten a esta Misa de media noche cumplen con ella el



precepto dominical, y que los que en ella comulgan no pueden volver a comulgar el día de Pascua. Sin embargo, harán bien los cristianos en asistir a la Misa solemne del día, para santificar y distinguir al día más grande del Año litúrgico.

#### NOTAS:

(1) Juan de Padilla (El Cartujano): Cancionero Castellano del s. XV, p. 443.

## LA PASCUA DE LA RESURRECCIÓN

(Celebración festiva de la Redención)



**1. La Pascua judía.** El nombre de Pascua deriva de la palabra hebrea Phase o Phazahah, y significa "paso" o "tránsito", o más propiamente "salto". El objeto principal de la Pascua judía fue conmemorar el "pasó" del Ángel exterminador por las casas de los egipcios, matando a sus primogénitos; pasando por alto, o "saltando", y perdonando a los de los hebreos. Refiriéndose a este "paso" del Ángel exterminador, dice el texto bíblico: Llamó Moisés a todos los ancianos de Israel, y díjoles: Id y tomad el animal por vuestras familias, e inmolad la Pascua, etc. (1)

Al propio tiempo que conmemora el paso del Ángel exterminador por las casas de los egipcios, la Pascua judía les recordaba a los hebreos la comida del Cordero, y el insigne beneficio de haber sido ellos librados de la esclavitud, "pasando" a pie enjuto el mar Rojo.

Este Cordero es el animal que en el versículo 21 del Éxodo, antes citado, les mandaba Moisés tomar a los hebreos, por familias, e inmolarlo para celebrar la Pascua, o "paso" del Ángel. De él habla minuciosamente el Éxodo en el capítulo XII, vers. 5, 6, 8, 9, 10, 11, 26 y 27.

Tales eran, en resumen, las ceremonias de la Pascua judía, y tales los sucesos que con ella conmemoraban. Todo en ella era figura de la Pascua cristiana. El Cordero pascual, especialmente, era una imagen tan viva y tan perfecta de Jesucristo, que los mismos Apóstoles la hicieron resaltar en sus escritos.

**2. La Pascua cristiana.** La Pascua cristiana, de la que la judía, como hemos ya dicho, era una mera figura, fué establecida, en los tiempos apostólicos, para conmemorar, según unos, la Pasión de Nuestro Señor, y según otros, su Resurrección. De todos los modos, hoy tiene por objeto celebrar el gran acontecimiento de la Resurrección de Jesucristo, que fué un "tránsito" glorioso de la muerte a la vida, después de haber pasado por el mar Rojo de la sangrienta Pasión.

La Pascua judía celebrábase el 14 del primer mes judío (el 14 de Nisán), día y mes que Jesucristo fué inmolado en la Cruz. Está demostrado que la muerte del Señor acaeció en viernes: el Viernes Santo, que nosotros festejamos. Desde el principio se suscitó entre los cristianos, a este respecto, una controversia, la "controversia pascual", que tuvo su resonancia

en todas las Iglesias. Disputábase entre ellas acerca del día en que debía celebrarse la Pascua. Las Iglesias de Asia fijaban la data de la Pascua, a' la usanza judía, el 14 de Nisán, fuese cual fuese aquél el día de la semana; mientras Roma, y con ella casi todo el Occidente, la retardaba al domingo siguiente, precisamente para no coincidir con los judíos. De esta suerte, la Pascua era, para los unos, el aniversario de la Muerte del Señor, y para los otros, de su Resurrección. La cristiandad estaba, pues, frente a un grave conflicto litúrgico. Unos y otros invocaban en su favor la autoridad y la tradición apostólica: los asiáticos, la de San' Felipe y San Juan, que vivieron y murieron entre ellos; los romanos, la de San Pedro. ¿Cuál de ellos triunfará? Entre el Papa Aniceto (157-168) y San Policarpo, obispo de Esmirna, se plantea abiertamente la cuestión; pero nada se resuelve. El Papa Víctor I (190-198), la vuelve a encarar con ánimo de zanjarla, y, al efecto, invita a todas las Iglesias de Oriente y de Occidente a reunirse en sínodos para deliberar. Los occidentales abogaban, casi por unanimidad, por el uso romano; en cambio los asiáticos se aferraban a su tradición. El Papa, dispuesto a poner término al conflicto, separa a los hermanos de Asia de la comunión católica, y después de intervenciones conciliatorias por ambas partes, el Oriente y el Occidente convienen celebrar la Pascua en domingo, práctica que definitivamente quedó consagrada en el concilio de Nicea (2).

Pero si todas las Iglesias de la cristiandad estaban ya de acuerdo en celebrar la Pascua, no ya el 14 de Nisán, como los judíos, sino en un domingo; faltaba todavía fijar para siempre el tal domingo, ya que de eso dependía todo el ciclo litúrgico anual. Después de muchos y difíciles estudios y de tantear, durante largos años, los diversos sistemas astronómicos en uso, para concordar en lo posible los años solares y lunares; por fin, la Iglesia romana fijó definitivamente la celebración de la Pascual el domingo siguiente a la luna llena del equinoccio de primavera, o del 21 de marzo, pudiendo por lo tanto, oscilar la fiesta entre el 22 de marzo y el 25 de abril. La data de la Pascua es, en el calendario actual de la Iglesia, la más importante de todo el año, pues regula todas las fiestas movibles, influyendo en los períodos litúrgicos que la preceden y la siguen. Es ella la fiesta movable por excelencia, y lo es porque se rige por la edad de la luna, mientras las fiestas fijas siguen el cómputo solar. La edad siempre cambiante de la luna y en retardo siempre con respecto al sol, origina entre el año solar y lunar un conflicto difícil de conciliar. La solución dada por los peritos para el calendario -eclesiástico es, a no dudarlo, la más racional; pero no ha podido evitar el constante desacuerdo entre el año litúrgico y el civil, ni que, de tiempo en tiempo, se suscite entre los astrónomos y economistas polémicas tendientes a la estabilidad de la Pascua y, por lo mismo, a la creación de un calendario único universal. En las últimas discusiones háse propuesto como fecha invariable de la Pascua, o bien un domingo, y éste sería el ségundo de abril; o bien el 1º de abril, sea el día que fuere de la semana. Nada ha dicho todavía al respecto la Iglesia, y si algo determina algún día no será, ciertamente, para desplazar del domingo la Pascua, al que está ligada por tantas y tan poderosas razones.

De elegirse un domingo fijo, el que sigue al 25 de marzo tendría la ventaja de hacer honor a una fecha considerada en la antigüedad como la de la concepción y muerte del Señor, que sirvió probablemente para fijar la data de Navidad el 25 de diciembre (3).

**3. La solemnidad pascual.** Los oficios pascuales propiamente dichos, preludian el Sábado Santo, con la Bendición del fuego y todo lo demás, que, originariamente, correspondía a la noche de ese día y a la madrugada del domingo; pero la Pascua verdadera comienza con la Resurrección de Jesucristo, en la aurora del domingo. He aquí cómo la anuncia al mundo católico el Martirologio Romano:

*En este día que hizo el Señor, celebramos la Solemnidad de las solemnidades, y nuestra PASCUA, es decir: La Resurrección de Nuestro Salvador Jesucristo, según la carne.*

En el Breviario romano, los Maitines de Pascua son los más cortos del año, debido a que los eclesiásticos habían pasado en vela, toda la noche del sábado con los oficios bautismales, y a que era de rigor colocar los Laudes al rayar el alba, para con ellos saludar la Resurrección. En la Edad Media, estuvo muy en boga la costumbre de representar dramáticamente en los templos la escena de la Resurrección, inmediatamente después de los Maitines y antes de Laudes. Con variantes locales, el drama litúrgico reducíase a lo siguiente:

El clero y los fieles iban en procesión, con cirios encendidos en las manos, y, a veces, con

incienso y aromas, a un cierto lugar del templo en que se había instalado un Sepulcro imaginario. Allí esperaban varios clérigos vestidos de albas, representando a las tres Marías y a los Apóstoles San Pedro y San Juan, a los que asociaban los niños del coro, personificando a los Ángeles mensajeros de la Resurrección. Al acercarse al sepulcro, los Ángeles preguntaban, cantando, a las Marías

*Quem quaeritis in Sepulchro?* - ¿A quién buscáis en el Sepulcro?

Y respondían ellas

*Jesum Nazarenum.* - A Jesús Nazareno. Contestándoles los Ángeles

*Surrexit; non est hic.* - Ha resucitado; no está aquí. Y levantando el velo o sudario que cubría el, Sepulcro imaginario, los Ángeles se lo mostraban vacío a las Marías y a toda la concurrencia. Inmediatamente, se entablaba entre ellos el gracioso diálogo de la Secuencia Victimae Paschali laudes, de la Misa de Pascua, terminando el acto con el T e Deum (4).

En algunas iglesias, en la Capilla llamada del Santo Sepulcro, y cubierto con el Sudario, se ocultaba desde el jueves Santo el Santísimo Sacramento; y hecha toda esa triunfante representación escénica, se le descubría, y se le llevaba en procesión por el interior del templo, para festejar así la victoria de la Resurrección.

En otras iglesias se celebraba el desentierro del aleluya, como un complemento de la ceremonia del entierro realizada la víspera de Septuagésima; cuya aparición se saludaba con cánticos de regocijo.

Seguramente es un vestigio de estos antiguos usos populares la típica procesión que en algunos países se celebra actualmente todavía en la mañana de Pascua para representar el encuentro de Jesús con la Virgen su Madre, y los mutuos saludos de parabienes que se dirigen por boca de algunos de los concurrentes.

**1. La Misa.** La liturgia de la Misa de Pascua como toda la de este día, tanto en su parte textual como melódica, es un desbordamiento de gozo por el triunfo insuperable de la Resurrección. La pieza típica, en la Misa, es la prosa Victimae paschali, que le sirve de Secuencia y que dramatiza el hecho de la Resurrección.

En Roma, la estación y la Misa papal celebrábanse en la basílica de Santa María la Mayor, Era lógico que la primera visita y los primeros honores pascuales se le reservaran a la Madre de Dios, a quien también su Hijo visitaría antes que a nadie, para hacerla participante del triunfo de la Resurrección.

La Secuencia Victimae paschali háse atribuído a Wipo (t 1050), capellán en la corte de Conrado II y de Enrique III. En el texto del Misal se ha suprimido, no sabemos por qué, toda la quinta estrofa, que corresponde a los cantores y que dice:

Credéndum est magis soli  
Mariae veráci  
Quam judeórum  
Turbae falláci.

Hay que creer más al solo  
testimonio veraz de María,  
que al falaz de todo el  
Turbae falláci.  
pueblo judío.

En muchas iglesias benedictinas (y, en algunos países, en otras que no lo son), al Ofertorio de la Misa se bendicen los huevos pascuales, cómo en el Sábado Santo se bendijo el Cordero pascual.

Ambos ritos atestiguan la fe y exquisita piedad de los antiguos cristianos, quienes, así como se

habían abstenido por obedecer a la Iglesia, durante toda la Cuaresma, de carnes, huevos y otros manjares regalados, se, resistían a volver a usarlos sin antes presentarlos a la bendición de la misma Iglesia, su Madre amantísima. Para expresar que con la bendición pierden los huevos su ser y hasta su aspecto vulgar, se acostumbra a pintarlos de colores y a decorarlos con alerías y emblemas alusivos a la Resurrección (5).

**2. Las Vísperas.** Las Vísperas de Pascua no ofrecen hoy notabilidad alguna, pero en los ocho primeros siglos de la Iglesia, constituían para el pueblo cristiano un verdadero acontecimiento litúrgico. Por la mañana, había ocupado la atención de todos el hecho primordial de la Resurrección; en cambio, por la tarde, eran los neófitos los héroes de la fiesta. Vestidos ellos de blanco y rodeados de toda la asamblea de los fieles, asistían a las Vísperas, que, en Roma, celebraba el Papa con toda la pompa pontifical.

Terminado el tercer salmo, organizábase una brillante procesión para conducir a los neófitos al baptisterio en que, la noche anterior, habían sido solemnemente bautizados. Encabezaba la procesión el Cirio pascual, tras del cual iba un diácono con el vaso del Santo Crisma, y, en pos de él, la Cruz mayor acompañada de siete acólitos con siete candeleros de oro, que representaban los del Apocalipsis. Seguían el clero y el Pontífice, y, por fin, los neófitos de dos en dos, y todos los demás asistentes. Colocados los neófitos en derredor de la piscina, el prelado incensaba las aguas bautismales, mientras la asamblea continuaba cantando los demás salmos y antifonas de Vísperas. De regreso a, la basílica, los neófitos se estacionaban debajo del Crucifijo que se elevaba en el arco triunfal, para rendir homenaje al divino Libertador.

**4. Usos y costumbres antiguos.** Además de las representaciones escénicas y ritos litúrgicos, como la bendición de los huevos, a que hemos aludido, los ceremoniales y tratados de liturgia medioevales reseñan algunos usos y costumbres pascuales, que nos place desenterrar para solaz de los cristianos ilustrados.

**1.** Habiendo sido el tiempo de Cuaresma días de austeridades y privaciones, así para los templos materiales como para los espirituales, que somos nosotros; parecía lógico que, al llegar la Pascua, uno y otros se aliñasen y adornasen como para semejante fiesta.

Al efecto, acostumbrábase con ese motivo a tomar baños, a arreglarse las barbas, las tonsuras y el peinado, y a vestirse con trajes de color, preferentemente blancas, para así estimularse mutuamente a la limpieza interior, y a la vez contribuir al mayor esplendor de la Solemnidad. El templo material, por su parte, hacía gala en esta fiesta de sus mejores ropas y adornos, ora en los paños murales, cubriéndolos con cortinas y tapices de seda; ora en las sillerías del coro, aforrando con ricos tapetes de colores los respaldos y reclinatorios; ora en los altares, aderezándolos con candeleros y relicarios de oro o de plata, con estuches para textos del Evangelio, etc.

**2.** El día de Pascua era el día clásico para la Comunión pascual, y, para acercarse libres de rencores a la mesa eucarística, estaba en uso darse antes los cristianos el ósculo de paz, el cual servía te las nuevas Pascuas.

La ceremonia se verificaba, ora después de Maitines, ora en el momento de las representaciones dramáticas, ora al principio de la Misa. El que daba el ósculo decía entre tanto: Resurrexit Dóminus, "el Señor ha resucitado"; ' y el que lo recibía le contestaba: Deo gracias, "a Dios gracias". La liturgia griega ponía en labios de los fieles, augurios como éstos: Esta es la Pascua felicísima, la Pascua del Señor, la Pascua santísima. Abracémonos mutuamente con alegría, ya que ella ha venido a remediar nuestra tristeza... Es hoy el día de la Resurrección; resplandezcamos de gozo, abracémonos, llamemos hermanos aun 'a los que nos odian, depongamos toda clase de resentimientos en atención a la Resurrección del Señor...

**3.** En algunos países, los buenos cristianos no sólo no se animaban a reanudar el día de Pascua la comida de carnes y huevos sin el beneplácito de la Iglesia, pero ni siquiera a probar ningún otro manjar sin la bendición del sacerdote.

A ese fin, llevaba cada familia al atrio o vestíbulo del templo los comestibles necesarios, que el sacerdote bendecía solemnemente, revestido de ornamentos y con Cruz alzada. Cumplida la

bendición, era usanza, practicada ya en el Antiguo Testamento, que el sacerdote se reservara el alimento necesario para aquel día.

En este mismo orden de cosas, era también costumbre tener en las iglesias cierta provisión de pan y vino, para dar a los hombres que comulgaban aquel día -que eran los más-, un "bocado de pan y un cortadillo de vino", según la expresión de la Regla de San Benito, de donde tomó origen la costumbre. El objeto era precaver los desvanecimientos de los comulgantes débiles y los consiguientes peligros de profanar las sagradas especies.

**4.** Siendo la Pascua de Resurrección la verdadera fiesta de la libertad cristiana, ya que en ella nos rescató Jesucristo del ominoso yugo de Satanás y del pecado, otra de las costumbres pascuales era abrir, durante la semana, las puertas de las cárceles y presidios de toda especie, para que los cautivos participaran libremente del común gozo de la sociedad. Otro tanto practicaban los amos con sus siervos y esclavos y con los criados en general.

Es interesante oír cómo aquellos amos razonaban al otorgarles esta libertad pasajera:

"Dámosles -decían- a nuestros siervos y criados y a los pastores de nuestros rebaños y a toda nuestra servidumbre, unos días de asueto y de libertad, para que puedan desahogada y tranquilamente asistir a los divinos Oficios, y comulgar".

Asimismo hacíaseles inhumano a los acreedores exigir el pago de las deudas, ya que en días de Pascua todas las cosas decíanse ser a todos comunes.

**5.** A éstas se unía otro género de libertades, por cierto hoy algo chocantes entre prelados y súbditos, entre amos y criados, y entre esposos las cuales, a la vez que de la ingenuidad de costumbres, nos ilustran acerca del influjo que ejercían en aquellos tiempos las fiestas litúrgicas.

Parece ser que, en algunos sitios, los prelados y su clero, se trababan en juegos inocentes, como el de la pelota, y que los amos y los criados alternaban en fiestas y bailoteos. A estas expansiones las llamaban "libertades de diciembre", en recuerdo de las que en dicho mes solían permitirse los patronos con sus peones, y viceversa, para celebrar divertidamente el éxito feliz de la cosecha. Más extraño se nos hace todavía saber, que el lunes de Pascua podían las mujeres azotar a sus maridos, y el martes ellos a ellas; y los criados acusar impunemente a sus amos. Hacíanlo para indicar que debían corregirse mutuamente, y que, en esos días tan santos, estaban unos y otros desobligados del deber conyugal (6).

**5. La infraoctava de Pascua.** La fiesta de Pascua tiene hoy una octava privilegiada, de primera clase, con oficios y misas propios compuestos de textos alusivos a la gloria de la Resurrección y al Bautismo de los nuevos neófitos. En realidad la octava entera no es más que la continuación y prolongación del mismo día de Pascua, como muy bien lo indican el Prefacio, el Gradual y el Versículo "Haec Dies" tantas veces repetidos durante la semana.

Antiguamente toda la octava era fiesta de precepto para todos. Ni los comercios, ni las boticas, ni almacenes permitían abrirse si no era para surtirse de lo indispensable para la vida. Andando el tiempo, se les concedió á los hombres ir al campo los tres días últimos, para las labores más urgentes. Hasta hace muy poco, en algunos países; se observaban como feriados el lunes y el martes; luego, solamente el lunes; hasta que, al fin, el precepto se ha limitado al domingo. Los neófitos asistían diariamente a la Misa cantada y a las Vísperas, vestidos de los trajes blancos que recibieron el día de su bautismo, y con la vela bautismal. Toda la liturgia de la semana tendía a confirmarlos más y más en la fe y a incitarlos a una vida del todo nueva y fervorosa; de modo que los divinos oficios venían a resultar para ellos y para los que los acompañaban como un catecismo de perseverancia.

Todas las tardes, después del tercer salmo de Vísperas, se dirigían, en la misma forma que lo hicieran el día de Pascua, al baptisterio presididos por el clero y por el Cirio pascual, para hacer los honores a la Pila bautismal. Las calles y las plazas de Roma ofrecían todos los días el encantador y emocionante espectáculo de una nutrida procesión de fieles y de neófitos que se dirigía, por la mañana, a la basílica "estacional" para la Misa solemne, y, por la tarde, a otra basílica para las Vísperas, y luego al baptisterio de Letrán.

**6. El Sábado "in albis".** El día más interesante de la semana era el sábado, llamado in albis deponendis, porque en él debían despojarse los neófitos de los trajes blancos del bautismo, para mezclarse ya con los demás fieles. La Iglesia habíase prendado de su inocencia, y al

despedirlos, hacíalo con regaladas expresiones de ternura, de las que todavía se percibe el eco en la misa y oficio del día.

La Misa se celebraba en San Juan de Letrán. Por la tarde acudían allí mismo todos los neófitos con sus padrinos y madrinas, para la solemne deposición de sus traes bautismales. Antes de darles orden de despojarse de sus vestiduras blancas, el Pontífice dirigíales una conmovedora exhortación de despedida, encareciéndoles sobremanera la guarda de la inocencia bautismal, gracia que pedía a Dios para ellos con una bellísima oración.

**7. Los "Agnus Dei".** El acto final de esta ceremonia y de la octava pascual, era la entrega a los neófitos del Agnus Dei, reliquia que ya en la Misa había sido distribuída por el Papa a los cardenales y dignatarios eclesiásticos, y después de ella, al clero y a los fieles asistentes. Eran los Agnus Dei unos medallones hechos con la cera sobrante del Cirio pascual del año anterior, bendecidos y ungidos con el santo Crisma por el Papa, y marcados con la efigie del Cordero, símbolo el más expresivo de Jesucristo, Redentor y Salvador del mundo. Los rituales del siglo XIV describían así la ceremonia de la distribución: Durante el canto del Agnus Dei, el Papa distribuye los Agnus Dei de cera a los .cardenales y a los prelados, colocándoselos en sus mitras. Una vez terminado el Santo Sacrificio, van todos al triclinio y se sientan a comer, y, en tre tanto, preséntase un acólito con una bandeja de plata llena de Agnus Dei, y le dice: *"Señor, éstos son los tiernos corderillos que nos han anunciado el Aleluya; acaban de salir de las fuentes, y están radiantes de claridad, aleluya".* El clérigo avanza entonces al medio de la sala, y repite el mismo anuncio; luego se acerca más al Pontífice, y, en tono más agudo, repítele por tercera vez y con mayor encarecimiento su mensaje, depositando, por fin, la bandeja sobre la mesa papal. El Papa entonces distribuye los Agnus Dei a sus familiares, a los sacerdotes, a los capellanes, a los acólitos, y envía algunos como regalo a .los soberanos católicos." (7) En realidad, esos "tiernos corderillos" recién salidos de la fuente bautismal y anunciando los regocijos pascuales, eran los neófitos, objeto aquella semana, y especialmente aquel día, de las complacencias del augusto Pastor y de todo el pueblo cristiano.

El origen de los Agnus Dei no es ni pagano ni supersticioso, como quieren demostrar algunos arqueólogos, sino cristiano, y probablemente romano. No se remonta más allá del siglo IX. Actualmente, siguiendo un ceremonial del siglo XVI, lo bendice el Papa solemnemente, al principio de su pontificado, y luego cada cinco años; pero existe otra fórmula privada con la cual acostumbra a bendecirlos cuando se han agotado, o en cualquiera otra circunstancia que lo estime conveniente. Su tamaño oscila entre 3 y 23 centímetros, y asimismo el tamaño de la imagen. Ésta representa al Cordero acostado sobre el libro cerrado con siete sellos, nimbado con la cruz, y ostentando la bandera de la Resurrección. A su alrededor va escrita la leyenda: Ecce Agnus Dei, etc. En el reverso suele representarse uno o varios Santos, y allí mismo, o en el anverso, se graba el nombre del Papa reinante. Por la bendición y unciones que se les aplican, los Agnus Dei son considerados como reliquias sagradas, las que en algunas iglesias, como en las benedictinas, se exponen en el altar mayor, el Sábado "in albis" (8).

#### NOTAS:

(1) Exodo, c. XII, v. 21, 22, 23, 28 y 29.

(2) Sobre esta "controversia" hablan todas las Historias eclesiásticas. Recomendamos., además: La Iglesia primitiva y el Catolicismo, pág. 159 y sgts.

(3) Cf. Dom Carol: Revue du clergé français, 1 marzo 1912; y también: La Vie et les Arts Lit., mayo 1921.

(4) Cf. Rationale Div. Of f., por Beleth (siglo XII). Patr. Lat., MI, col. 119; Dom. Schuster: Li b. Sacram., vol. IV, p. 18.

(5) Dom Guéranger: Année Lit. (Temes. Pascal)

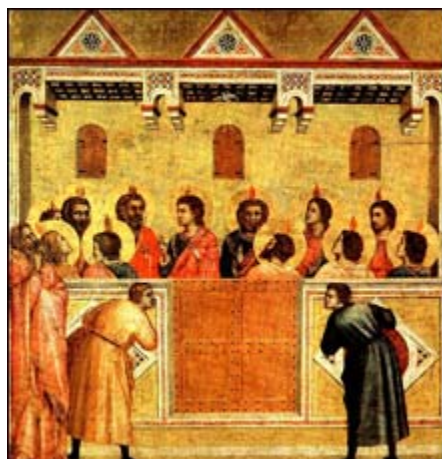
(6) Sobre todos estos usos habla Beleth en el ya citado Rationale, col. 119-126.

(7) Dom Schuster: Lib. Sacram., vol. V, p. 96.

(8) Para más noticias, consúltense: el Dic. d'Arch. et de Lit. (Agnus Dei); el Dic. de Théol. Cath., t. 1, col. 605; Molien: ob. cit., p. 466.

# PENTECOSTÉS





### **Pentecostés y la Iglesia**

El gran día que consuma la obra divina en el género humano ha brillado por fin sobre el mundo. "El día de Pentecostés -como dice San Lucas- ha cumplido" (Hechos 2, 1.) Desde Pascua hemos visto deslizarse siete semanas; he aquí el día que le sigue y hace el número misterioso de cincuenta. Este día es Domingo, consagrado al recuerdo de la atención de la luz y la Resurrección de Cristo; le va a ser impuesto su último carácter, y por él vamos a recibir la plenitud de Dios.

En el reino de las figuras del Antiguo Testamento, el Señor marcó ya la gloria del quincuagésimo día. Israel había tenido, bajo los auspicios del Cordero Pascual, su paso a través de las aguas del mar Rojo. Siete semanas se pasaron en ese desierto que debía conducir a la tierra de Promisión, y el día que sigue a las siete semanas fue aquel en que quedó sellada la alianza entre Dios y su pueblo. Pentecostés (día cincuenta) fue marcado por la promulgación de los diez mandamientos de la ley divina, y este gran recuerdo quedó en Israel con la conmemoración anual de tal acontecimiento. Pero así como la Pascua, también Pentecostés era profético: debía haber un segundo Pentecostés para todos los pueblos, como hubo una segunda, Pascua para el rescate del género humano. Para el Hijo de Dios, vencedor de la muerte, la Pascua con todos sus triunfos; y para el Espíritu Santo, Pentecostés, que le vio entrar como legislador en el mundo puesto en adelante bajo la ley.

Pero ¡qué diferencia entre las dos fiestas de Pentecostés! La primera, sobre los riscos salvajes de Arabia, entre truenos y relámpagos, intimando una ley grabada en dos tablas de piedra; la segunda en Jerusalén, sobre la cual no ha caído aún la maldición porque hasta ahora contiene las primicias del pueblo nuevo sobre el que debe ejercer su imperio el Espíritu de amor. En este segundo Pentecostés, el cielo no se ensombrece, no se oyen los estampidos de los rayos; los corazones de los hombres no están petrificados de espanto como a la falda del Sinaí; sino que laten bajo la impresión del arrepentimiento y acción de gracias. Se ha apoderado de ellos un fuego divino y este fuego abrasará la tierra entera. Jesús había dicho: "He venido a traer fuego a la tierra y ¡qué quiero sino que se encienda!" Ha llegado la hora, y el que en Dios es Amor, la llama eterna e increada, desciende del cielo para cumplir la intención misericordiosa del Emmanuel.

En este momento en que el recogimiento reina en el Cenáculo, Jerusalén está llena de peregrinos, llegados de todas las regiones de la gentilidad. Son judíos venidos para la fiesta de Pascua y de Pentecostés, de todos los lugares donde Israel ha ido a establecer sus sinagogas. Asia, África, Roma incluso, suministran todo este contingente. Mezclados con los judíos de pura raza, se ve a paganos a quienes cierto movimiento de piedad ha llevado a abrazar la ley de Moisés y sus prácticas; se les llama Prosélitos. Este pueblo móvil que ha de dispensarse dentro de pocos días, y a quienes ha traído a Jerusalén sólo el deseo de cumplir la ley, representa, por la diversidad de idiomas, la confusión de Babel; pero los que le componen están menos



influenciados de orgullo y de prejuicios que los habitantes de Judea. Advenedizos de ayer, no han conocido ni rechazado como estos últimos al Mesías, ni han blasfemado de sus obras, que daban testimonio de él. Si han gritado ante Pilatos con los otros judíos para pedir que el Justo sea crucificado, fue porque fueron arrastrados por el ascendiente de los sacerdotes y magistrados de esta Jerusalén, hacia la cual les había conducido su piedad y docilidad a la ley.

Pero ha llegado la hora, la hora de Tercia, la hora predestinada por toda la eternidad, y el designio de las tres divinas personas, concebido y determinado antes de todos los tiempos, se declara y se cumple. Del mismo modo que el Padre envió a este mundo, a la hora de medianoche, para encarnarse en el seno de María a su propio Hijo, a quien engendra eternamente: así el Padre y el Hijo envían a la hora de Tercia sobre la Tierra el Espíritu Santo que procede de los dos, para cumplir en ella, hasta el fin de los tiempos, la misión de formar a la Iglesia esposa y dominio de Cristo, de asistirle y mantenerla y de salvar y santificar las almas.

De repente se oye un viento violento que venía del cielo; rugió fuera y llenó el Cenáculo con su soplo poderoso. Fuera congrega al rededor del edificio que está puesto en la montaña de Sión una turba de habitantes de Jerusalén y extranjeros; dentro, lo conmueve todo, agita a los ciento veinte discípulos del Salvador y muestra que nada le puede resistir. Jesús había dicho de él: "Es un viento que sopla donde quiere y vosotros escucháis resonar su voz" (Juan 3, 8.); poder invisible que conmueve hasta los abismos, en las profundidades del mar, y lanza las olas hasta las nubes. En adelante este viento recorrerá la tierra en todos los sentidos, y nada puede sustraerse a su dominio.

Sin embargo, la santa asamblea que estaba completamente absorta en el éxtasis de la espera, conservó la misma actitud. Pasiva al esfuerzo del divino enviado, se abandona a él. Pero el soplo no ha sido más que una preparación para los que están dentro del Cenáculo, y a la vez una llamada para los de fuera. De pronto una lluvia silenciosa se extiende por el interior del edificio, lluvia de fuego, dice la Santa Iglesia, que arde sin quemar, que luce sin consumir; unas llamas en forma de lenguas de fuego se colocan sobre la cabeza de cada uno de los ciento veinte discípulos. Es el Espíritu divino que toma posesión de la asamblea en cada uno de sus miembros. La Iglesia ya no está sólo en María; está también en los ciento veinte discípulos. Todos ahora son del Espíritu Santo que ha descendido sobre ellos; se ha comenzado su reino, se ha proclamado y se preparan nuevas conquistas.

Pero admiremos el símbolo con que se obra esta revolución. El que no ha mucho se mostró en el Jordán en la hermosa forma de una paloma aparece ahora en la de fuego. En la esencia divina Él es amor; pero el amor no consiste sólo en la dulzura y la ternura, sino que es ardiente como el fuego. Ahora, pues, que el mundo está entregado al Espíritu Santo es necesario que arda, y este incendio no se apagará nunca. ¿Y por qué la forma de lenguas, sino porque la palabra será el medio de propaganda de este incendio divino? Estos ciento veinte discípulos hablarán del Hijo de Dios, hecho hombre y Redentor de todos, del Espíritu Santo que remueve las almas y del Padre celestial que las ama y las adopta; y su palabra será acogida por un gran número. Todos los que la reciban estarán unidos en una misma fe, y la reunión que formen se llamará Iglesia católica, universal, difundida por todos los tiempos y por todos los lugares. Jesús había dicho: "Id, enseñad a todas las naciones." El Espíritu trae del cielo a la tierra la lengua que hará resonar esta palabra y el amor de Dios y de los hombres que la ha de inspirar. Esta lengua y este amor se han difundido en los hombres, y con la ayuda del Espíritu, estos mismos hombres la transmitirán a otros hasta el fin de los siglos.

Sin embargo, parece que un obstáculo sale al paso a esta misión. Desde Babel el lenguaje humano se ha dividido y la palabra de un pueblo no se entiende en el otro. ¿Cómo, pues, la palabra puede ser instrumento de conquista de tantas naciones y cómo puede reunir en una familia tantas razas que se desconocen? No temáis: el Espíritu omnipotente ya lo ha previsto. En esa embriaguez sagrada que inspira a los ciento veinte discípulos les ha conferido el don de entender toda lengua y de hacerse entender ellos mismos. En este mismo instante, en un transporte sublime, tratan de hablar todos los idiomas de la tierra, y la lengua, como su oído, no sólo se prestan sin esfuerzo, sino con deleite a esta plenitud de la palabra que va a

establecer de nuevo la comunión de los hombres entre sí. El Espíritu de amor hizo cesar en un momento la separación de Babel, y la fraternidad primitiva reaparece con la unidad de idioma.

¡Cuán hermosa apareces, Iglesia de Dios, al hacerte sensible por la acción divina del Espíritu Santo que obra en ti ilimitadamente! Tú nos recuerdas el magnífico espectáculo que ofrecía la tierra cuando el linaje humano no hablaba más que una sola lengua. Pero esta maravilla no se limitará al día de Pentecostés, ni se reducirá a la vida de aquellos en quienes aparece en este momento. Después de la predicación de los Apóstoles se irá extinguiendo, por no ser necesaria, la forma primera del prodigio; pero tú no cesarás de hablar todas las lenguas hasta el fin de los siglos, porque no te verás limitada a los confines de una sola nación, sino que habitarás todo el mundo. En todas partes se oírás confesar una misma fe en las diversas lenguas de cada nación, y de este modo el milagro de Pentecostés, renovado y transformado, te acompañará hasta el fin de los siglos y será una de tus características principales. Por esto, San Agustín, hablando a los fieles, dice estas admirables palabras: "La Iglesia, extendida por todos los pueblos, habla todas las lenguas. ¿Qué es la Iglesia sino el cuerpo de Jesucristo? En este cuerpo cada uno de vosotros es un miembro. Si, pues, formáis parte de un miembro que habla todas las lenguas, vosotros también podéis consideraros como participantes en este don" (Comentarios al Ev. de S. Juan, # 22.)

Dom Gueranger, "El Año Litúrgico"

## REFLEXIONES DE PENTECOSTÉS (I)

En esta fiesta de Pentecostés, nuestra mirada se dirige instintivamente hacia María, ahora más que nunca, *"la llena de gracia"*. Podría parecer que después de los dones inmensos prodigados en su concepción inmaculada, después de los tesoros de santidad que derramó en Ella la presencia del Verbo Encarnado durante los nueve meses que lo llevó en su seno, después de los socorros especiales que recibió para obrar y sufrir unida a su Hijo en la obra de la Redención, después de los favores con que Jesús la enriqueció, después de la gloria de la Resurrección, el cielo había agotado la medida de los dones con que podía enriquecer a una simple creatura, por elevada que estuviese en los planes eternos de Dios. Todo lo contrario. Una nueva misión comienza ahora para María: en este momento nace de Ella la Iglesia; María acaba de dar a luz a la Esposa de su Hijo y nuevas obligaciones la reclaman. Jesús solo ha partido para el cielo; la ha dejado sobre la tierra para que inunde con sus cuidados maternos éste, su tierno fruto. ¡Qué gloriosa es la infancia de nuestra amada Iglesia, recibida en los brazos de María, alimentada por ella, sostenida por ella desde los primeros pasos de su carrera en este mundo! Necesita, pues, la nueva Eva, la verdadera *"Madre de los vivientes"*, un nuevo aumento de gracias para responder a esta misión; por eso es el objeto primario de los favores del Espíritu Santo. Él fue quien la fecundó en otro tiempo para que fuese la Madre del Hijo de Dios; en este momento la hace Madre de los cristianos. *"El río de la gracia, como dice David, inunda con sus aguas a esta Ciudad de Dios que la recibe con regocijo"* (Salmo 45); el Espíritu de Amor cumple hoy el Oráculo de Cristo al morir sobre la Cruz. Había dicho señalando al hombre: *"Mujer, he ahí a tu Hijo"*, ha llegado el tiempo y María ha recibido con una plenitud maravillosa esta gracia maternal que comienza a ejercer desde hoy y que la acompañará aún sobre su trono de Reina hasta que la Iglesia se haya desarrollado suficientemente y Ella pueda abandonar esta tierra, subir al cielo y ceñir la diadema esperada. Contemplemos la nueva belleza que aparece en el rostro de quien el Señor ha dotado de una segunda maternidad: esta belleza es la obra maestra que realiza en este día el Espíritu Santo. Un fuego celeste abrasa a María y un nuevo amor se enciende en su corazón: se halla por entero ocupada en la misión para la cual ha quedado sobre la tierra. La gracia apostólica ha descendido sobre ella. La lengua de fuego que ha recibido no hablará en predicaciones públicas; pero hablará a los apóstoles, los guiará y los consolará en sus fatigas. Se expresará con tanta dulzura como fuerza al oído, de los fieles que sentirán una atracción irresistible hacia Aquella a quien el Señor ha colmado de sus gracias. Como una leche generosa,

dará a los primeros fieles de la Iglesia la fortaleza que les hará triunfar en los asaltos del enemigo, y arrancándose de su lado, irá Esteban a abrir la noble carrera de los mártires. Consideremos ahora al colegio apostólico. ¿Qué les ha sucedido, después de la venida del Espíritu Santo, a estos hombres a quienes encontrábamos ya tan diferentes de sí mismos después de las relaciones tenidas durante cuarenta días con su Maestro? Han sido transformados, pues un ardor divino los arrebató y dentro de breves instantes se lanzarán a la conquista del mundo. Ya se ha cumplido en ellos todo lo que les había anunciado su Maestro; realmente, ha descendido sobre ellos el poder del Altísimo a armarlos para el combate. ¿Dónde están los que temblaban ante los enemigos de Jesús, los que dudaban en su resurrección? La verdad que les ha predicado su Maestro aparece clara ante sus inteligencias; ven todo, comprenden todo. El Espíritu Santo les ha infundido la fe en el grado más sublime y arden en deseos de derramar esta fe por el mundo entero. Lejos de temer, en adelante estarán dispuestos a afrontar todos los peligros, predicando a todas las naciones el nombre y la gloria de Cristo, como Él se los había mandado.

En segundo plano aparecen los discípulos, menos favorecidos en esta visita que los doce príncipes del colegio apostólico, pero inflamados como ellos del mismo fuego: también ellos se lanzarán a conquistar el mundo y fundarán numerosas cristiandades. El grupo de las santas mujeres también ha sentido la venida, de Dios manifestada bajo la forma de fuego. El amor que las detuvo al pie de la cruz de Jesús y que las condujo las primeras al sepulcro la mañana de Pascua, ha aumentado con nuevo fervor. La lengua de fuego que se ha posado sobre ellas las hará elocuentes para hablar de su Maestro a los judíos y gentiles.

La turba de los judíos que oyó el ruido que anunciaba la venida del Espíritu Santo se reunió ante el Cenáculo. El mismo Espíritu que obra en lo íntimo de la conciencia tan maravillosamente los obliga a rodear esta casa que contiene en sus muros a la Iglesia que acaba de nacer. Resuenan sus clamores y pronto el celo de los apóstoles no puede contenerse en tan estrechos límites. En un momento el colegio apostólico se lanza a la puerta del Cenáculo para poderse comunicar con una multitud ansiosa por conocer el nuevo prodigio que acaba de hacer el Dios de Israel.

Pero he aquí que esa multitud compuesta de gente de todas las nacionalidades que espera oír hablar a galileos se queda estupefacta. No han hecho más que expresarse en palabras inarticuladas y confusas y cada uno los oye hablar en su propio idioma. El símbolo de la unidad aparece ahora en toda su magnificencia. La Iglesia cristiana se ha manifestado a todas las naciones representadas en esta multitud.

Esta Iglesia será una; porque Dios ha roto las barreras que en otro tiempo puso, en su justicia, para separar a las naciones. He aquí que los mensajeros de Jesucristo están dispuestos para ir a predicar el Evangelio por todo el mundo.

Entre los de la turba hay algunos que, insensibles al prodigio, se escandalizan de la embriaguez divina que ven en los Apóstoles: *"Estos hombres, dicen, se han saturado de vino"*. Tal es el lenguaje del racionalismo que todo lo quiere explicar con las luces de la razón humana. Con todo eso los pretendidos embriagados de hoy verán postrados a sus pies a todos los pueblos del mundo, y con su embriaguez comunicarán a todas las razas del linaje humano el Espíritu que ellos poseen. Los Apóstoles creen llegado el momento; hay que proclamar el nuevo Pentecostés en el día aniversario del primero. ¿Pero quién será el Moisés que proclame la ley de la misericordia y del amor que reemplaza la ley de la justicia y del temor? El divino Emmanuel ya antes de subir al cielo lo había designado: será Pedro, el fundamento de la Iglesia. Ya es hora de que toda esa multitud lo vea y lo escuche; va a formarse el rebaño, pero es necesario que se muestre el pastor. Escucharemos al Espíritu Santo, que va a expresarse por su principal instrumento, en presencia de esta multitud asombrada y silenciosa; todas las palabras que profiere el Apóstol, aunque habla solamente una lengua, la escuchan sus oyentes de cualquier idioma o país que sean. Solamente este discurso es una prueba inequívoca de la verdad y divinidad de la Nueva Ley.

[Continúa](#)

Dom Gueranger, "El Año Litúrgico"

# REFLEXIONES DE PENTECOSTÉS

## (II)

[Retomamos lo que decíamos la semana pasada: "Escuchemos al Espíritu Santo, que va a expresarse por su principal instrumento, en presencia de esta multitud asombrada y silenciosa; todas las palabras que profiere el Apóstol, aunque habla solamente una lengua, la escuchan sus oyentes de cualquier idioma o país que sean. Solamente este discurso es una prueba inequívoca de la verdad y divinidad de la nueva ley".]

*"Varones judíos, exclamó San Pedro, y habitantes todos de Jerusalén, oíd y, prestad atención a mis palabras. No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora de Tercia, y esto es lo que predijo el profeta Joel: «Y sucederá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu y profetizarán». Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros prodigios y señales que Dios hizo por Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis a éste, entregado según los designios de la presciencia de Dios, lo alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de infieles. Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, lo resucitó, por cuanto no era posible que fuese dominado por ella, pues David dice de Él: «Mi carne reposará en la esperanza, porque no permitirás que tu Santo experimente la corrupción del sepulcro». David no hablaba de sí propio, puesto que murió y su sepulcro permanece aún entre nosotros; anunciaba la resurrección de Cristo, el cual no ha quedado en el sepulcro ni su carne ha conocido la corrupción. A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo derramó sobre toda la tierra, como vosotros mismos veis y oís. Tened, pues, por cierto hijos de Israel, que Dios lo ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado".* Así concluyó la promulgación de la nueva ley por boca del nuevo Moisés. ¿No habrían de recibir las gentes el don inestimable de este segundo Pentecostés, que disipaba las sombras del antiguo y que realizaba en este gran día las divinas realidades? Dios se revelaba y, como siempre, lo hacía con un milagro. Pedro recuerda los prodigios con que Jesús daba testimonio de sí mismo, de los cuales no hizo caso la Sinagoga. Anuncia la venida del Espíritu Santo, y como prueba alega el prodigio inaudito que sus oyentes tienen ante sus ojos, en el don de lenguas concedido a todos los habitantes del Cenáculo.

El Espíritu Santo que se cernía sobre la multitud continúa su obra, fecundando con su acción divina el corazón de aquellos predestinados. La fe nace y se desarrolla en un momento en estos discípulos del Sinaí que se habían reunido de todos los rincones del mundo para una Pascua y un Pentecostés que en adelante serán estériles. Llenos de miedo y de dolor por haber pedido la muerte del Justo, cuya resurrección y ascensión acaban de confesar, estos judíos de todo el mundo exclaman ante Pedro y sus compañeros: *"Hermanos, ¿qué debemos hacer?"* ¡Admirable disposición para recibir la fe!: el deseo de creer y la resolución firme de conformar sus obras con lo que crean. Pedro continúa su discurso: *"Haced penitencia, les dice, y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo, y también vosotros participaréis de los dones del Espíritu Santo. A vosotros se os hizo la promesa .y también a los gentiles; en una palabra: a todos aquellos a quienes llama el Señor".*

San Pedro habló más; pero el libro de los Hechos no recoge más que estas palabras que resonaron como el último llamamiento a la salvación: *"Salvaos, hijos de Israel, salvaos cíe esta generación perversa"*. En efecto, tenían que romper con los suyos, merecer por el sacrificio la gracia del nuevo Pentecostés, pasar de la Sinagoga a la Iglesia. Más de una lucha tuvieron que soportar en sus corazones; pero el triunfo del Espíritu Santo fue completo en este primer día. Tres mil personas se declararon discípulos de Jesús y fueron marcados con el sello de la divina adopción. Mañana hablará Pedro en el mismo templo y a su voz se proclamarán discípulos de Jesús más de cinco mil personas.

No es extraño que la Iglesia haya dado tanta importancia al misterio de Pentecostés como al de Pascua, dada la importancia de que goza en la economía del cristianismo. La Pascua es el

rescate del hombre por la victoria de Cristo; en Pentecostés, el Espíritu Santo toma posesión del hombre rescatado; la Ascensión es el misterio intermediario: por una parte, consuma ésta el misterio de Pascua, constituyendo al Hombre-Dios vencedor de la muerte y cabeza de sus fieles, a la diestra de Dios Padre; por otra, determina el envío del Espíritu Santo sobre la tierra. Este envío no podía realizarse antes de la glorificación de Jesucristo, como nos dice San Juan (8, 39) y numerosas razones alegadas por los Santos Padres nos ayudan a comprenderlo. El Hijo de quien, en unión con el Padre, procede el Espíritu Santo en la esencia divina, debía enviar personalmente también a este mismo Espíritu sobre la tierra. La misión exterior de una de las Divinas Personas no es más que la consecuencia y manifestación de la producción misteriosa y eterna que se efectúa en el seno de la divinidad. Así, pues, al Padre no lo envían ni el Hijo ni el Espíritu Santo, porque no procede de ellos. Al Hijo lo envía el Padre, porque Éste lo engendra desde la eternidad. El Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo, porque Éste procede de ambos. Pero, para que la misión del Espíritu Santo sirviese para dar mayor gloria al Hijo, no podía realizarse antes de la entronización del Verbo Encarnado en la diestra de Dios, además era en extremo glorioso para la naturaleza humana que, en el momento de ejecutarse esta misión, estuviese indisolublemente unido a la naturaleza divina en la persona del Hijo de Dios, de modo que se pudiese decir con verdad que el Hombre-Dios envió al Espíritu Santo sobre la tierra.

No se debía dar esta augusta misión al Espíritu Santo hasta que no se hubiese ocultado a los ojos de los hombres la humanidad de Jesús. Como hemos dicho, era necesario que los ojos y el corazón de los fieles siguiesen al divino Ausente con un amor más puro y totalmente espiritual. Ahora bien, ¿a quién sino al Espíritu Santo correspondía traer a los hombres este amor nuevo, puesto que es el lazo que une en un amor eterno al Padre y al Hijo? Este Espíritu que abraza y une se llama en las Sagradas Escrituras "*el don de Dios*"; Éste es quien nos envían hoy el Padre y el Hijo. Recordemos lo que dijo Jesús a la Samaritana junto al pozo de Sicar: "*Si conocieses el don de Dios*". Aún no había bajado, hasta entonces no se había manifestado más que por algunos dones parciales. A partir de este momento, una inundación de fuego cubre toda la tierra: el Espíritu Santo anima todo, obra en todos los lugares. **Nosotros conocemos el don de Dios; no tenemos más que aceptarlo y abrirle las puertas de nuestro corazón** para que penetre como en el corazón de los tres mil que se han convertido por el sermón de San Pedro.

(Tomado del libró (le Dom Guéranger, "El año litúrgico")